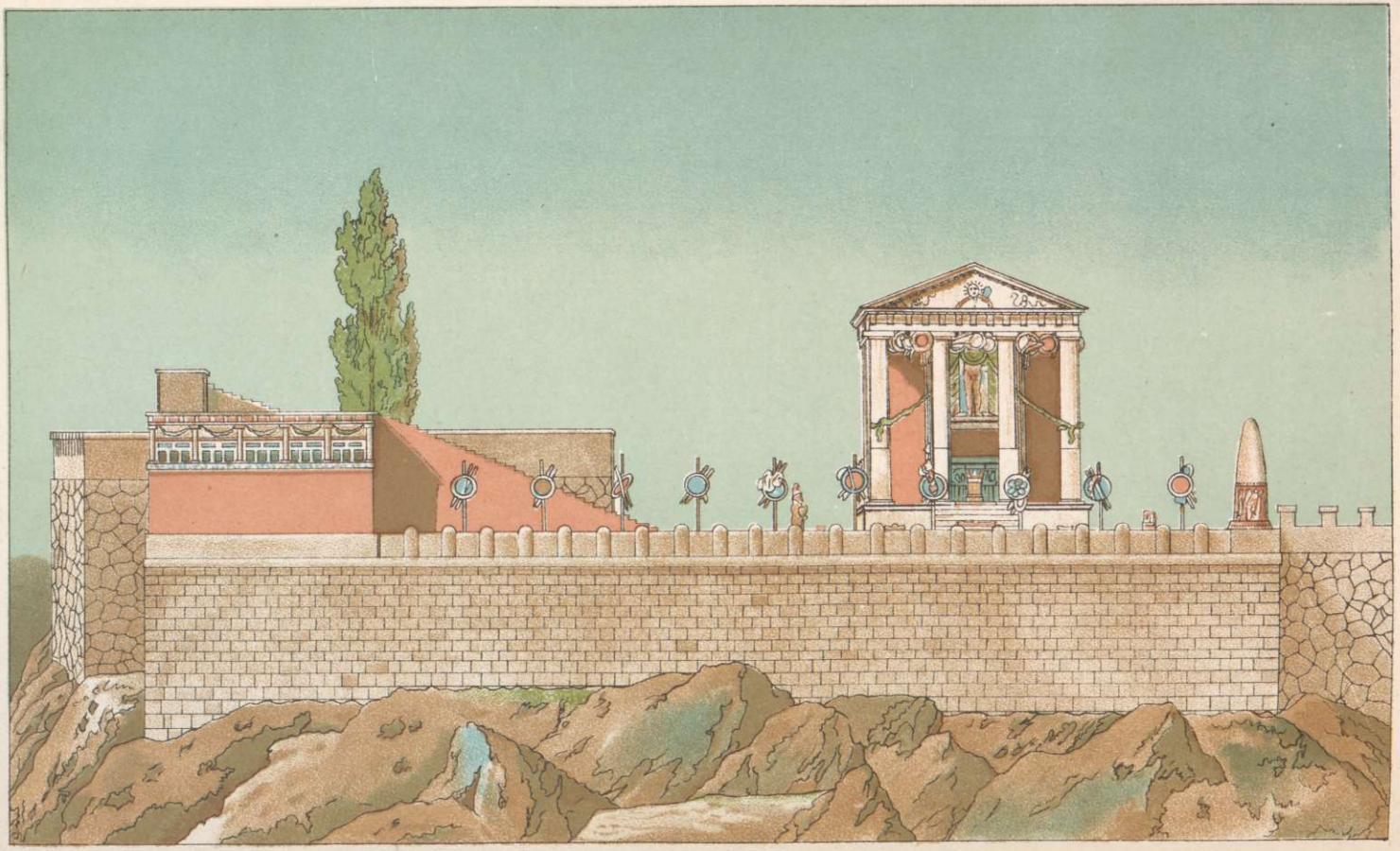
NERON

ANT
XIX
715

NERÓN



EL TEMPLO DE CORA (restauración de Labrouste)

R. 68.001

NERÓN

ESTUDIO HISTÓRICO

POR DON EMILIO CASTELAR

EDICIÓN ILUSTRADA

TOMO TERCERO

BARCELONA

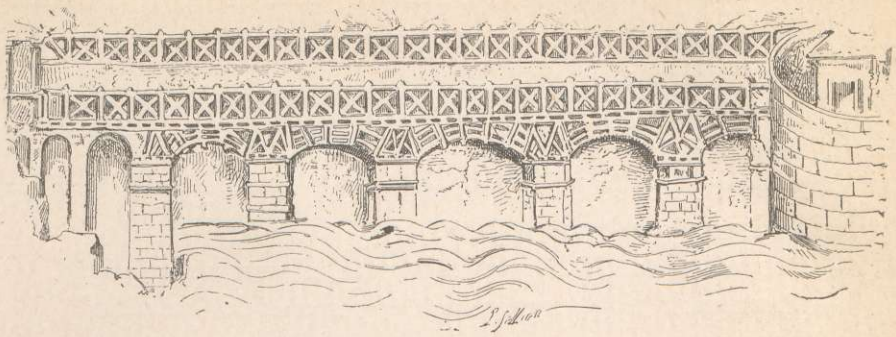
MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NUMS. 309 Y 311

1893

Granada

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



CAPÍTULO PRIMERO

LA PROCLAMACIÓN

– ¿Respira todavía? – preguntó al médico la emperatriz cuando ya estaba el cuerpo de Claudio tendido en su lecho imperial, y á sus dos lados Octavia y Británico llenando los vívidos aires de sollozos fúnebres y aquellos mortales despojos de amantísimos besos.

– Reventó – dijo con espartana concisión el Esculapio.

– Pues precisa ocultar aún la muerte de Claudio, si hemos de continuar en el mundo todos nosotros.

– Manda – murmuró el eterno ejecutor de sus obras al oído de la emperatriz, el desalmado Vitelio.

– Que me aseguren á Narciso – exclamó Agripina, recordando el amigo fiel y singular de Claudio.

– Haces bien al dar semejante orden; si aquí estuviera, no pasara cuanto está pasando – dijo Vitelio.

– Que salgan los esclavos y pregonen á grandes voces como ha mejorado en su indisposición el emperador – mandó Agripina.

– Que salgan – dijo Vitelio.

Y salieron.

– Que las orquestas vuelvan á sonar.

– Pues que suenen.

Y sonaron.

– Que los mimos y actores continúen representando sus farsas.

– Continúen.

Y continuaron.

– Que dancen aún las bailarinas.

– Que dancen.

Y danzaron.

– Bueno, Vitelio. La gente pretoriana, guarnecedora hoy del palacio, ningún recelo me inspira.

– Puedes echarte á dormir, Agripina, si guardan tu sueño.

– ¿Acampa la legión germánica en los pies del Palatino?

– Acampa.

– Nada podemos temer guarecidos por tales defensas.

– Así lo creo.

– Rematemos la obra en un momento; hagamos emperador á Nerón.

– ¡Agripina! – dijo Vitelio, invocando el nombre de la emperatriz con terrible acento trágico.

– ¡Vitelio! – respondió Agripina con la mayor naturalidad del mundo.

– ¿Te acuerdas del horóscopo?

– No te descuelgues en este momento con tamañas monsergas Me acuerdo.

– Nerón vino al mundo en el momento de rayar la aurora.

– Y como resplandeciese todo su cuerpo cual un astro, dijeron los adivinos que sería emperador, y eso basta.

– Mas también dijeron los adivinos, por las revelaciones de la conjunción en los astros, que mataría el cuitado á su madre.

– Nunca hice caso de tal horóscopo.

– Tomas de él ahora la parte que te conviene.

– Justo.

– Pues el dulzor presente habrán de amargar con exacerbaciones mayores las venideras amarguras.

– Gocemos ahora de la victoria. Ya pelearemos con el destino.

– ¡Agripina!

– También dijo la profecía, cuando Nerón, de niño, amaneció una mañana en la cuna con larga piel de serpiente al cuello enroscada, que recibiría señalado favor de la muerte del viejo Claudio.

– Como que las serpientes, al despojarse de su piel, se despojan de la vejez también – observó el observador Vitelio.

—Todos los oráculos ¡ah! se han cumplido.

—Verdad. Y el cumplimiento de los favorables debe servirte á conjurar, Agripina, el cumplimiento de los adversos.

—Que nunca se cumplieran, si nosotros descuidáramos un mínimo esfuerzo en su realización y cumplimiento.

—Hágase tu voluntad.

—Conozco, Vitelio, todo el cuidado que pide un muchacho cuando todavía no ha cumplido cuatro lustros, y lo sostendré al borde obscuro de los abismos y lo salvaré con mi deseo intensísimo de salvarle, gastando para ello todas las fuerzas de mi soberana voluntad.

—No te olvides, Agripina, del derecho que asiste á Británico, unigénito de Claudio.

—No me olvido. Por lo mismo que su competidor, el hijo mío, no tiene tantos derechos como él, exige su proclamación mayor esfuerzo. Pero si Británico es hijo legal de Claudio, pues conociendo á la infeliz Mesalina, imposible asegurar sea legítimo ni natural ni verdadero, tiene hoy en su pro Nerón indudablemente cosa de los romanos tan venerada, y en realidad tan veneranda, como su adopción, hecha con todos los requisitos demandados por las leyes, como hacía estas cosas el difunto, verdadero jurisperito.

—Sea en buen hora.

—¡Nerón!—dijo Agripina, llamando con imperio al príncipe.

—¡Madre!—dijo Nerón temblando.

—Bésame.

—Te beso, madre mía, en los ojos y en los labios.

—Cuanto de mí dependió en este logro de la corona para ti, todo se ha hecho. Ahora debes entrar tú en escena.

—Entraré—dijo el mozo con resolución.

—Muéstrate arrogante.

—Me mostraré.

Y con su flexibilidad natural de actor fingió actitudes tales de arrogancia, que parecía ya en el trono.

—Muéstrate resuelto.

—Nada tan fácil como las apariencias de una resolución inquebrantable y continua en mí.

—Acuérdate de Germánico, tu abuelo, cuando á las legiones

te presentes, y exige á éstas por tu prestación militar su indeclinable sumisión á tu altísima persona, en quien deben descubrir á su llorado general en persona.

– Seré militar.

Y Nerón tomó actitudes pretorianescas, en las cuales algo se revelaba, por lo violentas, el artificio de un cómico.

– No vayas á representar el soldado fanfarrón de nuestro antiguo teatro – díjole la madre, al observar en su hijo más el aire matonesco propio de una escena teatral que la nativa majestad propia de un general por excelencia, como lo fuera de suyo el excelso Germánico.

– Pero te olvidas, Agripina – observó el diligente y precavido Vitelio, – que necesita Nerón su arenga preparada con acierto al ejército.

– Verdad.

– Pues despáchate á componerla.

– ¿Yo?

– Tú ó cualquier otra persona. Imposible que falte arenga.

– Llamad al filósofo, quien se pinta solo para estas retóricas.

– ¡Séneca! – gritó Vitelio, dirigiéndose á un grupo donde se hallaban los poetas y los estoicos reunidos, comentando á su sabor los sucesos, con un aire de indiferencia tal que diríais pasaba lo sucedido á cien leguas.

– ¡Vitelio! – respondió Séneca sumiso, pues harto conocía la grande autoridad ejercida sobre la emperatriz por aquel avieso privado.

– Se necesita una oración para que la recite nuestro emperador nuevo en los cuarteles, al notificarles de viva voz la muerte del viejo emperador en los festines. Así Agripina lo manda.

– Pues mandándolo Agripina, sólo me toca obedecer á mí. Manos á la obra. Nerón, como buen recitador, aprenderá de coro y dirá de corrido todo cuanto yo saque del magín mío y traslade á sus labios.

– Soldados – escribía Séneca, recitando á viva voz lo escrito, – soldados, estoy dispuesto á colmaros de beneficios. Pero me recataré de anunciároslos para que su verdad exceda en mucho á mis promesas y el cumplimiento suyo á las esperanzas vuestras. Cuan-

do se da en rostro á cualquiera con el bien prometido y hecho, conviértese por necesidad en ultraje. Para estar próximo á vuestra dignidad, estará mi ánimo alejado de toda soberbia. ¿A qué las arrogancias en el rostro y las hinchazones en el estilo? Vosotros lo aceptaréis todo sin humillación, porque yo todo lo concederé sin jactancia. Callarán las palabras por lo mismo que hablarán las acciones. No resulta un don mayor, porque se lo acompañe del estrépito. Quien lo puede todo, necesita proceder cual si nada tuviera. El soberbio se hace detestar hasta en lo amable. Nunca la bondad mía será tan cruel que os done presentes perniciosos y os haga ofertas temerarias. Más bien consideraré, cuando algo deba concederos, la conveniencia vuestra en aceptarlo que la conveniencia mía en ofrecerlo. La virtud tiene sus límites que no debe uno desconocer, pero que tampoco traspasar. No pidáis nunca todo aquello que, una vez alcanzado, debáis aborrecer ó despreciar. Se necesita en el conceder y en el aceptar una constante reciprocidad. Los beneficios caen al suelo, como las pelotas, no siendo igualmente diestras la mano que los lanza con generosidad y la mano que los devuelve en agradecimiento. La suerte del imperio pende por completo de la disciplina del ejército, y la suerte del ejército pende por completo de la estabilidad del imperio. Procurad vosotros que la obediencia perdure ahí en vuestras filas, y procuraré yo que la autoridad y el poder á la vez perduren aquí en mis alturas. Desechad todo cuanto pueda divertiros del placer. Si el gran Escipión, debelador de África y España, no cerrara tantas tabernas, nunca en verdad abriera tantas brechas. Vencieron á Yugurta los soldados de Metelo, más que por su audacia, por su sobriedad. No morderán vuestras espadas á los enemigos si dejáis de templarlas en la sangre de los insubordinados y de los rebeldes. Postumio inmoló á su hijo indisciplinado, y aunque las paternales lágrimas le cegaron hasta no ver con sus ojos el sacrificio que autorizaba con su presencia, el alma lo estimó á la continua en todo cuanto valía. Cincinato depuso á Minucio del consulado porque aguardó al enemigo tras trincheras de súbito erigidas y no tras la eterna virtud romana. Ruliano ganó una victoria y le azotaron, porque había partido en guerra sin la correspondiente orden superior. Fabio Máximo en Celtiberia cortó las manos á los desertores para escarmiento y en-

señanza de todos. Mi abuelo Germánico alcanzó triunfos en la región alemana, donde se perdieran Varro y sus legiones, porque unió á la fuerza y el poder la consideración á todo y la dulzura con todos. Obedecedme, soldados, vosotros á mí, seguros de que obedeceré yo á los dioses.

– ¡Magnífico, magnífico, magnífico! – exclamaron todos cuantos allí estaban, menos Octavia y Británico, los cuales, como verdaderos hijos, únicamente se acordaban de honrar el cuerpo de su padre y llorarlo con amargura verdaderamente acerbísima.

– Con tal arenga – dijo Vitelio – ya puedes ir, Nerón, ante todos los ejércitos del mundo. Afuera, pues, afuera.

– No, todavía no – dijo Agripina.

– ¿Cómo es eso? – preguntó Vitelio.

– El día de hoy es día nefasto.

– ¿De veras?

– De veras.

– Pues ¿no decías antes que tu voluntad supera los horóscopos?

– A la magia no hay que darle mucho, pero tampoco quitárselo todo.

– Sea en buen hora.

– Faltan minutos para que tras el día nefasto venga el fausto; y no es cosa de arriesgarnos á correr crueldades horrorosas del destino por meras pueriles impaciencias del deseo.

– Entonces diremos á los senadores que no se apresuren á congregarse.

– Justo.

– No interrumpiremos las rogativas hechas ahora por todos los magistrados en todos los templos para que sane un muerto.

– No las interrumpiremos – dijo Agripina. – Antes bien, digamos que mejora el enfermo mientras se apercibe á salir el sucesor. Los pretorianos están apostados en sus respectivos sitios dentro del palacio; la guardia germánica se dilata en todas direcciones al pie del Palatino; nada se ha cambiado; ninguna señal de luto y duelo se ha puesto aún en la fachada donde brillan la corona cívica de Augusto junto con la naval corona de Claudio. Esperemos que pasen las horas nefastas, esperemos. No conviene adular á los dioses, pero tampoco irritarlos.

— Prepáralo todo bien, Agripina — dijo Vitelio. — No te olvides, no, de que Narciso está cerca y puede venir á marchas dobles, á pesar de haber mandado tú lo aseguraran, y volvernos lo de abajo arriba con su influencia sobre la corte imperial, sobre la guardia pretoriana, sobre la ciudad entera. Británico tiene muchos partidarios hasta en los soldados. El mal que nosotros le hemos hecho lo exalta mucho á los ojos de gentes muy propensas al entusiasmo y á la compasión. Claudio adolecía de muchos defectos, pero también le aventajaban en el ánimo popular muchas y muy buenas partes de su natural bondadoso. La memoria de tu primer marido Eneobarbo no abona mucho á su cachorro. Por otra parte, un pueblo tan levantisco cual éste prefiere los príncipes dotados de mucha sangre imperial á los príncipes, como Nerón, que sólo tienen de su madre tal sangre. Apresúrate, apresúrate, pues pudieras topar con alguna dificultad insuperable. La república no muere nunca en el suelo romano. Aun aquellos enlazados, como yo, al imperio por tan fuertes y hondas raíces, la echamos de menos y nos dolemos á diario de su ausencia irremediable. Nota cómo los estoicos y los republicanos pululan hasta en tu corte. La poesía épica de tu imperio es una poesía republicana, que entona un predilecto de tu hijo, Lucano, quien se cree por su inspiración misma comprometido con las instituciones muertas y no abandona por un momento el plañido elegíaco á su muerte y la profética esperanza de su resurrección. Como tenían Mecenas y Augusto que sufrir los fanfarroneos republicanos de Horacio, tienes tú que confiar á manos acostumbradas al puñal de Bruto las oraciones que deben decirse al oído del pretoriano para persuadirle á sostener con su lanza el imperio. A cada interregno se acuerda el pueblo rey de que ha reinado sobre la humanidad; y busca en el suelo, donde ha caído, la corona llevada por sus césares en vida y que quisiera guardar él después de la muerte de cada cual. No se me oculta la decadencia en que ha caído y la falta completa de fuerzas para comenzar ejercicio tan de hombres fuertes, como el ejercicio de la libertad y del derecho, abandonados á merced y arbitrio de los césares. Pero si en los pueblos esclavos no es nunca temible la reivindicación de una constante libertad, es temible un estallido de la horrible anarquía semejante á un acceso de fiebre. Huyamos de los interregnos.

– Vamos entrando – dijo Agripina – en las horas faustas. No tenemos ya otro peligro sino que Británico se presente á las tropas antes que Nerón. Yo lo impediré con todos los medios imaginables, hasta con la fuerza. Id todos acompañando al hijo mío. Que á un lado lleve tu persona, Vitelio, representándome á mí, y á otro lado lleve la persona de Séneca, representando la virtud y la ciencia.

– No te olvides, Agripina, por todos los dioses, de realizar bien tus planes; no te olvides, no, de retener á Británico y destruir á Narciso.

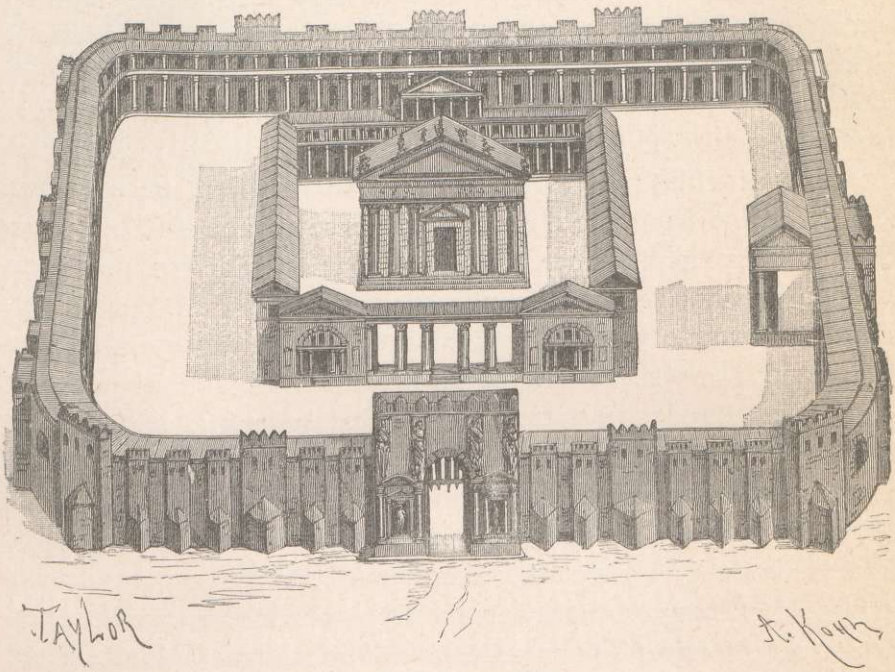
Tras estas palabras, el privado imperial Vitelio y el filósofo cortesano Séneca se pusieron en marcha con el joven candidato, saliendo de la estancia; lo cual, advertido por Británico, á pesar de su duelo verdadero y profundo, le movió á salir también para recordar sus títulos imperiales á la corte y al Pretorio y al Senado. Mas no contaba con la huéspeda, no contaba con la madrastra, quien, al verlo partirse, le cerró el paso, no con amenazas y menos con violencias, con verdaderas caricias. Toda la frialdad marmórea de los primeros minutos, de cuando arreglaba las minucias conducentes á sacar del crimen su resultado requerido por ella con tanto empeño y preparado con tanto arte; toda la frialdad increíble de entonces tornóse ahora fuego, derritiéndose la fría estatua en mares de lágrimas. Con una fuerza hercúlea echó los dos brazos al cuello de su entenado y lo retuvo inmóvil so la pesadumbre de tamañas cadenas. En vano quería desasirse Británico. Cuanto más él forcejeaba, más ella lo retenía, y cuanto más lo retenía, menos probabilidades tocaban al cuitado de augurar aquel infame despojo apercibido desde lejos y desde arriba con tales y tantos crímenes. Besos á millares, diluvio de lágrimas, amargos sollozos, expresiones de amor maternal, promesas de dádivas y de honores, abrazos continuos, todo cuanto podía deslumbrar al infeliz y allí retenerlo, todo lo empleó Agripina con aquella maestría en sus conjuraciones eternales aquistada, y con aquella profusión de medios en que nadie podía superarla, pues así urdía telas de araña cuando iba tras las moscas, cual zarpazos y dentelladas de leona cuando iba tras los fuertes. Imposible coger lo que decía en aquel monólogo compuesto de interjecciones varias, de sollozos entrecortados por súbitos desmayos, de besos múltiples y resonantes acompañados por

suspiros intensos, de frases amargas y plañidos luctuosos unidos á encarecimientos de amor y á transportes maternales en tanto número y con apariencias de sinceridad tan ingenua, que quien desconociera su temperamento y su historia, de seguro la tomara por una viuda ejemplar, resuelta, como Artemisa en sus dolores, á consagrarse al culto de su esposo, y como una madrastra tocada por los dioses en el corazón, decidida en las exaltaciones de su pasión á ser una verdadera santa madre. Pero el mozo, comparable á un gamo malherido y á un pájaro en la red puesto y á un pez del agua sacado, hacía esfuerzos para desasirse de aquellos apretados nudos y tornaba nuevamente á caer en la red, en el lazo, en la trampa que le había tendido aquella desalmada mujer para mejor arrancarle de las sienes una corona que deseaba para las suyas en su ambición, y que, no pudiendo en realidad ostentarla por mandato de las leyes, cedíala con aparente amor de madre á su cachorro, por creerlo el único capaz de no quedarse con ella y no disminuirle un ápice del codiciado usufructo. Con un poco más de resolución Británico quizás rompiera las mallas donde se hallaba cogido. Pero á semejanza de su padre Claudio, tenía, entre sus defectos capitalísimos, la irresolución; y cuantos arrestos tuviera en su vida, ya en esta historia vistos, provenían del soberano impulso de una inteligencia tan alta y de una voluntad tan firme como la inteligencia y la voluntad de su guía, el liberto Narciso. Además, por muy varonil que sea un ánimo, cede ó sucumbe á la certeza de un peligro evidente, y ninguno tan cierto ni tan próximo ni tan terrible como que un paso fuera de la estancia le costaba con seguridad á Británico la vida. Y se quedó allí, mientras Nerón iba en pos de la corona.

Mientras tanto Nerón iba camino de los cuarteles, acompañado, como hemos dicho, de Vitelio y de Séneca. Mas no podía en los cuarteles entrar sin antes convencerse y cerciorarse de que podía contar con la guardia de dentro del propio palacio y con la legión germánica en la raíz del Palatino acampada. Estaban tendidos los pretorianos, como en parada, de dos en dos. Por algunos salones, considerados como puntos estratégicos, había decenas de ellos en grupos animados y curiosos. Ganada esta gente, ganábase con seguridad la gente de fuera, porque la legión más pode-

rosa é influyente había de ser por necesidad la legión más próxima de los césares y por los césares más agasajada, sobre todo en estos instantes supremos. Nada hubiera hecho Augusto con todos sus títulos á la herencia del divino César, si Agripa no le sujeta las legiones y no las rinde y somete á su imperio; nada Livia por Tiberio, tras cultivar su ascensión al mando por modo tan extraordinario, si no apoya su fina mano de mujer en los hombros de la guardia pretoriana y sobre los hombros de la guardia pretoriana no levanta el poder de su hijo; nada Calígula, si junto al cadáver de Tiberio, en la orgía última del reinado de éste, donde muriera y acabara, no levantan los soldados la corona del mundo con sus lanzas y no la echan sobre las sienes del joven demente; nada Claudio, si los jefes del Pretorio, muerto Calígula, no suben á los desvanes del palacio y no sacan entre las esteras, lleno de telarañas y asustado por los ratones, al nuevo divino César. Penetradísimos de tal verdad así Vitelio como Séneca, imaginaos cuántos gestos y palabras y ademanes y actitudes de captación cortesana no sugerirían al maniquí que llevaban desde la cámara fúnebre al trono imperial. Saludos de cabeza, manoteo de felicitaciones, gestos hasta de súplica, inclinaciones de la espina dorsal en cortesías innumerables, alguna que otra genuflexión como delante de un ídolo, promesas henchidas de esperanzas, cuanto puede arbitrar la captación más desvergonzada, otro tanto disponían aquellos dos áulicos, deslizándolo á una en las orejas del cuitado para que moviese sus músculos y sus nervios y sus fibras á tales empujes de la voluntad ajena que tiraban todos á entregarle la dirección del planeta. Siempre que había de hacer algo Nerón por sí mismo y sugerido por los demás, desplegaba en su papel aprendido aquellas incomparables disposiciones de actor consumado que caracterizaban su persona y que le distinguieron tanto en su vida y que han pasado á la historia con tan prolongada resonancia. Las triples fascinaciones que por ley natural ejercen sobre todo público un actor tan perfecto como Nerón, un ministro tan influyente como Vitelio, un sabio tan profundo como Séneca, dieron los resultados preconcebidos por Agripina y captaron la voluntad de los guardias. Algunos, entre ellos, fieles al culto de Claudio y de sus hijos, vociferaron, más en son de pregunta que en son de proclama, el pres-

tigioso nombre de Británico; mas la mezcla del terror que inspiraba la presencia del intrigante Vitelio con la esperanza que inspiraba la presencia del filósofo Séneca destruyeron todos estos conatos de fidelidad al desgraciado príncipe y ahogaron todas



Cuartel de los pretorianos

estas voces de disentimiento con Nerón, imponiendo, más por medio del raciocinio que por medio del entusiasmo, la persona del nuevo emperador á la muchedumbre militar. Aceptado el príncipe con serena conformidad por la guarnición de palacio, tenían que aceptarlo con entusiasmo delirante, por engendro de Agripina y nieto de Germánico, los legionarios alemanes. Y como éstos se hallaban entre los palacios del césar y los cuarteles del ejército, su entusiasmo contagió á los soldados que podrían creerse indecisos, y la deseada proclamación se verificó allí donde radicaba su verdad, que por desgracia era donde radicaba también la fuerza. El Senado venía después; mas como quiera que lo hubiesen reducido á una mera corporación de aparato imperial y á un mero museo de arqueología política, no se apresuraron mucho los pretendientes,

y no temieron cosa ninguna ni de los dioses, en la seguridad que ya tenían del ejército.

Mas así como había Séneca ideado su arenga correspondiente al ejército, para que le dieran á su discípulo y pupilo el poder supremo los soldados, había parido otra muy parecida de suyo á la precedente, ya sabida, para que tuviese formas y apariencias de libre la sanción forzosa é inevitable que debía dar al nombramiento de los cuarteles el voto de los senadores. No pueden comprenderse las arengas compuestas por el filósofo y unas veces rechazadas y otras veces leídas por Nerón, si al par no comprendemos la situación y estado de ánimo en que á la sazón se hallaba el filósofo entre sus múltiples componendas para combinar los principios de su ciencia con las imposiciones y con los deberes de su vida. Séneca pensaba de un modo y procedía de otro. Como pensador era muy republicano; como hombre, imperialista. Sus palabras tiraban por un lado y sus acciones por otros. Así estaba en aptitud singularísima respecto del papel representado en aquella coyuntura por Nerón para prestarle palabras de tribuno á la hora misma de erigirlo en tirano, y hacerle decir cómo se proponía resucitar una república, muerta de antiguo, deseada por la mayor y la mejor parte de Roma, y sin embargo, á causa de haberse pervertido los caracteres antiguos mucho antes de apagarse las antiguas ideas, aniquilada por completo é incapaz de todo renacimiento. El arte con que César y Augusto transformaran la República en Imperio nunca se conocía en el grado que á la exaltación de los emperadores, quienes aparecían elegidos por el pueblo, cuando en realidad eran impuestos por el ejército. Los nombres antiguos quedaban como si nada hubiera sucedido. Las magistraturas mandaban. Había tribunos con veto y senadores con voto. Contábanse los años por los cónsules. Reuníanse los comicios. El candidato vestido de blanco (cándido) se paseaba por los intercolumnios del foro y recibía la confianza del pueblo. Por consiguiente, la característica de un discurso del joven príncipe al Senado consistía en echárselas de republicano en la forma y retener el imperio absoluto en la realidad y en la vida. Ninguna cosa tan fácil como ésta para quien echaba por un lado la conciencia y por otro la vida, por un lado la conciencia y por otro la realidad, por un lado la filosofía y por otro lado la política, estoico

en sus palabras y epicúreo en sus costumbres, menospreciador de la riqueza y usurero, con el puñal de Bruto en su puño y la vileza de Sejano en su alma; queriendo la libertad, pero á condición de no exigirle ningún sacrificio este cariño; en el pensar y en el creer un santo y un mártir, pero luego en el obrar y hacer, decidido por todo, resuelto á todo, verdugo de Agripina la cruel é infame, amaestrador del monstruo que iba de nuevo á oprimir y deshonrar así la humanidad como la tierra, nuncio y guía del despotismo perpetuado por estas complacencias serviles del pensamiento y del derecho y del espíritu con la fuerza brutal y con la victoria.

Más oigamos el discurso de Séneca en labios de Nerón.

«Padres conscriptos – dijo el príncipe dirigiéndose al Senado, después de saludarle con reverencias rayanas en demostraciones de culto y de recibir en cambio vítores y aplausos estruendosos sin término. – Padres conscriptos, mi juventud necesita de vuestra experiencia. Nunca os habréis hallado frente á un césar que os necesite tanto y que por lo mismo en tal manera desee obligaros. Los dioses han dispuesto de nuestro señor y maestro, el divino Claudio, con cuyas luces y años contábamos todos para dirigir el imperio. Hijo adoptivo de él yo, como Augusto de César, como Tiberio de Augusto, como Calígula de Tiberio, vengo á recoger la herencia vinculada en esta irrevocable adopción. Si no me conocéis á mí, porque mi juventud no se presta mucho á materia de conocimiento y estudio, conocéis á mis antepasados. El fundador de mi familia, Domicio, trocó su barba negra en áurea barba, como sabéis, al toque de unos dioses, aparecidos á él en las vías romanas, que le doraron los pelos del rostro con sus sobrenaturales manos. Siete consulados ejercieron mis progenitores, un triunfo gozaron, dos censuras tuvieron, y de tiempo inmemorial entraron en la clase patricia. Mi bisabuelo traspasó al pueblo el derecho que antes gozaban los pontífices de nombrar los sacerdotes. Mi abuelo acusó á César mismo por haber violado los arúspices y las leyes. Todos los míos, todos mis parientes paternos, todos los deudos del patricio que me dió la vida, todos sirvieron á la romana libertad. Así el culto á las instituciones históricas de Roma no está sólo en mi pensamiento y en mi alma; está en la sangre atávica y en la herencia secular legadas al nombre mío por mis gloriosos abuelos. Con este

culto á la libertad histórica vengo aquí hoy; en este culto reinaré y mandaré siempre, más ganoso de respetarla en los de abajo, donde siempre será necesaria, que de tenerla yo arriba, donde todo impone sujeción á los dioses y obediencia. Así pondré á su disposición, á disposición de los humildes y de los pobres, aquello único dado por Dios á los humanos en pleno dominio, el tiempo. Como sé que halla toda felicidad su toque propio en desear lo debido, no desearé cosa ninguna yo allende mis deberes. Se podrá deliberar mucho acerca de si conviene á un césar someterse al Senado; pero como yo lo he decidido antes de deliberarlo, sumiso me tendréis hasta el fin. No hay varón justo como no sepa dominar sus pasiones, y siendo tan viva la del poder, yo la domino en términos que pongo éste á vuestro arbitrio, no sin esfuerzo, pero sí con pleno vencimiento de mí mismo. Sostengamos las viejas leyes con las viejas costumbres. Advertidme de mis culpas cuando no las vea yo, que os prometo enmendarlas. Los bienes humanos jamás han sido propiedad de quien los tiene; se le han dado por el cielo para que los administre y los distribuya. Dadme la prudencia que habéis aprendido en vuestra sabiduría. Sometidos vosotros á la razón, me impondréis á mí su imperio. Yo os prometo reverenciar á Claudio como á un dios, y oir siempre á la mejor entre todas las madres, á mi madre Agripina. Calcaré las leyes de mi proceder en los ejemplos dejados por Augusto. Los impuestos gravosos serán disminuídos. Las recompensas, por la ley Papia decretadas á los delatores, desaparecerán por completo, pues quiero desaparezca la delación, esa plaga de Roma. Distribuiré á cada plebeyo de mi peculio particular cuatrocientos sextercios por cabeza. Para que puedan muchos de los vuestros, venidos á pobreza por injusticias de la suerte, desempeñar su dignidad con desahogo, decretaré una pensión de quinientos mil sextercios á cada senador sin fortuna. El ejército recibirá distribuciones mensuales gratuitas de trigo. No recibiré acciones de gracias sino después de haberlas merecido. Me resistiré á firmar sentencias de muerte, pues detesto más todavía que el oficio de delator el oficio de verdugo. La libertad, la religión de nuestros padres, volverá de nuevo á ser nuestra eterna religión y á encontrar aquel desinteresado culto en que brotaron las grandes almas que iluminan los romanos anales y se aceraron

las viriles costumbres á cuya sabia disciplina hemos obtenido la dominación del mundo. Cuidaré hasta de la pureza del Senado y lo restituiré á su pristina dignidad. Maltrecho por las guerras civiles, en las competencias entre nuestros partidos combatientes disminuído primero y luego agrandado más allá de lo conveniente y permitido, Augusto lo purificó; y á tal purificación, descuidada por sus sucesores, debo atender yo ahora en el propósito de consociaros con mi gobierno y de resucitar las viejas leyes, con las cuales fuimos grandes sobre todos los pueblos de la Historia y bajo las cuales grandes seremos nuevamente, si me prestáis con el consejo de vuestras claras inteligencias el concurso y la sanción de vuestros votos. El cielo y yo sabremos premiároslo con creces. Confiad en los genios protectores de Roma y consagraos á nuestra regeneración.»

Un grito de férvido entusiasmo siguió á este trozo de meditada elocuencia estoica. La desesperación interior, á la cual se agarrara tan fuertemente la flojera y debilidad incurables de los ánimos, fué por algunos instantes conjurada; y se vió como reaparecido en la realidad el genio de aquella Roma republicana, tan propicio á todos los romanos en general y con especialidad á los senadores y á los aristócratas. A un error interno de los más vulgares creíase que lo perdido por culpa de todos podía recuperarse por el acierto de uno solo. Ignoraban como los nombres no hacen las cosas y la inutilidad completa de pronunciarlos, si no responden á las vivas realidades y á los hechos vivos. Casualmente no se había cambiado nombre ninguno; lo que realmente se cambiara, bajo el imperio, fuera lo que humanamente no podía readquirirse y reaquistarse, aquel espíritu de Roma, en que todo lo grande se animaba y vivía. Verdades tan evidentes se ocultaban, magüer la claridad suya, en este período histórico á los más perspicaces ingenios, creídos de que podía restaurarse por fórmulas sortilégicas lo perdido por errores y crímenes sin cuento. Séneca creía que bastaba una ciencia de gran profundidad á restaurar la república; Lucano, que un poema de altísimos vuelos; Persio, que una sátira de acerado filo; y ninguno se enteraba de que cuanto hacían allá en el espíritu con ideas, lo destrozaban aquí en la realidad con actos contrarios á todo lo pensado en la mente y hasta creído por una fe ciega, las cuales, en

su esterilidad natural, no generaban cosa ninguna que pudiese á su vez generar leyes y costumbres reales. Séneca escribió para el Senado como si escribiera para la escuela. Y así puso en labios de su discípulo emperador lo que hubiera puesto en los de cualquier discípulo puramente académico. Disertó en las entrañas del mundo político cual disertara en cualquier Academia. Donde se pedían actos, cumplió con palabras. Y así comenzaba uno de los reinados más funestos á la humanidad y al bien humano con una de las arengas más nutridas de ideas altas y de conceptos profundos que podían componerse. Su error estaba en creer que, con haberlo dicho todo, había hecho el infeliz algo. Y lo mismo creyó el Senado. Hasta los más escépticos tuvieron un relámpago de fe viva por obra de una meditada y artificial retórica. La recuperación del poder venía envuelta en aquellos conceptos forjados por la inteligencia de un filósofo altísimo y dichos por los labios de un muchacho sincero. Pero no caían los entusiasmados en que su esperanza iba por completo á estrellarse contra su propio entusiasmo, No caían en que, aguardando de la voluntad ajena, y no del propio esfuerzo, la libertad, imposibilitaban su readvenimiento y se hacían voluntarios esclavos. Aunque hubiese querido verdaderamente Nerón su libertad y se la hubiese dado, no serían los así manumitidos ciudadanos libres de Roma, serían misérrimos libertos de César. El entusiasmo que ahogaba en aquellos momentos al Senado, los aplausos resonantes en el aire, las humeadas de incienso espiritual generadas por las frases de servil acatamiento, las acciones de gracias propuestas por todos á porfía y las genuflexiones hechas por todos en aquella especie de liturgia imperial sobre los ánimos reinante y soberana, como antaño, y sobre las costumbres históricas que afianzaran la libertad, tan sólo demostraban cómo no había ningún resquicio allí por donde pudiera penetrar un rayo de vivificadora esperanza. Así decretó el Senado que las frágiles promesas de Nerón se grabasen en bronce, como si la solidez de aquella materia en que se fijaban pudiese prestarles consistencia ninguna, y no estuviera el mayor obstáculo al cumplimiento suyo en las serviles almas de los senadores y en la prostitución irremediable del Senado. Mas lo que maquinara desde su palacio Agripina y requirieran Séneca con Vitelio se había cumplido: Nerón quedaba recibido como general

en jefe por los pretorianos del cuartel y proclamado como sumo imperante por los padres del Senado. No había más que pedir.

Así volvieron al Palatino y lo encontraron todo dispuesto al nuevo reinado. Británico estaba descartado. Los besos de su madrastra se le habían clavado en el pecho y paralizádole por completo la voluntad y el deseo propios. Octavia recibía los homenajes debidos á una emperatriz consorte mal de su grado, por verlos dispuestos adrede por Agripina para cohonestar con el favor aparente á ella concedido el infame despojo perpetrado en el derecho de su Británico, del predilecto hermano suyo. Los cortesanos, más desasidos de Agripina mientras estuvo en duda la sucesión del emperador Claudio, se echaron á sus pies en cuanto quedó emperador proclamado Nerón. Ya no había en aquella corte más que un solo pensamiento: para mostrar lo irrevocable del cesáreo legado, erigir en verdadero dios al monarca legatario y hacerle honras fúnebres, que fueran homenajes aparentes á él, y en realidad apoyo de la nueva persona imperial. Cuanto más se hiciese creer á las gentes que Claudio era un dios, más divino aparecía Nerón. Así acudió Agripina en aquel momento á todos los recursos de su inventiva y á las fertilidades varias de su ingenio para sumar algo más á lo mucho ya ideado y hecho en los funerales de aquellos antiguos emperadores, de cuyas honras extraían los herederos títulos al propio dominio y al perdurable mando. Con las procesiones de rúbrica y con los aparatos militares de necesidad y con la presentación de los árboles genealógicos en figuras de cera y en simulacros de artificio que representaban los más ilustres abuelos y generadores del muerto, debía sumarse ahora una especie de apoteosis mayor, en cuyas ceremonias religiosas Claudio adquiriera carácter de dios transmisible á su heredero y á su viuda. Así Agripina no se daba punto de reposo en el arreglo de los funerales, á que no consagró ni un minuto siquiera mientras anduvo embargadísima por las manipulaciones indispensables á la proclamación de su hijo. Mas, proclamado éste ya, erigido emperador por las lanzas del pretoriano y puesto por los senadores en persona bajo el dosel majestuoso de las viejas tradiciones y leyes, aplaudido en manifestaciones ruidosísimas por el pueblo todo que aguardaba juegos como no los habían soñado los predecesores del joven artis-

ta, conseguido todo lo deseable allende lo esperado en la más optimista confianza, la emperatriz viuda se puso á preparar ceremonias, en las cuales se proponía con reflexión hacer de su esposo muerto un verdadero dios, para que hiciera el divinizado de su mujer superviviente una verdadera diosa. Los jurisconsultos más peritos, los adivinadores más célebres, los liturgistas más competentes, los augures más sabios iban llegando en tropel convocados á consulta indispensable para la preparación de todo lo conducente á una divinización ó apoteosis. Agripina, después de tantas emociones, apenas había dado al sueño cortos momentos cuando ya se desvivía por las honras del muerto, que tanto debían ceder en provecho de sus matadores; y con la natural actividad suya para todo y con su presencia en todas partes abarcaba desde los altos conjuntos de aquellos colosales proyectos hasta sus menores minucias. Tiempo se necesitaba por cierto, amén de voluntad, para lo intentado, y tiempo recabó Agripina con empeño y mostró, cual en cosas mayores, sus firmes propósitos generadores de prontas resoluciones. Pero cuando más ocupada se veía en esto, óyese de súbito un gran estruendo, precursor de una escena terrible.

—¡Agripina! Quiero verla. Dejadme decirle cuanto necesito que sepa en descargo de mi conciencia y alivio de mi corazón henchido por la pena. Dejadme que le hable antes de mi muerte—decía una voz desde los vestíbulos del cuarto mortuorio donde yacía Claudio.

—¡Dioses! ¡Narciso!—exclamó Agripina, verdaderamente aterrada por la voz del liberto, cuyos ecos le paralizaban en las venas su sangre y le transmitían á la conciencia espesísimos vapores de remordimiento.

—Entraré, pese á quien pese.

Y en efecto, Narciso, rompiendo todas las consignas y saltando sobre todas las barreras, cual si fuese todavía dueño del palacio y del Imperio, se presenta despavorido y desolado ante Agripina, aunque preso entre guardias, seguido de aquellos que no podían persuadirse, por las supersticiones nacidas de las costumbres, á creerlo caído del imperial poder en una muerte próxima, incomprensible á cuantos lo vieran años y años disponiendo del albedrío de Claudio así como de la fortuna pública.

—¿Qué traes aquí?—preguntó la emperatriz.

—El deseo de confesar en tu presencia todas mis culpas y de abonarte con mi testimonio la sentencia sobre mí fulminada por esa mano, en la cual veo centellear los rayos del averno.

—Repórtate, Narciso—le dijo Vitelio,—y guarda con la emperatriz los obligados respetos.

—No voy á decirle sino que aplica las justas leyes de compensación distributiva matándome, porque nunca imperara ella sin la muerte de Mesalina, y nunca Mesalina muriera si no la mato yo. En verdad merezco la última pena y le pido que pronto la ejecute, pues no puede vivir tranquilo en la tierra quien, equivocado por un celo falsísimo, facilitó sin quererlo tu matrimonio y con él también la desgracia y la muerte de aquel á quien todo se lo debía en el mundo, algo más que la vida por cualquier padre fácilmente prestada en los transportes del amor á un ser cualquiera, la libertad que sólo pueden dar los dioses, y la característica del humano linaje por excelencia, los santos atributos del derecho. Agripina, merezco la muerte y me creo á ti obligado por habérmela infligido, pues muerto Claudio, no quiero la vida. Pero debo pedirte una última gracia: en recuerdo de las muchas veces que has querido llevarme á tu causa é inscribirme dentro de tus partidarios, debo pedirte que me dejes escoger el sitio apropiado á mi muerte y el modo de recibirla con tanta dignidad como entereza.

—Morirás donde tú quieras y como tú quieras—díjole Agripina.

—Gracias.

—Mas te mando que vayas pronto á tu postrer destino y me ahorres un diálogo como éste, horrible, cruelísimo, en mi duelo.

—Una súplica postrera—dijo el pobre liberto con verdadera unción en la palabra y verdadera humildad en el gesto.

—Habla.

—Déjame abrazar á Británico.

—No puede ser.

—Déjame pedirle perdón, antes de morir, por el daño que á ciegas le he hecho.

—No puede ser, Narciso, no puede ser. Quítate, pues, de mi presencia.

—¡Vamos!—dijo el cuitado Narciso á sus verdugos.

—¿Adónde vamos?—le preguntaron los que le acompañaban.

—Al jardín de Lúculo, para que bajo aquellos árboles, en el sitio mismo donde yo maté á Mesalina, vosotros me matéis á mí. Quiero dar tan supremo desagravio á sus manes.

En efecto, había entrado la noche ya cuando Narciso, rodeado de sus verdugos, se dirigía pausada y serenamente al sitio que le traía en aquel examen de su conciencia y en aquel trance último de su ser á las mientes la grande hazaña del sacrificio de Mesalina, que juzgó él salvadora de Claudio y fué causa primera de su desastrada muerte. La distancia entre la colina donde se levantaba el palacio de los césares y la colina donde se tendía el jardín de Lúculo no era corta. Los esbirros iban, á manera de carnífice llevando una res al matadero, no alegres, pero sí conformes con el ministerio que iban á cumplir é indiferentes respecto del daño que iban á causar. Narciso recogía todos sus recuerdos en una concentración tan extraordinaria, que, si bien le tiraba la vida con sus instintos de conservación atrás, iba derecho adelante con valor prestado por el sentimiento de su gratitud, en el cual todo lo prefería, todo, á sobrevivir cuando muriera la persona por quien se había desvivido con su fidelidad de perro en este mundo y á quien debía el don más apreciable para el hombre, don que crece más á medida que se recibe desde más bajo, sobre todo desde los hierros pesados é infamantes. La luna difundía en el momento de llegar al bosque su luz mortecina por todas partes. Un sepulcral silencio reinaba como preludio del silencio eterno. Narciso miró el sitio donde la emperatriz, su víctima, expirara, y pidiendo á un esclavo por gracia el puñal de su cinto, se lo clavó con tal fuerza y seguridad y acierto en el corazón, que rodó al suelo como herido de un rayo. Y así acabó.

No pasaba ninguno de estos acontecimientos en Roma sin que los retóricos y los filósofos y los poetas, componentes de una sociedad aparte dentro de aquella sociedad, descuidaran el oral comentario pedido por cada uno en concepto suyo para comunicarse las emociones consiguientes y hacer los juicios necesarios. Estaban de consejeros áulicos en el palacio de los césares Lucano, Séneca, Persio, mientras la sucesión de Claudio y los funerales se arregla-

ban así como los apercibimientos y preparaciones indispensables al reinado nuevo, cuando llegó la noticia del sacrificio de Narciso con todos sus comentarios. Pues bien: ¿á que no imagina quien esto leyera cuál hecho se pusieron á comentar aquellos oradores domésticos del palacio de los césares, con motivo de la muerte, al cabo vergonzosísima, de Narciso? Pues nada menos que la muerte de Catón. Así, creyendo conservar las viejas ideas con el elemento de los comentarios nuevos; en vez de agrandarlas, como cumple á la religión de los recuerdos, disminuíanlas y achicábanlas en los énfasis y en los artificios de una retórica que, aspirando á elocuente y republicana, quedábase reducida de suyo, por la vaciedad natural de una palabra no subseguida de los hechos, á cortesana y aduladora, con lo cual, muy lejos de robustecer los ánimos, rebajábalos y envilecíalos. Inmediatamente se dirigieron los reunidos en palacio á Persio y le rogaron recordase ante la muerte de Narciso la muerte de Catón, ante el sacrificio de un liberto el sacrificio de un ciudadano, ante los sacrificios impuestos á los deberes con la gratitud descendida de una gracia del soberano los sacrificios impuestos por la salud y la libertad del pueblo. Inmediatamente que le rogaron hiciese tal cosa, lo hizo con una verdadera docilidad, y reuniendo todas sus reminiscencias disertó como disertaban los retóricos, en amplios períodos de suma elocuencia donde se alababan todas las virtudes, pero sin ánimo alguno de imitarlas y de seguirlas. Así comenzó á encarecer abstractamente la virtud, la libertad, el derecho, la justicia, la verdad, el bien, los afectos humanitarios de amor á los semejantes y de abnegación por el bien universal, personificándolos en el prototipo estoico por excelencia, en el prototipo de Catón, y diciendo lo siguiente:

«Estaba el filósofo en Cirene cuando supo el triste fin de Pompeyo. Muerta la república romana con este defensor suyo, y triunfante la monarquía nueva, repugnó á tanta desgracia sobrevivir, y tomó la dirección de Utica, no en busca de un refugio, en busca de un sepulcro. Sabiendo cómo debía proceder para no abandonar la causa de los suyos antes de lo debido, encaminóse hacia un puerto de las riberas africanas, poco seguras á un vencido, por hallarse pobladas de númidas traidores y fenicios mercaderes. Él no creía que la razón estaba con la fuerza, que nacía de una victoria una le-

gitimidad, que pudiera el crimen pasar á virtud porque lo dorara el tiempo con sus esmaltes y lo ungiera el género humano con sus adulaciònes y con sus besos. Rotas las leyes; desconocida la soberanía del Senado; puestos los haces de los lictores contra el pueblo y por el monarca; en el Foro destruída la tribuna de los Rostros y en el Capitolio alzados númenes propicios á la tiranía; trocadas las sacras colinas donde tronaran los oradores, en peldaños del trono; la Ciudad Eterna con amo, cual esclava de los harenes orientales, constituíase una tierra nueva, dentro de la cual no había ni aire respirable para su alma, ni espacio siquiera para su cuerpo. Pompeyo ha perecido bajo el doble peso de su infortunio y de su nombre; tócale á Catón perecer también. Mas antes quiere decir la última palabra sobre aquel á quien llamaba su jefe y aquietar sus manes con algún profundo consuelo. No encontraba en Pompeyo aquella rigidez histórica de los antiguos romanos, por no permitirlo, sin duda, la tristeza de unos tiempos que confundían el triunfo con el derecho y demandaban á la virtud severa holocaustos para el vicio feliz. La prepotencia de Pompeyo se diferenció de la prepotencia de César en que pudo ejercerse y desarrollarse con rigor sin detrimento ninguno de la libertad. El pueblo le hubiera nombrado señor, y él se contentaba con la dignidad modesta de ciudadano. Le tuvieron los senadores por jefe; mas así como su prepotencia militar no dañara de ningún modo á la libertad, su jefatura parlamentaria no dañó al Senado. Jamás creyó que debía dominar en Roma. Obligóle tanto más todo lo recibido del pueblo, cuanto menos obligado se creía éste á dárselo por cesión y más podía, en la completa posesión de sí mismo, rehusárselo. Rico, enriqueció más las cajas de su patria que la propia caja. Noble, creyó que su nobleza le imponía el aprecio, no el desprecio de su pueblo. Siempre que opuso á cualquier causa las armas fué para seguidamente deponerlas. Quería el ejército mientras duraba la guerra. La paz del mundo le agradaba más que la victoria propia. Corrió á la cabeza del ejército como á la cabeza del pueblo, más con resolución de servirlos que de mandarlos. Su persona fué siempre al ostentoso lujo repulsiva y al vicio corruptor su casa. Él se hubiese, no complacido, sí avergonzado de reinar. Así en la misma hoguera donde se consumieran sus restos acababan de consumirse la libertad, la

ley, la república. El cielo quiso favorecerle al fin, permitiéndole morir víctima de un monarca y no vasallo de otro. Los que nacieron libres deben apresurarse, cuando recelan que se acerca un tirano, á morir por su libertad. Si Roma, en vez de tribunos, ofrece tan sólo césares, hasta las almas de los muertos en la república deben cerrarse á todas las evocaciones, y no venir del silencio y del olvido á escuchar el romano silencio y ver aquí el triste olvido de todas las antiguas virtudes. Así es que importara mucho á los buenos morir en tal estado y tener para la pira de su cadáver tal virtud que hiciese su sombra inmortal sorda por completo á todos los conjuros y á todas las evocaciones. Duerma en buen hora la Ciudad Eterna el sueño de todos los vicios; pero que no despierte con sus ronquidos á los buenos. Inútiles por completo las trípodes y las consultas para los númenes de la muerte. Lo que se necesita con ella es una firme y segura voluntad. En fin, jamás acabaríamos si hubiésemos de contar todos los pensamientos que cruzaban la inteligencia de Catón á la hora de saber ya muertas la libertad y la república en Roma. En todos estos pensamientos predominaba uno tan sólo, el pensamiento de amor al descanso y al reposo en brazos de la eternidad. Morir equivalía en el fondo á triunfar. Y equivalía en el fondo á triunfar porque la vanidad orgullosa de César, así como requería esclavos de todos los pueblos para mostrar su fuerza, requería jefes de todos los partidos para mostrar su misericordia. Podían á esto conformarse Cicerón, el cual, fugitivo, desde Farsalia á la triste Brindis iba componiendo frases elocuentes que colocar en la diadema de César; Bruto, que aceptaba sin escrúpulo el gobierno de la Galia cisalpina, hostigado por su madre Servilia; Casio, quien había cedido entre los estremecimientos primeros de la derrota una escuadra; pero no el alma de Catón. Y debe añadirse que también el alma de su hija Porcia, donde se iluminara la conciencia y se determinara la voluntad de Bruto, suspensas por las maquinaciones de Servilia.

»Catón personifica las ideas estoicas. Y las ideas estoicas elevan al hombre hasta sobreponerlo al dolor. El republicano había visto la muerte de hito en hito y jurádole un desposorio inmediato. Con esta resolución soportó en el mar tempestades, no tan desordenadas como las interiores é íntimas de su tormentoso espíritu. Con

esta resolución recogió los restos de la gente republicana, que consigo conducía en su flota, y la impelió desde la pequeña Sirte hasta la célebre Utica. Aunque se iniciaba el invierno, y por tanto una estación más propicia, en aquel africano voraz clima del desierto, á las peregrinaciones, un martirio sufrió Catón durante aquel prolongado viaje, á cuyo término se hallaba como un descanso la muerte. No usando, por costumbre apenas creíble, los romanos todavía del camello, cuyo paso tan sólo devora los infinitos arenales, experimentaron angustias terribles y tuvieron que resignarse á tardanzas desesperantes. El cielo como una brasa; la tierra como un horno; el aire como los resuellos del Etna; los torbellinos arremolinados en trombas; las arenas batidas y alzadas, cual montañas, en alas del viento, y quemando como erupciones volcánicas; tales calamidades juntas contribuyeron á poner en trance de muerte mil veces la tropa conducida por Catón, que mostró la superioridad incalculable de su indómito espíritu sobre la naturaleza. En efecto, el ejército aquel, guiado por un filósofo, más era ejército de paciencia que no ejército de combate. Pudiendo impedir á César el paso desde los territorios griegos al territorio egipcio y del territorio egipcio al territorio itálico, ninguna empresa intentó, como si una fascinación lo paralizase y detuviese. Cierto que toda la marina se portó en aquel conflicto de Farsalia igualmente. Con el número de naves que tenían los republicanos en la mar griega, no supieron ofender ni molestar á los vencedores. Las escuadras de Pompeyo, las escuadras de Casio, las mismas escuadras de Catón sólo sirvieron á la fuga universal. Y, sin embargo, por esa petulancia propia de los partidos, que creen perdida la honra si pierden la esperanza, los republicanos todavía confiaban á una en la fragilidad del imperio cesáreo, y creyendo próxima la ruina de César, desde los escombros de su propia ruina irremediable y suprema todavía se disputaban entre sí el mando y dirección de sus partidarios, cuando no había sabido ninguno disputar al tirano el mando y dirección de la tierra. Catón creyó siempre que las armas no podían servir ni valer en defensa de la libertad y de la república, pues cuando no acertaban éstas á imponerse por la fuerza de su virtud intrínseca, mal se impondrían por la fuerza del combate y del triunfo. Desde que las guerras civiles comenzaron, el estoico

no se vistió una sola vez de lujo; y desde que la batalla de Farsalia se perdió, ni quiso acercarse á mesa ninguna, ni en lecho tenderse para comer, sustentándose con aquellos alimentos indispensables á sostener por algún tiempo su vida.

»Un año resistió Catón todavía las tentaciones de suicidio, á ver si el triunfo se tornaba del lado de los suyos en las últimas y supremas porfías. Desesperanzado siempre, no obstó su desesperanza irremisible al cumplimiento de los deberes íntegros. Él mantuvo en Utica un verdadero núcleo de las fuerzas republicanas y un vivo reto á la victoria de César. Pero el dictador, tan rápido en concebir como en ejecutar, tan clarividente por sus previsiones como seguro por sus acuerdos y certero por sus golpes, plantóse con celeridad en Africa, no fuera que la protesta llegase á victoria. El postrero de los Escipiones, el célebre Labieno, los hijos de Pompeyo, se reunieron allí bajo las dos alas del alma de Catón, y honorariamente presididos por el rey africano Juba, fidelísimo á las viejas instituciones á pesar de su vanidad bárbara, quien les acorrió con su ligera caballería númida. Pero todo lo superó César. La victoria de Thapso en las costas de África vino á completar la victoria de Farsalia en las costas de Grecia. Catón, que había quedado en Utica, recibió con celeridad extraordinaria, por aquello de que las noticias nefastas tienen alas, el anuncio de la desgracia. Una vez conocida, bien que no extrañada, reunió los trescientos ciudadanos de Roma en la ciudad habitantes y les aconsejó la defensa. Mercaderes más que políticos, resistiéronse á toda resistencia y declararon importarles poco la victoria de César, con el cual no querían habérselas, dispuestos á reconocerle por soberano y á obedecer sus órdenes. Catón, al ver todo esto, con lo cual contaba, curóse tan sólo de cumplir los postrimeros deberes, y cerrando todas las puertas de aquella ciudad que daban al desierto y abriendo las que daban al mar, conjurólos con verdaderas instancias rayanas en mandatos para que se partiesen y burlaran así las cóleras de César huyendo á sus venganzas. Los rogados y excitados por tan apremiante modo tuvieron que ceder, y dejaron á Catón solitario en compañía de sus dos jóvenes hijos y de dos filósofos griegos, con los cuales, mientras el afortunado guerrero se acercaba, púsose á departir sobre temas tan metafísicos, pero tan humanos, como la

muerte y la inmortalidad. El pensamiento último correspondiente á la vida y á la tierra que tuviera el romano, fué la despedida y salvación de Labieno y de Pompeyo, quienes se partieron hacia España con ánimo resuelto á sostener todavía la república y la libertad romanas contra César. Cumplida tal obligación, puestos en cobro cuantos pudieran correr algún peligro, salvados los jefes, ya Catón apenas podía de otro ningún objeto acordarse que de las ideas eternas preparatorias á su muerte. No quería vivir sin la república y sin la libertad. Por lo mismo que no quería vivir sin ellas, y estaba dispuesto á inmolarse por la propia mano sobre su recién abierto sepulcro, maravillan y extrañan más los cuidados bien solícitos y múltiples que supo consagrar á las últimas y más rudimentarias vulgaridades de la vida. Cuarenta y ocho años tenía no más en la hora de su muerte, de una muerte solitaria y requerida como pudiera solicitar y requerir á un vil amante con pudor y en silencio. Sin embargo, los últimos entre deudos y partidarios y colegas que le acompañaban, llegaron á entrever en lo reposado y majestuoso de su continente personal, en lo sereno y fijo de sus ojos vueltos casi á lo interior del espíritu, en lo menospreciador de tantas fatalidades como le abrumaban á él y á su patria, en lo elevado y sublime de sus ideas, en la unción casi melodiosa de sus conversaciones, en todo su ser, que aquella personalidad suya iba poco á poco rompiendo las cadenas del organismo y del cuerpo hasta en grandiosas anticipaciones de la inmortalidad transfigurarse, y eterizándose, como la mirra y el incienso quemados en las trípodes sacras de los sacrificios, tocar en lo invisible y en lo eterno cual un puro espíritu.

»Como buen clásico no creyó Catón despedirse bien del mundo si una cena, cena de aparato con sus hijos y con sus partidarios, dejaba de preceder al premeditado suicidio. El que durante las agonías del principio republicano comiera de pie siempre, tendióse con serenidad en amplio lecho á la vieja moda romana y gustó los manjares á la par que gustaba del diálogo. El ciudadano había peleado con la fatalidad como un héroe, cumplido todas las obligaciones respecto de su patria y de su estirpe y de su clase, puesto el empeño de un perdido náufrago en salvar entre las cóleras de los hombres y bajo los decretos del destino la libertad romana. Todo

se frustró, y ya no le quedaba otro remedio sino abstraerse de la realidad horrible, donde triunfaban el vicio y el mal, para con esfuerzo superior de voluntad y pensamiento abrirse las puertas eternales del sepulcro y entrarse por la región etérea del ideal purísimo, resplandeciente, de una eterna claridad. Sus dos amigos pertenecían, el uno á la escuela peripatética y el otro á la escuela estoica. Catón les propuso el tema de la inmortalidad en la serie dialéctica expuesta por los diálogos platónicos. Parecía que se levantaban los plátanos del Pireo, y que, á manera de las abejas áticas alimentadas en los romeros y tomillos del Hibla, venían las ideas platónicas en sonoros enjambres á encantar el trance último de la vida y traer como una miel dulcísima las esperanzas de nuestra especie frágil y perecedera en la divina inmortalidad. Inmortal es el alma y destinada por el cielo á unirse con la suprema unidad. Por el pensamiento participamos los míseros mortales de la divina inteligencia y por la virtud participamos de la divina perfección. ¡Ah! No puede morir quien, hallándose á este cuerpo tan frágil esclavizado y sujeto, aún tiene una fuerza interior que le somete la materia y le sojuzga las pasiones. Pensar sin el cuerpo, con la pura virtud íntima del pensamiento, en la suprema esencial substancia de cada cosa, obra divina es tal, que no pueden alcanzarla de ningún modo ni el tiempo ni la muerte, como emanación directa de la eternidad. Las sublimes armonías entre los contrarios enlazan y confunden el amor con la muerte. Antes de aprender ya sabemos algo que por viva reminiscencia guardamos de otro mundo mejor, y antes de morir ya tenemos aspiraciones á lo infinito y á lo eterno que sólo pueden satisfacerse allá en la misteriosa inmortalidad. Esta razón humana, que tiende á la unidad, encuentra la unidad en Dios. Como las cuerdas áureas de las armoniosas liras producen, tocadas por los dedos, que la inspiración mueve, notas superiores á ella misma, tañidos estos nervios nuestros por Dios, son en sí las ideas esencialmente divinas por superiores á nuestra humanidad. Y por las ideas enrojecemos las obscuras cosas en el fuego celeste, y por las ideas prestamos á todo lo inerte movimiento, y por las ideas esclarecemos el universo material, y en alas de las ideas nosotros mismos ascendemos con rápido vuelo á las cimas donde se alzan los eternos é incomunicables arquetipos de

los cuales todo lo existente parece pobre copia: sublimes palabras con que los platónicos y Platón supieron, allá en el antiguo mundo, confortar á los héroes y á los mártires de Grecia y Roma. Lo cierto es que sin ese apoyo ideal de un pensamiento filosófico tan sublime, acaso Catón careciera de fuerzas para tornarse contra los decretos del destino y penetrar sereno en las sublimes y etéreas anticipaciones de la inmortalidad.

»Tras estas reflexiones sublimes, manifestadas en banquete parecido á los banquetes de Platón, apartóse con solemnidad el austerísimo romano de sus comensales y se recluyó en su cuarto. Ya dentro de aquellas cuatro paredes miró el abismo de la eternidad con serena mirada y resolvió arrojarse á su insondable seno en el siguiente amanecer. Leyó el Fedón dos veces en rollo que llevaba siempre consigo, y las ideas del maestro le fortalecieron en la robustez de sus propósitos, así como le alentaron á ponerlos por obra, seguro de la inmortalidad. Aquella elocuencia melodiosa del gran filósofo de las ideas, oponiendo frente al reducido hueco de un sepulcro la inmensidad del espacio, á lo breve y fugaz de nuestra vida el tiempo eterno, al cuerpo que se desprende y cae sobre la tierra el vuelo de nuestro inquieto espíritu hacia lo infinito, aquella melodiosa elocuencia de Platón lo transportó al cielo de la justicia, después de haberle sugerido un menosprecio y un disgusto acerbísimos por esta tierra de los tiranos y de las tiranías. Concluída la lectura con arrobamiento, decidió morir con severidad. La conciencia en tales términos había dominado á la voluntad y la voluntad á los nervios, que no tuvo ni una repulsión siquiera en la cual se denotase la resistencia de su instinto al dolor y á la muerte. Como buen romano, era Catón buen militar, y como buen militar tenía consigo siempre su espada. Ninguno de aquellos hombres, ninguno, se acostaba sin colgar este instrumento de su defensa muy cerca del sitio de su reposo. Catón había colgado su espada en la cabecera de su lecho. Fué á descolgarla para matarse, porque la conversación del banquete con los amigos y la lectura del diálogo espiritualista aclararon los movimientos de su alma, y encontróse con que había la espada desaparecido de su puesto. Disgustadísimo llamó á voces al siervo encargado de su alcoba. No respondía. Continuó leyendo mientras le aguardaba, pero no ve-

nía, retenido por la familia y los amigos, que descolgaran el fatal instrumento á fin de impedir la muerte. Viendo, tras un corto rato, que no llegaba el llamado, lanzóse á la puerta de un salto, abrióla de un golpe y dijo que, hallándose muy cerca el vencedor, no quería caer vivo en sus manos. Al oir esto los que vigilaban sus actos desde fuera, pugnando por conservarlo para la patria, para la fa-

Porcia y su esposo Catón de Utica

milia, invadieron el cuarto con tumulto, dirigiéndole ruegos entrecortados por sollozos. Los partidarios últimos, los clientes predilectos, los filósofos compañeros suyos, los hijos del alma, componían aquel cortejo que levantaba los brazos y las voces al cielo entre amargas exclamaciones con la intensidad de su desesperación, para en la vida retenerlo y salvarlo de sí mismo. Mas el inflexible republicano se mostró tan entero de carácter y tan resuelto por la propia inmolación, que opuso á dolor tan profundo y sincero el silencio y la frialdad de un muerto. Nada respondió á reflexiones de filósofos que le habían en el alma infiltrado una doctrina por la cual podía sobreponerse al destino y á sus fatalidades con

acto de suyo tan simple y natural como la muerte. Nada hizo cuando aquellos á quienes diera el ser le instaban para que no llegase á quitárselo con el dolor causado por su muerte.

»Catón parecía una cifra, no una persona. El alma se había desceñido ya del cuerpo cuando aún departía con los circunstantes. Desde las alturas adonde acababa de llegar ya por un esfuerzo anticipado y una visión anticipada también, sólo veía el corto tiempo restante á todos los vivos, aun á los más jóvenes, para entrar, como él, en la eternidad y acompañarle allá por las sombras eternas. Compasión les tuvo al verlos por su instinto grosero atados á la tierra, pero no quiso echarlos. Tanta tenacidad venció todas las resistencias. Una estatua de pórfido requerida por tantos ruegos y regada con tantos lloros hubiérase conmovido y ablandado. Catón, el estoico, apenas dió señal ninguna de sensibilidad. No parecía él, parecía su propia efigie fúnebre levantada ya sobre su mudo y frío sepulcro. Así los circunstantes se fueron, de grado unos, por fuerza otros, despedidos todos. La tranquilidad inalterable del estoico no se alteró á la despedida. El único acceso que sintiera en todas aquellas incidencias, fué un acceso de rabia contra el esclavo que le había ocultado la espada. Cegóse de tal suerte que le golpeó la cara con ímpetu, quebrantándose con el esfuerzo violentísimo su puño. Este movimiento último de vida le amargó más y más la muerte. Como se había dislocado la mano derecha, faltáronle fuerzas para hundirse la espada en el vientre. Y le salieron las tripas, mas le quedó todavía la vida. Entonces, al resuello de su agonía terrible y al estrépito de su cuerpo derribado, volvieron los suyos. Y como le quisieran someter á que le curaran, cogió con las dos manos los dos extremos de la herida que se había con la espada en el vientre abierto, y rasgándose las entrañas murió sin haber lanzado una queja, quedando extático en beatitud íntima é interior de quien ha cumplido un deber sacratísimo por cuyo cumplimiento pugnara mucho tiempo.

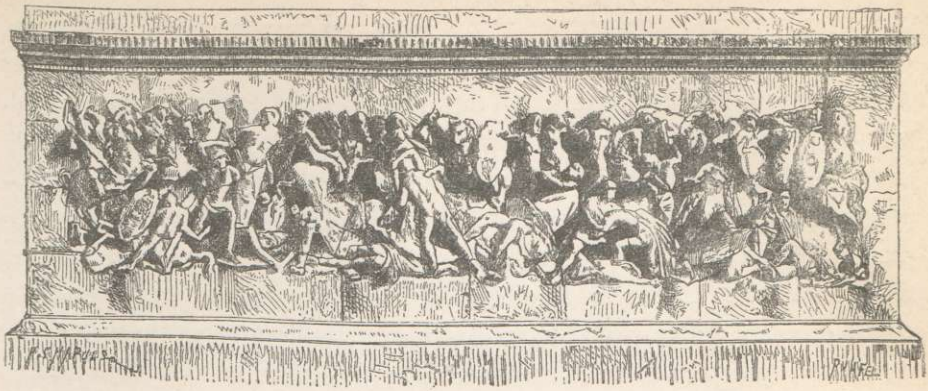
»La muerte de Catón quedó como un ejemplo vivo para la escuela republicana y la escuela estoica. El viejo espíritu de Roma hizo á este hombre completamente suyo. El austero espíritu estoico lo convirtió en ideal de su doctrina, revestido por un humano cuerpo. En su energía se mostró que no acababa él en resigna-

ción y conformidad con los decretos del hado, acababa en protesta, y protesta sublime. Por eso le puso la humanidad entre los héroes y los mártires á un mismo tiempo. Murió, sí, pero murió después de haber combatido y protestado, cuando los mares, los cielos, el desierto, la ciudad entera de su refugio le faltaron dominados bajo la terrible irrupción de los afortunados cesaristas. Su muerte le trocó en verdadero numen de un partido romano que sobrevivió largo tiempo á las victorias del cesarismo, y en verdadero numen de una escuela filosófica que inspiró mucho las obras posteriores de la civilización. Por la filosofía, por la política, por la moral, por el sitio adonde lo alzaba ya la historia contemporánea, Catón quedó como un héroe de la república y de la libertad en el humano pensamiento.»

Hasta aquí el buen Persio. Así podía darse un tan extraño fenómeno como que los sometidos por el hado á Nerón, en los albores de su reinado, se holgasen á una con recordar la república y los mártires de la república, cual si viviesen dentro de la más lata y más firme libertad. Esta contradicción reinante, mientras los restos del partido republicano sobrevivieron á la derrota de sus instituciones, traía una lucha latente, pero continua, entre la ciencia y la política, entre los filósofos y los césares. Mientras no había peligro de ninguna clase, no estallaba la guerra tampoco en la superficie del mundo y en el escenario de la sociedad; pero así que cualquier nube tronaba, cualquier tempestad sobrevenía, cualquier dificultad se levantaba en el camino de los césares ó cualquier obstáculo á sus caprichos surgía, estallaban persecuciones periódicas, en las cuales, rompiéndose la soga por lo más delgado, aparecían los filósofos inmolados como víctimas consagradas al feroz despotismo, nunca saciado de humana sangre.

En tiempo de Claudio las aficiones de éste á todas las controversias permitían todos los atrevimientos á la idea; pero el artista Nerón, que acababa de sucederle, no tenía esas tragaderas y se preparaba con resolución á no consentir otra voz en Roma que su propia voz, á la cual quería dar melodías celestes por su dulzura y caracteres de oráculo por su infalibilidad. Así, allí mismo, en aquella grande asamblea de filósofos y retóricos, en aquella conmemoración ante Claudio del republicano estoico, muerto por la libertad,

comenzaba de seguro aquella oposición abierta entre la filosofía y la política, en cuyos combates habían de cometerse tantos crímenes y por cuyas incidencias habían de generarse tantas tragedias. El pensamiento tiende de suyo á la realidad. No podían decirse tantas cosas sin que alguna se condensara en tormenta y culebreara en asoladoras centellas. Esta oración fúnebre de Catón traía mucha cola. Gentes de acción varias creyeron que no estaban en el caso de reducirse á discursos y necesitaban proceder con mayor actividad y modificar en las llamas del pensamiento las tristes realidades del Imperio. Así el día mismo en que fué ascendido al trono el nuevo césar, se urdió contra su poder y su gobierno una conspiración. Pero volvamos al despojo de Claudio.



CAPÍTULO II

LOS FUNERALES DE CLAUDIO

Cuando volvió Nerón de recibir las sendas sanciones, dadas á su poder y á su fortuna por pretorianos y senadores, como el primer y más natural reconocimiento de su autoridad fuera pedirle la consigna, ó sea la formularia frase para la guarnición, llamada entre nosotros santo y seña, pidiéronsela en efecto los guardias y dió esta con toda reflexión: «Al modelo de madres.» Verdaderamente no se puede urdir una conspiración palatina con tanto acierto y perseverancia como la ultimada ya por aquella emperatriz formidable, que unía con los arrebatos propios de una sensibilidad exaltada las matemáticas operaciones de un sereno raciocinio. Pero si había en realidad sido la mejor de las madres por montar un trono, como aquel elevado á las plantas ya del hijo de sus entrañas, no la movió en tanta empresa el amor á éste, la movió el amor á sí misma; y no fué Nerón emperador para imperar por sí, lo fué para que imperara en su nombre quien estaba por ley de naturaleza más cerca de él, y hasta cierto punto más sobre él en la tierra: su amorosa madre. No se necesitaba pertenecer á los adivinos y á los astrólogos para presagiar, desde los primeros momentos de aquel reinado,

Agripina laureada (moneda de oro)

Agripina y Nerón (moneda de oro)

que amenazaba un conflicto entre quien poseía de nombre y por honor el imperio y quien lo detentaba y lo mantenía para su personal goce y su particularísimo provecho. En los primeros instantes de su exaltación al trono, cuando el sensual muchacho lo contemplaba ya bajo su dominio, al considerarlo copiosa suma de placeres sin cuento, el afecto de gratitud á quien le procurara satisfacción tanta debía predominar sobre todos sus afectos y tenerlo como embobado de gratitud y rendido á la obediencia de una madre cual aquélla, tan solícita en el bien y grandeza de su hijo. Mas bien pronto á la satisfacción de haber obtenido el imperio debía subseguir la necesidad de poseerlo, necesidad solamente satisfecha con usarlo; y al ocurrir á esta necesidad, natural en quien tiene una propiedad cualquiera, el cuitado había de hallarse con que le dejaban el nombre y el honor, pero no le consentían el usufructo. Dueño de la tierra, y pupilo; un dios en público, y en privado un siervo; con la tierra y la humanidad á sus propias plantas, y tendido en guisa de lebrel hermoso bajo ajenas plantas; el cetro un juguete de niño, la corona un arreo de teatro, el trono un escenario, el poder una ilusión: ¡ah!, esto no podía consentirlo de modo alguno, dadas las condiciones de nuestra naturaleza y de nuestra vida, el último, no ya el primero, de los hombres. La guerra se había, pues, de suscitar por fuerza, y la catástrofe consiguiente había de sobrevenir por una lógica y suprema consecuencia de todos los hechos ya conocidos del hijo y de la madre. Mas en la hora que corre de nuestra relación y en el instante crítico que historiamos no se notaba nada de esto, no. Todos los personajes con papel en la tragedia hecha por el destino sentíanse gozosos y se jubilaban á una en este goce y gozo connaturales á la fase aquella de su espíritu y al estado aquel de su existencia. Celebraba la feliz Agripina su victoria; celebraba Nerón su imperio; celebraba el taimado Vitelio los aumentos de su poder y de su influencia; celebraba Séneca la ocasión de fundar un gobierno estoico por medio de su coronado discípulo predilecto; celebraba Persio la muerte de un déspota sin preguntar su nombre, porque los odios suyos se concentraban todos sobre la institución del despotismo; celebraba Lucano la vuelta de su República, porque nunca el vencido por su amor y culto á los grandes ideales pierde la fe viva en

su idea, y como no pierde la fe viva en su idea, no pierde tampoco la consoladora esperanza. Los dos únicos seres desesperadísimos entre los demás tan bien hallados con la suerte deparada por el destino en aquel momento á cada cual de ellos, los dos únicos eran Octavia y Británico. Esposa Octavia del joven asesino moral de su padre, y esposa desdeñada; nuera de la horrible parricida que se atrevía en su artero disimulo á festejarla y acariciarla con las manos mismas que habían mixturado en las alquitaras de Locusta y vertido en las setas del festín aquellos venenos corrosivos; á mayor abundamiento y para más dolor abandonada del marido que la tomó por fuerza para cohonestar su ascensión al trono y mostrar cómo le había llevado en la canastilla de novia la corona de Claudio, no tenía más remedio que recluirse dentro de un gran silencio y mostrarse, si no conforme con su triste suerte, á su triste suerte resignada, como una estatua llorosa puesta sobre antigua sepultura ó como una protagonista de cualquier tragedia clásica, entregada por completo á merced y disposición del destino. Todo lo contrario de Octavia Británico. Éste sentía lo irreparable de su desgracia, nacida de su orfandad, y trataba de remediarla, si no con actos, con protestas, combatiendo á más y mejor, aunque sabía con seguridad que al término del combate se hallaba la ruina y la muerte. Mas debe decirse para su honra, como alivio y compensación á su desgracia, que la cadena de aquella esclavitud, soportada con tal dignidad, no se le había, como á tantos infelices, metido en el tuétano de sus huesos y que bajo la pesadumbre de sus hierros no se habían paralizado hasta la inmovilidad su conciencia y su albedrío. Creyósele un día empujado por las artes y las artimañas del difunto Narciso, matador de su madre Mesalina y providencia del mozo á quien había hecho huérfano; mas acabado ya el fidelísimo liberto y con él sus innumerables medios de resistencia y de combate, continuó Británico perseverantísimo en defenderse, y opuso una rebelión más ó menos franca, pero continua y tenaz, al criminal despojo de su corona y á la triunfante usurpación de su derecho. Con esta continua guerra del despojado y de

Nerón laureado

los despojadores, echada en medio del conflicto que habían de suscitar las posiciones diversas de Nerón y Agripina, el drama iba tomando proporciones épicas y surgiendo á cada paso conflictos, los cuales se desenlazaban siempre por un crimen. Pero continuemos la narración.

Exaltado Nerón al trono, ya no quedaba otra cosa que hacer sino venerar al muerto. Agripina ocurrió con diligencia y cuidado á este deber, creyendo así ocultar su patente crimen y extraer de las honras á su esposo autoridad para sí. Repitiéronse por ende los funerales de Augusto. Así duraron siete días. Lo alto del Palatino sirvió de catafalco al cadáver. Un lecho de marfil y oro lo contuvo. La más rica púrpura de Tiro lo envolvió. Vaciáronlo en cera con tanto artificio que parecía vivo. Esclavas sirias con abanicos de Asia espantábanle las moscas. Senadores envueltos en sus nobles pénulas sombrías lo velaban. Hacían de plañideras las matronas patricias, vestidas de blancas estolas. Unos médicos, pagados para ello, contaban la muerte, atribuyéndola con insistencias grandes á natural indigestión. Soldados vestidos con atavíos dignos de Babilonia y de Menfis por su oriental riqueza montaban guardia numerosísima. Tras esta exposición del cadáver vinieron las procesiones antecedentes á su cremación. Los cónsules alzaron el cuerpo y lo recibió el Senado sobre sus espaldas. Una estatua de oro abría el cortejo, y un Triunfo, representado por la efigie de Claudio en carro triunfal volviendo de Bretania, seguía tras la preciosa estatua. Iban junto á estas apoteosis los predecesores del difunto, reproducidos en simulacros de materias diversas y conducidos en andas. Tras los predecesores y abuelos ondeaban estandartes sinnúmero con los nombres en sus centros de las victorias obtenidas y de las leyes dadas por Claudio. Tras estos estandartes gloriosísimos, coros fúnebres, compuestos por patricias y patricios, cantando en músicas y versos cortesanos la glorificación del despotismo y la ignominia de su propia clase. Tras los coros el Senado, el ejército, las magistraturas, el pueblo. Inmensa la procesión que, después de haber bajado la cuesta palatina y parádose algún espacio en el Foro y pasado so los medios puntos de la Vía Flaminia, tan majestuosa, llegó á la explanada del Busto, ceñida toda ella de álamos, donde se alzaba una hoguera de leños resinosos y aromados, á cuyo alre-

dedor dieron tres vueltas los pontífices, tres los caballeros sobre sus caballos y con sus banderas en los puños, tres la multitud vertiendo aromas, tres Nerón, quien, acercándose antorcha en mano, pegó á todo fuego, y nubes de aromático humo se difundieron por los aires y lluvias de ceniza se precipitaron sobre la tierra, saliendo entre las llamas águilas que llevaban las insignias imperiales de oro puro pendientes y parecían destinadas á transportar al empíreo para divinizarla el alma de tan gran muerto, convertido por la bajeza de los sobrevivientes en una especie de nuevo dios hecho y derecho. Pero faltaba lo principal del caso, faltaba que una voz elocuente y amorosa dirigiese allí mismo la indispensable apología de un difunto tan excelso y consagrase una tan beatificada memoria. Para esto habían apercibido y preparado la voz de Nerón; y cuanto esta voz debía decir lo escribió de antemano con todos sus énfasis en sus tablillas el gran Séneca y lo decoró con todos sus artificios el joven emperador en su memoria, que lo dictaba con suma fidelidad y prontitud á los labios. Observa Tácito cómo el primer césar dado á recitar oraciones ajenas fué sin duda Nerón. Notaban, dice allá en el décimotercio libro de sus Anales el gran historiador, notaban los viejos, quienes en sus ocios comparan siempre lo pasado con lo presente, cómo Nerón fué el primero en valerse de la elocuencia ajena. El gran césar emuló con los oradores antiguos y fué tan diestro en decir como en pelear; Augusto hablaba con sencillez natural, como cumplía realmente á un príncipe de su habilidad soberana; Tiberio así empleaba la varonil habla de los maestros en la frase como las ambigüedades finas de los políticos en el consejo; y si Calígula calló, enmudecido á la poquedad del entendimiento y al desvarío de la fantasía, en cambio Claudio, tan torpe y zafio en la conversación particular, desilada é ilógica, solía en público hablar muy á derechas, con propiedad, con dialéctica y hasta con elegancia. Pero Nerón cantaba, componía versos y música, danzaba como el último de los bailarines, jugaba como un tirador de dados, cabalgaba en ejercicios de continua equitación, tiraba la pelota y los bolos, hacía equilibrios de titiritero, representaba como un actor de oficio, recitaba como un retórico de afición, corría como un corredor de apuestas, toreaba y tocaba las castañuelas; pero no sabía componer un discurso. Cuando Agripina le

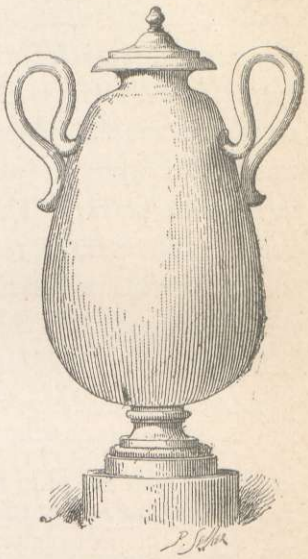
dió encargo tal á Séneca, debió éste reirse de sí mismo, puesto que nunca le habían pasado por el magín, durante todo el reinado de Claudio, más que conceptos vejatorios y caricaturas grotescas del dichoso emperador, tan herido por esto que nunca le perdonó, consintiéndolo en palacio tras muchas resistencias por mera servidumbre á la voluntad omnímoda de su caprichosa mujer. Pero no había más remedio que faltar á la verdad ó morir, y Séneca faltó á la verdad por amor á la vida y por necesidad imprescindible, así de conservar su amistad constante con Agripina, como su espiritual tutela sobre Nerón. No se reiría, repito, poco para su capote aquel redomado filósofo, mientras decía su discípulo imperial estas engañosas aprendidas frases como un vocero cualquiera y como un recitador de ajenos versos y ajenas oraciones. Sin embargo, debe decirse con verdad, en honra y alabanza suya, que había penetrado en su medula el arte imperial de completa decadencia, consistente de suyo en la recitación muy sencilla y muy natural de lo pensado y de lo sentido por otro, cual si su misma persona lo pensara y lo sintiera por una sugestión interna del espíritu exaltado. Y dijo así Nerón:

«Disipado el cuerpo mortal de nuestro césar y señor, no se disipará en modo alguno su memoria, que todos nosotros guardaremos como una religión de nuestras almas, y que guardarán los anales romanos como una gloria de estos sus más ilustres tiempos. Legislador consumado, ningún otro ha sabido dar leyes tan perfectas, ni acometer tan profundas reformas. Aunque sólo hubiera promulgado el rescripto emancipando los esclavos enfermos á quienes abandonan sus amos, bastaría este beneficio, por nadie demandado más que por su propia bondad, para inmortalizarlo. Mirad en las efigies que ha cincelado en piedra el arte, así como en los recuerdos que ha cincelado en cada corazón el agradecimiento, su rostro, y lo encontraréis lleno de altísima nobleza. Es verdad que tiene un tinte muy triste; pero es el reflejo de un alma muy grande. Nunca le faltó la majestad, como si la Naturaleza hubiera querido, desde que lo engendró en sus entrañas, apercibirlo al sumo Imperio. Si muchas veces solía descomponerse cuando montaba en cólera, bien pronto recaía en una calma parecida por lo sublime á la del mar sereno tras la encrespada tormenta. Si otras veces temblaba, nunca fué al miedo, siempre fué al sacudimiento de las ideas

altísimas y de las pasiones exaltadas. Alta la frente, amplio el seno, abovedado el cráneo, aguileña la nariz, desmesuradísima la boca como quien fluye ideas, grandes las orejas y abiertas á todos los soplos del espíritu, largo el cuello, blanquísima la cabellera, nervudos los brazos, fuerte la fibra, durísimo el hueso, sólido el tuétano, parecía un dios modelado por Grecia en las canteras de Paros. Y su natural interno consonaba tanto con su complexión moral cuanto con su inextinguible inteligencia. Muchos de los enemigos, eternamente suscitados al genio por la envidia, le dieron en rostro con su afán de asistir á los tribunales y su hábito de dictar sentencias. Pero esto, en último resultado, demuestra lo mucho que se desvivía por todos los ciudadanos y cuánto le interesaba el bien particular de cada cual de sus vasallos. Designado un pleiteante para juez, declara tener necesidad de abogar por sí en un pleito. «Aboga—le dice Claudio—y veremos en el juicio que formes de lo tuyo cómo juzgas y aprecias lo ajeno.» Nunca se acordaba en el tribunal de que fuera emperador y siempre se creía juez. Un acusado arrojó cierto día, en rapto de rabia natural, á su frente las tablillas donde apuntaba sus descargos, y cuando todos aguardaban que por aquel desacato lo entregase al verdugo, Claudio lo entregó á los abogados, diciendo que todo debe perdonarse á quien sufre persecuciones ante los tribunales, y que un magistrado debe acompañar la justicia con la bondad. No se movía de su asiento, y cuando un abogado informaba de prisa, por creerle cansado, asegurábale cómo creía que acababa de comenzar en aquel momento. Su desvelo por el pueblo llegaba hasta enterarse de todo cuanto se guisaba en los ínfimos tugurios y á procurar que no faltase carne y pan en hogar ninguno. Cuando se trataba de construir no era menos ducho y menos hábil que cuando se trataba de juzgar, y en materia de arquitectura campeaba cual en materia de legislación. Sólo con sus leyes podrán compararse sus monumentos. Y estos monumentos jamás fueron templos consagrados á su orgullo, sino verdaderas obras de utilidad general. Puentes abrazando las apartadas orillas de los amplios ríos, puertos requiriendo las naves de todos los climas, faros como el célebre de Alejandría que esclarecen las riberas de Ostia y las marismas de Ravena, acueductos inmensos merced á los cuales Roma y sus innumerables habitantes se bañan á diario, acequias

abiertas, lagunas desecadas, minas puestas á flor de tierra por la explotación maravillosa de sus filones, caminos para unir los extremos del Imperio, las legiones que siembran ruinas y muertes trocadas en bandadas de trabajadores, el mundo pacificado por el derecho, los altares al culto restituídos, he ahí cuanto debemos al gran emperador que lloramos. Ved el Circo redorado, los monolitos egipcios traídos del desierto y levantados á la entrada del templo de Augusto, la estatua colosal del Padre de los dioses colocada en los vestíbulos del teatro Pompeyo, el célebre lago Fucino que nos envenenaba los aires con sus miasmas devuelto á Ceres que lo corona con sus espigas, los arcos recordatorios del triunfo sobre la brumosa Bretaña, el agua Claudia refrescando nuestras fauces y curando nuestros cuerpos; ved todo esto y decidme luego si, más que dolernos de su ausencia, no estamos en el caso de tomarlo por una divinidad que acaba de llegar ahora mismo al seno del Olimpo. Y sus rescriptos igualan á sus monumentos, porque protegen la inocencia, y abrogan los sacrificios humanos en las selvas druidas, y mejoran la condición del siervo, y alejan los criminales de Roma, y previenen los incendios, y facilitan la popular alimentación, como su política venga en grandioso desquite la rota infligida por los alemanes á Varo, humilla el orgullo de la Gran Bretaña sometiéndola tras una larga serie de triunfos al yugo romano, civiliza las dos Mauritanias incorporándolas al Imperio, sujeta las gentes vencedoras de Craso en Asia, recibe los homenajes de aquellas tribus gobernadas por Mitrídates que mil veces nos hicieron frente, y desde la blonda tierra de los bosques hasta las inaccesibles montañas de Armenia extiende las dos alas de nuestra grande imperial águila y el poder de nuestro áureo cetro. Y no se contentó con dar tanto que decir á la historia y tanto que hacer á la corte: cogió el estilo de los historiadores, y contó los hechos con aquella misma grandeza en escribirlos que tuviera en ejecutarlos. Pero ¡ah, romanos!, antes se gastarían las tablas de bronce guardadoras de todos estos hechos en retenerlos y conservarlos que yo en referirlos y vosotros en agradecerlos. Hora es de que coronemos todo lo hecho estos días en loor de Claudio con aquello que más debido me parece, con la proclamación de su divinidad. No es Claudio un césar, Claudio es un dios.»

Mientras Nerón pronunció estos discursos reinaron afectos opuestos en el auditorio. La parte del pueblo, mejor y más sincera y más ingenua que la parte del privilegio, no obstante la perversión universal, tomó lo dicho como corriente moneda y creyó á Claudio una especie de divinidad mayor, viendo su alma en el horizonte parecida de suyo á esos cometas que lucen hasta con el sol de mediodía y que misteriosamente destacan su cola, inesperados y súbitos, en la luminosa inmensidad. La parte que llamaremos del privilegio, para encerrar tantas categorías diversas en una sola denominación, senadores, caballeros, patricios, magistrados, políticos de todas categorías, parte más picada por los enconos adquiridos en el combate diario y más corrupta por la gangrena que condensa y acumula el despotismo en los ánimos, se burló con acres sonrisas, como las propias de los genios malos, y con silbidos casi ahogados é imperceptibles como los que lanzan las serpientes atiborradas y hartísimas en sus ocultos nidos. Signo de los tiempos: quien más se burlaba de la oración fúnebre aquella era el mismo que la compusiera, el redomado Séneca. Lo relativo á una política de la cual sólo había sacado el destierro, le hacía desternillarse de risa, que algunas veces significa la más patente manifestación de afecto á ella tan opuesto como la rabia. Unicamente Agripina se mostraba en conformidad con las loas, porque le parecían propias á engrandecer su augusta persona y á prosperar sus ambiciosos proyectos. Con darle de prestado al mártir la naturaleza divina, creíalo compensadísimo de la muerte violentísima que le había hecho apurar en un plato de setas y del dolor horrible que le había traído la postrer agonía terriblemente agravada por las precipitaciones é impaciencias de rematarlo como á toro temido. Lo cierto es que aquella mujer arterísima, concentrada largo tiempo en el propósito de matar á quien le diera un trono á ella y exaltara el hijo de ella con manifiesta imprevisión á los cuernos de la fortuna,



Urna cineraria

sólo por agradarla y complacerla, crimen del cual no creemos capaz á la humanidad aun en sus mayores y más exacerbadas perversiones, extraía de lo más abominable á la conciencia lo más útil á su imperio. Y después de haber acabado con Claudio, como en cualquier matanza rural se acaba con un cerdo, transmutábalo en augusta divinidad y poníalo entre los dioses mejores, agotando entre las increíbles apoteosis á su personalidad las loas de todos los himnos, las humaredas de todos los inciensos, las genuflexiones y las plegarias de todos los supersticiosos, los esplendores de todos los cultos. Y así hacía asesino con ella, ó cómplice de sus asesinatos, al cielo que la maldecía en aquel momento mismo y que preparaba para inmediato plazo su justo é inevitable castigo. Pero se pierde por tal manera en las alturas todo asomo de conciencia y se gastan todas las capacidades para el remordimiento, que, al revés de cómo las usan los criminales ordinarios, quienes huyen de sus víctimas y no pueden resistir la vista de sus restos, Agripina jugaba con los huesos del marido asesinado por creerlos como sustentáculos de su poder y como astillas de su cetro. Así, no se habían acabado los funerales, cuando ya se hallaba con toda solemnidad apercibido el ceremonial indispensable á la inverosímil apoteosis de Claudio y á la erección en su honor de un templo como pudiera tenerlo cualquier Júpiter de los muchos adorados en las liturgias con varias denominaciones. La costumbre de divinizar los emperadores provino del Oriente y la extendió por Occidente Grecia el día nefasto en que perdiera sus libertades históricas y penetrara por todos sus poros el espíritu asiático, encerrado en el despotismo como en las podres de las corruptas marismas los miasmas de las fiebres tercianas. A la Grecia libre no se le ocurrió divinizar ninguno de los héroes y de los oradores y de los poetas y de los filósofos y de los artistas que debían á ella divinizarla, y á la Grecia esclava, pasando por el horrible período de la decadencia, se le ocurrió divinizar los tiranos idos á su trono para perderla y deshonrarla. Macedones, romanos, seleucidas, Ptolomeos, todos cuantos representaban la tiranía y la conquista obtuvieron altares como los altares de cualquier dios, y campearon, tonantes y resplandecientes, sobre las aras perfumadas de mirra é incienso, como si hubieran realmente subido al Olimpo. Y lo mismo que en Grecia pasó en Roma. Los héroes del

gran período republicano jamás tuvieron quien les concediera una de estas apoteosis imperiales, ni quien les consagrara estos serviles templos: humanos y únicamente humanos de suyo, no divinos como los déspotas, sólo aspiraban á los premios por la humanidad disponibles, al agradecimiento de sus conciudadanos y al aplauso de la historia. Pero así que tras las dictaduras de Sila y Mario sobrevinieron los desmayos de la libertad y los eclipses de la República, sobrevinieron las apoteosis de los vencedores hasta en las porfías más deshonrosas y por las causas más injustas. El definitivamente divinizado fué á la postre también el definitivamente déspota, fué Julio César. La falta de costumbre hizo que se comenzara declarándolo semidiós, y la sobra de vileza que se concluyera declarándolo dios hecho y derecho. En continuación de tamaños homenajes pusieron á Augusto junto á Quirino como celestial protector también de la Ciudad Eterna. Bien es verdad que los precursores del cesarismo dieron á los césares el mal ejemplo vistiéndose de Neptuno con patillas de alga y tridente de oro y carro de corales el buen Sexto Pompeyo; de Baco ebrio, por pámpanos ceñido y esgrimiendo el tirso como sonando los crótalos, el audaz Antonio; por lo cual no debe maravillarnos constituyera una especie de colegio astrológico en torno suyo Tiberio, y mandara Calígula matar á quien se olvidó de la divinidad congénita con aquel esposo de la Luna sobreponiéndole la persona de Júpiter, y que Livia, la madre de Tiberio y abuela de Agripina, se viese adorar como Rhea, como Vesta, como Ceres, como las diosas más puras, en los altares más excelsos, á título de madre del universo, legando ese funestísimo ejemplo á su nieta, que fué del universo entero, no de sus entenados solamente, una implacable madrastra.

Agripina divinizó á Claudio, porque así le pasó por la mollera, no diremos que por el moño, y le dedicó un magnífico templo. Y bien pudieron agradecerle todos los romanos que no divinizara á su esposo y no se divinizase á sí en vida; pues de haberlo pensado, hiciéralo como lo pensaba, por aquello de ser ley constitutiva del mundo romano la voluntad suprema del césar divino. Así no se andaba en bromas promulgando tal culto; pues lejos de quedar encerrado en el templo, salía por todos lados á la calle y entraba por cien abiertas rendijas en las costumbres. Había que certificar la

verdad jurando por Claudio. El simulacro y efigie de éste pedía una reverencia como la prestada de antiguo á las estatuas de los dioses. Cualquier criminal podía refugiarse dentro del templo claudiano en la seguridad completa de que nadie á la ropa le tocaría por haberlo declarado sacratísimo refugio la voluntad soberana de su viuda, mantenida por un voto solemne del Senado. Hubo así órdenes ó cofradías compuestas por los devotos del emperador, con sus reglas correspondientes y sus deberes litúrgicos. Agripina quiso que entraran en la orden claudiana principalmente los jurisconsultos y los poetas. Y en congruencia á una tal apoteosis como esta, constituía un culto y una religión aparte. Así la efigie de Claudio, coronada con aureola de rayos, apareció en las monedas, y en las pompas circenses ponían su estatua sobre colosal asiático carro, de que tiraban cuatro elefantes. Cuatro suertes de juegos acompañaron desde su fundación las liturgias imperiales. Fué una de estas suertes el juego dado por los pretores en el natalicio de los divinizados, puesto entre las fiestas principales por el calendario religioso. Fué otra suerte, la segunda, aquella organizada y mantenida por los cónsules, como la primera por los pretores. Otra suerte, la tercera, quedaba de suyo á los senadores, que las daban en el Palatino y las prolongaban por diez días. La cuarta, ó última, se remitía completamente al cuidado de los césares, por lo cual se llamaban fiestas palatinas, y únicamente se invitaba y recibía en ellas á personas de primera calidad. A esto se unían los jubileos y peregrinaciones, que se verificaban anualmente, y consistían en visitar fuera de Roma, por Alba y sus alrededores, el santuario de la dinastía Julia, es decir, de la dinastía imperial. El colegio sacerdotal destinado al culto se componía de sacerdotes sacados á suerte por la casualidad entre las primeras clases del Estado. Había, sin embargo, sacerdotes honorarios elegidos con toda solemnidad por el Senado. Llamábanse flaminios augustales claudianos los adscritos á mantener viva la llama del sacrificio consagrado al emperador. Hasta los vestidos tenían que participar de estos rituales, que se dictaban, no sólo en honor de los emperadores, en honor de las emperatrices, muchas de las cuales no se contentaban únicamente con ser sacerdotisas de sus maridos muertos, como lo fuera de Claudio Agripina; querían ser también diosas. La madre de Nerón aprobó solemnemente los planos del

templo concebido para honrar á su esposo; recabó de la curia senatorial un decreto para la fundación de este monumento, pues lo necesitaba por un artículo de la ley papiria; convocó al pueblo por un edicto para que realzase la consagración del sitio destinado al nuevo culto y al nuevo dios; presidió con todo género de pompas litúrgicas una procesión inacabable que llevaba consagraciones religiosas en ofrendas y en presentes y en símbolos de todas clases; oró largo espacio en meditación acompañada por suave música y coros sonorísimos; inmoló por su propia mano en aras de relucientes mármoles todas las víctimas demandadas por las tradiciones latinas, y luego declaró dios á su marido y se declaró á sí eterna sacerdotisa de tal dios.

En cuanto se concluyó la ceremonia, repitióse lo mismo que tantas veces viéramos en las incidencias de esta historia, las reuniones de los retóricos y de los filósofos y de los poetas para criticar los hechos que habían ellos perpetrado y maldecir de las personas que habían ellos sin mesura engrandecido. Séneca, rencoroso de suyo, y por rencoroso incapaz del perdón y del olvido, connaturales á la generosidad, comenzó con bromas y burlas muy celebradas y aplaudidas por sus cofrades, cómplices suyos en servir la dinastía imperial y denostarla. «Creo, decía Séneca, que cuanto más elevamos al cielo nuestros señores, menos estamos entre los humanos y con mayor descenso caemos en el mundo animal. Desde que Claudio aparece como un dios, aparecemos nosotros como un rebaño. Y este dios habrá entrado con mal pie, por lo menos habrá entrado, como buen cojitranco, balanceándose, cual un borracho, á los desniveles producidos por la cojera. Como en el cielo no hay más que inmortales, no podrán destinarlo á enterrador, oficio muy cumplidero para sus alcances, pero sí á vigilante de la Vía Apia, donde campeen los emperadores como Augusto y las princesas como Drusila que le han precedido en la divinidad. Le creíamos una calabaza de dura corteza y nos sale astro de primera magnitud. Y el caso es que ignoro á cuál hora del día y de la noche se ha cumplido esta metamorfosis ignorada de Ovidio, porque siempre fué cosa más difícil poner de acuerdo los filósofos en un mismo pensamiento que los relojes en un mismo minuto. Nadie ha sabido el instante de su natividad; y cuando el infeliz hubiera dejado su alma,

como cualquier excremento, en el estercolero, le obligan á deponerla en el Olimpo. Así murió sobre una mesa y entre cómicos que representaban obscenas fábulas. Su postrer aliento no se le huyó por la boca, por lo contrario y opuesto á la boca. Cuando Júpiter le ve llegar tirando de su pierna y le pregunta, no ya de dónde llega, de dónde es, imposible que nuestro padre celestial se enterase de la respuesta, porque no habla ninguna lengua el cuitado recién ido á la olímpica corte. Así tuvo Júpiter que llamar á Hércules y decirle clasificase aquel animal. Cuando á éste vió, tomóle por un buey viejo y cansado, como cuando le oyó, por una foca en rabia. Entre monstruos marinos únicamente podía darse un tiburón como él. Por fin, rompiéndose los sesos, averiguaron su cuna y vieron que se llamaba ésta Lyón, siendo así un galo destinado, cual sus predecesores, á tomar la Ciudad Eterna. Por ende los dioses le trataron poco más ó menos que lo trataban los esclavos y los extranjeros, á quienes favorecía con dádivas, cosechando de sus larguezas todo género de burlas. No sabían cómo colocarle, ni qué patronato reconocerle, ni qué facultades atribuirle, por incapaz de todo é inhábil para todo. No podía ser dios de ningún oficio, cuando carecía de aptitudes para ello y de toda competencia en las artes y en las industrias humanas. Así Jano quería echarlo de sus divinas asambleas por posma, y Augusto por poltrón, y Júpiter por fratricida, y Vulcano porque no hubiera dos cojos en la corte celestial, y Mercurio por mal abogado; pero, al fin, Roma lo divinizó por el único título de alguna validez que tenía, por pura calabaza.»

Tales poco más ó menos las facecias de Séneca sobre Claudio. Y mientras el filósofo lo ponía en ridículo, Británico amargamente lo lloraba y de su muerte con verdadero dolor se plañía, huérfano y solo, entre aquellos despojos y fragmentos de un verdadero naufragio. Acompañábale su hermana Octavia, dada en prenda inocente á las voraces ambiciones de Agripina y á los feos apetitos de Nerón, sin que pudiera satisfacer aquéllas ni saciar éstos, porque tan horrible legión de males no descansó, á pesar de las carnazas que le habían dado para dormirlos, hasta tragarse al infeliz emperador, tras desvestirlo de su púrpura, que toda la tierra envolvía, siendo tan extensa y grande como el cielo. Consideraban uno y

otro todo cuanto había ocurrido y se abrazaban mutuamente como queriendo flotar juntos y unidos sobre los amargos oleajes que los rodeaban y no estrellarse contra los escollos extendidos por todas partes que les oponían sus filos cortantes y sus horrorosas estrías. Consideraban lo hecho con el padre amado á quien debieran la vida, y sabían como todo ello lo maquinaran, después de haber concluído con él á la sombra del propio trono, bajo cuyo amparo las cobijó, para concluir con sus hijos, abrasados en los rayos de su aureola celestial y en las llamas de sus sacrificios litúrgicos, por Agripina presentados á Claudio para explotarlo allende la muerte suya como lo habían explotado en vida. El esposo que habían dado á Octavia no estaba unido con ella por el amor, cual todos, sino por una cadena tirante á justificar su imperio, como la que puede poner el cazador al perro de caza, que le husmea, le persigue, le asalta, le asedia, le rinde, le mata, le trae una presa, la cual no se comerá quien la rindiera y captara. En cuanto á Británico, ni aun para eso podía servir el cuitado; Británico puramente quedaba de obstáculo, vencible á cualquier precio, en cuanto se presentase y surgiese la menor dificultad. Su desgracia era tan enorme y su destino tan adverso que no le quedaba dentro de la corte ningún partidario, inmolado aquel Narciso á quien había tenido que acogerse, no obstante haber asesinado á su madre, para ver si por su intercesión y por su intermedio defendía ó salvaba de algún modo y por algún camino á su padre. Pero á éste lo habían matado para ser sus asesinos césares, y luego á los hijos del muerto habíanles relegado en una soledad espantosa y en un abandono y en un silencio semejantes á los que reinan sobre las sepulturas, mientras elevaban al autor de sus días al cielo y lo ponían entre los dioses. En todas aquellas ceremonias tan solemnes, en todos aquellos tan grandes holocaustos, en los funerales del muerto, en las honras varias antecedentes y consiguientes á estos funerales, en las festividades múltiples, todos los romanos representaron algún papel y tuvieron alguna parte; los únicamente proscritos fueron los dos revestidos de su carne y animados por su sangre, naturales y legítimos herederos de sus prerrogativas y de sus privilegios. Todo el pueblo romano había conocido esta injusticia y echado de ver esta crueldad; pero la cobardía debilitaba tanto los ánimos, que nadie apuntara una pro-

testa. Así los dos hijos de Claudio estaban heridos de muerte y sentían al partido el escozor de su herida. Mas cada cual, para defenderse y salvarse de algún modo, seguía lo más imperioso que hay en la naturaleza, el mandato imperativo de la complexión connatural á su correspondiente sexo. Así Octavia se proponía rogar, plañirse, conseguir por lágrimas y suspiros la salvación de su hermano infeliz á quien idolatraba, mientras Británico extendía las manos y elevaba los ojos al cielo, prometiendo por sus progenitores muertos y por sus dioses lares desafiar al destino si era preciso, y si era preciso morir, pero morir combatiendo y matando. ¡Cuán desigual combate!

CAPÍTULO III

¿QUIÉN GOBIERNA?

Algunos meses han pasado tras las escenas anteriores y en su transcurso ha cogido Agripina el gobierno, dejando á Nerón el placer. Así, cuando hijo y madre se hallan reunidos en la misma estancia, la madre parece una diosa y el hijo un esclavo.

– Que promulguen, Vitelio – dice la emperatriz, dirigiéndose á este su ministro allí presente, – que promulguen mi título de sacerdotisa del emperador Claudio.

– Quedará promulgado – responde á la orden el ejecutor, especie de maniquí movido por Agripina.

– Que me designen dos lictores como á los cónsules.

– Quedarán designados.

– Que no se reunan los senadores en el templo de la Concordia y de la Victoria.

– Se reunirán donde tú digas.

– En el Palatino y en el palacio.

– Ya sabes que las mujeres no pueden asistir á tan augustas asambleas.

– Quiero verlos en mi cuarto.

– Hágase así.

– ¡Vaya si habrá de hacerse!

– A grave disgusto estás expuesta por cosa tan baladí.

– ¡Ca!

– Más fácil herir cien derechos que olvidar una tradición.

– Bueno. Vendrán á palacio; y para cumplir el ritual, asistiré tras una cortina.

– Eso es mejor. Ya puedes atropellar la substancia de sus prerrogativas con tal que guardes las apariencias de todos los respetos.

– Dondequiera yo resida, se apostará una cohorte de pretorianos designada por mí.

– Desígnala según tu grado.

– ¡Nerón! – dijo la madre, dirigiéndose al emperador para distraerle con artificios, en el temor natural á que comprendiese cómo su diadema era en realidad una triste argolla.

Lictores

– Madre – dijo el cuitado al oir tal llamamiento.

– ¿Por qué no te diviertes un poco?

– ¡Sopla! – exclamó Vitelio al paño; – ¿aún quiere divertirlo más?

– Como gustes, madre y señora – dijo el emperador, en apariencia muy humilde y en realidad muy humillado.

– Viene la noche y, para holgarte un poco, debes traer algún artista.

– Que venga Terpno.

– Vendrá – dijo Vitelio, ejecutor de cuantas órdenes daban Agripina y Nerón.

– Ni el pensamiento mueve la palabra, como Vitelio la ejecución y cumplimiento de cualquier mandato nuestro – dijo Agripina.

– Prefiero esta noche á cualquier otra diversión el arpa – dijo Nerón.

– Y prefiriéndola, imposible hallar un arpista de suyo tan perfecto y consumado cual el preferido por ti esta noche – añadió Agripina.

– Toca en verdad como un Apolo de Delfos – observó Nerón.

– Y en efecto, con la túnica tan amplia y alba, el manto tan rojo, las áureas sandalias á los pies y á las sienes el verde laurel de Dafne, parece un dios – dijo Vitelio

Y apenas había hecho esta descripción, cuando apareció Terp-

no, vestido como un Apolo y con su arpa oriental en las manos.

– Ven, acércate – le dijo el emperador al artista, que se presentaba intimidado.

– ¡Loados seáis, oh dioses! – exclamó el arpista en las naturales adulaciones, dictadas á estos cortesanos músicos, primero por su carácter oriental, puesto que provenían del Asia, y después por su oficio vil, pues nada que imprima tanta vileza en el alma como esta obligación de divertir á todos los potentados en la vida.

– Terpno, me has llamado tu dios, le has llamado á mi madre diosa. ¡Oh! Aquí no hay más religión que el arte, compuesto de divinas revelaciones, ni más divinidades que los artistas, inspirados del cielo.

– ¡Cuánta bondad!

– El arpa sirvió á Platón para demostrar la inmortalidad del espíritu – dijo Nerón.

– En efecto – añadió el artista, – como las cuerdas producen, tocadas por el plectro, un sonido superior á ellas.....

– Producen los humanos cuerpos, tañidos por Dios, aunque sujetos á la muerte, una esencia inmortal – dijo Nerón interrumpiendo.

– Tañe, tañe, Terpno – exclamó Agripina.

Y obedeciéndola Terpno, produjo en el arpa unos acentos muy melodiosos.

El emperador, en sus audiciones, pasaba por toda la escala de una emoción intensa y varia. Cuando el artista recorría, en los preludios, con sus dedos todas las cuerdas, él temblaba en tales términos que se parecía su cuerpo á un arbusto agitado por los vientos y herido por las centellas del cielo. Si tocaba el artista con dulzura, el emperador caía en una especie de arrobamiento extático. A lo mejor se derretía en lágrimas éste, mientras estallaba en cánticos aquél, y lloraba el cuitado con corona como una mujer ó como un muchachillo. Su exaltación tocaba en epilepsia, y lo mismo se ponía en sus arrebatos á danzar como una bailarina gaditana, que á revolcarse por el suelo como nuestros poseídos del demonio. Ya se magnetizaba, que decimos en la lengua científica moderna, experimentando esta electrización que los antiguos también como nosotros sentían, pero no explicaban como la explicamos nosotros. Resultado: el arpista le comunicaba un movimiento extraordinario

al corazón de aquel joven, el corazón transmitíalo de suyo á los nervios, los nervios á los músculos y los músculos á todo el cuerpo, que, según decimos en la lengua vulgar, echaba chispas. En cosa ninguna como en las emociones artísticas se notaba que Nerón era un enfermo, un verdadero nervioso, lo que llamamos hoy un verdadero neurótico, cuando siempre se ha debido llamar locos á tales infelices. Así, después de haberle por tal manera hecho desvariar y desalmarse y conmoverse, había que pasar á cualquier otra diversión menos imperiosa, muy precavidamente dispuesta por Agripina para que su hijo gozase de todo en este mundo menos de su imperial corona.

– Mira, Nerón – decíale su madre, creyéndole un poco fuera de sí á los efectos de la música, – divierte tu ánimo del arte músico en cualquier otro recreo provechoso.

– Como tú quieras, madre mía – contestaba Nerón, á quien le bastaba en los primeros días de su mando el honor de su imperio y no se acordaba del goce.

– Vengan los libertos y hagan gimnasia.

– Vengan – decía Vitelio.

É inmediatamente aparecían y trabajaban en evoluciones verdaderamente vistosas.

– Traigan los carros de marfil – mandaba la emperatriz por mandarlo todo.

Y en efecto, traían unos carritos pintados de diversos colores y puestos sobre una tabla de dados, para que corriesen sobre su tersa superficie y recordasen las fiestas olímpicas helenas.

– Fuera de Grecia no se puede vivir – decía el emperador.

– Como que aprendí yo en ella – le observaba el arpista – mi divino arte.

– Y á tal escuela debes tus inmarcesibles lauros – le aseguraba Nerón.

– En Roma – decía Vitelio – nos hemos penetrado de la utilidad del juego de carros, en términos tales que los celebramos con inusitada frecuencia y nos ponemos los colores de aquellos cocheros que preferimos, peleando por ellos cual pudiéramos pelear en los tiempos antiguos y clásicos por los Escipiones ó por los Gracos.

– Y eso está muy bien – observó Agripina, – porque si las lu-

chas por los Escipiones y por los Gracos provocaban al derramamiento de sangre, las luchas por los cocheros mejores sólo provocan á la risa y al placer y al holgorio.

– Ya estoy cansado de esto – decía Nerón, que primero se fastidió del arpista, después de los gimnastas y por último de los carros.

– ¿Quieres otra diversión? – le preguntó su madre.

– No – dijo Nerón secamente.

– ¿Qué quieres? – le preguntó de nuevo su madre.

– Que se retiren estas gentes.

– Que se retiren – repitió Vitelio.

É inmediatamente se retiraron.

– ¿Quieres que venga gente nueva? – le preguntó su madre.

– No. Quiero hablar de la gobernación del imperio – dijo Nerón.

– ¿Qué has dicho? – preguntó Agripina maravillada y como si no prestase crédito á sus propias orejas.

– Pues que quiero hablar de cosas y especies referentes al imperio.

– ¿Al im... pe... rio? – preguntó Agripina, balbuciente de rabia.

– Sí, al imperio.

– Habla.

– Quiero que aumente la dignidad del Senado.

– Pues eso equivale á querer que disminuya la dignidad del imperio.

– ¡Agripina! – díjole con acento misterioso el ministro Vitelio á la emperatriz, recordándole como no podía tomar el toro por los cuernos y emular al hjio con tanto aparato de majestad y fuerza propia, pues había menester de más recato y de menores ostentaciones.

– ¡Vitelio! – respondió á la insinuación del ministro Agripina con los gestos de aquellos á quienes les pisan un callo en cualquier útil advertencia, quienes, si bien sienten la molestia rayana en dolor, agradecen muchísimo el consejo.

– Vamos – dijo Vitelio, dirigiéndose con arte y disimulo al emperador, como si quisiese ahogar en germen todo conato de desconocimiento del poder de Agripina, – vamos; dile á tu madre lo que

piensas, Nerón, respecto de la gobernación imperial, pues te atenderá ella.

– Pienso que restablezcamos privilegios del cuerpo senatorial heridos ó menguados por la ley Sempronia.

– Eso te lo han sugerido Persio y Lucano – exclamó Agripina.

– Me lo ha sugerido mi propia conciencia – dijo Nerón.

– ¡Un hijo de Æneobarbo con interior conciencia! – exclamó Agripina. – No vi jamás cosa tan rara.

– Pues tendrás que acostumbrarte á verla – le murmuró en el oído Vitelio á la emperatriz.

– Por tal camino pronto desharemos la obra de Farsalia – dijo Agripina, – como quieren Persio y Lucano.

– Obra difícil de deshacer – dijo Vitelio.

– Hablad cuanto queráis – añadió Nerón. – Yo quiero que se devuelvan al Senado las atribuciones judiciales de que mis antecesores lo despojaron; yo quiero que se prohiba desde hoy á los abogados recibir salario ninguno de sus clientes; yo quiero que se dispense á los pretores de dar fiestas públicas.

– Tú quieres una Roma nueva, como la que pintan esos republicanos sobrevivientes á la república muerta, que desearían volver sobre Utica, sobre Farsalia, sobre Filipos, resucitando á Pompeyo, á Bruto y á Catón.

– Será todo cuanto quieras; mas deseo cumplir al pie de la letra los discursos dichos por mis labios en el Senado.

– Y ese deseo tiene mucho de legítimo – dijo Vitelio por decir algo.

– ¿Cómo legítimo? – exclamó Agripina en son de senatorial discurso y con ademanes y gestos de orador verdadero. – ¡Legítimo! Por decir menos han perdido muchos la vida. No hay aquí legítimo sino aquello dispuesto y prescrito por la voluntad omnipotente del césar. Lo demás no vale cosa. Y esto debías bien haberlo aprendido, Nerón, en el ejemplo de tu madre, que ha puesto la voluntad imperial en los topes del mundo romano. Pero lo aprendido en mis ejemplos lo has desaprendido en tus maestros. Yo te he enseñado en la educación lo contrario de aquello que has visto en la vida. Con una tolerancia incomprensible dejé satirizase Persio el imperio y evocara Lucano la república. Pues bien: debo de-

cirte que, mientras yo viva, no habrá en el imperio ninguna otra voluntad sino la mía, y cuando yo me haya muerto, no habrá en el imperio ninguna otra voluntad sino la tuya. ¡Buena jera cumplir los discursos pronunciados! Esos discursos se pronuncian para no cumplirlos. Cuanto más tienen de retórico, menos tienen de cumplideros. Se dicen por decirlos. Hay que halagar las conciencias halagando al mismo tiempo los oídos. Debe hacerse hasta el mal invocando el bien. Pero creer este bien realizable de suyo en la práctica porque lo habéis prometido en teoría, parece una demencia propia de quien, metido en el estudio, cree todo lo ideal hecho sólo por haberlo pensado. Con decir que Séneca cree cumplir sus deberes de republicano y estoico, no sentándose á tu mesa y no consintiendo que lo beses en público, está dicho todo. Dejaos de aprensiones ridículas, dejaos completamente. Para el gobierno se necesita una falta de aprensión que nos permita saltar sobre todas las barras y no pararse ante ningún obstáculo. Haceos de miel y os comerán las moscas. Los emperadores únicamente consigo contraen deberes, y como no tienen obligación alguna de prometer, tampoco tienen obligación alguna de cumplir. Podemos cambiar de opinión, cual cambian los dioses, y sin género alguno de imposición, dictada por nadie y menos por nosotros mismos, estamos en el caso de hacer aquello que nos dé la imperial gana. Así lo quiero, pues así lo mando, y mi voluntad augusta es tanto ley del mundo cuanto propia ley mía. Y esta ley se discute, se sanciona, se promulga, se impone de suyo en un instante con una determinación de la voluntad por el pensamiento dentro de la conciencia. Vámonos, vámonos á recoger y á dormir, que muy engolfados en oir el arpa, ver los gimnastas, correr los carros, hemos consumido la noche, y mañana tenemos que levantarnos temprano para recibir á los embajadores de Armenia.

—¿Cómo á los embajadores de Armenia?—preguntó el emperador con extrañeza, muy cansado de sufrir las usurpaciones del poder suyo perpetradas por su madre, quien ya empezaba de suyo á molestarle como era muy natural.

—Sí, Armenia—dijo Agripina, dando una lección de geografía con arte sumo á su hijo, que no la necesitaba.—Su monte Ararat puede llamarse como el núcleo de todas las cordilleras en el Asia

Menor. De sus montañas descienden el Tigris y el Eufrates, esos ríos que guardaran en sus senos tantos misterios de religiones, tantas cunas de dioses, tantas lágrimas de siervos. Estas regiones montañosas, pero de una situación excepcional, sirvieron á los griegos y nos sirven á nosotros para captarnos el Oriente y sus pueblos. Así es que la sirena griega, escondida en aquellos transparentes lagos y límpidos arroyuelos, entonaba sus cánticos para seducir á los austeros profetas israelitas. Los hebreos, que á la vista de su templo jamás cometieran un perjurio, cuando se asentaban en las piedras de Armenia reposando bajo sus cedros y oían los cánticos eternos del espíritu griego que habían dejado los seleucidas en aquella oriental naturaleza, embriagados de amor, prevaricaban y ponían en olvido al dios de sus padres. Y como el espíritu griego, por una ley general de la historia, debía filtrarse mucho en las venas de Asia para devolverle la vida que de Asia recibiera, no pudiendo penetrar por las puertas del templo judío, cerradas á toda idea extraña, derramábase por Armenia para que los pueblos asiáticos templaran la sed infinita de sus almas en las mismas ideas suyas, templadas por el maravilloso genio helénico. Armenia sufrió muchas transformaciones. Los persas la sujetaron á su dominio, porque la espada persa era para los pueblos aquellos como el cayado de los pastores para los rebaños. Pero, como quiera que la espada persa no podía sostener por mucho tiempo el hilo de la historia asiática, pronto aparece por aquellos valles y aquellas montañas un conquistador nuevo, que lleva el sello de la predilección del destino en su frente, y en sus manos las cadenas de oro para amarrar el Asia, y en sus labios palabras de amor para impregnar de un espíritu nuevo aquellos aires. Este hombre se llamó Alejandro. Después quedan en Armenia por largo espacio de tiempo los seleucidas, los sucesores del milagroso Alejandro, encargados de velar por las ideas que, como un filtro de nueva vida, les había llevado el conquistador desde Grecia. Luego, en aquella larga historia del Oriente, Armenia sufre grandes transformaciones, ya entregada por su mal á los parthos, ya vencida por Mitridates del Ponto, ya sojuzgada por otros pueblos y reyes, pues parece que un hado adverso ha querido no se pertenezca nunca jamás á sí misma. Armenia debe ser un campo de batalla para Roma. Tenemos

frente y contra nosotros los germanos del Rhin, los getas del Danubio, los parthos del Eufrates. Para sujetar á los germanos habemos menester las Galias, para sujetar á los getas la Tracia, para sujetar á los parthos la Armenia. Y la razón de estos tres puntos estratégicos es bien simple: los necesitamos para tener en paz los pueblos nuestros y para preservar de la barbarie al imperio. Y en efecto, los germanos blandiendo sus espadas, los getas lanzando aullidos horrorosos, los parthos caballeros en sus monturas salvajes, con el arco en la mano y el carcax en la espalda, por un instinto ciego, por avidez de dilatar su vida y sus dominios, están siempre anhelantes de caer sobre Roma para pisotear su diadema, fundir su cetro repartirse sus despojos. Los parthos, especialmente, así que tuvieron Armenia, por un instinto seguro de combate amenazaron á Roma. Y en efecto, Artabán, rey de tal pueblo, se posesionó de Armenia y sacrificó al infeliz Triganis, que había su propio dios abandonado para recibir el antiguo espíritu de los seleucidas. Pero en tiempo de tu padre Claudio, el ilirio Mitridates se apoderó del trono de Armenia. Mas bien pronto Radanustho, á quien Mitridates recibiera

Tiridates, rey de Armenia (estatua del museo del Louvre)

como á un hijo, le ahogó y se posesionó de su reino. Entonces los parthos proclamaron á Tiridates rey de Armenia. Pero Corbulón, el general nuestro, dice que no consentirá ningún monarca en tal trono sin haber antes de manos del pueblo rey recibido su corona. Y nos envían una embajada. Más de nueve meses han tardado los embajadores en llegar á nuestras puertas, y nos traen átomos del cuerpo de todas las generaciones para mezclarlos con las tierras del Foro y formar así el cuerpo de la nueva Roma imperial y humana, que ha de llenar el mundo y ha de cansar á la historia.

– ¡Magnífica disertación – dijo el emperador á su madre, – digna de figurar junto á las mejores que compuso para mi uso y regalo el buen Séneca!

– Como que tu madre se quema las cejas, Nerón mío, para exentarte de todos los quehaceres y dejar libres tu tiempo y tu gusto.

– Ya lo creo, y te doy por ello las más rendidas gracias. Pero no se trata de semejante cosa, no se trata de la ciencia en todos los ramos del saber y de las aptitudes para todas las formas del gobierno.

– Pues ¿de qué se trata? – preguntó Agripina muy recelosa.

– De una observación.

– ¿Cuál observación es? – preguntó Agripina, impaciente porque las respuestas á su maravillosísima ciencia en los asuntos armenios fueran una serie de observaciones que á ella le parecían impertinentes.

– ¡Perdón, madre, perdón!

– No. Como es tan tarde, ya el sueño que tengo me pone un poco inquieta.

– Pues aquiétate, madre mía, y hablaremos mañana.

– Mañana no, ahora mismo.

– ¡Perdón, mañana, madre mía!

– No podría dormir si dejase pendiente tu observación y sobre todo mi respuesta.

– Nerón, te ruego que hables – añadió Vitelio, interviniendo mal de su grado en la conversación á un gesto de Agripina.

– Pues la observación que yo pienso hacer parécese mucho á una observación que tú has hecho, Vitelio, también.

– ¿Cuál? – preguntó éste.

– No la recuerdo – dijo Agripina, creciendo en impaciencia según que Nerón aumentaba las dilaciones á satisfacer sus preguntas.

– ¿Qué dijiste tú, Vitelio, respecto del Senado, cuando dió mi madre órdenes de traer los senadores al Palatino? – preguntóle Nerón.

– No comprendo – dijo Vitelio, confuso de la punta que iba el joven sacando á sus observaciones y temeroso de que Agripina se enfureciese con él y le jugase alguna de sus malas partidas.

– ¿Ves, Vitelio, cómo no puede uno hablar delante de estos mocosos?

– ¡Mocoso! – dijo el mancebo con extrañeza.

– Estoy segura de que no retiene una palabra de cuanto he dicho sobre Armenia, y ahora sale por el registro de las observaciones del buen Vitelio respecto al sitio donde las asambleas del Senado debían celebrarse. Vamos, hay para perder la cabeza viendo á lo que ahora se atreven los muchachos. Yo culpo muy especialmente á las sátiras de Persio y á los versos de Nerón.

– Pero, madre, te ha dicho Vitelio que no podías asistir al Senado.

– Sí lo ha dicho.

– Y una observación que hace Vitelio, ¿no puede un emperador hacerla también?

– ¡Nerón!

– ¡Agripina!

– ¿Cuál vocablo diste á las tropas en el momento de tu exaltación?

– A la mejor de las madres.

– ¿Lo recuerdas bien?

– Ya lo creo.

– ¿Dijiste lo que sentías?

– Lo que sentía dije.

– Pues la mejor de las madres te dice que es también la mejor de las emperatrices.

– Pero ni á la mejor de las madres ni á la mejor de las emperatrices le permiten las leyes asistir al Senado.

—¡Vetusteces!

—Vetusteces, ¡ah!, sobre las que descansan los pueblos.

—Pues si no hubiéramos prescindido de las más antiguas y de las más respetables, cree, Nerón, que no serías emperador.

—Cálmate, Agripina—dijo Nerón.

—No puedo con calma oir que desacates á tu madre.

—¿Cómo?

—¡Me desacatas, Nerón!

—Cálmate, Agripina—dijo también Vitelio, uniendo sus ruegos á los ruegos de Nerón.

—Pues repito que me maravilla mucho pueda sobre la presencia tuya en el Senado decir Vitelio que es imposible, y no pueda decir Nerón sobre tu asistencia incomprensible á la recepción de los embajadores armenios que no la consentirá.

—¿Cómo que no la consentirá?

—No la consentirá.

—Nerón, empiezas la vida desacatando á tu madre y el imperio desobedeciendo á la emperatriz.

—¡Madre y señora!..

—¡Hijo descastado!

—Yo puedo tolerar todo cuanto hagas á solas y en secreto de mi corona.

—¿De tu corona?—preguntó airada la emperatriz.

—De mi corona—dijo el emperador recalcando la palabra.

—Dioses, decidle qué corona de ignominia llevaría en sus sienes el hijo de Æneobarbo, si Agripina no le ciñe con sus propias manos, á impulsos del corazón suyo de madre, la corona cesárea.

—El horóscopo—dijo Vitelio, acercándose de nuevo al oído de la emperatriz,—el horóscopo.

—Mira, Nerón—exclamó Agripina, serenándose al recuerdo de la profecía hecha por los adivinos y astrólogos, como si viera en todo cuanto pasaba, no la voluntad propia del césar, un fatal decreto del destino,—mira, tengamos la fiesta en paz. Por una ley natural has de sucederme y heredarme; no tengas impaciencia y no fuerces al tiempo, demandándole cosa que deberá darte por necesidad ineludible. Mañana tenemos, como te iba diciendo, embajadores, y embajadores de Armenia, punto capital estratégico en el

mundo romano. Has visto cuánto yo hiciera por granjear á tu mocedad un imperio que tu mocedad no puede por modo alguno dirigir; está en él como estarías en una escuela donde aprendieras á reemplazar pronto al maestro mismo que te daba lecciones. Has visto cómo gobierno, cómo decreto, cómo legislo: mañana verás cómo trato á los embajadores. Mi objeto único, al meterme, como ves, en todo, es enterarte de todo por medio de lo más instructivo, por medio del ejemplo. Cultivo un campo hermoso para ti, dejándote pingüe propiedad en el mejor estado que puede imaginarse. Por consecuencia, no te malhumores y deja vivir á tu madre. Bésame y á la cama.

Besó Agripina con amor á su hijo y dió la mano con descuido á su ministro, despidiéndolos, y decidida por aquella noche á no reoir los plañidos del uno y los consejos del otro. Nerón salió con apariencias de humilde, pero con rabia de humillado. El disimulo imperaba ya en sus costumbres. Cuando parecía que los años le prestaban la naturaleza franca y soberbia del fiero león, resultaba, con prematuras perfidias, felino y traidor como un tigre. Así se guardó la suya, callando ante Vitelio que le acompañaba y apercibiéndose á un primer acto, de verdadera emancipación, aunque apareciese con visos de rebeldía. Despidió muy cariñoso al ministro, y hasta muy alegre, porque los reconcomios y los rencores iban por dentro, sin permitirse pasar á los labios, magüer que á borbotones saltaban y hervían en el corazón. Mas, ya solo, ya encerrado en su cubículo, dió rienda por completo á su rabia. Como realmente no tenía con quien pegar, la pegó consigo. Rasgóse la túnica en pedazos. Retorcióse las manos como si padeciera dolores atroces. Golpeóse la cabeza. Dos ó tres veces se tiró contra el suelo como si quisiese destruirse y aniquilarse. Mugió en unos momentos como becerrillo en celo. Maulló en otros como gato montés en acecho de segura caza. Corrió por la estancia con saltos de hiena enjaulada. Y concluyó por arrojarse á su lecho como si á un abismo se arrojara. Pero no podía dormir. Se levantó, llamó á varios domésticos y les propuso irse detrás en aquellas altas horas de la noche. Los de su servidumbre, que le obedecían cual maniquíes, se dispusieron á seguirle; pero cejó pronto en su propósito; «y eso — decía — que sólo tengo á mano como mujer á mi esposa Octavia,

reservada por mí en una intangibilidad que habrá de hacerla muy buena para vestal.» Mas no queriendo irse por aquella noche á la prostitución, resolvió compensar ésta con la Filosofía. Y no queriendo en aquel momento despertar á su maestro Séneca, encargó le llamaran muy temprano y le dijeran como necesitaba de su consejo. Y así lo hicieron. Pero no durmió Nerón. El insomnio ataca de continuo al nervioso y al demente. La prueba mejor del desarreglo de los nervios dada por Nerón, era esta vigilia constante, que le constreñía en las febriles noches eternas á salir de casa, y dejando el cubículo y su lecho, á correr como un loco en busca de varias y profundas emociones. Aquella noche se retuvo en su alcoba, si bien vigilante y desvelado, hasta que vino el alba, y á poco del alba el filósofo requerido. Nerón le dijo á Séneca cuanto sucedía, y le pidió sobre todo ello su juicio y sentir. Séneca esquivaba mucho decidirse. Como viera el rompimiento entre Claudio y Agripina con anticipación, veía el rompimiento ahora entre Nerón y Agripina como un hecho inevitable. Y muy propenso de suyo á inclinarse del lado que se inclinaría la victoria, no sentía seguridad alguna del proceder de Nerón y no fiaba gran cosa en su destreza, siquier tuviera esperanza grandísima en su fortuna. Pero temía, y lo temía con fundamento, verse aplastado, por cogido como entre dos ruedas entre los disentimientos de la madre y del hijo. Muy sabio de suyo, y amén de sabio industriadísimo por los hechos en la vida humana, entendía que mientras pugnasen hijo y madre lo respetarían á él ambos, por prometerse de su flexibilidad que sirviese á cada cual de instrumento. Y como sabía esto, tan favorable á su poder en aquella corte, sabía también cómo en cuanto la guerra se declarase y cualquiera de los contendientes triunfara, lo perdería todo él; pues si ambos á dos lo deseaban en sus sendos planes para instrumento, lo aborrecían y lo rechazaban como tutor, enemigos por la envidia, natural á las alturas, de la incontestable soberanía que sobre todos le daba su manifiesta superioridad. Así, viendo tan próxima la nube á estallar, despachó cuatro generalidades científicas y le dirigió al pupilo esta jaculatoria moral:

– Bueno curar de tu Imperio, pero en términos de que tal cura no llegue á quitarte los afectos justos; como bueno curar de tu cuerpo, pero en términos de que tal cura no llegue á convertirte alguna

vez en esclavo suyo. Debes gratitud á tu madre y no es cosa de olvidarla por un poco de gobierno más ó menos, ni de conducirla tampoco á un extremo que te desdore y envilezca. Procede respecto del Imperio como tantas veces te he dicho procedas respecto del cuerpo. Sin él no puedes vivir ciertamente; pero tampoco debes para él vivir con proscripción y olvido de tantas y tantas cosas como te obligan en tu calidad triple de hijo, de ciudadano, de césar. Querer demasiado el Imperio equivale á querer demasiado el cuerpo. A fuerza de cultivarlo, caerás en el vicio, cuando no hay placer verdadero sin mesura y sin honestidad. Guarda el Imperio; si lo crees detentado por tu madre, recábalo, pero sin olvidar cuanto á ésta debes y sin ofenderla. Como la pobreza, como la enfermedad, como la deshonra, debe uno á toda costa impedir la opresión, más dolorosa para ti que para los demás, pues el sitio donde te hallas parece destinarte á imponerla tú á los demás y á no aguantarla de nadie. Comprendo te subleve ahora el dominio de Agripina por el aparato que trae, como nos asusta el verdugo, no ciertamente por sí, por las herramientas de atormentar y matar que apareja y monta. Otros enemigos te importarán más que tu madre y te amedrentarán menos. Cuando la ves desde sus alturas venir á ti, parécete que se viene sobre ti todo un ejército. Así burla cuanto puedas su fuerza y poder; pero con semblante y apariencias de acatarla y servirla. Te perdonará mejor una falta de obediencia que una falta de respeto. Conozco que, reteniendo ella el poder y deseándolo entero tú para ti, no podéis, no, ser amigos. Pues no seáis enemigos. No provoques su cólera. Estrellaríaste contra el escollo. Bordéalo. Evita cuanto pueda en alguna manera dañarte, pero sin apariencias de evitarlo. Cuanto más quieras de su mano desasirte ahora en la vida, mayor culto debes ofrecerle y prestarle de palabra. No la huyas, pues desamamos todo lo que huímos. Cuanta menos razón tenga ella, más debes tú estar con ella de racional y de conciliador. Eres joven. Suple lo corto de tu edad con lo largo de tu circunspección. Procura no aumentar con una imprudencia de tu parte la fortuna y el poder de quien desee robarte así la fortuna como el poder mismo. Ni sientas la envidia en tu corazón, ¡oh césar!, ni procedas de modo que llegues á promover odio á ti en el corazón de una madre que por amor á ti tantas temeridades ha hecho. Ármate

de la Filosofía y te servirá como no podría ningún puñal servirte. Todo vicio tendrá que disfrazarse con los trajes del bien, si quiere conspirar contra la virtud. Nerón, es muy difícil que la discordia entre tu madre y tú interese á los hombres. Si de la libertad se tratase, correríamos todos á su auxilio y defensa en Roma, como Pompeyo en Farsalia, como Bruto en Filipos, como Catón en Utica. Pero no se trata de la libertad, por todos desconocida; no se trata de esto, se trata de si debe reinar Nerón ó debe reinar Agripina. No se trata de la calidad de nuestro derecho; se trata del nombre de nuestro señor. Ya puedes comprender la indiferencia de todos. Hasta en la vida privada podéis ejercer el gobierno, cuando pensáis con una razón desembarazada y procedéis á derechas. ¿Cuánto más no habrá de suceder esto á ti, siendo como eres el primero entre los hombres y no el último entre los dioses? Mucho puede la conciencia reprobar en Agripina sus ambiciones, mas procura también que la conciencia no repruebe tus ingratitudes. Puesto que mandas, no des á tu poder aspecto de rebeldía. Puesto que de buen hijo te precias, por captar demasiado el Imperio no te olvides, no, de la Naturaleza.

—No me gusta, Séneca, tu sabido método de echar con meditación reconcentrada y voluntad firme una de cal y otra de arena en todos los problemas, y con especialidad en los problemas relativos á las relaciones entre la persona de mi madre y mi persona. Yo he dejado hacer cuanto le pedía el gusto á la emperatriz. Ha dado decretos de proscripción. Pues proscritos están los que condenara ella. Le ha parecido bien dar sentencias de muerte. Pues muertos sus enemigos. Nada tan repugnante á mi corazón como la inmolación del tesorero Narciso, tan fiel á Claudio. Arriba, en las alturas, donde nos hallamos expuestos á las traiciones, debe reconocerse y premiarse la fidelidad como servicio á uno, aunque sea en obsequio de otro. Pero quiso que se matara el fidelísimo liberto sobre el sitio mismo donde mandó matar á Mesalina, y allí murió, sin que saliese una protesta de sus labios. Ha querido divinizar á Claudio. Dios es, aunque te rías tú de su divinidad. Ha querido llamarse sacerdotisa. Por sacerdotisa la tenemos todos. Ha querido instituir un colegio augural claudiano. Pues un colegio claudiano hay, como si Claudio se identificara con Júpiter. Dos lic-

tores pidió. Dos lictores lleva como los reyes antiguos. A guisa de general manda la legión germánica. Que la mande. Luego designa la cohorte pretoriana que debe dar la guardia. Que la designe. Raja y corta por donde le parece. Que raje y que corte. Pero se levanta la infeliz á mayores y no puedo consentirlo. Ya sabes el discurso lleno de promesas, dictado por ti para el Senado. Pues nada menos intenta que reunir el Senado en su cubículo. Con toda lisura te digo que no puedo consentirlo. Su mismo favorito Vitelio, perro suyo, se lo afea. Y ahora vamos á lo grande. Ya sabes de cuántos prestigios arriba y de cuántos respetos en todas partes gozan los embajadores llegados desde luengas tierras al seno de Roma. Sobre si podían venir los reyes aliados ó no en persona, sobre si podían venir ó no los reyes sometidos, sobre las prerrogativas que debían tener y los privilegios que debían gozar, sobre los sitios de sus residencias y sobre los emolumentos de su cargo hase discutido en Roma siglos de siglos. Hay un ceremonial para su llegada. Se les designa de oficio una grande habitación, que habrá de hallarse fuera ó dentro de nuestros muros, según que tengan tal ó cual carácter. Nunca el Senado ha querido ceder sus privilegios en la recepción de embajadores. Durante los cónsules, pronunciaban éstos el discurso de bienvenida, pero bajo el dictado de los trescientos senadores que han gozado aquí, en guisa de reyes, incontestable autoridad. Acordaos de la que armaron estos señores cuando vinieron los dos monarcas Ptolomeos del Egipto á deferirles su grandioso litigio. El embajador es un monarca. Su asiento en los juegos se halla colocado casi al nivel de nuestro asiento. Los gastos de su residencia entre nosotros se pagan del erario romano. Siempre su recepción fué como una ceremonia religiosa. ¿Pues no se ha empeñado Agripina en recibirlos ella? ¡Imposible, imposible, imposible de todo punto! ¿Qué van á decir los senadores? Cuando han grabado en columna de plata y con letras de oro el conjunto en serie de todo aquello prometido por mí respecto de la conservación de sus prerrogativas, no habrá quien me imponga un desconocimiento tan deshonroso de mi palabra y un olvido de mi deber tan grande. ¡Cómo se burlaría de mí Persio! ¡Qué versos no sugeriría la indignación á Lucano en sus cánticos del régimen antiguo y en sus comparaciones elocuentísimas de este su predilecto régimen repu-

blicano con el régimen imperial! Aunque me aspen, jamás pasaré por lo que pretende mi madre. Tiene derecho á matarme, si gusta; pero no tiene derecho á ponerme de modo alguno en una posición ridícula que me haga ludibrio del pueblo y de la historia. Ó no recibirá mi madre á los embajadores, ó no seré yo quien soy. Vamos á verlo, Séneca, vamos á verlo, aconséjesme tú lo que me aconsejes y digas lo que quieras.

—Grave, muy grave, Nerón, cuanto me dices. La congregación del Senado en la cámara imperial, por mero capricho de las vanidades femeniles de tu madre, paréceme un desacato á Roma y precisa impedirlo por todos los medios. El incumplimiento de tu palabra con respecto á las prerrogativas senatoriales, no sólo haría que mal quedara el Imperio, haría que aún quedara peor divinidad tan merecedora y digna de nuestro culto como la Filosofía. No hablemos del empeño en recibir á los embajadores que Agripina muestra; eso no puede oirse, no, con paciencia. Está visto que, mandando y mandando, aspira, no solamente á la realidad interna del gobierno que todavía no ha trascendido fuera del palacio, á los honores externos que concluirían por promover un escándalo universal. Congregar ella el Senado en su cubículo, irreverencia horrible á Roma. Recibir ella los embajadores, desacato mayor al mundo entero. Tú eres cónsul, y como cónsul presides el Estado; tú eres pretor, y como pretor interpretas la justicia; tú eres tribuno, y como tribuno personificas el pueblo; tú eres pontífice, y como pontífice guardas algo de la Majestad divina del cielo en ti mismo; tú eres dictador, y como dictador vinculas en tu voluntad la voluntad romana; tú eres generalísimo, y como generalísimo mandas el ejército; tú eres censor, y como censor guardas la pública moral; tú eres, amén de todo esto, césar, y como césar cabeza del Estado, y como cabeza del Estado habrás de recibir á los embajadores ó el mundo dejaría de ser mundo y el cielo cielo. Pero no hubo más remedio que desde tales alturas proclamar la superior dignidad cuasi divina de tu excelsa madre, porque me arrancó de las garras del imbécil Claudio á mí, en tanto que á ti, Nerón, te hizo ella sola césar. Mas debía comprender que ni las leyes imperiales, ni las costumbres antiguas, ni las tradiciones históricas permiten cuanto pretende respecto del Senado y de los embajadores

ella, sin que tú dejaras de ser en el acto césar, deshaciendo así la obra que se gloría de haber hecho. Yo no puedo aconsejarte contra Agripina, porque me lo impide mi gratitud á ella; pero no puedo aconsejar la sumisión á cuanto ella desea, porque me lo impide mi altísimo concepto de Roma y la veneración religiosa que debo á todas sus instituciones, y entre todas sus instituciones al Senado. Y tienes razón: el Senado se creería desvestido de sus prerrogativas más altas y de sus privilegios más gloriosos al verse sin la recepción casi litúrgica de los embajadores, transmitida por debilidad irremediable de su joven emperador á una mujer. En casos así no hay que llevar un plan preconcebido; hay que dejar un poco de su imperio á la casualidad externa y otro poco de su fuerza natural á la interna inspiración. Preveo lo que pasará. Mas, dado el carácter y la complexión de tu madre, no tiene remedio. Verá en el acto de prohibirlo toda intervención en aquello que por motivo ninguno le atañe, no la espontánea y natural resistencia de tu ánimo á un acto cuya perpetración en primer y mayor término á ella dañaría; verá un comienzo de confabulación secreta contra su poder, y se defenderá con las uñas, con los dientes, por medio del puñal, por medio del veneno, infligiendo la muerte y el deshonor á todos, cual hiciera siempre. Me dirás que pido cosas demasiado duras y te aconsejo emplees en su cumplimiento y realización medios demasiado blandos. Pero no puede uno sustituirse á la naturaleza, é ignora por lo mismo qué recurso para salir de tan mal paso y sacar de él á tu madre podrá sugerirte tu amor y tu corazón de hijo. Todos tenemos la culpa de lo que ahora pasa. Todos la hemos dejado que se creyera un emperador de veras y mandara como un príncipe á los senadores, como un general á los soldados, como un pontífice á los sacerdotes. Desde que murió Claudio no ha salido á la calle vez alguna sin llevarte consigo en su litera, y muchas veces hete visto yo, no dentro de la litera, como cumple á un príncipe, fuera, como podría ir un liberto. Habremos de destruir aquello mismo que nosotros hemos hecho. El trono suyo está muy alto, porque lo hemos erigido en nuestros brazos. El cielo suyo aparece muy espléndido porque lo hemos iluminado con el esplendor de nuestro espíritu. Pero hay que desvanecerlo al soplo nuestro y que apagar las luces en él encendidas por el propio éter de

nuestro pensamiento. Perdona si no sigo, Nerón, perdona. Dejo á tu arbitrio los medios más dulces de impedir que reciba tu madre á los emperadores de Armenia; pero así como te dejo la elección de los medios, te digo, respecto del fin, que impidas la recepción por ella, ¡oh dioses!, á cualquier costa.

No se lo dejó decir dos veces Nerón. Aconsejado por Séneca, en quien había su madre misma puesto la estrella conductora de la vida y del alma suyas, bien podía él atreverse á todo, aun á la indispensable arrogación del poder, y saltar sobre todo, aun sobre los remordimientos de la propia conciencia, y sobre la gratitud por una donación del Imperio que deseaba él hacer efectiva, y Agripina reducía por su ambición á meramente honoraria. Mucho le disgustaba, en el estado de su ánimo entonces, contender con la emperatriz, pues aunque no dejaba de temerla, tampoco dejaba de amarla; pero desde el punto y hora en que Séneca le movía, estaba todo justificado y podía decir, ante la tierra y ante la humanidad y ante la historia, como determinaba los movimientos de su voluntad el alma misma de su madre, concentrada, según ella decía, para todo cuanto fuera ejercicio de la inteligencia y de la idea, en el alma de Séneca. Fuerte con las reflexiones del filósofo y alegre por comenzar en aquel momento su retardado gobierno, del cual habíanle retraído filiales respetos, Nerón comenzó á preparar todo lo necesario para que la recepción de los embajadores armenios correspondiese á su importancia y no estuviera en tan solemne ceremonia su madre. Así convocó el Senado al recibimiento y designó un templo en que los recuerdos senatoriales predominasen sobre los recuerdos cesaristas. En seguida citó cuantos cortesanos pudo, para que aumentasen la majestad del acto con su concurso. Después de haber convocado la corte, convocó los representantes de todas las magistraturas, y tras los representantes de todas las magistraturas los jefes de todas las armas. No se habían visto nunca pompas ó acompañamientos parecidos. Y siendo hechura de Nerón la ceremonia, inútil decir cómo predominarían las bellas artes en ella. Escogió el templo de más hermosas pinturas, de más helénicas estatuas, de más gloriosos trofeos; encargó recitaciones múltiples de versos latinos y griegos á los primeros actores en ambas lenguas que alojaba en aquella sazón Roma; or-

denó él mismo las orquestas, designándoles aquellos trozos mejores del divino arte; á tal arpista le señaló el instante, con mucha ciencia prefijado, en que debía pulsar las cuerdas de su instrumento y tañer un solo de arpa, como á tal flautista, vestido cual un dios Pan, cuándo debía tocar un solo de flauta; compuso y regimentó los coros cual pudiera un generalísimo el ejército, y señaló una guirnalda de bailes que debía trenzarse y extenderse desde la puerta del palacio de los césares hasta la puerta del palacio de los senadores; sacó en vistosos grupos, distribuyéndolos por todas las encrucijadas, atletas olímpicos, gimnastas nubios, gladiadores tracios, jinetes dálmatas, cómicos atenienses en tal manera, que parecía la Ciudad Eterna una ciudad de acróbatas, como el intrincado laberinto de sus calles un circo inmenso; y si á todo cuanto llevamos dicho añadís las comitivas con sus trajes multicolores, los pretorianos con sus petos y sus cascos relucientes, los embajadores con sus dalmáticas y sus tiaras orientales, los sacerdotes con sus coronas de verbena, el césar en toda su majestad, tendréis un cuadro que apenas puede tras veinte siglos evocar la imaginación, aunque haya sido real y verdadero en la historia.

Acróbata

Imaginaos el asombro de Agripina, cuando la enteraron de lo dispuesto y arreglado á sus espaldas por el hijo á quien había ella hecho un dios, á condición de que allá en su divinidad se quedase como en un templo inaccesible, y no quisiese nunca jamás descender al mundo, amortizado en las manos de quien forjara tal diadema é hiciera por sí sola tal sublime divinidad. No podía la omni-

potente diosa prestar crédito á lo que transmitían á su intelecto los ojos y los oídos. Parecíale todo lo que pasaba un sueño que le asaltaba por haber ella perdido la razón y no su hijo la memoria. Llevábase, pues, las manos á las sienes y se las apretaba, como si apretándolas quisiera ponerlas de nuevo en caja, por habérsele desquiciado y haberle transmitido en su desquicio cosa tan inverosímil é imposible cual la ingratitud de Nerón. ¿Cómo? Se había reunido el Senado en sitio no dispuesto por ella; se había señalado para su reunión una hora no señalada por ella; se había redactado sin su conocimiento lo que debían decir los embajadores; se había redactado la respuesta del césar y convenido sin su sanción; se habían congregado desde los sacerdotes hasta los pretorianos: Roma huía de su imperio y la razón de su cerebro. En el primer minuto de tal espanto quiso apelar al extremo de alzarse con la corona ella misma y sacrificar su hijo á la salud del Principado, como el primer Bruto sacrificara su hijo á la salud del pueblo, quedando por este cruelísimo hecho inmortalizado en la historia. Pero ¡ah! que bien pronto veía con su clara inteligencia como no le era permitida cosa ninguna en el mundo romano á la mujer, y fuera del cargo religioso de sacerdotisa, muy restricto y condicionado, no podía ejercer ningún otro cargo. ¿Qué intentar? Entonces vió en todo aquello una conjuración de republicanos, satíricos, estoicos, dirigida por poetas y pensadores contra su gobierno, apoderados unos y otros de su Nerón, á quien habían constreñido á desacatos semejantes contra su madre por haberle sorprendido lejos de la presencia de ésta y de la fascinación por su maternal mirada ejercida sobre la voluntad y el ánimo del césar. Así creyó arreglado cuanto había que hacer y recuperada su autoridad con sólo presentarse ante Nerón. ¿Cómo había él de rechazarla? ¿Cómo desconocerla? ¿Cómo desairarla en presencia del Senado, de los senadores y de todo el mundo? No, imposible. Se vistió de sus mejores galas; se rodeó de su numerosa corte; y en procesión que competía con la del emperador, y aun le aventajaba, se dirigió al Senado para sustentar la parte de autoridad que le quedaba, sentándose junto á su hijo en la recepción solemne de los embajadores armenios. Pero al acercarse, vió la triste realidad revelada por Nerón. Llegada la emperatriz al vestíbulo del templo,

salióle al paso el emperador, y asiéndola con dulzura de la mano, condújola con resolución á lo que podríamos llamar sacristía de aquel sacro lugar, y se volvió á la recepción. En seguida reentró al templo, entre el universal asombro, y notificó á los embajadores que no se contentaba con menos que con la presencia en Roma de su rey Tiridates para sellar así una perdurable amistad. Y mientras tanto decía en su encierro y entre dientes Agripina:

– Goza de tu poder, hijo desnaturalizado; bien pronto te condenaré á que sufras como verdadera mujer la pesada Octavia, y si es preciso te arrojaré del trono, y en el sitio que dejes tú vacío colocaré al infeliz que ha sido víctima de mis ambiciones y del amor desatentado mío á ti, colocaré á Británico. Lo digo, y se hará. Tiembla, Nerón. Tu madre será desde hoy madrastra tuya, y la madrastra de Británico será su madre. Apercíbete al destronamiento y á la muerte.

CAPÍTULO IV

UNA PREDECESORA DE AGRIPINA

– Nos extrañamos – decía Persio en la reunión de poetas y estoicos – de que una madre personifique todo el imperio romano, la madre de Nerón, cuando una madre personificó todo el imperio medo-persa, la madre de Jerjes. En aquel eterno y horrible y gigantesco combate entre Grecia y Asia, terminado por las victorias de Maratón, Platea y Salamina, vence, no sólo el genio griego, el genio humano, á las viejas tiranías y á las antiguas castas. Mientras viva el hombre, mientras la historia conmemore los humanos hechos ¡ah! tres palabras, expresivas de tres combates, significarán el predominio de la idea sobre la fuerza, envaneciendo y ufanando á la humanidad como ninguno de sus timbres. El imperio persa, representante legítimo del Asia, muy legítimo y muy verdadero, se había compuesto en términos de allegar todas las tierras históricas, lo que podríamos llamar el viejo mundo entonces, y extender su mano sobre lo que podríamos llamar el nuevo mundo, las colonias diversas del territorio y mar helénicos. Los dos ríos, el Tigris y el Eufrates, parecían dos cintas de la toga vestida por aquel imperio; servíanle de diadema las altísimas cordilleras elevadas en las mesetas centrales del continente asiático, donde radicaban los gérmenes de todos los pueblos y ascendían los troncos del humano

linaje; contaba como límites fantásticos puestos á su extensión desmedida y rodeados por el cielo de arreboles, por el pensamiento de fábulas, el Indo y el Nilo, cargados de dioses; entraban como piedras preciosas de su cetro, entre tantos joyeles, el mar Caspio, el mar Negro, el mar Rojo; á un lado los golfos índico y persa, mientras por otro lado los golfos del Asia Menor y de la Jonia; en la legión de sus soldados, cien reyes vencidos como los de Lidia y Egipto; entre sus cortesanas, Jerusalén, Babilonia, Nínive, Menfis, Bactrias, las ciudades que habían deletreado las estrellas en el cielo y las ideas en el espíritu; al extremo occidental de tan grandioso Estado, las islas más hermosas del Mediterráneo, como tantas otras nereidas que mecían sus ensueños con melodiosos cánticos y le llevaban por doquier tributos de perlas y corales; en fin, su espada la guadaña del tiempo, su báculo el cetro de la tierra, medio manto suyo el mar y otro medio el desierto, el sol su tiara y sus compañeros los dioses. Esta inmensidad, apenas creíble, de tierra sujeta por el destino fuertemente á un hombre, significaba el imperio antiguo con toda su majestad, la fuerza como ley, la materia como dios, la conquista como instrumento, el despotismo como conservación de la conquista, el comercio trastrocado en tributo pagadero á un hombre solo y omnipotente, la ciencia comentario de su palabra, el arte música deleitando aquellas divinas orejas, la religión sombra de su alma, el sacerdocio cómplice por la teocracia de su tiranía, los pueblos su rebaño, los dioses dorando su corona y sosteniendo su cetro para que tuviese la incontrastable perennidad y firmeza de los altares y de los templos perdidos en las alturas infinitas y ufanos de su eternidad. ¿Quién podía resistir á un mundo así, levantado sobre las espadas de cien ejércitos victoriosos y ungido por la magia de cien teocracias sortilégicas? Ninguna de las entidades varias, representantes del principio de diversidad en aquel entonces, pudo contrastar la vasta fuerza del imperio pérsico. Los vasos del templo de Salomón brillaban en las orgías de sus palacios y los profetas de Jerusalén cantaban en el coro de sus adivinos. Parecían como animalejos domésticos de sus jardines y corrales aquellos genios egipcios con cabezas de perros y de grullas. Las estrellas de Caldea semejábanse á favoritas y sultanas de los serrallos de Susa. El arco de los indios vibraba en el ejército

medo-persa y en la cohorte de los sacerdocios estaban también los primeros reveladores del cielo espiritual. No se dejaba discurrir por los horizontes un aerolito sin que fuese á narrar allí sus secretos, ni volar por las selvas un ave que no les dijese á los señores del mundo algún augurio. Los barcos lanzados por los viejos ríos asiáticos y los descubridores audaces de las colonias griegas debían pagarle tributo y compartir con aquel inmenso imperio la porción mayor de sus cambios. Él significaba, ya lo hemos dicho, la tiranía, la casta, la teocracia, la esclavitud eterna consagrada y ungida por una religión sortilégica de magos y hechizeros, donde predominaban la materia con la fuerza y se creía en el poder de los encantamientos, de los hechizos, los cuales postraban el alma en una continua inercia y la sumergían en sueños propios para mantener allí la raíz eterna de toda perdurable servidumbre. ¿Qué hubiera sido, qué, del mundo, de la humanidad, de la ciencia, del derecho de las sociedades todas, á perpetuarse aquel inmenso Estado, cuya base radicaba en las entrañas del planeta y cuya cúspide se perdía en la inmensidad de los cielos? Precisaba romper aquella corona que hacía con su contacto en las sienes una momia de la mísera humanidad. Precisaba romper aquellos altares, de cuyas aras pendían las cadenas bajo las cuales se paralizaba, para todo movimiento y por ende para todo progreso, la humana inteligencia. El pueblo que iniciara tal obra debía quedar entre todos los pueblos del mundo y hasta la consumación de todos los siglos como el pueblo bienhechor de la humanidad. Por eso, lo hemos dicho cien veces y lo corroboramos en este supremo instante, Maratón, Platea y Salamina, no sólo representan el triunfo de Grecia sobre Asia, representan el triunfo de la libertad humana sobre todas las tiranías seculares é históricas.

– Tienes razón, Persio – dijo Lucano, – tienes razón en cuanto dices. Agripina tuvo predecesores. Representemos el mundo que se va, el Oriente antiguo, en una mujer, en Atossa. Casualmente por ella, por su influjo, el mundo asiático se revolvió contra el mundo griego, quedando la victoria de la parte de este último, que representaba con tan múltiples timbres al género humano y al humano derecho. Atossa fué hija de Ciro, el fundador de tan vasto imperio como el persa; esposa de Darío, el vencido en Maratón;

madre de Jerjes, el vencido en Platea y en Salamina. Mujer de Persia por su origen y por su nacimiento, es mujer de Grecia por haberla tallado en su mármol pentélico aquel buril del titán Esquilo, forjado en las primeras llamas del pensamiento. Esquilo, cuyo genio recordaba, por los resplandores despedidos de su luz y por la vida despertada en todo al calor suyo, la centella divina robada por Prometeo del cielo y puesta como un astro sobre la frente del hombre; Esquilo, el primer trágico griego, ha presentado, por uno de los milagros al genio tan sólo concedidos, una feliz mezcla del amor maternal como debían sentirlo en todos tiempos las entrañas de una mujer griega, y de la soberbia verdaderamente asiática, tal como debía experimentarla una reina de Persia. Estatua inmensa, levantada entre la poesía épica y la poesía dramática, el corte de tan sublime poeta, que nos ha trazado la imagen de Atossa, como tiene mucho de los tiempos hieráticos y de los tiempos humanos, tiene mucho también del Asia que se va y de Grecia que se acerca. Soldado ilustre de las guerras médicas, debe consagrarles su pluma, cual les ha consagrado también su espada. Y en los senos de su obra inmortal se descubre, con toda la grandeza del suceso que menciona, toda la grandeza del genio que lo canta. No busquéis en Esquilo aquel

Esquilo

interés dramático encontrado en sus dos ilustres y perfectos sucesores Sófocles y Eurípides; el drama intrincadísimo é interesante no existe ni puede existir todavía en los tiempos del titán Esquilo. Genio épico por excelencia el genio de tan grande poeta, sus dramas parecerán fragmentos ciclópeos de cíclicos poemas. No había en ellos el nudo trágico ni el argumento interesante de las tragedias posteriores, pero había un soplo creador como el que anima con su vital espíritu al universo y como el que los astros encienden con su luz. Por esto mismo la pobreza del argumento dramático se halla compensada con la hermosura del estro lírico y con la fuerza épica y sublime verdaderamente. Los persas del gran poeta pueden llamarse una verdadera colección, ó antología de versos consagrados á las guerras médicas, muchos de ellos tan sublimes como los que inspiraron aquellos mismos sucesos á poetas como Simónides y Píndaro.

—La escena pasa en Susa—dice Persio.—El palacio de los reyes persas brilla como una ciudad inmensa donde se reunen y congregan todos los representantes de las sociedades babilónicas. En el foro se descubre la tumba de Darío. Al iniciarse tan grande acción, el coro señala en sus estancias maravillosas la presencia en aquel sitio de una cohorte ó legión llamada de los fieles ó adictos, la cual cohorte ó legión tiene por objeto gobernar el imperio en ausencia de su dueño y conservarle sumisos desde los esclavos hasta los dioses. Hanse partido los héroes más ilustres y quedádose como viudas las hermosas mujeres persas. Por todas partes, en aquel sitio, donde antes hervían y resollaban los placeres, óyense ahora lloros de huérfanos, lamentos de viudas, porque no ha quedado ningún rey en su trono y ningún general en su cuartel, idos á una en pos del triunfo á Grecia. La tierra, bajo el peso de sus armamentos, ha gemido y estremecídose como de terror. El mar se ha cubierto con la sombra de sus velas. No ha sido un ejército el que ha marchado, no; ha sido un pueblo entero. Mas el persa no maneja sino el arco, mientras el griego vibra lanza de hierro, semejante á un eléctrico rayo del cielo; el persa pertenece á la estirpe de los súbditos y el griego pertenece á la dignidad de los ciudadanos; el persa lleva consigo cien naciones varias, desde los que beben las aguas del Oxo hasta los que beben las aguas del

Nilo, mientras los griegos se componen de una confederación en la cual entran solamente los jonios y los dorios, razones todas por las que reina en aquel momento una grande inquietud por los senos de Susa, y temen los fieles y adictos pueda caer sobre su frente y apenar su vida una gran desgracia. En medio de tales temores, carro de oro aparece, y en él mujer semejante á sobrenatural diosa brilla ornada con todos los atributos de la majestad regia. El carro es una sede imperial, y la mujer Atossa. Los lamentos oídos, lamentos sobrenaturales que se dirían exhalados por la sombra de los progenitores persas, la traen al sitio donde se reunen los fieles y le sugieren preguntas en las cuales palpitan la inquietud y el sobresalto. Atossa no puede menos que sentir allá en su alma la punzada terrible de un remordimiento agudo, porque, feliz su hijo y soberano Jerjes en el trono de Asia, bien hallado con su dominación y poderío, no intentaba sacudir aquel sueño voluptuoso ni entrar en guerra ninguna, cuando ella, su madre, de la real sangre persa, hija de Ciro, esposa de Darío, le movió á nuevas conquistas y le empeñó en la tremenda lucha. He ahí una semejanza, que nadie podrá desconocer, entre Atossa y Agripina: el que una y otra, mujeres de grandes emperadores, dirigen á su antojo los hijos de sus entrañas en la gobernación y los impelen hacia donde creen ellas mejor, como si toda la vida los llevaran dentro de sí mismas y no pudieran de sí apartarlos.

—Ocurre á las ausencias de Jerjes y provee á las necesidades generales de su imperio como pudiese una verdadera Semíramis. —Séneca dice. —Delante de las riquezas aglomeradas por el curso de las edades y por el golpe de las conquistas en aquellos palacios asiáticos, experimenta cierta inquietud material su reina, pensando cuánto hace que le faltan las miradas próvidas y los cuidados seguros de su dueño y señor. En tal estado y situación de ánimo innumerables sueños asaltan su alma y le describen como de relieve la mar y la tierra de Jonia con las armadas y las legiones de Jerjes. Mas entre tantos ensueños, envíos indudables de los dioses, secretos rotos de las cosas, augurios y presagios de los tiempos, uno ha fijado especialmente su atención soberana. Dos mujeres, dos hermanas, á cuál más bella, se le aparecieron tras los cerrados párpados, en las incertidumbres del insomnio parecido á un cre-

púsculo que mezclara luces con sombras, sopores con vigilias. Una de aquellas mujeres llevaba túnica de roja púrpura y corona de luciente oro como las persas, mientras llevaba la otra el traje de lino y la corona de adelfa que distinguen á las mujeres dorias. La emperatriz oriental reconoció en ambas hembras, al considerarlas hermanas, un parentesco antiguo que ha confirmado la historia después con sus reveladoras experiencias. Un litigio intelectual se trabó entre las dos mujeres, y Jerjes quiso resolverlo, atándolas con correas idénticas de las que ciñen á las siervas, atándolas en su trono de oro y en su carro de guerra. La mujer oriental ó pérsica lleva el freno glorioso que le ha puesto su monarca, no sólo con paciencia, con gusto; pero la doria, encabritándose como una yegua indómita y rompiendo con sus dientes un freno que no ha querido tascar, derriba carro de guerra y trono de oro por el suelo. A este presagio Atossa creyó de su deber una inmediata práctica de las ceremonias dispuestas por las liturgias antiguas para conjurar los presagios adversos. Y mientras bajo un arbusto sagrado, al borde claro de una fuente mágica, se lavaba las manos para presentar sobre los altares las ofrendas y sobre las aras los toros, un águila cayó de golpe sobre la cabeza del santuario consagrado al sol, y cuando el águila parecía enseñorearse, como reina en solio, de aquel sitio, cruel milano la sorprende, la agarra entre sus uñas, la ciega primero, la trucida luego, esparce á los cuatro vientos su cuerpo en pedazos que chorrean sangre, difundiendo así, con tales signos de horror, el siniestro anuncio de una inmediata catástrofe.

—¡Ah! Los adivinos se reunen—añade Lucano—á tal presagio y aconsejan libaciones sacras que impidan ó alejen su cumplimiento inmediato. Hechas éstas, Atossa quiere indagar por sí misma las resistencias que puede ofrecer á su hijo una ciudad como Atenas. Corto su ejército, escasos sus recursos, estrecho su territorio, pocos en fuerza y número, aunque los escudos tras cuya resistencia se guarecen y las lanzas con cuyos filos combaten les presentan grandes recursos, no está, no, aquí el secreto de su particular índole y carácter; está en que ningún rey conocen que los mande como general en su ejército, ni de ningún mortal son ellos, no ya esclavos, pero ni siquiera súbditos. Esta particularidad, que debía conmover

profundamente á la reina persa, mostrándole dónde se hallaba la raíz del seguro laurel que iban á recoger en las riberas de Salamina y en las llanuras de Platea los griegos, verdaderos hombres libres, la cegó como ciegan siempre á la razón pura las supersticiones sombrías. Nacida en Asia, tierra de las castas; educada en religiones donde las estirpes de jerarquías enormes se levantan sobre las espirales de privilegios enormes también; hija de un conquistador que había encerrado las razas y las gentes en su imperio como se recluyen en corrales y apriscos los ganados; esposa y madre de conquistadores también; acostumbrada para que la sigan y la obedezcan á tener el sacerdote á un lado y el verdugo á otro, ante sí la muchedumbre de todos los dioses, el palacio templo por vivienda, el trono altar por sede y el cielo por cómplice, no puede comprender que los enjambres tengan monarca en sus colmenas y no lo tengan los hombres en sus ciudades, por lo cual cree la cuitada, ignorante de la libertad y del derecho, que la derrota será para quienes carecen de la monarquía y están por ende faltos de dirección y de defensa. El coro antiguo, que representa siempre allí en el teatro griego una conciencia colectiva, superior á los individuos, viene con oportunidad, en el momento de darse la reina con ardor á sus insensatas esperanzas, recordándole cómo tampoco tenían rey, tampoco aristocracia, tampoco generales designados por los privilegios del nacimiento, cuando allá en los campos de Maratón vencieron al esposo de Atossa, Darío, encerrando en esta victoria un precedente quizás para vencer hoy á Jerjes.

—Aún el coro—dice Persio—no ha concluído en sus magníficas estancias de asegurar esto, cuando ya un mensajero llega desalado al palacio, gimiendo sin tasa y sin medida en su dolor al contar desesperado á los objetos mismos sin animación y sin vida el triste caso que acaba de acontecer á las ciudades del Asia, resplandecientes no ha mucho como estrellas en la noche y viudas ahora de sus heroicos esposos, pues la flor de los persas se ha helado como la flor del almendro en sus brotes prematuros, y las naves de los persas se han sumergido en lo profundo como piedras, porque los arcos no han bastado á contrastar las lanzas, y la grande monarquía del Asia se ha destrozado al choque tremendo con las diminutas repúblicas de Europa, cual una sólida roca enorme

que se derrumba y se deshace al abrazo de una ligera y vaga ola coronada por tenues espumas. Mientras el mensajero llenaba los aires de aquellos palacios con sus sollozos, que iban á herir las viejas divinidades mismas sobre sus aras, Atossa, pálida, muda, semejante á funeraria estatua, le preguntaba por el nombre de los muertos, sin atreverse á creer que pudiera encontrarse por algún modo su Jerjes, su hijo, entre ellos, cuando al infortunio debía preservarle su propia dignidad y los furores celestiales. El mensajero, comprendiendo á las claras todos los motivos que tenía la reina de los persas para no preguntarle por el fruto de sus entrañas, la serenó diciéndole cómo Jerjes vivía, pero entre cadáveres, entre sombras, tendido sobre las tablas de sus naves destrozadas y sobre los despojos de sus rotas desgraciadísimas. El rey, jefe de diez mil jinetes, cayó sobre las escarpadas rocas de Silenia; rodó el heroico Dadaces de una lanzada desde los riscos á los mares; los héroes de la vieja Bactria se hundieron en las ondas que lamen la isla de Aya; el nubio, que venía desde las fuentes del Nilo á las riberas de Grecia y que semejaba un genio de la noche, se desvaneció como sombra; pasaron cual pasan las nubes los treinta mil caballeros de Matallo; los sacerdotes, como Artames y Arabo, destilaron sangre por todos los pelos de sus purpuradas barbas; los príncipes de Silicia cayeron á una en el polvo de tanto combate, y los reyes de Asia concluyeron perseguidos y acosados como perros con rabia. Mil navíos se perdieron en las ondas. Y el número inmenso de los esclavos no pudo resistir á la legión de los libres. Ante un contraste semejante, Esquilo, profeta de la humanidad, pone una palabra en los labios de Atossa, que formula y compendia maravillosamente la causa trascendental de aquella victoria obtenida por los pocos sobre los muchos, pues los pocos eran libres, y solamente los libres son hombres.

— En efecto — dice Lucano, — la descripción que da el mensajero de las victorias obtenidas por los griegos en Salamina demuestra y confirma la sentencia que se deduce de todas cuantas palabras dice Atossa. Sobre la fuerza de aquellos ejércitos innumerables y sobre la majestad sacra de aquellos reyes soberbios, se levanta la idea, sí, la idea de patria, la idea de libertad, la idea de república, vencedoras de todos los mecanismos antiguos, rompiendo el cetro de la fatali-

dad sobre la frente de los ídolos. Y esta idea se revela principalmente bajo la forma de arte. Y, en efecto, los pilotos griegos parecen estatuas; las legiones colocadas en cada nave, grupos debidos al buril, como las esculturas de sus templos; el viento que llena las olas, soplos de ideas; el cielo que los cubre y las aguas que hierven bajo sus quillas parecen animarse al éter y al calor de un espíritu. Antes de requerir las armas requieren la poesía, y cuando ya se avecinan al enemigo y ven cerca la muerte, los remos se alzan y caen como á la cadencia de una música, y sacro himno elevado al son de las trompetas convierte á todo el ejército en inmenso coro, el cual inflama los ánimos y les dice cómo no hay suerte superior á la del que muere cara á cara contra el tirano asiático por la libertad y por la patria. La tragedia del gran Esquilo, después de haber pintado esta victoria de la idea sobre la fuerza, no se desdeña de contar, bien realistamente por cierto, la persecución á los persas rotos por los griegos vencedores, quienes acaban sus enemigos á remazos como el pescador acaba con los atunes que han entrado en sus redes y laten y saltan bajo sus barcas. Jamás en un solo día muriera sobre la tierra tanta gente. Un siglo no se lleva en su curso los mortales que se llevaron aquellas horas del infortunio persa. Así Jerjes, puesto sobre una colina desde cuya cumbre observa todo el ejército, viéndolo caer como espigas á la hoz, como robles al huracán, desgarra sus regias vestiduras y lanza un sollozo que parece como un sollozo de toda el Asia. No pueden referirse las tristezas de los sobrevivientes que han quedado esparcidos por las aguas, como si fueran restos de un naufragio, y los dolores de aquellos que han debido por la extremidad de la isla Eubea, por las llanuras de la Tesalia meridional, por las riberas del Axio que riega Macedonia, por Tracia y sus desiertos, ganar los territorios del imperio, dudando al verse tan afligidos, acosados y hambrientos en aquella retirada inacabable, si realmente quedaban para los persas dioses en el cielo.

– Y tenían razón – observó Séneca – para quejarse. La descripción de la retirada persa está hecha en Esquilo por modo bien escrupuloso, á diferencia de las descripciones geográficas que pululan en el Prometeo, sacadas todas generalmente de la fantasía del poeta. Esquilo persiguió á los persas en su fuga y holló las

tierras mismas puestas en sus admirables versos. La heroína de la tragedia, siquier sea una reina del Ásia interpreta con maravillosa oportunidad el sentir de Grecia. Cuando el mensajero ha concluído su relato, vuélvese airada en una imprecación magnífica, llena de quejas dolorosas contra los adivinos y las adivinaciones del Oriente. Sin embargo, no le queda más recurso que guardar sus viejos ritos, porque los imperios han de atenerse á las creencias seculares hasta para su muerte, como se atienen al sudario los cadáveres y al ataúd las momias. Las mujeres de Susa y Ecbatana desgarran sus velos con sus débiles manos y golpean los lechos donde antes recibieran las caricias de sus esposos queridos. Soldados invencibles, marinos que parecían tener alas en sus espaldas, la flor del Asia, unos han muerto en las olas hirvientes y otros han huído por los hielos tracios, contando en su dolor la victoria de Jonia. Entre lamentos tales, el republicano griego entona un himno contra las viejas monarquías. La efusión del humano sentimiento posee al poeta, el cosmopolitismo de la idea le domina como pudiera dominar á un pensador romano, y la compasión por todos los oprimidos y el horror contra todos los opresores corre como chispa de luminosa electricidad por la espada que ha esgrimido en Platea y por la cítara que ha tocado en Atenas, despidiendo una y otra por igual inspiraciones, las cuales permanecerán como estrellas fijas en los cielos infinitos de la humana conciencia. Levantándose aquel heleno sobre los egoísmos de su raza y sobre los estrechos límites de su patria, en alas de una filosofía más bien adivinada por su presentimiento é intuición que conocida por su ciencia, comparte los frutos de la victoria, ganada por sus héroes y por sus mártires, cual el propio vencido, y le dice cómo los pueblos de la tierra del Asia no volverán desde aquel entonces á obedecer á los déspotas, ni á pagarles tributos arrancados por la conquista, ni á prosternarse de hinojos confundiendo con la tierra el rostro ante la majestad soberana, porque los reyes han perecido, y la lengua de los hombres no lleva ya mordaza, y el yugo de la fuerza se ha roto, y el pueblo, desencadenado y con sus hierros á los pies, exhala ya libre la voz del pensamiento.

– Atossa entonces – dice Persio – no tiene más remedio que volverse de los vivos á los muertos. Su figura se parece á las figu-

ras funerarias levantadas sobre los viejos panteones hieráticos. Así depone su carro de oro, porque no cuadran riquezas tantas á la miseria del vencido, y se ciñe tocas de viuda, como cumple al dolor y al llanto. Creyendo que sus progenitores traerán de nuevo con su intercesión la vieja fortuna y el viejo poderío, aplaca sus manes desconsolados con ofrendas como leche de vaca blanca sin mancha, como dorada miel que han destilado las flores y recogido las abejas, como agua escanciada en fuente pura y virgen, como vino sacado á una sacra viña, como aceite destilado de seculares olivos y guirnaldas abrillantadas aún por el rocío, al son de himnos religiosos que alcanzan á evocar las sombras y á unir por medio de libaciones litúrgicas la tierra esclarecida por el sol y animada por el aire con sobrenaturales regiones. En efecto, los viejos persas acuden á la voz de su reina, y llaman á golpes en las puertas de los sepulcros, y evocan á voces las sombras de los héroes. A estas evocaciones y á estos golpes Darío surge de su profundo sepulcro. Dormía en él cuando ha interrumpido el sueño dulce de una muerte perdurable misterioso estremecimiento de dolor sentido por la tierra que no ha dejado en paz y en reposo el asilo de los muertos. Así ve la esposa inclinada sobre su regio mausoleo para ofrecerle propiciatorias libaciones, que le saquen de los abismos, donde las divinidades sepulcrales tristemente lo guardan, esas divinidades cuya resistencia se opone allá en su voracidad insaciable á devolver la devorada presa. Darío llega, pues, pero llega presuroso y como apremiado por divinidades sombrías que no quieren tolerarle mucho tiempo su estancia entre los hombres. El coro tiembla y calla. Conociendo el dolor que inferirán sus noticias al desgraciado rey, herido por el infortunio en sus descendientes y acosado hasta en el sepulcro, deja que adivine por sí toda la intensidad horrible de su desgracia irreparable, la cual merece conmover hasta las entrañas de los sepulcros y turbar hasta el reposo de los muertos. No encontrando en el coro Darío quien le informe, dirígese á su viuda, la reina, preguntándole, amoroso, la causa de tanto dolor. Entonces Atossa recuerda la felicidad con que habían reinado ambos á dos sobre Persia y la fortuna con que habían sometido todas las resistencias y gobernado á todos los pueblos. Pero en contraposición á esto, el reino de los persas, que parecía destinado á crecer bajo la

majestad increíble de Jerjes, acababa de hundirse por un triste decreto del hado en lo profundo. Al oir esto la sombra de Darío, que no puede alcanzar desde la otra vida con claridad lo acontecido aquí en nuestra vida, pregunta si la guerra civil ó la peste desoladora se han empeñado en la increíble obra. Atossa le cuenta entonces cómo la rota y solamente la rota de sus ejércitos ha perdido al imperio. Darío no quiere creer á sus propios ojos y á sus propios oídos por parecerle inverosímil que la pujanza transmitida por su testamento á los herederos y los reinos por él con tanta gloria juntados se hayan así puesto como en disolución y casi á la boca y entrada de la muerte. Habiendo fenecido en brazos de muchos herederos, pregunta cuál de sus hijos ejercía el poder en tamaño trance y tomara sobre sí la triste suerte de acabar con tanta vergüenza un imperio erigido por él con tanta gloria.

– Mucho le duele á la madre – añade Séneca – decir el nombre de aquel hijo á quien va unida la catástrofe, pero no tiene remedio. Sus deberes de reina le imponen la necesidad imperiosa de cumplir este triste misterio, y lo cumplirá desgarrada por el dolor, pero con firme voluntad. Así le dice que quien mandaba imperio, flota, ejército, era Jerjes, despoblador de Asia, pues arrojó su enorme pesadumbre de ésta sobre Grecia. Sabido esto, pregunta Darío si la expedición se inició por tierra ó por mar, si la guerra fué continental ó marítima. Y Atossa le responde que la emprendió con doble carácter y que presentó siempre al enemigo dos frentes, uno en las olas, otro en las islas y penínsulas. Darío no puede comprender cómo el numeroso ejército continental de Jerjes ha pasado el mar, y Atossa le refiere que Jerjes puso un puente sobre los estrechos. Darío no puede comprender que hiciera tal sin auxilio de un dios, quien, para vengarse de su soberbia increíble, le ha pegado luego un vértigo de perdición y de muerte. Estos pensamientos sumergen al viejo monarca difunto en una especie de somnolencia, más terrible que la sugerida al espíritu por el frío de la muerte; y Atossa, en su dolor, aprovecha tal estado para decirle todo cuanto ha sucedido sin provocar las maldiciones del padre sobre la frente del hijo. Al saberlo todo, la sombra sobrenatural da la clave de aquel enigma y dice como ha pasado todo esto en castigo de la feroz audacia que ha querido esclavizar como sierva en

harén el agua celeste de los mares griegos, detener la corriente del Bósforo que un dios mueve, ceñir con cadenas las ondas libres y someter á su cetro los vientos impetuosos, en castigo de todo lo cual tantas riquezas aglomeradas desde Astiages, el abuelo de Ciro, hasta Cambises, y desde Cambises hasta Darío mismo, se desvanecerían como el vapor de un río, como la sombra de un nublado. No pueden los griegos ser combatidos por los déspotas del Asia, porque la tierra misma pelea en pro de ellos. Así Jerjes, enfatuado todavía por su propia soberbia y por los vapores que han sugerido á su cabeza las alabanzas de sus cortesanos, podrá dejar en Grecia un ejército que destruya los altares, pulverice las estatuas, amontone los cadáveres; no le queda más remedio sino reducirse dentro de su reino y pensar en sus viejos súbditos, olvidando para siempre aquellos pueblos helenos á quienes sus libertades y sus dioses han hecho igualmente invencibles. Cuando acaba Darío de hablar aparece como un mendicante Jerjes, el cabello en desorden y el vestido en harapos. Aquella vestimenta oriental, en cuyos pliegues envuelto parecía un dios por el brillo de tanta pedrería como la ornaba resplandeciendo sobre la carroza de oro, en mil pedazos desgarrada, corrió á los cuatro vientos, deshecha cual las legiones de quienes era brillante y adorada divisa. La madre Atossa acorre al hijo, vulnerado más por su propia imprevisión que por las armas ajenas. Pero él no quiere auxilio ninguno. Creyéndose un día el numen de la tierra, no se conforma con pasar ahora de un salto á las genomonias donde yacen los réprobos del mundo maldecidos á una por la conciencia y por la historia. Sus rodillas flaquean y no quieren sostenerlo. El ejército, que ha disipado, se alza como una legión de sombras y á modo de remordimiento inacabable á sus ojos febriles. Los golpes que ha recibido penetran como puñaladas en las entrañas de su corazón despedazado. Mientras gime y solloza, el coro pone los dedos en las llagas de su espíritu mostrándole cómo los dioses todos se le han vuelto contrarios y le han arrebatado los héroes de su preferencia, sumergidos en las playas de Salamina con sus rotas naves tirias. El tirano maldice á la feliz Atenas, y estas maldiciones de la tiranía convierten la ciudad en diosa. Por tanto, los palacios del despotismo, que han atormentado á innumerables oprimidos, tórnanse á una en terribles infiernos del

déspota. No le queda más que un carcax á éste. Él se ha salvado, pero hasta sus escoltas han muerto. Los acentos funerarios que de su pecho brotan y los mares amargos que de sus ojos caen, apenas bastan al infeliz para expresar sus dolores. Por aquellas salas, donde antes resonaban los himnos de triunfo, resuena ahora tan sólo el cántico misiano de una desesperación suicida y sin término. La barba se le ha vuelto blanca, y sin embargo, se la mesa con sus manos y se arranca mechones que parecen guedejas de un león destrozado. Su púrpura se ha convertido en sayal, y ni siquiera los harapos de este sayal quiere, como si le quemaran las carnes. Estatua de oro, que se creía eterna, por levantarse orgullosa en los hombros de siervos sin número hase derretido al fuego de una idea. ¡Oh santa libertad!

– Con estilo verdaderamente cíclico – dice Lucano, – el poeta sublime describió los sucesos de aquella guerra épica; pero debe decirse que la realidad histórica supera en mucho á la idea poética. Pocos imperios tan enormes como este imperio de los persas. Cuando Ciro se presentó en Jerusalén, tras su edicto á favor de los judíos, no parecía, sobre la montaña de Sión, un monarca, parecía Jehová mismo, relampagueando con los sublimes relampagueos del alto Sinaí. Sus ejércitos eran Babeles de razas. A su paso iban pueblos y naciones. Jerusalén asemejábase á un santuario de aquella divinidad. Las procesiones en su honor celebradas sobrepujaron á las procesiones hechas por sacerdocios enteros y salidas de los templos ciclópeos. Al abrirse las puertas de su palacio en la ciudad santa de los profetas, parecía que su poder alcanzaba de suyo á implantar los ídolos paganos en aquella tierra del monoteísmo espiritualista. Cuatro toros enormes, ceñidos de guirnaldas gayísimas y consagrado cada cual á una respectiva inmolación ante las cuatro mayores divinidades persas, abrían el cortejo. Caballos de bella estampa y varias pieles, todos igualmente airosos, relinchaban de alegría y retozaban de continuo, sabiéndose destinados al sol. Un carro de plata, ornado con festones de pedrería, cuya lanza era de oro, tirado por cuadrigas teñidas de púrpura y enjaezadas de gasas semejantes al iris, llevaba el sacerdote portador de la llama sagrada que ardía en litúrgico brasero. Ciro seguía después, la cabeza ceñida por una tiara que partía de una corona,

los pies calzados por sandalias rojas, la túnica blanca, el manto púrpura, todo él cubierto, como un ídolo, de rica pedrería; trescientos eunucos, á cual más ricamente vestido, le circuían; cuatro mil doríforos lo escoltaban, más que con armas, con instrumentos de música y con himnos de triunfo; tras los doríforos iban cien elefantes de honor y de respeto; tras los elefantes, diez mil caballeros persas, otros tantos medos, armenios, caduceos, saceos y carros innumerables de guerra, puestos cuatro en fondo, porque aquel hombre había llevado sus armas desde las fronteras indias á las costas del mar Rojo y del mar Sirio, invadido el Egipto, engarzado por el Norte á su corona el Ponto Euxino y el mar Caspio, ido por el Occidente hasta el Egeo y por el Sur hasta Etiopía y las aguas eritreas, teniendo corte, ya en Susa, ya en Bactrias, ya en Jerusalén, y llamádose á sí mismo, por levantado sobre las espaldas de los pueblos, rey de las naciones. Así es que parecía el dios de la tierra. Sus grandes sucesores, desde Cambises y Darío hasta Jerjes, no habían hecho sino aumentar su grandeza y extender sus límites. Mas, á pesar de todo esto, algunos sacudimientos interiores llevaron el imperio á trances amargos, pues el mal está muy cerca de la fortuna, y á peligros propios de unos Estados tan enormes por su colosal grandeza como enormemente frágiles. Cambises, que llegó hasta Etiopía, vió su gente sorprendida por la furia de los cielos, y no pudo sobrevivir á la noticia por un mensajero aportada tristemente de que cincuenta mil hombres, enviados al santuario de Júpiter Ammón, habían caído envueltos bajo las arenas de Libia. Darío, que le sucedió, no pudo reposar largo tiempo, á conquistas movido por las terribles ambiciones de su mujer Atossa. Los límites de su imperio, muy señalados al Oriente por los Alpes indianos y al Norte por las mesetas mogólicas, no tenían igual claridad al Occidente, donde radicaba la hermosísima Grecia. Dueño de los tracios asiáticos, y oyendo hablar del oro que poseían los escitas europeos, pensó en redondear su imperio y darle aquellos límites occidentales que creía necesarios á su propia seguridad y á la dominación de Escitia y de la Tracia del Norte. En un principio las ciudades griegas no le opusieron ninguna resistencia. Dividido aquel pueblo en jonios y en dorios, la división les llevaba de suyo á la venganza, y la venganza les imponía una ver-

dadera indiferencia respecto del Asia. Importábales poco el contrario lejano con tal de molestar al vecino. Pero esto no podía continuar mucho tiempo. El sentimiento de libertad é independencia en tal modo arraiga por las entrañas del corazón humano, que debía decidir y resolver un movimiento contra los reyes de Persia. Cuando éstos iniciaron sus primitivas empresas, los gobiernos tiránicos dominaban por todas partes. Mas luego que las tiranías fueron poco á poco reemplazándose con las democracias, el sentimiento de libertad, nativo en éstas, condensa sus iras contra la tiranía oriental. Los hijos de Pisistrato representaban el gobierno tiránico en Atenas. La muerte de Hiparco, herido por dos héroes republicanos, y la fuga de Hipias, señalan el cambio de los gobiernos tiránicos por los gobiernos demócratas en Grecia. El mundo cambia poco y poco se altera, porque también cambian y se alteran poco las leyes que lo rigen. Los gobiernos tiránicos se habían asociado al gran déspota, porque todos los despotismos se necesitan y se completan. Así es que la tiranía se debió quebrantar mucho dentro de sí para emprender la guerra contra quien podíamos llamar el tirano de los tiranos, el dios de los dioses. Sin embargo, del seno de la tiranía en descomposición surgió la primera protesta contra el despotismo y sus esfuerzos. Un tirano, el de Mileto, Aristágoras, dió la voz de alarma y conjuró el primero á Grecia contra su déspota.

– Pero el sentimiento de unidad – exclamó Séneca – no había en tales edades arraigado lo bastante para que pudiese defender toda Grecia en armas á los jonios del continente asiático y del archipiélago helénico. Aquellas islas, entre dos mundos sembradas, por aguas celestes y argénteas ceñidas, con sus coronas de luz, con sus togas de flores, con sus sandalias de perlas y corales, armadas, más que por instrumentos de guerra, por cítaras de oro, fecundas en mirtos para los poetas y en laureles para los héroes, despidiendo á las alturas en verdaderos enjambres ideas que llenaban lo infinito, no fueron, á pesar de tanta hermosura, perdonadas, y pagaron por toda Grecia, empezando en ellas á cebarse con furor la rencorosa ira de los asiáticos déspotas. Chios, la tierra homérica; Lesbos, donde resuenan las arpas eólicas; la oriental Samos; la sabia Mileto, á pesar de sus cien maravillosas naves y de sus innu-

merables heroicos remeros, precipitáronse una tras otra en el abismo y vieron sus hijos mutilados y sus hijas esclavas en los serrallos de Susa. El esposo de Atossa, instigado por esta hija de Ciro, que soñara con la gloria y la pujanza de Semíramis, decidió dar á su inmenso imperio los mares griegos por límite occidental y se propuso resueltamente someter toda Grecia. Así dió las correspondientes órdenes para que Mardonio, su general, atravesase por los territorios tracios, desde el continente asiático á nuestro continente. Los fenicios ayudaban por mar á todas estas maniobras, impelidos fuertemente de sus odios á Grecia, y los medos componían el núcleo de los ejércitos terrestres.

—La guerra no podía contenerse—dijo Persio—desde aquel punto y hora, en los cuales así Esparta como Atenas inmolaron á los embajadores de Darío. Dió el déspota, pues, la orden de acometer inmediatamente á la capitalidad intelectual de Grecia y conducir sus hijos en hierros al cautiverio para que dedicaran sus buriles á embellecer la vivienda y sus voces á cantar la gloria de los déspotas. Eretria cayó en poder de los invasores, y ninguno de sus habitantes fué perdonado, á pesar de que muchos extendían los brazos á las cadenas y demandaban vida en cambio de sumisión á los vencedores. Las naves asiáticas asombraron las aguas del Egeo. Naxos murió, á cuchillo pasada por el déspota. Atenas, pues, debía defenderse y retar al tirano que así maltrataba las islas confederadas suyas y las regiones consubstanciales con la divina Grecia. El llano de Maratón fuéles teatro donde mostraron al mundo la superioridad incalculable de todos los libres sobre todos los esclavos. Cada tribu dió mil hombres, y cada hombre sintió en sí que, para conseguir el heroísmo, no hay como aceptar de antemano el martirio. Una elocuencia sublime les había enseñado á considerar como el primero de los bienes la muerte honrosa, y no podía en el mundo haber para ellos muerte alguna como la muerte por su patria. Así corrieron al encuentro del enemigo antes de que hubieran desembarcado. Cien mil persas se colocaron frente á frente de diez mil griegos en los campos de Maratón. Los persas estaban sometidos todos á un solo general, mientras los griegos tenían diez, cada uno de los cuales hallábase destinado á mandar en su día respectivo y por riguroso turno. Sin embargo, el principio de libertad es-

taba destinado á vencer la tiranía. Inteligentes matemáticos opusieron también á la fuerza la ciencia. Su línea de batalla, con sólo diez mil hombres, extendíase tanto como la línea misma de los persas. No tenían caballos, porque su árido suelo carecía de aquellos ricos pastos, en el antiguo lenguaje denominados hierba médica. A pesar de tantas inferioridades, el espíritu y el pensamiento suplieron al número. Cada hombre libre tenía consigo la patria, que le impulsaba resueltamente, no sólo al combate, sino también al sacrificio. Así el centro de los griegos no pudo contenerse y arremetió contra el centro de los persas. Desconcertado éste á la furia del primer ataque, repúsose bien pronto y rompió por todo, destruyendo con su número la línea enemiga y acosando á sus mantenedores. Entonces las dos alas del ejército republicano, que habían estado inmóviles, incontrastables, profundamente serenas, cual si no les tocase la batalla, viendo el encarnizamiento de los persas con los guerreros de su centro y notando cómo en la ceguera de su odio, para mejor perseguirlos y acosarlos, abandonaban sus ventajosas posiciones, desplegáronse primero con rapidez, uniéronse después con facilidad, y, una vez unidos, arremetieron al enemigo por la espalda, alcanzando tal victoria que no les quedó á los persas refugio ni auxilio ninguno, sino el mar, donde los persiguieron y acosaron sus gloriosos enemigos, cuyo triunfo resultara tal y tanto, que Atenas colocó las efigies de aquellos héroes entre las efigies de sus dioses y declaró altares atenienses los túmulos que señalaban el santísimo lugar donde habían muerto sus soldados por la libertad y por la patria.

– El Asia debió, tras el triunfo de los jonios, armarse contra Grecia – dijo Lucano, entusiasmado en su versión á la república por estos recuerdos. – Este armamento apareció fácil, porque los generales persas, vencidos en Maratón, habían engañado á Darío hasta presentarle como una victoria su derrota, fingiendo provenir de Atenas los prisioneros allegados en sus ventajas sobre las islas jónicas. Atossa insistía, como siempre, por la dilatación de un imperio cuyos límites ignoraba ella misma, no obstante haberlos trazado tanta y tanta sangre. Muerto Darío en los comienzos de la segunda guerra médica, el influjo de Atossa creció desmesuradamente por oirla su hijo más todavía que su esposo. El armamento

de Asia contra Europa se consumó por mano de aquella mujer extraordinaria. Babilonia y Menfis, que habían resistido al vencedor persa, tuvieron que someterse; las estatuas de los reyes y de los dioses vencidos entraron en Susa como tributos pagados por el Eufrates y el Nilo; juramentáronse las naves fenicias para mostrar en los empeños de la guerra tanto arte y destreza como en los empeños del comercio; los caudillos de cualquier territorio que resistiese á este reclutamiento universal, pagaban con la pérdida de sus ojos ó con la pérdida de su cabeza esta resistencia; el número de tribus llegadas no podía contarse ni sus nombres saberse; cuarenta y seis naciones, por lo menos, marchaban tan compactas que parecían cuarenta y seis colosos movidos por una sola voluntad y animados por un solo pensamiento; los asirios, ceñidos con cascos semejantes á tiaras y orgullosos de sus agudas flechas; los sacios, empuñando cortantes hachas de leñadores infatigables; los árabes, medio desnudos sobre sus caballos de guerra nómadas acostumbrados á marchar entre matanzas; los indios, envueltos en sus túnicas de algodón; los rojos egipcios, cuyo carcax contenía muchas flechas y cuyas flechas llegaban muy lejos; los sagastos, de puñal muy corto y honda muy larga; los negros etíopes envueltos en pieles de leones y de panteras; los hircanos, tan sedientos de sangre como sus tigres; los voluptuosos libios, acostados en sus carros de combate, parecidos á lechos de placer; todos cuantos representaban las castas, la fatalidad, la monarquía, el despotismo, habíanse unido en haz para derribar por el suelo á unos pocos ciudadanos cuya fuerza única estaba en su idea, fuerza incontrastable, porque esa idea era la libertad. El tirano ignora, no solamente la libertad, ignora tam-

Temístocles

bién la patria. Pero Grecia tenía sus hombres libres, y la república estaba por providenciales decretos destinada en aquel momento á salvar para el mundo toda esa tierra griega, patria de nuestras almas. La orgullosa y ciega Semíramis, que había renacido en el vasto y siniestro espíritu de Atossa, no podía, no, vencer la libertad. Mientras aquella mujer nefasta engendraba siervos, Grecia, su enemiga, engendraba ciudadanos.

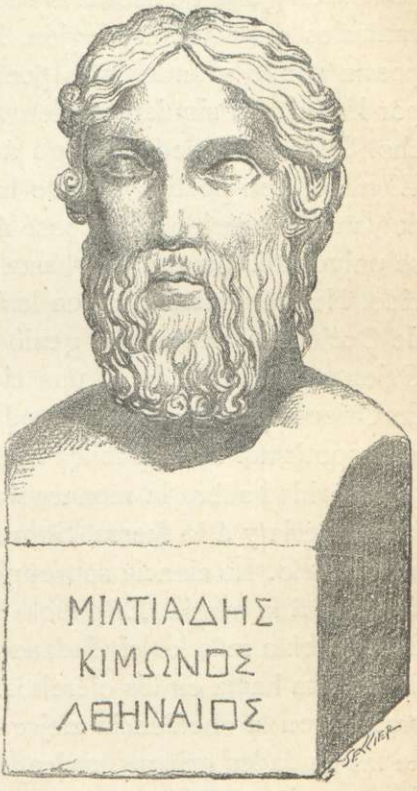
—A la cabeza de todos éstos hallábanse Arístides y Temístocles—dijo Séneca.—Amigo el primero de la justicia, penetrado por los profundos conceptos de orden y de legalidad, juntaba con una voluntad firme, determinante de las acciones más puras y más rectas, una conciencia clarísima que le iluminaba por doquier en sus maravillosos resplandores. Fundador de la joven democracia destinada por el cielo á recoger en aquellos sus días tantos laureles, juntaba en el mismo culto la espontaneidad propia de los pueblos libres con la sujeción y la disciplina que traen las leyes. Sobrio en su mesa y en sus amores austero, de pocas palabras y de muchos actos generosos, dado á la verdad como á una diosa y enemigo implacable de todos los tiranos, llovían sus labios reveladores consejos y era toda su vida como un ejemplo en acción del amor desinteresado á la libertad y á la patria. Arístides era la razón fría, y en cambio Temístocles era la pasión exaltada. Tenía más vicios que Arístides, pero también más virtudes. No alcanzaba él ciertamente la perfección clásica de su émulo, pero no adolecía de aquella su frialdad marmórea. Hijo de una extranjera, esta involuntaria desgracia le había cerrado hasta los gimnasios donde la juventud griega crecía; pero no había podido cerrarle, no, el corazón al amor de su patria y gente, aumentado y enardecido por las mismas contrariedades, cuya oposición, deteniéndole fuertemente la voluntad, no hacía más que impelerla con fuerza en la consecución de sus fines y exacerbarla con intensísima exacerbación. Inspirado por súbitas y reveladoras ideas; de mirada tan perspicaz como profunda; reuniendo con las exaltaciones del apasionamiento la madurez del juicio y con la fe de un joven la experiencia de un viejo, adquirida en sus intuiciones íntimas; poeta, orador, músico, estadista, general, soldado, pero ante todo y sobre todo ciudadano, se impuso con su mérito á su patria y subió á las más altas cimas del mundo, á

las cumbres de una ciudad libre, en alas de un mérito reconocido y proclamado por todos sus conciudadanos. En el instante de llamar Jerjes á las puertas de Grecia, llegaba Temístocles al colmo de su genio. No se comprende que un tirano como Jerjes, de razón madura y de complexión serena, intentara empresa como la de Grecia, de tantos peligros en su ejecución y de tantos males en sus resultados. Atossa y sólo Atossa es la clave del enigma. Casado con ella de segundas nupcias Darío, al morir éste y dejarla viuda, le dejó hijos como Jerjes, el primogénito, pero también dejó hijos del primer matrimonio. Atossa procedió de suerte que, so pretexto de no pertenecer la esposa del primer lecho á la dinastía, y no llevar por ende ni ella ni los suyos real sangre y real autoridad en las venas, cerróles el camino conducente al trono, y puso en éste á sus hijos, no sin que se alzara la protesta y viniera la guerra. Pero triunfante Atossa y puesto en el trono su hijo por mano de ella, propúsose justificar aquel imperio que se había temerariamente arrogado, y no encontró superior justificación á la que podría traerle cosa tan grande y tan feliz como el triunfo y dominio sobre Grecia. ¿Quién podía, pues, detenerla en su camino? ¿Quién podía disuadirla de su empeño? Atossa lanzó á Jerjes sobre Grecia, y lanzando á Jerjes sobre Grecia determinó la formación de aquella patria libre. Por consiguiente, sería imposible conocer la condición que alcanzó la mujer griega sin haber visto, como hemos visto, el influjo de Atossa en este momento sobre los destinos de la Hélade.

—Acabemos—añadió Persio,—pues, la relación de los sucesos. En el istmo de Corinto se reunieron las ciudades griegas y decretaron la resistencia que ha inmortalizado Leonidas en las Termópilas, Temístocles en Salamina. Cuando los griegos remaban contra sus enemigos en estas costas benditas, podían ver sus hijos y sus mujeres coronando los promontorios y los cabos para moverlos á morir mil veces antes que tolerar diminución ninguna de su patria. La escuadra persa era innumerable; y sobre la punta que formaba la montaña Egalea veíase asentado en un trono de oro al déspota de Asia; por manera que allí, en tamaña competencia, descubrían los persas de un lado al ídolo que pesaba con inmensa pesadumbre sobre sus espaldas, mientras los griegos descubrían de su lado la libertad y la patria. Comenzó el ataque de Salamina con una extre-

ma violencia por la parte de los asiáticos. El griego retrocedió á este primer embate, pero retrocedió con orden y en línea de batalla. Enseñados los persas con el escarmiento de Maratón, y expertos ya en artes é industrias griegas, no rebasaron su línea de combate, y se detuvieron tras el primer encuentro. Después de breve suspensión, en la cual diríase que tomaban aliento, empeñáronse mil combates parciales entre los grupos diversos de naves combatientes. Pero á estas escaramuzas aisladas bien pronto siguieron encuentros generales en toda la línea. La galera oriental, semejante á un palacio y á un templo movible, mostró su inferioridad irremediable ante la hermosa y ligerísima nave griega, que corría como una especie de aguda flecha, y clavando sus espolones en el vientre de las pesadas máquinas contrarias, sumergíalas en las aguas alteradas. Nunca se mostró tanto la ventaja del genio sobre el número y de la idea sobre la fuerza como en aquel momento supremo. La fuerza, comunicada por las ideas y por sus chispas creadoras á los griegos, predominó sobre la muelle grandeza del asiático, incapacitado por el propio enorme volumen de sus navíos para todo movimiento, así en la defensa como en el ataque. Lo cierto es que la derrota de Jerjes se declaró bien pronto, y que los fugitivos no pudieron ni aprovecharse de las islas cercanas, porque les cerró el paso Arístides con tropas de refresco. La batalla de Salamina completa la batalla de Maratón. Mas aún quedaba que intentar otro esfuerzo definitivo y que ceñir con supremo nuevo triunfo aquel épico empeño. Mardonio, general de Jerjes, reunió los últimos recursos del Asia y se propuso escarmentar á Grecia. Ésta, por su parte, congregó todos sus hijos, resueltos de nuevo á otro sacrificio que demostrara definitivamente la superioridad incalculable del joven mundo europeo sobre el viejo mundo asiático. Los campos de Platea les ofrecieron esta feliz coyuntura. Antes de citarse allí los combatientes, devoraron derrotas nuevas los déspotas, derrotas por las cuales se afligieron al extremo de sollozar como mujeres. Diez días estuvieron las falanges griegas frente al ejército de los déspotas. Mardonio no se cansaba de reconocimientos que le industriasen á ciencia cierta en las respectivas posiciones y en los mutuos recursos. Mas, al cabo de diez días, el hambre impuso al irruptor un movimiento de ataque. Advertidos los grie-

gos, mostraron irresoluciones é incertidumbres propias de los nerviosos en clamoroso estruendo, al cual dudaron los generales suyos de un triunfo semejante á los obtenidos en anteriores encuentros. Durante muchas horas parecía la fortuna inclinada con inclinación incontrastable hacia el viejo enemigo de Grecia. Beocios, espartanos, atenienses, tegeates, disputaban entre sí con ardor y no se resolvían por ningún empuje. Los espartanos, por si habían de ocupar tal ó cual puesto, se dejaban destruir y segar como si fuesen espigas cortadas por una hoz. Cuando ya se resolvieron á pelear y entraron lacedemonios y atenienses cantando sus himnos en las espirales terribles de aquellos encuentros espantosos, combatían cada cual por su lado sin acordarse ni siquiera del auxilio que se prestaban. Por fortuna, como el honor de Maratón está unido al nombre de Milciades, y el honor de las Termópilas unido al nombre de Leonidas, y el honor de Salamina unido al nombre de Temístocles, el honor de Platea está unido al nombre de Arístides, que reunió las dos alas de los atenienses y de los espartanos para llevarlos al triunfo y, después de triunfar, los reconcilió para que no lucharan por el premio. Tales fueron las consecuencias de aquel triunfo que debía, no sólo mostrar la superioridad inmensa de Grecia sobre el Asia, sino unir á todos los griegos en una misma patria.



Milciades

– Arístides – añade Séneca – aparece ahora como el genio de Grecia. Él declara inviolables y sacras las ciudades en que se ha conseguido una victoria común, las cuales no podrían recibir ofensa y agravio y ataque sin que las acorriesen todos los griegos en una

confederación portentosa. Él aconsejó erigir un templo al Zeus libertador, donde se congregasen las almas y las ideas de los helenos. Él reunió las asambleas patrias en el istmo de Corinto, y encargó á Pausanias el castigo á los traidores aristócratas tebanos. Las tumbas de Platea se convirtieron en aras divinas, las sombras de los héroes tomaron aspectos de dioses. Reuniéronse coros de poetas, en guisa de sublimes sacerdocios, para componer himnos y cantarlos en falange y legión. La historia tomó el carácter de la poesía por lo grande, y la poesía tomó el carácter de la historia por lo real. Ni siquiera se detuvieron á escribir lo que habían hecho. Cuando Herodoto llegó á fijarlo, estaba ya la tradición fija. El tropo bien poético de que las flechas lanzadas por los persas habían obscurecido el sol pasó á verdad histórica. El genio griego se universalizó tanto, que hasta pudo componer la elegía del vencido. Nuevamente, como en los campos de Troya, había el genio de Occidente vencido al genio de Oriente, mas no al genio de Oriente personificado en una ciudad griega sola y triste, al genio de Oriente personificado en todas sus razas. La democracia venció al despotismo. La república mostró una vez más su incontestable superioridad sobre la monarquía. La idea y la libertad sojuzgaron á la materia y á la fuerza. Sobrepúsose al fatalismo ciego el humano albedrío. La ciencia sobrepujó con su táctica invencible al sortilegio y á la magia. El pueblo rompió la horda. Hasta para obedecer sabían más los ciudadanos que los siervos. La ley sobrepujó al déspota hasta en los ejércitos. Los libres ejercieron el mando y practicaron la obediencia mejor que los tiranos. Atenas subió á sol de las ciudades griegas, rodeada por el coro inmortal de sus héroes, de sus artistas y de sus poetas. El genio griego, que llevaba en sí los destinos de la civilización universal y de la libertad humana, quedó vencedor sobre aquel genio asiático, que llevaba en sí la esclavitud y la casta. La infeliz Euménide, llamada Atossa, no hizo más que perder al Asia con su imprevisión y con su orgullo.

– Resumamos cuanto hemos dicho – añadió Lucano, – y saquemos de todo ello la indeclinable consecuencia. Servidores forzosos de un césar y perdidamente de la libertad enamorados, tamaña lucha de nuestra posición peculiar con nuestros afectos más íntimos trae consigo aparejada una catástrofe. Creer que del culto

á la república muerta solamente provendrán espiritualistas contemplaciones á lo ideal y á lo pasado sin acto ninguno en la realidad y en la vida, paréceme un verdadero desvarío. Por secretas que sean las ideas y por calladas las reuniones, todo cuanto se piensa y se dice, poco á poco va condensándose á manera de núcleo y componiendo cual un foco, en cuyo alrededor se encuentran luz y calor, que á la postre iluminan los entendimientos y acaloran los ánimos, organizándolos en un ejército vivo y fuerte que corre desalado á conquistar primero y á conservar después la libertad, querida y proclamada por todos. ¿Queréis volver á la república los ojos del alma y que no la vuelvan á una sus rostros todos aquellos á quienes vuestro pensamiento guía y vuestra voz entusiasma? Consumís la vida en alabanza de Bruto y de Catón, en recuerdos de Lucrecia y de Virginia, en tristes nostalgias de la libertad perdida, en esfuerzos por la reconstrucción de vuestra rota tribuna, de vuestro desbandadísimo Senado, ¿y queréis luego que todo esto no suscite grandes partidos y que todos estos partidos no transmitan al espacio el fuego por nosotros prendido en las conciencias? Hoy mismo, al hablar de Atossa, os habéis á la infame Agripina referido; y al contar las desgracias acaecidas á Jerjes derrotado por la libertad, no habéis hecho más que anunciar cuantas desgracias veis ahora mismo cernerse á una sobre la cabeza de Nerón, que será por la libertad eterna vencido también como Jerjes. Vosotros, satíricos, únicamente satirizáis al imperio; vosotros, filósofos, únicamente pensáis contra el imperio; yo, cantor, no sé levantar á las alturas mi voz más que contra ese imperio, al cual hemos jurado un odio sólo comparable al sentido por Aníbal hacia Roma ó al sentido por Escipión hacia Cartago. Lo declaro con melancolía: no creo la libertad planta de fácil brote y de fácil cultivo en la Roma de los césares. Dentro de mi poema la pinto huyendo de nuestros lares para buscar su refugio tras las tristes aguas del Rhin, donde suscitara los hombres de la Naturaleza virgen y de la selva libre contra los hijos de una sociedad gastada y esclavos cobardes ¡ay! de unos odiados césares. Así, ante todo esto, no queda sino un recurso á nuestro ánimo y á nuestro espíritu: mostrar el culto que sentimos hacia la libertad, muriendo por su restablecimiento.

CAPÍTULO V

DECLARACIÓN DE GUERRA

– No tiene remedio – decía con furor Agripina, retirada en su cubículo tras la prueba recibida del disfavor en que iba cayendo por las ambiciosas impaciencias de su hijo.

– Piénsalo bien – le observó con profunda calma Vitelio, muy avezado á burlar los escollos en aquella corte de verdaderos criminales, llena por doquier de peligrosos bajíos.

– Ya lo tengo pensado – respondió Agripina.

– Pues vuélvelo á consultar con tu conciencia, si quieres en bien salir de tal empeño.

– Mi conciencia, mi corazón, mi entendimiento, mi memoria, mi fantasía, mi voluntad, todas mis facultades hanme dicho lo que hacer debo, y se hará.

– ¿Qué? Dímelo en resumidas cuentas con toda lisura.

– Pues reponer á Británico en el trono de donde lo tengo yo echado, reponerlo.

Y Agripina, diciendo esto, cerraba los ojos, como si surgiesen á su presencia los males contenidos en aquella resolución y no quisiera verlos.

– Conspiración artera contra Mesalina, conspiración doble contra Claudio, conspiración franca contra Británico por tu hijo,

conspiración nueva contra tu hijo por Británico, parécenme demasiadas conspiraciones para no dejar la piel toda en alguna.

– Yo nací en campo de batalla y moriré batallando.

– Pero hasta aquí á tus batallas ha seguido siempre la victoria; de aquí en adelante mi lealtad me aconseja decirte que no tendrás tal seguridad.

– Impórtame poco. Lo grave del peligro aumenta lo intenso del propósito en mí. No pudiendo colocarme yo en el trono, colocaré al mismo á quien yo he despojado, y le daré á la justicia y á la venganza de un solo golpe una satisfacción merecida.

– No te olvides nunca de que, luchando con tu hijo, luchas con algo semejante á ti en fuerza y en habilidad, no robadas, hereditarias, y necesitas de más precauciones para preservarte del enemigo, como necesitas de mayores y más amplios esfuerzos para conseguir el triunfo.

– Lo tengo todo en cuenta y no me faltará ninguna de mis facultades, como jamás en esta vida me ha faltado.

– Los dioses todos te tengan de su mano.

– Me tendrán. He rendido á los del Olimpo y he comprado á los del Averno.

– Así sea.

– Que llamen á Británico.

– Mira, piénsalo mucho. Es más fácil darle la muerte que la victoria.

– Llámalo. He dicho.

A una orden de Agripina todo se rendía y no hubo más remedio que llamar á Británico. Entró éste á los pocos minutos de llamado, con recelo connatural á quien ha sufrido tanta desgracia y teme tanto daño. Así parecía pobre ratoncito ante grande gata ó mísero y desarmado reo ante la cuchilla del verdugo.

– Acércate – le dijo Agripina con dulzura mientras él temblaba con espasmos.

– Emperatriz..... – murmuró maquinalmente por decir algo.

– Constituído ya en su imperio Nerón y secundado por cuantas fuerzas pudieran serle hostiles, acércase la hora de un desarme del furor con que lo hemos defendido hasta hoy y de un reintegro del personal de esta familia cesárea en sus respectivas dignidades.

– No entiendo, no entiendo, no entiendo – dijo varias veces el cuitado á quien acariciaba con los ojos Agripina como cuando quería ella seducir y someter y cautivar á cualquiera.

– Pues ya entenderás cuando te diga que no puedo consentir dure más tiempo la condición tuya en esta casa de tu padre y de tus abuelos, donde has de levantarte junto al dintel del trono y has de gozar cuantas prerrogativas van anejas al poder imperial juntamente con el emperador. No quiero que seáis Rómulo y Remo; quiero que seáis Cástor y Pólux.

– Sea. Si en esto favorable tu voluntad se cumple, como en lo adverso y contrario se cumpliera, por coemperador me tengo.

– Hete dicho – respondió Agripina, deseosa de pretextar algún motivo para su cambio – que mientras vacilaba el poder de Nerón había que defenderlo contra todos; pero, afirmado ya por mi esfuerzo, hay que constreñirle á compartirlo con todos aquellos designados á tal compartición por su dignidad y por su cuna.

– Mucho te agradezco cuanto me dices, Agripina, y en mí hallarás la disposición indispensable á secundarte y obedecerte y servirte como desees tú y pueda yo.

– Es necesario que salgas por las calles en la propia litera de Nerón, que te sientes en las curias á su lado, que ocupes en los festines un sitio tan eminente como el suyo, que tu efigie se ponga junto á su efigie en las monedas, que tu anillo se estampe al par de su anillo en los rescriptos, que seáis gemelos por el mutuo fraternal afecto, siendo como sois ambos hijos de Claudio, por la naturaleza tú, Británico, y por la ley él, Nerón.

– Mándame á mí como quieras y haz de mí lo que quieras. He luchado mucho tiempo con el destino y he creído vencer al destino muchas veces. Ahora, viendo que todo contra mí se vuelve, cansado de luchar y reluchar, heme arrojado á la corriente y decidido dejarme llevar por ella doquier guste llevarme. Que me arrastre á su sabor donde quiera. Por de pronto parece á lugar apacible y tranquilo. No seré yo quien se queje. Si luego me lleva en sus ondas á una tormentosa corriente, vaya en gracia. No seré yo quien lo extrañe. Juguete del destino, creí fácil que un día fuera yo quien jugase con el destino; me han mostrado los hechos tal impasibilidad, hágase lo que quiera él y como él lo quiera. Me

llamas para favorecerme. Sea en buen hora. Lo único que á decirte acierto es como venía dispuesto á que, si me hubieras llamado para matarme, me matases como á un carnero. Sorpréndesme con gracias y favores. Aunque me maravillen mucho, ni quiero saber su causa, ni su duración menos. Haced Nerón y tú de Británico todo cuanto queráis.

—No te llamé para que muestres esa conformidad estúpida, contradictoria con tu naturaleza combatiente, y excepcional sin duda por haber hecho tú á la continua lo radicalmente opuesto á eso dicho ahora, sin duda para resistirte á mis favores como te has resistido á mis persecuciones, y en todo contrariarme.

—No, Agripina, no—dijo el buen príncipe, atemorizado de que la humildad le diese lo mismo que le había dado la soberbia, el disfavor de la emperatriz.

—Te devuelvo la categoría de príncipe, no reconocida en ti por nadie antes, y te coloco en las cumbres del mundo, no para que aparezcas como un juguete de los demás, sino como un copartícipe activo del poder imperial. Sumar otro nuevo Nerón á Nerón, cosa inútil. El hijo de Claudio, el predilecto de Agripina, el príncipe de la familia augusta, Británico, no debe, no, enajenar su voluntad en el compañero que le deparan mi favor y la suerte; ha de contrariarle, cuando éste no tenga razón, hasta vencerle y rendirle. Jamás le consientas palabra que tú creas errónea, ni acto que tú creas perverso. Para salvarlo de sí mismo con verdad, precisa combatirlo á él mismo con dureza.

—Se hará cuanto quieras.

—Así me gustas, resuelto á obedecerme.

—Resuelto.

Y Británico bajó la cabeza delante de Agripina, que le acarició como acariciara un tiempo á Nerón y le condujo hasta la puerta.

—¿Qué haría resistiendo si no puedo pasar por otro punto—dijo el cuitado príncipe al verse solo.

—Mira, Vitelio—exclamó Agripina en el momento de salir Británico,—urge que también vea yo á Octavia. Llámala, llámala.

—Pero, Agripina, dispensa te aconseje no hurgues tanto á Nerón.

– ¿Aún intercedes en su favor tras lo hecho con ingratitud negrísima en la recepción de los embajadores armenios?

– Yo no intercedo en favor de él, intercedo en favor de ti misma. Quiero detenerte al borde obscuro de los abismos. Quiero en tus impaciencias refrenarte.

– Estoy, tienes razón, impaciente por vengarme.

– Pues no te ciegues al extremo de tomar una carrera tan vertiginosa que te oculte los obstáculos y te estrelle contra el primero encontrado ante ti en el espantoso vértigo. Ese cachorro de tu hijo tiene colmillo de jabalí, quijadas y guedejas de león, uñas de tigre, saliva de víbora; y si lo excitas, puede darte un disgusto que mi amistad hacia ti con el propio interés mío me impelen á ponerte ante los ojos para que mucho medites antes de resolver algo.

– Lo tengo todo meditado.

– Me alegro y te felicito por ello.

– Como que yo casé con Octavia á Nerón muy contra la voluntad y grado de este último.

– Así es uno de los actos tuyos que nunca te ha perdonado él.

– Es fea de veras – dijo Agripina, riéndose con risa ruidosa.

– Y tonta de remate – añadió Vitelio.

– No, no.

– Sí, sí.

– Pero buena – dijo Agripina.

– Y por buena – observó el taimado Vitelio – incompatible su naturaleza con la naturaleza de tu hijo.

– Por eso quiero castigarlo.

– Paréceme habrá de conformarse con la reinstalación de Británico en medio trono antes que con la reinstalación de Octavia en medio tálamo. No la puede sufrir.

– Pues tendrá que sufrirla quiera ó no quiera.

– Lo dudo.

– ¿No se ha valido, para echarme de la gran ceremonia última, del pretexto de que soy mujer y las mujeres no asisten á esas ceremonias cesáreas? Pues ahora voy á recordarle yo á él que es marido y los maridos están siempre con sus mujeres y van en compañía de sus mujeres á todas partes. No quiere verse con Agripina, se verá con Octavia.

– Pues ya oirás como dice que mal rayo te parta.

– Diga lo que quiera. Más pronto debe llegar al Olimpo la maldición de una madre á su hijo que la maldición de un hijo á su madre.

– Veo cuanto maquinas contra Nerón, mas no veo los medios de prosperar tus maquinaciones.

– Ya los verás. No creo haber de ningún modo perdido el ascendiente sobre mi cachorro, como tú le llamas, ni aun después de lo hecho contra mí últimamente, y para postre tengo bajo llave un pomo lleno con el veneno más activo que haya condensado jamás Locusta.

– Malo se va poniendo todo esto, muy malo.

– Ve á Octavia y dile que necesita recobrar los derechos de esposa sobre su marido, pues esta inconcebible separación entre ambos los pierde á uno y otro, destruyendo á la vez el imperio.

– Yo no puedo ir con tal embajada, como tú comprendes, porque yo no estoy tan alto como tú; y de ceder á lo que mandas, enteraríase Nerón y me mandaría matar como un perro. No las tengo todas conmigo por lo tocante á ti misma; imagínate lo que creeré me pase á mí, si en cualquier evento lo contrarío y despierto sus iras contra mi persona. Vamos, no viviría veinticuatro horas.

– Tienes razón. Yo hablaré con Octavia, yo en persona, y le diré cuanto debe hacer para posesionarse del ánimo de su esposo y cómo ha de hurgarle contra sus rivales hasta conseguir de veras someterle y rendirle.

– Tú puedes hacer, Agripina, cuanto por la cabeza te pase, porque, madre de Nerón, tu autoridad te sirve de segurísimo escudo contra sus iras; mas hacerme intervenir en algo á mí, paréceme tanto como condenarme á muerte.

– Que llamen á Octavia – dijo Agripina con imperio.

– La llamarán – respondió Vitelio con aire de conformidad inerte, cual si quisiese á sus propios ojos eximirse de toda culpa ó responsabilidad en su obediencia.

Y con efecto, á los pocos momentos de haber expresado Agripina el deseo, ya estaba en su presencia la cuitada é infeliz Octavia.

– ¿Qué me quieres? – preguntó á la emperatriz.

– Algo importante – le dijo Agripina

– Pues manda – repuso Octavia, sin dejar una especie de temblor epiléptico que le había sobrecogido desde la hora y punto que le dieran orden de presentarse ante su madrastra y suegra.

– ¿No te has enamorado nunca de Nerón? – le preguntó Agripina, mirándola de hito en hito como si quisiera penetrar en su alma por el conducto de su vista.

– Soy su mujer – dijo con mucha discreción y recogimiento la infeliz Octavia.

– ¡Su mujer! Bien; perfectamente. No basta, sin embargo, eso ni para enamorar ni para enamorarse.

– Quise decir con recordar los lazos que á Nerón me unen como tengo el firme propósito de cumplir para con él todos mis deberes.

– ¿Todos tus deberes?

– Cuantos la sociedad, la naturaleza, la ley, la religión me imponen.

– ¡Ah! No está mal. Vamos. Bien, bien. Sin embargo, quiero algo más preguntarte. Como estás conforme á cumplir todos tus deberes para con el joven esposo, ¿estás también conforme á reclamar todos tus derechos?

– ¡Agripina! – exclamó con acento de terror la joven ante aquella temeridad inconcebible de la tal pregunta.

– Octavia – dijo Agripina,—es necesario que no te aterres.

– Pero, Agripina, quien ha nacido en palacio de césares y en palacio de césares criádose, ¿puede sentir ningún efecto que no sea de vivo y profundo terror?

– ¡Octavia! – exclamó Agripina, cayendo por su parte y á su vez en espanto á la temeridad horrible dicha por Octavia.

– La palabra derecho no suena bien aquí en los palacios augustos; fuera de César nadie puede aquí, nadie, invocar derecho ninguno.

– En competencia con César, no. Pero como tú recuerdas tener deberes con tu Nerón, debes recordar que Nerón los tiene contigo también.

– Pues no me atrevo ni á dirigirle la palabra, ni á mirarle la cara.

– Muy mal hecho.

—¿Qué puedo yo hacer?

—Acordarte de que tu calidad soberana de hija del emperador Claudio y tus derechos de esposa del emperador Nerón te hacen emperatriz dos veces y te invisten aquí en palacio de una dignidad que sólo cede á la del emperador mismo.

—¡Ah! Eso es muy fácil de decir por quien ve un matrimonio desde fuera, como ves tú el nuestro, aun habiéndolo hecho por tu voluntad soberana, queriendo, como quieres ahora, por causas ó razones de ti sólo sabidas, hacerlo efectivo. Pero si, cuando no quiere uno, dos nunca entre sí riñen, cuando no quiere uno, dos entre sí nunca se aman.

—Con poco esfuerzo lo conseguirías de aquella naturaleza tan fácil de agitarse y encenderse al contacto con la promesa de un placer cualquiera.

—Tú sabes que nunca hubiera sido, nunca, osada yo á idear un matrimonio con Nerón. Aunque hija y nieta y mujer yo de emperadores, mi naturaleza propende á bajar de suyo y no á subir. Me casasteis. Yo me conformé con vuestra voluntad y me resigné á vuestro mandato. Cumplimos al enlazarnos todos los ritos de rúbrica y celebramos todas las ceremonias compañeras de una tal toma de estado. Pero ni una vez me miró, aunque debiese por mandatos de las leyes ó por observancia de los ritos convertir á mí sus ojos y dirigirme la palabra. Todas las novias desean en sus nupcias quedarse con sus novios á solas por los egoísmos sublimes del amor. Yo repugnaba este momento. Cuando llegó, perdí la vista y aun el sentido. No sabía lo que pasaba por mí. Nerón entonces me dijo, sin mirarme siquiera, como me consideraba una hermana de Británico perfecta y como aspiraba únicamente á que, repartiendo un poco más tales afectos, le quisiese á él como á Británico y nada más que como á Británico. Yo ni una palabra le dije. Parecía una estatua mi persona, de rígida, de fría, de inmóvil. Viéndome así, lejos de compadecerme, púsose á burlarse del matrimonio que contrajéramos y á decirme gracias burdas. «Tú sabes, exclamaba, que hay triunfadores honorarios, los cuales tienen las insignias, pero no la efectividad del triunfo. Pues nosotros dos somos casados honorarios. Llevamos el nombre, llevamos las insignias, llevamos los honores de verdaderos esposos, pero no la efectividad.»

Con efecto, me dejó en el tálamo nupcial sola y se fué de taberna en taberna, de burdel en burdel, de mancebía en mancebía por las calles á su antojo. No estaba mi alcoba cerrada todavía, ni mi cuerpo desvestido del traje de boda, cuando ya se oían las risas fragorosas que sonaban á torpe borrachera y las canciones eróticas que sonaban á licenciosos placeres. Agripina, tal ha sido el casamiento que, con asenso de Claudio, procuraste á la hija de Claudio.

– Comprendo tu desesperación y confieso mi culpa. Y así me resuelvo á calmar tus dolores haciéndote de tu esposo esposa efectiva, y á evitar mi castigo enmendando con el buen proceder de ahora el mal proceder de otros tiempos.

– Pero ¿cómo conseguirlo?

– Con mi poder de madre.

– Muy grande sobre su voluntad, Agripina, cuando le favoreces sus ambiciones ó le atizas sus apetitos, muy pequeño cuando en algo lo contrarías.

– Ya veremos.

– Lo tenemos todo visto.

– Faltánnos experiencias nuevas.

– ¿Cuál ensayarás que le rindas? Quien para tratarme, no diré con amor de marido, con aquella consideración debida por un caballero romano á una patricia joven, ¡ay! no recuerda su deuda conmigo, portadora con su dote del Imperio á su persona; quien eso no recuerda, ¿qué recordará? Así, Agripina, yo nada pido más que conservéis á Británico la vida y me conservéis á mí en el palacio de mis padres, sin querer extraerme de una soledad y abandono á los cuales heme resignado ya, para subirme á inaccesibles alturas, en cuyas cumbres acaso encontrase la deshonra y la muerte.

– Pero ¿no recuerdas, Octavia, ni tu estirpe, ni tu cargo, ni las dignidades revestidas y los oficios desempeñados por tu marido, ni la trascendencia de todo ello al poder y autoridad que habéis los dos recibido de vuestros abuelos? Tú eres como una flor que aroma todo el palacio. Al mirar hacia nosotros el pueblo, te halla junto á Nerón y te cree genio de mediación entre él mismo y su emperador. Si algún día sabe cómo te trata éste después que, por intercesión mía, Claudio casó contigo á Nerón, maldecirán todos á éste, y de las maldiciones populares á los movimientos pretorianos

¡oh! no hay más que un paso. Luego la familia imperial tiene muchos enemigos, porque las pavesas de una república, muerta ya, pero nunca olvidada, quedan como un inextinguible rescoldo de verdadero sentimiento en el corazón de Roma entera. Si por el proceder contigo se indispone con el ejército de los clientes, de los libertos, de los pretorianos imperiales, no podrá Nerón reinar en paz. Me intereso por ti como una buena madre; me intereso, no sabría mentirte, más por él que por ti; me intereso, digámoslo todo, más que por ti, más que por él, por mí misma, pues que hacedora he sido desde sus comienzos del estado en que os encontráis ambos, y quiero que seáis ante las clases romanas todas marido y mujer, como ante todo el mundo romano emperador y emperatriz. Aquí no hay responsabilidad como la mía y no quiero que haya tampoco poder como el mío. He de conseguir cuanto se me antoje. Quiero que seas esposa de Nerón, emperatriz de Roma; y lo serás.

– Yo prefiriera que me dejases, Agripina, en paz. No he cambiado de posición sino para empeorar. Matáronme á la madre que me diera el ser. Antes de cumplir cuatro lustros véome privada del amante padre. Reducida en este mundo al amor de un hermano con quien he compartido todas las penas, viendo morir á nuestros padres juntamente con innumerables deudos, víctimas de su grandeza, no quiero subir más, cuando bajaría de grado á lo profundo, con tal que allá muy abajo me dejasen con olvido completo de mi ascendencia en paz junto á los míos, asegurándome una larga vida. Pues así como te digo una cosa, te digo también otra. No me gusta nada reinar y me gusta mucho vivir. Para mí es un placer sin igual este sentir cómo laten pulso y sienes, cómo el corazón palpita, cómo entra el aire lejano dentro de nosotros mismos, cómo lucen los ojos, cómo arde la vida. Quizás porque todavía no he cumplido veinte años y la sangre se aglomera en todo mi ser, como por mayo la savia en los árboles; quizás porque, aun después de haber sufrido tanto, no me ha inspirado todavía el infortunio deseo de morir; quizás porque tantos naufragios como he corrido me han hecho asirme á la vida con desesperación, es lo cierto que yo ante todo y sobre todo quiero vivir en este mundo, y por vivir no sé, Agripina, ¡oh! no sé cuánto haría.

– Vivirás, con tal que sigas mis consejos. Mi amor de madre

no se concreta y restringe sólo á Nerón; extiéndese hasta Británico y hasta ti misma, que al cabo sois hijos de mi esposo, y hermano Británico y esposa tú de Nerón.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!—decía por modo indeliberado é inconsciente Octavia, oyendo con escalofríos las promesas de Agripina, pero sin atreverse á una sola palabra más por el invencible miedo suyo á la muerte.

—Vivirás y vivirás feliz, con tal que te levantes á las alturas de tu posición, te acuerdes del deber que te impone tu dignidad y tomes, así en el trono cual en el tálamo de Nerón, la parte que corresponde á tu derecho.

—¿Y cómo se hace todo eso?

—Con un poco de verdadero esfuerzo por tu parte y un mucho de verdadero auxilio por mi parte á ti. Vivirás, y vivirás feliz.

—¡Vivir! ¡Vivir! ¡Vivir! ¡Cuán difícil cosa en estos altos palacios desnudos de vida y cubiertos de hielo como en el mundo las vertiginosas alturas!

—¡No has de vivir si quieres!

—¡Ay, Agripina!

Y la pobre Octavia movía de una manera maquinal su cabeza con movimientos negativos.

—No lo dudes—le decía por su parte Agripina.

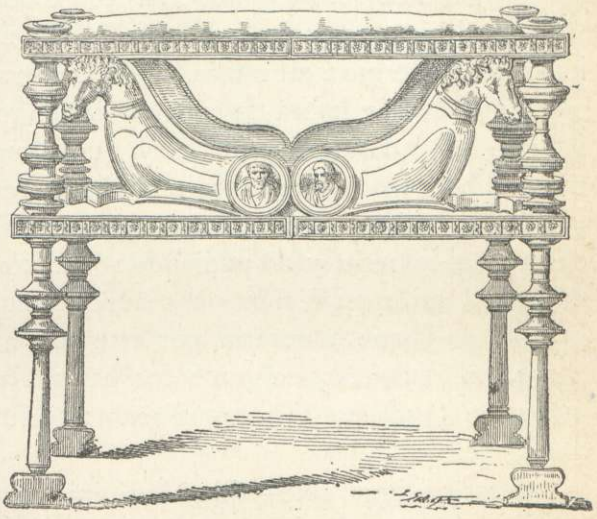
—¡Cuántas veces desde mi litera he visto á la mísera mujer del pueblo segura de su existencia, segura de su hogar, segura de su familia, segura de su honra; mientras nosotros, porque se halla entroncado este palacio con el Olimpo y porque naciéramos hijos de gentes á quienes se les asegura, no ya la inmortalidad verdadera del nombre y del alma, la naturaleza divina en sí, no vivimos, no podemos asegurar que mañana seamos de este mundo; tenemos que dormir con zozobra y que levantarnos con extrañeza de haber arrancado un día más á la muerte que nos amenaza de continuo, y cuando alguien á las puertas llama, nos imaginamos ver el esbirro que nos ha delatado con cualquier calumnia, seguido del verdugo que debe descabezar nuestro cuerpo y del sayón que debe sepultarlo!

—Octavia, no pienses eso.

—¿Cómo que no piense eso? Pues, de haber nacido en las últi-

mas centurias populares, yo tendría madre, yo tendría la seguridad completa de que sólo por muerte natural mi Británico se separaba de mi lado; yo poseería un marido fiel y amante; pero nada debo esperar aquí donde vivimos bajo el mismo techo con la envenenadora Locusta y proyectamos dondequiera que nos volvemos una sombra de muerte.

– Pues todo eso puede remediarse con que tú resuelvas apoderarte del dominio que te corresponde sobre tu esposo.



Silla curul

– Bien quisiera; mas no veo el camino conducente á tan deseado logro.

– Tu marido está prendado, como ya sabes, de una extranjera, de una triste asiática, de una esclava, y en el desvarío suyo quiere hacerla, no sólo su mujer legítima, sino sacerdotisa de nuestros dioses y emperatriz de nuestro Imperio.

– No creo que se atreva nunca jamás á eso por temor, y únicamente por temor, al pueblo y al ejército y al Senado. En mis angustias mayores he visto siempre que la familia cesárea, y en la familia cesárea sus menores príncipes, gozan de un gran favor en el pueblo, incapaz de olvidar cuanto por él han hecho los divinos abuelos César y Augusto. Nuestros enemigos, Agripina, están en las clases mismas á que nosotros pertenecemos, en la clase patricia. Los nobles no perdonarán á la dinastía Julia que les haya quitado la República, donde se pavoneaban ellos, y haya extendido la colina del Palatino en su poder absoluto hasta el foro, velando la tribuna de los Rostros, donde hablaban ellos, y haya convertido el Senado, en la cámara, desde cuyas sedes curules go-

bernaban ellos, en triste sucursal del Imperio. Y aún están las patricias más exaltadas contra nosotros que los patricios mismos. El horror de Porcia, la mujer de Bruto, la hija de Catón, al divino Julio César, se transmite á todas las nobles damas de Roma que leen los versos de Lucano con fervor, y pondrían en los puños de su descendencia los puñales con que fué inmolado el primer César para que nos exterminasen á todos sus herederos y sucesores.

– Tienes razón. ¿Y adónde vas con todo eso?

– A decirte una cosa muy sencilla. Puesto que nunca Nerón habrá de quererme á mí nunca, y, por consecuencia de no quererme, nunca Nerón habrá de convivir conmigo, yo, que repugno por instinto ser querida por fuerza y que comprendo por necesidad como él habrá de tener entre tantas mujeres una predilecta, prefiero sea esclava, siria, una extraña, porque no podrá soñar con elevarse al imperio, y no pudiendo soñar con elevarse al imperio, no pedirá mi repudiación, pues aunque mujer de Nerón y emperatriz de Roma honoraria, por este honor vano muchas gentes perpetran crímenes y exigen holocaustos. No me importaría la repudiación, Agripina, si la repudiación á su vez no trajese aparejada la muerte.

– Parece imposible – dijo Agripina, muy molestada con su nuera – que discurras así por el grosero instinto de vivir y por el desapoderado deseo de tu conservación personal. Aunque creas que Acté no debe soñar con el imperio, sueña indudablemente. Aunque te la figures modesta, es orgullosa y soberbia. El demente de tu marido le ha hecho creer en una gran ascendencia de reyes y le ha dado caracteres de diosa. Como buena oriental pertenece á esas sectas de Oriente á quienes unos creen comedoras de carne humana, y á quienes otros atribuyen la superstición infame de unos ritos en cuyas prácticas se comen á su propio dios, y digiriéndolo con agua y vino mezcladas en unas copas que denominan cálices. Y la deja Nerón, el descendiente de Venus, el que ocupa la plaza de Júpiter aquí bajo, el que ostenta divina estirpe, creer en esas supersticiones ridículas y prácticas en sí tan infames.

– Pues me han dicho á mí que son buenas gentes esos esclavos y que las mujeres tienen una humildad ejemplar.

– ¿Quién te ha dicho eso? Buena está la ejemplaridad moral de

la dichosa Acté. Le gustan como á una Cleopatra las joyas. Y tu marido le satisface á maravilla el gusto. Ha entrado en mi tesoro Nerón cual entraran los galos en el Capitolio. Ha cogido cuanto le ha demandado el gusto. Y todo pasó al poder de Acté. Imagínate qué cara pondría yo, viéndola salir del teatro con las alhajas de mi madre puestas en su pecho. Unas perlas mías brillaban en aquella garganta. Viéndolas allí á ellas, me causaron efecto igual á si hubiese visto una víbora enroscada en mi cuello. Perdí la luz de los ojos. Me atravesó escalofrío terrible todo el cuerpo. Tuve que agarrarme á la litera para no caer ante todo aquel público en síncope angustiosísimo. Créete que al verte á ti, de mi propia sangre, como una sierva tratada, y al ver á la sierva infame Acté, de sangre siria, tratada como una emperatriz, todos mis instintos se sublevan, todas mis pasiones despiertan, y me asalta una sed tan intensa de venganza que no sé cómo puedo contenerme sin dar cuenta de la canalla criminal que mancha el tálamo y el trono de los césares. Y veo tu indiferencia, Octavia, y veo tu sumisión á indignidades así, veo tu frialdad ante tal incendio con dolor profundísimo, pues de ti esperaba el remedio.

—¿Qué remedio cabe á males tan profundos, Agripina? No conozco ningún cauterio á tal gangrena. Y si existe, no está en mí. Yo soy una pobre muchacha que, habiendo visto morir á todos los suyos, no quiere morir de muerte prematura y desea vivir vida larga. Imposible impedirte que uses de mi nombre y del nombre de mi hermano á tu guisa; pero entre mi hermano y yo encontrarás mucha diferencia. Él, como varón, se revuelve contra la indignidad que nos abruma; yo, como mujer, me resigno á ella. Él pugna, yo sufro. Él protesta, yo callo. Él quiere pelear, yo quiero vivir. Él propende á las terribles ascensiones, yo propendo á bajar. Él sueña con copia de riquezas y posesión de mandos, yo sueño con un hogar limpio en que un marido modesto me amara y me bendijeran unos hijos lactados y criados por mí. Pero como todo esto no pase de sueño, á cuya realización se oponen mi estirpe, mi dignidad, mi sangre, la familia en que naciera, la honorífica posición que ocupo, confórmome con el estado que hoy tengo, y no quiero cambiarlo por temor de que, repudiándome el emperador y el esposo, tope con el esbirro y el verdugo. Británico, ansioso de lucha,

embarcaráse con facilidad suma en cualquier barco, provocador de la tormenta; deseosa yo de paz, no pienso en otra cosa que en granjearme un reposo, dentro del cual mi vida corra serena y perdure mucho tiempo. Haz tú aquello que gustes, Agripina, mas no cuentes conmigo para nada. Yo no podré secundarte ni en aquello siquiera que intentes á favor mío. He visto morir á tantas jóvenes en torno de mi persona, que temo correr la misma suerte. Andamos sobre flores tronchadas por los esbirros implacables. No te cures, pues, de mí, Agripina; déjame vivir, aunque la vida pase prisionera entre los hierros de una jaula. Por culpa mía no se despertará ninguno de los monstruos ahora dormidos en torno mío. Deduzco de todo cuanto hemos hablado que no corres bien ahora con el emperador: allá te las compongas á tu gusto y grado. Estoy segura de que Británico te ha dicho que cuentes con él; pues Octavia te repite que no cuentes con ella, no. Adiós.

Maltratada y mal herida la emperatriz por aquellas resistencias de Nerón á compartir el poder con ella, tan solemnemente mostradas en la recepción de los embajadores armenios, había ideado el diabólico plan de castigarlo, haciéndole compartir su trono con Británico, su tálamo con Octavia, y tras las sendas entrevistas, sin pararse para cosa ninguna en barras, habíalo dispuesto y arreglado todo de la manera más vejatoria para su hijo y más conducente á oprimirlo y vejarlo. El primero de los recursos á que apelaba cuando se ponía con empeño á domesticarlo, como á las fieras el domador, consistía en sermonearle sin tregua ni descanso, poniéndole los nervios todos de punta, como decimos de los cabellos cuando se levantan y erizan. Y confesemos había tema para sermones largos en los dos proyectos de Agripina. El hermano de Nerón, el infeliz Británico no podía continuar menospreciado más tiempo. Enteradísimas las legiones pretorianas de su posición subrogada é inferior, podían muy bien levantarse con cualquier motivo contra el emperador y ponerle sobre los escudos al émulo cuyas sienes rodeaba una poética leyenda, radiante de recuerdos muy propios á traerle prestigios peligrosos al príncipe reinante. No había, según Agripina, vuelta de súbito en favor suyo, después de haberle arrancado la corona y amenazar con arrancarle también la vida, no había otro remedio sino desarraigarlo de

la corte como se desarraiga del campo dañina planta, ó subirlo hasta el trono y darle coparticipación activa en el Imperio. La extirpación quizás á la larga resultase más provechosa, pero traía consigo en el momento aquel tan graves peligros, que precisaba optar por el segundo extremo; y para optar por este segundo extremo, pintaba la emperatriz ante los ojos del emperador las gracias y el ingenio de Británico, su influjo en la corte, su destreza en la palabra, su perseguida juventud que le trajera tantos amigos, los nombres que resplandecían en él y que despertaban recuerdos muy atractivos, así en la opinión del pueblo como en la opinión del ejército, un poco disgustados con Nerón, á causa de su gobierno mismo, el cual despojaba, como toda realidad, á los antes ilusos y esperanzados, así de sus ilusiones como de sus esperanzas. Por tanto, después de haber cometido Agripina mil crímenes requiriendo para Nerón el poder único y absoluto, encontrábase con que debía volver sobre sus pasos y buscar en las propias víctimas hechas para logro de tal intento frenos con que retener y botones de fuego con que domar al ingrato y rebelde. En los ambiciosos ensueños suyos, cuando le parecía estrecho el mundo en su ambición y pequeña la corona única para sus amplias sienes y corto el trono aquel que aparecía como el pináculo más elevado de la tierra, molestándole hasta una madre cuyos empeños le habían traído todo aquello, imaginad lo que le parecería la proposición de compartir tales tesoros con el mismo á quien en gran parte se los había robado, con el odioso y cuitadísimo Británico, quien vivía y respiraba por su imperial misericordia. Pero todavía peor el plan de tratar á Octavia como una verdadera esposa. Ya lo hemos dicho: repugnábale aquella infeliz joven con una repugnancia invencible. Para convenir en que Británico apareciese como su colega, sólo había menester una victoria sobre repugnancias morales; para convenir en que Octavia fuese su mujer, necesitaba superar insuperables repugnancias físicas mucho menos sujetas á su voluntad que las repugnancias morales. A la vista fea, y al olfato mal oliente, y al oído disonante, y al corazón repulsiva; no estaba, no, en su mano contrastar todos estos incontrastables contrastes que le desatinaban y le ponían como fuera de sí, en actitud verdadera de loco atado y de perro hidrófobo. A esto se

unía una pasión por Acté, que, aun gastada por las satisfacciones y el uso, como que ya se había enredado en los lazos y trampas de otra mujer, cual veremos pronto, se reanimaba de suyo á la contradicción y tomaba la intensidad devoradora propia de los primeros tiempos. El altercado entre hijo y madre debió tomar proporciones terribles, por la convicción en Agripina de que todo cuanto Nerón en el mundo era se lo debía á ella, y la convicción en él de que su madre le armaba tales conflictos por lo hecho con las embajadas armenias en evitación de que lo ridiculizase con mortal ridículo ante todas las gentes, haciéndoles ver como en el romano imperio no mandaba un hombre, mandaba una mujer. Lo cierto es que tras las dos entrevistas con sus dos entenados, Octavia y Británico, ya muy largas, duró mucho tiempo la entrevista en que notificó á su hijo con toda solemnidad y toda franqueza, reprimiéndole y aun amenazándole, cuanto en favor de los dos ideara. La costumbre de obedecerla se había por tal manera sobrepuesto á todas sus facultades nativas, que no fué osado el emperador á contradecirla, ni siquiera cuando le ponía con desnudez ante su vista cómo le rebajaban los amores con Acté en el concepto de la sociedad romana y cómo podía serle tan funesta una mujer así, cual á Marco Antonio fué la serpiente del Asia, la hechicera Cleopatra. Y menos la contradijo todavía en aquello que más le contrariaba, en la evocación hecha con arte por ella de todo cuanto le debía en este mundo Nerón, como queriendo persuadirle á creer con ella que no había hecho él nada, que no era él nadie. Lo cierto es que, acabado el tormento, la conversación de Agripina con su hijo, fuése Nerón en busca de su consejero Séneca y desahogó su alma en los términos que veremos ahora.

– No paso por eso – decía Nerón á Séneca en tono afirmativo muy resuelto.

– ¡Qué mujer! – decía Séneca en una admiración irónica.

– Entre obedecer á mi madre como á la mano el bastón, ó irme de Roma, no vacilo un minuto; me voy de Roma.

– Pero ¿dónde irás que más valgas?

– Hace mucho tiempo estoy enamorado de la isla de Rodas.

– Te prendas tú y enamoras de tantos seres y objetos, que no te conocía ese amor más.

– ¿Qué quieres? Entre tantas islas, ésa es la que impera en mi ánimo.

– Irte de César á Rodas, no te lo consentiría la ciudad; irte de simple rodio, no te lo consentiría Séneca.

– ¿Qué hago?

– Comprender lo sublime de tu ministerio y no caer en voluntariedades y arrebatos que son verdaderas muchachadas, indignas del cargo que has echado sobre tus espaldas.

– Pues por lo mismo, por abrumadoras, no pueden soportar las cargas que les echa encima tan sin razón mi madre.

– Veámoslas.

– ¡Si parecen imposibles!

– ¡Habla, hombre, habla con calma y sin atropellarte!

– Yo creí siempre que, al desvivirse tanto la emperatriz por granjearme dignidad como el imperio, trataba de que fuese yo un emperador verdadero. No podía figurarme lo que maquinaba: ponerme á mí en ridículo y alzarse con en el imperio ella.

– Me sorprende tu sorpresa.

– Que vaya y gobierne directamente.

– Eso es difícil.

– Pues, de continuar queriendo que gobierne yo en su nombre, abdico, abdico, abdico.

– No harás tal.

– Vaya si lo haré.

– No lo creo.

– Te lo vuelvo á decir; la isla de Rodas será conmigo.

– No podrá ser contigo la isla de Rodas.

– ¿Por qué?

– Porque no lo consiente tu cargo.

– Pero qué cargo, ni qué niño muerto, si yo no puedo desempeñarlo con tal madre.

– Pues lo desempeñarás.

– Te juro que no.

– Pues no tendrás más remedio.

– Si el ser césar quiere decir que todos manden menos yo, sea en buen hora. No quiero ser césar, no quiero, no puedo, no debo, no me es posible, no me da la gana.

—Tienes razón. Un césar lo llena todo porque todo lo puede. Su voluntad no encuentra límite alguno dentro de lo posible. Obedientes los pueblos, fidelísimas las legiones, el Senado sumiso, la tribuna silenciosa, completamente suyo el universo, no hay quien pueda disputarle tan grande autoridad, cuyas facultades se dilatan hasta sobre los dominios de la muerte. Los dioses mismos tienen que reconocerlo así, los dioses, pues ni ellos matan como un césar mata. Rodéate por esto divina luz que ciega. La justicia te inmola conspiradores como en el altar se inmolan víctimas. Ni siquiera quien por tus órdenes muere, te maldice, pues nadie tiene derecho á juzgar tus actos, ni comentar tus palabras. Sólo tú puedes matar ó salvar á un hombre según tu grado y sin detrimento alguno de las leyes.

—Me dices eso, yo lo siento, lo pienso, lo creo cual tú, siquier no sepa decirlo tan bien, y luego tropiezo con todo género de obstáculos cuando quiero hacer mi voluntad, y me veo más esclavo que todos los esclavos juntos, oyéndome llamar en todas partes por todos los hombres amo y señor. ¡Buen poder el mío! Una madre todopoderosa lo ejerce á su arbitrio sin dejarme humilde particulilla siquiera. Del poco que me resta quiere hacer todavía mangas con capirotes, obligándome á entregar larga compartición al más odiado y odioso de los hombres, á Británico, que no cabe conmigo en el mundo por traerme con su aparición á la memoria todo cuanto hemos hecho para granjearnos el imperio; y con traernos esto á la memoria, nos trae á la conciencia muy agudos remordimientos, los cuales como espinas se nos clavan en el alma, hecha con ellas un erizo monstruoso. Luego el poder que tiene cualquier macho de optar por su hembra no lo goza un césar. Yo debo contra mi voluntad convivir con Octavia, sufrirla todo el día, junto á mi cuerpo acostarla en el mismo tálamo toda la noche, verla cuando abra los ojos, verla cuando los cierre, oirla sin descanso y hasta olerla, magüer que todo en ella me contraría, me repugna, me tira de espaldas.

Y Nerón, dominado por la cólera, echaba relámpagos de los ojos y babas de los labios. Sus manos se crispaban como á una epilepsia. Corría de un punto á otro en aquel salón al mismo tiempo que hablaba. A primera vista se le hubiera tomado por demente

convulso. Relampagueante la vista, los pómulos rojos, las quijadas apretadísimas, la barba trémula, fatigosa la respiración, martilleábanle golpes innumerables el corazón y las sienes, obligándole á retorcerse como en un acceso de súbita demencia. No hablaba, rugía. Resollaba el pecho como fragua. Un jabalí asaeteado, un tigre perseguido, un león calenturiento, un tigre acorraladísimo quizás hubieran dado idea del estado á que Nerón llegara por las proposiciones de Agripina y por su evocación de tales proposiciones en presencia de Séneca, impasible como una estatua y disertando en sentido general y abstracto sobre todo aquello, como si nada real sucediese que le tocase de cerca. El volcán de las pasiones de Nerón junto al ventisquero de las ideas del filósofo componía el más extraño contraste que puede imaginarse, pues ni el hielo apagaba el fuego, ni el fuego, no ya derretía, ni ablandaba siquiera el hielo. Así, mientras Nerón relampagueaba, tronaba, volvía su cuerpo de un lado á otro, mesaba los propios cabellos, el impasible Séneca, muy dado á disertar, poco dado á sentir, discurría con abstracta elevación acerca de afecto como la cólera, importándole un ardite todo cuanto en su rededor sucedía.

—No entregues, Nerón, á la cólera tu alma. Comprendo lo grave de la ofensa; pero te pido medites lo peligrosísimo de la venganza. Quien tiene la facultad, ¡oh!, debe contener muchísimo el deseo de castigar. Así como no llegan al sol, no, las nubes, no llegan al emperador las ofensas. Modérate. Todos los animales se enrabian, pero sólo uno, el racional, perdona. Tú no eras de natural colérico. Puedes tú sentir cóleras; no puedes tener continua cólera. A ningún mortal, á ninguno, le cuadra la ira y menos á un magistrado cual tú. Agota las palabras antes de resolverte por los actos. Amaga y no des. No quiero que ahogues tus indignaciones como no quiero que desmientas tu valor. Mas conviene dejar aquéllas para el crimen y para la guerra éste. Se proscriben las cosas malas con mayor facilidad que se gobiernan. Para el castigo basta un minuto fulminante; para el remedio se necesita mucho tiempo. No castigues sino convencido por la experiencia de que marra el remedio. Aun á los más criminales no puedes castigarlos con el hierro sino cuando desesperes de atraerlos á la virtud con el reclamo de tu benevolencia. En tal caso aparece misericordia sublime la última

pena. Hay millares y millares de cosas peores que la muerte aquí en el mundo. Y cuando hayas de infligir un castigo, inflígelo como regeneración saludable y no como tormento terrible. Sobre todo no hagas cosa ninguna con violencia. Ceden las pasiones mientras la razón dura y domina siempre. Da tiempo al tiempo. A quien la cólera emborracha, tócale cegar, dando tumbo tras tumbo é hiriéndose con todo. Delibera contigo antes de condenar y herir á los demás. El furor parece grande porque está hinchado. Y sólo es grande lo bueno. Imposible que haya un gran hombre sin ser al mismo tiempo un hombre de bien. Considera que debe aquejar una demencia incurable á quien crea puede á tí herirte y tú no puedes herirlo á él. La cólera violentísima está fuera de ti; dentro de ti la razonada. Si el mayor de los oradores, ¡ah!, sentirá escalofríos antes de hablar, piensa lo que debe sentir un magistrado verdadero antes de castigar. Modérate, Nerón, modérate.

—Todo eso está muy bien dicho, Séneca; pero todo eso es idea, no es vida; todo eso es raciocinio, no es realidad. Si te vieras á mi lado en el trono, de seguro no discurrirías con esa calma. Mi madre me hace desatinar, lo confieso. Mas cuando trabajó con tanto ahinco y fortuna para que yo imperara, debió comprender que hacía de mí un emperador, no sujeto á nadie ni á cosa ninguna inferior, puesto sobre todo y sobre todos, como están los dioses sobre su padre Saturno. Pero esto de perseguir á la pobre Acté me saca de quicio, tanto más, cuanto que Acté no me posee ahora, no, empieza otra pasión á poseerme.

—¿De veras?—preguntó Séneca muy maravillado de tal revelación que súbitamente le sobrecogía.

—Y tan de veras. Yo no sé qué mosca picó á la buena de Acté. Lo cierto es que la han entrado unos accesos de virtud, los cuales aumentan mi estimación hacia ella, pero no mi amor. Se me presenta de algún tiempo á esta parte como diosa, y con su mirada me impone un respeto de tal suerte que no soy osado á profanarla. Gusto ahora más de oirla que de poseerla. Voy con mis sentidos muy sobreexcitados y con mis pasiones muy exaltadas á su presencia, y en cuanto la veo, su actitud recogida me adormece la naturaleza material como un verdadero narcótico y enciende y arde dentro de mí un fuego espiritual verdaderamente consuntor de

cuantas escorias en mí llevo. Agripina ignora todo esto, porque sus esbirros penetran en los hogares y no penetran en los espíritus. La transformación de Acté se halla donde nadie más que yo puede penetrar, se halla en el alma. Y por esta increíble transformación milagrosa, no sólo se ha vuelto casta ella, me ha pegado, respecto de ella sola, pero me ha pegado su propia castidad á mí. Voy resuelto á no escucharla y á ser con ella lo que fuera en el despertamiento de mis sentidos, un amador loco, nunca satisfecho de goces, y me domina cual un siervo, y me habla de un amor puro que genera para un cielo infinito almas desceñidas del cuerpo, y de una Virgen Madre coronada por las estrellas, que ha quebrantado la cabeza de toda serpiente y convertido en mieles su veneno; del dolor, del consuelo, de la humildad, del perdón, de la esperanza, de una vida para los demás aquí, de otra vida mejor más allá, de una igualdad y de una fraternidad universal, de un Dios próvido; y con eso me despierta una luz tan viva en el pensamiento y me adormece con un beleño tan intenso el sentido, que á veces no siento mi cuerpo y me vuelvo de mis entrevistas con ella por tal modo cambiado, que ni siquiera oso pedir un beso á sus labios.

Popea (busto del Museo del Louvre)

– Extraño, extraño, extraño – murmuraba Séneca, muy asombrado de que la vida viciosa de Nerón y el alma oriental de Acté guardasen allá dentro misterios en los cuales no penetraba él y que le sorprendían aun después de haber leído todos los filósofos griegos y meditado sobre todos los problemas humanos.

Así es que daba á su monomanía de disertar una tregua, y era oídos todo él para saber qué pasaba de nuevo por el alma de su discípulo, en la cual encontraba repliegues y secretos tan hondos y múltiples que no podían sospecharse siquiera y que de súbito estallaban sin preparación y sin amago y sin anuncio que pudiese hacerlos presentir ni esperar á nadie, dada su increíble singularidad, tan provocadora de la extrañeza, cada día mayor, á medida que se convivía más con aquel extraño mozo y que se manifestaba su grande actividad y la consiguiente aplicación de esta grande actividad, hecha por él mismo á su propia vida y al romano imperio.

– Pues bien – decía Nerón, continuando en sus revelaciones á Séneca, – pues bien: mi ciega madre se ha empeñado en combatir á la pobre Acté, y no sabe que Acté ha logrado con sus miradas llenas de alma y con sus palabras henchidas de un espíritu misterioso adormecer y paralizar mis sentidos hasta el punto de haberlos casi anulado y suprimido.

– ¡Misterioso! ¡Misterioso! ¡Misterioso! – decía el metafísico ante aquellas manifestaciones del alma de Nerón que le interesaban como pueden interesar á un médico enfermedades no vistas, ni sospechadas siquiera.

– Pero mis sentidos no pueden dormir así. En cuanto me voy del lado de Acté, la naturaleza recobra sus derechos y me hierve la sangre dentro del cuerpo, y la misma retención de todo instinto voluptuoso hace que luego se levanten á una en tropel, incitándome y moviéndome al goce y al placer. Pues para satisfacer mis sentidos, la ley, la religión, el imperio no me ofrecen más que Octavia. Imagínate, Séneca, imagínate qué remedio. Mejor yacería con cualquier marmórea estatua de mis jardines.

– Lo creo – dijo Séneca por decir algo.

– Ya tengo mi predilecta, mi querida, la mujer que ha de sojuzgar mi cuerpo y satisfacer mis apetitos, como Acté sojuzga mi alma y despierta mis ideas.

—¿Quién es?, ¿quién es?, ¿quién es?—preguntó Séneca, frotándose las manos y alejadísimo, por el sesgo que la conversación había tomado, del sermoneo consuetudinario en él cuando recordaba su ministerio de primer maestro y primer ministro del césar.

—Pues Popea.

—¡Popea!

—Sí, Popea.

—¿La hermosa hija de aquella otra hermosa mujer á quien Mesalina mató por miedo de que Claudio la viera y llegase á caer en sus redes?

—La misma.

—¿No estaba en matrimonio unida con Crispino, aquel caballero que ha ejercido el cargo de prefecto en las legiones?

—Casada estuvo con Crispino y hasta le dió un hijo.

—¿Y entonces?

—Aguarda. Yo he deshecho ese matrimonio.

—Ya.

—Y dispuesto á ser su esposo de verdad, sin recurrir á un divorcio de Octavia, que despertaría muchos escándalos en Roma, y sin suscitar sospecha ninguna en mi madre, que sólo combate á la pobre Acté, ignorando lo que pasa entre la persona de ésta y mi persona, sabido ya por ti mismo, y que, si llegase á saber cuanto te refiero, combatiría con una implacable crueldad á Popea.

—Y confesemos que tendría razón Agripina para ello. Acté únicamente le disputa tu corazón; Popea le disputará el trono.

—Para dar todas las sanciones posibles á mi poder y autoridad, la emperatriz no dudó un punto en unirme con la hija del emperador Claudio, que, según ella, me aportaba en la dote suya el imperio, como si el desconocimiento de los derechos del infeliz Británico necesitase algo con que cohonestar una legitimidad imposible. No quiso procurarme amante ninguna, en sus celos y en sus recelos; ahora quiere que no ame á la humilde Acté, ignorando como ya no amo á esta misteriosa criatura con el fervor sensual que le consagrara en lejanos días. En el amor no han de entrar solamente los sentidos. Hay en semejante pasión siempre algo de amistad. Pues con una patricia, que yo hubiere amado, que no me repugnara cual Octavia me repugna, que se hubiese amoldado á

mi complexión moral y material, yo viviera feliz y no en esta contrariedad horrible dentro de mi hogar y de mi lecho, la cual exacerba todos mis apetitos y no trae calma ninguna. Debo decirte una cosa horrible: dada tal situación, Agripina hubiera querido hasta ocupar el sitio de una esposa en todos los sentidos de la palabra y en todas sus conscecuencias.

– No digas eso, Nerón.

– Lo digo, y además pienso decirte que tras lo dicho por Agripina respecto de Acté, tras lo mandado respecto de Octavia, tras lo hecho respecto de Británico, yo le declaro la guerra y estoy resuelto á no tener paciencia. Morirá Británico, morirá Octavia, y si es preciso, Agripina morirá también.

CAPÍTULO VI

CENAS NERONIANAS

El emperador se divertía de lo lindo en medio del disgusto que le daban su madre Agripina, su hermano Británico, su esposa Octavia, los sermoneos de Séneca, los versos de Lucano, la súbita castidad de Acté, los asedios á Popea, la pasión despertada en él por esta mujer, sus planes encaminados al goce de estos amores y al seguro de tal goce, las resistencias del patriciado, las murmuraciones del pueblo, los rumores de conspiración en el pretorio, los cuidados por una empresa tan vasta como la muy reflexiva de alzarse con todo el gobierno sin tener en su ejercicio ni competidor ni competencia posibles. Un objeto así, tan extenso como profundo, reclamaba en su realización todo el tiempo, y todo el pensamiento, y todo el trabajo, y toda el alma y toda la vida de quien lo intentaba; y lo emprendía Nerón sumido en la embriaguez de placeres que le absorbían á una en sus asesinas sensualidades y le paralizaban la voluntad necesaria en todo gran proyecto. Tenía, pues, que cambiar, no sólo de costumbres, sino hasta de complexión y de naturaleza. Conjurar el fantasma de la República volviendo de continuo cuanto más pretendían alejarlo;

retener al Senado por una parte y al ejército por otra en sus propensiones contrarias, encaminadas las del uno á restaurar las instituciones libres y las del otro á tener siempre al césar por pupilo; emanciparse de una tutela como aquella de Agripina, en quien habían resucitado todas las artes de Livia servidas por el veneno de Locusta; deshacerse del triste Británico sin herir á los pretorianos y de Octavia sin herir á los patricios: empresas aparecían de tanto mayor empeño, cuanto que, para empezarlas y concluirlas, habíase menester de una voluntad no embargada por ningún objeto diverso de su realización y cumplimiento. Mas no podía ir á parte ninguna con estas obligaciones, contraídas por su propia voluntad, quien pasaba sucesivamente sus días y sus noches en el juego de azar, en el trinquete á pelotazos, en las carreras de caballos, en el teatro entre histriones, en el circo entre gladiadores; ya tañendo la cítara, ya recitando largos monólogos cómicos y trágicos; de magia y hechicería unas veces, de quiromancia y astrología otras; acompañado por acróbatas y titiriteros; yendo del garito á la zahurda, de la zahurda á la taberna, de la taberna al burdel.

En laberinto tan complicado como el cretense tenía que penetrar, cuando tratara de sacudir un poco las tristezas engendradas por las intimaciones increíbles de su madre á que compartiera el tálamo solitario con Octavia y con Británico aquel trono que Nerón creía único y todo para sí. Veámoslo en acción, veámoslo, y apenas podremos dar crédito á nuestros ojos, según va compelido á todas partes por los impulsos de sus caprichos en vaivenes á cual más brusco y en saltos mortales á cual más peligroso y en empeños entre crueles y ridículos. Rodeábanle varios jóvenes en una orgía propia de aquel tiempo, los cuales jóvenes á roso y belloso proferían todo género de sandeces, sin pararse por modo alguno en barras. Descollaban entre aquella cohorte de calaveras dos, un patricio y un esclavo, el noble Othón y el siervo Tigelino; pues al emperador no le gustaban únicamente los goces para sí mismo, gustábanle hasta los goces de todos los demás; holgándose con el placer ajeno si le faltaban fuerzas para en el propio regodearse, poseído así de una voluptuosidad infinita por lo intensa é inacabable por lo duradera.

– Dime algo, Tigelino, algo – decía Nerón, tendido sobre su

lecho en la orgía, con todas las señales, no del hartazgo, del hastío al hartazgo anejo, del agotamiento y la impotencia.

– ¿Qué quieres te diga? – le preguntaba Tigelino.

– Pues algo contra alguien – le respondía Nerón á Tigelino.

– Hablemos contra los expendedores de períodos melifluos, empapados en sésamo y en beleño – decía el tal compañero.

– No hablemos contra tales gentes, porque podrían Lucano y Petronio enojarse – decía Nerón.

– Y ¿por qué no añades tu maestro Séneca, por qué? – le preguntó á su vez Othón.

– Cállate, mala lengua – díjole con ironía el césar.

– Pretende tamaño sofista que nos trae las ideas del Atica y nos trae las hipérboles del Asia – replicó Othón.

– No te consiento hablar mal de Séneca, por quien yo tengo un verdadero culto. Respecto de los demás, dejémoslos desgañitarse cuanto quieran. Como no hablarían si careciesen de auditorio, con no escucharlos basta para destruirlos – dijo filosóficamente Nerón.

– Pues mira, Nerón; ese tropel de imberbes é insulsos escolares, que pasa delante de nosotros riendo y saltando, viene de oirlos: ten la seguridad completa de que mañana mismo repetirán todos ellos sus sandeces – Othón observó.

– No lo creas – observó Tigelino á su vez, – todos están ebrios de sensualidad y sólo se curan de sus voluptuosidades.

– Es verdad, no son tanto camaradas de cátedra, como camaradas de lupanar – Othón añadió.

– Y ¿para qué habían los infelices de estudiar, cuando Themis, la Justicia, se rinde, no á quien más sabe, sino á quien más tiene? – observó Tigelino.

– Sin embargo, van camino de ser dioses – dijo Nerón.

– Lo creo; pues aquí en Roma – replicóle Othón, – donde á cada paso tropiezas con un dios, no se tropieza jamás con un hombre.

– Divirtámonos, gocemos, riamos sin parar mientes en este mundo traidor – exclamó esperezándose Nerón.

– Mira – le dijo Tigelino, – aquí está Bipur.

Y señaló á una prostituta que desdeñara el último esclavo por sucia y que Nerón olisqueaba como el perro á la perra en celo.

– Mira, no caigas en lo primero con que topes, reserva tus fuerzas – le dijeron al césar sus dos compañeros de fatigas.

– Yo quiero consagrar la noche á Priapo – exclamó Nerón.

– Pues reposemos un poco – le dijeron sus dos camaradas.

– Reposemos – añadió el emperador.

Y despidiendo á Bipur, que se fué muy contrariada, echáronse á dormir y á roncar los tres como tres cerdos.

– Á casa de Trimalción, que os convida – exclamó, á la media hora de dormir los tres, con estrépito numerosa turba de atletas y gladiadores, interrumpiendo el sueño de los durmientes, que se levantaron muy de mal humor y siguieron como máquinas ó maniquíes el empuje.

– Buena bestia ese Trimalción – dijéronse entre sí los dos compañeros del césar.

– No murmuréis – les advirtió Nerón – de quien me recrea y me divierte.

– Líbrennos los dioses – exclamaron ambos calaveras.

– Tengo que prepararme á grandes cosas, y para prepararme á grandes cosas tengo que divertirme á mi sabor y á mis anchas.

– Y nada te divierte como Trimalción – exclamó Tigelino.

– Pues hay alguien que le divierte más todavía – dijo el sátrapa Othón.

– ¿Cómo? – preguntó Tigelino.

– Hazte el descomido, sabiéndolo tanto como yo.

– La mujer de Trimalción, Fortunata – dijo Nerón, – me divierte más que su marido todavía.

– Pues á divertirse llaman – exclamó Tigelino.

– A divertirse de veras – añadió con insistencia Othón.

– Ya sabéis que bajo pena de muerte hállanse todos obligados á no hacerme caso, respetando en mí el disfraz y el incógnito.

Efectivamente, los tres calaveras llegaron á casa de Trimalción: Othón y Tigelino con sus trajes; Nerón, por el bien parecer, muy disfrazado.

– Lo que á este ganapán de Trimalción se le ocurre, á nadie se le ocurrirá nunca – díjole al césar su camarada Othón.

– ¿Qué se le ocurre?

– ¿No lo ves?

– ¿Qué?

– Unas jovencillas pican á la puerta con agujas de oro el cutis á los convidados, ingeriéndoles el satirición á fin de aumentar su voluptuosidad.

– Dejémonos picar, Tigelino.

– Dejémonos picar, Nerón, aunque no lo necesitamos.

– Pero después de picados en el rostro y en las manos hay que desnudarse – díjoles á sus dos compañeros Othón.

– ¿Para qué? – preguntó Tigelino.

– Para que nos unten de aceite.

Bailarina

Con efecto, una turba de cínicos bailarines, con sus trajes de color del mirto remangados hasta la cintura, los cogió por su cuenta y les frotó el cuerpo todo con afrodisíacos aceites.

– Pasad á ese gabinete – dijéronles luego.

Y pasaron los tres, vistiéndose allí los trajes de banquete apercibidos para el caso.

– Pasad al cuarto de recogimiento y de reposo, dijeron los domésticos de Trimalción á los tres jóvenes, sin distinguir con preferencia de ningún género á Nerón, quien iba, como hemos dicho, de simple particular á esas fiestas, desceñido del carácter cesáreo por un momento y queriendo que lo tratasen como á un simple mortal; pues de lo contrario, viéndose tratado como un dios, nunca se divertía, y en aquellos divertimientos se holgaba mucho, aunque al respeto le faltasen.

– Entrad, entrad – repitieron los siervos á los recién llegados.

Y los tres calaveras entraron á descansar de las picaduras que en el rostro les habían hecho para despertar sus sentidos las muchachas, y de la paliza que para prepararles el estómago les habían propinado los atletas con sus aceites al cuerpo. Y entraron. Mas, en cuanto entraron, como vieran tres lechos aparejados, tendiéronse sobre sus colchones de púrpura puestos en armadura de marfil, y durmieron nuevamente, roncando á su sabor, hasta que los despertaron unas cadencias báquicas de voluptuosos címbalos. Al despertarse todos á tales horrorosos estruendos, encontráronse Othón y Tigelino con que les habían vuelto negros enmascarándoles el rostro con un betún compuesto de sebo y hollín. Gritaron como energúmenos, invocando los dioses infernales sobre aquella soez familia; y Nerón rió mucho el disgusto, porque con él no se habían metido para nada, ni le habían tocado un punto el pelo de la ropa. Mucho les costó lavarse, pero se lavaron, y más ponerse como el ampo de la nieve, pero se pusieron; pasando entre burlas y chacotas adelante con espacio, pues se necesitaban más iniciaciones para entrar en la cena de Trimalción que para entrar en los misterios de Isis ó Eleusis. Con efecto, habíanles los danzantes dejado de su puño, cuando se les presenta un coro de jóvenes y desnudos ganimedes, los cuales ofrécenles en sus copas vinos de Falerno y en sus labios besos de voluptuosidades horrorosas é infames. Pero no había más remedio que seguir todos los ritos de aquella liturgia sensual, y pasaron por cuanto exigía el anfitrión para el ingreso en sus cenas. Ya dentro, les ofrecieron otro no menos horrible y apenas verosímil espectáculo en sitio donde trocaban unos esclavos, reunidos para ello, las muchachillas de nueve á diez años en mujeres, entre chacotas y risotadas de aquellos espectadores verdaderamente criminales, cuyos crímenes, por inverosímiles apenas creeríamos, si no estuviesen todos ellos certificados por la tradición y por la historia. Poco á poco llegaron los tres amigos á la puerta del festín.

- Verás cosas extrañas — murmuró el buen Tigelino á la oreja de Nerón.

— ¡Ya lo creo! — dijo éste.

— Trimalción anuncia los platos con trompeta.

— ¡Buena ocurrencia!

– Y luego tiene un reloj que señala cuánto se ha tardado en comer cada uno de los manjares.

– Hombre como él no le hay – observó riéndose con ganas Othón.

– Pues aún hace más: como padece de la orina, lleva delante de sí el cuitadísimo cierto vaso de plata con tapadera de oro.

– Y en efecto – añadió Tigelino, – ahí está.

Y apareció Trimalción. Iba en litera, coronábalo grande pelucón de púrpura y envolvíalo hermosa túnica del mismo color y materia. Los siervos arrojaban sus cuerpos al paso como si fueran alfombras; los músicos le tocaban flautas al oído; las alquiladas hetairas le quemaban pastillas de perfume cerca del olfato en áureos braserillos, y un coro de farsantes, vestidos de verde y adornados con cintas escarlatas, cantaban todos á una con acompasadísimas cadencias. Así, cuanto se descubría en torno suyo era extraño. Había pintado un perro en la portería con tal realismo, como ahora se dice, que los chicos se asustaban, creyéndose amenazados de mordedura cierta. Junto á esta figura veíase un mercado de siervos con sus respectivos precios al cuello y á Trimalción entrando como un vencedor en él bajo los mismos arcos de triunfo erigidos en honor de los verdaderos é históricos defensores. Un poco más lejos aparecía con su caduceo en la mano, sus alas á los pies, en la cabeza el capacete, disfrazado de Mercurio, que es dios en transacciones y en tercerías. No lejos de allí coronaba con laureles

La Fortuna (Estatua del Vaticano)

al glotón la Fortuna y le tejían la vida con hilos de oro las Parcas sin tijeras. En una gran caja de cristal y piedras preciosas había guardado la barba primera que se afeitara, y en un armario el repuesto de dioses lares que le protegían y amparaban. Excusamos decir que, habiéndose presentado allí de parranda Nerón y sus dos compañeros á holgarse y divertirse, no cesaban un punto en sus risas y burlas cada vez más exageradas por su sentido y más fragorosas por su estruendo.

— Mira — decía Tigelino á Nerón — los siete planetas, los cuartos de luna, los días faustos y nefastos.

— Hoy es fausto para Trimalción y para nosotros nefasto — decía el emperador.

— ¿Cómo nefasto, cuando nos proponemos recrearnos de todos los modos posibles? — Othón preguntó.

— Está en lo justo nuestro camarada — observó Tigelino; — imposible sea día nefasto este de tanto goce y bureo.

Con efecto, un esclavo griego desnudo, semejante á estatua de los primeros escultores, alzábase de pie á la puerta de los estrados y decía con grandes instancias á los recién llegados estas palabras:

— Entrad con el pie derecho.

Un esclavo de Alejandría invitaba á cada convidado á lavarse los dedos con agua de nieve muy fría vaciada desde un aguamanil de plata muy hermoso. Otros lavaban en ajofainas de oro los pies á cada huésped, mondándoselos como diestros consumados callistas. Los de más allá escanciaban viejo Falerno en vasos murrinos. Y todos cantaban á una, formando armoniosísimo coro; pues no había criado en aquella casa que no tuviera, sobre su particular oficio, en debida consonancia con cada oficio respectivo, la mayor destreza y habilidad imaginables en el difícil arte de la música. Trimalción se reservó el sitio de honor que no podía ceder al césar, yendo éste como iba disfrazado y sin la menor insignia recordatoria de su dignidad y de su cargo. Así es que sus dos compañeros y él se tendieron en lechos recatados y retiradísimos, sin que nadie se parara en su colocación y en su sitio, pues aunque todos á una supieron con quién comían, ninguno se daba por entendido, en el recelo de suscitar las neronianas iras, más temibles que cualquier plaga de las muchas existentes en el universo mundo. Empezaron los platos con

aperitivos que consistían en salazones muy provocativas de la sed y en aceitunas verdes y negras muy regaladas; todo ello servido en menesteres compuestos de metales preciosos repujados con el nombre de Trimalción y regulados por diversas formas, á cual más caprichosa ó arbitraria ó bizarra, en remedos de seres materiales pertenecientes á todos los reinos, en que la creación se divide y clasifica, por verdaderas entrelazadas series. Pero lo más extravagante de todo lo allí presentado y sucedido consistió en el paseo dado á Trimalción entre las mesas mientras los convidados abrían el apetito con los ya sabidos excitantes. Llevábanlo en unas andas sobre los hombros y medio tendido, con su cabeza sobre la izquierda mano para dejar á la derecha el desembarazo necesario á los violentos y exagerados y repetidos saludos. Un capuchón de púrpura lo cubría como á un emperador de Asia; bajábale del cuello al vientre una servilleta de seda india; relucíanle las numerosas sortijas de los dedos con relucientes fulgores, y en los brazos esplendían brazaletes de oro y marfil, dándole tales brocados y tan relucientes metales aire de un sátrapa ó de un ídolo asiático. Tras la procesión lo sentaron sobre la sede mayor, y en cuanto hubo engullido los manjares que abrían la cena, varios pregoneros, á cuyos pregones precedían estridentes toques de trompeta, iban anunciando en desaforadas voces los subsiguientes platos:

Pregonero

– Huevos de pavo real – dijeron á voces aquellos extrañísimos heraldos.

– ¿Huevos? – preguntó Tigelino con extrañeza.

– Veamos.

Y los rompieron cada cual dando con ellos en la frente de sus vecinos, broma con la que armaron terrible algazara.

– Mirad, mirad.

– ¿Qué?

– Dentro de cada huevo – refirió Nerón á risotadas – hay un sabroso pajarito, aderezado con salsa de yemas salpimentadas.

– Pues aún es más curioso lo que ahora llega.

– ¿Qué?

– La procesión de siervos nubios.

– Con efecto, hacen muy bien las vestimentas blancas realzando la piel negra.

– Vino de Falerno – gritaban los voceadores, – del consulado de Opimio; es decir, de hace ahora cien años.

– Bebedlo, bebedlo, bebedlo – gritaba con voces más estentóreas que las de su pregonero el buen Trilmación, – que bebéis de lo bueno. Ayer tuve otra cena, y no dí á catar tales néctares, no obstante ser mis convidados de superior calidad á los de esta noche.

Semejante salida de tono conmovió mucho al concurso, mucho, sabiendo todos como sabían que Nerón se hallaba presente. A éste, á Tigelino, á Othón les causó mucha risa la ocurrencia, que no dejaba de tener gracia, siquiera fuese molesta para el emperador, expuesto á tales villanías bajo sus calaverescos disfraces. Pero bien pronto una cosa nueva divirtió á otro lado la general atención. Dentro de medios globos, compuestos por preciosos metales, traían aves asadas, puestas en círculos, cuyos radios estaban ocupados con liebres, á las que se les habían puesto alas postizas para que figurasen ó fingiesen el Pegaso. De cuatro fuentes fluían cuatro salsas multicolores, las cuales iban á dar en cuatro correspondientes pilones, donde nadaban peces cocidos, que se movían y coleteaban cual si estuviesen vivos. Las trompetas, las flautas, los címbalos, las zambombas, los órganos hidráulicos, todos los instrumentos habidos en la casa entonaron una sinfonía fragorosísima, á cuyas cadencias los siervos danzaron en posturas tan violentas y con gritos tan atronadores que parecían locos escapados de sus respectivos encierros. Y concluído este aquelarre, un gran silencio reinó para que Trimalción pronunciase un discurso acerca de las excelencias del festín.

– Mirad – exclamaba el buen anfitrión, – mis dominios son tan extensos que se cansaría un milano volando en línea recta sobre su longitud. Las lanas sobre que os halláis acostados las traje de

Tarento á mi dehesa parthenopea; la miel que gustáis proviene de colmenas donde se han cruzado abejas traídas del suelo ático y abejas romanas; las sedas se han recogido con cuidado tras una siembra de simiente suya encargada en las Indias: todo lo cual me ha costado cahices de sonantes y contantes áureos escudos. Pues nada os digo de todo lo demás. Esta bóveda bajo la cual cenáis está compuesta, como un cielo de Arato, con todos los signos que reune nuestro sol en su triunfal carrera. Y cada signo tiene las calidades por él prestadas con su influjo á cada uno de los bajo ellos nacido. El borrego protege á los ganaderos, el toro á los recalcitrantes, los gemelos á las yuntas y otras parejas, el león á los glotones, la virgen á los cobardes, la balanza por el peso á los carniceros que siempre pesan mal, el escorpión á los envenenadores, el sagitario á los bizcos, el gusano á los taberneros, el pez á los retóricos.

—¡Bravo, bravo! —gritaban todos al final de semejante arenga, subseguida de un trompetazo y de un grito que daban todos con estruendo correspondiente á la fase del monstruoso banquete.

—Cambio de manteles —dijo el heraldo.

—Con efecto —exclamó Nerón, —ahora debe llegar lo bueno, pues representan estos lienzos una montería.

—¿Pues no oyes cómo ladran los perros de Lavinia? —le observó el diligente Othón.

—Ya están aquí —exclamó Tigelino.

—¡Hermosos perros! —exclamó Nerón, acariciando una traílla suelta de lebreles que corrían y ladraban en todas direcciones alrededor de las mesas.

—Pues lo más curioso no es esto, sino el gigantón, ceñido de amplio delantal y armado de cuchilla grande, á cuyos sendos lados vienen dos enanillos con esportillas de palmas, los cuales llevan dátiles de la Siria y dátiles de la Tebaida, seguido por un jabalí de cuyo costado saldrán piando ligeras codornices que rozarán las frentes nuestras con sus alas.

Y el programa se cumplió tal como Tigelino lo anunciara, y á cada convidado le tocó una codorniz represa por los esclavos y dos puñados de las sendas datileras predecesoras del extrañísimo plato.

—Ahora vienen las uvas —dice Othón, —traídas por un esclavo, el cual se viste de Baco.

Y con efecto, un hermoso muchacho, en traje de tal dios, reparte los racimos á cada convidado.

– Amigos – exclama con voz estentórea el anfitrión, – se llama nuestro emperador padre de la patria; yo me quiero llamar padre de la libertad. Por lo bien que distribuyera el siervo las uvas, yo lo manumito: es libre.

Y con efecto, el siervo coge un gorro frigio que llevaba el recién servido jabalí en su cabeza, y se declara liberto entre los aplausos y los hurras de toda la concurrencia.

– Puesto que tanto de libertad se habla, ¿por qué no la pedimos para Roma? – dijo un convidado, volviendo á Nerón sus indagadores ojos.

– ¡Roma, libertad! – exclamó Tigelino hablando por cuenta de Nerón, mas con tal desenfado que diríase hablaba por su cuenta. – Roma no puede generar la libertad como no genera la serpiente anguila ninguna. Vuestros partidos deben ser los blancos, los verdes, los azules del amplio estadio en los arcos: nada más. Es preferible apasionarse por un gladiador que no por cien senadores. A cada uno le parece mal aquello que tiene. Si os hallarais en Atenas, diríais que se pasean por Roma los cerdos tostados y con las salseras para su correspondiente aderezo en el morro. Pero como estáis en Roma, queréis los romanos la libertad, cual si los atenienses vivieran en cualquier Elíseo y gozaran de todos los derechos. Y sin embargo, ¿dónde se dan las fiestas y los juegos que aquí en Roma? Donde hay herencias como las de un amigo mío, el cual recibe millones de millones, y los destina mitad por mitad á juegos, tirando por la ventana cuatrocientos mil sextercios en las primeras fiestas. Ya tiene gladiadores tracios, caballitos bereberes, amazonas á lo celta, y como no hay administrador cual su intendente, gustoso le ha perdonado para que lo compre y lo pague todo bien, magüer haberlo invenido con su mujer en la cama. Ya veis que mi amigo tiene grandísimo el corazón y cálida la cabeza, y sin haber comenzado la digestión del banquete de Trimalción ya me huelo el preparado y apercibido por Mumea. En él soltarán tras los gladiadores tigres y leones, para que amenice nuestro festín de ricos platos otro festín de carne humana. Crecidos los pavos reales para nuestras comidas; engalanados con sus plumas de metálicos esmaltes;

cebada la nubia gallina mejor en los gallineros nuestros que en sus estériles arenales; recibidos de las Galias con los copiosos tributos los capones de mucha enjundia; guisadas con buenas salsas las mismas sacras cigüeñas que se posan en los chapiteles; pescadas en todos los mares perlas á celemines para el ornato de nuestras mujeres; acopiado desde lo más ligero, como las tenues gasas parecidas al aire, hasta lo más pesado, como la esmeralda ó el rubí que lanzan chispas verdes y rojas para nuestro lujo y recreo, no puede, no, dudarse de la virtud del pueblo romano, en cuanto la virtud significa fuerza para ostentar las riquezas y no medir los placeres. Bebamos, gozemos, riamos, porque para esto hemos dominado el mundo y puesto á nuestros pies la victoria.

Este discurso que, bajo sus apariencias ligerísimas y calaverescas, ocultaba una defensa de Nerón intensísima é interesada, fué con tanta reverencia escuchado y de tantos vítores y aplausos luego subseguido como si lo hubiera dicho el mismísimo Nerón en persona. Así, una vez concluído, nadie hubiera osado á robustecerlo con adhesiones por miedo de profanarlo, y mucho menos á contradecirlo por miedo de atraerse cualquier capital sentencia de las fulminadas por los césares á capricho. Así es que reinó un largo silencio, el cual no fué interrumpido hasta que numerosos esclavos de amplios vestidos y largas cabelleras salieron echando perfumes en grandes ajofainas con que lavaban los pies de aquellos sibaritas convidados y cubriéndolos de flores en tanto número que parecían mantas pesadísimas y de tal calidad que todo lo perfumaban á una con sus diversos y penetrantes aromas. Tras tales cuidados, el suelo parecía como animarse y moverse al sacudimiento de las orquestas sobre él encerradas; las paredes cubrirse de nuevas figuras como si un artista consumado trazara cuadro tras de cuadro, y las bóvedas abrirse lloviendo menudas gotas de un rocío aromado que parecía como una lluvia de rosas. Después de haber limpiado los pies y cubierto de flores los cuerpos y ceñido las sienes con coronas de azafrán, realmente sólo una cosa quedaba por hacer: echarse á dormir un rato tras la comida, como antes de la comida se durmieran. Y se durmieron... Pero en cuanto se despertaron, alegres y retozones todos, sintiéronse dispuestos á placeres nuevos é idearon oir contarriñas que recrean y distraen el ánimo. Así con

efecto fué, y un grande narrador, Eumolpho, muy popular y muy gustado, contó lo que sigue acerca de la insconstancia en las mujeres nativa. Penetradísimo de que sus oyentes conocían todas las viejas historias del mundo, de manos dió á todas estas, y se puso á referir sucesos de aquel tiempo suyo, cuya certeza podía demostrar con testigos numerosos. Oigámosle.

—Vivía en Éfeso una dama noble, verdadero modelo de virtud, cuyas prendas no sólo se apreciaban en la ciudad donde habitualmente vivía, traspasaban los límites mismos de ésta é iban sobre los ecos del universal renombre á esclarecer todas las conciencias y á edificar todas las voluntades con la enseñanza de los buenos instructivos ejemplos. Casada con un hombre de su predilección, vivió en los castos amores del matrimonio, y jamás osó, jamás, volver los ojos hacia otro hombre, compañera fidelísima de quien la escogiera por mujer y la tratara como una diosa. Mas como las dichas pronto se tornan desdichas, esta mujer ejemplar se halló un día viuda de aquel que la sostenía en la virtud y le ayudaba con su amor á las buenas y vivas enseñanzas. Lloróle amargamente. No se satisfizo con llorarle la viuda, le acompañó á la última morada. No se contentó con acompañarle: después de haber llorado á gritos y mesádose los cabellos con violencia, encerróse dentro del columbario, panteón, mausoleo, como queráis, donde se guardaron los amados restos, y allí quiso aguardar la muerte, á cuyo golpe debía juntarse con el malogrado marido en otro mundo mejor. Centinela devotísima de tales restos, pasaban sus días entre lágrimas y suspiros, las noches entre insomnios y sueños. Artemisa se quedó bien pequeñita delante de aquella mártir, prototipo de una fidelidad superviviente á la muerte misma. Hermosa, joven, vívida, se había enterrado como un cadáver, en su odio á una luz que no esclarecía y vivificaba al marido llorado. Sólo una de sus doncellas la acompañaba prestándole auxilio en plañir á voces, cuando se agotaban sus fuerzas, la sentida muerte, y en reatizar y realimentar las lámparas cuando sobraba pábilo y faltaba aceite. Fueron su padre y su madre á sacarla del fúnebre hogar y no pudieron alcanzarlo. Ordenaron la salida los magistrados y no se cumplieron sus órdenes. Por espacio de cinco días y cinco noches ya, la joven y hermosa viuda sólo había dado signos de duelo perdu-

rable y sólo había dejado entrever propósitos de un anticipado enterramiento voluntario. Los muchachos, cuando requerían de amores á sus novias, rogábanlas que les amasen como aquella incomparable Artemisa quería al idolatrado marido, y en los mismos castos matrimonios se deseaban unos á otros los esposos igual fidelidad á la mostrada por aquella muerta viva. Mas en tales días necesitaba el gobernador ejecutar unos bandoleros, y teniendo que crucificarlos según sentencia firme, los crucificó cerca del triste lugar donde se levantaba el mausoleo en que la viuda plañía su llorado esposo, tendida sobre aquel yerto sepulcro. Era la noche subsiguiente á esta crucifixión, y se quedó un soldado á velar los cuerpos allí enclavados para que no se los llevasen, pues acostumbraban los deudos, parientes, amigos de los así castigados, á desprenderlos del madero, enterrándolos piadosamente con verdadero culto. Vigilantísimo el centinela por obligación, paseábase para no dormirse y dejar en el sueño inobservada la consigna, cuando vió un resplandor y oyó un gemido que salían del cercano mausoleo. Arrastrado por la curiosidad, entra con resolución en el fúnebre monumento, baja precipitado las escaleras y queda inmóvil ante una mujer bellísima, iluminada por las lámparas funerarias y parecida en aquel sitio á los manes de maravillosa hermosura venidos desde el otro mundo á éste. Mas bien pronto vió que no se trataba de ningún ser sobrenatural y aparecido, sino de una mujer hecha y derecha, que allí se mesaba los cabellos y se partía los pechos doliéndose y quejándose de su prematura viudez. Penetrado de la verdad, púsose á consolarla como pudo, diciéndole todas aquellas cosas de cajón en tales casos acerca del tributo pagadero por todos á la muerte, el cual tributo no estamos en situación de adelantar con precipitaciones é impaciencias inútiles, sino de recibir con resignación cuando se nos acabe la vida de verdad. No escuchó la viuda tales reflexiones, que creía vulgares, y tanto más lloraba cuanto mayores y más redoblados parecían los súbitos consuelos. Pero no desistió por esto el soldado; y como tuviese un buen caldero y un excelente porrón, bajó con aquellos menesteres al sepulcro, convidó á las mujeres viuda y compañera, espoleándolas con estos convites la gana, pues todo aquello trascendía de veras á gloria. Empezó por flaquear la doncella, menos afligida y más

desmayada que su señora, dándole así el humillo exhalado por la olla como el tufo exhalado por la botella un apetito de pan y trago vencedor del propósito suyo, análogo, en la natural medida, con el hecho por su ama de honrar con todos los extremos imaginables al amadísimo difunto. Así, dejando que la rogaran un poco y creyéndose á claudicar autorizada con las negativas y las resistencias de algunos minutos, á la postre cedió, y muerta más de hambre que de pena, entre pecho y espalda embauló aquellos sabrosos manjares, todos ellos rociados con un vinillo devolvedor de su tranquilidad al cuerpo y de su animación á la sangre. Por todo lo cual, sintiéndose con lo tragado muy satisfecha, después de relamido y regodeado cuanto tragara, convirtió hacia su señora la natural atención, y le recordó con empeño los derechos y exigencias de la vida que mandan el muerto al hoyo y el vivo al bollo en todas partes y en todos tiempos. Desde los senos de la eterna noche no puede una sombra exigirnos que nos convirtamos por ella en sombra también, cuando tanto tiempo hemos de tener para pasearnos todos en compaña y amor allende la tumba. Estas reflexiones de la compañera en plañidos y duelo con el contagio de los apetitos ajenos, cuando se presencia su regalada satisfacción; los vapores del vino con los tufos del guisado; especialmente las chispas lanzadas por los ojos del mílite, muy encandilados con la hermosura de tan sabrosa viuda, cuyos lamentos indicaban vivo deseo del recobro de dichas recién acabadas, deseo despertado por voluptuosos recuerdos, ú otras causas, comenzaron á cuartear la fortaleza defendida tan sólo por algún que otro repulgo de empanada, más excitante que resistente á la verdad. Así, mientras la doncella tentaba con frases al ayuno estómago de la viuda, tentaba el soldado con miradas al ayuno corazón. Ni uno ni otro apetito dejaron de ceder á tales tentaciones, pues la viuda rogó á su compañera que la dejara sola y fuese al pueblo para visitar el hogar mientras ella velaba el cadáver. No lo echó en saco roto el mudo requeridor, y haciéndose el descomido, y dándose por no enterado de la notificación, acompañó hasta cierto trecho á la criada, con pretexto de dar un vistazo á sus crucificados; y enteradísimo de que cada cual estaba enclavado en la correspondiente cruz, no habiéndose cosa ninguna he-

cho por sus parientes para desenclavarlos, se volvió tan campante al mausoleo con guisado nuevo, copioso vino y resuelto amor. Ya solos, viuda y soldado cenaron á sus anchas, trincando á maravilla, con todo lo cual metieron el llorado difunto en la más honda de todas las tumbas, en la tumba del olvido. Así, nada más fácil que mujer tan bien regalada, tras la satisfacción de su hambre y la satisfacción de su sed, sintiera en aquella soledad, á virtud y por obra de los mismos recuerdos cultivados en su duelo, deseo vivo de otras satisfacciones prometidas por los ojos encendidos y los labios vibrantes y los roces continuos con su cuerpo á la descuidada del soldado enamoradísimo, y tan fuerte y tan guapo y tan sano de suyo y tan dispuesto á las grandes sensaciones como el ya sobradamente plañido esposo. Los escrúpulos que había sentido la requerida y las resistencias que había encontrado el requirente no hicieron sino acelerar la rendición. Era casi media noche; y después de haberse tal guardián cerciorado, para entregarse con mayor libertad á sus goces, de que los crucificados estaban en su crucifijo, metióse dentro del mausoleo, cerró la puerta, y cogiendo entre sus brazos á la viuda y á besos comiéndosela, convirtió en templo del amor tal templo de la muerte. Pero no hay como descuidar las obligaciones por los placeres para que seguidamente se toquen de tamaño proceder las indeclinables consecuencias y venga el consiguiente castigo á flagelar todo criminal descuido. Después de haberse hartado, y aun dormido el hartazgo, acordóse aquel satisfecho guardián de que algo muy importante guardaba, y sin que rayase aún el alba, fuese á vigilar sus cadáveres, con ánimo de que le sobrecogiera el nuevo día en nuevos transportes. Pero apenas saliera cuando tornara, dando tumbos como si le hubiesen herido, con sus manos á la cabeza y demudado el rostro. Le habían robado un cadáver por la falta de celo dimanada de la sobra de amor, y con aquel robo le habían robado la vida, pues pena de muerte irremisible infligían las leyes á su descuido. Alarmóse muchísimo la viuda, que había encontrado aquella criminal noche de boda ilegítima excesivamente superior á la santa noche de boda legítima, y por nada del mundo se quería separar de quien así la regalaba. Pero ¿qué hacer? Conforme clareaba la riente aurora próxima, ¡oh! anochecía el alma de tan sufrido guardia. «Si fuera yo un criminal, decía, matara el

primero que pasase de madrugada por estas sendas y ponílo en la cruz; mas, á fuer de honrado, no me queda otro remedio sino matarme.» Y sacando la espada, clavó su empuñadura en el suelo para echarse sobre la punta. Pero la viuda, como sobrecogida por una idea feliz, le apartó de la muerte, diciéndole que tomara el cadáver de su marido para la vacía cruz, en la certeza de que, no yendo nadie á reclamarlo, podía consagrarse al placer. Y enclavado el muerto, volvieron á las andadas, y gozaron sin cuidado alguno de su inesperada dicha.

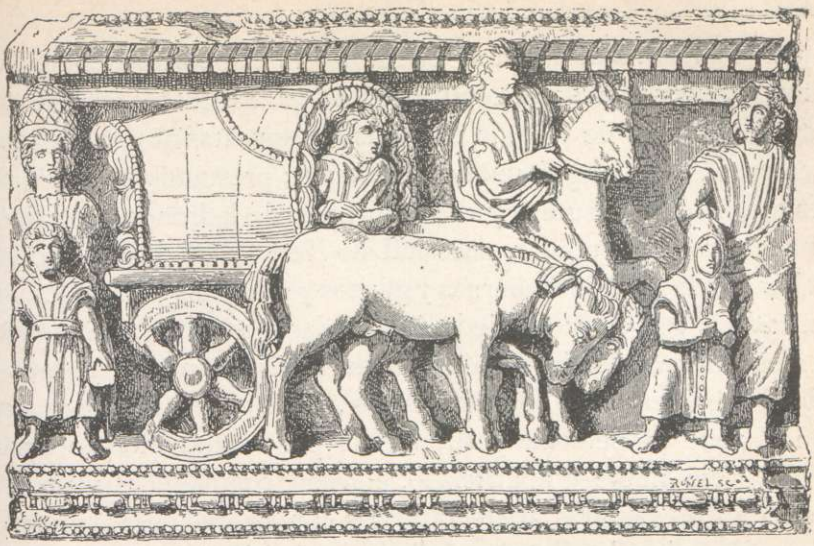
Tales cosas delante de Nerón se contaban entre los vapores de las orgías y los incendios de la carne y de la sangre. Aunque disfrazado, todo el mundo le veía tras el disfraz; y aunque de incógnito, como decimos ahora, todo el mundo lo conocía. Y como todo el mundo lo conocía, extrañaba todo el mundo que dejase decir á Eumolpho cuanto le pedía el gusto y no tomara parte alguna con sus propias recitaciones en aquella especie de fiesta literaria que había sustituído á la fiesta orgiástica. La complexión de las personas pocas veces llega en el mundo á desmentirse, y Nerón ardía en deseos de añadir algo á cuanto dijera Eumolpho, y añadirlo como cosa de su propia cosecha. Insinuólo así á los dos compañeros, y como estaban ambos allí para servirlo y el público no tenía más remedio que complacerlo, á una señal convenida de antemano con Trimalción, alzóse tranquilo el emperador, obligado por los reclamos de aquellos circunstantes, que le llamaban, como á un actor en el teatro, bajo supuesto nombre, á la declamación ampulosísima en verso y prosa, entonces de verdadera moda. No se lo dejó Nerón decir dos veces, y levantándose sin más respeto á sí mismo que un supuesto nombre y un revelador disfraz, comenzó á decir cuanto le pasaba por las mientes á roso y belloso, sin ton ni son, embriagado por las risas y por los aplausos que enloquecen y acompañado por una música griega muy suave y melodiosa que le prestaba la engañosa ilusión de hallarse allá en Atenas, entre coros y espectadores de una verdadera y brillante selección artística. No puede, no, referirse cómo Nerón divagaba en esta suerte de festividades y cómo decía cosas inconexas, flaco de suyo, no sólo en inspiración, hasta en memoria. Oigámosle; y sólo así, oyéndole, podremos formarnos idea clara de sus vaguedades en la expresión del pensa-

miento, muy parecidas á las indeterminaciones en el ejercicio de su voluntad, vaguedades é indeterminaciones recrudecidas en la situación que por aquel momento atravesaba, entre las insinuaciones de Agripina para que asociase Británico al trono y el intento suyo de inmolar á Británico.

—Cuanto habéis dicho y hecho en mi presencia, pobre poeta y músico, hame concitado á cantar el amor. Cantándolo, imito á los dioses, quienes, en sentir de nuestro maestro Epicuro, celebran en el reposo de su Olimpo la voluptuosidad. ¡Oh Priapo! Compañero de las ninfas que van por las campiñas convidando con besos y camarada de Baco; hijo de Venus que te ha con la vida infundido todos sus ardores; protector de aquella isla de Lesbos, en cuyas aguas apagó Safo su cuerpo voluptuoso como pudiese apagarse una brasa en un lebrillo; legislador divino de la verde y regocijante Thasos; tú, rey de nuestros frescos bosquecillos, que recibes y aceptas en Hypepe la mirra é incienso quemados por los lidios junto á tus narices, oye mi voz, atiende á mi súplica y dame fuerzas, pues me hallo como aquel á quien quitaste la posibilidad de amar por haber malherido á su padre que le manchó con su sangre y profanado los altares en que te debió presentar ofrendas y plegarias: no me flaquea el corazón, enamorado siempre; otro inefable órgano de mi cuerpo me flaquea, y para que lo prosperes te ofrezco una libación sacra de hidromiel divina, un cabritillo de dorados cuernos y una oda como estas que sabrán envidiarme y aprenderse los primeros poetas. Yo puedo arrancarle sus brillantes vestiduras á la Naturaleza; volver á su fuente los ríos, si me place, y apagar con un soplo los astros como las luces de este festín; hacer que vengan los tigres á lamerme como corderos las manos y los buitres á regalarme como ruiseñores los oídos; convertir los huracanes en aurillas y los océanos en estanques; hacerme del cielo azul un circo y de la luna un argénteo carro; convertir los filtros de Circe la encantadora en venenos y apagar el sol en desiertos de cenizas, ¿y no podré renovar mis fuerzas para los goces del amor? Ayúdame, ayúdame porque siento una voluptuosidad tal en todas las fibras y moléculas del cuerpo mío, que de buen grado llevaría la Naturaleza entera sin escrúpulo á mi lecho, para convertirla en mi esposa y gozarla con todo mi ser.

Biblioteca de Andalucía Granada

Y tras tal esfuerzo de anhelo erótico, Nerón cayó de espaldas sobre su lecho como un borracho, roncando con los ronquidos de una brutal embriaguez y estremeciéndose con los estremecimientos de una violentísima epilepsia. Tigelino y Othón, después de haber consultado sus relojes y visto que aún era obscuro, antes de que la cercana luz del próximo día revelase á los romanos en qué su emperador consumía las noches, lo metieron, como una res, en la litera y se lo llevaron al Palatino. Así pasó la neroniana cena del célebre Trimalción.



CAPÍTULO VII

PROYECTOS DE BODAS

Después de haber los tres camaradas respectivamente dormido la mona que tomaran cada cual en la cena de Trimalción, nuevamente á las doce horas no cumplidas se congregaron, anhelosos de recomenzar sus hazañosas noches. Poco á poco Nerón se había ido cansando del filosofar eterno de su maestro Séneca y del pomposo componer de su compañero Lucano, decididos á resucitar bajo el imperio una virtud con el imperio tan incompatible como la virtud republicana, inclinándose por impulso de tales desvíos al bajo Tigelino y al noble Othón, especie de terceros, por cuyas maniobras alcahuetescas, perdónese la palabra, pues no hay otra más expresiva en el idioma castellano, recogía todos los placeres posibles en la cima y en la base de aquella sociedad: que nadie tan de intermedios y de intermediarios necesitado cual un emperador. Aquellos dos personajes no tenían pero. Adúltero Tigelino con Agripina; expulsado de Roma por Calígula; entre bandido y pirata en Calabria; reintegrado merced á cohechos facilitados por una inesperada herencia en la ciudad; chalán en los mercados de bestias; cabeza

de una exaltada facción en el Circo, donde disputaban verdes con azules y azules con rojos; compañero de gladiadores y acróbatas y cómicos; jugador de ventaja en todas las apuestas que se cruzaban á millares en los juegos públicos romanos; prestamista de los nobles arruinados y usurero y estafador; jefe de ladrones y asesinos; pendenciero y estuprador, necesitábalo Nerón para que celase con sus bandas de perdidos tabernas y garitos y zahurdas y burdeles, imponiendo el respeto y el miedo á su poder y autoridad en las pestilentes cloacas donde se amontonan todas las podredumbres y todos los excrementos sociales. Othón, el otro camarada, era también el vicio en persona; pero el vicio por lo alto, el vicio por lo fino, el vicio noble y apatriciado, el vicio completo, el vicio con asiento en las cámaras aristocráticas y con aspiraciones al imperio, quien sólo bajo Claudio, tras Augusto, se había visto libre de vicios y viciosos. Palacio comparable al del Palatino, cenas babilónicas, lujo inverosímil, caballos como no los tenía ningún otro noble, derroche fabuloso en fiestas y en juegos: he ahí los prestigios del depravado joven Othón á la estima en que lo tuvo y á la privanza que le concedió desde los comienzos de la dominación suya el joven y depravado césar. Los proyectos de éste, ahora, en la sazón de tales incidentes como los que vamos refiriendo, dividíanse por su orden de prelación en los siguientes: emanciparse de Agripina, matar á Británico, prescindir de Séneca y Lucano, reganar el amor de Acté ó por lo menos la sumisión de ésta nuevamente á sus caprichos, tomar á Popea por mujer efectiva en caso de que Acté continuara en la intratable castidad sugerida por su ingreso en no sabía Nerón cuál secta, y arrinconar en el Palacio á Octavia sin quitarle sus títulos honorarios de mujer legítima en su casa y de emperatriz reinante sobre su mismo trono por miedo al Senado y al ejército. En todas estas infames perniciosas empresas necesitaba el emperador de sus dos compañeros con grandísima necesidad, pues los dos y únicamente los dos eran capaces de subir hasta los desvanes palatinos donde se aderezaban en alquimia diabólica por manos de Locusta los venenos y descender á las letrinas donde yacía y pululaba la más repulsiva y asquerosa demagogia. Por consecuencia, con tales dos confidentes y ministros de sus vicios, cual otros lo fueran de su política, el emperador creía tener á Roma en

la palma de su mano y arbitrariamente disponer á su antojo de toda la ciudad. Para comprenderlos es lo mejor oirlos á la tarde siguiente de la orgía que ya conocemos, y de cuyos incidentes hemos callado muchos contenidos en las diversas historias por el debido respeto á nuestros lectores y á nosotros mismos.

– ¿Qué tal se ha dormido? – preguntóles á uno y otro Nerón.

– Perfectamente – dijeron ambos.

– Vosotros tenéis menos motivos de inquietud que yo, y por ende, podéis dormir á pierna suelta. El insomnio de las noches me aumenta la irritación que me traen los cuidados del día, en términos de tener que levantarme y andar á tontas y á locas por todas partes en guisa de furioso dementado, á quien sobrexcitan y exaltan los insomnios en las largas veladas y los ensueños en los largos sueños. No queráis nunca llegar á césares, aunque os presentaran el don de rodillas todos los pueblos del universo. No sabéis lo que es bueno.

– Vamos: cuéntaselo eso á tu abuela – díjole Tigelino con la bárbara familiaridad y el chalanesco lenguaje propios de su temperamento y de su oficio.

– Aunque no tuviera otra ventaja el imperio que las facilidades por él prestadas, así al aquistamiento de los placeres como al logro del oro, cosas ambas apetecidas de todos, valdría lo que cuesta – dijo al césar el noble Othón en primoroso lenguaje, propio de su cultura y de su casta.

– ¿Los placeres? ¡Bonitos placeres! – Nerón replicó. – Os daría yo á pasar los mandatos de Agripina, los sermones de Séneca, los versos de Lucano, la competencia de Británico, las negativas al amor de Acté, la proximidad repugnante y odiosa de Octavia.

– ¡Buena jera! – exclamó Tigelino. – ¡Ya me molestarían á mí tales cosas! A otro perro ve con tal hueso. Te pasa todo lo dicho porque quieres. De un puntapié derribaría yo esos obstáculos, de un puntapié. Y luego, que me soltaran un galgo. ¿Quién pone puertas al campo?

– Está en lo justo, á la verdad, Tigelino – añadió por su parte Othón. – Diciendo Séneca en toda clase de tonos á quien quiere oirle que se identifica todo césar con los dioses en el poder de dispensar la muerte y de transfigurar y enaltecer matando á los mis-

mos que mata y sacrifica, no vaciles en matar y sacrificar á cuantos te molesten.

- ¿Quién te lo impide? ¡Cuitado! – decíale á Nerón su Tigelino. – Difúndele por las venas á Británico una pastillita de Locusta. Degüella, como en matanza cualquier cerda de peso, á tu madre Agripina. Libértate de Octavia como te plazca. No hay derecho á desobedecerte ni en los pueblos á murmurar de ti. Haz aquello que te convenga sin mirar la cara de nadie.

– ¡Con qué facilidad se dicen tales cosas y con qué dificultad se hacen! En el manejo de las mixturas locustescas precisa proceder con tino, pues corre uno riesgo de matarse á sí por matar al prójimo. Mi hermano cuenta con una parte considerable de las legiones pretorianas y con una parte considerable del Senado mismo, amén de la protección que Agripina le dispensa hoy, tratándole, no como hijastro, como hijo de su adopción, en odio al hijo de sus entrañas. Por lo tocante á la feroz Agripina, persíguela y verás cómo los hoy enemistados con ella se ponen á su devoción y la siguen á una en su guerra, ya declarada contra mí. No hablemos de Octavia: el mujerío romano, por depravadísimo, ampara todas las esposas que cree fieles, y hace tanto más aprecio de la virtud cuanto menos posee tan preciado tesoro. No hay desesperación parecida en el mundo á la proveniente de un estado como mi estado: todo el mundo te dice omnipotente, y cuando vas á ejercer tu omnipotencia, todos cuantos han de secundarte se llaman Andana, y todos cuantos han de obedecerte se rebelan, usando mayor ó menor hiprocresía, pero sin ceder en su desobediencia, no importándoles una higa tus reconvenciones, con tal que no lleguen al castigo. Necesitas enseñarles el palo, como necesita el domesticador enseñar á las fieras su botón de fuego.

– ¿Qué medio imaginas tener para realizar tu pensamiento y cumplir tu voluntad? – le preguntó á Nerón Tigelino.

– Son los pensamientos – dijo Nerón – en tan excesivo número, que ignoro sobre cuál habré de fijarme.

– Fíjate – díjole Othón. – Cuando hay muchas cosas en que pensar y muchas que hacer, nada tan dañoso como la indecisión y la perplejidad.

– El corazón tira de mí más que la cabeza – observó Nerón.

– Y algunos órganos inefables tiran más de ti aún que el corazón – díjole Tigelino.

– Me hallo muy perplejo.

– ¡Dale con la perplejidad! Pues te repito mi advertencia: en el trono es la resolución lo primero, el ejercicio de la voluntad.

– ¡Si me hallo entre dos amores!

– Imposible – dijóle Othón.

– Y me muero de amor – añadió Nerón.

– Como se murió de hambre aquel burro de marras entre dos piensos – díjole Tigelino.

– Quien gusta y goza de muchas mujeres, á la postre ama á una sola – díjole Othón.

– He ahí mi caso. Yo en realidad amé siempre á la infeliz Acté.

– Así lo creo yo – dijo Tigelino.

– Pero se subleva contra mi amor, pues diz le prohibe amarme no sé cuál secta, de la que nunca con claridad habla.

– No le ha picado mala mosca – exclamó Tigelino.

– Será una de tantas sectas judías como pululan por todas partes.

– He agotado mi elocuencia para persuadirla con todas las frases imaginables á perseverar en su amor. Díceme que le han echado no sé cuál agua mágica por la frente, á cuya virtud se halla impedida de amarme, si no con el pensamiento, con el recuerdo, con la idea, con el alma.

– Tiene todo eso mucha gracia por lo extraño – exclamó Tigelino.

– ¿Y te conformas con ese pago en frases á tu violento amor? – preguntóle Othón.

– ¡Pues no he de conformarme!

– Vaya, no te creo – dijo Tigelino.

– ¡Cómo! ¿No me crees?

– Ahí te quiero ver de césar. Mándale como súbdita tuya lo que pretenda negarte como manceba.

– Le mando y me dice que prefiere la muerte á rendirse.

– Y tú ¿qué haces? – preguntóle Tigelino.

– ¿Yo?

—Sí, tú, ¡Nerón!; tú, césar; tú, el todopoderoso; tú, el divino; tú, el omnisciente; tú, á quien Júpiter envidiaría, según el poder y la riqueza tuyas, ¿qué haces?

—Tienes razón en preguntarlo Tigelino—le observó con insistencia Othón.

—Pues yo me rindo á su voluntad como un siervo—dijo el emperador sin rebozo.

—¿De veras?—preguntóle Tigelino, riéndose á todo reir de la castidad del césar.

—No sabes qué poder tienen sus frases. Habla de cosas extrañas y celestes como no hablaron los más inspirados filósofos. Cuando se yergue, diríais que tiene á sus pies una peana de diosa. Fija en lo alto la mirada con un arrobo que apaga toda voluptuosidad en seguida y adormece los sentidos como con dulce beleño. Yo descubro en aquellas sienes un radiante nimbo que creo el místico luminar de otros cielos y de otros mundos y de otros astros, en todo sublimes y superiores á los nuestros. Cuando habla de la muerte, da gana de morirse. Cuando promete un amor eterno allá en un infinito etéreo, allende nuestras sepulturas de piedra y barro, espera uno tal felicidad celestial con toda paciencia y déjase uno engañar como cualquier niño. Mil veces he salido de casa, resuelto á imponerle mi voluntad, aguijoneado por el recuerdo de goces sensuales indecibles sentidos en sus brazos y por la esperanza de renovarlos, llevado sobre la impaciencia del deseo hasta una extrema violencia. Ponía en mi voluntad alas. Decíame á mí propio que una débil mujer no podría resistirse al mandato y al imperio de un varón fuerte como yo. Reargüíame de cobarde y de afeminado. Estiraba los puños para probar su fuerza. Tocaba y retocaba los músculos. Decíame que podría deshacerla en ellos con mis brazos. Pensaba en devorarla dentro de la hoguera voraz del amor mío. A medida que me acercaba, crecía el deseo y se sublevaba el ánimo contra todo aquello que pudiese, no ya burlarlo para siempre, detenerlo un minuto. Creíame capaz de dar la muerte ó recibirla por amor, creíame capaz de morir ó matar. Mas entraba, y no había llegado al dintel de su habitación y entrevístola, cuando había cambiado de propósitos, sintiéndome incapaz de cumplir los antes acariciados con tal empeño. Aquella figura tomaba un

aspecto superior á lo natural y sensible; aquella su actitud no solamente á pureza de suyo trascendía, prestábala con su apostura y con sus gestos indeliberados é inconscientes á los demás; aquella mirada dividía en dos vuestro ser, sintiéndoos como dominados por el alma que cogía en su poder vuestros sentidos y os los arrebataba sin remisión; aquella voz dejaba un eco tan dulce y extraño en nuestros oídos como una música sobrehumana, celeste, increíble, dando todo ello por resultado una enajenación del sentido y un predominio del pensamiento que deshacía vuestra propia complexión y os transportaba como á otra naturaleza cuasi divina. Yo lo confieso: Acté que despertó en mí á los comienzos de la vida, cuando yo era un muchacho, la primer voluptuosidad por mí sentida y el primer impulso á los goces de un amor sensual, ahora me apaga los sentidos y no hay medio de poseerla como antes la poseyera, ni de amarla como antes la amara. Y luego no quiero deciros cuanto dice, no quiero. Ignoro quién le ha enseñado cosas tan extrañas. Ninguna de nuestras mujeres puede compararse á ella en arrebatos de sentimiento y en elocuencia de palabra. Dos amores la poseen, el amor á un Dios, que llama ella único, cual sabéis que le creen los judíos, y el amor á la humanidad, en cuyo bien quisiera la infeliz á cada instante ofrecer su vida y sacrificarse. De poder el mundo seguir el camino que le señala ella, daría con seguridad en el cielo y habríase acabado para siempre la guerra y con la guerra el mal. Por todas estas cosas me saca de tino y me sumerge en éxtasis y arrobo celestial, consiguiendo una victoria de la cual yo, el vencido, no puedo á mí mismo darme cuenta; la victoria sobre mi cuerpo y mi sentido en tal manera decisiva, que yo ante sus pies me desciño y me despojo del cuerpo y pierdo y mato el sentido.

– Vamos, hablando en plata, la oriental te trueca en uno de aquellos infelices que guardan los palacios de su tierra y que sirvieron de ministros y de secretarios á los jefes y monarcas de Persia y Egipto – dijo el chalán.

– No tengo empacho alguno en repetírtelo: me quita con su presencia toda sensualidad Acté, y me paraliza con su palabra los sentidos.

– ¡Fenómeno graciosísimo! – exclamó el sagaz Othón.

– Pero sólo me sucede con ella esto. Así, tras el embargo fugaz de mis facultades hecho por su presencia, torno á despertarme con más autoridad, la cual me impele á una pasión extraordinariamente despótica, que ha concluído por enseñorearse de todo mi ser.

– ¿Cuál pasión? – preguntaron á una los dos favoritos.

– La pasión por Popea.

– ¡Popea! – dijeron admirados uno y otro.

– Sí, mil veces os lo dije.

– Pero nunca creímos que la tomases tan á pechos – díjole Tigelino.

– Considerábamosla como un pasajero capricho, como una de tantas ligeras sensaciones cual sacuden tu cuerpo y pasan por tus fibras – observóle Othón.

– Pues no lo creáis: mucho de grave y serio encuentro en ella, y desahuciado por Acté, no pudiendo vivir sin una compañera que me ayude á sobrellevar la vida, redúzcome á poner toda mi felicidad futura en que Popea me corresponda y junto á mí esté toda la vida.

– ¡Popea! – murmuraba Tigelino.

– Sí, Popea, la hermosa hija de aquel célebre Lolio, que fuera ministro de Sejano, como Sejano ministro de Tiberio – díjole Othón al césar.

– ¡Justo! – añadió Nerón.

– Creed – continuó diciendo el noble Othón, – creed que no ha robado á nadie su hermosura, la hereda. Su madre resplandeció entre las mayores bellezas en la corte de Claudio. Y una vez que la miró éste con ojos de codicia, Mesalina, celosa, no del amor, del trono de su esposo, la mandó matar. Temblaron los verdugos al troncar con sus hoces una flor tan tierna y tan preciosa.

– Justo, justo, justo – decía Nerón.

– Así la hija dejó los nombres de sus padres para tomar los nombres de sus abuelos. Y se llama Popea de Popeo, un general que mereció los honores del triunfo, recuerdo muy prestigioso de suyo y muy preciado entre los nobles de la romana sociedad.

– Estás enteradísimo de todo cuanto á Popea se refiere – díjole Nerón á su camarada, no sin cierto dejo de malicia sugerido por cierto asomo de celos.

– Como todos estamos inscritos en la clase patricia, todos nos conocemos unos á otros de antiguo – díjole Othón, cayendo un poco en que había mostrado la hilaza de sus preferencias; pues, con efecto, habíase á su vez enamorado de Popea, siquier lo callase cuidadoso, conociendo como conocía el corazón de su coronado amigo, por miedo á la muerte.

– ¿Conoces alguna mujer que le aventaje aquí en gracia y en inteligencia y en hermosura? – preguntábale Nerón al convencido compañero. – Noble, nadie luce cual ella sus calidades patricias, ostentándolas con brillo mayor por los cuidados puestos para ocultarlas sin humillaciones de un lado, y de otro lado sin falsas y engañosas modestias; rica, todo cuanto la rodea tiene aquella estabilidad que presta lo sólido sin exclusión alguna de aquel brillo que presta lo etéreo y luminoso; hermosa, con una mirada de sus ojos despierta los sentidos en mí como nunca se despertaron y centuplica el incendio de la vida mía; sabia por su brillantísima educación, jamás la he visto caer en aquellas petulancias de que adolecen las literatas nuestras, ni dejar de darle á sus ideas el carácter femenino que tanto realza el saber de las mujeres talentudas, saber sobrio, reservado, sencillo; vamos, una joya verdadera.

Mientras el emperador loaba con tales encarecimientos á Popea, mordíase los labios Othón, si bien refrenándose todo lo posible para no mostrar una rivalidad y una competencia las cuales de seguro hubieran podido costarle la vida. Todo se le volvía dominar los nervios que le saltaban como cuerdas demasiado tirantes; volver al pecho suspiros que del pecho huían veloces y en tropel; apagar los ojos en cuyos centelleos relampagueaba una pasión mal reprimida por dentro y peor disimulada por fuera.

– Popea, Popea, Popea – decía Tigelino. – Supongo que, habiéndola querido tú, habrás tomado ya posesión de ella, Nerón.

Al oir esto no pudo reprimir un afecto de cólera intensísimo el noble Othón, herido en el alma, presa de un amor á Popea que no cedía en intensidad al amor de su coronado amigo.

– No lo creas, Tigelino – replicó el emperador, – aspiro á Popea, no la poseo.

Al oir esto, los ojos de Othón brillaron de veras con suma felicidad; el pecho se desahogó en suspiros de gran fuerza; y la neu-

rosis, que le hacía estremecerse y temblar, llegó á serenarse como si le hubieran dado un verdadero calmante. Pero Tigelino, empeñado en hacerse á tontas y locas el gracioso y echárselas de bufón, expresóse de la siguiente manera deslenguada con respecto á la mujer en general de Roma.

—Serían castas las mujeres allá cuando vivía Saturno, y nos alimentábamos de bellota recogida en el suelo, y nos escanciábamos por todo licor el agua posada en el hueco de la mano, y nos vestíamos con las fibras de los vegetales, y habitábamos en el seno de las cavernas. Ahora todos ponemos el correspondiente sitio al tálamo ajeno y todos codiciamos la mujer del prójimo. Tengo hecho voto de consagrar á Juno un cabrito con cuernos dorados, en el templo de Júpiter Tarpeyo, el día que halle una matrona púdica. Con mayor facilidad se resignarían á tener un ojo solamente que á tener solamente un hombre. Y no importa preservarlas en los montes y recluirlas en las grutas. Cuando no tengan de quien echar mano, enamorarán al montañés Júpiter y al grutesco Marte, aunque los hallen viejos y exhaustos. A ellas les gustan los pantomimos, á ellas los acróbatas, á ellas los titiriteros, á ellas los cómicos, á ellas los gladiadores, todos, menos sus respectivos esposos.

—No digas eso, Tigelino—exclamó el césar,—no lo digas con motivo y ocasión de Popea. Ninguna tan bella, pero ninguna tan decente. Así no quiere, no, entrar en lecho que no esté legitimado por nuestras instituciones, ni habitar hogares que no estén por las leyes marcados. No tienes más que pararte ante su pórtico y lo verás ornado con los bustos de sus mayores; no tienes más que mirar los bustos de sus mayores y los verás enaltecidos por sus respectivas virtudes.

Othón expresaba en su rostro, mientras el emperador decía todas estas cosas, bien extrañas emociones: de satisfacción, viendo tan bien defendida la mujer que amaba; y de celos, viéndola también tan amada.

Pero no advertía cosa ninguna Nerón, en la seguridad completa de que nadie podía ser osado á poner los ojos donde los pusiera él, y no sospechaba cómo las palabras de Tigelino herían á un mismo tiempo en aquel minuto dos corazones.

—Con esos trofeos lo que recuerdan, ¡oh césar!, no es tanto

las virtudes que les han transmitido con la sangre como las herencias que han encontrado en las arcas – replicó Tigelino.

– Calla, deslenguado, no insultes así con tu demagógica lengua, no las insultes á nuestras abuelas. Serías capaz de negar la virtud y el mérito de Cornelia, la madre de los Gracos, porque transmitió á éstos la herencia de los Escipiones – dijo fuera de sí Othón, al ver de semejante modo insultada la mujer por quien se moría.

– Tengamos la fiesta en paz. Asiste toda la razón al noble amigo nuestro, molestándose por su casta, al verla tratada con tal desacato en las mujeres fiadoras de su perpetuidad. Pero confesemos que, tras haber visto á una Mesalina dejar el tálamo imperial para irse á pasar la noche toda en brazos de cien gladiadores, cansándose mucho, pero no satisfaciéndose nada, no obstante tal derroche de materiales goces, hay motivo para decir eso y mucho más de las perversas costumbres romanas. No vuelvas, Tigelino, á decir cosas semejantes que molestan á nuestro compañero con fundado motivo; y tú, Othón, deja esas iras tanto menos justificables cuanto que la crítica de Tigelino abrazaba la mujer en general, sin comprender ninguna particular y mucho menos aquella de quien hablábamos nosotros.

– Cómo que no puede medirse por el rasero de las demás— díjole Othón calmándose, más que á la persuasión de lo alegado por su compañero, al recelo de que adivinara éste, viéndole tan exaltado, su pasión exaltadísima por Popea.

– Y tienes tal razón en cuanto dices, Othón, que Popea quiere consagrar sus amores, como antes dije y repito ahora, con la sanción de todos nuestros códigos.

– ¿De modo—preguntó el noble á su monarca y señor—que tú habrás de levantar hasta tu trono esa mujer, si quieres poseerla?

– Ya lo creo – repuso Nerón, – mas no es posible.

Cuando dijo el emperador la parte primera de su frase, perdió la vista Othón; mas cuando dijo la segunda, recobró su dominio sobre sí el muy enamorado, lanzando un suspiro cuyos ecos lo delataran seguramente, si en él hubiesen parado los dos interlocutores su atención.

– Casada está con Crispino en casamiento legítimo—dijo á su

vez el noble Othón, interrogando con los ojos el rostro de su imperial compañero para leer en él todos los efectos de cuanto dijera con sus labios.

—Las leyes del divorcio nos facilitan en tal grado la disolución de todos estos matrimonios patricios, así como la inmediata subsiguiente anudación de otros, que no hay dificultad alguna en arrancar á Crispino su esposa.

—Entonces, cuando consigas arrancársela, Nerón, ¿la harás esposa tuya por las facilidades que procura en Roma el divorcio?—preguntó impaciente Othón, que se iba descubriendo demasiado, pero que, á pesar de así descubrirse, no despertaba sospecha ninguna en el emperador.

—No haré tal—respondió éste.

—¡Ah!—suspiró nuevamente Ohtón como quien declina un gran peso.

—No podría, porque tengo que combatir á tres personas, y en este combate pienso dejar para la última de mis tres victorias aquella que me parece más fácil, empezando por la que más difícil me parece. ¿Aprobáis mi pensamiento?

—¡Ya lo creo!—respondió Tigelino.

—Piensas combatir.....

Empezaba Othón á decir cuando el césar le interrumpió con la frase siguiente:

—A mi hermano Británico, á mi madre Agripina y á mi mujer Octavia.

—¿Cuál de los tres combates, Nerón, te parece más difícil?

—El combate á Británico.

—¿De veras?—preguntó Tigelino.

—De veras—respondióle Nerón.

—Por eso piensas emprenderlo en seguida—díjole Tigelino.

—¿Y luego?—preguntóle Othón.

—Luego emprenderé la guerra con mi madre.

—¡Guerra difícil!—Othón observó.

—No tiene tantos partidarios como mi hermano.

—Y dejar para lo último á Octavia—exclamó Tigelino.

—Y en cuanto de Octavia te divorcies, ¿te casarás con Popea?—preguntó con sus impaciencias y ahogándose casi Othón, que al

ver la torpeza de su amigo en adivinarle, hurtaba menos el cuerpo al peligro.

– No – repitió Nerón, llevando nuevo respiro á su camarada, que retenía el aliento en espera de la contestación deseada.

– El divorcio de Octavia se me aparece como el más peligroso de todos mis planes. Hay mucha gente valiosa empeñada en creer que mis títulos de propiedad del imperio están en las actas de mi matrimonio con ella. Y aunque no lo pensara mucha gente, divulgaríalo Agripina en la traición reciente con que acaba de vulnerar á este su hijo. Luego la buena de Octavia compensa la fealdad de su cuerpo con la hermosura de su alma; y la virtud tiene muchos partidarios hasta entre las gentes más viciosas y más apartadas de tal culto. Por eso no quiero divertir mi atención corriendo tres liebres al mismo tiempo. Así, para poder aguardar á la última, pienso tomar una disposición provisional respecto de Popea.

– ¿Qué piensas hacer? Dilo, dilo, dilo.

Othón exclamó entre imperioso y suplicante por motivo y razón de la incertidumbre nueva en que le sumían los dichos de Nerón, desgarrándole á una el alma suspensa de un amor como el que sentía por la mujer á quien amaba Nerón como él mismo. Temblábale al cuitado el rostro siempre que la conversación caía en extremos tales como los que vamos refiriendo; cortábasele con la mayor facilidad el aliento, y se ponía en trance casi de venirse al suelo, por lo que había de agarrarse á cualquier parte mientras duraba la requerida respuesta del emperador á sus temerarias preguntas. Y sin embargo, no caía en cosa ninguna Nerón. No sospechaba que le fuese á la mano en materia de amor el amigo en quien iba él á librar toda su confianza, coasociándolo con una ceguera increíble á todos sus varios planes respecto de Popea.

– Mira – continuó Nerón, muy tranquilo y en calma, no contagiándose con la neurosis patentizada por Othón sin siquiera notarla, – en primer lugar pienso intimarle rendición á mi Acté. Si ella me correspondiese, con mujer ninguna me ligaría yo como con ella; y hasta que no llegue á repudiarme, no me dirigiré á ninguna mujer para unirme á ella con relaciones durables. Entre Acté y Popea mi amor sólo conocerá caprichos, no pasiones.

– Déjate ya de la joven asiática – le aconsejó Tigelino, – pues

temo te transforme y hechice con esos filtros del Oriente, capaces de volver del revés la cabeza más bien puesta sobre los hombros y más dura por su empaste.

—Al contrario—exclamó el sagaz Othón,—al contrario debes proceder de como Tigelino te aconseja. Puesto que hallas en Acté aquellos encantos misteriosos no hallados en otras mujeres, aférrate á vencerla de nuevo, y volverás al dominio de la fortaleza poseída por tanto espacio de tiempo. Como tú quieras, no contrasta ella con medio alguno tu voluntad. Aunque no quisieras, ni mandaras, si derecho á su obediencia no tuvieses, bastaríate apelar á tus naturales seducciones para que la fascinada inocente avecilla se fuese á tus manos. Acté, como ha sido tu primer amor, será el último también. Á fuer de ajena por su cuna y educación á las competencias nuestras, créete que no tendrá los inconvenientes de una patricia, siquier esta patricia se llame Popea, quien ¡ah! no dejará, por su estirpe y por su familia, de aspirar al trono, prefiriendo en tí el césar al hombre, mientras tú deseas naturalmente que amen al hombre y no al césar en tu persona. Vuelve, Nerón, sobre tu Acté, pues si la sitias con empeño, la vencerás con seguridad.

—Volveré á probarlo de nuevo, pero por última vez. Después de haberme sugerido un amor tan intenso, ahora me sugiere un culto y un respeto, de los cuales no puedo darte ni aproximada idea con mi palabra. Se necesitaría estar dentro de mí para sentir lo que yo siento. Mil veces heme presentado con propósitos irrevocables de adscribirla nuevamente á mi amor y mil veces he retrocedido. Me opone dulzura tal en su resistencia, que creeríame indigno de llamarme varón si la superase por violencias. Me pinta con colores tan vivos el amor y encuentro de dos almas en espiritual confusión, que yo lo siento al cabo como ella. Me promete una felicidad eternal en otro mundo superior á éste, más allá de la muerte, y en términos tales, que consigue de mí un sentimiento de confianza en la muerte como el suyo. Te dije y te repito que me fascina como una serpiente al pajarillo esa hermosa joven, sobre la cual yo ejerciera en otro tiempo tan alto y constante dominio que la tuve como á mis plantas rendida, y enseñoreándome así de su voluntad como de su pensamiento. Pero, en fin, haré la postrer tentativa, y si de ella salgo bien, sólo he de pensar en caprichos,

no en matrimonios; pero si no salgo bien, Popea será mi preferida.

Esta irrevocable resolución sumió en mar inmenso é insondable de confusiones al compañero enamorado de la mujer misma en quien el emperador pensaba. Así un estremecimiento nuevo le sacudió el cuerpo en términos que llegó á demudarlo hasta el extremo de atraer ya el ánimo y atención del emperador sobre su neurosis, obligándole á preguntarle si algo tenía, porque nada más lejos del ánimo imperial que atribuirle un atrevimiento tan audaz como el que hubiera supuesto su amor á una joven patricia, en quien había puesto su omnipotente amor sin rivalidades y sin competencias posibles aquí en el suelo.

—Tengo escalofríos – respondió á la solicitud fraternal de su camarada Othón. — Los atribuyo al insomnio que me trajeron los excesos de la última cena que celebráramos en casa de Trimalción.

—Pues no eres poco cuitado, amigo, cuando te debilitas y enfermas á goces de tan escasa monta. Mírate, Othón, en mi espejo. Yo tengo la resistencia de un toro. A mí nada me rinde. Salgo mejor y más robustecido de mis innumerables orgías. Pero dejemos esto y vamos á departir nuevamente sobre Popea, con cuyo amor pienso consolarme del desamor de Acté.

—Bien me parece; mas para no engañarte á ti mismo, ni á ella engañarla, ruégote intentes de nuevo reanudar tu trato con Acté.

—Lo haré. Mas como quiera que dudo del cambio, pues ha enajenado el ser á la secta misteriosa donde se ha metido, ya sólo pienso en Popea. Y lo merece. A sus prendas personales reune una inteligencia y á su inteligencia una instrucción de primer orden. No le cuadran, tienes razón tú, ninguno de los vejámenes lanzado por Tigelino sobre las mujeres de Roma. Ella sabe, como nadie, cuánto aroma suave y deleitoso á la mujer presta el cándido pudor, y se reserva y se guarda como deben guarecerse y reservarse los tesoros. Cuando acude al teatro y al circo, cuando atraviesa los pórticos de nuestros monumentos, cuando se pasea por nuestras grandes vías, veréisla siempre velada para que las sombras y el misterio envuelvan su hermosura, que despide rayos de amor tan luminosos como vivificadores. Los césares, por lo mismo que tenemos el omnímodo poder, gustamos de inscribirnos á la baja servidumbre. Y así como esclaviza mi alma la pobre Acté á su

alma y le hace creer á uno hasta en su secta, Popea esclaviza mis sentimientos y me rinde á su merced y arbitrio en todo aquello que se le ocurre y antoja. Por ahí me creen voluntarioso, caprichosísimo, violento, indócil á todo yugo, incapaz de toda resistencia, cuando, en mi amor á la oriental Acté, cedo, si ella me lo manda, y en mi amor á Popea, si bien ha visto muchas miradas penetrantes y escuchado muchos reveladores suspiros, todavía no tiene de él un testimonio, porque todavía no le he dicho ni una sola palabra.

Esta confesión hacía reir hasta reventar al sensual Tigelino, mientras hacía sudar á Othón, que pasaba por indecibles angustias y se ponía de treinta mil colores. Así tenían los dos que reposar un poco tras sus sendas diversas emociones, pues Tigelino se había reído demasiado y Othón se había demasiado perturbado para que no hubieren menester el uno y el otro una corta pausa, orientándose de nuevo en intervalo tan corto para seguir la conversación.

– Continúa – decíale á Nerón Tigelino, – que me divierten muchísimo tus apuros de amor y tus timideces de doncel.

– Continúa – decíale á su vez Othón, – que me interesan mucho tus planes á ese respecto.

– Hay que llevar todo esto como una conspiración. Imaginaos la que pueden armar todas las nobles matronas que se creen Lucrecias al verme repudiar á Octavia. Imaginaos la que pueden armar todas cuantas desean sustituir á Octavia, si ven que las subrogo á Popea. Imaginaos la que puede mi madre armarme cuando vea el ánimo de su cachorro, como ella me llama, embargado por otra voluntad femenil, ajena y aun contraria de suyo á su voluntad soberana. Imaginaos la que puede armarme Crispino cuando le robemos, aunque sea legalmente, su mujer. Teniendo enfrente á Británico ó Agripina con todos sus amigos, paréceme demasiado tener también á Octavia con todos los suyos. En mis timideces, de que tanto soléis reiros vosotros, no he anunciado aún de palabra mi amor á Popea. Necesito que lo sepa. Y para que lo sepa ya formalmente y de modo que no tenga duda, necesito que alguien se lo diga. No intentaré la notificación sino después de haber hablado con Acté. Pero, en cuanto con Acté hable y ésta en sus trece persista,

mandaré un embajador á Popea diciéndole que la escojo entre todas las mujeres por compañera de mi cesárea persona, siendo mi esposa nominal Octavia y ella mi esposa efectiva.

– Pero ¿crees, Nerón, que Popea se conformará con tamaño papel y ministerio? Poco la conoces – díjole Othón que había mudado de color cien veces y mordídose los labios hasta el extremo de hacerse sangre varias veces en ellos. – Popea querrá compartir contigo, amén del tálamo, poco importante mueble á su nativa castidad, el trono, importantísimo á su ambición nativa. Riquezas no podrás darle mayores con todos tus tesoros á las por ella poseídas; en antigua y pristina nobleza compite con las familias augustales y raya donde puede rayar la dinastía cesárea; en lo respectivo al amor con muy poco se satisface y contenta: no puede aspirar más que al trono; y para elevarla con tu mano á tales cumbres, necesitas con tu mano echar por la pendiente de los abismos á tu madre Agripina y á tu mujer Octavia, que hoy ocupan ese alto puesto, la una de nombre, la otra de veras, el cual puesto querrá ocupar de veras y de nombre Popea. No pienses en ésta sino después que te hayas desasido de las otras dos. Popea no será nunca tu favorita; será tu esposa, te impondrá que le des en el trono aquella participación permitida por las leyes á las mujeres, con reserva de tomarse para sí la parte del león, que, si no las leyes, las costumbres permitieron á Livia y á Julia y á Mesalina y á tu madre.

– Está todo eso muy para visto y considerado más adelante. Hoy tan sólo precisa ver y considerar una cosa: la notificación que debe darse á Popea, si Acté me desahucia para siempre, del amor con que la distingo y ensalzo. He menester un enviado para este fin y te comisiono á ti, Othón. Te nombro, pues, embajador de mis amores á Popea, embajada que podrás desempeñar desde mañana mismo, pues veré hoy á mi Acté y le notificaré mi ultimátum. Eres, pues, mi embajador.

– ¿Tu embajador yo? Dispénsame. Imposible. Yo no puedo prestarme á semejante cargo. No lo admito. Al fin y al cabo es un cargo de tercería. ¿Qué dirán de mí los demás nobles? Ya critican bastante la privanza que gozo contigo. Si me diputas para buscarte mujer, me asaetearán en sus conversaciones á epigramas

y me sacarán en el teatro puesto de la ridícula manera que tú sabes. Luego las mujeres desprecian mucho, y hacen bien, á los que ajustan su belleza para otros y no se la guardan para sí mismos. Y líbreme Dios de aspirar al amor de quien tú amas; pero líbrame tú de correr el riesgo de su desprecio. Además, dame á mí por buscar amistades y huir de enemistades. Y no quiero encontrarme con un eterno enemigo en el esposo despojado, enamoradísimo de su mujer. Así no pienses, Nerón, en lo que has dicho, por ser imposible de toda imposibilidad que acepte yo ahora ni nunca el cargo, que algún genio malo de suyo, y enemigo mío, te metiera en la mollera para que á mí lo presentases y ofrecieses. No acepto, aunque me lo quisieras imponer á la fuerza y me amenazaras, de no desempeñarlo, con entregar al verdugo mi cabeza. Paso por todo cuanto desees y quieras, paso por todo: por eso no, de manera ninguna. Ya sabes que soy noble.

—¿Noble? Buena recomendación — exclamó Tigelino. — En Roma se ha todo puesto de suerte que los nobles tienen muchas riquezas, pero ninguna honra. Como que se acuestan después del juego y del vino y de las mujeres, á la hora misma en que sus progenitores se partían al combate y al triunfo. Ya sabes lo dicho por el poeta. Los nobles sin más título que su ascendencia son estatuas de sus abuelos, como las de mármol, sin más diferencia que ser de carne y respirar y vivir. Así necesitan distinguirse. ¿Y cuál distinción excede á la grandísima de ser el tercero de Nerón, como lo fuera un dios en persona, Mercurio de Júpiter?

—Luego—dijo Nerón á su noble colega, callado bajo la granizada de injurias que despedía Tigelino sobre su cuerpo—te destino un gran papel. Yo, en el entreacto, es decir, en el espacio que habrá de mediar entre la salida de Popea del poder de Crispino y la salida de Octavia del poder mío, he menester un esposo para Popea, uno que le preste su nombre, uno que la lleve á su casa, uno que todo el día y toda la noche sepa vigilarla, uno que proceda con ella como yo procedo con mi mujer, aceptando ante los dioses y los hombres la nominal dignidad de marido, pero guardándose muy bien de ejercerla, especie de perro puesto allí para celar aquel jardín de amores, eunuco voluntario que no mire á la mujer, de cuyo intangible cuerpo responderá con su cabeza. Othón, primero

te diputo de embajador á Popea y luego te nombraré su marido.

—¡Su marido, su marido, su marido!—exclamó el patricio, que no quería dar crédito á sus propias orejas y las alargaba como un galgo para oir mejor.—Acepto inmediatamente. Convenido. Seré honorario esposo de Popea.

—Vamos—murmuró para sus adentros Tigelino.—Parece imposible que sea tan estúpido el césar. Le sopla Othón la dama.

CAPÍTULO VIII

CENAS OPUESTAS Á LAS DE TRIMALCIÓN

Nerón ha cumplido sus planes y se ha presentado á su Acté. Durante todo el intervalo entre los coloquios con sus dos compadres y la entrevista con su amada no hizo el emperador más que aguzar cuanto había en su persona de bestia, pidiendo á sus músculos y á sus fibras fuerza para imponerse con soberana imposición á las resistencias espirituales de Acté, consideradas por él como verdaderas locuras ó hechicerías, y á sus ideas y á sus frases, consideradas por él como cábalas mágicas de una virtud tan extraña que le adormecían por un instante sus propensiones al placer y al goce. Así juróse á sí mismo con juramento sacro y se prometió con formal promesa no escucharla, no prestarle atención, y rendirla en las cadenas de sus brazos, volviéndola por completo á su antigua servidumbre y volviéndose también él dueño absoluto de tan hermosa esclava. Se cuidó así de su persona como nunca se había cuidado. Tras un baño larguísimo recibió una copiosa lluvia de aromosas

esencias. Tras esta lluvia tomó todos los bebedizos más acreditados para despertar la voluptuosidad, conservando en su ejercicio las necesarias fuerzas. Tras estos adobos y curtidos por dentro y por fuera de su cuerpo, se vistió con los trajes más espléndidos y se ornó con aquellos talismanes más propios á despertar en los seres, de amor requeridos, la deseada correspondencia. Luego evocó en su memoria cuantos versos eróticos sabía desde la niñez, y se propuso ver toda la fuerza en ellos contenida, realzándolos con acompañamiento, no sólo del arpa y sus cuerdas áureas, del mirar suyo y todos sus luminosísimos rayos. ¿Quién podía resistirse á tales imperiosos encantos? ¿Quién sustraerse á su belleza corporal, á su artística inspiración, á sus mandatos imperiales? Acté lo aguardaba con el cariño de siempre; pero cariño del alma, en todo contrario al compartido por los dos en otro tiempo. Su pureza le había devuelto algo de la casta hermosura que tienen las vírgenes inocentes. Habían el menosprecio de los sentidos y el sueño en que los sumiera con tanto empeño inundádola de un suave candor, muy análogo al proveniente de la ignorancia del vicio. Un recogimiento sistemático dentro de sí misma le prestaba externa humildad, muy encantadora. Una consiguiente actitud de modestia le prestaba gracias superiores á cuantas puede ofrecer la fea sensualidad. En sus extáticos ojos se columbraba á un espíritu misterioso y sobrenatural. Vibraban sus labios al impulso de continuas plegarias. Una blanca túnica, muy cerrada por el cuello y muy caída en pliegues armoniosos hasta los pies, la revestía como de las armoniosas formas que tienen las estatuas. Y en torno de su cabeza, que se diría cincelada por el buril de Fidias, resplandecía un etéreo nimbo que se diría bajado sobre sus sienes del cielo. Cuando Nerón llegó á su presencia, la respiración más viva, el mirar más luminoso, el corazón más palpitante aumentaban los hermosos hechizos de Acté y con ellos el dominio sobre cuanto la rodeaba sometido á su influjo, que aumentaba la transformación de su espíritu.

—¡Acté! — Nerón exclamó al verla; y queriendo arrojarse á sus brazos, una fuerza indudablemente superior á su voluntad le contuvo y le hizo retroceder como espantado de su intento para tornarlo junto á ella luego y tenderlo á sus plantas, como si fuese juguete de olas á que no puede uno contrastar con sus personales fuerzas.

– Levántate, Nerón, de mis pies. No puedo consentir yo que todo un césar se humille ante una sierva. Mis creencias me dicen que debo amar al Rey de los cielos y obedecer al rey de los pueblos. Este último eres tú. No te bajes ante mi presencia, porque te rebajas ante mi Dios. Indispensable al mundo la institución que representas, tus leyes humanas completan las divinas leyes y tu poder dentro de su radio tiene algo del divino poder.

– Mira, mi adorable Acté, no me vengas ya, en cuanto me ves, con todas esas monsergas judías de nuevo cuño y nueva moda, las cuales te han trastornado el seso hasta divertírtelo y separártelo del rendido amador, en cuyos brazos has pasado los últimos días de tu infancia y los primeros de tu juventud. Yo no toleraré más tiempo esta rebeldía tuya, que me desacata en mi autoridad y hasta me atormenta en mis carnes. He pasado por lo que jamás creí pasar, movido de una idea singularísima, movido de la idea que todo aquello iba encaminado á exacerbar mi amor para que los goces venideros y aguardados fueran mayores, así como á exaltar tu hermosura para que la deseara yo con más ahinco y la poseyera con más gusto. Pero todo tiene su término en el mundo, y esta situación ha de tenerlo. Y vengo resuelto á decirte que ó te das á partido y á mis brazos te rindes, ó concluyo por matarte primero á ti para matarme luego á mí mismo.

– No harás tal, Nerón, ¡ah!, no lo harás. Yo sé cuanto pasa por tu espíritu; y como lo sé, perdono cuanto dicen tus labios. Desconocedor absoluto de la ley revelada directamente por Dios, conoces la ley natural que nos enseña nuestra razón y que traemos todos impresa en nuestra conciencia. Y como esta ley te prohibe á ti matarte y también matarme á mí, no lo harás, porque el mismo Dios, que en su misericordia te ha enseñado una parte de la verdad eterna, habrá de compelerte á que cumplas una parte del absoluto bien. En vano te propones rebelarte contra tales divinos mandamientos; desde tu altísimo trono caes bajo el peso de su evidencia y los cumplirás mal de tu grado. Créeme, yo no soy yo: en mí late un espíritu celeste que me purifica y me hace como él mismo celestial, como hace fuego el fuego la fría y tosca y apagada leña caída en sus purificadoras llamas. Ni me matarás, ni te matarás, Nerón.

– ¡Cómo! Pues te aseguro que quiero morirme para no verme

tan cobarde. Salgo de mi palacio, reconcentrando para vencerte, no sólo aquellas facultades propias de mi ser natural, sino las propias de mi ser sobrenatural, y caigo en el suelo derribado por tu voluntad soberana, sin que me atreva ni aun de palabra yo á resistirte, venciendo tú con victoria incontrastable y mostrándome la pequeñez y la miseria mías.

—No creas, Nerón, que yo soy quien te vence y rinde, no; hace tales milagros un poder misterioso, cuya fuerza mantiene los astros en su centro y cuya inspiración pone sus matices en el cáliz de las flores y sus gorjeos en la garganta del ruiseñor.

—Esa fuerza debe ser la fuerza de Venus.

—¡Ah! No—dijo Acté,—no, esa fuerza es la fuerza de un Dios verdadero, sin forma y sin figura, sin nombre, sin límites; impenetrable á la razón, pero adornado por la fe; vivo en todos los tiempos como eterno, dilatado por todos los espacios como infinito; hermosura y bondad perfectas, luz de la luz, ideal de todas las ideas, centro hacia que gravitan por su propia inclinación todos los espíritus.

—Yo no vengo á tu presencia para departir de teologías, vengo para departir de amores. La Metafísica me tiene sin cuidado. Harta me ha embutido en la mollera el charlatán Séneca. Yo prefiero el papagallo indio, que tú me regalaste, diestro en la imitación de acento tan divino como el eco de tu palabra y de tu voz, á todos los dioses del Olimpo. Estoy unido á tu persona como al amo el perro. Aunque me apalees, no huiré. Y si porque me quedo aquí, como el burro apaleado se queda en su pesebre, de mí te burlas, no me quejaré, no, ciertamente. Yo no miré un día si eras ó no esclava, cuando estreché contra mi corazón en los brazos tu cuerpo herido por la fusta y marcado con el sello de la servidumbre; no mires tú si soy emperador y llevo una corona, para devolverme tu cariño. Mira que, si no lo haces así, tendré celos del Dios recién invocado por ti ahora y le declararé arreo la guerra. Si me quieres, yo estaré á tu lado hasta que las Parcas corten el hilo de nuestra vida, y tu nombre vivirá unido con el nombre mío por siglos de siglos. No tomes consejo de nadie para quererme sino de tu pasión, de aquella que sentiste por mí en los albores de la vida y que no ha podido, no, en tan pocos años di-

siparse. Si te parece poco ser Acté, puedes llegar á Semíramis; porque si no te satisface mi corazón, mayor que todo lo criado junto, yo te daré mi trono para que allí explayes tus ambiciones después de haber explayado en mi lecho tu amor. Yo te haré, Acté, verdadera y única emperatriz. Si quieres tener un emperador de siervo y esclavo, no hay para ello inconveniente; cárgame de cadenas el cuerpo, con tal que llenes de tu amor el alma. Sin ti el trono me parece la ergástula; contigo me parece la ergástula el trono. Yo te he visto pálida como el mármol que arrancan los escultores á las canteras de Paros. Yo te he visto inclinarte á mis brazos como se dobla el arbusto sacudido por los vientos. Yo te he visto llorar al soplo de mis labios como llora la nieve derretida por el soplo de favonio. No dirijas los ojos al cielo, porque soy capaz de arrancar el cielo mismo á la tierra, si del cielo te prendas y enamoras. Nada me sería tan fácil como echarme á dormir en una cama cualquiera con todas las mujeres que me demandaran mi capricho y mi gusto; mas no hay para mí felicidad sino á tu lado. Amame, pues, ámame, Acté, como antes, hace muy poco, me amaras, cuando no te había sobrecogido la demencia que te aqueja hoy. Amame, Acté, ámame.

—¡Imposible, Nerón, imposible!

Y Acté continuaba, no obstante los ruegos del emperador, oyendo con una grande sumisión y conformidad sus palabras, pero vueltos al cielo y en el cielo fijos sus ojos.

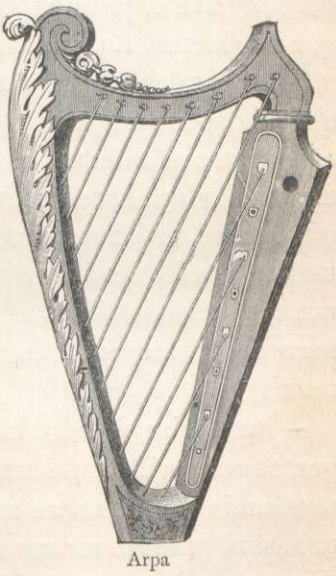
—Yo reconozco mis faltas y las confieso. Yo he ido volando de flor en flor con mi volandero pensamiento. Mas era todo ello cuando había roto el nido de la infancia y dado al viento las dos alas de mis primeras pasiones. Ahora mismo que larga experiencia me ha instruído en los secretos de tantas alcobas y de tantos amores, vuélvome hacia ti para decirte que deseo ser de una sola mujer y que seas tú esta mujer, tú, mi primero y mi último amor. Si me rechazas y desahucias, si rompes una pasión que representa los verdaderos eslabones de esta cadena por la cual yo estoy unido á la felicidad segura; como á navecilla sin amarras, el viento de todos mis caprichos habrá de impelerme al océano de todas las pasiones, donde me anegaré y me perderé por tu culpa. Yo no quiero que me des los besos de una hermana fiel á su hermano, quiero que

me des los besos que da con delirio á un amado su amante. Yo no quiero que me beses como á Febo Diana, sino que me beses como Venus á Marte. Las flechas del amor me han herido. Mi cuerpo está hecho un erizo. Mucho daño me hacen y muchísimo dolor me causan; pero, si me dijesen que no padeciera del amor, echaría de menos, muy de menos, mis padecimientos. Yo quiero padecer por ti, por tu causa, consagrándome á tu culto, pero no me hagas padecer más, que harto he padecido ya. Soy libre, y únicamente me places tú en la tierra. No me obligues á echar mis redes en otros mares y á levantar mi caza en otros cercados. No me sonrojo de suplicarte, aunque te muestres cada día más adusta. Las súplicas de Aquiles ablandaron el corazón de Príamo. ¿Te acuerdas, Acté, de cuando hacíamos de nuestro jardín una pastoril campiña y ordeñábamos con nuestras manos mismas los pezones de las borregas y cogíamos la miel fluyente por los troncos de las hayas? ¿Te acuerdas de cuando íbamos al teatro y cambiábamos nuestras miradas, oyendo extáticos las relaciones del amor ajeno que nos despertaban los recíprocos amores nuestros? ¿Te acuerdas de cuando nos ceñíamos las coronas de mirtos y nos paseábamos apoyado uno en otro so los rosales que llovían sus hojas en nuestras frentes y nos trastornaban el sentido con sus aromas? Si Pirro brilló en el arte de combatir á los enemigos; si Podalivo en el arte de curar á los enfermos; si Automedón en el arte de guiar los carros; si Nestor en el arte de decir discursos, yo brillo en el arte de amar á las mujeres. Y por ninguna he tenido tanto amor, Acté, como por ti. Estamos en la edad más propia para el goce: gocemos. El curso de los años, como el curso de los ríos, no vuelve nunca, no, atrás. El frío de la vejez vendrá, y entonces no interrumpirá tu sueño el eco de la dulcísima serenata, y al dejar el tálamo en la primer aurora, no encontrarás la puerta de tu hogar enramada de flores. Muda la serpiente su piel y su asta el ciervo: á nosotros Naturaleza implacable no quiso concedernos tal recurso y nunca nos renovamos. Esa túnica tan austera que ahora vistes, cual si fueses la mujer de un hombre como Ayax, el cual únicamente poseía un escudo forrado de pieles, vuelve á cambiarla por aquella sembrada de brillantes, que te ofrecía tu Nerón, el cual puede ofrecerte hasta las minas de tales piedras explotadas por el moreno indio en la

cumbre del mundo y cuna del sol. Vuelve á ponerte aquellas vestiduras teñidas de azafrán, que daban á tu cuerpo los anaranjados resplandores del alba. Vuelve á cantar de nuevo como cantan las sirenas. Yo te seguía embobado y te acompañaba con la divina voz en mi garganta puesta por el cielo. ¡Oh! Las cuerdas de tu arpa hubieran sobrepuesto con sus cadencias unas á otras las piedras del suelo, como las cuerdas del arpa de Anfión, y adormecido á los cerberos en el abismo, como las cuerdas del arpa de Orfeo. Y no te digo, Acté, nada de cuando tañías el salterio, ese instrumento á los amores tan propicio. Y no te recuerdo que me volvían loco tus arias helenas y tus cantares egipcios. Con tus cabellos recogidos sobre la nuca y tu lazo azul sobre la frente, semejábaste á Diana. Yo quiero que seas mi Penélope y que, dulce compañera de mi vida, me lleves á tu lado desde nuestro recatadísimo cubículo, donde nuestra sangre se disipe á una en las llamas de los besos, hasta las fiestas del circo, donde aspiraremos aquel hedor, el cual se difundirá por las venas de nuestro cuerpo y nos prestará novísimas intensas fuerzas para el placer.

—Nerón, sacude por Dios de tu fantasía tales imaginaciones y limpia tu carne de tales apetitos. Yo he sido hace poco tu esposa carnal, parte de tu cuerpo, sin sujeción á otras leyes que al impulso de mis deseos y sin levantarme una línea de la naturaleza, en cuyo seno se ayuntan el macho y la hembra por las afinidades y las atracciones que sienten á unirse los contrarios. Tú me amabas; yo te amaba; nos uníamos en un solo ser sin más móvil que los empujes del deseo y sin más objeto que la satisfacción de los sentidos. Yo, ignorante de todo, pecaba por ignorancia, como por ignorancia tú has pecado. Pero un día se presentó un anciano que parecía surgir de lo profundo, y este anciano me habló de un Dios que parecía bajar de lo alto. Las enseñanzas aprendidas en aquella revelación diéronme á mí, á mi persona, esclava en esta sociedad, manceba tuya, piedra de verdadero escándalo, un alma consciente y libre, lo cual fuera como convertir un gusanillo de la tierra en un astro de la inmensidad. Entonces aprendí algo, únicamente revelado en ocasiones raras á mi conciencia: que la castidad era entre todas la virtud primera y principal de una pobre mujer. Entonces aprendí que nuestro modelo y nuestra norma, el ideal por quien debía-

mos regir la vida, era la Virgen Madre, que había podido llevar en sus entrañas el Mesías prometido, sin perder su casta pureza y sin saber cosa ninguna de la sensualidad y del mal. Entonces aprendí que por la virtud, por los grados de sus escalas, desde la tierra y sus sombras subimos al empíreo inundado con una inextinguible luz y rebosante de una intensa vida, donde las almas gozarán un amor espiritual, exento de toda flaqueza é incapaz de todo engaño. Lava tu cuerpo, Nerón, en las clarísimas aguas del bautismo, tu alma en los esplendentes resplandores de la revelación, y así pasarás la vida en el amor de los amores que se llama caridad; y cuando hayas muerto, encontrarás una corona, junto á la cual parecerá tan pálida tu corona terrestre como pálida la luciérnaga del valle comparada con la faz del sol. Cree lo que yo creo; ama lo que yo amo; sígueme donde yo te lleve, y, Nerón, serás salvo.



Arpa

—No me conozco á mí cuando resisto semejantes arengas indescifrables y oigo ese lenguaje tuyo entre judío y mago, que me marea el sentido y me deja un eco de misterio en el pensamiento, imposible de comprender y explicar. Me llaman déspota, y hace horas que lucho contigo sin llegar á imponerte mi voluntad y sin atreverme á la violencia. Hierve mi sangre, mis fibras todas se abrasan, pierden mis ojos su luz, una voluptuosidad infinita en pos de tu hermoso cuerpo me impele, y cuando voy á saltar, sintiéndome tan ágil como el tigre y tan fuerte como el león, pronto á despedazarte, un rayo de tus ojos, un eco de tus palabras, un gesto de tus facciones, una cadena invisible salida de tus dedos y llevada por no sé quién al corazón, me ata y me rinde á tu albedrío, logrando que no satisfaga en ti mis pasiones, que te crea más por instinto cuanto menos te cree mi raciocinio, y que te adore y te bendiga cuando estás inmolándome á mí con toda mi felicidad y todas mis esperanzas bajo el agudo puñal de tus femeniles ca-

prichos. ¿Y yo soy el dueño de la tierra, yo el heredero de los césares, yo el nieto de Germánico, yo el cachorro de Agripina, yo el copartícipe del poder de los dioses? ¡Oh, no! Yo soy un mandria, incapaz de tener inteligencia y voluntad, cuando á tus pies me rindo y se trueca bajo tu mirar imperioso en nonada mi espíritu.

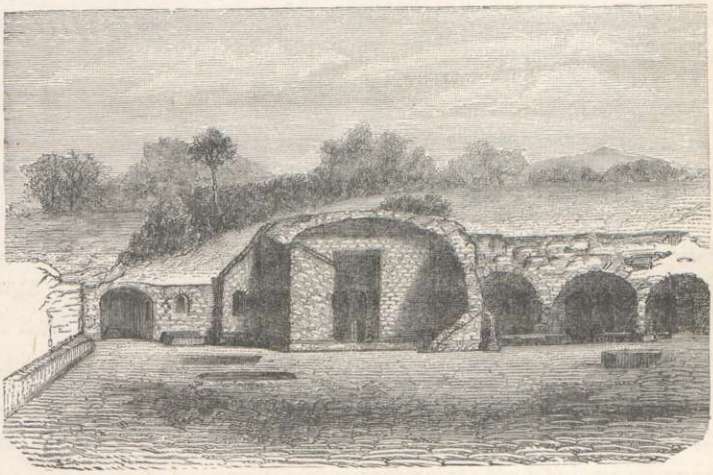
– No te creas tú, césar, tan débil, ni creas á tu Acté tan poderosa. Lo que hay en todo esto es un misterio, incomprensible para ti, de mí explicado por completo con toda claridad. Lo que hay en cuanto yo te digo es el poder connatural á la verdad y al bien, de que no puedes, no, sustraerte.

– Deja tales tonterías á un lado. Lo que hay es una fascinación ejercida sobre mí por tus ojos, una demencia por tu aliento á mi cerebro transfundida, un imperio ejercido por la esclava sobre su emperador, que hacen mil veces más difícil que renunciar al Imperio y á la vida, renunciar á poseerte, cuando todos los sentidos de mi cuerpo y todos los instintos de mi ser y todos los efectos de mi corazón y todas las ideas de mi razón y todo cuanto hay en mi persona de mí mismo, todo me impele á tus brazos y de tus brazos me sujeta.

– Pues mira, Nerón, la noche ha llegado, y aunque la creen las gentes encubridora del mal, el bien tampoco desdeña su soledad y su silencio. Ponte sobre tus vestiduras esta túnica de lino. Rebuja tu rostro, para no ser conocido, tras este ligero manto, que de antifaz te servirá, y permitiéndote ver y respirar con su transparencia, te impedirá ser visto de aquellos á quienes debes visitar. A una sola condición has de sujetarte. Para ir adonde yo te lleve, habrás de llevar vendados los ojos hasta que te quite yo la venda; para volver habrás de vendarte también y no recobrar el uso de tu vista sino después que mis manos te lo hayan devuelto. Recatado y oculto en esta especie de nube formada por este blanco traje y este blanquísimo manto, verás un mundo con el cual no has podido soñar. Sujétate á mis condiciones, consiente por Dios en dejarte vendar los ojos, y confía en que yo te guiaré con toda felicidad y te llevaré con ventura indudable al seno de un abismo donde vive una sociedad, toda para el espíritu, de cuya existencia y de cuyo carácter no puedes tener tú idea ninguna.

– Vamos, Acté, no me hables de tales cosas, porque fascinado

por ti como un pajarillo, haré cuanto quieras. Más fácil hubiera sido hacer retroceder al Océano hasta vaciarse y huirse de la tierra que hacerme á mí retroceder del deseadísimo goce ó posesión de tu persona. Y sin embargo, me amansaste cuando más pagado estaba de mi deseo y me redujiste á obedecerte como si fuera yo un cuerpo inerte. Haz de mí lo que quieras. Cuando has logrado que no te deshaga entre mis brazos; cuando no me he atrevido á de-



Antiguo cementerio cristiano en Roma

mandarte un beso, aunque fuera casto y puro, como el que pueden darse dos niños en su cuna, voy á lanzarme al cumplimiento de mi deseo, echándome atrás la conciencia, y tú me detienes. Pues, hecha tal cosa, puedes hacer todo cuanto te parezca y encadenarme como un perro á tus pies. Puedes no ya vendarme los ojos, sino hasta extinguirme la vista. Puedes llevarme al infierno si te place. Yo nunca me quejaré. Pero sed césar, entroncad con todos los dioses, regid la humanidad y la tierra, para luego hacer lo que vuestros esclavos manden y dejaros conducir adonde os lleven vuestros esclavos.

Pero, protestando el emperador ó no, lo cierto es que Acté le puso la túnica de los cristianos, le demudó el rostro con arte tras un tupido velo caído sobre las espaldas, lo disfrazó á su guisa; y no contenta con esto, le vendó los ojos, conduciéndolo como un ciego por un laberinto subterráneo hasta las catacumbas donde se reunían entonces á sus devociones los mártires. Al verlos, hubiérales

creído cualquier escultor el grupo tallado en el Pentélico de su poesía por Sófocles, representativo de Antígona y Edipo, llegando tras larga peregrinación de dolores y tormentos al valle de Colonna, donde los coros de ruiseñores, ocultos entre las ramas de los laureles y de los olivos, le anuncian y le prometen la bienaventuranza. Nerón gustaba de todo aquello por cuanto de aventura tenía. Autor trágico, además de poeta lírico y cantante, hallaba recreo y gozo en los hechos despertadores de sus emociones y demostrativos de su capacidad para pensar y para sentir. Las palabras misteriosas de Acté, las ideas que creía él incoherentes por incomprensibles á su cacumen, el relato de las tenaces aspiraciones aseguradas por una secta de la cual no tenía noticia ó idea, la marcha de aquel momento entre sombras, la creencia instintiva de que representaba una tragedia de cualquier autor y no una escena real de su propia vida, por tal manera le transportaban á imaginaciones y ensueños, que le placía todo aquello como una invención fantástica puesta por obra dentro de la viva y palpitante realidad. Así no habrá de maravillarnos que, prolongándose mucho la obscuridad, en cuyo seno voluntariamente se había sumido para obedecer á los caprichos de Acté, y advirtiendo cómo se descendía en cuesta, y en cuesta pendiente, hablase Nerón como sigue:

—Creo que ponemos por obra y en acción el cántico sexto de la *Eneida*, puesto por Virgilio en versos tan maravillosos. Me parece que llego en Cumas al tenebrosísimo albergue de la Sibila, tomado de su inquieta y sublime profecía. Por allí están los negros árboles y las columnas áureas del templo erigido á la furiosa Hecate. Inmolaré, Acté, si quieres, los siete novillos demandados por la diosa en recuerdo de los siete garzones que allá en apartadísimas edades se inmolaban todos los años sobre sus aras. Allí fué donde oyó Eneas las voces del oráculo resonantes en las bóvedas altísimas que le predijeron y anunciaron el destino de nuestra familia latina, y en la familia latina de los Julios á que yo pertenezco. Allí, pues, oyó Eneas su destino. Paréceme que piso las sendas del averno y que oigo desgajarse al hacha y caer al suelo aquellos árboles gigantes de la selva luctuosa que á sus puertas nefastas conducía. Me parece que sobre mis ojos cerrados y ciegos se aglomeran las llamas humeantes de las piras sacras que se han

consagrado á los muertos, formando colosal pirámide, cuya base aquí en la tierra estuviese y cuya cúspide allá en el sol. ¿Es que nos acercamos al borde letal de la Estigia laguna? ¿Es que nos rodean los dioses dominadores sobre las silenciosas almas de los para siempre muertos? ¿Es que aquí nos aguardan para recibirnos Caos y Phlegeton? ¿Es que vamos, Acté, al infierno?

– Seguramente no – dijo Acté, continuando su marcha en descenso. – A todo lo contrario del infierno vamos, pues vamos al cielo. En la boca de los abismos que me recuerdas tú, está sentado el dolor; en la boca de los abismos donde yo te conduzco, está sentado el consuelo. Allí el remordimiento teje sus coronas de abrojos para ceñir las conciencias perturbadas; aquí el bien aclara la vista del alma y le muestra su eternal bienaventuranza. Las enfermedades, como serpientes enrolladas unas con otras, coletean por allí levantando sus lenguas terminadas por tijeras de áspides, mientras por aquí la salud completa interior asegura la completa salud corporal. Allí la guerra exterminadora flamea la espada horrible que todo lo destruye y desarraiga, mientras aquí la paz eterna del Señor hace á los hombres hermanos y les dice que todas las dificultades serán vencidas y todos los obstáculos serán superados por la caridad y por el amor.

Apenas había dicho tales palabras Acté, cuando se oyó un sublime coro. Arpas hebreas sonaban unísona salmodia como jamás se oyeron en liras helenas y romanas. Voces purísimas, impregnadas de un sentimiento superior á los que afectan al corazón humano, henchían aquel ambiente de ideas, que semejaban de relieve, según lo revestidas en formas de puras líneas, y trascendentes á incienso, es decir, á religioso aroma. Las palabras que decía el coro y que acompañaba la música excedían y aventajaban á todo lo escuchado antes por los mortales misérrimos en todo el transcurso de los siglos. Dios, el Verbo, la inmortalidad, la esperanza, la veneración, las visiones beatíficas, el bien de todos, el amor entre todos llenaban de ideas aquellas estrofas parecidas á legiones de ángeles, tomando el vuelo desde la tierra y perdiéndose con aleteos, á un tiempo mismo pictóricos y melodiosos, por una inmensidad tan inundada del éter luminoso como del espíritu divino. El idealismo puro, la virtud creadora, la salud interior del alma, la

robustez del cuerpo, daban á las gargantas una flexibilidad y las ideas religiosas al cántico un carácter tan hermoso, que todo allí parecía sobrehumano, y ninguna de las emociones despertadas por aquel viaje parecía de este mundo, sino de otro superior á éste y en sí verdaderamente sobrenatural de suyo. Imaginaos qué movimientos imprimirían al espíritu de Nerón, á su pensamiento, á su voluntad, á sus afectos, á sus aspiraciones, á sus ensueños, á todo cuanto le distinguía por lo susceptible de suyo y lo dispuesto á recoger todas las emociones aquel sublime cántico. Así comenzó á decir:

– No sé lo que por mí pasa. Parece que me das un bebedizo misterioso y que difundes por todas mis venas una paz verdaderamente celestial. Oigo voces nunca oídas y experimento placeres nunca experimentados. Mi capacidad de sentir crece al impulso de este viaje y mi capacidad de pensar y mi capacidad de idear. Paréceme que algo así nuevo dentro del espíritu mío brota y que una incomprensible aspiración á lo infinito y á lo eterno se apodera de todo mi ser y se disipa en una inmensidad llena de visibles luceros y de invisibles ideales. Subo y subo, como si en mis pies hubieran brotado alas. ¿Qué cántico es ese? ¿Qué melodía divina llena los aires y llena los espíritus de indecible dulzura? Paréceme sentir una esperanza nunca sentida; paréceme que allá en los abismos de mi ser dominan deseos no bien explicados y no bien explicables, quienes ahora vuelan en torno de mi frente como de antiguo sudor oreándola y que ahora me conducen á un mundo en que han cesado todas las batallas y en que se han reunido todas las armonías. Dime, Acté, ¿qué cántico es aquél? No suena como la flauta del dios Pan en los bosques. No tiene parecido alguno con el estruendo armado por los combates en las festividades religiosas. ¡Cuál diferencia del evohé de nuestras bacanales! En vez de aquel delirio que despierta en los sentidos el mosto y las castañuelas y el torso y la hiedra y la carrera y la canturía y la danza de nuestras bacantes ceñidas de pámpanos y ebrias de vino, siéntese aquí una serenidad como si esas voces hubieran vencido al dolor y á la muerte.

– Los han vencido, cree que los han vencido. El dolor se ha tornado una prueba que instruye á los humanos en el conocimien-

to de los destinos de nuestra vida, y la muerte se ha trocado en una transformación que depura y eterniza la esencia de nuestro espíritu. Todas estas heridas, que antes nos desconcertaban, ahora nos fortalecen. Ellas podrán ser señales de batallas perdidas en el mundo, pero son al mismo tiempo santas promesas de victorias alcanzadas en el cielo. No podemos temer al hambre quienes presentimos que seremos hartos; no podemos temer al dolor quienes presentimos que seremos consolados; no podemos temer á la pobreza quienes presentimos que seremos colmadísimos; y no podemos temer á nuestros enemigos, porque nos hallamos resueltos á amar á los que nos aborrecen, á pedir por los que nos persiguen y nos calumnian, á volver bien por mal, á ser verdaderamente perfectos, como es perfecto nuestro Eterno Padre que está en los cielos. Aunque me clavaras un puñal en medio del corazón, ¿qué me importaría, si la muerte habría de pasar como rápido sueño por mis párpados y habría de venir en seguida el instante de mi resurrección?

Una galería con sepulcros en las catatumbas

– Jamás había oído yo hablar cual hablas tú, y jamás había oído cantar cual cantan esas voces. ¿Dónde me hallo, Acté, dímelo, dónde me hallo? Dímelo pronto. Vuélveme la luz.

– Mira.

Y Acté quitó á Nerón la venda de sus ojos.

Estaban en un subterráneo inmenso. En este subterráneo se veía una especie de capilla circular y central, á cuyo seno llegaban calles de sepulcros fijos en las paredes y decorados con inscripciones misteriosas y símbolos sagrados. Caían de las bóvedas lámparas conteniendo misteriosas luces que irradiaban un resplandor suave, á cuyos rayos inciertos se acrecentaba la sublimidad del recinto. Por los espacios de las paredes que dejaban libres las alineadas y sobrepuestas sepulturas, veíanse imágenes y efigies sacras. Una mujer, coronada de clarísimas estrellas y conducida so-

bre las aguas del mar, llevaba un pequeñuelo entre los brazos, en quien se absorbía extática; una paloma bajaba volando de misteriosas regiones con un ramo de olivo que simboliza la paz; dos canoros pajarillos bebían en la misma copa regocijados como si respiraran sus plumas y movieran sus alas nuevas milagrosas ideas; hermoso buen Pastor conducía un corderillo de inmaculado vellón sobre los hombros; vírgenes de rodillas y orantes plegaban las manos en señal de santísima devoción y volvían los ojos al cielo retratando misterioso ideal. Y entre los sepulcros cincelados con señales litúrgicas; bajo las bóvedas esclarecidas por lámparas misteriosas; sobre los pavimentos compuestos también por lápidas sepulcrales; al son de las arpas que resonaban todas con sublime resonancia y de los coros que decían palabras sublimes acercábanse al pie de un altar fieles innumerables, y en un cáliz bebían el vino nuevo y de los dedos del sacerdote tomaban un pan que parecía con su virtud aumentarles la vida y robustecerles el espíritu. Así no es mucho que, transportado el césar de las cenas de Trimalción á las cenas de Cristo, sintiese aquellos efectos que sentirían cuerpos trasladados en un minuto del polo al trópico, y cayese redondo y sin conocimiento ni sentido en el suelo.

CAPITULO IX

LOS APOCALIPSIS Y LAS SATURNALES

El desmayo sobrecogió al emperador con oportunidad. Sin él oyera lo que nunca podía imaginar le llamaran sus mayores enemigos en los más violentos espasmos del odio y del horror. Naciente la idea cristiana, se aparecía con todos aquellos afectos de oposición irreconciliable que traían las ideas nacientes consigo á la hora providencial de sus primeros desarrollos. Para la obra de purificar aquella sociedad, no encontraban medio mejor que destruirla. E impidiéndoles por completo su doctrina los medios violentos, arbitrados y puestos en práctica por otras sectas, invocaban el fuego de los cielos y creían que se acercaba la hora última y el juicio final de un mundo cancerado por tan corrosiva gangrena. El sagrado libro que contiene todas estas amenazas es el Apocalipsis. Desde los instantes primeros de su vida natural, aquella sociedad cristiana, tan débil de suyo, que se escondía en las catacumbas, como puede un secreto ocultarse y callar en el silencio de la conciencia, acaricia en sus humillaciones la venganza, escribe apoca-

lípticamente su profecía contra la nueva Babilonia, profecía que dice cómo, después de rotos los siete sellos del libro de la vida, después de apagadas las siete discordantes voces de las trompetas estridentes y agudas, cuando ya Satanás ha sido roto y arrojado á los profundos abismos donde hierve la hiel de todos los males, antes de que la nueva sociedad brote como una flor al abrir su capullo y se dilaten los cielos novísimos y se borren los pasos de la guerra que ha corrido hambrienta de matanza por todas partes, jinete en un caballo cuyas crines destilaban sangre y cuyas herraduras trituraban mundos; antes de que todo esto se cumpla, un ángel, mensajero de la cólera celeste, que desciende desde lo alto en las ráfagas de tremenda tempestad, se dirigirá con arresto á la Babilonia impura, á la gran Babilonia envuelta en escarlata, tinta con la sangre de cien pueblos, coronada con el oro arrancado á las cajas de cien reyes, que embriaga tristemente á los hombres con el rojo licor de sus concupiscencias y ella misma se embriaga con el fluor vertido de las venas del inmenso martirio, y desarraigándola de la tierra, como el huracán desarraiga una encina muy fuerte, la sumergirá en océano sangriento con el monstruo de las siete cabezas, cuyas siete lenguas profieren siete maldiciones contra Dios, y habrán muerto los escándalos del paganismo, y cesarán los rumores de los festines y los ecos de las cítaras con las flautas y los cánticos voluptuosos que de sus labios, empapados en el sensual beso de los placeres, exhalan los poetas coronados de flores; y sólo se oirá, cuando los cielos se arrollen como un pergamino y los soles se apaguen y en pavesas se disuelvan, el hosanna consagrado por todas las jerarquías celestes á Dios en alabanza y loor á este acto de su tremenda justicia.

El trono, levantado sobre un arco iris en que Dios relumbra como colosal rubí; los veinticuatro ancianos, vestidos con togas blancas como partículas de nieve y coronados con áureas coronas como rayos de sol; las siete lámparas misteriosas, colgantes de lo infinito y nutridas por siete soplos del Espíritu divino; los querubines y serafines que se agitan en aleteos incesantes y pulsan sus liras etéreas; los monstruos asirios en forma y con aspecto de leones ó águilas; el trueno que retumba por todas partes y el rayo que relampaguea y fulmina; el trisagio entonado por los videntes

en sobrehumano éxtasis; el cordero de Dios y el volumen misterioso de los siete sellos se mueven alrededor de un Anti-Mesías, de un Anticristo, especie de Luzbel, no angélico, más bien humano, quien hace que los hombres se degüellen unos á otros con encarnizamiento y dejen de sí una inmensa carnicería, cuyo hedor apesta los aires y extermina los pueblos; que la tala entre por los campos, asolándolos hasta no dejar una cinta de hierba ni un fruto regalado; que el hambre debilite y enflaquezca los hombres con sus estragos; que la muerte reine, como un vacío y negro sol de telarañas, en cuyas hebras se prenden y enredan los orbes convertidos en granizo; y que todo vuelva de nuevo al vacío seno de la nada. ¿Y á quién atribuían todos estos terribles ministerios los cristianos? Pues á Nerón.

Imaginaos con cuál oportunidad vino el desmayo que aterró de un modo espantoso á la pobre Acté, pues nada tan fácil como un sermón cuyos acentos maldijeran al Anticristo y revelaran en esta personificación de todas las maldades un verdadero símbolo del emperador Nerón. Cuatro cristianos sacaron al desgraciado epiléptico de aquella situación y lo condujeron al jardín y retiro de Acté, donde los cuidados y las atenciones de la pobre neófita, que cometiera tan grande temeridad por convertirlo, concluyeron á la postre devolviéndole vida y sentido. Cuando Nerón volvió en sí, á pesar de sentirse como mareado y de que todo rodara en torno suyo, volvió de nuevo á las andadas, é intimó por última vez á la pobre asiática el mandato de retornar al antiguo amor y rejuvenecer las antiguas caricias. Negóse á ello en absoluto Acté; y Nerón, que no quiso llevar á sus últimos extremos la violencia, en parte por el respeto que la sierva le inspiraba, y en parte por la esperanza de nuevos goces con Popea, dejóla en paz, bien ó mal de su grado, y se resolvió, en vista de aquella resistencia invencible, á recomenzar su premeditada conquista. Volvió, pues, á su palacio con dos ideas muy decisivas: primera, pronta reanudación de sus relaciones con Popea sin rival ninguno, y toma de posesión del trono sin tutela de Agripina y sin rivalidades ó competencias con Británico. El amor y la muerte ocupaban alternativamente su alma y le impelían á sendos pensamientos y á sendos afectos opuestos, por la necesidad absoluta de contrastes que sentía siempre y á la con-

tinua su naturaleza de artista. Así puede asegurarse que los proyectos acariciados en aquella crisis eran tres; primero y principal, refrenar el poder de Agripina; segundo y no menos grave, conseguir el amor de Popea; tercero y último, deshacerse de Británico por cualquier medio. Hemos puesto entre los últimos este plan y acaso debiéramos ponerlo entre los primeros. ¡Caso rarísimo de hipnosis!, como ahora se dice. Aquella especie de mágico ensueño por que pasara; el eco de las voces místicas que traían de los cielos y de los misterios consoladoras nuevas; las nubes de incienso que subían en espiral á lo alto; el centelleo de las lámparas que penetraba en los abismos del espíritu; la cena religiosa donde las almas se desceñían de los cuerpos; ora fuese por lo poco preparado que Nerón estuviera de suyo á comprenderlo con claridad, ora fuese por lo perturbado de sus nervios y por lo neurótico de su complexión y por lo extraviado de su carácter, es lo cierto que le habían dejado la huella tan sólo de una pesadilla, en la cual pesadilla no veía otra cosa que la conjura de Británico y de su corte contra la corte y la persona y el trono de Nerón. Así, después de todas las emociones sufridas en aquel viaje á lo profundo y de todos los ataques epilépticos experimentados; su pensamiento y su voluntad se reconcentraban en este doble fin: hacerse con Popea y deshacerse de Británico. Poca distancia en él entre la idea y la voluntad. No concebía un proyecto en su inteligencia, cuando ya lo realizaba en el hecho y en el espacio; como á lo mejor, del hecho y del espacio se retraía, dando un salto mortal á los ensueños y las imaginaciones.

Para distraerse, trazaba borradores de cartas dirigidas á Popea y esbozadas de la siguiente suerte: «Yo quiero que seas Penélope de este tu rendido Ulises, y que te defiendas del marido con quien ahora vives y del mismo con quien deberás mañana vivir, de Othón, encargado, no de poseerte, sino de guardarte, para que nadie te posea, como se defendía Penélope de sus requiridores y pretendientes. Conozco que tus dedos no están acostumbrados á hilar ni á tejer, y que inútilmente pediría hoy á tu divina ociosidad una tela como la inacabable tela de Penélope. Mas piensa en mí, que harta ocupación te dará este pensamiento; y créete que ninguno de mis rivales podrá ofrecerte las ventajas que yo, ni echar á tus pies los

presentes que podré yo echar, pues no me cabe mi corazón en el pecho, ni mi amor en el corazón. Antes que hayan pasado cuatro lunas por el cielo, estarán unidos nuestros cuerpos en el mismo tálamo cual cariñosísimos esposos. Ya me pongo á contar, y mira que los amantes sabemos contar, el tiempo que nos separa de esta unión. Cada grano de arena que se va en el reloj y se lleva lo presente y nos acerca lo porvenir, me quita una montaña del pecho. De rodillas quemo incienso á diario en los altares de todas las divinidades para que los dioses te guarden y te prosperen la salud. Yo conozco muy bien cómo eres de burlona y escéptica, por lo cual quizás no des crédito con tu asentimiento á lo dicho por mí con tan ingenua sinceridad. Te juro por mis abuelos, todos dioses, que en cuanto hayas realizado el indispensable divorcio de tu marido y unídote al guardián que pondré yo allí para celar tu vida y tus actos, nos uniremos por medio de un himeneo natural, más legítimo que todos los himeneos civiles y religiosos. Pero que mi amor inmenso no se vuelva en demérito á tus ojos, cuando es á la verdad un grande mérito, pues las mujeres soléis querer poco á quien os quiere mucho. Pero mi mayor esperanza nace de este mérito. Si tú lo desconoces ó lo rehusas, ¿qué será de mí? Dándote todo mi ser cesáreo en plena propiedad, te doy algo como el dominio luminoso de Júpiter y el dominio obscuro de Plutón reunidos. Los besos de amor se juntaron en los labios, y se juntarán en los senos las lágrimas de regocijo. Yo sobrepongo en estimación al nombre de emperador del mundo este otro nombre, que con tanta justicia me darás ahora, el nombre de apasionado amante tuyo. Si necesitas que los llantos de mis ojos ablanden la peña de tu pecho, puedes contar con un diluvio que dejará atrás el célebre de Pirra y de Deucalión. Yo recuerdo la primera vez que te vi. Una guirnalda de rosas ceñía tu frente, una túnica de lino flotaba sobre tu cuerpo, llevabas en la mano una cítara de oro y en los ojos un rayo de armoniosa inspiración. Me pareciste Venus en persona. Así me adscribiste á ti, como está el cuerpo adscrito al espíritu, que diría Séneca. Y quien manda tiránicamente á todo el mundo, te suplica de hinojos á ti que le correspondas con tu amor su amor. Y amándome, ni siquiera puedes temer que un dios adverso te persiga, porque hasta los dioses son cortesanos de Nerón. Yo necesito ya

tener quien á mí se parezca en el mundo, quien me continúe, quien recoja mi herencia; y esto no podré nunca obtenerlo de Octavia, que no se acerca, ni se puede acercar, á mi tálamo. Imposible comprender que Octavia se llame mi esposa, cuando sólo es mi hermana, y te llames tú mi amiga, cuando eres mi esposa. Así presiento que te han los cielos reservado el destino de perpetuar en lo porvenir el nombre y la sangre de Nerón. El primer hijo que tengamos lo consagraremos á las divinidades sublimes de nuestros abuelos en Grecia. Entraremos bajo aquellos arcos de laureles, siendo yo Júpiter sin veleidades y tú Juno sin celos. La tierra me debe su paz, el mar su seguridad, el cielo su esplendor; y sin embargo, no aspiro á más premio que tu cariño, ni quiero ya más imperio que el imperio sobre tu ánimo. El vencedor de todos se declara vencido por ti; el dueño de todo, súbdito de ti; el dios sobre todos, consagrado á ti. ¿Qué triunfador tuvo entre sus despojos, como lo tienes tú sola, todo un Nerón? Eres más que Hércules, porque sólo tuvo Hércules el león de Nemea. No creas más dulce la raza de los animales que la raza de los césares. Domar como has domado á Nerón, ¿qué trabajo hercúleo á este comparable? Lo mismo de ti me acuerdo en la noche, cuando el cielo está lleno de estrellas, que al despertarme por la mañana, cuando el suelo está cubierto de rocío. Yo mando sobre Roma; pero no mando sobre mi cólera. Y te digo esto para mostrarte que prefiero envíes la muerte misma en un veneno, al desdén asesino en tu carta: furioso de no merecerte, llegaría seguramente á matarme ó á matarte. Pero yo he adivinado que me amas; pues muchas veces, cuando en casuales encuentros he topado contigo, al clavarte mis ojos, he visto en el rubor de tus mejillas colorarse de suyo el interno incendio de tu amor. Y tengo yo algo superior á esta figura que te conmovía y entusiasmaba; tengo mi voz de oro, á la cual todo se suspende, hasta lo inanimado, y á la cual todo se emboba para encantar la vida; como tengo unos discursos para regalarte á ti el oído, los cuales únicamente pueden por sus bellezas de idea y sus armonías de forma compararse con los versos de mis composiciones y con la melodía de mi música. No quererme sería no admirarme. Y bien sabes cómo yo aun tolero que no me quieran, pero jamás toleraré que no me admiren, cuando me diera el cielo tantas coronas de poeta y de músico, superiores

á mi corona de césar, y por las cuales debe suspirar una joven como tú, admirable y admirada Popea. Si me amas, envaneceréme como el vencedor so los arcos de triunfo, y compartirás mi soberbia; si me desamas, lloraré como un verdadero niño; mas niño y todo, nunca te perdonaría, sobreponiendo á mi bondadoso natural de artista la desgracia mi perverso natural de tirano. Yo te creo amante; no me salgas pérfida, porque uno y otro nos veríamos heridos de la divina cólera, por la perfidia tú, yo por la credulidad. Asegúrote que cuando yo cobre la posesión absoluta del poder, tras la cual ando, el epitalamio dulce resonará en tu corazón satisfecho; arderán las antorchas nupciales encendidas por nuestras manos; y la flauta del dios Pan celebrará en sonidos campestres sin fin, juntamente con el idilio de nuestras bodas, la dicha de nuestro amor, en el cual ardo, como arde una campiña fresca, si el Euro abrasador la castiga y azota, nutriendo y aumentando con soplos ardientes el incendio de sus mieses. Los dioses te han hecho para los placeres del amor y te han destinado á mi vacío lecho. Músico yo como Apolo y de vida embriagadísimo como Baco, si aquél amó á la hija de Alfeo y éste amó á la hija de Gnois, yo te amo á ti sobre todo y ante todo en el mundo. Si yo quisiera, créelo, hacerme amar, las nereidas del mar, las náyades del arroyo, las ninfas del campo vendrían á buscarme todas, convirtiendo el alto Palatino en gruta de sus amores, y Venus misma dejaría el helénico mar en busca mía, ó acaso me llevara en los brazos suyos á la concha de nácar opalada en que al universo entero hechiza y enamora. Hubiera querido callarte una pasión tan exaltada como esta pasión mía, en espera del momento feliz destinado á sentir y saborearla sin miedo y sin rivales. Después que hayas recibido esta carta, no tendrás inconveniente alguno en recibirme á mí también; y después que la hayas devorado con tu vista, no tendrás inconveniente, no, en devorarme á mí con tus besos. Premio extraordinario y sobrenatural casi, pero merecido y justo. Un césar se parece mucho á un piloto en las tempestades que le cercan y en las tormentas que le amenazan. Pues como el piloto requiere un puerto en todo viaje, requiere á Popea el césar en todo deseo. Y cuando pienso que otro mortal te posee, mientras yo suspiro por ti, pierdo el seso completamente y rabio de celos con esa furia devasta-

dora que sólo conoce mi pecho. ¿Qué me importa llenar un trono si está vacío mi lecho? ¿Qué me importa poseer el mundo si en mis barbas tu esposo posee el cielo? Esta reflexión me hiere profundamente. Y esta herida no se curará sino después que pueda llamarte á boca llena mujer mía y emperatriz conmigo, porque no intento yo un crimen, intento un matrimonio. Tus ojos me han dado la esperanza; no me la quiten tus labios. Yo tiendo á tus pies mis manos suplicantes. ¡Quién puede gloriarse, como tú, de tener un césar por esclavo! Yo mismo heme á ti encadenado. Remacha mis voluntarias cadenas con tus manos y átame al lecho de tu alcoba para siempre, como el can vigilante que tienes atado hasta su muerte á la entrada de tu palacio. Me llamo cien veces perro y esclavo, ¿no querrás llamarte ama de quien así á tus caprichos se rinde y prefiere tu látigo á su cetro? Me has clavado tantas flechas con tus ojos en mi pecho, que no puedo arrancármelas y necesito el bálsamo de tus lágrimas con el cauterio de tus besos para cicatrizar tantas heridas y restañar tanta sangre. No pudiendo manifestarte de otra manera mi amor, escribo, escribo, escribo, sin saber ya, tras tanto escribir, ni qué te diga, ni qué me diga. Perdóname, y premia el delirio patentizado en la incoherencia de mis palabras con el galardón de tu amor.»

Así hubiera continuado de seguro el césar, si no interrumpe su privado de aquel momento, su predilecto, su abominable Tigelino la faena.

—¿Has hecho todo cuanto te he dicho? — preguntóle el césar.

— Todo — díjole su parásito. — Los romanos únicamente vivimos para nuestros emperadores.

— Y hacen bien, perfectamente. Con este gran ejemplo de disciplina en lo alto se arraigan los hábitos abajo de disciplina, sin los cuales no podría el culto imperial sostenerse.

— Así componéis el mundo á vuestra imagen. Cuando le duelen al emperador las tripas, le duelen al Imperio. El día que señales un alimento con tu preferencia, lo tragarán hasta los mismos á quienes les repugne, y el día que te purgues, de saberlo tus súbditos, se purgan todos.

— Por eso la corte y los cortesanos deben mirar mucho lo que hacen, pues no pudiendo al emperador acercarse las gentes, acér-

canse á los suyos, á sus familiares, á sus domésticos, y los imitan y los siguen.

—Eso hay que contárselo á tanto griego como te rodea.

—¿Quieres decir á mis libertos?

—A tus libertos quiero decir.

—Pues ahora no hay tantos como bajo Claudio entre mis familiares. Los libertos comenzaron á encargarse desde los tiempos del divino Augusto de toda la corte. Mecenas le dió al primer emperador este consejo. Ya en tiempo de Calígula casi todos los cargos eran para los siervos emancipados, liberalidad agravada en tiempo de Claudio. Tenemos de cortesanos á los libertos, para humillar y fustigar á los nobles. Así, vale más una corte compuesta de grecistas que un senado compuesto de patricios.

—Y luego—añadía Tigelino, abundando en el pensar de Nerón,—como siempre, tenéis aquí un mosaico de todos los pueblos: la sagacidad y astucia de los orientales, el arte cómico perfecto y la elocuencia continua de los griegos, las gracias y chistes de los sirios, la incisiva causticidad de los egipcios, hasta la sabia economía de los judíos; todo aquello que han esparcido y separado los dioses por el mundo.

—Dueños del mundo—añadía Nerón—los romanos emperadores, al mundo le pedimos esclavos, no sólo para que nos sirvan, para que nos instruyan acerca de sus respectivos países.

—Y así, poco á poco, el Estado se va convirtiendo en propiedad de todos y dejando su carácter especial romano que tanto le distinguiera y le calificara un tiempo.

—Mas, para contrastar tales influjos, contamos con amigos como tú, de cepa clásica y de poder moral sobre mí, superior al que puedan ejercer todos los libertos del mundo.

—Tú me llamas el amigo de por vida, el compañero de tus placeres, el guardián de tu persona y las gentes me llaman el parásito.

—No hagas caso de las gentes. En su ignorancia no comprenden la necesidad que tenemos de ciertos servidores y el bien que nos hacen sus servicios. Te tiran á muerte; pero tú tienes un escudo inmenso, que es Nerón. Perdona si divierto á otro mayor objeto que las habladurías romanas tu ánimo, y perdona que te pregunte si ves á Popea y con Popea frecuentemente hablas.

—¡Vaya si la veo con frecuencia y vaya si hablo expansivo con ella!

—Yo necesito un amor para mi vida; y la mujer en quien mi atención y mi pensamiento se fijaran; la que yo creí amante sin par y resuelta con resolución irrevocable á seguirme, Acté, ha ingresado en no sé cuál secta y hecho no sé qué promesas de castidad á sus dioses, por lo que no puedo entenderme con ella, y necesito salir de mi soledad, entrando en unos amores indispensables, para que, viviendo feliz en mi hogar tranquilo y con una familia verdaderamente amada, pueda consagrarme á los negocios públicos, mantenido por los brazos predilectos y animado por los ojos como luceros de una mujer amada.

—Nerón, la fidelidad se funda en la franqueza. Popea te ama, según me ha dicho; pero cree que un amor consagrado á persona tan alta como tú, no puede menos que ser un amor exclusivo primeramente, concienzudo después, público al fin, y por público, autorizado en la religión como en las leyes.

—Explícame todo eso. ¿Qué quiere decir por un amor exclusivo?

—Un amor incapaz de consentir, no ya rivalidades y competencias con otra mujer que juzga ella imposible dentro de una pasión verdadera é intensísima, con individuos de tu familia cuyas sombras obscurecerán la mutua dicha de los dos amantes.

—¿Qué individuos de mi familia la inquietan?

—Primero Agripina.

—Pues que dé á la emperatriz por muerta. Tanto me da matar á mi madre como si matase una mosca.

—Después Octavia; no quiere Popea ser tu manceba de un día, quiere ser tu esposa legítima de siempre.

—Octavia, Octavia..... Morirá también. Pero necesito más tiempo ciertamente para desasirme de Octavia que para desasirme de Agripina. El nombre de su padre y la complexión de su carácter le dan partidarios á los cuales no puedo desconcertar para perderla, sino con astucia y perfidia, que requieren disimulo, silencio y tiempo.

—Pero no le basta con Octavia, como tampoco le basta con Agripina: la primera le incomoda porque amenaza la tranquilidad

de su corazón, y la segunda le incomoda porque amenaza el goce que debe tener la esposa de un césar del Imperio ó de sus múltiples bienes.

—¿Quiere más víctimas inmoladas en los altares de su amor?

—Las quiere y las necesita.

—¿Cuál?

—Británico.

—¡Bah, Británico! Tanto me importa matarle como si matara un recental. No le degollaré, porque la sangre tiene mucho de llamativa y escandalosa; pero nos ayudará Locusta con un veneno, y saldremos de Británico.

—Al término de todo esto, Nerón, se hallará el amor que necesitas y aparecerá la mujer que deseas; al término de todos estos sacrificios.

—Ninguno de ellos me importa. El remordimiento no penetrará en mi conciencia, porque me hallo facultado por los dioses para imponer la muerte á quien se interponga en mi camino y asombre con esta interposición de su cuerpo el disco de mi autoridad. Pero ya sabes que las gentes de abajo apenas comprenden lo que arriba pasa, como no se comprende nunca desde un hondo valle ni el aire ni la vida que reinan en las cumbres de los altos montes. Ha prescindido de Octavia, dirán unos, la mujer que le aportó en su canastilla de boda la diadema imperial. Ya dice para molestarme y malherirme mi madre Agripina esto mismo, siempre que me amonesta y riñe. Pues no te quiero decir cómo se ponen todas las madres contra los hijos descastados, aunque sean esos hijos tan buenos como yo y esas madres tan malas como mi madre. De Británico no quiero decirte que lo ha esta mala mujer, á quien debo la vida, hecho un instrumento de terrible combate contra mí para perseguirme á muerte y aniquilarme si puede. Pero yo romperé todos estos instrumentos, empezando por Británico, el cual me parece ahora mucho más frágil que los restantes y por ende mucho más pronto á quebrarse de suyo entre mis manos.

Celebrábanse á los pocos días de tal diálogo las fiestas saturnales en Roma. El sentido común y el habla vulgar han prestado á esta palabra una significación de placeres y desórdenes colectivos, los cuales pugnan á la verdad con el origen y el carácter que tuvie-

ron las Saturnales en Roma. Dase nombre de saturnal á cualquiera de los espectáculos inmorales que se ofrecen tras una comida campestre ó una orgía ciudadana, en que los comensales se embriagan y acaloran, escandalizando con sus palabras y desatinándose ellos mismos en sus obras. Mas con el comienzo de la Historia romana en sus más remotos anales y con el ministerio representado por Saturno en la vieja religión, estas fiestas coinciden, fiestas esencialmente religiosas. Como en las Exposiciones internacionales un mercado sea la distracción y recreo principal hoy, en las fiestas romanas era principal diversión y recreo una feria. Y la feria, que quiere decir trabajo para quien vende y compra, quiere decir ocio para quien á ella como aficionado y espectador asiste y en ella se huelga y se recrea. Así llamamos todavía en el habla corriente y vulgar á los días festivos días feriados. En los correspondientes á las Saturnales dábase mucha paz á la mano y á las lenguas mucha guerra. Por esto sin duda Macrobio dió el nombre de *Saturnales* á un libro enciplopédico, en que habla de cien asuntos que comprenden desde la historia de muchas palabras latinas y frases y refranes, hasta los comentarios de la *Eneida* y los loores á Virgilio, mezclados con observaciones de alta crítica. El capítulo segundo de tal obra nos habla del origen de las conversaciones de sobremesa que se han prolongado hasta nosotros, y de las declinaciones de la palabra saturnales, que se sale un poco del régimen gramático y del uso común por la vetustez de semejante palabra. El escritor niega que la religión á Saturno consagrada provenga del Egipto. Todo lo contrario: el Egipto no admitió entre sus dioses á Saturno hasta que lo impuso muy tarde Alejandro, devotísimo suyo, y lo confirmó y mantuvo la sucesión de Alejandro, los Ptolomeos, que reinaron á la sombra de tan excelso héroe. Y esto último es tan cierto, que como exige el culto de Saturno sacrificios de animales, y sangre, por ende, muy detestables á los egipcios, los templos á Saturno se erigieron en las afueras de las poblaciones egipcias para que su hedor no contaminase la trascendencia á incienso que despedían los puros templos egipcios. Cosa difícil averiguar la genealogía y estirpe de las antiguas festividades romonas, porque todas ellas se hallan ceñidas de tinieblas y en todas entra por una parte principalísima el misterio. Había en ellos

mucho que podía siempre decirse, pero mucho que se callaba, como los secretos de confesión ahora, y que permaneció reservadísimo á unos cuantos iniciados, guardadores de cierta vieja tradición oral, perdida para siempre. Reinaba de antiguo en tierra de Lacio, Jano, á quien atribuyó la mitología dos caras, una mirando á lo pasado y otra mirando á lo porvenir. Y cuando más indisputado y menos compartido parecía el poder de semejante dios, aparecióse por las playas de Regio, yendo en misteriosa nave, Saturno, que traía inventos, por los cuales alzóse á las aras y obtuvo la devoción de los obligados á su culto por el agradecimiento. La hoz, llevada por Saturno en guisa de cetro, recuerda cómo este dios enseñó á los latinos el injerto en los árboles y colmó de panales y mieles de infinita dulzura, que antes fluían por los troncos á su grado, las próvidas repletas colmenas. Consiguientemente con todo esto, las primeras festividades á Saturno se conmemoraban ciñéndose sus devotos con ramos de higueras y regalándose bollos amasados con miel. Así los tiempos de Saturno se llaman en todas las edades posteriores tiempos de felicidad, lo mismo entre los poetas que entre las pitonisas, lo mismo entre los oráculos que entre los sacerdotes. Y como eran siempre de paz y felicidad, no había desgracias. Y como no había desgracias, no había seguramente aquella peor cien veces que la enfermedad y que la muerte, no había esclavitud. De aquí resulta el principal carácter de las saturnales, la libertad completa de manos y sobre todo de lenguas dejadas á los esclavos en ellas. Pero hubo más: el

Estatua de Saturno

buen Saturno representa un paso de progreso en los sacrificios, porque sustituye al infernal Plutón y significa el tiempo coordinado y corriente surgiendo de la tenebrosa é indeterminada eternidad. Y como á Plutón en sus sombras se le consagraba una cabeza humana donde los ojos se habían extinguido, á Saturno en su luz se le consagraban unas ardientes y vivaces antorchas que iban de mano en mano alrededor del templo de su divinidad. Estas antorchas fueron de cera en agradecimiento á la invención por Saturno del colmenar y las colmenas. Así, en las puertas de sus templos hay tritones con una bocina en la boca, y aquellos tritones con las colas hundidas en el agua y la cabeza de persona en el aire significan el tránsito de una vida inferior á una vida superior, como las bocinas representan el principio de unas edades históricas, en las que suena la verdad como no había sonado en las edades caóticas de los protoplasmas y de los gérmenes. Celebrábanse las saturnales en Enero; porque á Jano se consagró Enero, á Jano que le precedió en el trono de las divinidades romanas, y á Saturno mismo Diciembre. Parece imposible: una cosa tal como la fiesta de Saturno se inventó para dulcificar la dura esclavitud, prestando á los siervos siete días de libertad anuales, en los que soltaban sus lenguas y decían á grito herido sus quejas. Pues unas saturnales en las que Británico se creyó autorizado á decir lo mismo que decían los esclavos en tal ocasión y con motivo tanto, fueron la causa ocasional de la desgracia experimentada por aquel príncipe, á quien ya tenía entre ojos, desde las preferencias de Agripina, el celoso y receloso Nerón.

Quien hubiera seguido los pasos de Nerón entre sus confidencias últimas con Tigelino y las fiestas saturnales, viéralo deslizarse como una sombra en los gabinetes reservados á Locusta y recibir de la envenenadora terribles consejos y advertencias para deshacerse de sus enemigos, hasta quedarse, si así le pluguiera, sólo en el mundo. La educación, que presta los temperamentos y los caracteres sobrepuestos al temperamento y al carácter nativo de cada persona, se recoge con suma facilidad en el aire, y como los elementos de la respiración y como los átomos de la nutrición á cada cuerpo, se la asimila el espíritu. Abiertos los nervios del joven césar á todas las impresiones y dócil el espíritu á todos los

ejemplos por aquella susceptibilidad natural suya, de que adolecen los temperamentos exaltados y las almas artísticas, no dejó nunca de comprender cuánto sirvieran en el Imperio las drogas de aquella maga horrible á los planes y á los proyectos de su ambiciosa madre. Así pensó reproducir en el hijo la escena misma de la muerte del desdichado Claudio. El mucho vino, la grande alegría, el placer conexo con las saturnales, las cenas orgiásticas, la libertad reconocida en todos los siervos por obsequio al dios, el desate y suelta de las lenguas, habían de sugerir á Británico alguna imprudencia, muy análoga de suyo con la que otra vez cometiera delante de su madre misma, de Agripina, cuando en una tesis oral, entre literaria é histórica, la insultó, y ésta se volvió contra él como una víbora, y no le picó por miedo á que Claudio se interpusiera en su terrible acción y le atajara el paso. Pero ahora, todo cuanto había inventado Agripina contra Británico le servía de apoyo á Nerón para castigar al joven hermano y hacerle sentir el poder infernal de su grandeza y el alcance de su facultad de producir el mal, que llegaba en su extensión hasta parecerse al poder mismo de la muerte.

Corrían las saturnales. Cuantos ritos señalaban los viejos anales romanos, otros tantos se cumplían en el palacio de los césares, obligados á ensalzar la religión más, pero mucho más que los últimos plebeyos. Nerón, por tanto, debía pasar en la cena saturnal por un esclavo, y Británico por un emperador. Británico tenía derecho por ende á decir cuanto el gusto le pidiese; Nerón deber de callarse como un muerto. Habíase arreglado la cena como en las mayores comidas, pero no le tocaba el sitio preeminente al césar, le tocaba en este particular momento á Británico. Reinar, aunque fuese por un momento, le ponía fuera de sí al misérrimo príncipe, como dejar que otro reinase le ponía también fuera de sí al misérrimo Nerón, que no podía tolerar el eclipse de un minuto á su poder y á su gloria. Para mayor tormento no estaba solo, y tenía en el puesto inferior adonde le condenaban las costumbres y las mascaradas saturnales, junto á sí, las dos mujeres que más le atormentaban en el mundo, su esposa Octavia y su madre Agripina. La repugnancia experimentada por él ante una y otra tenía tal fuerza, que cerraba los ojos para no verlas y los oídos para no escuchar-

las, gozándose con sumo gozo en contemplar y oir á las dos ausentes, á Popea y Acté, que llevaba en lo interior de su alma y aparecían á cada evocación suya en los infinitos espacios de su pensamiento, embargado con incontrastable y continuo embargo del amor y del arte. Colocados ya todos los asistentes en sus sitios respectivos, empezaron las conversaciones predecesoras del discurso que rumiaba el infeliz Británico, y que fulminado por sus labios debía caer como un rayo sobre su cabeza y troncharla.

CAPITULO X

IMPLACABLES VENGANZAS

Tres grupos capitales formaban los asistentes al banquete: los grupos de Británico y sus compañeros; de Nerón y su familia; de los filósofos y poetas, presididos aquéllos por Séneca y éstos por Lucano. El gasto y el enorme lujo excedían en estas comidas á cuanto en otras se mostrara. No podía el Palatino, la residencia de los emperadores, dejarse vencer por nadie, á causa de que no podía superarlo todo sino siendo superior á todos. Así las escuadras del Imperio empleábanse muchas veces en llevar manjares al emperador. Nerón ponía desde los parthos hasta los andaluces á contribución para que le regalaran y enriquecieran la mesa. Los huevos más ricos de mujol mediterráneo, los sesos mejores de faisanes bravos y pavos indios llegaban en las naves que por cuenta del Estado recorrían todas las costas del mar. Las ostras del hermoso Lucrino, las almejas de Lusitania, las castañas negras y amarillas, las aves más raras puestas sobre muy gordos espárragos costaban un ojo de la cara y hacían perder de gusto el sentido á los glotones romanos. Las flores, únicamente las flores allí esparcidas, en meses á ellas tan opuestos como enero, costaban millones de sestercios. No

hablemos de la decoración fastuosísima, de los perfumes concentrados químicamente y luego diluídos en los aires hasta compenetrarse en ellos, de los regalos apercibidos á cada convidado según su categoría y dignidad. Cultivábanse ya en las aguas con dispendios enormes las gelatinas llenas de numerosos huevecillos que contenían sabrosos pescados, tan caros como si fueran objetos fabricados con metales preciosos. Aquel orador tan celebrado en los últimos días de la República, Hortensio, se ufanaba, más que del brillo de sus arengas, del acierto con que mostró á sus conciudadanos la mejor manera de asar los pavos reales. Las gallinas africanas merecían menciones de Plinio. No hablemos de vinos: el mismo Sófocles denominó á Italia la tierra preferida de Baco. Las aceitunas y los aceites que llegaran en tiempo de los Tarquinos obtenían superior cultura y privaban por su excelente sabor. En higueras se las apostaban los italianos con los griegos, y su cultivo se pierde allá en la noche de los tiempos y se junta en la obligada memoria romana con el agradecimiento á las primeras divinidades itálicas. Pero no obstaba esta fecundidad del suelo propio para que los italianos comieran en tiempo de Nerón higos prensados y secos de Siria y de Africa. No menos gustadas las almendras, aunque más recientes, pues no las probó Roma sino después de Claudio, como no probó las ciruelas sino después de Catón, como no probó las cerezas sino después de Lúculo, es decir, en tiempos muy cercanos. Al revés las granadas y su origen se perdían en tiempos inmemoriales. No así los melones y las sandías, que se habían extendido bajo el tercer emperador, contando como tal á Julio César, bajo Tiberio, predecesor de Calígula, como Calígula de Claudio, como Claudio de Nerón. A esto se unían toda clase de ricas especias que regalaban el gusto y el olfato en aquellos babilónicos banquetes romanos, ante los cuales hubieran palidecido tantos y tan célebres como legaran á la humana historia Baltasar y Sardanápalo. Pues los banquetes que tenían algo de litúrgicos y religiosos, como los dados en las saturnales, aún excedían en riqueza y lujo y brillo á los banquetes dados en otras ocasiones y con otros motivos diversos. Nerón á sí mismo se sobrepujara en aquel banquete, donde, por precepto sacro, Británico debía orar como un césar divino y él callarse como

un mísero esclavo: que tal inversión de oficios y tal cambio de papeles pedían las saturnales.

Pues si el paladar y el olfato se regalaban en estos banquetes, no se regalaban menos los ojos. Las preciosas telas multicolores de lino; las gasas abigarradísimas y cubiertas con realces de oro; las sedas finas de suyo hasta transparentarse; los mantos de tisúes mencionados por Plinio y Tácito como verdaderas maravillas; los cambios frecuentes de trajes á cual más rico; la vistosidad de colores á cual más llamativo; las púrpuras y carmines tirios; los tintes amatistas de un precio tal que por disposiciones suntuarias vióse Nerón obligado á prohibirlos; los diamantes llevados por Mitrídates la primera vez á Roma y puestos en tumbagas; las esmeraldas escitas; los ópalos rosadísimos, las vitrificaciones de todos matices talladas por buriles artísticos de primer orden; las perlas más estimadas que todas las otras piedras y tan en favor que los césares las incrustaban en los cubículos donde dormían, cuando algunas costaran seis millones de sestercios, como la que regaló á Servilia, madre de Bruto, Julio César; las redes hechas para sobrepuestas á las vestiduras con aljófares y piedras preciosas que llegaron á costar cuarenta millones de sestercios; los tesoros y joyeles del Asia y del Oriente, hacían de una comida imperial espectáculo tan maravilloso, que apenas podemos concebirlo en los desvaríos y exageraciones de nuestra imaginación, ni aun excitándola y sobresaltándola con exageraciones más ó menos fantásticas adrede. Pero lo más inconcebible todavía para nosotros, acostumbrados al esparcimiento y recreo en los regocijos, era ver sobre tanto exceso de vida, sobre tantas obras de arte, sobre tantos dispendios hechos para la nutrición y por ende para la conservación del cuerpo, volando, como un enorme y negro murciélago de negras alas, nada más que la muerte, compañera inseparable de todo despotismo. Podía decirse que sobre Locusta, sobre sus alquimias, sobre sus componendas, sobre sus maniobras, sobre sus cazoletas, como sobre bases inconmovibles, ponía Nerón toda la inmensa mole del Imperio. Así, mientras tuviese á la envenenadora envuelta en misterios, apareciendo como una evocación de magia y desapareciendo como una sombra del orco, pronta siempre á herir sin avisar, no se curaba mucho de cuanto contra él hacían, en la

seguridad completa de romperlo y desbaratarlo por un poder tan eficaz de suyo y tan incontrastable para la destrucción como el poder de la muerte. Así una nube de tristeza corría por el aire aquel, trocándolo en pesadísimo, á manera de las presiones atmosféricas que adoloran la frente y encienden los ojos. Mas escuchemos las conversaciones entabladas en el banquete por los tres grupos á que aludiéramos antes, y que nos darán el hilo para ir por aquel intrincado laberinto de pasiones, á cual más intensa en los corazones, por lo mismo que no cabía la exterior expresión, permitida únicamente á los pueblos libres, ni la franca y leal aparición de lo encerrado en las entrañas del espíritu. Cada romano llevaba junto á sí un esbirro. Sobre las orquestas de un festín se oían sollozos de duelos y entierros. Nadie sabía si al apurar una copa de falerno, apuraba un verdadero tósigo. A lo mejor desaparecían los ciudadanos como si hubieran caído en el averno, y nadie preguntaba por el desaparecido en los temores naturales á que trajese aparejada la pregunta una sentencia de muerte. Así muchas veces iban los convidados á estos convites como reses al matadero, muy recelosos, muy escamados, con los párpados y los oídos abiertos á todos los vientos, ignorando si el suelo estaría minado, y al poner la planta sobre aquella superficie se les hundiría con verdadero estrépito y los devoraría con su insaciable voracidad. Y este carácter, común á todas las festividades aquellas, recrudecíase por una razón muy natural en festividad imperial y religiosa y artística y carnavalesca como las saturnales. Mas escuchemos á los principales interlocutores.

—¡Grandioso festín este festín de la libertad!—exclamaba gozoso Británico sin ver la muerte que aleteaba sobre su cabeza.

—Preferiría un banquete de Platón—añadió Tito, acostado en los lechos de la mesa, junto á su predilecto Británico.

—Pues yo digo—añadió Vitelio, muy ligado entonces con los dos jóvenes príncipes, á causa de la nueva dirección trazada por las ideas de Agripina respecto del pobre y amenazado Británico;—yo digo que un rey de nuestros festines romanos, cosa ninguna puede envidiar al mismísimo Sócrates en persona, al mismísimo Sócrates.

—Habla con más respeto de Sócrates, Vitelio—dijo al privado de su madrastra el príncipe.

—Yo, ni le denuesto ni le desdoro; mas estoy en el caso de advertir que prefiero los banquetes romanos á los banquetes platónicos, porque no había en éstos el toque de regocijo y de voluptuosidad que hay en los nuestros.

—¡Voluptuosidad!—exclamó Tito.—Exceso de vida y de sentimiento. ¡Oh! Mucho más á la naturaleza cuadra y mucho más con lo pobre de nuestro ser concuerda una dulce tristeza.

—Siempre, sí, mas no ahora, no en esta festividad hermosa de las saturnales, festividad en que podemos dar al viento las ideas como nos plazca y hacer aquello que gustemos.

—¡Triste libertad ésta violentísima y transitoria! En vez de luz tibia, dulce, templada, luz de sol que dura, es luz intensa y centelleante, luz de relámpago que te deslumbra, te ciega, te atruena, te sacude con violencia y pasa.

—No hablemos de libertad—exclamó Británico,—no hablemos de libertad—viendo el melancólico sesgo que habían tomado las ideas de su hermano espiritual Tito á este respecto.—Hablemos de lo que antes hablábamos, de los festines en Roma.

—Pues hablando de los festines en Roma, dígote, mi buen Tito, que nadie conoce lo capital y lo primero de ellos, los coloquios célebres, los dichos inolvidables, las frases consagradas por el tiempo, como Vitelio, reputado entre todos de muy buena memoria.

—Pues dinos frases consagradas y célebres, Vitelio, puesto que las guardas con tal cuidado en la memoria y luego las recitas con tanta facilidad de corrido y de coro.

—Te gustará, Tito, te gustará mucho el arte con que Vitelio recita estas frases.

—Una vez—dijo Vitelio, entrando de lleno en materia y sin hacerse rogar más—que Aníbal, errante y proscrito, encontró franca hospitalidad en la corte de Antíoco, como éste, para deslumbrar al gran general cartaginés le mostrase arneses de todos colores, armas cinceladas como juguetes, elefantes cargados con torres de marfil en sus espaldas, bridas de oro y frenos de plata, diciéndole si habría con todo aquello bastante para los romanos, respondióle Aníbal: «no bastante, sobrado, por avarientos que sean.»

– Pues yo creo más graciosa y feliz – añadió Británico – aquella otra respecto de Marco Antonio, que has dicho en varias ocasiones á mis amigos, según éstos me han contado.

– No me atrevería, no, á ese recuerdo por tratarse de un tan cercano deudo tuyo.

– No importa el parentesco mío con él. Dila.

– Con tu permiso. No ignoráis que Antonio, el gran general romano, bebía mucho. Y no ignoráis que, vencido, no obstante su valor hercúleo, en Módena, fuése al Egipto. Y como le preguntasen á un subordinado suyo qué hacía el general en el Nilo, respondió: «hace aquello que hacen los perros egipcios, bebe corriendo.» Con efecto, es tal el miedo que tienen los perros egipcios á los cocodrilos del río, que para no caer en sus fauces, beben las aguas á una carrera tan precipitada, que casi vuelan.

– Me gusta más el dicho de Demóstenes respondiendo á quien le dijo que por un medio talento podría pasar una noche á su gusto con la cortesana Lais: «no quiero comprar tan caro un remordimiento.»

– Pues aún me parece mejor el dicho de Publio – exclamó á su vez Vitelio, – que viendo al envidioso Minucio muy triste, dijo: «ignoro qué mal puede haberle sobrevenido á él, ni qué bien á otro.»

– Profundísima frase – dijeron á una todos los circunstantes.

– Cicerón – continuó diciendo Vitelio – se distinguía, no sólo por sus períodos elocuentes, por sus dichos agudos. Una vez que le dieron falerno casi en mosto, encareciéndolo como vino de cuarenta años, exclamó: «nadie diría que fuera tan entrado en edad, parece un muchacho.» En otra ocasión, como le dieran á su hermano Quinto una espada muy larga, siendo él muy bajo, preguntó: «¿quién ata el cuerpo de Quinto á esa espada de Titán?» Y lo mismo era el emperador Augusto de ocurrente y donoso. En cierta ocasión, como le diera su cese á un prefecto de caballería, y éste le pidiese un premio en dinero, diciendo que no lo pedía por lo provechoso de tal suma, sino porque todo el mundo supiese que se la había dado el emperador, «pues mira – dijo éste, – di á todo el mundo que te he dado la cantidad, y no lo negaré yo.» Cierto jorobado abogaba en su presencia, y como dijera: «si algo ves en

mí de incorrecto enderézame.» «Puedo advertirte – le contestó Augusto; – no puedo enderezarte.» Saberio también se distinguía por sus dichos, entre los cuales hay muchos célebres. «Piensa en tus tratos con los amigos – decía, – que alguna vez pueden ser tus enemigos. A nadie permitáis ni toleréis cosas ó especies que pasen allende lo razonable ni lleguen allende lo permitido. Jamás conjuraréis un daño grande sin arriesgaros á correr otro igual ó mayor.»

– ¡Muy bien está eso! – exclamó Británico; – mas ya es hora de que yo me levante y diga lo que debe decir un emperador semanal, como yo, á sus esclavos.

En efecto, la ficción de que Británico reinaba se llevó á los mayores extremos. El rey de aquel grandioso festín le pedía las órdenes á él y no á ningún otro. Las reverencias y las genuflexiones de los cortesanos hacíanse ante su persona y no ante la persona de Nerón. Quemaban los sacerdotes invitados el incienso en sus narices y rogaban por él en las litúrgicas fórmulas á los dioses. Servíansele primero que á nadie los platos, pues el verdadero césar no parecía sino uno de tantos en aquella inversión de todas las dignidades, impuesta por las añejas costumbres y por la secular liturgia. Británico ponía los temas de la conversación; Británico señalaba el orden regular en que debían ir llegando los platos; Británico aceptaba todos los homenajes; Británico disponía toda la serie de diversos espectáculos compañeros de aquella grande fiesta. No había mesa imperial de gala, como decimos ahora, mesa de aparato, mesa de verdadera rúbrica cesárea, sin que acudiesen los libertos en tropel y los patricios humillados, y el sacerdocio dispuesto á tributar un culto al césar que antes á los dioses tan sólo se consagraba, y los farsantes ó cómicos para representar cualquier diversión, y los bailarines y las bailarinas para trenzar danzas, y los bufones para decir gracias, y para dar saltos los titiriteros, y para tocar las músicas, y para entre sí matarse los pobres gladiadores en aquella mezcla de voluptuosidades y de carnicería que compuso la perversión imperial con todos sus excesos y todos sus escándalos. Aquella cena saturnal sobrepujaba en esplendor á todo por el dios de los dioses á quien se dirigía; por los ritos que la consagraban; por la fuerza del tiempo y de la tradición que la mantenían;

por la excepción bien extraña y singular de verse, no solamente los esclavos vulgares y domésticos libertarse de sus amos, sino también alzarse un opreso, un maltratado, un infeliz, un mártir como Británico, por un momento, á ceñir la corona de su padre y á representar el pueblo-rey, en cuyo seno latían pasiones de verdadero entusiasmo por aquel cuitado. Imaginaos con cuál impaciencia soportaría Nerón todo aquello tan opuesto, aunque pasajeramente, á un poder del cual no quería desasirse ni un minuto. Callaba porque temía revelar con una palabra el estado de su ánimo, y dar pretexto al patriciado para mover el ejército contra su persona, y al ejército para mover contra su persona el pueblo. Cualquier palabra suya contra la liturgia era un suicidio. Así pudo señorear su temperamento rebelde á toda prudencia y no le traicionaron sus labios. Pero el ataque nervioso que le sacudía, el sudor que le bañaba, el relampagueo siniestro de sus ojos enrojecidos, el resuello de su pecho ahogado, la convulsión casi epiléptica de su cuerpo, mostraban la crisis horrorosa de su ánimo ante aquel espectáculo, pareciéndole á la verdad próximo un destronamiento de veras, si por acaso consentía mucho tiempo aquel imperio de mentirijillas con que le atormentaban las dichosas saturnales. Séneca, sentado muy cerca de su persona, le decía estas palabras, como en son de disertaciones abstractas sin aplicación á realidad alguna.

— Libertamos hoy á los esclavos de sus dueños y no sabemos libertarnos de las pasiones que nos dominan. Ellos rompen su cadena y nosotros no rompemos nuestra ira. Si sois activo por codicia, valeroso por cólera, muy amante por sensualidad, muy amigo por interés, muy granjeador del vicio, muy libre para el mal, como si nada de todo esto fuerais. Una razón que sólo cree aquello que le dictan sus pasiones, parécese á un amor que sólo busca el placer y satisfacción de los sentidos. La virtud debe ser poderosa, porque cuanto más ella puede, más el bien general gana. Pero debe ser el vicio impotente, porque su poder sólo sirve para el mal. No confundáis la cólera con el valor. Es la cólera una pasión que ciega; y los ciegos con todo chocan y tropiezan. Un general sereno gana de continuo y un general iracundo de continuo pierde las batallas. Roma vence á los bárbaros porque se airan éstos, mien-

tras la ciudad conserva su paz de diosa. El odio mata, pero no engendra. Para engendrar se necesita el amor. Como Dios vivifica ó impulsa el universo, debe vivificar é impulsar el alma de suyo á nuestro cuerpo. La paciencia quizá sustituye al genio en los estadistas; y lo que únicamente se alcanza en poesía por la sobrenatural inspiración, se alcanza en política por hondas reflexiones y mesurados acuerdos.

Aunque Nerón estaba distraído en la grande absorción de sus planes, encaminados á deshacerse de Británico, y oía como quien oye llover á Séneca, no dejaba de recoger alguna de aquellas sentencias estoicas y revolverse contra su forma imperante y contra su sentido de resignación y de paciencia en interiores protestas. La escena muda que pasaba entre su privado Tigelino y él tenía mucho más interés que todo cuanto se hablaba y se decía en el banquete. Poco antes de celebrarse tal fiesta el cortesano había visitado á la envenenadora. Y apenas entrado en la visita, recogió ella todos los zumos varios de plantas venenosas y todas las destilaciones de materias, así minerales como animadas, que daban la muerte con sus corrosivas y aniquiladoras substancias. En un pomo de materia muy consistente y cerrado por modo hermético se concentraban y contenían todas aquellas mixturas preparadas para libertar á Nerón de su émulo y hermano. Quien siguiese á Tigelino tras la entrevista con Locusta viéralo ir en busca del escanciador principal de los emperadores en los grandes festines y entregarle aquel horrible objeto. Ya puede imaginarse, quien leyere, cómo estaría Nerón. En realidad, todos cuantos crímenes en el reinado suyo y en la preparación del reinado se cometieran, habíalos cometido su madre. El primero, á cuya perpetración él solo se había decidido y arrestado, era este singularísimo, el crimen que debía libertarle de Británico. Pero el recelo, el temor, la incertidumbre, la duda, batallaban dentro de su pecho en horrible guerra. No veía más que al escanciador encargado del veneno y no oía sino sus pasos, siguiéndole fascinado á todas partes con los ojos. Sin embargo, estas fascinaciones, esta enajenación de sí mismo, este apegamiento á un solo proyecto no le impidió escuchar la consideración de su maestro acerca del afecto cólera y de la palabra paciencia, contestándole con exaltación en los términos siguientes:

—Aún le parece, madre, á Séneca nuestra paciencia de césares poca. Pues dondequiera que pones mano, tocas una enconada enemistad al emperador y al imperio. En tiempo de la República se combatía con más desahogo á los magistrados y á las magistraturas de aquel tiempo; mas ahora, como el emperador y el imperio componen un todo inseparable, no puede, no, á éste darse un golpe que no caiga sobre aquél también y no lo trastorne todo y no malhiera á todos. Fuera del ejército, aquí no hay gentes fieles. Tras las guerras civiles todos aclamaban al imperio porque el imperio era la paz. Después de haber conseguido este supremo bien, échase muy de menos la pública libertad; y todos quisieran volver á sus agitaciones, aunque trajesen las guerras civiles consigo. En el Senado nadie levanta la voz; pero en las tertulias maldicen todos del gobierno. Los que, sentados en su sede curul, parecen estatuas, así que penetran en un círculo razonan y discurren sin tasa. Dentro de lo más ajeno á la política se halla una tremenda política conjura. Las reuniones literarias son reales conspiraciones. Esas conferencias inauguradas por Polión bajo Augusto llegan á no dejarnos vivir en paz. Un lector se atrevió á decir, imperando Tiberio, lo que sigue: «antes te gustaba el vino; ahora te gusta la sangre.» No hay tragedia sin traidor; y no hay traidor que deje de revestir la forma de un tirano; y no hay tirano que deje de representar y evocar á un césar. Pues qué, ¿no he leído yo en versos, publicados bajo mi propio reinado, estas palabras: «Si los reyes no tienen maestros de perfidias y engaños y maldades y crímenes, ya se los enseñará el trono.» O estas otras: «El veneno sólo se propina en copas de oro.» No puede pasar un hombre de bien, como Trhaseas, por la calle, sin que le imaginen un enemigo del imperio, aunque todos sus discursos comiencen por loas al emperador. Si las lanzas se rebelasen como las lenguas, no quedaría títere con cabeza en Roma. Este invoca un apellido tan republicano como el apellido de Catón; aquél una sombra tan triste y nefasta como la sombra de Bruto. ¿Crees que se puede vivir así en Roma? Voy á recobrar mi poder. Esta misma fiesta, que ahora celebramos, no debía continuar. Cuando la malicia estaba proscrita del mundo, no se corría riesgo en hacer de los amos siervos y de los siervos amos. ¿Quién podría volvernos hoy á los

tiempos de Saturno, sin autoridad y sin leyes, en que los hombres vivían á su grado so las ramas de los árboles, y con una piel de borrego se vestían, y con un puño de bellotas se alimentaban, y bebían por todo licor de rodillas sobre las márgenes de césped las cristalinas aguas del fluyente arroyuelo. Pero ahora, el esclavo que manumitís por siete días, se cree dueño de sí mismo para siempre, y aquel que representa el emperador, como en este momento, no cree representarlo de mentirijillas, como en un teatro, sino de veras y muy de veras.

Cuando llegaba Nerón á este punto de sus reflexiones, Agripina creyó de su deber intervenir en su discurso y mostrarle cómo en palabras también le vencía y superaba, como apercibida por el cielo en divinos designios, no sólo á madre natural suya, sino á su eternal maestra y directora. Implacable perseguidora de Británico, mientras temió que los derechos de éste le quitaran el trono de su hijo, sobre quien estaba segura de mantener su poder, quebrantado ya por las indocilidades nativas á Nerón, habíase vuelto tras estas indocilidades á la devoción del entenado y le alentaba con empeño á irreverencias y amenazas, imaginando fácil mantener su poderío y supremacía entre las rivalidades múltiples de uno y otro. Así, creyóse obligada para la sustentación de aquel gran poder tutelar suyo á dirigirse al emperador, deteniéndole y refrenándole un poco, tanto en las temerarias críticas de los santos ritos del dios Saturno cuanto en los despegos de su hermano, constreñido por ella misma en aquella noche á producirse con toda libertad, sin sospechar siquiera que Nerón pudiese defender su persona y castigar á su enemigo con el terrible crimen que iba urdiendo con paciencia de araña y astucia de serpiente. Así Agripina le habló al césar en estos términos:

—Mira, Nerón, jamás te vuelvas contra los tuyos. Por tu sangre tienes la púrpura que llevas sobre los hombros. Si no fueses de la familia del divino César, no serías emperador de la Ciudad Eterna. Tu madre Agripina te dió la educación correspondiente al rango tuyo. Tu esposa Octavia, la hija de Claudio, mi marido, te aportó en la dote suya esa diadema con que hoy te ufanas y envaneces. Por consiguiente, los que tales privilegios te han transmitido con el calor de su vida, bien pueden participar de él á de-

rechas y compartirlo con tu persona en santa comunidad. Así, nada tan indispensable como que tú completes las cualidades nativas tuyas con las cualidades propias de tu hermano querido. Británico y Nerón pueden formar y deben formar con Octavia y Agripina un grupo imperial, como no han visto ningún otro los siglos, y prosperar á Roma, como nunca se la prosperó en tiempo alguno antes. Así, deja que diga cuanto quiera Británico y apercíbete á gobernar el imperio en compañía y junto con todos aquellos que te han dado tan precioso don, en el cual le corresponde, sí, el primer honor, el primer nombre, la primera dignidad; mas no todo el poder, pues de ese poder tenemos que participar naturalmente tu madre, tu esposa, tu hermano.

Mientras Agripina decía todas estas cosas, el cuerpo de Nerón temblaba como si estuviese azogado. Cada una de aquellas palabras le caía como una granizada de fuego en el oído, pero no le arrancaba ni una sola frase. Mientras Agripina decía tales cosas, tan desagradables para él, tornaba él sus ojos á todas partes y seguía con anhelo, así los pasos del escanciador encargado de propinar el veneno, como la siniestra figura de Tigelino, á quien había dicho diera la señal de matar á Británico en cuanto Británico pronunciara su aguardado discurso. Agripina presagió muy bien del silencio de Nerón. Creía obediencia y conformidad la reserva. No sospechaba cuanto se contenía de amenazador en aquel silencio. Después de haberlo engendrado, parido, educádolo, sobrepuesto á su alma y á su carácter el alma y el carácter maternales, Agripina desconocía el hijo de sus entrañas, no sabiendo penetrar en lo secreto de sus pensamientos y en lo recóndito de sus intenciones, cuando una tigre como ella sólo podía dar á luz un tigre como Nerón. La falta de respuesta en un ser tan susceptible de continuas emociones acaso le hubiera puesto en la pista, ó por lo menos en sospecha, de lo que maquinaba su hijo, si en aquel momento no hubiese dado el rey de tan excelso festín la orden de silencio y no se hubiera levantado el infeliz Británico á decir su libérrimo discurso, que tan caro debía costarle. Oigámosle:

– Esta festividad – decía en su discurso Británico – es la festividad de los esclavos. Así lo quiso el creador Saturno y así lo ha consagrado en siglos de siglos la divinidad que se llama Roma.

Hay quien ha querido expulsar los esclavos de la especie humana y hay quien cree que los dioses pueden curarse de los chinches y no pueden curarse de los siervos. Y sin embargo, recordad cómo Júpiter castigó cruelmente á quien cruelmente castigara en cierta ocasión á un esclavo. Corría el año 164 de la fundación del pueblo rey. Un cierto Máximo azotó con haces de espinos á un su esclavo y lo paseó por el circo, antes de los juegos, atado á una picota. Pues bien: los dioses no solamente infligieron castigo al esclavo, infligiéronlo también á los patricios, que no habían querido en el Senado acusar al reo de semejante crueldad. Les llamamos á los siervos nuestra propiedad, y está su cuerpo formado de las moléculas mismas que nuestro cuerpo y el alma suya es como el alma nuestra.

Una salva ruidosísima de aplausos siguió á estas palabras; los cuales indignaron á Nerón en términos de que, inclinándose al oído de Agripina, le dijo:

– No se puede humanamente vivir así, no se puede. Con tales teorías el mundo se acaba y se viene á tierra la máquina celeste.

– ¿No podría en alguna ocasión acontecer que nosotros pasásemos á esclavos y los esclavos pasasen á señores?

– ¿Oyes lo que dice tu hermano? – preguntaba Nerón á Octavia, sin que la infeliz le respondiese una palabra.

– Como el divino Platón, á la manera de Creso y Diógenes y Hécuba, cayó en la esclavitud, con ser el primero de los filósofos, puede caer el divino Nerón, aunque sea el primero de los romanos, en la esclavitud también.

– ¿Has visto audacia como esa? – preguntó el emperador á su madre.

– Representa su papel de manumitido esclavo á maravilla – dijo la madre.

– ¡Los dioses quieran que sólo sea Nerón esclavo de sus pasiones!

– ¡Cuál temeridad! – exclamó Nerón. – Si para ser césar necesita uno tolerar todo esto, prefiero ser histrión, titiritero, esclavo, cualquier cosa.

– Perdónalo, Nerón – atrevióse á decir Octavia; – tales palabras no están en su mente y en su voluntad, están en las costum-

bres nuestras. Si Británico no se tomase tamaña libertad de lenguaje, frustraría la expectación y la esperanza de los venidos aquí á escuchar cosas atrevidas y fuertes.

– Calla, deslenguada; eres peor cien veces que tu hermano.

Y al decir esto miró el emperador con tal odio á su esposa, que esta infeliz se tapó el rostro con las manos, como si no pudiera soportar lo fulminante de aquella mirada.

– Pues que mientras el esclavo de Nerón lo es por decreto del destino y por ley de necesidad, constitúyese Nerón de suyo en esclavo de su sensualidad, de su avaricia, de sus vicios, de su propio despotismo.

Un rumor espantoso corrió por el público al oir tales palabras. Nerón se levantó de su lecho é hizo una seña grave á su privado Tigelino. Hecha esta seña, el privado hizo á su vez otra seña grave al escanciador. Y, hecha esta seña, el escanciador se colocó, vaso en puño, al lado de Británico. El mucho vino apurado y el ardor intenso con que dijera las primeras palabras de su arenga secaron las fauces de Británico y pidió de beber. El esbirro que debía escanciar, le dió un vaso de oro. Británico lo apuró de un trago. Y no había concluído de beber cuando cayó en el suelo como herido de un rayo.

– ¡Dioses! ¡La muerte! – exclamó Tito lanzándose sobre su amigo que aún se estremecía.

– ¡La muerte! – añadió la pobre Octavia cayendo de espaldas.

– Sí, la muerte – dijo Nerón volviéndose á su madre Agripina. – Soy tu hijo.

– Perdida, perdida, perdida para siempre – dijo Agripina, muy aterrada en su interior, pero sin desconcertarse mucho exteriormente, guardando la olímpica serenidad que le acompañaba en los mayores trances.

– El primer crimen de césar – dijo Séneca volviéndose á Lucano y Propercio. – Ninguno de nosotros morirá en su cama.

CAPÍTULO XI

EL VIBOREZNO

– ¿Desterrada del Palatino? – preguntaba el favorito Vitelio á la emperatriz madre.

– Desterrada, Vitelio, como ves.

– ¿La que antes agrupaba el pueblo romano en torno suyo, tan sola hoy?

– Enteramente sola.

– ¿Te acuerdas, Agripina, del astrólogo?

– No lo recuerdes, Vitelio.

– Los hechos de hogaño van á una confirmando las profecías de antaño.

– Yo he considerado siempre al hijo de mis entrañas capaz de herirme con un puñal en el seno que lo engendrara; mas no lo he creído capaz de lo perpetrado ahora, capaz de alejarme del trono y del palacio á la vista de todos.

– Con efecto, esta casa de tu abuela dista en riqueza y en comodidad y en gusto del Palatino tanto cuanto dista una choza de esta casa.

– Nada de corte: separa de mí Nerón los amigos y devotos míos, llamándolos enemigos suyos. Nada de aquellos esbirros y delatores que todos los poderes y todos los príncipes romanos han menester en torno suyo: la precaución para sí, la defensa de su per-

sona quedan prohibidas á una emperatriz como yo, que tanto se desvelara por el bien público y tantos enemigos contrajera en la indispensable aplicación de los códigos y en la severa distribución del derecho. Nada de guardia: la implacable crueldad neroniana impide que me acompañen aquellos mílites germanos, cuyas lanzas me circuían siempre y cuyos labios renuevan á la hija los juramentos de fidelidad que pronunciaran por la madre. Nada de libertos: el emperador no quiere que tenga confidentes y consejeros quien sólo tomó consejo de su amor para ceñirle contra los dioses y los hombres la corona del mundo. Ningún cuidado por mí. Puede penetrar un asesino hasta mi alcoba y tratar como á una perra, si quiere, á quien fué una diosa. Ninguna consideración absolutamente conmigo; así no se acerca nadie ahora por este sitio, cuando antes parecía un castillo sitiado mi persona según la gente que me rodeaba, y un general de numeroso ejército según la comitiva que me seguía por todas partes. Recorre las cercanías de este retiro, entra en sus jardines, paséate por sus estancias, penetra en los rincones: ni un alma. El emperador nada quiere con quien le dió primero la vida y luego la corona.

– ¡Ah! Sucedieron tantas cosas tristes en pocos días, que al cabo te han traído sus nefastas consecuencias á la triste soledad en que ahora te hallas.

– Desde que Nerón se arrestó á la muerte de Británico, vi la nave del imperio haciendo agua por todas partes.

– Pues mira cómo se ha encallecido la conciencia romana y cómo se ha todo sentimiento piadoso acabado en la ciudad. El veneno propinado á Británico por Locusta era de tal fuerza corrosiva que acabó con él, como viste, cual pudiera una centella fulminante. No hubo intervalo aparente entre muerte y sepelio. La misma noche de su desgracia última y con las preseas del festín gozoso le llevaron á la pira, sin permitir que ni siquiera su hermana Octavia le llorara y pidiese para sus restos reposo á los dioses de la familia y de la patria. Curáronse únicamente de teñir el rostro inanímado para que las manchas de la piel no acusasen la especie de muerte que había sufrido. Con más consideraciones y más respeto entierra Nerón á sus bestias que á sus hermanos.

– Pues no le ha valido. Las plañideras de oficio se han junta-

do, y en vez de llorar por encargo y pago, lloraron las cuitadísimas tan de veras que conmovieron al pueblo, el cual se juntó en innumerable muchedumbre alrededor del brasero fúnebre, aclamando como víctima del despotismo y como mártir del derecho al predilecto difunto. Hasta el cielo pareció conjurarse contra el fratricida y llorar al pobre sacrificado. Culebreó el relámpago, estalló el rayo, diluviaron las nubes; y la hoguera que debía consumir el cuerpo, se apagó; y los fúnebres afeites que debían ocultar las manchas, se destiñeron; y un clamor tan grande salió del pueblo, que parecía todo él una tripulación perdida en horroroso naufragio pidiendo á los dioses todos el indispensable socorro y auxilio.

– Pues no acaricies ilusiones respecto de la indignación pública por crímenes públicos también. El pueblo romano ha caído en una superstición ya muy vulgar, en la superstición arraigadísima de que han menester los Estados del crimen como de un activo y poderoso instrumento para granjearse y conseguir el respeto debido á los gobiernos y el orden indispensable al cumplimiento de las leyes y á la obediencia general. Así es que, aplicando el criterio colectivo al caso este, creen que no podrían los dos hermanos convivir en el trono; y dada la necesidad imprescindible de que uno desapareciera, optaron por la desaparición de Británico, pues traería la del emperador ya reinante aparejados cambios, los cuales no podían por menos de maltraernos á sacudimientos bruscos y á conflictos tremendos en las incidencias del interregno.

– Quien así discurre no sabe una palabra de política. Si por algo me subleva el crimen que ha perpetrado el hijo mío, quien debió heredar de su madre otra inteligencia del gobierno, es por creerlo contraproducente y atentatorio á lo que se requería y buscaba por su medio. La presencia de Británico en el palacio y su coparticipación en el trono le valían á Nerón el apoyo de una considerable parte del patriciado y de otra considerable parte del ejército, aun prescindiendo del pueblo, dado siempre al culto de los sucesores del divino César. Podía todo cuanto le demandara el gusto hacer mientras tuviera en un lado á la infeliz Octavia y en otro lado á Británico, cual sobre los tres la sombra de esta su madre. Mas ha querido campar el infeliz por sus respetos, y pronto se tirará de una oreja y no se alcanzará de modo alguno la otra.

Que para quedarse allá en lo alto enteramente solo, sacrifique á su Octavia, sacrifique á su Agripina, cual ha sacrificado á su Británico, y no le arriendo la ganancia. Pronto, muy pronto le hará el cielo sentir sus iras, y la corona se le caerá de su frente como á impulsos de un rayo, y el suelo se abrirá bajo sus plantas para devorarlo y tragárselo.

– Pues, Agripina, ten por seguro que ha decidido el sacrificio de Octavia.

– ¿Lo crees tú así?

– ¡Vaya si lo creo! Sabes que nada puede ocultarse á mi vista en Roma, donde todo lo secreto se sabe y se patentiza de suyo á mis ojos, y á ese respecto sé cosas peregrinas.

– Las adivino todas, las adivino, sin que las digas.

– ¡Cuánto no te opusiste á los amores de tu hijo con Acté, Agripina!

– Tienes razón, me opuse. Indignábase mi ánimo contra la favorita cuando pensaba que la sangre julia, proveniente de Venus misma, se mezclaba en una especie de ayuntamiento casi bestial con triste sangre asiática.

– Pues en eso aventajaba tu orgullo patricio á tu sentimiento político. Acté no se hubiera mezclado para cosa ninguna en los asuntos romanos; y la nueva mujer en cuyas garras ahora se precipita, no habrá de contentarse con obtener el corazón de tu hijo, pedirá el trono también. Y para escalar el trono, pondrá una gradería de cadáveres, en la cual habrá escalones capitales, formados por el cuerpo de Octavia, por mi cuerpo, no lo dudes, Agripina, y por el tuyo, sí, por el tuyo. Se cumplirán los augurios del astrólogo; caerás derribada en el suelo por mano de tu propio hijo, á quien has querido poner, en tu desvariado maternal amor, entre los astros del cielo. Aquí no tenemos otra cosa que hacer sino aguardar, con la resignación del buey ó de las otras reses á la puerta de los mataderos, la hora en que nos echen al cuello la soga y nos arrastren sobre un lago de sangre á la piedra enrojecida, sobre la cual habrán de herirnos é inmolarnos en este universal degüello.

– Pues yo, Vitelio, no tiemblo todavía. Podrá todo eso que tú dices amenazarnos, lo creo; pero no me asusto, ni dejo de luchar un momento contra todo y contra todos. Podrán perseguirme, pero

no sin que yo me revuelva contra mis perseguidores. Podrán ofenderme, pero yo sabré defenderme. Podrán matarme, pero el chorro de sangre que despida mi corazón, al partirlo el puñal de los verdugos, apagará muchas estrellas en el cielo. Me declaran la guerra. Pues ya verán cómo recibo yo esa declaración y cómo me porto en la lucha. Prefiero el odio al olvido. Prefiero al menosprecio el combate. Prefiero á la indiferencia la muerte.

—Popea nos ha señalado ya como víctimas á tu hijo.

—Esos amores con Popea me prueban que se ha dementado.

—Verdad. Nadie podrá explicarse á satisfacción que haya caído en la red tendida por una familia patricia y pase por asociar al trono damas que no sean de sangre augusta.

—Cuanto hace ahora en todo esto acusa una insensatez tal que precisará encerrarlo como á un loco furioso. ¡Apartar á Popea de su marido! ¡Unirla en matrimonio nuevo con Othón! ¿Crees que va éste á guardarle fidelidad, cuando al más porro se le hubiese ocurrido que concluiría por tomar en serio su matrimonio, enamorándose como un Paris de la Helena que debía guardar como un eunuco hasta tragarse y engullirse con ansia el regaladísimo bocado? Cree, Vitelio, que Nerón, en cuanto desoye mis consejos, no sabe nunca el cuitado lo que se pesca. Cree á quien lo ha puesto en el mundo y lo ha puesto en el trono.

—Con efecto, el buen Othón toma en las barbas de su rival como propiedad suya y en disfrute la mujer que Nerón le constituyera y confiara en depósito. Así, monarca y todo, se ha quedado con tres palmos de narices. Popea, como no quiere á nadie, como sólo está de sí misma enamorada, juzga único medio de alzarse con la corona enrabiar á Nerón, y único medio de llegar á enrabiarlo y enfurecerlo, herirlo con celos, mostrándole una pasión ardiente por Othón, que tiene ya perdido el seso por ella. El palacio de Othón parece un nido de amores, donde hacen de tórtolos la esposa y el esposo fingidos. Así Popea le dice á Nerón que no necesita el afecto de un emperador teniendo el afecto de un tan garrido patricio. Y éste no se muestra menos prendado de la esposa que le deparara la confianza del césar. Por más que Nerón lo retiene á sus cenas por la noche, á fin de que regrese tarde á la casa y conviva lo menos posible con Popea, el depositario se va temprani-

to, diciendo en voz alta que así cumple á un recién casado y que su mujer le aguarda impacientísima en el tálamo nupcial. Y para que nada falte al tormento, como es rico el buen Othón y Popea riquísima, ostentan un lujo indicativo de que no han menester para los goces del orgullo y para los recreos del arte ir al Palatino. Si Nerón tiene cien músicos, Popea doscientos. Si Nerón ofrece una esencia carísima para que se laven los pies sus convidados, Popea echa esas olorosas aguas por canales de plata y las levanta por los aires en surtidores de oro, lloviéndolas sobre las cabezas de sus comensales en gotas que cuestan cada cual su correspondiente sestercio. Vamos, Nerón está por tan crítico estado fuera de sí, resuelto á cualquier atrocidad horrible, de las que pasan frecuentemente por su cabeza, propensa de suyo á fantasear cualquier desvarío, que luego pone su pervertida y trastornada voluntad en práctica.

– Sabía en gran parte cuanto me refieres y adivinaba la otra parte.

– No hay más remedio que defenderse.

– ¿Qué dices defenderse? No hay más remedio que atacar.

– Pero ¿cómo?

– ¿Cómo? Como nuestro instinto de conservación, muy despierto y poderoso, nos dé á entender. ¡Pues no faltaba más! Hemos tenido la vida de todas esas gentes, que ahora nos combaten, aquí en la mano, ¿y habíamos de amilanarnos, cuando tan fácil cosa es herirlas y defendernos tú y yo con todos mis postreros partidarios y amigos fieles? No te azores. Lo capital en lances así es la esperanza del triunfo. Lucharemos y venceremos.

– ¡Cuán difícil cosa el combate me parece! ¿Con qué satisfarás las ambiciones de Popea?

– Si no puedo satisfacerla de algún modo á derechas, mataréla con seguridad. Todavía no he soltado las tijeras de Parca implacable, con las cuales corté, desde mi niñez casi, el hilo de tantas vidas.

– ¿Cómo y con qué satisfarás la voluptuosidad de Nerón?

– ¿Cómo, con qué? Pues con mi cuerpo si es posible. No mira jamás Nerón la clase de carne que satisface la sensualidad suya.

– ¡Agripina! – gritó Vitelio, presa de un horrible terror al oir la espantosa idea que le pasaba por el desvencijado cerebro á la feroz emperatriz.

Un profundo silencio siguió á este infernal centelleo del alma de Agripina y á esta diabólica fulguración de sus horribles pensamientos. Por muy abajo que la naturaleza humana caiga, es imposible llegue á suprimir la conciencia y la razón en términos de parecerle bueno lo malo y lo malo bueno. Una idea como la que pasó en culebreo siniestro por la frente de aquella furia, puede oirse como estallido de un momento, pero debe prestar como un fugaz vértigo espiritual, en que se pierde la conciencia, como en los vértigos materiales se pierde la cabeza. Así un sacudimiento de verdadero escalofrío recorrió todos los nervios de Vitelio. Retrocedió espantado ante aquella mujer de quien aparecía cómplice, y hubiera querido huir de ella como se huye de una pesadilla espantosa; pues, con ser tan perverso, no había soñado en que los abismos de perversión fuesen tan hondos. Así no dijo nada en largos minutos. No hizo más que pasarse la mano por el rostro pálido y ahuyentar en lo posible la glacial frialdad que caía sobre su alma presa de horrible arrebato. Todo cuanto allí sucedía, todo, presagiaba la descomposición radical de un mundo entero. Al revés de lo anunciado por las profecías sibilinas que despojaban al tigre y al león de su fiereza y al escorpión y á la víbora de su veneno, convirtiendo el huracán en brisa y el relámpago en aurora y el rejalgar en mieles, como un grandísimo brote de bienes, el mal se recrudecía y exacerbaba con un extremo tal que los jóvenes, como Nerón, en los umbrales casi de la vida, aunque por todas partes les sonriera la esperanza, perseguían y mataban sin piedad; como las madres, tan castas en su santo ministerio de maternidad, se prendaban carnalmente de sus hijos y no temían siquiera que les sucediese por el consciente incesto lo que á Yocasta le pasó por el incesto inconsciente con su Edipo: perder á un tiempo con los ojos del cuerpo los ojos del alma. Sin embargo, contra el mismo crimen se revuelven y se levantan los criminales; y como ya lo hemos indicado, Agripina se conmovió tanto á la consideración de lo dicho y Vitelio á la consideración de lo oído, que cayeron en profundo silencio aumentado por la soledad y la tristeza del sitio donde se hallaban. Mas no duró mucho este reposo. Un fuerte rumor penetró en el aire de aquellos salones, un rumor lejano, indicativo de que mucha gente se acercaba en tropel y aun blandía instru-

mentos de combate y de muerte, quiero decir, armas, muchas armas. El fragor sacó á la emperatriz y á su ministro del estupor en que habían caído los dos.

—¿Oyes, Vitelio?

—Pues ¿no he de oir, Agripina?

—Algo extrañísmo sucede.

—¡Vaya si sucede!

—Diríase que se acerca un pueblo entero.

—Es verdad. Y un ejército.

—¿No te da mala espina eso?

—¡Vaya si me da mala espina!

—Somos desgraciadísimos.

—Nos rodea la muerte por todas partes.

—No tiembles tú como débil mujer cuando yo me porto como un hombre.

—¡Ay, Agripina! Luchando con tu hijo Nerón, realmente luchamos con la fatalidad.

—Pues para luchar con lo fuerte al mundo hemos venido, y no es cosa de que nos arredremos, y arredrados nos creamos vencidos antes de recibir el golpe asestado nuestras cabezas. Veamos qué pasa, pues: el ruido ha pasado á estruendo, el estruendo á fragor, ensordeciéndose los aires y temblando el suelo bajo nuestros pies.

—¿Quién viene, quién viene?—preguntó Vitelio á los pocos domésticos que aún rodeaban la desgracia de Agripina.

—Pues vienen—dijeron los esclavos—el prefecto de la guardia pretoriana con mucho golpe de soldados y el filósofo Séneca con mucho golpe de cortesanos.

—¿Qué nos querrán?—preguntó á la emperatriz Vitelio.

—Pues nada bueno—respondió al favorito la emperatriz.

—¿No puede ser que haya sentido Nerón en la conciencia mordeduras de remordimiento y en el corazón mordeduras de pena que le hayan movido á revocar lo hecho contra ti, su madre, y envíe todo ese tropel á reinstalarte ahora mismo en el palacio y en el poder?

—¡Cuán poco le conoces después de haberlo tratado desde que naciera y seguídolo por todas partes! Cuando una idea le penetra

en el seso y un propósito en la voluntad, acarícialos con tanto más empeño cuanto menos aparenta quererlos y acariciarlos. El intento de acabar con ambos no le saldrá del corazón, aunque muchas veces lo contrario simule y otras veces con ímpetu retroceda para dar mejor el salto mortal. Desengáñate, desde aquí al día de nuestra muerte ó de nuestra victoria únicamente nos queda por toda perspectiva en lo porvenir el combate perdurable y la perdurable fuerza.

– Se acerca el tropel, aumenta el fragor. Si dices que tu hijo no ceja, pongámonos en remojo.

– ¡Oh!

Y los ojos le relampagueaban á la infeliz Agripina, y le rechinaban los dientes, y le sacudían todo el cuerpo estremecimientos casi epilépticos, y le ahogaba la rabia el pecho.

– Estamos lucidos – exclamaba tembloroso Vitelio.

– Que no me hubieran dado ninguna otra faena sino desasirme de él. Todas las furias del Averno se veían apostadas en su camino; yo supe conjurarlas. Sus tijeras habían clavado ya las Parcas en el tejido de la vida suya, y pude más con mi poder humano que todas ellas con su sobrehumano poder. Bien es verdad que no debe agradecérmelo. Yo mil veces lo hubiera deshecho entre mis brazos; pero lo impidió la consideración de que sólo á título de ser su madre podía yo dominar al mundo. ¡Oh aborrecible Aquiles, que venciste á las amazonas en desigual combate, nunca te perdonaré tu maldita victoria! Si hubiéramos continuado inscritas en los ejércitos, pudiéramos ascender á los tronos, y ascendiendo á los tronos, jamás necesitara yo del hijo de mis entrañas para sostener mi autoridad en el mundo y escalar, si fuera preciso, el cielo. Pero ¡ah!, destruyendo á Nerón, destruíame yo á mí misma. Y no me quedaba más remedio sino unir mi suerte á la suya y hacerlo como un tigre para exacerbarlo, azuzándolo contra todos sus enemigos.

– Pues lo has en tal modo azuzado, que á manera de gata se ha vuelto hacia ti con rabia y te ha metido hasta los huesos las uñas. Pero mientras así nos quejamos á guisa de plañideras, me parece que nuestros perseguidores ahí están á la puerta. Solamente que pasa con esa muchedumbre de fuera lo mismo que pasa con todas las muchedumbres encendidas y airadas: cuando llegan á momentos supremos parece que se recogen y callan.

Efectivamente, como le sucede al viento en los intervalos entre sus ráfagas y como le sucede al Océano en las calmas predecesoras del huracán y de la tormenta, los llegados á la puerta del palacio de Antonia, donde se hallaban Agripina y Vitelio, habían enmudecido, por lo cual sembraban más terror en torno suyo y aparecían como más amenazadores y más terribles que antes cuando vociferaban á una con tanto estruendo, pues parecían desahogados y descargados de sus cóleras con todos los clamores y concentrados en sí mismos ahora para luego acometer con una mayor violencia. Lo cierto es que los dos interlocutores se miraban uno á otro y no sabían qué hacer. Sin embargo, sus dos temperamentos respondían al peligro con esa lógica de las complexiones internas que nunca se desmiente, pues mientras parecía hombre por sus varoniles afectos Agripina, parecía, por lo asustado y trémulo, como la mujer más tierna y más espantadiza, el pobre Vitelio. Así decía éste:

– ¿Qué hacemos, Agripina?

– Pues ¿qué quieres que hagamos?

– No podemos esperar á esa gente.

– Como no quieras que la tierra nos trague, habremos de aguardarles.

– Yo huiría, si estuviera en tu pellejo.

– Pues como es Agripina quien está en el pellejo que tú dices, no huirá, no, Agripina.

– ¡Buena la hacemos!

– Mira, Vitelio, para huir del emperador hay que huir del Imperio, y para huir del Imperio hay que huir del mundo, y para huir del mundo habría que tener la virtud misma de Orfeo y que bajarse á los abismos. Así me parece lo mejor que nos quedemos, y venga cuanto los dioses quieran enviarnos, Vitelio.

– Pues yo creo que hacemos pésimamente.

– Si quieres, ya puedes huir. Por esa galería se llega pronto hasta una puerta que sale al campo, y por esa puerta que sale al campo se puede uno refugiar en cualquier asilo que le preserve al odio de Nerón. Vete, pues, Vitelio, vete. Que los dioses te guíen. Vete solo.

– Eso no, solo no me voy – dijo Vitelio ruborizado de valer menos que Agripina, volviendo por el honor de su sexo.

– Pues, no queriendo irte solo, hay que aguardar aquí la tormenta.

– Lo que tú mandes.

– Quien no debe, no teme. Levanta, Vitelio, bien erguida la cabeza y desafía con entero valor las cóleras del cielo y del mundo.

– Lo que tú quieras.

– ¡Esclavos! – gritó Agripina con todas sus fuerzas.

– ¡Agripina! – dijeron los esclavos, respondiendo á su vez.

– Abrid las puertas.

– ¡Dioses! – exclamó Vitelio, poniéndose tras Agripina como un chicuelo asustado. – ¿Qué será de nosotros?

Las puertas se abrieron y entró la multitud, más asustada de verse ante la emperatriz que la emperatriz de verse ante la multitud. Con efecto, los que allí entraban retrocedieron, ó por lo menos se pararon ante la majestad de aquella mujer. Mientras entraban, se irguió hasta crecer en estatura y se ciñó toda su majestad. La frente minutos antes arrugada y ceñuda, tomó toda su nativa transparencia. Los ojos fulguraron, como si en vez de hallarse circuida de implacables enemigos, estuviese sobre aras y altares. Aquella fascinación ejercida de antiguo sobre los menos fascinables aún duraba en ella. Puesta de pie como sobre un pedestal, cruzada de brazos, majestuosa de actitud, airadísima sin provocación, desdeñosa sin menosprecio, altiva sin soberbia, con la seguridad en el rostro convertido á trasunto de un alma que no creía verse perseguida por la muy simple razón de que su conciencia no le argüía por cosa ninguna de aquellas que los mortales generalmente juzgan crímenes terribles, nunca jamás como en aquel supremo instante había parecido Agripina una diosa, y sus criados y sus siervos aquellos mismos que iban allí con ánimo de ofenderla é insultarla. Era efectivamente muy temerario lo que hacían aquellas gentes. Dado el poder mágico de Agripina y la complexión cambiante de Nerón, cosa ninguna tan fácil y hacedera como que aquel hijo, libre y desasido del mirar imperioso de Agripina, tornase á verla, y viéndola, cayese de nuevo á sus plantas rendido y se sometiese á su voluntad soberana. Mas en cosa ninguna se conoce tanto la vileza del adulador y del cortesano como en ese horrible hábito de abandonar el poder y la fortuna en cuanto cree que pueda sufrir cualquier ligero eclipse.

En muchos de los circunstantes dominaba una emoción de terror, no vencida ni aun siquiera por la curiosidad. Habían oído tales cosas de aquella mujer, que sentían hacia su persona esas atracciones misteriosas que se sienten hacia los abismos. Imaginaos el cambio de afectos que se establecería entre los tumultuados y la emperatriz al verla tan desdeñosa de suyo á ella y verse á sí mismos tan bajos. Ella subía en el concepto de los que la amenazaban, y ellos descendían, no tanto á los ojos de los demás, cuanto á sus propios ojos, el peor de los descensos. Allí estaban los libertos de la emperatriz que mil veces le habían servido de instrumentos para los mismos planes que ahora le querían echar en cara; estaban los espías y los delatores soltados por ella para que mordieran á innumerables víctimas; estaban los cortesanos que le quemaron incienso y más incienso sin descanso; estaba la guardia germánica que parecía como el cuerpo y organismo del alma de aquella mujer; estaban los pretorianos que habían cambiado el aspecto de Roma con sólo una señal de los dedos de aquella mujer; estaba Séneca, el mismo Séneca, restablecido por ella en el palacio, devuelto á la ciudad, colmado de honores y de riquezas, puesto en el trono casi al nivel de Nerón mismo, y presente con cinismo, bien opuesto á la escuela estoica que presentaba, para herir él mismo y ver cómo los demás herían á su providencia.

—¿Qué deseáis de mí? ¿Por qué presentarse ahora en ese tumulto, que huele á cruelísimo desacato, impropio de funcionarios romanos, á quienes la conciencia propia y el deber honesto imponen otro género de procedimientos para con la mujer á quien acaso deben el aire por sus pechos respirado y la luz recogida por sus ojos? Da la vida quien, pudiendo matar, no mata. Y como á todos he podido yo mataros, y todos vivís, quiere decir que todos aquí estáis obligados á la emperatriz Agripina y todos tenéis el deber de quererla y reverenciarla, en vez de intentar herirla con esa irrupción aquí en tropel, amenazadora para mí é impropia de súbditos. Hablad, ¿qué me queréis? No tengáis por más tiempo en esta incertidumbre á la mujer adorada por vosotros ayer mismo como una verdadera diosa. Os mando que me digáis á cuál objeto venís con esa inquietud irreverente y habréis de responderme. Yo lo mando y lo digo ahora con toda mi autoridad, la cual no se ha dis-

minuído un ápice, á pesar de las apariencias. Decidme qué os ocurre. Contadme para qué habéis venido. ¡Pronto, pronto, pronto! ¡Hablad! Os lo manda vuestra emperatriz con imperio.

– Pues venimos – exclamó el prefecto de los pretorianos, – expedidos por el emperador; que de otra suerte nunca nos atreveríamos á presentarnos y menos á decir con los labios propios lo que realmente no ha brotado en el pecho nuestro, sino en aquel donde tu imagen aparece grabada con líneas indelebles de afectos y de recuerdos. Nerón ha querido descargarte del peso de tantos deberes como te abrumaban, y consagrar á tu residencia este antiquísimo templo de vuestros comunes antepasados, á fin de que puedas cultivar la memoria de los que fueron y dirigir preces á las divinidades protectoras de vuestra prosapia y de vuestros hogares. Pero gentes mal avenidas con la grandeza del imperio y habituadas á una conjuración eterna, se han por aquí venido, y trastornando tu tranquilidad, impelídote contra tu grado á empresas y aventuras contrarias al propio bien que disfrutas y á la estrella que brilla sobre tu cabeza. Ya sabes que la delación en Roma constituye un medio de gobierno y que los delatores aparecen como fieles ministros del Estado. No se podría, según tu misma doctrina y tu mismo ejemplo, imperar en la ciudad sin tales auxilios y auxiliares. Ellos en el orden de las disposiciones políticas representan lo mismo que representan los testigos en el orden de las sentencias jurídicas. Así como sin testimonios y sin testigos no podrías descargar el golpe de la justicia común sobre los reos de delitos vulgares, no podrías sin delaciones y sin delatores perseguir á los reos de crímenes contra la seguridad y grandeza del Estado. Pues bien: los delatores te acusan de conspirar contra tu propio hijo, por quien te has desvelado siempre, y á favor

Soldado romano

del patricio Rubelio Plauto, á quien por lado alguno puede la corona tocar y que no cuenta con un solo partidario ni en el ejército ni en el pueblo. No quiere Nerón de manera ninguna castigarte sin oirte. Nos mandó aquí á los dos primeros funcionarios de su imperio, á Séneca, su primer ministro y maestro, á mí, el primer prefecto de su pretorio, para que te arguyéramos de lo que dicen los delatores contra tu persona, y te demandáramos una justificación pronta y satisfactoria, sin la cual no podría menos de condenarte, siguiendo las mismas lecciones que tú le has dado, en las cuales de continuo le incitabas á no descuidar nunca la seguridad del imperio y proveer al cuidado que necesita con medios semejantes á los que usara el primer Bruto con su hijo en defensa y resguardo de la República. Estamos á tus palabras atentos: defiéndete de suerte que tus labios patenticen tu inculpabilidad, pues lo contrario te impelería al último suplicio. Habla.

– Sí, hablo, más para satisfacerme á mí propia que para satisfaceros á vosotros y al cuitado que os envía. Bien conozco toda la utilidad intrínseca de las delaciones, porque sin ellas en vano pretendiera yo ahora justificarme; yo, víctima inmolada por una infame calumnia. Sé cuanto ha sucedido en todo esto y os lo voy á contar. Una gran muchedumbre de amigas del emperador, so pretexto de distraer y acompañar mi soledad, se han venido por aquí compungidas y llorosas como plañideras en duelos. Sabiendo que yo prefiero ser odiada siempre á compadecida, no me han vendido embusteras compasiones, olvidadas de que sólo podía yo encontrar en ellas una humillación vergonzosa, y que sus lamentos y suspiros me molestan ahora como nunca me molestaran sus ofensas y sus calumnias. Enemigas del emperador y enemigas mías intentaban sacarme del cuerpo secretos de Estado y cogerme con sustraidores señuelos en patente inconsecuencia con el amor al césar de mi culto y al hijo de mis entrañas. Erguíase una cierta Silana sobre tamañas comadres, picada contra mí de mortal picadura, picada de la envidia. Y como yo disuadí al joven Afranio de su loco matrimonio con ella, diciéndole cuán fea, vieja y asquerosa es, me la tiene jurada, y tomando sin duda este palacio por mi cárcel ya y por mi suplicio la soledad en que ahora me veo, ha creído la infame tigre minuto propicio este para echarse violentamente sobre mi

cerviz y acabarme. Trabó primero amistad con la gran dama Domicia, también enojada conmigo, y entre las dos comenzaron á tejer la telaraña en que deseaban cogerme. Hablaron luego con un liberto de Domicia, con un pantomimo, de cuyas habilidades artísticas gusta Nerón mucho, y le juramentaron para las confabulaciones. Dada la voz del artista Paris, los medios de insinuación connaturales á su oficio, los gestos seductores, sus concertadas frases, no podía dudarse un momento de que fascinara el protervo al hijo mío, movido por las dos furias, y le condujese hasta desconocer á su madre al punto de mandarle una comisión como esta, para inferirle dos agravios, el de sus acusaciones temerarias y el de requerimiento é intimación para presentar excusas y hacer defensas. ¿Presentar excusas? De nada me acusa la conciencia interior. ¿Hacer mi defensa? Me declararía reo cuando soy juez. Conozco todo lo ocurrido como si lo hubiera presenciado. Yo sé cambiar de figura como los dioses. Nerón se holgaba en una orgía. Y en tal holgorio no podía faltar Paris, que lo abstrae de todo y le trastorna el seso con su mímica y con sus recitaciones. Llamósele, y Paris fué, pero triste, desceñido, flojo, presa de un dolor inmenso que no le dejaba respirar ni permitía el desahogo necesario á su voz para entretener y hechizar á su dueño. Las dos grandes damas habían á una compuesto aquella farsa; y el farsante, por su parte y á su vez, ensayádola con tal fidelidad que hubiérasela creído cosa real y evidentísima. Lloró con lágrimas de cocodrilo. Y cuando le preguntaron por qué lloraba, expuso la misma fábula por ti expuesta, con apariencia tal de verdad, que Nerón se levantó despavorido y mandó que al día siguiente ¡ay! me diputaran á mí esta comisión é infligiesen al inocente Plauto la última pena. ¿Y creéis que voy á defenderme yo de tal turba, compuesta por todos los rebujos y desechos de la sociedad? ¿Creéis que voy á reconocer yo fiscal de un proceso á una mujer como Silana, que malherida por haberla yo preservado al ridículo caso del casamiento desigual con un joven, me acusa de querer destronar á mi emperador y de querer sustituir con ser ajeno á mí el hijo de mis entrañas? ¿Qué cree Silana? ¿Cree que yo puedo cambiar de hijos y emperadores como ella cambia de amantes? Pero no me importan estas acusaciones: nadie se halla libre de una calumnia. Lo que mucho me importa, muchísimo, es

conservar intacta é intangible la dignidad heredada de los dioses y de los césares, no por mí, débil mujer; no por mí, por el hijo idolatrado mío, por ese hijo á quien tengo consagrada mi existencia, último fruto de un árbol cuyas raíces ahondan hasta el abismo de lo más profundo, y cuya copa frisa con lo más alto, con el Olimpo de los dioses. Por eso no quiero defenderme; porque, al defenderme, acusaríame yo misma, cuando prefiero la muerte á esta complicidad tácita con mis embusteros é infames acusadores. Yo sólo puedo reconocer un juez: Nerón. Que venga; y con él solo habré de hablar yo, y con él solo habré yo de departir y entenderme. Vosotros, todos, sin excepción, me parecéis demasiado pequeños para que pueda yo bajar á vuestra pequeñez y demasiado alejados de mí para que pueda herir vuestra voz mi oído. Que Nerón venga inmediatamente á mi presencia. Se lo manda su madre, y á su madre obedecerá sin remisión y sin falta. Que venga, pues, Nerón.

—Sólo nos toca obedecerte—dijo tras todo esto Séneca,—y así comunicaremos á Nerón cuanto has dicho en excusa de lo imputado, y le diremos como deseas verlo en tu presencia y hablarle á solas.

—¿Qué voz he oído? ¿Es la voz de Séneca? Me parece que sí. Frótome los ojos para ver si con verdad estás ahí entre los enviados á desacatarme y á perderme. Nunca lo hubiera creído, nunca. Parecíame que necesitaban del todo cambiarte para que pudieses tú atreverte al crimen de odiosa ingratitud que ahora perpetras, tú, predicador de todas las verdades y ejemplar de todas las virtudes. Proscrito de Roma, encerrado en una isla como se suele encerrar á las bestias, confiscados tus bienes, con la muerte siempre sobre tu cabeza y los esbirros, semejantes á sepultureros, en tu puerta, no hubieras podido salir de aquel naufragio en que zozobraban tu vida y tu honra, si esta mujer, á quien acusas ahora, no te hubiera tendido la mano y llevado á salvamento. Y tú, obligado más que ningún otro mortal á cumplir las obligaciones que las leyes morales nos imponen, careces de la más rudimentaria, de la gratitud sentida en los escalones ínfimos del reino animal por los mismos perros. Pavonéate con tus enseñanzas. Habla del supremo bien y de la verdad suprema enfáticamente. La historia sabrá como has cogido el cuchillo de sacrificador para quitar la vida sin piedad

á la bienhechora que arriesgó la suya por defenderte y por salvarte. Podrás oponer á estos actos las teorías que quieras; todas las desmentirá este momento increíble de olvido de ti hasta osar hablarme á mí como acabas de hablarme. Figuréme que llegabas en este rebaño de aduladores, los cuales me lamían los pies antes como borregos y ahora me clavan sus áspides ponzoñosos de víboras, porque sé toda tu vileza y la tengo experimentada de antiguo en mi propio ser, del cual te has alimentado toda la vida como de su escollo una ostra y con menos conciencia que una ostra. ¿Cuándo, cortesanos, cuándo hubierais guardado vuestras prerrogativas, si no las guardara esta mujer? A no estar yo tan vigilante, la República renaciera de su sepulcro; y á todos sin excepción los republicanos á una os hubieran desposeído de vuestros privilegios y de vuestros lucros. Y no digo nada de vosotros, pretorianos; de vosotros, que vivís bajo la sombra de un gobierno todo él fundado sobre vuestras lanzas y nutrido por vuestro poder y por vuestro prestigio, lo cual se os devuelve y paga en beneficios y provechos sin término. ¿Creéis que yo temo á vuestras lanzas? Yo he nacido en los campamentos y me he criado entre mílites. Mis brazos tienen el vigor de las armas y mi pecho la resistencia del broquel. No me dais miedo. Yo debo sugeríroslo á los fuertes, porque consanguínea de los césares y descendiente de los dioses, aún quedan rayos en mi carcax para perseguiros y derribaros. Habéis venido á matar, y os volveréis en la seguridad completa de que vuestra horrible acción de hoy os condena tristemente á morir de muerte violenta. Yo soy vuestro monarca, y siendo vuestro monarca, tenéis que obedecerme, digan cuanto quieran todos los poderes y todos los potentados del mundo. Ahora bien: salid y comunicad á quien os ha enviado que no he querido defenderme y que le llamo y emplazo para que comparezca en mi presencia.

Los circunstantes, como si los moviera una máquina, obedecieron á la emperatriz y se tornaron al Palatino.

CAPITULO XII

LA PICADURA DEL VIBOREZNO

Nerón obedeció sin chistar á su madre. Después de haberle tal tropel de jueces enviado, presentóse como un reo. Agripina imperaba con tal dominio sobre su móvil temperamento, que rara vez la desobedecía, y siempre acababa por hacer, bien ó mal de su grado, todo cuanto ella quería. Por tal causa y motivo Agripina estaba condenada resueltamente á concluir en una gran catástrofe. Si Nerón hubiera podido huirla, contrastarla, imponerle su voluntad, acaso le respetara la vida. Pero no pudiendo más que obedecerla, se creía, para emanciparse de su yugo, en el caso de matarla. Y así, cada nueva demostración que daba del omnímodo poder propio sobre su hijo, impelíala, en concepto de éste, á la muerte. Muy tornadizo y cambiante por la sucesión atropellada y vertiginosa de sus emociones, cambiaba de juicio según y conforme cambiaba de impresión. Y unas veces admitía como posible hasta matar á su madre, y otras veces creíase perdido y abandonado, como cualquier huérfano vulgarísimo, si de su madre se desasiera, si su madre le faltaba. Con esta inconsistencia, nada más fácil que mandar como juez implacable grande turba de pretorianos y espías y esbirros y verdugos como en ojeo ahora, para luego seguirla como sigue á la yegua el potranco recién nacido que necesita de sus tetas. Corrido y avergonzado Séneca de las acusaciones asestadas con tan fulminante

frase por la emperatriz, en vez de tomar temperamentos de venganza y odio al golpe de la herida, tomó temperamentos de paz y de concordia. El más elocuente y sabio de los idos á la entrevista con aquella mujer altanera interpretó como sublevaciones de una inocencia pura los arrebatos de su soberbia horrible. Y después de defenderla, por lo menos excusarla, conjuró al emperador á que la viese y le hablase. Nerón aceptó el consejo y fuése al palacio Antonia, donde su madre habitaba; como niño muy mal criado, concluía por ardientemente reconciliarse con su madre y señora, después de haberle su madre reñido. Así dió un salto y se lanzó á su cuello.

—¡Ven ahora tú con marrullerías! ¡Buena me tienes! ¡Enviar á su madre una turba de malvados, como si fuese bandido que apresar ó reo de lesa majestad á quien perseguir y matar!....

—Perdona, madre, perdona. Vinieron allí unos cuantos delatores y me llenaron la cabeza de viento. El vino, después de comer, le arrastra por donde quiere á uno, y así no debe maravillarte que haya incurrido en alguna barbaridad. Si vinieron irreverentes á desacatarte y herirte, sabe como no tengo yo la culpa; serían una manada de tigres expedida por un cordero á tu presencia, pero nada más. Los tigres ya se han ido, alejados por tu imperiosa voz, y el cordero á tus pies ahora se halla pidiendo que le permitas lamerte las manos.

—Mucho me ha indignado todo lo sucedido; pero ya sabes que soy de buen componer y muy dada por mi naturaleza y por mi educación al olvido de las injurias. Te mentiría si llegase á ocultarte que me sacaron de sus casillas los tales tumultuados, pero muy particularmente y con mayor especialidad el infame y perversísimo Séneca. No lo puedo sufrir, porque á la más redomada hipocresía suma la más negra ingratitud. Echándoselas de casto, enamora sin pudor á cuantas mujeres encuentra en su camino. Echándoselas de republicano, ejerce una insoportable tiranía hasta en las conciencias por la grande autoridad y poder de su palabra. Echándoselas de puro estoico, hace de los palacios un uso como el que pueda un cuerpo hacer de un alma, y corre á engrosar el número de los cortesanos con cinismo propio del último de los aduladores. Encareciendo el haber llegado por el puro pensamiento á desasirse del

yugo extraño, adscribióse por sus acciones como siervo humildísimo del tropel de libertos que aduló en todo tiempo y en toda ocasión á mi esposo Claudio. Dos veces ha debido sufrir la última pena, si aquí en Roma hubiera justicia: una por haber divinizado y otra por haber malherido á los césares. Predica la pobreza, y goza fortuna que sube á siete millones de dracmas. Aconseja desprecio del excesivo lujo, y tiene sólo en trípodes quinientas hechas de limoneros y montadas en marfiles ó en metales preciosos. Se ha casado con una mujer tan poderosa como bella, y hemos tenido que remover cielo y tierra para preservarlo de causas por adulterio muy justamente comenzadas. Y un bellaco así no duda en echárselas del enviado de tu justicia por sus méritos y por sus virtudes á ofenderme, acusarme y herirme. Con él, únicamente con él me propasé; pero, créelo, fué porque nadie tenía tanta obligación como él de lamerme la planta de los pies y matarse de un golpe á una señal mía, porque sin mí hace mucho no perteneciera el malvado al mundo de los mortales. Créete que me irrita.

—Vamos, no te irrites, madre. Vuelve á tu calma, viendo cuán obediente vuelve á ti el hijo de tus entrañas. Compréndelo: muchas veces no sabemos lo que nos pescamos cuando á los esfuerzos y trabajos de una digestión difícil se juntan los vapores del vino. Ahora ordéname cuanto quieras y en todo te verás obedecida. Nerón sólo quiere ser á su madre grato, á su madre, que le ama siempre y á quien él ama también de todo corazón.

—¡Pérfido! Me amas y procedes con tu madre, á quien estás obligado por el trono y por la vida, como procedes. Me has puesto el estigma de la condenación en la frente. Cuando salgo á la calle, aquellas muchedumbres, que me vieron antes tan acompañada y que ahora me ven sola, huyen de mí como si fuera yo la peste. Hanme visto lanzada del Palatino y reclusa en este frío palaciote. Hanme visto abandonada de mis guardias pretorianas, sin cohortes y sin corte. Hanme visto sin la sombra de mi legión germana que me seguía por todas partes y de todo atrevimiento del pueblo me defendía y me preservaba. ¿Qué soy ahora en este abandono ó en esta soledad?

—No me arguyas porque practico las enseñanzas que me dieras tú de palabra y con ejemplos. Hasme dicho cuán propia te

parece de un césar la soledad allá en lo alto. Pues ya me tienes enteramente solo. Pero en esta soledad tú me acompañarás por todas partes y siempre. Ahora paréceme convenientísimo, para evitarme á mí murmuraciones y á ti responsabilidades, que vivamos uno lejos del otro. Viéndote sin guardia, sin corte, sin palacio, nadie te atribuye mis actos, y perdiendo las apariencias del poder, gozarás y disfrutarás todas sus ventajas y todos sus provechos. Así pídeme cuanto quieras: todo te será concedido.

—Pues te reclamo penas á mis enemigos, correspondientes con su crimen de lesa majestad, y premios á mis amigos, correspondientes con sus devociones al trono y á quien lo llena con su presencia. Quiero que Silana, por autora del enredo, causa del desacato, muera; pues de vivir, tras haber ofendido á una emperatriz, ella sola sería mayor que todo el imperio y todos los césares juntos. Y no debes matar sólo á Silana: con su muerte no darías aún el debido escarmiento. Precisa que mates al cuitado Antimeto también, por haber concebido el plan y haberlo seguido hasta el fin. Me han ofendido á mí, tu madre, y se han burlado de ti, su césar. En cuanto á Paris también te pido su cabeza.

—No prosigas, madre; no puedo complacerte de manera ninguna en lo relativo á Paris. Un comediante vale más para mí que un filósofo, pues el comediante me divierte y el filósofo me aburre. No estamos tan ricos de artistas en Roma para que sacrifiquemos así un hombre de la inteligencia, del gesto, del genio, del gusto, del arte que todos reconocemos y proclamamos á una en Paris, gloria y ornamento de nuestro teatro. Si me pides la vida de Séneca ó la vida de Paris, preferiré darte la vida de Séneca. Quiero al comediante yo como puedo querer á mis potros de Tesalia y á mis papagayos de India. Morirá Silana, morirá también Antimeto; mas Paris no puede morir, porque no hay tantos seres agradables en el mundo para que nos privemos de uno. Cuando tantos que me cargan respiran y viven, paréceme, Agripina, mal que uno tan grato para los recreos padezca y muera. Pídeme cualquier cosa menos esa. Paris no puede morir. Mejor será que me tientes á la concesión de mercedes que no á la aplicación de castigos. Pídeme antes favores para tus amigos que para tus enemigos penas.

—Me conformo con lo que propones.

– Pide, pues, Agripina.

– Sabes que Fenio me facilitó los medios de cazar á Claudio, sin cuya caza no serías tú césar, ya lo sabes.

– Lo sé.

– Pues no ha sido recompensado con arreglo á sus merecimientos.

– ¿Qué pides para él?

– Pues pido la intendencia de los víveres que proveen á palacio.

– Concedido. La corte comerá menos; él más.

– Stella me ha salvado de cien enemigos tan hábil en esgrimir el puñal como en componer y propinar los venenos.

– A éste deben premiar los dioses infernales por las muchas gentes que les ha mandado á deshora y antes de sazón ó tiempo; mas como te empeñas tú, le daremos la dirección de los juegos. En vez de concluir con romana gente, concluirá con gladiadores y con bestias.

– Badilo debe ir al Egipto.

– ¿Por sus quiromancias?

– Anteyo, de gobernador á Siria.

– ¿Por su magia?

– No te chancees. ¿Lo concedes todo?

– Concedido.

– Gracias, ¡oh dioses! Todavía tengo hijo.

– Siempre lo has tenido, madre.

– Ahora, Nerón, hablemos de ti.

– ¿De mí?

– De ti.

– ¡Famosa ocurrencia!

– No hay remedio. Preciso me será decirte algunas durezas; pero no puedo pasar por otro punto. Me lo impone mi deber y lo pide tu felicidad.

– ¿Conque después de haberme pedido tantas gracias y hécholas yo sin vacilar un punto y sin excepción alguna, todavía me riñes y me predicas y me reconvienes y me atormentas y me castigas?

– Si en tu infancia no te prestaras á oir mis órdenes, jamás

tuvieras el imperio; si en la mocedad no procedes como en la infancia, no lo conservarás. Haces muchas cosas que te pierden. Prescindes de muchos deberes, los cuales te ligan al trono con sus cadenas invisibles. Tu madre no puede, no, dejar de así decírtelo. Todo el mundo te oculta lo que siente respecto del prematuro fin de nuestro malogrado Británico.

—Agripina, te ruego que no hables del fin de Británico para que no hable yo del fin de Claudio.

—Pretorianos y populares lo han llorado como si perdieran un hijo.

—No hagas caso ni de unos ni de otros. Si hubiera de creerlos yo, prescindiría de ti. Ya sabes como la envidia corroe nuestra Roma. Cien mil voces me dicen que sólo seré verdadero emperador cuando me quede sin madre. Y las desprecio, viniéndome adonde tú estas para complacerte con anhelo y servirte con fidelidad en todo cuanto pidas y desees.

—Pues dejemos á Británico y vamos á Octavia.

—No vayas. Eso de Octavia me incomoda y me molesta mucho más que lo de Británico. Tú me has condenado á casarme con ella, pero no puedes condenarme á sufrirla.

—¡Ven aquí, alma de cántaro, ven aquí! Hice yo casamiento desigual con tu padre, no de familia tan ilustre como la divina familia mía. ¿Cuándo tú, hijo de Eneobarbo, hubieras podido aspirar al imperio si no te casas con la hija de Claudio?

—Será cuanto quieras tú. Habrá representado en la vida mía el ministerio que tú quieras y me habrá hecho el bien que tú recuerdas; pero imposible sufrirla humanamente. ¡Qué virtud tan estéril su virtud! Luego, nadie diría que la pariera mujer tan hermosa como Mesalina. No ha traído los vicios de ésta, que á la postre me importarían bien poco; mas no ha traído la beldad, que me halagaría mucho. La tengo allí en los cubículos imperiales como pudiera tener en jaula un ave. La cuento entre las estatuas de mis galerías, ó entre las yeguas de mis cuadras. Pero nada más, por Júpiter; nada más, Agripina.

—¡Te quiere tanto! A este cariño une un culto y admiración tan intensos por tus artísticas facultades y por tus inspiraciones, que tienes en ella con una grande amante una severa y devota

sacerdotisa. Y cuando pienso que la dejaste un día por esa oriental Acté, indigna de ser tu esclava, y que ahora le prefieres Popea, una patricia criminal y orgullosa, pierdo la cabeza.

—Mira, madre, mira. No pronuncies, no, ciertos nombres, si quieres que tengamos la fiesta en paz. No me recuerdes Acté, separada ya para siempre de mí, así como no debes hablarme tampoco de Popea, no unida conmigo todavía por consideraciones á esa Octavia, que tú encareces con hipérboles y que por el buen parecer yo sufro impaciente y deseoso de arrojar la pesadísima carga.

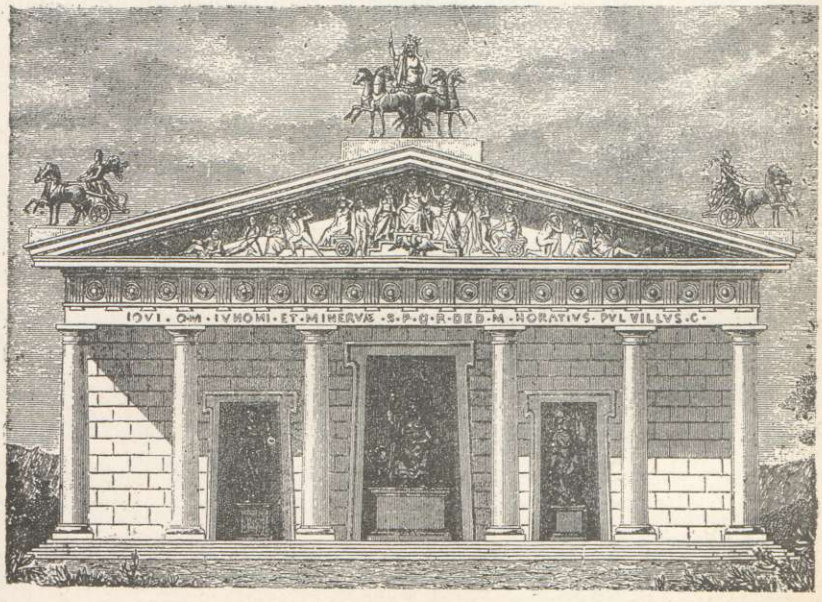
—Ya creo que no posees á Popea: ¡como que la posee Othón!

—Agripina, por los dioses, no renueves todas las llagas de mi corazón y no levantes todas las tempestades de mi alma. Déjame irme de tu lado, bien habido con las horas pasadas junto á ti, así como bien dispuesto á volver. Hete concedido cuanto me has demandado. Muéstrate, pues, agradecida y agradable. Con eso lograrás que nuevamente venga por aquí á buscarte y á decirte cuánto y cuán de veras te quiero. Paréceme que ya es hora de separarnos, y antes de irme deja que te bese con todo cariño en los ojos y que te diga cuán unido á ti estoy, como allá cuando me tenías en tus entrañas.

—Nerón, si no me crees á mí, habrás de perderte y deshonrarte; si me crees á mí, habrás de constituirte por tu gobierno en delicia del género humano y honra de la humana historia.

—Yo no hago más que servir al pueblo. He multiplicado los espectáculos, tan gustosos á la gente romana. He traído maestros para los gimnasios que sobrepongan á nuestro natural rudo la civilización helénica. He dado derecho de ciudadanía en esta soberana ciudad á cuantos presentaban algún mérito y le traían algún ornato. Yo quiero que las letras y las artes dancen alrededor mío como danzan las musas alrededor de Apolo. Yo no hago más que romper cuantas cadenas he visto á mi paso y que levantar cuantos infelices se han hundido en lo profundo. He llamado á todos para que conociesen las cuentas del erario y contribuyeran á la sustentación suya con el menor gravamen posible. Porque no la quiso aprobar el Senado, fuéme imposible promulgar la ley que abroga todos los tributos. He disminuído los delatores y las recompensas

que les eran designadas antes. Los patricios discuten cada día con más libertad en su curia. Los periódicos y los teatros gozan de una libertad absoluta. Los más puros republicanos creen resucitada por mí la República. He restablecido los comicios populares abrogados por Tiberio. Roma es la madre del mundo. Los generales nada tienen que hacer ya por la fundación de este imperio de paz.



Templo de Júpiter Capitolino (restauración)

ya establecido para siempre. Quedarán baldíos los campos de batalla, y donde golpearon hace poco los instrumentos de combate, golpearán ahora los arados, instrumentos de trabajo. El Fénix ha renacido de sus cenizas. La higuera ruminal, que se había secado, rebrota y reverdece. Ahora, madre mía, que me suelten un galgo. Y me voy, pues tengo prisa ya por acercarse la hora solemne de una gran ceremonia religiosa.

Con efecto, habiendo caído sendos rayos en los templos de Minerva y de Júpiter, los centelleos de sus relámpagos, el retumbo de sus truenos, las chispas de sus centellas anunciaron al pueblo la cólera de los dioses y conmovieron al sacerdocio, quien exigió del emperador y de la curia una purificación por medio de lustraciones que dejaran la ciudad como ampo de nieve por su pureza

moral. Reuniéronse las gentes por el campo de Marte, organizadas en curias la nobleza y la muchedumbre ó el pueblo en centurias, los soldados en legiones y compañías, apareciéndose por las varias vestimentas como un vistoso ejército, uniformado con la debida variedad, y por los colectivos cantares como un inmenso coro que despidiese suaves armonías. Los toldos de seda rosa en lo alto; las plantas aromáticas en el suelo regado; los ramilletes formando como intercolumnios de flores; las cazoletas ardiendo y exhalando nubes de aromas; las aras lucientes al fuego del sacrificio; los toros y los corderos albos con los cuernos dorados; las vasijas argénteas rebosantes de agua lustral; el hacha y el cuchillo sacros relucientes; los sacerdotes coronados de guirnaldas; los sacrificadores envueltos en gasas de linos; el incienso disipado en azuladas nubes; los dioses erigidos en áureas estatuas sobre los altares ornados con bellas cinceladuras; el colegio de las Vestales por un lado, por otro lado los embajadores y representantes de cien pueblos; Nerón de pie sobre una tarima con aires de pedestal ó andas de un Dios, vestido con túnica bordada de púrpura y coronado con tiara concluída por una rama de olivo, presentaban un tal aspecto que parecía vencido el sensualismo imperial y renacientes la majestad y el culto antiguo de la Ciudad Eterna.

Pero apenas la noche vino, cuando el pontífice máximo se trocó en histrión. Desnudóse de sus vestimentas sacras y se ciñó un ignominioso traje de siervo. La cabeza desapareció bajo historiada peluca. La frente se alteró á mixturas que le daban aspecto de rugosa y surcadísima por profundos hoyos. Un mar de aguas varias, henchidas por diversas esencias, cayó sobre las manos y los pies. Una molienda de harina candeal bajaba de sus enfarinados mofletes. Las cejas quedaron en términos contrahechas que parecían como de un reciente brote. Hasta los ojos aparecían como prestados. Ya, disfrazado de tal manera, podía en la noche obscura recorrer á su antojo la ciudad y divertirse á su sabor y á sus anchas, sin que nadie le fuese á la mano. Para disimularse mejor y precaverse contra la curiosidad llevaba un regimiento de mancebos locos y alegres, como él, con la consigna de gritar mucho, correr en todas direcciones, insultar y aun aporrear á los transeuntes, decir indecencias á las mujeres, volcar en las calles los garitos, apedrear las

ventanas de los vecinos que descansaban en paz, robar á los unos por gracia y herir á los otros por puro divertimiento, entrar en las tabernas y romper todos los cacharros para que corriera el vino como agua, mover un escándalo en las mancebías é irse sin pagar, urdir mil trampas donde cayesen algunos cándidos y apalear á los vigilantes que cuidasen del orden público; porque de tal suerte nuestro emperador se divertía y se holgaba. Todos los calaveras de la corte formaban este numeroso ejército de gente perdida, yendo por las noches, así que al emperador se lo pedía el gusto, en pos de aventuras y de aventureras hasta que concluía todo aquel desvarío colectivo en un incendio voraz, en una batalla sangrienta. Othón, Tigelino, Petronio, Paris, con cien y cien descendientes de históricas familias, análogas á las dinastías de ahora por sus recuerdos y por sus privilegios, componían esta cohorte de aficionados al escándalo, al juego, al robo, al incendio, al combate nocturno, al estupro en ambulantes y fragorosas orgías. Por la noche que ahora evocamos rompieron algunas costillas á los serenos oficiales y mantearon á los senadores noctámbulos. En esto encontraron una litera, donde reposaba hermosa matrona, circuida de siervos que llevaban hachones encendidos y acompañada de su esposo, quien, para mayor honra y compostura, iba de grado á pie, como quien se mira en la compañera de su existencia, sacro depósito de su amor y de su honra. Llamábase Montán este patricio y disfrutaba en Roma de una gran opinión por la severidad austera de las costumbres y el culto prestado á la libertad y á la justicia. Los cuitados, ya ebrios hasta parecer dementes, sucios del vómito que habían lanzado y de las bebidas que habían vertido, ululantes como verdaderos ojeadores de fieras, frotáronse las manos al ver este cortejo, y se opusieron á su paso por la calle con esos atrevimientos de impudor y de temeridad prestados por la embriaguez á sus víctimas. Dióse al primer asalto y cometió la primer arremetida Nerón en persona. Fuera de sí, no sabiendo qué se hacía, saltó sobre los esclavos conductores de la litera, y metiéndo en ésta los dos brazos, arrastró hacia sí la matrona para imprimirle un beso en los labios. Nunca lo hubiera hecho. Á una voz del ofendido cayó sobre las espaldas del monarca una lluvia de palos. Después que lo tuvieron muy apaleado, y por consecuencia muy maltrecho, le patearon el

vientre y las tripas como hubieron podido pisar en los lagares. No le quedó hueso sano. La cara se le hinchó cual si le hubiera picado un enjambre de abispas. Las mandíbulas se le resintieron á los puñetazos, y se le cayó un diente. Como los del bando neroriano apenas podían tenerse de pie, no contrastaron la defensa cual debían; cayeron en el suelo rotos y deshechos. No pudo volver por sí mismo; lo llevaron entre cuatro como un muerto al palatino. Montán solo al día siguiente supo que Nerón era el molido por sus manos en la triste aventura. Ocurriósele al infeliz lo peor que se le hubiera podido ocurrir: dirigirle al césar una carta pidiéndole perdón. En la carta no podía menos que aparecer el apaleamiento, y el apaleamiento no podía menos que humillar al emperador. Éste preguntó lo que sigue, después de haber leído la misiva: «¿Cómo ese hombre sabe que ha dado de golpes á su emperador y todavía vive?» Cuando Montán supo la pregunta se partió de dos puñaladas el corazón.

Tras estas orgías, á la mañana siguiente, concluída la borrachera en sueño pesado y lleno de pesadillas, maltrecha y mal herida toda su persona en cuerpo y alma, el cuerpo á los palos y al hastío junto con hartazgo el alma, Nerón pensó en la necesidad que tenía de echar el ancla por alguna parte, si no había de zozobrar en las innumerables tormentas que desencadenaban á su paso los vicios de sus costumbres y los desórdenes de su vida. La imagen de Acté se le apareció como una estrella de la tarde allá en los arreboladísimos recuerdos de lo pasado, y la imagen de Popea se le apareció como una estrella del alba en las auroras de sus presentimientos y de sus deseos. Tendióles sus brazos á las dos imágenes, que recibían de la ilusión y de la esperanza una gran realidad y una forma verdadera en relieve, como si las tuviese al lado; aunque al relampagueo de sus encontradas pasiones le ardía la sangre cuando á Popea miraba en ardores sensuales, y se le apagaba, en cambio, si convertía los ojos á la ideal Acté, avivándose la dulce luz del alma. Combatido largo tiempo en estas alucinaciones por dos olas contrarias, ignoraba quién le arrastraba con mayor empuje; pero sabía que las dos, cada cual por su estilo y modo, le apartaban de los desórdenes en cuyas espirales había caído, y le conducían á un puerto donde con el amor único, aunque fuese tan

espiritual como el amor de Acté ó tan sensual como el amor de Popea, se le calmaban los sentidos sobrexcitados por las exaltaciones seguidas de agotamientos que traen los excesos del voluble y ligero placer. En estas soñaciones se apagó la imagen ideal de Acté por los horizontes del alma, como un amor sin esperanza, después de lo sucedido en la última entrevista, y se le encendió con vivo incendio, como un cometa siniestro, el amor á Popea. No había más remedio que juntarse á ella y hacerla suya. Cuando cada paseo nocturno, movido del anhelo de huir al aire libre por la triste asfixia que sentía en los apartamientos imperiales de su palacio, le costaba con seguridad á honradísimos ciudadanos la vida y le ponía en trance á él de arriesgar autoridad y nombre, ya era hora de que fijase Nerón su amor y viviera con una mujer amada que le preservara del enviciamiento en que había caído y le diese la calma indispensable á un hombre de su temple y á un emperador de su altura. Como diz que la letra entra con sangre, la previsión y el cálculo entráronle á Nerón tras la soberana paliza que le diera el senador ofendido, mostrándole cómo arriesgaba en devaneos la corona y se exponía, por entrar en tabernas, garitos, burdeles y zahurdas á salir del palacio, del trono, quizás del mundo. Así tras largo y detenido examen, decidió en Popea fijarse, unirse con Popea. Y

Othón (busto del Vaticano)

llamó á Tigelino, que inmediatamente se le presentó en persona.

– Acércate.

– ¿Qué hay?

– ¿Me lo preguntas?

– ¿Cómo va la salud?

– Mejor.

– Me alegro.

– Mas precisa cambiar de vida; porque si vamos así, tropezaremos una noche cualquiera con la muerte.

– Como dispongas, Nerón. Tus órdenes obedezco yo.

– Es necesario que Popea se resuelva por seguirme, pues allá en el interior escarabajéame una sospecha muy viva, la sospecha de que acaso, como tantas veces me has insinuado tú, háyase persuadido Othón á creerse un esposo de veras, en vez de esposo depositario, y lleguen á estimarse mutuamente los fingidos cónyuges, cual no hay costumbre que se quieran y estimen los verdaderos, y después de haber ido por lana yo, me vuelva trasquilado. Así has de tomar á tu cargo una comisión penosa, pero urgente. Vete á casa del falso matrimonio y llévate un grande y honroso nombramiento para Othón, gobernador de Lusitania, con la precisa cláusula de salir hoy mismo, dejando á Popea libre de pasar, en cuanto lo diga y ordene yo, al tálamo y al trono mío, que le pertenecen de derecho.

– Muy remolón habrá de andar tu camarada y amigo para irse; mas al fin se irá. Que había de prendarse á la postre del objeto de tu amor, bien podías presentirlo en tu corazón, sin tener necesidad alguna de averiguarlo en una sabida experiencia; pues al mismo Arístides, el justo por antonomasia, le hubieras puesto en tal coyuntura, y el mismo Arístides pecara con todas sus virtudes. No es hora de pararse ya en barras ni de hacer estas reflexiones: basta con que lo despidas, y así no tendrá más remedio que soltarte la dama y ponerse á tus mandatos en cobro, á fin de que no se vuelva el premio castigo.

– Sí, ve, y dile que se vaya pronto, en el mismo día de hoy; no sea que yo concluya por encelarme, y haga sin reservas, ni continencias, ni respetos, alguna barbaridad.

– Haré cuanto quieras y digas, pero no está en Othón el ma-

yor obstáculo; el mayor obstáculo está en Popea. Créeme, Nerón, á mí.

– Pues tiene gracia eso; después de tanta espera, pareceríame pesada burla que no se diese á partido y me tuviera, como á cualquier pobre y obscuro pretendiente mozo, entreteniéndome con promesas engañosas y dándome por toda satisfacción á un amor como el mío miradas ardientes y jacarillas voluptuosas. Eso no puede ser.

– Pero tampoco puede ser, Nerón, que Popea entre á compartir tu tálamo sin compartir tu trono. Y para compartir tu trono, yo, que á cada triquitraque la veo, debo decirte habrá de pedir un regalo de boda tan pingüe como el sacrificio de las personas interpuestas entre tu corazón y ella.

—¿Aún quiere mayores holocaustos y sacrificios, cuando hele inmolado sin piedad á Británico, por quitarle obstáculos en el camino y decirle como estoy dispuesto á proceder con todos cual he procedido con mi hermano?

– Pues no le basta.

– Debía bastarle.

– Cuando me comisionas para verla y contarte luego lo con ella convenido y hablado, ¿qué debo decirte?, ¿lo dicho por ella en verdad, ó lo deseado por ti que diga? Contéstame bien y pronto.

– ¡Ah! Lo dicho por ella.

– Pues dice todo lo congruente con aquello que tú mismo refieres hace la soberbia matrona en sus relaciones contigo. Por el corazón, hablando en plata, nunca se rendirá, Nerón, á tu amor; se rendirá por la corona. Y para la seguridad suya de poseer tarde ó temprano la corona, precisará que, amén de Británico, ya pasado en cuenta, le inmoles, bien ó mal de tu grado, á Octavia y Agripina. No hay otro remedio; no hay otra salida. Como me lo contaron, te lo cuento.

– ¡Cuáles abismos oculta el humano corazón! – dijo el emperado – ¡Y cuán valerosas las mujeres! Malograda su madre, la más bella matrona de aquel tiempo, asesinada por celos de Mesalina, quien temía se apoderara de Claudio, ¿cómo juega con fuego ahora, exponiéndose á quemarse también?

– Con grande valor aparece. Mas templa un poco su mérito la seguridad natural de que no habrías tú de partir su corazón y sa-

crificarla, sin partir también el propio corazón tuyo y sacrificarte como ella en sacrificio quizás más penoso, pues tendrías que vivir después de haberla perdido.

– Pero, en fin, rodeados de los peligros que por todas partes amenazan, precisa no ponerse al borde obscuro del abismo. ¿Quién le responde á la temeraria de que Agripina, tan vigilante, no le tienda una red y la cace?

– Pues pocas tan recatadas. Por no deslumbrar, se tapa el rostro con velo espesísimo. Por no dar pábulo á las murmuraciones, se calla como una muerta. La virtud para ella no será un ejercicio continuo, pero será un ornamento más de su belleza. Como aspira en el culto de sí misma continuo á una serenidad perfecta de antigua estatua helénica, comienza por serenar su conciencia. La sensualidad no ha podido afearla, porque, sobria y casta, no se abrasa en el excesivo amor que devora y consume á otras mujeres. Su mayor goce es la posesión del poder. Y como en ti sea imposible separar del hombre al césar, ¿qué más te da, puesto ya en vías de concesiones, un amor consagrado á quien eres, ó un amor consagrado á lo que vales? Con tal de que logre hacerte feliz, y habrá de lograrlo, impórtate bien poco que le salga de adentro el amor ó que lo finja con verdadero arte. Ella se debe creer una imagen de la Razón de Estado, cuando ve que para obtenerla te has metido en una conspiración y has armado un verdadero asedio.

– ¿Pues no había de hacer eso, cuando lo mandaba el más rudimentario instinto de propia conservación? Para indisponerse con mi madre hay que comenzar por matarla. No puede uno pisarla sin que le muerda el pie, y no puede mordernos sin transmitirnos su ponzoña. He ocultado cuanto me ha sido posible mis preferencias por Popea, no temeroso de que la mataran los celos, temeroso de que la matasen los desapoderados instintos de ambición y de poder que aquejan á mi madre. Así no habrá otro remedio más que desasirnos de nuestra madre. Veo la necesidad y me conformo, aunque con pena. He pasado por bien grandes amarguras. Heme visto traicionado por Othón, el cual no ha muerto á mis manos, ó por mi orden, gracias al temor que me inspiran los escándalos y al recelo de que tomase cartas en el asunto Agripina. Pero hame sucedido llamar al falso esposo de Popea, recordarle cara á cara el

pacto entre los dos convenido, pedirle su cumplimiento, conjurándole á conducirme al tálamo de aquella mujer, que es mía; se ha negado, no sólo aduciendo su carácter legal de consagrado marido, la resistencia de Popea, resuelta, según le ha dicho, á entrar en mi casa con todos los caracteres de la mujer legítima y de ningún modo con el vergonzoso grillo de una barraganería inaceptable. Y en vez de matar á Othón, aunque sus palabras me hirieron en el alma y exaltaron todas mis pasiones, le mando á uno de los mejores gobiernos, y lo destierro de Roma con todos los honores del triunfo, por apoderarme de su Popea.

— No bastará con que la separes de Othón; deberás hacer algo más. La fatalidad impone á tu corazón sacrificios enormes, si deseas conquistar á la mujer por quien ahora estás loco. Hay precisión de inmolar víctimas. Pide la inmolación de Agripina y de Octavia, porque la una seguramente abrirá el tálamo á su amor y la otra el trono á su ambición, en cuanto mueran. Pues no pueden morir las dos á un tiempo. Si la inmolación de Agripina le basta para entregarse á mí, yo le prometo que morirá mi madre. La desaparición de Octavia téngola por difícil, por imposible casi. No se arresta sino á temeridades tales como la muerte de Británico sin suscitar grandes odios. Y si á la muerte de Británico sumo ahora la muerte de Octavia, Senado, guarnición, pueblo se subvierten todos á una contra mí en subversión universal y me matan. ¡Imposible, imposible, imposible! Que se contente ahora con la muerte de mi madre, y aguarde á tiempos mejores y más propicios para que intentemos y consumemos la muerte de Octavia.

— Está bien, ¡oh Nerón! Tu plan será dicho por mí á Popea, y espero que será también inmediatamente aceptado por Popea, pues lo juzgo muy aceptable. Pero, después de cuanto ha sucedido, acelera el cumplimiento de la oferta. No puedes imaginar lo que Popea sufre. Miles de anuncios y delaciones le auguran un próximo terrible caso: la muerte por el puñal ó por el veneno, que tiene decretada en sus adentros Agripina. No extrañes, pues, que sin descanso viva y que tema verse por todas partes rodeada de implacables espías ó esbirros. Y no solamente me ha dicho que teme su muerte; aún teme algo más terrible y más espantoso que la muerte misma.....

Y no se atrevió á proseguir Tigelino.

– ¿Cuál cosa teme?

– No me atrevo á decirla,

– Dila.

– No puedo.

– Dila.

– Nerón, mándame cualquier cosa menos que llegue á repetirte yo lo dicho á ese respecto por Popea.

– Dilo, y no me impacientes.

– Lo diré.

– Sea en buen hora: dilo.

– Que..... Perdona, no puedo.

– ¿Que mi madre quiere ser también mi esposa?

– Tú lo dijiste.

– Ahuyentemos del pensamiento esa idea y no volvamos á recordarla. Pero tendréla en cuenta para decretar el castigo que merece. Desde los comienzos de mis tentativas para el anudamiento de relaciones con Popea, hele hecho sentir á mi madre todo el peso de la cólera que despertaba en mi ánimo su oposición cruel á mis nuevos amores y su traidor protectorado á Octavia y á Británico. La he alejado del Palatino y del Palacio. Hela recluído en la casa célebre de Antonia, donde vive sin corte y sin cohorte. Cuando está en la campiña, le pongo el número de obstáculos posible para que á Roma no vuelva; y cuando vuelve, la espoleo para que se vaya. En el teatro se le dirigen sangrientos versos que yo inspiro. Los aficionados á litigar le ponen pleitos por un quítame allá esas pajas. La desacatan los hijos innumerables de sus víctimas. Escriben libelos contra su persona y los dejo. La insultan en el paseo y le cantan injuriosas canciones á la puerta de su palacio y en los setos de sus jardines; á nadie se ha castigado. De esto á la muerte no hay más que un paso, y lo daré, pero después que se haya Othón ido y que haya pasado yo tres días consecutivos con tres noches en casa de Popea.

– Los pasarás; yo te lo afirmo.

– Pues que llamen á Locusta.

El viborezno abría las fauces y afilaba el áspid para picar á su madre, la víbora.

CAPITULO XIII

EN BAYAS

Nerón había visto huir á Lusitania, so capa de gobernador, al audaz propietario de Popea, y había pasado en compañía de ésta las horas nocturnas y diurnas que le dió la gana, bajo el propio techo de tan hermosa mujer. Así quedaba sereno su ánimo, y puesta por obra la realización de un deseo, á cuyos aguijonazos se había movido en larga temporada y desveládose muchas noches continuas y seguidas. Pero nunca obtuviera semejante logro sin un pacto anterior con Popea, en el cual pacto, cumplidas las obligaciones de ésta, quedaban por cumplir las obligaciones suyas. Reducíanse á tres: primera, deshacerse de Agripina; segunda, desasirse de Octavia; última, casarse con Popea. Entre tales obligaciones había unas más cumplideras y otras menos cumplideras. El cumplimiento de la última dependía del cumplimiento de la segunda; pero imponíase por mil razones el retardo de ambas, al fin de arremeter con la primera y mayor, con la muerte y sacrificio de Agripina, intento de suma dificultad, aun dado el poder de Nerón, por la mucha fuerza que tenía en sí Agripina y la mucha influencia de que gozaba en el Estado y en el palacio. Mas las últimas insolencias lanzadas á los cortesanos, la pasión de Popea metida en africanos odios, el golpe de injurias asestado á Séneca, la ruptura con los pretorianos, la terrible idea del incesto, por tales modos habían perdido á la infeliz Agripina en concepto de su cachorro, que la senten-

ció á muerte con inapelable sentencia, concentrando todo su pensamiento y toda su voluntad en el aquistamiento de los medios indispensables á cumplirla. Necesitaba mayores precauciones para llevar á término este plan horroroso contra su madre que para llevar á término el horroroso antiguo plan contra su hermano. Precisaba matarla sin advertirle por impaciencia ninguna la triste amenaza que sobre su frente se cernía y aleteaba. En tal concepto había decidido redoblar con las tentativas arteras de premeditado parricidio las caricias mentidas de amor filial. Así, en cuanto salió del palacio Popea, se dirigió al palacio Antonia. Y en cuanto al palacio Antonia llegó, echóse con verdadero alborozo en brazos de su madre y la besó con transportes filiales. Agripina, un tanto engañada por aquella explosión de cariño, aprovechóla para conseguir algo de Nerón, y le pidió su reingreso en el Palatino y en el palacio. Nerón le aseguró que ninguna súplica podía dirigirle tan aceptable para él, ni tan próxima de aceptación. Mas, para que no volviesen á disidencias dañosas y á separaciones continuas, había de preparar la hechura del reingreso y compaginarla con lo anteriormente sucedido. Pero, aplazando esta coronación de la obra por un plazo brevísimo, creyó de su deber avenirse á cuanto quisiera y satisfacer todas las súplicas que le manifestara. El disimulo llegó á tales extremos en el taimado que, á pesar de conocerlo cual su madre lo conocía, creyóle de nuevo sumiso, y empezó á pensar en la satisfacción de sus venganzas así que obtuviera el reintegro en su influjo. No cayera la cuitadísima en tal inocentada, de saber á quién llamara Nerón, cuando sonaron las altas horas de la noche subsiguiente á esta cordial visita. Pues llamó á Locusta y le propuso el requerimiento de un veneno cualquiera, que diese, no tanto la muerte misma en sí, como una enfermedad mortal, tras la que sobreviniera la muerte, pero sin dejar indicio alguno del siniestro agente que la produjera. Locusta, muy solicitada por Agripina también y de ésta muy devota, expuso la imposibilidad en que se hallaba de componer mixtura semejante con los maleficios pedidos por Nerón, y aun llegó á decir que había procurado á la emperatriz tal número de antídotos y tal especie, que contra ellos se frustrarían los conatos dirigidos á concluir con tan formidable persona por medio del veneno. Era, pues, necesario matarla de otra manera, por una serie de medios ó

procedimientos en cuyas incidencias pereciese la infeliz emperatriz, dejando una convicción, la de haber perecido por la soberana voluntad de los dioses, y no por la voluntad inferior de los hombres, y menos de aquel cínico, puesto por el destino tan arriba, y que le debía, no solamente su propio ser á la víctima, sino la fortuna que le acompañaba por todas partes y la diadema que ceñían sus sienes. Mala de toda maldad Agripina; pero, por mala que una mujer sea, peor mil veces y más condenable y más condenado y más aborrecido el triste parricida, contra quien se sublevan desde los corazones humanos hasta las potestades y las furias del abismo. Así Nerón había por fin resuelto y determinado sus acciones para lo sucesivo so el pensamiento y el propósito de matar á su madre; pero matándola por modo que no trascendiese al público el criminal proyecto, mientras lo apercibía, ni su perpetrador se conociese después de cumplido. Así echóse á discurrir mil medios, cada cual de ellos más disparatado, los cuales iba desechando uno tras otro á causa de aparecérsele su ejecución imposible. Pero no se desasía ni un minuto de su pensamiento capital. Veíansele centellear, como una fulguración y un relampagueo siniestro, los ojos; dibujársele una especie de repliegue amargo en los labios; prestar á la respiración ese resuello que sale de un pecho fatigoso y ahogado; absorberse hasta desavenirse de sí mismo, entregándose á una meditación, en cuyos hondos senos desaparecía y se abismaba su propio ser entero, bien alejado de aquellas calaveradas que fueran como capital ocupación de su vida. La sentencia fulminada contra su madre se le aparecía más necesaria cada minuto y más insuperables los obstáculos que oponían á ella las resistencias de una realidad espantosa.

Sin embargo, no dejaba de ir al teatro. Como el marino ha menester del estruendo de las olas; como el montañés ha menester del fragor de los montes; como el guerrero ha menester de las batallas y sus terribles incidencias, el cuitado artista necesitaba las sinfonías armoniosas, las escenas animadas, el teatral aparato, el olímpico juego, las batallas de gladiadores, las carreras del circo, los clamoreos de las muchedumbres sobrexcitadas, el aplauso parecido á una tempestad, el cruce de las miradas en el espacio, la embriaguez del sentido, los excesos de conmoción y emoción

que procuran y granjean todas las artes á un ánimo exaltado y susceptible, capaz de confundir la realidad con la fábula en sus alucinaciones, generadas por el sacudimiento y la vibración de sus nervios. Así es que, no dejando por nada ni por nadie su asistencia constante á los espectáculos y al teatro, aunque penetrara durante todo este continuo embargo de sus facultades por una superstición superior, como una especie de nefasta sombra, pues hasta el mirar tenía extinguido, así como paralizados é inmóviles todos sus músculos, en cuanto se asentaba sobre alguna sede ó se ponía de pie algún rato. Una estival tarde romana ofrecía el césar á sus súbditos fiesta náutica, en que nadaban, dentro de inmenso anfiteatro construído con madera, monstruos marinos de todas clases, luciendo sus escamados lomos y coleteando con agilidad grande, y discurrían enormes naves aparejadas por muy señalados artificios á mudar de forma en un segundo, y tras tal mudanza reintegrarse de nuevo en su pristina figura. Con efecto, uno de aquellos barcos se abrió en dos á su vista; soltó en todas direcciones alimañas feroces que le divirtieron mucho con sus combates; y luego volvió á su anterior estado por manera tan maravillosa y bien dispuesta, que parecía obedecer al impulso de un motor invisible, metido en una máquina, también oculta. Pues he ahí lo que necesitaba Nerón: una industria, de tal modo ideada, que facilitase la grande hazaña del sacrificio é inmolación de su madre, sin que nadie llegase á saberlo, porque se hubiera el mar tragado la víctima y el secreto terrible de quién fuera su espantoso inmolador.

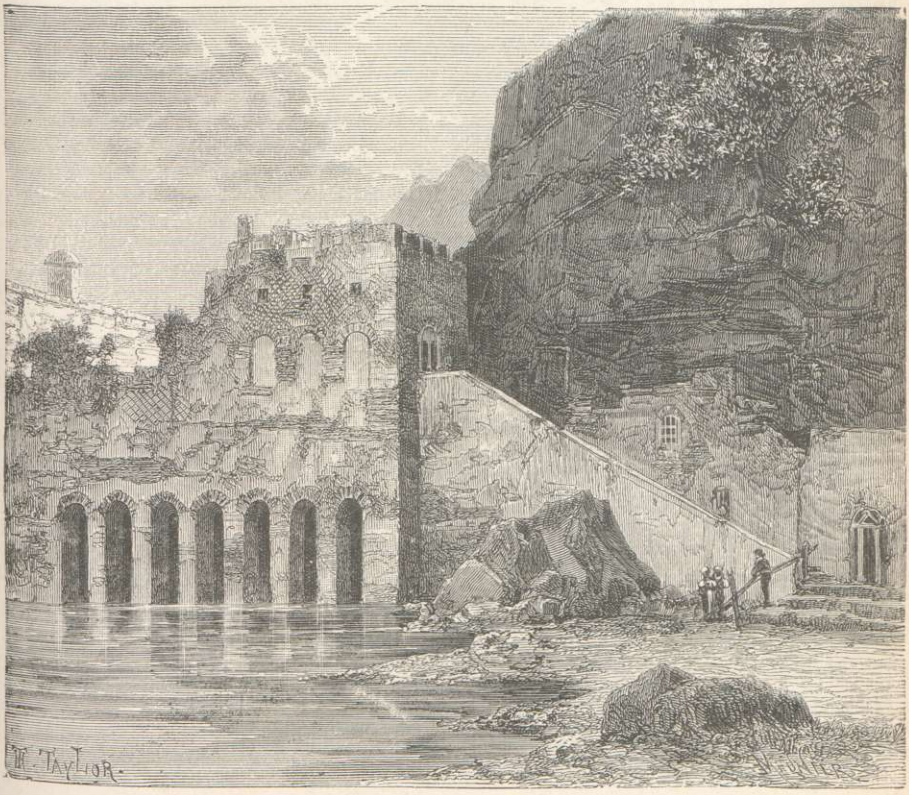
Necesitaba manipuladores de primer orden para esta obra, los cuales supiesen á un tiempo construirla con destino á su particular ministerio y ocultar este ministerio espantoso en aquellas sus hondas entrañas. A este fin escogió uno de sus viejos pedagogos, Aniceto, perteneciente á la familia de su tía Domicia, quien odiaba con una intensidad increíble de odio á la feroz Agripina y deseaba mucho hacerle sentir todo el peso de esta intensísima y añeja pasión. Había siempre buques del Estado en los puertos más próximos á Roma, como la vieja Ostia, y la bellísima Puzzoli, y el recodo tranquilo que al anclaje ofrecía el cabo Miseno y sus tranquilas aguas. Aniceto comandaba estos últimos buques, y en tal mando no podía, por su devoción al emperador, hacer otra cosa que lo

deseado y dispuesto en sus órdenes públicas ó secretas por el emperador mismo, tenido entre todos los suyos por un dios. Aquello que apenas podía decir á su conciencia, se lo dijo sin escrúpulo y sin reserva de ningún género al fiel Aniceto: la construcción de un barco semejante al presentado en la naumaquia, el cual barco por un resorte se abriese y cerrase, lanzando al mar su cargamento y convirtiéndose luego en un cajón cerradísimo, de suerte que nadie sospechara cómo se podía por mágico arte alguna vez abrir. No tenía más oficio Aniceto que obedecer, y obedeció. Era un asombro la embarcación. Estaba hecha de maderas preciosas; esculpida por cinceles helenos; maqueada de multicolores trozos varios como un mosaico antiguo; cubierta de alfombras y tejidos orientales; ornada con los lares domésticos, ante cuyas efigies brillaban las cazoletas litúrgicas hechas de oro; el palo mayor de un aromático árbol indio cortado, que á cien leguas trascendía; las velas de linos semejantes á velos; de marfiles cuajados con pedrería todos los enseres para el servicio: especie de flotante palacio destinado al culto de quien merecía, como señora y madre del emperador, aquella ofrenda, que semejaba celda ó camarín, aparejado para una diosa en ejercicio por un rendido devoto. Nerón tendía su red; fabricaba su telaraña sutil; abría su trampa; enredaba su señuelo con la paciencia de los pescadores á caña, y de los cazadores á lazo, y de los zorros, y de las hienas, y de todos los oficios, y de todas las especies que atisban, husmean, persiguen, sitian, asaltan, apresan y luego destrozan una víctima largo tiempo requerida por todos sus instintos. Parece imposible que se compadeciesen, como se compadecían en él, neurosis y serenidad, desarreglo nervioso y calma completa, las llamas de sus volcanes internos con la frialdad marmórea de su gesto, la pasión exaltada y el cálculo matemático, las garrulidades excesivas del orador y los repliegues del silencio, los arrebatos del demente y la simulación del diplomático, los ímpetus y la espera, en tales combinaciones, que llegó el malvado hasta persuadir á su propia madre, arrastrada por sus halagos y por sus disimulos hasta el abismo, donde al cabo encontraría sin remisión la muerte y la deshonra eternas.

Aparejada ya la nave con todos sus artificios, Nerón se trasladó al vecino pueblo de Bayas, y desde allí escribió á su madre invi-

tándola con cariño á las próximas fiestas de Minerva y prometiéndole un reinado sin fin sobre su pecho sin odios. Humillábase hasta pedirle perdón por los recientes agravios, y le prometía con sinceridad muy bien apañada y fingida las antiguas dominaciones en el palacio y en el pueblo. Como todo aquello estaba tan bien escrito, y de su cumplimiento no existía otra fianza más que la palabra del emperador, creyóla bien mal de su grado Agripina, respondiendo con su aceptación en términos tan cordiales como los términos del convite. Asintió, pues, á lo que Nerón expresaba, cuando decía que, fueran cuales fueran sus mutuos disentimientos, quedaba el indisoluble lazo formado por los amores maternales y la piedad filial entre ambos, tan duraderos como sus respectivas almas y tan inextinguibles en ellos como el calor mismo de la sangre. Tantas muestras de cariño, en contraste tan patente con los recentísimos despegos y aun odios, convencieron á la emperatriz del cambio de su hijo; y ayudado por las halagadoras promesas, el propio amor suyo creyó con facilidad aquello que le convenía creer para continuar en su añeja prosperísima fortuna. Movida de tal convicción, fuése al cercano puerto de Ostia; y desde Ostia zarpó en dirección á Nápoles. ¡Cuán hermosas en aquellos momentos las aguas marinas! Un cielo claro transmitía por todas partes los rayos de un sol heleno, que jaspeaban la superficie celeste del mar, copioso en pintadas conchillas que dejaban grecas como de perlas, y en caracoles que semejaban grandes corales por las orillas, así como poblado de peces que ahora aleteaban bajo las algas violáceas en plateados escuadrones, ahora sacaban el cuerpo como los delfines trazando arcos del color de las amatistas y abriendo surcos, sobre cuyas verdes arrugas se tendían blancos encajes de ligeras y hervidoras espumas. ¡Con qué alegría, tras su larga reclusión en el palacio Antonia, contemplaba la infeliz Agripina, de pie sobre su barco encantadísimo, aquel exceso de la vida que presentaba todos sus halagos y todas sus hechicerías, como para ocultarle que tras sus espaldas le hacía muecas la muerte, resuelta en aquel momento á clavarle sus uñas. Oreada por la brisa; en torrentes de celestial éter y vapores de sales inmersa; suspendida entre aquellos espacios azules, de los cuales uno arriba semejaba inmóvil rotonda de lapislázuli, mientras abajo el otro se movía en rizos y en palpitaciones ó exhalaba rumores y soplos y mur-

mullos, aparecía como la Galatea de los antiguos idilios sicilianos, sobre su carro de madreperlas con ruedas de nácares, tirado por delfines relucientes y saltadores; rodeada de nereidas parecidas á esfinges y de tritones semejantes á los caballos de Neptuno; escuchando los ecos de amor que lleva en sí cada pliegue de brisa y



Baños de Nerón en Bayas

los conciertos de suave música formados por el dúo entre los vientos y las olas; atezada del mar que le bronceaba, prestándole á la sangre y á las fibras un calor tan placentero que acrecienta la vida. Acompañábanla, como siempre, unos libertos atenienses, quienes recitaron á la vista de tal cuadro y á la cadencia de aquel poema los versos inmortales en que Teócrito describe á Galatea, dulce como un recental de Sicilia, blanca como la leche de los odres etruscos, ligera como la ciervecilla del bosque; huyendo á los requiebros de los cíclopes, cual huyen los ganados al husmeo de los

lobos; dada desde la niñez á coger los jacintos en las praderas para deshojarlos luego sobre las aguas; más grata, si plácida, que un buen sol de invierno y una buena sombra de verano, y más agria, si desapacible, que los racimos de agraces á los dientes. Aquellos idilios, predecesores de la gran tragedia, por tal suerte halagaban el oído de Agripina, recitados al flauteo de los caramillos y al susurro de las brisas, que parecía como de todos sus odios olvidada, y solamente divertida en aquel puro goce de holgarse con cuanto la circuía, proclamando el más dulce y bello entre todos los placeres, el placer de vivir.

Por fin llegó al cabo Miseno, donde la esperaba Nerón. Al verse hijo y madre, se lanzaron uno en brazos del otro con transportes de verdadero amor. Parecía que no se cansaban de besarse, como cuando Agripina era madre feliz y el cachorro, tierno niño, jugaba en sus rodillas. Cumplido el encuentro, en que Nerón se había portado como verdadero actor, sin traicionar ninguno de sus afectos internos y de sus planes parricidas, encamináronse á la quinta de Baules, propiedad de la emperatriz, la cual quinta estaba lejos de aquella en que vivía el emperador; despidiéronse con idénticos afectos á los mostrados en el encuentro; y Nerón aseguró á su madre que muy pronto habrían de reunirse y espaciarse, arrojando al mar todo recuerdo ingrato y apercibiéndose á mejor y más tranquilo porvenir. Nada tan hermoso en el mundo como esta comarca y nada tan maculado por el crimen. Allí construyó Calígula el puente de barcos, empleando toda la marina romana, merced al cual empleo faltaron las expediciones frumentarias habituales para la sustención del pueblo rey, quien se halló muy en peligro de morirse por hambre. Allí Calígula se prendó de la luna, pidiéndole que descendiera del cielo á su cama, cual del cielo al mar descendía, y le acompañara, como una esposa fiel, en su diario sueño. Allí los cortesanos de Tiberio que, creyéndole una noche de orgía muerto, se habían prosternado ante su heredero y sucesor, al verle reanimarse redivivo, cual un cadáver puesto de pie por súbita resurrección, le volcaron en el suelo á puñetazos como si fuera un toro bravo, y lo concluyeron y lo remataron ferozmente sin piedad. Amén de todos estos recuerdos tristísimos, asemejábase á una mancebía, pues toda la gente romana perdida hizo de la región aquella os-

tentoso teatro de sus vicios; y entre tantas bellezas del universo, como que resaltaban más las fealdades y horrores del alma pervertida y enferma, pero pocos espacios en el mundo tan bellos por su tierra y tan deslumbradores por su cielo. Desde cabo Minerva y Sorrento á Herculano y Pompeya, desde Pompeya y Herculano á Nápoles ó Parthenope, desde Parthenope á Pausilipo, desde Pausilipo á Puzzoli, desde Puzzoli á Bayas, desde Bayas al Miseno, dilátanse tales paraísos junto á contrastes y bruscos cambios en tal manera y número, que á los paraísos se suman los avernos, cual si quisieran reunir en aquel breve compendio todas las oposiciones del ser y de la vida. Una isla muy armoniosa, cincelada como una vieja estatua griega y circuida por una greca de corales y algas, que las olas besan y la luz esmalta, frente á una erupción del Vesubio, lanzando rojas humaredas y piedras como aerolitos, cual una tempestad improvisada en cielo serenísimo; un prado de violetas y lirios como grandes incensarios de aire puro junto á las solfataras hirvientes despidiendo gases maléficos que difunden la muerte; al lado de una orla compuesta por jazmines, otra compuesta por azufres, y tras un bosquecillo de mirtos que huelen

Gruta llamada de Nerón y de Agripina cerca de Bayas

y de adelfas que todo lo adornan, un laberinto de subterráneos henchidos por vapores de ázoe y ardiendo con el calor de termales aguas; allá en los lejos del horizonte las nieves perpetuas, entrevistas todas tras un cortinaje de nubes multicolores exhaladas de los cráteres en ejercicio continuo; por lo alto las cresterías y los adarves y las rotondas y las pirámides que coronan cordilleras sembradas de pueblos metidos entre jardines, y en lo bajo la superficie jaspeada del mar tranquilo que lo repite todo en sus cristales y todo lo aroma con sus brisas; componiendo un cuadro, un templo, un concierto tales, que se diría la Naturaleza viva completada por el eterno arte.

– ¡Cuáles hechizos! – decía la emperatriz contemplando, después de haber descansado del viaje y en espera de las misivas del hijo, desde su quinta muy empinada el espectáculo que á sus ojos se presentaba y ofrecía, entre sus damas y sus libertos, embobados todos también. – Es el mar este de las sirenas porque ninguno guarda sus encantos. ¡Cómo la vista se hunde allá en las laderas ornadas de viñas, que un día detuvieron á Baco! Mirad cuál se avanzan hacia el Tirreno los montes, y cómo para evitar un contacto brusco las arenas áureas de playas armoniosas se tienden inmóviles entre las moles violáceas y las movidas aguas celestes. Sobre un arroyuelo, que culebrea como si fuera de cristal ó de plata entre sus orillas de césped, un baño humeante que despide vagas nubes. Diríase cuando se mira el mar en calma que las tempestades han huído por siempre de tal suelo y han callado á su presencia. Diríase que lo llena todo entero con su amor Citerea. El templo de Apolo resplandece allá en las cumbres como un sol colgado al borde obscuro de los abismos; las velas arriban como bandadas de ánades y cisnes al puerto de Puzzoli; Parthenope se ciñe como con una corona formada por los aleteos de las palomas de Venus; las grutas, donde las sibilas han escrito sus libros, abren sus bocas obscurísimas entre bosquecillos semejantes á los Elíseos Campos; desde cabo Miseno á cabo Minerva se tienden pueblos y caseríos que parecen nidos de amores con el volcán sobre sus tejados y el mar lamiendo sus cimientos; uniéndose á esto en mi corazón y en mi memoria las sombras de los progenitores y antepasados que construyeran como mi abuelo Agripa los muelles del Miseno, la junción

del lago Lucrino con el lago Averno, la vía subterránea que conduçe á Cumas, las piscinas donde las murenas llevan en el hocico tumbagas de pedrería, todo cuanto con el trabajo y con la industria embellece tanto como completa el universo. Así creo que los manes de aquellos progenitores míos me auxilian, y que viniendo aquí desde las elevadas profundidades del abismo, tráenme su saludable auxilio, y me reconcilian solícitos con el hijo mío para que vuelvan mares y tierras á regirse por mi blanda mano y por mi serena voluntad. Mira cómo se balancea la nave que el amor de Nerón ha construído para servirme y recrearme. Ahora mismo acabo de recibir su invitación y me apercibo á partirme para regalarme, después de haber entrado la noche feliz, en una cena que me tiene preparada, y gozar así de su compañía como de su poder; que aquélla me traerá éste aparejado en el más breve plazo posible. Conozco que algunos de mis libertos están tristes porque diz han tenido esta noche pasada ensueños siniestros que les anunciaban desventuras grandísimas é irreparables, muy cercanas de caer sobre mi frente y aplastarla. Pero yo no creo en tal cosa; y si algo hubiera, todo lo desafío y á todo me arresto, porque quien tiene un temple como mi temple, desea el peligro.

Tomó su litera, pues, y se dirigió á la quinta del emperador, acompañándole una corte muy en armonía y consonancia con su rango. Varias jóvenes muy bellas resaltaban entre concurso tan múltiple, y varios libertos muy fieles dábanle guardia, acariciando armas ocultas que sacarían á cada paso en cuanto amenazara el menor peligro á la persona por ellos protegida. Todo era júbilo en aquella bahía. Tierra helénica eminentemente, celebraba la festividad ateniense por excelencia, celebraba la festividad hermosísima de Minerva. Los montañeses bajaban de lo alto en procesión; los agricultores ceñían de guirnaldas las chozas y las cabañas, modestos hogares suyos; las mujeres, vestidas de blanco y coronadas con ramos de olivo, danzaban á compás verdaderamente religioso y litúrgico; los escolares, niños unos, otros mozos, consagrados á esta hermosa divinidad, verdadero genio del saber, animábanlo todo con sus divertidos é inocentes juegos; los maestros, premiados con cuatro días de vacaciones, recitaban versos y discursos en loor de aquella que protegía las escuelas; los navegantes, retenidos en el puerto

por la holganza del comercio en aquellos días, afanábanse mostrando la vestimenta vistosa de los marineros pertenecientes á las tripulaciones que traían á los ojos, en sus aspectos varios, las tribus de los cuatro extremos del horizonte; las escuadras hacían evoluciones, gallardeando sobre las aguas y resaltando en aquel cielo etéreo; los conciertos al aire libre acompañaban el fragor y el estruendo de general alegría; representaban pasillos ó comedias los cómicos ambulantes; untábanse con aromados óleos los atletas dispuestos y ungidos para los ejercicios corporales y los combates cruentos; recitaban versos los poetas improvisadores; y en coros múltiples, acompañados por sinfonías inacabables, discurrían los jóvenes de ambos sexos felices y animados sobre barcas argénteas, con velámenes de seda y cordajes de oro, elevando á las alturas un himno y deshojando tantas flores que hacían como purpúreas las marinas aguas en aquella especie de culto religioso al elemento representado por la diosa Minerva: la idea, que supera y vence la luz en mucho; la idea, verdadero sol del espíritu.

En espaciosos altares y sobre lucientes aras erguíanse relieves simbólicos del nacimiento de Minerva; estatuas pareadas reproducían las dos grandes ciudades, Atenas y Roma, bajo la égida de esta divinidad del saber; pinturas movibles y decoraciones teatrales evocaban el Partenón; figurinas de marfil y de barro presentaban todos los atributos de la hija predilecta del dios Júpiter y todas las diversas actitudes ya consagradas por el viejo culto y el viejo tiempo; disputaban en un lado Minerva y Neptuno, creando éste los caballos ligeros como el céfiro y aquélla los olivos que significan la paz y la luz; y una inmensa procesión de vírgenes, vestidas con trajes litúrgicos y portadoras de luces y de coronas, acompañaban la estatua envuelta en velo negro, bordado con estrellas de oro, mientras la precedían heraldos que iban entonando las alabanzas religiosas y la seguían innumerables legionarios á caballo y carros de guerra, sobre los cuales se levantaban el peto, casco y lanza de la divinidad como un erguido y deslumbrante trofeo. Detenida en su marcha por esta intersección de los grupos la emperatriz y por el encuentro de su procesión personal con la procesión de aquella tan reverenciada diosa, llegó tarde, muy tarde, á la hora del anochecer, al palacio de su hijo, todo lleno para recibirla del

aroma de innumerables flores, del concierto de suaves melodías.

– Baja – le dijo Nerón al entrar su madre, – baja de tu litera y ven al seno del hijo amado y del hogar imperial, donde penetras como una madre querida en el cubículo de su familia y como una diosa venerada en el santuario de su divinidad. Las trípodes hermosas de oro arden; las flautas, que parecen regalos del dios Pan, tocan; las bailarinas gaditanas trenzan sus danzas; los sacerdotes ofrecen á los dioses la mirra y el incienso y el hidromel; pelean los atletas; corren por el pavimento las aguas de olor; suben á las alturas esencias aromáticas; un regocijo sin fin lo llena todo porque Nerón te ha reintegrado en tu poder y vuelve á llamarse tu siervo.

Legionario llevando una enseña

– Ya veo que, si bien por todas partes hay espectáculos propios de tu magnificencia y demostrativos del amor que guardas á tu madre amantísima, en la sala del festín y en la mesa del convite nos hallamos los dos solos, demostrando así que solos también, cual en tiempos más felices, vamos á reinar sobre nuestro colosal imperio.

– Toma tú el sitio de honor, Agripina; tócame tenderme á tus pies, amada madre mía.

– Como quieras.

– Ya ves cuánto te amo. Ya ves cómo deseo devolverte al mando y al poder que han querido disputarte mil rivales y mil rivalidades, ignorantes de cómo yo te amo y de cuán resuelto estoy á obedecerte y á seguirte sin reserva ninguna en todo cuanto mandes y ordenes. Perdona, olvida, madre mía, en la seguridad completa de que los antiguos extravíos únicamente servirán en mi recuerdo y en mi remordimiento para unirme contigo de un modo indisoluble y á tu suerte ligarme por toda una eternidad.

– Permíteme dirigirme á los dioses y darles gracias porque al cabo arrancaron la venda que cubría tus ojos, y te dijeron como no hay en el mundo nada comparable al amor de tu madre.

– Ya lo creo; y por eso quiero consultarte sobre los negocios del imperio y pedirte parecer, en la seguridad completa de que cada consejo tuyo habrá de ser para mí un imperioso mandato.

– Habla, Nerón. Estoy dispuesta siempre á escucharte.

– ¿Qué te parece del Senado? ¿Hay que aumentar su autoridad y su poder?

– Al Senado, ni darle, ni quitarle.

– Los patricios que piensan en la República, ¿deben ser tratados empleando aquella circunspección que guardaran respecto de ellos Augusto y Livia, ó aquella dureza de Tiberio?

– Con circunspección, hijo mío, con mucha circunspección.

– Se notan en Judea síntomas de sublevaciones.

– Usa con los sumisos muchos miramientos y carga la mano sobre los rebeldes.

– En Grecia suspiran muchos por las antiguas ligas aqueas; yo me propongo ir y ofrecerles en celebridad de mi visita las viejas instituciones y la federación.

– Pero más en el nombre que de hecho: un imperio no puede generar repúblicas sin grave miedo de que tal generación lo devore y lo destruya.

– Pienso, madre, si esto te place, pues sin tu pláceme nada yo haría, dilatar el derecho de ciudad hasta los últimos límites del imperio y reconocer en cada hombre las pristinas libertades que les han dado los dioses y que les usurpan los tiranos.

– Razón tienes para expresarte desde un trono como si estuvieras en la tribuna. El imperio, digan cuanto quieran sus enemigos, es una institución de libertad. Haz de Roma el mundo y haz del mundo Roma, para que la tierra y su espíritu se compenetren y se confundan como están confundidos y compenetrados el alma y el cuerpo en nosotros.

– Voy á contarte ahora un secreto de Estado.

– Cuenta.

– No quiero que ignores cosa ninguna entre las ocurridas en los días de los despegos, para que puedas dirigir á tu hijo y al

mundo como te plazca, en los días felices de nuestra reconciliación.

– Habla, pues.

– Ya conoces á Thraseas.

– ¡Vaya si lo conozco!

– Era el único capaz de resucitar la República, porque su virtud no es mera poesía como la virtud de Luciano, ni fraseología y farándula como la virtud de Séneca, sino verdadera y efectiva virtud.

– Así lo creo.

– Pues bien: podremos desembarazarnos de tal hombre que con su ejemplo subleva los ánimos y los concita contra nosotros, porque me consta urde una conspiración; y cuando pueda cogerle con las manos en la masa, yo te prometo que no se reirá de nosotros. Ya te dije cuanto me urgía decirte. Ahora cree, Agripina, en el amor de Nerón y recobra el poder que te devuelvo, tanto más fuerte y duradero, cuanto que una larga experiencia me ha mostrado la completa imposibilidad de nuestra separación, y me mueve á reconciliarme contigo para siempre, volviendo á ser tú lo que eras, diosa de la tierra, y lo que yo también era, rendido siervo tuyo.

Mientras Nerón decía estas cosas y Agripina las escuchaba fuera de sí, creyendo en su completa felicidad, Aniceto apercibía y preparaba el patíbulo flotante donde había de dar la infame su vida. Era ya media noche. Brillaban las estrellas con esplendor no usado. Trascendía el aire á penetrantes aromas. La Vía Láctea en lo infinito del espacio arriba y la fosforescencia de las aguas abajo constituían dos cielos, entre los cuales diríase que solamente podían pasar sucesos bienaventurados. A las estrellas del cielo, á las estelas del mar, á los fosforeos de las gotas que destilaban los remos, al chispear de solfataras y volcanes uníase la iluminación de terrazas y azoteas, las cuales á un tiempo mismo brillaban con intensos resplandores y cantaban por la voz de sus orquestas y de sus coros. Para que nada faltase discurrían sobre la superficie del mar naves, en que se presentaban ofrendas á Diana sobre altares iluminados por suavísimos centelleos; lanchas ornadas con guirnaldas de luces junto á otras obscurísimas, de cuyo centro se

despedían himnos de tan armoniosos ecos, que parecía todo aquello un mundo propio para el olvido de las penas humanas y una continua y viva delicia. Agripina se detuvo hechizada delante del espectáculo que ofrecía Bayas, en aquella noche, muy superior al que ofreciera durante la mañana y la tarde, con ser una y otra tan encantadoras. Parecían luces, aromas, armonías una congruencia de la felicidad interior suya con la felicidad y la ventura del todo. Nerón redobló sus caricias y Agripina sus esperanzas. La emperatriz abrazó al emperador con una efusión que rayaba en demencia; el emperador besó á la emperatriz en los labios, en las mejillas, en los ojos, en el pecho, como cuando era niño, con igual abandono, con igual intensidad, con iguales efusiones, y hasta parecía que con igual obediencia; como si creyese no salía para la muerte aún bastante ciega y engañada su madre.

Al entrar Agripina en su galera libúnica y despedirse del emperador parecía renovarse la escena histórica del arribo de Cleopatra en tiempo de Antonio al seno del Asia Menor y á las riberas del río Cidno. La galera de Agripina, semejante á la galera de Cleopatra, cuando subía en busca de Antonio, era un palacio flotante, digno de los Faraones y de los Ptolomeos. Bajo cierto aspecto parecía un santuario, según los dioses allí juntados y erguidos; bajo otros aspectos un museo y un teatro, según las obras de arte que la ornaban y los regocijos que allí había. Un solio áureo se levantaba sobre la cabeza de Agripina; cojines de púrpura se tendían bajo sus pies; el traje de Venus con todos los requisitos y todos los atributos propios de la incomparable Afrodites envolvía su cuerpo; velámenes de seda tomaban en sus pliegues el viento; remos de plata empujaban aquella fábrica; orquestas, en que iban concertados todos los instrumentos conocidos, levantaban armoniosas sinfonías; grupos de niños con arcos y flechas recordaban los amores; coros de muchachas, las nereidas y las náyades; todo ello circuido por azuladas nubes de aromas, quemados sobre pebeteros de pedrería, las cuales nubes daban á la nave un aire de misterio que suspendía los ánimos y al ambiente un olor de mirra é incienso que trastornaba los sentidos. Lo más análogo con la galera de Cleopatra en la mañana de Cidno, esta galera de Agripina en la noche de Bayas. Tendida sobre su lecho, bajo su dosel, ante su

divinidad, tenía su liberto Galo á un lado y á otro lado Aceronia, su criada. Se habían alejado un poco de la costa para ver de lejos la bahía y gozar del aire nocturno embalsamadísimo, cuando de pronto el solio se les viene al grupo capital encima con grandísimo estruendo y no menos pesadumbre. Galo quedó muerto en el acto so tal maderaje; mas las dos mujeres quedaron preservadas del golpe rudo é indemnes por una de las muchas casualidades á que debemos llamar en este mundo milagro. Visto el caso, Aniceto dió la correspondiente orden de abrir en dos el barco. Pero no corresponde á la industria el resultado, y la nave no se divide. Ante tal contrariedad, Aniceto cree necesario sumegir la embarcación, dando contradictorias órdenes, que hacen chocar unos marinos con otros y esparcen la confusión entre todos á una en espantoso barullo. La pobre Aceronia, inspirándose, como suele pasar en semejantes conflictos, del deseo de su conservación, dice á voces que es Agripina, para ver si la salvan ó acorren, pero caen sobre su cuerpo en la obscuridad á este reclamo los tripulantes y la matan á palos. Agripina comprende ya el enigma y se lanza sin miedo al mar.

CAPITULO XIV

MUERTE DE LA MADRE DE NERÓN

Agripina callaba como una muerta en las aguas, pues había notado bien, merced á su facultad enorme de observar y á su larga experiencia, que habiendo su dama y compañera, la infeliz Acerónia, invocado para salvarse, cuando la zozobra y anegamiento, el nombre de Agripina, sirvióle tan sólo esta invocación á perderse, muriendo como una res apaleada en acosadora montería. Especie de soldadón la hija de Germánico si necesitaba de sus fuerzas y de sus músculos valerse, tanto como dama si necesitaba de sus gracias y de su hermosura, sabía todos los ejercicios varoniles propios de su educación militar, como criada en los campamentos, y después de zambullir el cuerpo y chapuzar la cabeza, nadó con la movilidad y acierto de un pez, en requerimiento del suelo firme, donde hallaría el aire y el reposo necesarios á reponerse del efecto de la catástrofe y á concentrarse dentro de sí misma para saber los orígenes de ésta y averiguar sus consecuencias. Aunque muy de antiguo hecha por su mal á los fingimientos de Nerón, iba diciendo para sí, al mismo tiempo que iba nadando por el mar, cómo le convenía ocultar todas las sospechas sugeridas por cuanto había presenciado, y cómo, en poder y á merced del arbitrio de su hijo, imputar al hado la obra del crimen. Si no fuera por lo ancho de sus espaldas, por la fragua de sus pulmones, por lo fuerte de su cóncavo pecho que le permitía privarse largo

tiempo de respiración, allí muriera la emperatriz, perseguida, como en pesca de focas, por los remos y por los harpones asestados á su cuerpo por los tripulantes que Aniceto dirigía, quien apenas pudo consolarse de que hubieran muerto, así Galo como Aceronia, el compañero y la compañera de Agripina, salvándose al cabo ésta, principal objeto de todas aquellas asechanzas y de las consiguientes maniobras. Así, volvieron chuzos, palos, garfios, remos, armas, todos los instrumentos empleados en abrir el buque inútilmente, á golpear el verde lomo de las aguas, por donde andaba la emperatriz sumergida, y matarla como se mata un tiburón. ¡Pero buen pez Agripina para dejarse matar ni á tres tirones! Por muy clara que la noche fuese, y por muy esclarecidas é iluminadas que las costas estuvieran, y por muy fosforescentes que las aguas en aquel minuto aparecieran, y por muchas estelas que dejasen las quillas en el etéreo golfo de Parthenope; un punto, como la cabeza de Agripina, que salía del abismo y entraba en el abismo, á guisa de los pececillos voladores, no presentaba objetivo tal que le acertasen los golpes dirigidos por una turba de gentes en frenesí, á las cuales desconcertaba el horror mismo de su crimen. La vida humana de suyo no puede compararse á una comedia, toda risa, ni á una tragedia, toda llanto, sino más bien á un drama, donde alternan dolores y placeres, lágrimas y risotadas, bien y mal. Mientras los sicarios de Aniceto se desvivían por matar á la desastrada en su desastre, desvivíanse por salvarla las gentes que andaban de huelga en los barquichuelos y las que residían en aquellos parajes, sabedoras de lo sucedido y atribuyéndolo universalmente á verdadera fatalidad. Cuando le hubieran podido faltar las fuerzas, así por lo impetuoso del empuje como por los dolores producidos á cada esfuerzo en la paletilla magullada por los trancazos del remo traidor, las barcas lograron pescarla, y poniéndola en cobro y á salvo, la depositan los barqueros en las orillas, cubiertas de grupos que llevaban mil antorchas para esclarecer la operación del deseado salvamiento, y proferían alaridos conjurando todos los dioses de las alturas y de los abismos, del mar y del suelo, de la montaña y del río, de las florestas y de los lagos, á que conservaran su compañera en divinidad, aquella gloriosa emperatriz. Una litera que le habían aparejado allí, condújola con prontitud á la quinta de Baules,

sin que le arrancara un quejido el dolor material de su cuerpo maltrecho, ni una queja el dolor moral de su alma, penetradísima del origen y del carácter de tan espantoso crimen.

Aunque, á cada revuelta del camino, iba pensando en el astrólogo que le anunció la muerte á manos del amado hijo; en la escena de los embajadores orientales donde comenzaron su disfavor y su desgracia; en el error cometido al oponerse á los amores del joven coronado con Acté, quien jamás hubiese aspirado al trono; en el destierro que le infirieran al Palacio Antonia; en las calumnias que le armara su tía Domicia; en el desacato de Séneca y su compañero el prefecto de los pretorianos; en el motín armado dentro de sus propios salones por los jueces y fiscales tumultuarios que había expedido contra ella el emperador; en la insistencia con que Popea, muy ambiciosa del imperio y por todo extremo impaciente del anheladísimo logro, moviera el ánimo imperial contra la esposa Octavia y contra la madre Agripina; en el fingimiento puesto por el taimadísimo parricida al comenzar la conjuración terrible contra su existencia; en las caricias prodigadas con dichos embusteros y con acciones traidoras; en la deportación desde la capital á Bayas para mejor á su disposición tenerla y con mayor seguridad el golpe asestarle á mansalva; en las conversaciones del festín que le prometían un largo imperio y un profundo amor; en la reciente despedida besándola en los ojos y encargándole mucho cuidado por su salud y por su vida, necesarias, así al mundo romano como al amor filial; en los crímenes de Aniceto, que hicieron de aquel palacio flotante sobre las aguas un flotante suplicio; en el furor y crueldad con que cumplieron los esbirros y sicarios la consigna infame de rematarla; en los desplomes del dosel sobre su cuerpo que aplastara bajo su peso al pobre Galo; en los gritos dados para que se abriera el barco, resistente á la maniobra por falta de industria; en la muerte á palos infligida por los tripulantes á la pobre Aceronia, tomándola por ella; en el zambullido dentro de las aguas para salvarse por tan desesperado remedio; en el remazo con que le descoyuntaran un hombro; en el clamor de muerte despedido por la tripulación al verse sin su víctima; en todo lo sucedido y en todo lo recordado, que le persuadían á una creencia tan triste como que Nerón preparó aquel artificioso naufragio, creyendo que los mares

devorarían sin chistar el crimen, y que los vientos no repetirían lo que habían oído, y que las estrellas no darían testimonio de lo que habían visto; no desesperó todavía de su sino, decidiendo valerse para la defensa suya de todas sus astucias y disimulos hasta que pudiese partir en abierto combate y emplear todas sus fuerzas para por completo rehacerse y á su sabor vengarse. Caída en manos de Nerón, ya no le quedaba ningún otro remedio que disimular sus aprensiones, y ver si por el engaño y la mentira érale dado en aquella horrible celada, con tan pérfido arte urdida, salvarse de algún modo y prolongar su existencia, su poder, su influjo hasta encontrar lo más satisfactorio, desquite y venganza.

— Enviad inmediatamente — dijo así que llegó á Baules — un recado al emperador, anunciándole que me he salvado del naufragio — dirigiéndose á sus libertos con la mayor serenidad, como si nada de grave hubiera sucedido en torno suyo.

— ¿Quién debe ir? — le preguntó una esclava.

— El fluente Agerino.

— Aquí está; dale todos aquellos encargos que te parezca, pues habrá de hacerlos, según su costumbre, con celeridad y exactitud.

— Agerino.

— Agripina.

— Dejadnos solos — dijo á las esclavas y esclavos ésta. — Fuera me creen aún emperatriz, y sólo saben el amor de Nerón á su madre, testificado por el festín de anoche, según lo que aclaman y vitorean mi nombre.

— Todo está lleno de gentes que preguntan á voces por tu salud y que dirigen votos al cielo y prometen á los dioses ofrendas por haberte salvado de tal peligro.

— Déjalos gritar. No los desengañes. Importa mucho no mirar la verdad en este mundo cara á cara. No le digas nada, ni de aquello que sepas, ni de aquello que adivines. Yo me lo callo todo á mí misma en este gravísimo trance. Lo que importa es decirle á Nerón cómo todo ha sido una desgracia, en la cual nadie tiene culpa; y cómo hemos naufragado so un cielo tranquilo y sobre una mar serena, como hubiéramos podido naufragar en tierra por empeños del acaso.

— Te pido un favor, Agripina.

– ¿Cuál favor?

– Que mandes á otro.

– ¡Cómo, Agerino! ¿Tienes miedo?

– Sí.

– ¿Lo confiesas en este momento, cuando sabes te hallas á mi lado para los trances arriesgadísimos?

– No tengo miedo á Nerón, Agripina; me tengo miedo á mí mismo.

– ¿Qué dices?

– Tengo miedo de no poder contenerme y saltar al cuello.....

– ¡Calla, cuitado, calla!

– Callo.

– Por todas partes hay aquí trampas. Los suelos están minados. No puede darse un paso sin que se nos enrede una celada en los pies. No sabemos si el techo, fabricado para guarecernos, se desplomará con estruendo sobre nuestras cabezas. Las paredes, no solamente oyen, se nos vienen á lo mejor encima. Obedece, por todos los dioses, obedece.

– Obedezco, Agripina, obedezco.

– No muestres ninguna zozobra. No aparentes desconfianza. No te traiciones á ti mismo revelando en el rostro lo en el corazón callado y oculto. Levántate al nivel de los ministerios que debes desempeñar y del encargo que debes cumplir. Tu continente, tu apostura, tu rostro inmóvil como el rostro de una estatua, tus ojos serenos con su mirar tranquilo, tu persona entera deben completamente mostrar cómo vas de parte del corazón de una madre amada en pos del corazón de un hijo amante.

– Si puedo contenerme, si dominarme puedo, te obedeceré, Agripina, de todo grado, y no venderé con una sola palabra y con un solo gesto cuanto llevo reconcentrado y oculto en lo más hondo del ánimo.

– Considera que la menor señal de duda respecto del césar puede costarte la vida.

– No me importa ya la vida, no me importa. Si hemos de presenciar lo que ahora estamos presenciando, vale más morirse y cerrar los ojos á esta luz que sólo esclarece infamias y crímenes horribles.

– No pienses tales cosas, porque trascenderán á tus ojos y te delatarán de mal pensado. Vas desde la quinta de Baules al palacio de Bayas, como pudieras ir de un cuarto á otro cuarto de familia en la mansión de los emperadores, cuando allí reinaba la concordia y todo era felicidad, en tiempos mucho más faustos y dichosos. Vas á decirle al césar como su madre se ha salvado de un súbito mal, que pudo concluir por verdadera catástrofe, gracias primero al poder de los dioses, los cuales la bajaron dulcemente al agua, y gracias después al amor de los ciudadanos, los cuales la subieron con entusiasmo á las barquillas. Tranquilízalo con tu tranquilidad. Infúndele toda la paz que ahora ostento yo. Pero si por casualidad quisiera venir á verme, dile que no se moleste, que me deje conciliar el sueño y curarme tantas heridas como me adoloran, aunque leves, y traen á mal traer mi magullado cuerpo.

– Cumpliré, Agripina, tus instrucciones al pie de la letra, porque soy una máquina, y á las máquinas únicamente les toca obedecer al impulsor que las mueve y las impele. Pero si yo me perteneciese á mí mismo como los ciudadanos de Roma, y si á pesar de ser tu liberto, allá en el interior mío tuviese alguna libertad, no pasaría lo que pasará por tu mandato ahora, y no daría yo una prueba de resignación y de conformidad como la que ahora tu exiges de mí. La cadena forma parte de nuestros mismos huesos, y creo inútil cuanto hagamos para desasirla y separarla del cuerpo. Mandas, y tu liberto sirve. Pero cree que, al ver la cima del Vesubio, donde blandió su espada Espartaco, dan ganas á tu liberto de arrancarte por la fuerza y por el sacrificio á tu tirano.

– Calla. No digas tales cosas. Ahora solamente se trata de salvar la vida. Corre, y dile con la mayor serenidad, y como si quisieras verdaderamente tranquilizarlo, que no ha sucedido cosa ninguna, y añádele, como prevenido y rogado por mí, que no venga ni mande á nadie, pues necesito conciliar el sueño.

– Serás, como lo deseas, obedecida.

– Y se partió el infeliz liberto desde Baules á Bayas.

– ¡Oh destino adverso! – pensó Agripina en cuanto estuvo sola. – El astrólogo tenía razón. Sus profecías oraculares hanse cumplido por completo. El hijo devora á su madre. Mientras yo viviese no podía él ejercer la plenitud absoluta del imperio, ni casarse á su

guisa sin olvido y mengua del derecho de Octavia. He sacrificado innumerables víctimas en aras de su fortuna, y me sacrifica él á mí en este momento. He prescindido de toda justicia, y la injusticia me mata. Paréceme ver á Claudio mirándome con aquellos ojos de buey pacífico que tenía y exigiéndome la razón de haberle quitado la vida, que amaba tanto, por darle al infame la diadema que ahora es argolla de mi garganta y causa de mi muerte. Las almas expedidas por mí al orco vienen como en tropel alrededor de mis sienes, que rozan á una con sus alas frías de buhos siniestros. ¡Cómo se ríen de mi suplicio! ¡Cuál expresión en sus ojos huecos! ¡Cuál sonrisa en sus bocas desdentadas y vacías! ¡Qué pasos dan esas sombras cuajadas en fríos esqueletos! No me atormentéis. Bien pronto habré de pasar á vuestra legión y caer al averno en vuestra compañía, cediendo al conjuro de recuerdos semejantes á los que ahora os han evocado y traído á mi presencia con permiso de los dioses. ¡Qué huracan de cenizas levantará mi cuerpo en su terrible cremación! ¡Qué sombra extenderá mi memoria en los ojos de Nerón! Lo parí, lo lacté, tuve cuidado solícito de su niñez; lo salvé á las mil asechanzas del hado enemigo; lo conduje hasta las alturas donde hoy se halla, sola, yo sola, sin más impulso que mi amor de madre, sin más objeto que su felicidad; y hoy, ¡oh dioses nefastos!, me aniquila. Y cuando yo debí gozar del ascendiente que me daba mi hermosura sobre los hombres, holgarme con las prendas recibidas del cielo, amar en orgías continuas, ser una musa de placeres y fiestas, dediquéme como cualquier matemático á cálculos, como cualquier general á campañas, como cualquier estadista y político á empresas de varón, luchando con pueblo y Senado, todo por él, para que me lo pague ahora él con la horrible muerte que me aguarda, y á la cual, ¡oh indignidad!, tengo miedo. Yo te cuidé, y tú contra mí te conjuraste; yo te dirigí hacia el trono, y tú al abismo ¡ay! me impeles; yo te amé, y tú me odias; yo quise que hallaras en tu madre desde el imperio hasta el amor, y tú, infame, te has desasido de una madre tan buena, para el requerimiento y logro de cualquier satisfacción; yo te generé, y tú me hieres; yo te parí con dolor, y tú me matas sin escrúpulo: ¡maldito seas! Mas tengo miedo. Horroroso escalofrío recorre todo mi cuerpo. Apenas puedo respirar. La noche sube á mis ojos. ¡Cuál supersticiosa! No he tem-

blado ante nadie, y tiemblo ante aquella criatura que yo misma he criado y que nació siempre dócil instrumento de mi voluntad sometido á mi deseo. No me conozco á mí misma. Olvido quién soy. No acierto á explicar lo que pasa por mí. ¡Ah! No cree uno el desengaño ni aun después de haberlo gustado y haberle sabido tan acerbamente. ¿Si todo esto serán alucinaciones mías? ¿Engañaráme, por ventura, el pensamiento? ¿Seré víctima de alguna fiebre? Tengo frío, miedo, aprensión, rubor. ¡Ah de mis esclavos! ¡Ah de mis esclavas! Pronto, venid muy pronto.

—¿Qué quieres, Agripina?—dijeron entrando todos en tropel.

—Que me curéis este hombro—dijo Agripina.

Y con efecto, la curaron cuidadosamente sus esclavas.

—Que me deis unas salutíferas unciones.

Y con efecto, le dieron fricciones y la llenaron de aceites olorosos, los cuales devolvían su frescura y su nitidez á la piel.

—Que me hagáis compañía.

Y se asentaron todas en torno suyo.

—Que selléis las estancias de la muerta con el fin de guardar cuantas disposiciones las leyes previenen y ordenan en estos casos.

Y pusieron los sellos.

—Que hablemos ahora del placer de vivir, de respirar, de sentir cómo el fuego de la sangre nuestra es sagrado, cómo sacratísimas las pulsaciones de nuestro corazón, cómo agradables los latidos de las sienes, cómo placentero sumergirse con todo nuestro cuerpo y todo nuestro espíritu en el Océano de todos los efluvios, en el éter universal.

Mientras pasaba todo esto por Agripina, paseábase Nerón á grandes pasos y muy de prisa por su cuarto. Un grande sacudimiento nervioso le recorría todo su cuerpo. Diríasele loco por completo. A lo mejor quería huir de allí por huir de sí mismo. Saltábanle de pronto á la vista los obstáculos opuestos á su felicidad por Agripina y entonces aprobaba todo lo que había maquinado. Recordaba luego todo lo que por él había padecido Agripina y le daban grandes tentaciones de llamarla con amor á voces y retenerla para siempre á su lado. Mas, en estos accesos y retrocesos de sus sentimientos, aparecíasele Popea con todas sus seducciones, y como no podía poseerla para siempre, cual deseaba, sino inmolando á su

madre, insistía en la resolución nefasta y daba el cuitado á solas voces de ordenanza imponiendo la muerte. Y en seguida, su fuerza de verdadera evocación, su fiebre que le encendía los ojos, su fantasía de suyo inquieta le pintaban muerta la madre que le diera con la vida el imperio, y volvía de nuevo á exaltarse con sentimientos filiales y lloraba como un huérfano que necesitase del abrigo del amparo de una madre. Pero si luego recordaba la usurpación del imperio, las veces que había obtenido triunfos como un general y apoteosis como un dios, su empeño en consultar al Senado en persona y de recibir en persona también á los embajadores, la guerra implacable dirigida contra la infeliz Acté que le procuró un tiempo felicidades sinnúmero, el protectorado sobre su competidor Británico y la imposición á su tálamo de la diosa Octavia, el imperio con que Popea exigía el sacrificio, retrogradaba en los anteriores afectos y volvía de nuevo á presentarse como tirano y verdugo de su madre, deseando saber que había muerto. Imaginaos cómo esperaría el cuitado á su verdugo y qué impresiones recibiría del relato de éste.

—¿Ha muerto?—preguntó viendo que Aniceto entraba despavorido.

—No ha muerto—contestó éste sin aliento.

—¿Qué dices?

- La verdad, toda la verdad. Agripina está en salvo.

—Pues ¿y la máquina tan perfectamente ordenada?

—La máquina marró.

—¿De veras?

—De veras.

—¿Pues no estaba hecha como las máquinas del circo?

—Pues como las máquinas del circo.

—Y aquéllas, ¿no despedían al agua los cuerpos con la mayor facilidad?

—Aquéllas sí, ésta no.

—Sus compañeros de viaje, que debían sobrevivir, han muerto, y ella, que debía morir, ha sobrevivido.

—No me cuentes tal cosa.

—Te lo cuento con esta celeridad, para que ocurras al caso y prevengas lo necesario.

– ¡Me has perdido!

– Confieso mi torpeza. Pero si te satisface castigar á tu siervo, aquí lo tienes, castígalo sin piedad alguna.

– ¿Qué saco yo con castigarte á ti? Lo que quiero es la desaparición de ella.

– Pues manda lo que quieras, y veremos si en el cumplimiento de este segundo mandato tengo mayor felicidad que al cumplir el primero.

– ¡Me has perdido, Aniceto, me has perdido! Ahora creerá con razón todo el mundo que he querido matar á mi madre. El ejército se sublevará, viendo así tratada la hija de sus dos predilectos príncipes, de mis abuelo y abuela, del gran Germánico y de la noble Agripina.

– No lo creas. Tiberio trató á tu abuelo tan duramente como le plugo; ¿por qué no trataras á tu madre tan duramente como te plazca?

– El Senado me tacharía de parricida.

– No hagas caso de patricios añejos que viven por tu misericordia.

– Y si queda con vida, se insurreccionará Popea, se alentará Octavia, se frotarán las manos todos mis enemigos, se multiplicarán las conjuraciones republicanas, se amotinará contra mí una parte del pueblo, y quizá corramos el riesgo de que todo nuestro ejército nos falte, y perdamos, Aniceto, corona y vida. ¡Instante bien terrible y siniestro este que había de ser mi salvación y es mi ruina! ¡Nefasta noche que debía darnos el talismán de nuestra salud y nos apresta el cuchillo de nuestra garganta! ¡Hora menguada para mí la hora en que todo esto ha sucedido! Me vuelvo loco. Me dan de suicidio tentaciones. Mis pies quieren llevarme por sí solos al sitio donde se halla y todos mis instintos me impelen á matarla. ¡Debe morir, debe morir!

– Verdugos no te faltan: da con tu talón en el suelo, y surgirán á cientos.

– Lo sé muy bien, lo sé de sobra. Yo no tendría empacho ni escrúpulo en matarla. No le debo nada con haberme dado una vida que á cada instante quiso quitarme; no le debo nada con haberme dado un trono que luego ha querido manchar en eterno des-

honor de mi nombre. Pero si la mato yo, no podré volver á Roma. Por fastidiarme y molerme á mí, se pondrán todos en favor de la muerta. Ya me parece oir las hablillas de los círculos. Ya leo el chismorrotear de los periódicos. Un discurso de Thraseas hiere mi oído. Un verso de Lucano siniestramente fosforea en mis ojos. ¿Cómo salir? Si la mato, puedo perder el trono; si no la mato, el trono y la vida. Pues voy á matarla; pero antes quiero autorizarme de ilustres pareceres.

– Ilústrate.

– Aguárdame cerca, y que vengan el primer ministro Séneca y el prefecto de nuestro pretorio.

Apenas había dado esta orden, cuando se presentaron Séneca y el prefecto, los dos abismadísimos en luctuosos pensamientos.

– ¿Sabéis lo sucedido?

– Ya lo sabemos – dijeron á una.

– ¿Qué me aconsejáis?

– Nerón, Séneca no puede aconsejarte la muerte de Agripina.

– ¿Cómo no? Deja de ser hipócrita y habla con franqueza, filósofo. Quien más ha labrado en mi alma contra la madre que me dió Naturaleza, fué, ¡oh Séneca!, tu consejo constante y tu palabra, que ha goteado en mi corazón odio, grande odio, implacable odio contra ella.

– Conozco la imposibilidad completa de que lleguéis á entenderos, y por tanto cómo la rigurosa consecuencia de un estado así deberá indefectiblemente hallarse por necesidad en un castigo á la emperatriz y en una separación inevitable de tu lado. Pero no todo ha de fiarse á la muerte. Aún te será dado castigarla sin contraer la responsabilidad terrible de su muerte. Cualquier isla desierta, de las muchas que tienes en los mares itálicos, te servirá de prisión para la infeliz Agripina y te dará medios de castigarla sin los riesgos que correrías con su muerte.

– No me hables así, porque imposible puedas sentir aquello mismo que dices. Agripina es tan grande que no quepo yo solo en el imperio mientras ella esté viva en el mundo. Hay que matarla sin remisión y sin piedad

– Yo, Nerón, jamás desconocí el derecho que tienes tú, como todos los césares, á matar, por mera razón de Estado, á quien te

plazca, y aun he dicho en alguna de mis obras que tu oficio ennoblece á quien toca, siquier lo injurie, hiera y acabe. Pero has de considerar lo que Agripina fuera en mi existencia, para comprender cómo me resisto á participar de la sentencia que quieres fulminar sobre tu frente, ni con mi consejo.

– Pues tú sabes lo que Popea en mi vida es, y cómo el amor que ha logrado inspirarme, impone á mi voluntad el holocausto que ahora le ofrezco, la muerte de mi madre, y la muerte violenta, y la muerte inmediata. No puedo contaros los reproches que á cada instante me dice y los cargos con que abruma la hermosa mis espaldas. A todas horas me pregunta si no corresponde la sangre suya patricia con la sangre mia cesárea; si le falta dignidad en su ascendencia ó hermosura en su cuerpo; si no la creo capaz de embellecerme con su amor la vida y de asegurarme sucesión al trono con su fecundidad; y tras esto me pide que la devuelva pronto á su antiguo marido, en cuyo requerimiento y busca recorrerá tierra y mar, ya que Agripina la vigila y cela para matarla, porque me advierte mi amada los odios del pueblo y los votos del Senado contra una mujer que no sólo comete la usurpación de mi derecho sentándose, como solo y único poder, en el trono, sino que quiere usurparle por medio de un incesto á ella mi corazón, metiéndose cual una manceba vil en el lecho de su hijo horrorizado.

– ¡Nerón! – dijeron á una en grito de horror el prefecto y Séneca, oyendo la espantosa imputación á la infame Agripina por la infame Popea, que acababa de repetir y de recalcar el infame Nerón.

– Pues qué, ¿habría yo de matarla sin motivo? No hay más remedio, y necesito conste, y que quien se oponga, ó con algún falso consejo, ó con alguna obra de mala ley, á mi designio, lo consideraré de lesa majestad reo y le impondré con rigor el castigo correspondiente á su crimen.

El prefecto y Séneca temblaron ante tal amenaza, y desistieron, viendo la cesárea resolución, aun de las ligeras observaciones que habían opuesto á sus horribles propósitos.

– Puesto que crees por los dioses inspirada y sugerida esta resolución de castigar á tu madre – dijo Séneca, – sírvete del instrumento más cortante y más digno de tu familia que cerca tienes,

la guardia pretoriana. Envía con su jefe del pretorio á varios soldados para que cumplan tu formidable y justa sentencia.

—No pienses en tal cosa, no pienses, Nerón. Los pretorianos jamás podrán prestarse á ser ejecutores de una sentencia como esa y verdugos de la hija del gran general Germánico, á quien prestaron siempre religioso culto, como si fuera un dios de la guerra, servido, cual por una esclava, por la victoria. La imagen de Agripina, tu abuela, madre de tu madre, no se borrará nunca de la memoria del ejército, porque á las virtudes propias de su sexo reunía virtudes militares de primer orden. Aún parece que la veo, armada de todas las armas y á caballo, como una Minerva, reflejando en su casco de oro el sol de las batallas. Mientras vivió Germánico, fué con él un verdadero cogeneral Agripina. Muerto, llevó envuelta en los lutos de la viudez, especie de luctosa estatua, las cenizas del glorioso difunto en vaso murrino desde los campamentos germánicos, donde fundó Colonia en la orillas del Rhin, hasta Roma, donde contra los infames que la hicieron viuda empleó en el Foro un valor tan extraordinario como aquel que usara en el campo y al frente de sus ejércitos. Mártir luego de su grandeza, murió en la isla Panditaria de hambre, por mandato de Tiberio. Si Agripina no ha heredado las virtudes múltiples de su madre, ha heredado el valor, la inteligencia, el genio, el don de gobierno, el don de mando. Así los pretorianos le guardarán religioso culto aun después de muerta. Tendrás cuantas razones quieras, Nerón, para dictar la sentencia que dices contra tu madre; pero busca el verdugo en otra parte.

Cuando llegaba el diálogo á este punto, anunciaron á Nerón la llegada de Angerino, diputado por su madre, á darle cuenta de como podía estar tranquilo por ella, pues habíase preservado del naufragio. Un violento ataque de nervios agitaba con agitación terrible al cuitado emperador. No sabía qué hacer ante una embajada como aquella. Sus manos se crispaban, erizábansele los cabellos. Temores de que fuera el embajador un asesino, también le poseían. Pero no recelaba tanto de esto como de la mordedura de su propia conciencia y de la turbación de su propia persona, viéndose como un reo ante aquel testigo de su madre. Así, no quiso dejar de recibirle, y no queriendo tampoco escucharle, ideó lc

más terrible que podía idear: ideó que lo mataran los esbirros del palacio á sus imperiales pies. Decidido esto con la prontitud que ponía en todos sus crímenes el perverso, siguióse una escena rápida como el pensamiento y triste como la muerte. Así que Angerino apareció por la puerta del aposento, tiró Nerón del arma que al cinto llevaba siempre, y arrojándola con acierto á los pies del emisario, gritó: «¡Socorro;!» y en cuanto se presentaron sus guardias, señaló con un gesto el recién venido á la muerte, y allí lo mató un grupo de soldados en un minuto, sin dejarle al infeliz el menor cuitado y tendiéndolo sobre aquel regio pavimento como pudieran tender en el circo á una fiera. Por su parte Aniceto, el desdichado autor de la maniobra naval, presidió aquel asalto de la cobardía de muchos sobre uno solo, y cumplió aquella sentencia en que prescindía de todas las leyes divinas y humanas quien tuviera, según creían los romanos, poder del Cielo y del Estado para defenderlas y para personificarlas. En cuanto se acabó esto, palpitando aún el cadáver y estremeciéndose, repercutido en el aire un postrer estertor y disuelto un postrimer hálito, humeante la sangre sólida de un cuerpo joven, que de ella estaba repleto y henchido, Nerón se volvió, como la feroz alimaña sobrexcitada por la carnicería que tendieran sus garras y dientes en torno suyo, diciendo:

– Corre, Aniceto, con esos hombres, que acaban de salvarme, pues Angerino venía del palacio de mi madre á matarme, y concluye con la fiera, bajo cuya sombra no son posibles á Nerón el trono y el amor. Sírveme, y los futuros anales dirán qué liberto fiel ha salvado de su mayor enemigo al romano imperio.

Mientras Aniceto se dirigía camino de Baules, desde Bayas, con sus sicarios silenciosos, que llevaban ya la espada desnuda, como apercibidos así al crimen, Agripina, después de haberse por completo curado y puéstose al cuerpo cuantos menjurjes pudieran suavizarlo, y bebibo los antídotos con que creía conjurar todo envenenamiento, como si quisiera y pudiera vivir mucho, trató, no de conciliar el sueño, de divertir sus tristes interiores presagios hacia la esperanza, reuniendo cuantos servidores y confidentes pudiera y hablándoles en largos múltiples coloquios con el fin de á sí misma engañarse y tener un asidero para la inextinguible ilusión, como

si temiera quedarse sola con sus fundadas cavilaciones y sus certerísimos presentimientos. El hado fatal, perseguidor de su familia, la perseguía en estos instantes supremos. No habían subido los Julios al trono, sino dejándose muchos mártires en las gradas, acaso víctimas de la heredada grandeza. Cuando recordaba que ni los vicios ni las virtudes preservaban á sus afines de muertes violentas, un escalofrío terrible le subía desde las uñas del pie hasta los pelos de la cabeza. Julia, su abuela, hija de Augusto, esposa de Agripa, gloria y delicia de Roma, sacrificada en terrible y lenta proscripción, que se cohonesta con los escándalos de sus placeres y amores; mas Agripina, la primer Agripina, como se le llamaba entre los romanos, ésta madre de la segunda, ni por casta, ni por caritativa, ni por buena, ni por sabia, se había salvado, y modelo de hijas, modelo de mujeres, modelo de madres había muerto en la isla Panditaria de hambre como una miserable, sin que la preservasen de Tiberio, ni la virtud propia, ni la majestad heredada, ni la gloria indecible. Viniendo á todo esto el augurio siniestro de aquel agorero que, á poco de nacer Nerón, leyó en los astros el desastre de su muerte, Agripina se dominaba con imperio bajo todos estos terribles recuerdos, y se ponía, si no risueña, en actitud tranquila y de aspecto sereno, como si nada temiese del hijo infame que había empujado hacia el abismo de la muerte á su madre. Sin embargo, dos observaciones que iba la infeliz haciendo, mal de su grado y contra su propia deliberada intención de dominarse, traíanla en este momento á maltraer y le daban sudores en los cuales traslucíanse sus opresiones: primera, que las voces de aplauso y los gritos lanzados desde la puerta y cercanías de su quinta iban poco á poco disminuyendo, conforme se iban las gentes enterando del misterio que circuía su naufragio y del disfavor que acusaba; segunda, que tardaba mucho el emisario, y al tardar decía bien á las claras cómo por lo menos estaba preso y no le consentían que volviese por no tener el fidelísimo y leal ninguna buena noticia que comunicar á su ama y señora. Con efecto, un esclavo que la familia y servidumbre de la emperatriz apostó en el camino á fin de que adelantase noticias del pobre liberto enviado á su hijo, volvió jadeante por atajos unas veces y otras á campo traviesa, para decirles que por el camino imperial no se

descubría al embajador; pero, en cambio, marchaba seguido de algunos soldados el famoso Aniceto, andando á más andar, con las cabezas descubiertas y las espadas desnudas. No se atrevieron ni los aclamadores de las puertas, ni los siervos y familiares en el cubículo de Agripina reunidos, á noticiarle cuanto pasaba, por miedo de contraer alguna tremenda responsabilidad; pero poco á poco los inciertos asomos dejados á la esperanza por aquella triste realidad ambiente, se fueron desplomando; y al desplome las voces de aclamación se apagaban; y los contertulios, hasta entonces reunidos alrededor de la emperatriz, se iban. Frotábase los ojos para ver si algo atisbaba; pero en vano: la soledad se iba extendiendo como un desierto que avanzara con precaución á tragársela, y apenas se oía voz ninguna, ni se columbraba ninguna persona, conforme se acercaba el verdugo Aniceto, y con el verdugo Aniceto las nefastas sombras de una muerte próxima con aleteo siniestro sobre la frente de Agripina. Sin embargo, el valor y el coraje centuplicábanse de suyo en aquella mujer, mientras más cobardes y más tímidos aparecían cuantos la rodeaban. Mas el instinto de conservación se sobrepone á todos los instintos, y al pensar los familiares de Agripina que los dos compañeros de navegación suyos habían muerto y que su embajador no había tornado, huían á la descuidada y á hurtadillas, no en tropel y con ruido, hurtando el cuerpo á cualquier espada que pudiese atravesar á los siervos antes de acercarse á la señora. Tenía ésta una de las más fieles entre sus esclavas asida de la mano; pero, en un descuido, marchóse también y la dejó enteramente sola. Uno de los resultados peores traídos consigo por el terror está en los envilecimientos que impone y en el miedo que siembra. Viéndose todos náufragos, como en los naufragios cada cual únicamente se cura de sí mismo, en el terror gritan todos: «¡Sálvese quien pueda!» Y á este grito, la soledad terrible de Agripina. Parecía que la naturaleza callaba para oir todo cuanto en aquella escena trágica debía decirse. Una débil y triste lamparilla iluminaba la estancia, donde sólo se veía el imperial tálamo, en que Agripina se tendiera desde su cura y sus untos, no echada del todo, sino á medio incorporar, el brazo sobre los almohadones de cabecera, la frente sobre la mano, los ojos muy abiertos y la respiración del pecho entrecortada por algún suspiro; mas valerosa y fortísima.

—Enteramente sola — iba diciendo para sí Agripina. — Este silencio es el peor de los augurios; esta soledad se parece á la tristísima en que los cadáveres caen, cuando los ha consumido la pira ó los ha envuelto la tierra. Llamo, y nadie me responde. Escucho por si resuenan los pasos de mi emisario, y nada oigo. ¿Será posible? Yo te engendré, y tú me matas. Yo te infundí la sangre que te alimenta como una buena madre, y tú me arrancas la mía para bebértela como un ave carnicera y nocturna. Yo te procuré un trono, y tú me despides del mundo. ¿Por qué no te oí, astrólogo inspirado, al anunciarme lo mismo que ahora me sucede? ¿Cómo no cogí por un pie al nefasto infante y no estrellé su cuerpo contra el pavimento de mi palacio antes de confiarlo á la cuna, oyendo que ya maullaba como un tigre? ¡Oh amor de mi nombre!, ¡oh culto á mis abuelos! Por eternizar la raza de los Julios crié y nutrí el cachorro que debía clavar sus garras en el corazón de la más próvida entre las madres. Como á los Atridas pásale á los Julios, que no se gallardean allá en las cimas del mundo, sino á costa de inmolar á muchos de sus príncipes, porque aquí en los tronos se pierde muy pronto el pie y se cae y se precipita uno de muy alto. Las pirámides egipcias no son más que sepulcros, y el trono de Roma nada más que patíbulo. Pero yo te lo procuré, Nerón, y tú me arrastras al suplicio. No, no hagas tal, hijo mío. Las Furias coronadas de serpientes nunca se cansarán de perseguirte, dándote voces en la conciencia y mordeduras en el corazón, como las Euménides á Orestes. ¿Será posible? Hasta las ondas en que me sumergiste parecían lágrimas, y tú no llorabas. Palidecían hasta las estrellas, y por tus ojos no pasó una sombra, ni por tu conciencia un remordimiento. Está visto; se ha cerrado tu corazón. Tal vez una plegaria podrá traerme á estas horas el favor de los dioses y salvarme. Pero ni el cielo quiere nada conmigo, el cielo que se cura con cuidado hasta de los míseros é invisibles insectillos. Hemos querido casi destronarlos y nos vuelven la espalda. Yo hubiera destronado á Júpiter del Olimpo ¡ay! para entronizar á Nerón. ¿Qué mucho, si al quejarme y dolerme á él, me responde: «Nerón te salve?» Los dioses de lo alto no bajarán á consolarme; los dioses del abismo no subirán á recogerme. Después de haber tenido por mía toda la tierra, no tendré ahora en la tierra ni el rincón

de un sepulcro. Hemos tratado hasta de huir á su culto y derogar sus leyes, poniendo en sus altares á nuestras gentes y en lugar de sus códigos eternos los nuestros arbitrarios. Se vengan y hacen bien. Todos los dioses y todos los hombres tienen razón á una para perseguirme y castigarme, todos, menos el hombre á quien yo he querido sobre todos los seres y el dios á quien yo he puesto sobre los altares, menos Nerón. ¡Ah! Ven, muerte, ven pronto. La mujer que ha engendrado un hijo así, no debe ni respirar el aire, ni ver la luz de lo alto. Si naciera en una cabaña, las manos benditas del hijo mío cerraríanme los párpados al caer sobre ellos la pesadumbre del último sueño; pero como he nacido en los palacios, me mata mi propio hijo. ¡Cómo resplandeces, Apolo, en esta noche serena, conduciendo invisiblemente las pléyades que resplandecían por Oriente y se reflejaban, collar ó racimo de astros, en el azul perlado de las aguas! ¡Cómo trascendía el aroma de las vides saturadas de polen y agradecidas al rocío, cual si acabaran de pasar por ellas Baco y las bacantes cantando sus sensuales evohés al placer y embriaguez de la vida! ¡Cómo sus fieles habían hecho de Minerva un simulacro semejante al de Atenas, y las luminarias de sus devotos competían con las estrellas de los cielos! Y ninguna de tantas divinidades me acogió. Y aquellas manos que debían bendecirme, lanzáronme al abismo. Aquellos brazos que debían en andas llevarme, sirvieron para herirme tan sólo. Aquellos labios perfumados por mi pecho, me denostaron y me maldijeron. Aquel cuerpo, que yo había llevado en mis entrañas, no tuvo entrañas para su madre. Y el primero de los hombres hase trocado en el último de los parricidas. Hame traído á esta tierra tan hermosa como si por un refinamiento de crueldad quisiese hacerme sentir toda la felicidad y toda la hermosura y todo el placer y toda la voluptuosidad de vivir al darme la muerte. No hay más dios que la fatalidad, no lo hay. Anantse, tú reinas en el cielo, en la tierra, en todo lugar. ¡Oh barco!, ¿por qué no te abriste? ¡Oh mar!, ¿por qué no me tragaste? Ya no hay esperanza. Mi liberto no vuelve. Siento pasos siniestros. Podrán concluir conmigo; pero no podrán amedrentarme. La muerte mía será el castigo suyo. ¿Quién va?

– Soy Aniceto – dijo el infame liberto, entrando en su estan-

cia, seguido de dos ayudantes, que le acompañaban en la perpetración de aquel crimen á que llamaban los césares justicia.

Sus cabelleras encrespadas, sus brazos nervudos como los de un carnicero, sus fuertes cuellos como de bueyes, sus aviesos ojos, sus carnudas bocas, sus surcadas frentes, la respiración de fragua que se oía en sus pulmones, las espadas que centelleaban en sus manos, decían el oficio suyo y el fin adonde iban. No se arredró Agripina. Ni en el timbre de su voz se le conoció, no ya miedo, ni perturbación siquiera. Una especie de conformidad con el destino que acababa de invocar y una especie de visión que le decía cuán justo era su castigo, la mantuvieron en su firmeza. Fué por la ciencia digna nieta de Augusto, padre de su madre, Julia; por el valor, digna nieta de Agripa, el gran general, padre también de su madre; por la serenidad y entereza, digna hija de Agripina y de Germánico, sus padres; por el vicio y la sensualidad, digna hermana de Calígula; por los crímenes, digna madre de Nerón.

—Vienen á matarme. No podía inventar el averno un castigo mayor para el césar que la muerte de su madre. Morirá él en desastre mayor aún que el desastre mío y por el horrible crimen de esta noche.

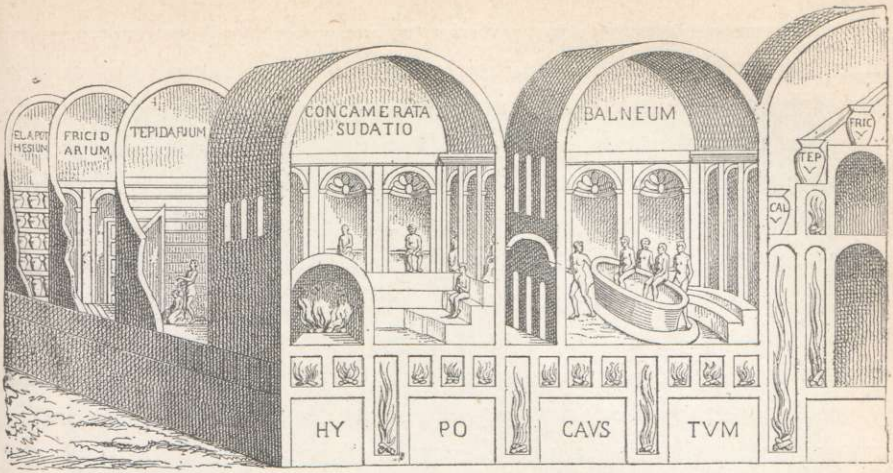
—Agripina—dijeron á una los tres verdugos: el almirante, como decimos ahora en los idiomas vulgares, Aniceto; el tetrarca, y el centurión de la flota del Miseno, que le acompañaban.

—Si venís á verme y á preguntar por mi salud, que tanto debe interesarle á quien os envía, decidle que me salvé por milagro del naufragio y que me siento bien, del todo repuesta. Si venís á perpetrar un crimen, creeré que lo perpetráis de vuestro grado y por vuestra voluntad, y no por mandato y orden del hijo mío, á quien jamás hubiera podido, jamás, jamás, imaginársele pasar ante los hombres y ante los dioses por un parricida.

Los verdugos callaron, y por toda respuesta el centurión asestó á la emperatriz un golpe en la cabeza. Y como tras aquel golpe viese blandir las espadas buscando, tiró las sábanas que la cubrían, rasgó la camisa en que estaba envuelta, y enseñando todo su cuerpo desnudo, exclamó, golpeándose con ambas manos:

—¡Herid aquí, herid el vientre que ha parido ese monstruo!

Y murió acribillada de innumerables heridas.



CAPITULO XV

REMORDIMIENTOS

Abandonada de todo el mundo, herida en el simulado naufragio que acababa de atravesar, puesta en trances horribles para que ó se muriese ó se matase, todavía inspiraba la varonil Agripina terrible miedo al verdugo engendrado por sus entrañas y erigido en omnipotente y sacro emperador por una voluntad y una inteligencia como la excepcional voluntad é inteligencia suyas. Así, no hacía Nerón sino pasearse de un lado á otro, mientras duró el viaje de Aniceto desde su propio palacio á Baules, retorciéndose los brazos de furor, y dando, cual un demente furioso, alaridos terribles, como si de la tierra se levantasen y del aire descendiesen genios malos y perseguidores á herirlo y atormentarlo. Pero no había tal cosa, no se perturbaba la tranquilidad etérea del cielo, ni la celestial tranquilidad del mar; todo sonreía en aquel amanecer, no obstante la enormidad horrible del crimen perpetrado; lo que había era una surrección interior de remordimientos, dibujados en extrañas y aun extravagantes formas, que creía él ver con los ojos del cuerpo fuera de sí, cuando los veía con los ojos del alma dentro de la propia conciencia. Nervioso, exaltado, susceptible; con todo género de supersticiones en el cerebro, con una tempestad perpetua de senti-

mientos en el corazón; seguido y dominado á un tiempo mismo por las trahillas de sus vicios, queriendo salir del vasallaje de Agripina para entrar en el vasallaje de Popea, se asustaba de su propia obra y retrocedía espantado de sí mismo, en tal modo, que se hubiera desprendido, según aquella neurosis, del propio ser, si pudiera conseguirlo sin las contrariedades consiguientes al dolor y á la muerte. Así que llegó Aniceto de vuelta y le dijo como acababa de inmolar á su madre, asaltóle al cuitado deseo de verla, como para cerciorarse de que brotaba sobre tal cadáver su anhelada libertad y por él conseguía imperio y mando sobre sí mismo. Partióse precipitadamente y en litera, por el crepúsculo matutino ya y antes de que los pobladores de aquel paraíso pudiesen saber cuál nuevo crimen cometía la vieja maldad habitadora de tan deleitables comarcas. Cuando llegó habían desnudado á la emperatriz y tendídola desnuda sobre un lecho de los usuales en las comidas romanas, sobre cuyos cojines palpitara de placer aquel cuerpo en la embriaguez de su vida, cuando los músculos se movían á su grado, los nervios sonaban como liras y la sangre vívida le prestaba un calor á cuyos ardores latía el corazón y se animaba el pensamiento. En cualquiera otra naturaleza más humana hubiera despertado la vista de aquel despojo un redoble seguro de los naturales primeros remordimientos, que le golpearan las sienes y se la acumularan dentro del pecho. Pero en el depravado príncipe se despertó la voluptuosidad. Viéndola tan bella, pues parecía dormida y como en reposo, echó de menos algún rechazado goce y se reconvino y se rearguyó á sí mismo por el casto sentimiento de repugnancia, cuyo imperio le había impedido el incesto, magüer nacido el cuitado con todos los instintos necesarios para tener ajuntamiento con todos los seres criados, en el inacabable ardor extendido por todas las moléculas de un cuerpo abrasado en voluptuosidades inextinguibles é infinitas. «No sabía que mi madre fuese tan hermosa,» exclamó. Y sin manifestar ningún otro sentimiento, ni pensar en ninguna otra idea, partióse de aquel sitio con toda serenidad y palpándose para ver si realmente había sacudido todas sus cadenas. Los siervos de Agripina, que, al minuto de morir ésta, mostraran los apocamientos de ánimo y espíritu connaturales á todo terror pánico, se rehicieron, y observaron el rito de las ceremonias fúnebres, con lo único tolera-

Nerón ante el cadáver de su madre

BIBLIOTECA DE ANDALUCÍA Granada

do por la implacable odiosidad del hijo á la madre, con una sencilla cremación. Vistiéronla el mejor traje imperial que á mano tuvieron; colocáronla en el más vistoso de los lechos; ciñéronle flores de las muchas brotadas en aquellos climas, y pegaron fuego á todo con las antorchas fúnebres, y mojaron sus dedos para ro-

Ruinas cerca de Bayas, llamadas Sepulcro de Agripina

ciarlas con el agua lustral correspondiente á los antiguos ritos. Poco después sólo de la emperatriz quedaba un montón de cenizas á merced por completo del viento que disipaba sus restos en la imposibilidad de disipar su recuerdo. Sin embargo, ningún ser tan desdichado en el mundo que no cuente con algún agradecido entre sus deudos y servidores. Cuando todo se había concluído, cuando no quedaba sino un montón de polvo dentro de un jardín abandonado, como en demostración de la miseria contenida en toda soberbia; cuando las pavesas estaban ya frías y el despojo entregado al viento que levantaba sus atomillos y los disolvía, un esclavo

heleno, ahora, por indignación contra un mundo, tembloroso ante aquella mujer, y luego cruel con ella, ó ahora por agradecimiento é impulsos de bondad, nunca faltos en los más crueles y más criminales cinismos, es lo cierto que sacó su espada, y clavándosela en el corazón, regó con lágrimas y con sangre de un holocausto voluntario aquello mismo que parecía residuo asqueroso de tantas voluptuosidades y crímenes, como si hubiera siempre una dichosa transformación en los senos de la muerte.

Por lo contrario, el pueblo todo respiró. Adondequiera que iba la noticia, llevaba un estallido de alegría. Perpetrara tantos crímenes la perversa, que, al recordarlos y verla castigada, el sentimiento de justicia, innato al corazón humano, se sobreponía de suyo á todos los demás sentimientos, y aclamaba el acto sin acordarse de su íntima naturaleza, ni de sus infames orígenes. La evocación de tantos muertos como había sembrado en el camino de la vida y como se levantaban en el seno de toda memoria un tanto fiel, hacía que nadie viera en el trance último suyo nada más que la inevitable y natural expiación pedida por todo cuanto circuía el cadáver de quien toda la vida se nutriera de la muerte. En vez del dolor y del llanto que sigue á los buenos en su desaparición del número de los vivos, aquí, en este momento, estallaba un júbilo universal. Quizás el único triste y el único pesaroso ante aquel hecho era su propio perpetrador. Después de haber ido á Baules y contemplado á su madre, por uno de los bruscos cambios frecuentes en su naturaleza moral, pasó desde la espantosa voluptuosidad que antes señaláramos, á un estado de conciencia concebible tan sólo en un verdadero justo. Horrorizábale de suyo el crimen, y si como era el criminal Nerón mismo, fuese otro, de seguro lo castigara con uno de aquellos castigos con que se hallaba connaturalizado su perversísimo natural. Vuelto de Baules, como necesitase descansar de las fatigas provenientes de sus proyectos y de sus emociones, tendióse á dormir, para lo cual mandó cerrar cuantas comunicaciones pudiese allí haber con el ambiente y con el éter de fuera. Pero en cuanto huía la luz, le revoloteaban en torno de las sienes como murciélagos los remordimientos. Y entonces volvía de nuevo á llamar para que le diesen luz. Y en cuanto le daban luz, creía que todos los objetos visibles le asaltaban á

una con acusaciones terribles. Cielo que había presenciado la criminal obra, mar que había recogido á su madre, playas donde abordó malherida, espacios por cuyos senos fueron los sicarios á matarla, moleculillas de aire y átomos de sol, todo se constituía en una especie de acusación viva para redargüirle de su crimen y en una especie de tribunal para condenarle. El humo de la pira, donde acababan de quemar aquel su cuerpo, flotaba como una ligera nubecilla en los aires, y á sus ojos revestía formas tales que imaginaba el cuitado ver las furias con alas de murciélago, y uñas de buitre, y ojos de lechuza, y graznido de cuervos, que amenazaban en bandadas, semejantes á sombras, sin destruirlo y devorarlo. Su propia conciencia le anunciaba que no podía continuar indemne sino derogándose la ley moral á tal injusticia, y el trono de los dioses abajo se viniera como un frágil trono de césares. Así comprendía instintivamente que la salvación suya estaba en un solo asidero, en hacer algún bien; pues los más perversos consagran al bien tributos y obsequios involuntarios por los buenos resortes que siempre hay hasta en las naturalezas más pervertidas y perversas. Sin embargo, después de haber imaginado algunos beneficios, le oprimía tanto el recuerdo de lo hecho y le atenaceaba con tales mordeduras el dolor producido por todo cuanto había pasado, que caía en un silencio y en una inmovilidad cercanos á la inercia del cuerpo y á la imbecilidad del espíritu.

Así el prefecto de las legiones como el ministro y filósofo Séneca comprendieron cuánta necesidad tenían de sacudir un poco aquella naturaleza inerte y sacarla del profundo sueño que la dominaba, si no había de venir la muerte sobre aquella su terrible ataxia; é idearon una serie de manifestaciones destinadas á demostrar todo el horror que despertaba la memoria de Agripina y todo el crédito cobrado por su hijo en este acto de justicia. Vestidos con sus más ricas preseas; cubiertos de sus relucientes cascos; el escudo que brillaba en la mano izquierda y los instrumentos de sus batallas en la derecha, presentáronse los tribunos de las cohortes para calmarlo con sus aclamaciones, bendiciéndolo y besándolo como á verdadero padre de la patria, por haber salvado á ésta, su hija predilecta, del cautiverio en que la tenía su espantosa madrastra. Captado el ejército de Roma, precisábale captar también el roma-

no Parlamento. La enemiga de Nerón á la Cámara, cuyas reuniones aún recordaban la República, llegó, como todos los afectos en él, á un verdadero delirio. En parte alguna se mostraba tan inquieto como en el Senado. Cuantos desacatos podía dirigir á su majestad, otros tantos le asestaba con cruel saña. Uno de sus aduladores le dijo en cierta ocasión: «Te amo, Nerón, y te glorificaría cuando recuerdo que césar eres; pero te aborrezco y te mataría cuando recuerdo que también eres patricio y senador.» Mas no había remedio: precisaba dirigirse al Senado. Séneca, tan retórico, y cuya elocuencia de alquiler así había servido para encarecer las viejas virtudes republicanas, como para justificar los crímenes imperiales, con su estoicismo implacable, según redactó la carta en que Nerón al Senado notificaba la muerte de Claudio, redactó la carta en que notificaba la muerte de Agripina. En este documento no confesaba ninguna de las asechanzas y de las maniobras el traidor: todo lo contrario, describía como hecho cierto el conato de regicidio imputado al emisario de su madre, y añadía que apeló á matarse por sus propias manos ésta huyendo del castigo. Para el hijo, ya verdugo, con pretensiones de fiscal, á los crímenes de parricida y regicida unía su madre uno tan á la vista de todos, por público y escandaloso, como el crimen de usurpadora. No se contentaba, pues, con arrebatar el imperio á su hijo moralmente; arrastrábala tan lejos el ímpetu de sus ambiciones desapoderadas, que pretendía mandar el ejército, presidir el Senado, responder á los embajadores en su insania. Para demostrar cómo su madre le había en sus virtudes atajado é impelídolo á la crueldad, prometía, libre de tal freno, muchos actos de clemencia suscritos ya en aquellos renglones. Y terminaba con esta frase de retórico dolor, para que no le creyeran poseído de alegría demente, cuando acababa de quedar huérfano: «Me reconozco salvo, pero también me siento triste.»

La tiranía se arraigaba en el envilecimiento universal. Así tomó éste las bien coordinadas y bien escritas excusas por poderosísimas razones. Y tomó el parricidio al precio y en la estima que Nerón quiso venderlo, decretando fiestas públicas á Minerva, por haberse así el imperio como el emperador encontrádose redivivos bajo su égida y por su influencia sobre los dioses y su próvido saber. Acciones como la última, que le hubiera borrado de la vida en cualquier

pueblo donde hubiese una regular organización, elevábalo á la categoría de dios, como si hubiese revestido naturaleza de suyo superior á la naturaleza humana, cuando tan bajo cayera, que le hubieran castigado hasta las alimañas, incapaces de proceder con sus madres en la lactancia como él procedía en su trono con Agripina, que le diera este trono mismo, amén de la existencia. El pueblo escuchó al Senado; y en vez de levantar un patíbulo, alzáronle un altar, é hicieron del reo ídolo. La conciencia pública erró; pero no podía errar la conciencia de Nerón. Así, cuantas veces ideó ir á Roma, recién acabada la tragedia, otras tantas tuvo que retroceder, en apariencia temeroso del pueblo ya engañado; temeroso realmente de su conciencia, ni engañada, ni engañosa, aunque impotentísima sobre su voluntad. Por fin, tantos mensajes le dirigieron y con tal número de manifestaciones le patentizaron el deseo de su regreso, que se arrestó al regreso con resuelta voluntad, hurtando el cuerpo á los gritos que le daban aquellos inanimados sitios al tenor y modo de los que su conciencia le daba también. Y regresó á Roma. Nunca se vió un triunfo semejante, ni cuando Escipión llevó Africa, ni cuando César las Galias, ni cuando Pompeyo el Oriente, ni cuando Germánico Alemania, ni cuando Claudio Bretaña. Echábanse los pueblos á sus pies para que las tendidas espaldas le sirvieran de alfombras. Iban ciudades enteras á su camino llevando coronas y guirnaldas, que tendían á su paso. Los arcos de triunfo se sucedían desde Nápoles á Roma por las calzadas antiguas como bóvedas sin término. En graderías interminables veíanse cuantas mujeres validas contaba la Campania y el antiguo Lacio, entonando coros de loores y ofreciendo palmas de triunfo. Decían que desde los tiempos del primer Bruto, inmolador del propio hijo en aras de la patria, no vieran nunca un acto como el suyo último, ya hubiese constreñido su madre á matarse, ya la hubiera concluído él á sus propias manos. Nadie se acordaba de que no había sido su amor á la patria el móvil de aquella terrible acción, sino el amor á Popea. Pudo hacer Agripina mangas y capirotes con el imperio; rebajar al Senado y oprimir al pueblo; irse como nueva Fulvia por montes y valles comandando al ejército; mandar en una noche sus esbirros á concluir con todos los ciudadanos: ninguna cosa le sucediera en el apocamiento nativo á Nerón y en la separación del propio ser y

del propio espíritu en que cayera, juguete vil de su madre, si Popea no promete, á cambio del sacrificio de ésta, un amor de voluptuosidad intensísimo, ya verdadero, ya fingido. El trono le tenía sin cuidado; lo que le importaba era el tálamo, frío y solitario, mientras no lo animase cosa tan horrible como el cadáver de Agripina, pedido por Popea con maullidos de chacala. Entregó Nerón á las Parcas el cuerpo de Agripina porque Popea lo exigió, si había ella de entregarle á él su propio cuerpo. Y esto le hizo aborrecer á su madre, tanto cuanto á su amada podía querer el cuitado. La sombra del despotismo todo lo envenenaba, y de las más naturales y legítimas pasiones hacía terribles vicios, sustentados por una exaltadísima demencia. El hálito de unos emponzoñaba de suyo á los otros, cual en verdaderos contagios. Reinaba en los aires una epidemia. Ni las ideas estoicas, ni el espiritualismo platónico, ni las corrientes de creencias nuevas que corrían bajo tierra por las catacumbas podían limpiar de tales miasmas el aire todo envenenado, y envenenando las almas. Pero esta sobreposición de cosas y supersticiones extrañas por ningún modo podía penetrar hasta ese fondo secreto de la conciencia social, donde todo se sabe por intuición, y aquello que no se sabe, se alcanza por adivinaciones reveladoras y misteriosísimas. Tomarían estas adivinaciones forma de fábula, como concuerda con la superstición; pero venían á demostrar en sus indecisas flotantes imágenes á cuál profundidad había llegado el conocimiento de tan horrible crimen.

Contábase que una mujer encinta, cuando supo lo acaecido, abortó espantosa culebra; que las nubes, encendidas en fuego celeste y como airadas, fulminaron asoladoras centellas desde los cielos henchidos de cólera; que habían las casas todas de la Ciudad Eterna estremecídose sobre sus cimientos, como si buscasen allá en lo profundo un abismo, para no ver tantas maldades; que, al encender las llamas de los altares, en el holocauso de gracias á los dioses ofrecido por aquella oportuna muerte de la suicida emperatriz, el sol se apagó como á un soplo y se vieron las estrellas á mediodía como á media noche, apareciendo en su centelleo fosforescente como miradas de lechuzas; que tuvo necesidad el emperador de consultar las ocultas ciencias y apelar á magias con brujerías para que su madre lo dejara en paz, pues convertía en sueños

fatídicos hasta los insomnios desde su averno, aunque lavaba Nerón sus dedos en unas fuentes clarísimas y despedía las babas contenidas en su boca, y cuando callaban perros y aves, en las altas horas de profunda noche, sonaba los dedos, no podía desasirse del remordimiento y se colocaba supersticioso los mismos talismanes regalados por su madre para que le libertasen de su madre misma y lo eximiesen de un castigo que veía él á la continua cernerse sobre su frente.

Las alusiones mortales, viniendo tras los loores, no le dejaban minuto de reposo. Cierta madrugada un expósito apareció en la calle con malicioso escrito al cuello, en que decía su madre: «Lo abandono, temerosa de que me mate.» Otra mañana todas las estatuas del emperador aparecieron metidas en sacos de los usuales para meter á los condenados por parricidas y sumergirlos en el Tíber. Lo que ahora llámanse pasquines en la moderna Roma, no faltaban en la vieja. Uno decía que Nerón, sobrepujando los crímenes de Alcmenón y Orestes, había sumado al parricidio el incesto; decía otro que si Eneas llevara piadoso en los hombros á su padre Anquises, Nerón despedía de los hombros á su madre Agripina; decía otro que si Apolo montaba su arco, Nerón su lira; decía otro que sólo una persona quedaba en Roma, el emperador, y así todos los romanos se iban á Veyas, deseosos de que no les acompañara y siguiera este hombre; y á tal tenor innumerables dichos. Un filósofo cínico, aludiendo á cierto hecho célebre suyo, díjole al verle pasar que cantaba muy bien los males de Nauplio y gastaba muy mal sus bienes. Un actor de Atelanas dijo en el teatro: «¡Salud al padre mío!,» é hizo ademán de beber, aludiendo á la muerte de Claudio; y luego añadió: «¡Salud á la madre mía!,» é hizo ademán de nadar, aludiendo á la muerte de Agripina. Otro actor, señalando primero á la efigie de Nerón y luego á los senadores presentes, díjoles conmemorando su afición al asesinato: «Creed que á Plutón os llevará.» Por estas y por otras evocaciones el nombre de Orestes no se caía de sus labios; y creíase, como el Atrida, perseguido por las Euménides y recitaba continuamente los versos inmortales puestos en labios de Orestes por Sófocles y por Esquilo. Orestes era hijo de Agamenón y de Clitemnestra, como el joven césar hijo de Agripina por obra de la naturaleza, é hijo de Claudio por obra de las adopcio-

nes romanas. Clitemnestra mató al rey Agamenón, su marido, como Agripina mató al buen emperador Claudio, su marido también. Pero aquí cesaban las analogías y comenzaban las diferencias. Clitemnestra quiso matar á Orestes, salvado á los odios de la regia madre por su hermana Electra; mientras Agripina conservó con cuidado su Nerón, preservándolo á mil asechanzas. Clitemnestra, desasida de Agamenón por el asesinato, dió el tálamo y el trono vacíos al déspota Egisto. Creyóse obligado por todo esto el buen hijo á una venganza que satisficiese los manes de su padre y castigase á la infame adúltera. Yendo, en requerimiento de tal fin, á la célebre ciudad de Argos, acompañado de su inseparable amigo Pylades, encontró á su hermana Electra, desasida por completo del mundo, y entregada en su dolor al ministerio de velar por su padre muerto, como Antígona velaba por su padre vivo. Consultado el oráculo y recibida la indispensable aprobación de éste, la tristeza mostrada por Electra y la vista del sepulcro de Agamenón determinaron la voluntad y la fuerza del hijo á inmolar el tirano Egisto. Entró en el usurpado palacio, y encontró al hipócrita en fastuosas y teatrales devociones á los dioses. Acababa de inmolar una víctima; y Orestes, con la cuchilla depuesta en el ara, lo inmoló sin piedad á él. Parecía que los manes de Agamenón debían darse por satisfechos con tal holocausto y la venganza cumplida por medio de tanta sangre. Pues no. Los dioses le impelieron á rematar la obra. Después de haber dado muerte á su padrastro, dió muerte, impulsado por el destino, á su propia madre. Y en cuanto ha concluído esta inmolación, las furias en tropel surgen del averno y le amenazan á una. Sus negras bocas ríen como abismos bostezantes; sus manos huesosas esgrimen armas henchidas de ponzoña y con filos agudos; agítanse las culebras en sus cabezas desgreñadas en que cada hebra de cabello es una víbora de asesino dardo; lanzan sus gargantas gritos feroces, apareciendo tan crueles que llora Orestes apenado, como un pobre niño, al terror producido por la presencia de aquellos seres concitados todos en su contra, que le persiguen, le sitian, le asedian, le asaltan y le muerden. No acosan los perros al jabalí como las furias á Orestes. Aves nocturnas acuéstanse todas ellas en los lechos del abismo y se rebujan bajo sus sábanas de tinieblas horribles, hasta que las despiertan y atraen los

hedores de sangre humana vertidos por el parricidio, del cual están constituídas desde tiempo inmemorial en perseguidoras y jueces. La flor del granado les sirve de timbre por su encendido y purpúreo color. La misericordia no entra en sus corazones, como no entra el perdón en los infiernos. Así, á pesar de que Clitemnestra mató á su marido, quien volvía con anhelos de reencontrar su palacio guardado por la fiel vigilante y su tálamo puro como un altar, y en vez de ponerle tapices bajo aquellos pies vencedores que habían hollado las ruinas de Troya, le asestó un hachazo á la cabeza, tratándolo como á una res en la cocina y no como á un rey en el trono, por lo cual parece una carnicería el hogar de los Atridas, donde los hijos matan á sus padres y los padres se comen á sus hijos; los dioses no querían perdonar el atentado de Orestes á Clitemnestra y las furias no querían despegarse y desasirse de su cuerpo, necesitándose toda la sabiduría de Minerva y todo el favor de Apolo, sus protectores, para devolverle su corona y reinstalarlo en su familia. Pues bien: todas estas escenas de los Atridas reaparecen á los ojos de Nerón espantados. La suerte reservada por el cielo á tal dinastía, perseguida siempre, caerá en herencia sobre la dinastía también de Augusto por el crimen de Nerón, su biznieto. Parécele oir aquel grito de las Euménides en la trilogia del gran Esquilo, cuando al ver los dioses intercediendo por el parricida, entonan el himno fúnebre sin liras de voces discordantes, en el cual dicen que, á consecuencia de tal divina debilidad se desligarán los lazos de las leyes entre todos los hombres y se arruinará en todas partes el templo de la justicia. Lo grandioso de tales recuerdos; lo vivo de todos aquellos personajes que se conservaban en las estatuas y en los bajos relieves, hablando también por boca de la tragedia griega; el amor suyo al arte; las inspiraciones que creía sentir de poeta y orador en su mente, así como los ejercicios de músico á que se habían acostumbrado sus dedos tañedores de la lira, se juntaban á una con el horror de la noche suprema en que ordenó la muerte de su madre y con las maniobras cumplidas al fin de matarla, tras cuyo logro se le aparecieron las furias como aquellas á los dos reyes aparecidas, Alcmenón y Orestes, sin permitirle punto de reposo. Y como quiera que uno y otro le pareciesen menos criminales que él mismo, pues sus dos madres inmoladas

habían asesinado á sus dos respectivos esposos, sendos padres de ambos parricidas, Nerón se retorna, cual Orestes y Alcmenón, y con mayor motivo que uno y otro, pues su madre no había matado á Claudio contra él, á Claudio, que al cabo no le generara materialmente, sino por él, por darle para siempre la corona de madre, y todo ello motivado porque una manceba y barragana, como Popea, quería trocarse, merced á tal crimen espantoso, en mujer legítima del emperador y emperatriz única del universo. Bajo tales consideraciones, ya nadie se maravillará de que Nerón pasase sus noches entre alaridos de horror y sus días entre carreras y saltos parecidos á triste y continuo sufrir.

Aunque Nerón hubiera querido en sus angustias olvidarse de sus actos y aun de sí mismo, no lo tolerara la oposición siempre despierta y apercibida siempre á recordarle que reinaba y que cometía en este reinado muchas faltas. El imperio y los emperadores únicamente daban la paz al mundo; y como hubiera en el primer siglo de su existencia en Roma copia de literatos y de letrados, ninguno se conformaba con que no completase bien tan grande como la paz, otro mayor bien para ellos, la próvida libertad. Todos preferían las procelas de una república libre á la quietud mortal traída por el despotismo y sus paralizadoras ataxias. Ninguno, sin embargo, tenía la virilidad necesaria para ejercer el derecho, ni la resignación suficiente para sufrir la servidumbre. Sin embargo, todos se daban el gustazo de asestar su oposición á los representantes del poder imperial, por más crueles que fuesen y más amenazas que llevasen en sus olímpicos ceños. Los festines, tan frecuentes entre los romanos, debieron ser denominados centros de oposición. Los círculos, ó bancos callejeros redondos, en que la plebe se asentaba para tomar el sol ó el aire, según las estaciones, habían sustituído á las antiguas tribunas. Allí, en aquellas tertulias al aire libre, se murmuraba del gobierno por modo violentísimo; al revés de los festines y de las tertulias clusas y privadísimas, donde se murmuraba del gobierno por modo fino. A las murmuraciones orales uníanse los libelos. «Digan cuanto mal quieran de nosotros, con tal que no nos hagan mal ninguno,» decían algunos emperadores al enterarse de semejantes libros. En cambio ahorcaban otros á los libelistas en sus mismas prisiones. Cuando esto último sucedía con fre-

cuencia, como bajo Nerón, encerrábanse los poetas en alusiones, y Curiancio escribía una tragedia terrible que se titulaba *Catón*. «Se bebe, decía Séneca el trágico, aludiendo á Nerón, vino puro y confortador en el barro de las cabañas; el veneno se guarda en las copas de oro que apuran los omnipotentes.» «No temerá la servidumbre quien no tema jamás la muerte,» añadía otro poeta de oposición. «No puede ofrecer á Júpiter un puñal afilado víctima tan agradable como un monarca injusto,» exclamaba en públicas lecturas un aplaudido lector. «Brilla, decía de Nerón Lucano, cual el rayo que fulgura en la sombra y esparce ruinas á su paso. Cree que le aman porque lo adulan.» Decía en otra parte: «Lo aplauden las muchedumbres en el teatro, y se juzga por ello un dios, siendo únicamente sombra de sombras, residuo imperceptible de gloriosísimos nombres. Los más infelices entre los esclavos ¡ay! son aquellos que se avergüenzan de sus cadenas y sólo por el suicidio pueden soltarlas. ¿Por qué no seremos como los persas y los asirios, los que nunca conocieran la libertad? Se alaba más fácilmente que se funda la democracia. Los tribunos ambiciosos engendran la dictadura tiránica.» Y así continuaban poetas é historiadores blasfemando del césar y dirigiéndole al pueblo dardos para que no llegue á tolerarlo y sacuda su ignominiosa tiranía. Y en aquella Roma de ociosos, á quienes alimentaban las annonas públicas ó las espartalas patricias, los vagos de profesión, poetas sin otra medida en su existencia que los metros de las versificaciones, maestros sin discípulos, negociantes sin dinero, esclavos fugitivos que allí se acogían para ocultar mejor su fuga, marineros náufragos que allí encontraban puerto, sacerdotes mendicantes de Cibeles, industriales de funerarias, abogados con la mentira pegada en sus labios, clientes sin zapatos ó sandalias, parásitos voraces, comediantes griegos, canallas egipcios, barberos locupletísimos, delatores muy pagados, los patricios bebedores del vino de Helvidio coronados con guirnaldas de rosas; elegantes hastiadas, aquellas Lesbias que lloraban por un jilguero enfermo en la jaula y no por un hombre inmolado en el circo; aquellas cortesanas que no se recataban de chismear apoyadas en las tumbas de los héroes que cubrían las vías Latina y Apia; los viciosos pagados de que no podrían inventar los venideros ninguna laca nueva; tantos y tantos de aquellos á quienes aqueja una especie de irre-

mediable ictericia moral y piensan extender su perversa condición á todos y enfermarlos de su misma enfermedad, reunidos á los buenos ciudadanos, á los honestos patricios, á las matronas de un solo marido, á los virtuosos que abundaban entre tantas lacerias, á los republicanos de abolengo, á los partidarios que aún tenían las figuras históricas de Bruto y de Catón, componían una grande oposición alimentada por los vicios neronianos, por las muertes dadas en el Palatino á tantos personajes ilustres, por el reinado de tal envenenadora como Locusta, por los dineros que allegaban chalanes como Tigelino, por las borracheras imperiales vomitadas sobre los blasones de Roma, por las tabernas y las zahurdas convertidas en senados y los senadores en titiriteros, por vicios como los de Popea, por desgracias de la virtud y de la honra en Octavia, por tragedia como las tragedias de Bayas, por verdugos como el bárbaro Aniceto, por naufragios como los famosos de la noche triste, por agonías como la que sufrió Agripina, por crímenes como el parricidio. por terribles desacatos á la humanidad y á los dioses.

CAPITULO XVI

EL ARTISTA

– No sé cómo puedes con tu alma, Nerón, tras una tarde así – decíale Tigelino al césar, – después de una reunión artística en que los músicos tañeran sus instrumentos á porfía, los poetas recitaran uno tras otro en serie sus poemas y poemitas, los retóricos pronunciaran discursos muy bien aprendidos de memoria y muy bien hablados de prisa, los cómicos improvisaran escenas de conocidas tragedias en griego y en latín, hasta los atletas fingieran pantomimas en que así el emperador como sus cortesanos se divirtieron, y se gozaron mucho al término de aquellos esparcimientos del ánimo y recreos de la inteligencia muy propios á conservar la cultura clásica y aun á extenderla.

– No hay otro remedio, Tigelino; créete que no le hay para divertir el pensamiento de tristes objetos, alentar el corazón á lo grande y bello, dominar el mundo por las ideas, ya que, tras el reinado de Augusto, ido al trono en contraposición de César que representaba la guerra, para representar y sostener la paz en el mundo y en el espíritu, dominamos éstos, más que por la superioridad de nuestras fuerzas, por la superioridad de nuestra inteligencia. Déjame olvidarme así de los actos á que la Razón de Estado me obliga, de Claudio inmolado á mi poder, de Británico inmolado á mis celos, de Agripina inmolada por mi mano á mi libertad.

– Mucho se divierten los convidados con tanto placer intelectual como les ofreces y procuras, como ningún otro director de fiestas y espectáculos, aunque fuera hecho de encargo é imaginado por los primeros ingenios; pero un deber de conciencia me constriñe á decirte que gastas en todo ello grandes cantidades y con ello agotas el tesoro.

– ¡Oh Tigelino! ¿Por qué hablarme de cosas tales? ¿Por qué venir, tras una tarde muy estética y hermosa, con esas invocaciones al vil metal que abate bajo su peso bruto las dos alas del genio? Y á propósito del dinero, ¿qué noticias tienes de mi tía, la gran matrona propietaria, quien ha recibido de los progenitores suyos, míos también, oro y sangre; la cual tía estaba en trance de muerte, llevando ya muchas horas de agonía, en su hermoso palacio de Campania? ¡Por los dioses, no me ocultes, no, esto! Heredero único suyo, córreme prisa recoger su herencia; y la satisfacción que ha de traerme su patrimonio, compensa mucho la pena que ha de causarme su muerte.

– Pues te diré, te diré, Nerón, te diré—y Tigelino balbuceaba pesaroso de dar una mala noticia. – La maldita vieja se sacudió las pulgas á maravilla, saliendo remozada de su enfermedad. Con sus noventa cumplidos años parecía en el último trance de su vida, bajo la reciente dolencia, y se ha salvado de tan terribles asechanzas, hallándose hoy rodeada de su harén masculino, que la divierte, y más alegre que unas castañuelas, como si hubiera encontrado la Locusta, no del veneno y de la muerte, del elixir de la inmortalidad.

– Pues me contraría esto mucho. Yo contaba con sus tesoros destinados á enriquecerme para salir de muchísimos apuros que hoy están agobiándome. ¡Vieja maldita! Y no se muere, cuando que se muera le conviene al césar.

– Recuerda que, amén de césar, eres dios.

– Justo.

– Y que por dios dispones de la vida del género humano todo.

– ¡Luminosa idea!

– Mátala, Nerón, matála.

– Sí, sí. Le hago un favor.

– Y sales de apuros.

– Me cuesta un poco de trabajo, porque su familiar Aniceto me ha prestado servicios grandes en el proceso y castigo de Agripina.

– Tira la vieja de un empujón al otro barrio, y castigarás con mayor severidad á tu madre cuando tope con ella entre las sombras del orco.

– Pues que la maten. Así como así, es reo de Estado por haberse permitido vivir en desdoro y en agobio del césar. Le hacemos un favor, ahorrándole achaques de la triste ancianidad y gastándonos el oro, con avaricia por sus manos reunido, en bailarines y cantores. Que la maten, y no vuelvas á recordarme tal hecho, ni á decirme una sola palabra.

– Inmediatamente daré las necesarias órdenes, eligiendo un centurión de ánimo entero, brazo fuerte y afiladísima espada, para que le ahorre todas las penas posibles matándola de un piadoso golpe.

Y dió las órdenes.

– Consagremos todo nuestro tiempo á las letras y á las artes. Que sean las nueve Musas nuestros ministros. Que los cocheros del sol envidien á este coronado cochero. Que no toque Apolo su cítara como tañe la suya Nerón. Que si me canso de tañer, pueda empuñar la maza del divino Hércules y derribar á mis plantas los leones de Numea. Yo soy el mayor y el primero de los hombres. Pues neçesito serlo en todo. Así, debo exceder á Timantes en pintura, y á Fidias en estatuaria, y á Virgilio en poesía, y á Orfeo en música, y á Demóstenes en elocuencia, y á todos en todo, pues los dioses no han podido en manera ninguna delegarme su representación en el sitio más alto de todo nuestro mundo sin delegarme también todas las virtudes conducentes á merecerlo y conservarlo. Yo estoy en la cima del mundo como los ruiseñores en la copa del árbol, no á vencer y oprimir, á cantar. Así, deben regalarme los oídos todos cuantos conciertos compongan los astros y animarme las venas todos cuantos jugos de voluptuosidad haya en la vida. Si quiero amar deben permitirme los hados que tome la forma de cisne, como cuando Júpiter de amores á Leda requería, ó la forma de toro, como cuando Júpiter de amores á Europa. Todo está permitido á mi divinidad menos el ocio. Cantemos, esculpamos,

bailemos; y gozándonos en el ejercicio de todas las artes, así como en el derrame de todas las ideas, recreémonos, acción que significa volver á crearse uno á sí mismo por obra y por virtud y por sugestión de la poesía y del arte.

—Tú podrás cuanto quieras, porque los dioses te han delegado su poder material, por césar que eres, y su poder espiritual, por poeta. Pero no dejes de curarte del gesto que ponen los poetas cuando recitas versos que á ellos los achican. Si no trajese aparejada la profesión de tal arte una irremediable cobardía, cree que te aspaban cuando los vences y los superas, créelo seguramente, Nerón.

—Ninguno, entre todos ellos, podrá rivalizar conmigo en materia tan grave como poetizar la romana Historia. Ennio lo hizo en lengua semi-bárbara y Virgilio no pudo pasar de los primeros míticos tiempos. Yo tendré fuerzas para ponerla toda en verso, porque únicamente yo puedo sentir en mis fibras el vínculo y el núcleo de los átomos confiados al aire por mis progenitores en sus tumbas y cremaciones, puesto que soy la última flor y el último fruto dimanados de sus raíces, que ahondan en los altares y en los sepulcros; el último descendiente de los amores divinos entre Marte y Venus; el último emperador posible. Así cantaré la llegada del dios Saturno á nuestro Lacio, trayendo el arado y la colmena; los dos rostros de Jano, vueltos al Oriente y al Occidente, al recuerdo y á la esperanza; el engendro de Rómulo, nuestro monarca primero, que distribuyó las estrellas en el cielo y las clases en el mundo y los tiempos en el calendario; aquellas procesiones del pueblo rey á la roca Tarpeya, después de haber asistido á los comicios y á los mercados, envuelto en blanco lino, de roble y encina cubierta la sien, precediéndole pacíficos bueyes con los cuernos dorados, de los cuales pendían multiculores guirnaldas; acompañándole innumerables recuerdos sacros que lo santificaban; y sobre un ara de mármol blanco presentando una cordera, blanca también, á la diosa, nuestra generatriz, que ha creado todos los seres con las atracciones de su amor y luego los conserva con el fuego de su vida.

—Lo cierto es que has compuesto un senado de poetas—le decía Tigelino,—y aunque todos á porfía trabajan, en verdad, nin-

guno puede llegar adonde tú llegas ni hacer lo que tú haces, así en materia de cántico cual en materia de poesía. Cuéntanme los esbirros haber visto mucha gente del pueblo sin más oficio que repetir tus canciones de puerta en puerta y recitar tus versos de oído en oído..... Ya he dicho que sean castigados como reos de lesa majestad aquellos que los escuchen alguna vez con irrespetuosa negligencia.

—Y has hecho bien, Tigelino; porque si comienzan por destronarme del Parnaso, concluirán por destronarme también del imperio.

– Entre tales devotos hay quien lleva en una caja cierta cuerda de tu lira, que dejaste olvidada en los jardines y que le regaló uno de tus esclavos. Y la enseña como un sacerdote las reliquias ó como un mago los amuletos. Y esta manifestación le vale muchos ases contantes y sonantes. Así repite las melodías inventadas por tu cacumen, tal y como las cantas en los jardines; y representa, lo mismo la tragedia de Antígona que la tragedia de Orestes, como sueles tú representarlas.

—No me nombres á Orestes, porque traes á mi mente fascinada los recuerdos de aquella noche horrorosa en la quinta de Baules, que ahora mismo persiguen con tenacidad mi persona y trastornan por completo mi seso con sus apariciones siniestras, arguyéndome de parricida como las Furias de parricida también arguyeron á Orestes.

– Pues hablemos de artes.

—No solamente debemos hablar de artes, sino profesarlas en público.

– Todo cuanto quieras, debe hacerse; todo cuanto anuncies, debe cumplirse.

– Yo, hasta el día de hoy, he tenido reuniones cortas, compuestas por gentes de mi propia profesión estética, las cuales gentes me maldicen y de mí murmuran. Persio, Lucano, Labeón y todos los demás que aquí se reunen, dejan de mostrar el deliquio que les causan las obras de mi fantasía, por motivos de rivalidad y competencia. Pero en cuanto yo salga de lo privado á lo público, y me rodee por aquellos que verdaderamente me aman, teniéndoles cerca, y luego reuna frente á mí, como verdadero es-

pectador, el pueblo romano que me idolatra, no lo dudes, iré sobre los hombros de la muchedumbre al empíreo de la fama y de la gloria, como sobre los hombros de mis legiones he ido al empíreo del derecho y del poder. Estar dentro de un cubículo encerrado con mis émulos, equivale á estar dentro de una jaula encerrado con hambrientas fieras. Que se caigan las paredes interpuestas entre los pueblos y mi persona; que la luz del día ilumine mi figura; que al aire libre se oiga la cítara de oro tañida por mis dedos y en mis manos relumbrante; que la inspiración tome toda la colosal estatura de la idea mía y asombre á la plebe cuando la contemple produciéndose á mi esfuerzo creada y viva; que así me consagre su voto el primer poeta y el primer cantante nacido de mujer, como la sangre de mis venas y la herencia de mis abuelos me proclaman emperador y dios.

– Hágase tu voluntad.

– Por escrúpulos de susceptibilidad como también por consejos de Agripina reduje todas mis ambiciones á ser aplaudido en angosto espacio y por poca gente. Ahora me desquitaré, profesando mis artes en los estados mayores posibles y reuniendo los oleajes de las muchedumbres ante los teatros donde yo cante y represente.

– Harás bien. Los circos donde riñen las fieras, deben reemplazar á los Foros donde reñían los oradores. En las arenas mezcladas con sangre de gladiadores y de tigres, debe hallarse la levadura de cuantas fibras deba revestir en lo sucesivo el humano linaje. Allí se amasan las carnes. En tales grandiosos espectáculos todas las razas se dan cita y se reunen todos pueblos. Lo que más en las profundidades entra de todas nuestras grandezas y más lejos lleva su renombre y fama es el circo, es el anfiteatro, es la naumaquia. Y allí adquiere su gran popularidad el césar, jefe de los plebeyos. ¡Cuántas familias pasan la noche de claro en claro y al relente, sólo para tener un buen puesto en las graderías! Instituídos estos juegos por los hijos de la loba romana, en su celebración se identifican los pueblos con sus emperadores y los emperadores con sus dioses. El capitolio se abre antes de que las barreras del circo se cierren, y los dioses bajan en procesión antes de que los gladiadores se alcen á la lucha. Augusto gustaba tanto

de tales procesiones que, hallándose una vez enfermo, hízose conducir á ellas dentro de una litera. Los coros que las preceden y los carros que las cierran en tan crecido número y de tan sublime resplandor, sugieren al extranjero y al conquistado una idea por tal manera extraordinaria de la Ciudad Eterna, que cae rendido y la proclama diosa de las diosas. El mejor templo para reunir al Senado es nuestro anfiteatro. Allí lucen de tal modo que creen las muchedumbres en toda su fuerza y poder á la república, en toda su vitalidad al Senado tan reluciente; y no habla el Senado y no legisla y no discute, no hace nada de todo aquello que nos pierde y lo pierde. Cuánto que ver en los carros de matices varios, como si los hubiesen á la aurora encargado; en los cuatro colores vestidos por los cien cocheros; en la compasada cadencia con que se mueven todos, parecida de suyo á sacros bailes; en los atletas untados de óleos olorosos y con actitudes parecidas á las que tomaban los simulacros y estatuas sacadas del mármol de Paris; en los grupos de cantores y bailarines adornados con túnicas escarlatas y cinturones áureos; en los pírricos que vibran sus lanzas despidiendo chispas y ciñen sus cascos de oro y sus sandalias de púrpura, danzando sin cesar; en los bacantes con sus pieles de tigre al hombro y sus coronas de pámpanos á las sienes y sus tirsos al puño; en los silenos, á quienes envuelven largos mechones de cabras y emborrachan copas rebosantes de mosto; en los actores de las atelanas que improvisan pasos y pasillos sobre los carretones ambulantes y sobre los tablados puestos por las encrucijadas; en los cuatro colegios de pontífices ornados con sus recamadas vestes sacerdotales; en las estatuas de mármol y pórfido y marfil y plata y oro, representantes de los dioses, conducidas en andas alrededor de las cuales van en tropel jóvenes y niños coronados de perlas; todos sobre alfombras de bien olientes flores y bajo velámenes de mil matices, cuyo conjunto recuerda y evoca el poderío inmenso y la divina majestad de nuestra hermosísima y omnipotente Roma.

—Yo no puedo sustraerme—dijo Nerón, comentando las descripciones arrebatadas y arrebatadoras de Tigelino,—al imperio y al influjo impuestos sobre mí por el prestigio y por el encanto de todos estos espectáculos. Y me parece que no gozamos de ellos y en ellos verdaderamente, si estamos fuera, si asistimos á su desarrollo

exterior y plástico meramente. Se necesita participar de ellos, vivir con ellos, ser algo en ellos mismos, representarlos como los actores, para ver cuál emoción despierta en el público la seguridad completa de que su emperador, no sólo reina y truena en el Palatino, sino en las tablas y en el circo. Yo quiero ser actor, yo quiero ser retórico, yo quiero ser cochero, yo quiero ser abogado, yo quiero ser flautista, yo quiero ser cantante, yo quiero ser trágico, yo quiero ser niño y viejo, animal y dios, césar y siervo, guerrero y cortesano; yo quiero serlo todo, sentirlo todo, para todo abrasarlo y diluirlo en las llamas intensas de mi amor. Como los actores por su oficio representan toda clase de papeles, para satisfacer esta grande ambición, quiero ser actor.

—¿De veras quieres ser actor?

—¡Vaya si quiero!

—¿Y has consultado esto con tu maestro Séneca?

—Ciertamente.

—¿Y qué dijo su alta filosofía?

—Que si comienzo con mesura y voy por grados, podré llegar á todo sin mengua de ningún género y convertir hasta las mayores extrañezas y singularidades en arraigadas costumbres.

—Hete seguido, Nerón, en todos tus pasos y acompañádote con gusto en todos tus devaneos. Pero eso de meterte desde césar á comediante y poner las tablas de tu teatro al nivel de las tablas de tu trono, paréceme cosa de algún riesgo y que debes mirar con algún cuidado, pues aquí por un quítame allá esas pajas, te suelen armar una conjuración y derribarte con furor en tierra.

—Algunas objeciones me han dirigido, pero helas escuchado como si oyera llover. Nosotros, los romanos, adolecemos de una verdadera barbarie cuando nos comparamos con los griegos. Así, mientras hemos honrado siempre á los legionarios, ellos honran á los actores. No puede ponerse dignidad alguna junto á la dignidad de poeta. Sófocles me parece á mí el mayor de los mortales y su oficio el primero de los oficios. Los dioses habrán hecho un sol; mas no han hecho un Edipo. Fuera y aparte de esto, la inmortal Atenas, divina casi por la divinidad de sus hijos, dióle á Sófocles cargos tan honrosos como las embajadas, y tan difíciles como el mando y ordenación de los ejércitos. El hijo de Milciades no creyó deshon-

rar nombre tal como el nombre de su padre cantando en los festines. Y si los dioses no se desdeñan de tocar la flauta, ¿por qué de tal ministerio se desdeñarían los patricios? No hay viejo militar en Roma que no haya sido en sus ocios, bajo sus tiendas, sobre los lechos de las comidas que impone cosa tan brillante y soberbia y afanadora como la victoria, en celebración de los triunfos de la guerra y del odio, á los cuales suceden los accesos del amor y de la poesía, unos arpistas, unos líricos, unos citareros, unos poetas, uniendo en armoniosas consonancias el verso con la música. Seamos actores.

– No digo que no; lo dices tú y basta. Si por un rescripto pones en predicamento los ejercicios de actor y sus papeles, dejarán las divinidades los altos del Olimpo y pisarán las tablas del teatro. Pero mírate mucho lo que haces. El patriciado latino cree humillantes los oficios todos de las tablas, y supone que si te resuelves á completar tu cargo de césar con el papel de histrión es para desacreditarlos ante la conciencia popular y el concepto público, pues habrán de acompañarte allí cual te acompañan doquier te parece bien y se te antoja. Pon el oído á la escena para percibir cómo cantan; mas no diviertas y separes tu atención de cómo conspiran. Conforme van recibiendo mayores desacatos, se levantan á irreverencias más premeditadas y traidoras.

– Pues qué, ¿le vendrá de nuevas á los romanos el honor concedido por mí á sus actores? ¿No le dieron á Roscio mil dineros por día? El tragediante celebérrimo, que se llamara Esopo, después de haber derretido en festines enorme fortuna, ¿no mandó á su hijo veinte millones de sestercios en herencia? ¿No le llamó al mismo Roscio maestro de sus declamaciones Cicerón, como Syla, el mayor y más orgulloso de los patricios, le diera la tumbaga de caballero? César mandaba que no se levantara el trágico Accio en su presencia cuando se levantaban los patricios y los senadores. Lo que hubiera costado á cualquier aristócrata la vida, se le toleró al actor Pílades, que se tomaba libertades irreverentes con Augusto cuando representaba en su presencia el *Hércules furioso* dentro de su propio palacio.

– Todo eso es verdad. Cuidado que si me dices baila, yo bailo, aunque tropiece con todos los objetos; y si me dices canta, yo

canto, aunque te aturda la cabeza. Pero eso de representar ante un público, de divertirle con gestos, de regalarle con recitaciones, de saltar cuando quiera él que saltéis, de ser su juguete, cosa dura es que nunca te perdonarán los patricios. Cuantos ejemplos tú has citado, quieren decir que algunos grandes romanos subieron hasta el trono los cómicos, pero no lo rebajaron hasta nivelar el trono con el teatro.

– No te conozco, Tigelino, en esta cuestión que ahora tratamos y que controviertes con contradicción á lo pensado y dispuesto por mí, lo cual me maravilla y extraña, probándome cómo puede conocerse únicamente aquello que se ha vivido, y cómo no puede uno ser césar sino siéndolo y ocupando el trono, desde cuyas cumbres se ven las cosas de otra suerte que las veis vosotros, como se ven los valles desde los montes cual no pueden verse dentro del valle mismo, y así también sucede con los montes vistos desde los valles.

– No quisiera, por Hércules, haberte molestado, Nerón. Mi suerte se liga con la tuya como se liga el parásito con el árbol. No podría vivir sin tu vida. El trono donde te asientas esme tan preciso como el suelo de que nutro mi cuerpo y que sustenta mis pies. Por eso me permito, en la confianza que te inspiro y en el cariño que me profesas, dirigirte algunas palabras de observación, á las cuales das ó quitas tu asentimiento, tú, el sol de los soles, el espíritu de los hombres, el dios de los dioses.

– ¿Por qué no arreglaría yo la escena, Tigelino, cual arreglo el mundo? ¿Por qué no me habrían de acompañar en ella los patricios, que tanto molestan á los césares en el Senado y que no les harán daño ninguno en el teatro? Yo me comprometo á que hagan dejación de su dignidad y se resignen al papel de histriones, pareciendo que sale de su voluntad aquello que les manda la mía. Haréles á todos las más ciertas promesas, no para seducirlos vanamente, para convencerlos con verdad de todas las dignidades y todos los honores que hay encerrados en el nobilísimo ejercicio de las profesiones artísticas y en el culto religioso á las bellas artes. Organizaré una compañía y le pondré por nombre Augustal. Si no piden los patricios libertades, ni soberanía, ni en el imperio participación, pidan cuanto quieran. Con tal que alaben esta voz mía, la

más clara y hermosa dada por el cielo á hombre alguno, lo demás impórtame bien poco. Un general no puede serlo sin ejército y un artista no puede serlo sin acompañamiento. El mundo goza de paz, y no ha menester, tanto cohortes de mílites cuanto cohortes de cómicos. Aquéllos matan; recrean éstos. ¿No es una institución el Senado? ¿Por qué no habrá de serlo el teatro? ¿No hacen papeles de libres, cuando están ceñidos á mi trono por la cadena de su obediencia y de su miedo? Yo conozco lo difícil que es en Roma tener ya teatro. Tuviéronlo nuestros maestros, los griegos, porque no adolecían de la crueldad que á nosotros nos postra y envilece. Cuando un plato de setas emponzoña todo un imperio y sirve á cambiar de césares; cuando hay tragedias como la tragedia de mi madre Agripina en Bayas; cuando un Orestes de veras, tan superior á los Orestes fingidos, se pasea por el trono de la tierra; cuando tenemos un circo en que las batallas son reales y una grande naumaquia en que las gentes se ahogan de veras; cuando asistimos á las agonías y á la muerte de nuestros semejantes con tanta indiferencia como cuando asistimos á corrida y muerte de fieras, bajo los diluvios de la sangre caliente, sobre nuestro suelo estremecido, entre las nubes rojas que llenan los aires evaporados por la carnicería horrible que por doquier se dilata, el escenario de las tragedias fingidas queda desierto de todo interés y abandonado por completo del imperio y del pueblo. Yo resucitaré con todas mis fuerzas y con todos mis conjuros el teatro. Yo dividiré la juventud en dos clases: una que me acompañe á mí en las tablas; otra que se asiente al pie de las tablas y aplauda por obediencia suya y por mandato mío cuanto hagamos y representemos sobre las tablas. ¿No son mejores los cánticos de una tragedia fingida en el teatro que las agonías verdaderas de un moribundo real en las arenas? ¿No preferís el combate de las pasiones al combate de los gladiadores? Ya que nos ha obligado la necesidad ineludible de nuestra posición y de nuestra dignidad á consumar tantos sacrificios cruentísimos, estanquemos la sangre, que siendo humana, es, por humana, nuestra también. Yo quiero alzar los ejemplos típicos de virtud y de honor ante los pueblos envilecidos. Yo me arrepiento de mis crímenes. Yo me purificaré con el arte y en el arte. Puesto que los dioses me han otorgado voz tan pura, inspiración tan grande, garganta de

suyo tan flexible, facilidad y destreza de pronunciación tan extraordinarias, una capacidad de ideas y una pasividad de memoria tan excelentes, que no lo pierda el género humano, pues todas estas cualidades se hallan reunidas en uno que bien puede pisar un teatro con el mismo desembarazo que pisa un trono, y ceñirse una corona de laurel con la misma facilidad que se ciñe una corona de oro.

– Hete seguido en todos los placeres, aun en aquellos que más riesgos encerraban y más valor pedían. Aún me duelen los palos que descargó sobre las sendas costillas de ambos un patricio picadísimo porque le requiriéramos de amores á su mujer. ¡Cuántas veces nos hemos visto en trance de ser arrastrados á las gemmonias por cualquier esbirro, que, desconociéndonos á causa de nuestros bien aparejados disfraces, nos ha creído, por encontrarnos en tabernas y en burdeles y en zahurdas y en pocilgas de todo género, borrachos y perdidos! Las cenas y las orgías en que nos hemos puesto de barro sucio hasta las cachas, no tienen á la verdad número; y los peligros á que nos hemos arriesgado, á la verdad no podrían medirse y apreciarse como valen á causa de su intensidad. Nada más hacedero para mí que representar á tu lado y en tu compañía cuanto me ordenen tus antojos. Pero no llegues á olvidarte, en el cuidado y atención á lo por mí dicho, que todo lo dicta un celo por tu bien y un menosprecio completo del mío propio. No quisiera verte de manera ninguna enfrascado en dificultades gravísimas con los patricios por cosas tan baladíes como las funciones teatrales. Pero, en cuanto á mí, comensal de tus cenas, camarada de tus correrías, compañero de tus juegos, salteador de ventanas en tus nocturnos paseos, esbirro de tus contrarios políticos, delator de cuanto mis orejas perciben opuesto á tu autoridad, ladrón si me mandas robar, asesino si me mandas acometer, verdugo de tus sentencias, enterrador de tus muertos, y si me mandas matarme, suicida consciente á tus mandatos, no te opondré ni la dificultad mínima de una objeción así que hayas decidido, resuelto y tomado las medidas supremas con los acuerdos definitivos, que, siendo tuyos, alcanzan carácter divino de leyes fundamentales.

– La virtud y fuerza que nuestros padres dieron á los espec-

táculos, están demostradas con sólo traer á la memoria el apoyo alcanzado de las instituciones republicanas y las ordenaciones contenidas para su regularización en los códigos más antiguos. Después de haberles instituído Rómulo, prestáronles toda la pompa oriental posible los tarquinos, transportándolas de los etruscos, entre quienes las recogieron ellos á la Ciudad Eterna y á su antiguo Lacio. Confúndese tales fiestas con los orígenes primeros de nuestra ciudad y con los albores más lejanos de nuestro culto. Luego las hemos extendido al mundo entero, y el mundo las ha recogido y abrazado con igual fe y entusiasmo sincero que nosotros. De cien ciudades sitiadas se dice y cuenta cómo desguarnecieran las murallas á riesgo de caer bajo el enemigo los sitiados tan sólo por presenciar las corridas de fieras ó las batallas de gladiadores. Cien días han durado muchas fiestas, y no aparece tan mala como creen los gárrulos estoicos nuestros esta duración, cuando se considera que dentro de las fiestas se ha verificado la grande asimilación de las ideas, como se verifican las asimilaciones de átomos, según el pensamiento de Demócrito y los cantares de Lucrecio. El proscrito, á quien apenas importan las leyes nuestras y los debates del Senado, educa palomas correos que van á noticiarlo cómo se portara su esclavo en el combate, y cuál fracción, si los verdes ó los azules, ó los rojos ó los gualdas, venciera en las competencias del circo. Al Océano le arrancamos los cetáceos y los anfibios más colosales; al desierto los brutos más carniceros. La púrpura de Tiro no se gasta sólo en mantos para cubrir nuestros hombros; se gasta en toldos también para cubrir nuestros anfiteatros, ornadísimos por polvos de minio y oro, más caros que los pavimentos de pórfidos embutidos en ágatas que ornan los cesáreos palacios. No sólo llueven esencias y aguas olorosas sobre los convidados tendidos en las camas de nuestros festines; llueven sobre todo el pueblo romano, diluídas en los arroyuelos que refrescan las graderías unidas á las paredes colosales de las grandes fábricas levantadas para contener los espectadores innumerables y representar los juegos varios. Con ello no solamente se acercan unos á otros los espectadores innumerables que representan las razas varias del mundo; se ocupa el pueblo-rey en si representan mal ó bien los cómicos, y no se acuerda de si gobiernan mal ó bien sus delegados, los césares. Créete

que son indispensables tamaños regocijos al régimen imperial y á nuestros pueblos latinos. Calígula no era mejor que Tiberio. Y sin embargo, tuvo grande popularidad, y no los odios de su predecesor, á causa de que menudeó las fiestas, mientras que su predecesor no acudió á ninguna. Con unos cuantos gladiadores puedes matar á tu sabor cuantas libertades te incomoden y molesten. Hay que alimentarlo en los graneros y hay que divertirlo en los anfiteatros imperiales. Sin las fiestas que diera, nunca se hubiese granjeado Augusto su paz y la paz del mundo. Como no lo reunamos ante las arenas, se reunirá él ante nuestro Palatino, si no sube como sus progenitores al monte de las tempestades, y desde allí no se revuelve airado contra nosotros y nos declara la guerra. Un buen recibimiento del pueblo al césar significa la renovación de su mandato y la sanción del viejo poder político. Y lo mismo sucedía en tiempo de la libertad. Los aspirantes á tribunos ya sabían que un aplauso del pueblo en los círculos apercibía y preparaba un voto del pueblo en los comicios esparcidos por el Campo de Marte. Cicerón se holgaba tanto con un aplauso en el Circo Máximo como con un aplauso en el romano Foro. Nosotros, los césares, hemos aumentado la importancia de tales fiestas, é impelido el pueblo á celebrarlas. Más corazones ganó Augusto con sus espectáculos que con sus virtudes. Calígula se mantuvo, no en los hombros de sus pretorianos, en los hombros de sus gladiadores. La plebe manda en Roma y nosotros somos sus mandatarios; hay que divertirla impidiéndole así pedirnos cuenta del mandato. Casi un código compone la legislación legada por mis predecesores para componer y ordenar estos espectáculos. ¿Qué me importa un escritor de oposición cuyas obras nadie lee? Menos que un bailarín cuyos compases todo el mundo sigue y aplaude. Corte y cohorte son gladiadores, titiriteros, magos, decidores de la buena ventura, gimnastas, atletas, quirománticos y todos los demás pertenecientes á sus clases y á sus oficios. Mi predecesor Claudio se carteaba en el teatro con la muchedumbre. Cogía sus tablillas de cera y trazaba renglones de felicitación entusiasta, que luego circulaban de mano en mano. Rarísima vez á los heraldos apelaba en sus comunicaciones con la gente de lindeza; levantaba su voz hasta donde podía, haciendo gran chacota y hablando con afluencia extremada. Traía el

movimiento de dedos análogo al que traían las gentes del pueblo, al sacar las cuentas de los ases que por sus premios tocaban al vencedor y de las apuestas que se hacían en torno suyo. Cuando tomaba partido por unos vejaba con dichos y bromas á los otros, como pudiese hacerlo el último plebeyo; pues la libertad reprimida en todas partes y de todas partes ausente, habíase refugiado, no allende las aguas del Rhin, como dice Lucano en sus fervores por nuestros enemigos, dentro del circo, en los combates de gladiadores y de fieras. Y para convencerse de cómo reina el pueblo en los espectáculos, no hay sino acordarse de cómo impone su gusto y su parecer á gritos. «Que representen tal comedia,» dicen muchos en vocerío tormentoso. Pues no hay otro remedio sino representarla. «Que vengan á morir tales ó cuales gladiadores,» pues los mandamos á la muerte. «Que á tal combatiente, muy atractivo y bello, se le saque del estadio y se le conceda la vida,» pues se le saca del estadio y se le concede la vida. «Que á un criminal redomadísimo, condenado á ser comido de las alimañas feroces, se le perdone,» pues se le perdona. Y como sabes, no se limitan á pedir cosas tocantes al circo, piden también cosas tocantes al Estado, y no hay más remedio que concederlas. Es costumbre antigua entre los soberanos de Roma no resistir á demanda ninguna de la plebe, cuando se les dirige con insistencia y con unanimidad en el circo. ¡Cuántos reos de lesa majestad lo han sido por voluntariedades sólo del pueblo, y cuando han querido los césares deshacerse de alguien, cómo han hecho que pidiesen sus cabezas las turbas exaltadas! Decid cualquier atrevimiento en los bancos de las calles, daréis con vuestro cuerpo en los gemmonías; decidlo en el circo, todo será perdonado. Mucho nos cuestan semejantes festividades, pero mucho nos reportan. Retenemos con su fuerza estética y con su arte sumo á este pueblo que de otra suerte se desasiría de la indispensable obediencia. Así yo creo que no existe para mí ningún instrumento de dominación parecido al gusto que habrá de procurarle á mi pueblo verme rodeado de mis caballeros y de mis cortesanos en plenas fiestas, ora tañendo la cítara, ora declamando la tragedia, ora corriendo en un carro de marfil por los estadios hasta tocar la meta, ora luchando si es preciso como un gladiador ó poniéndome ante sus ojos desnudo en actitud estética de verdadera

estatua. Me admirarán como á un dios. Se convencerán de que compito por mi voz con Apolo y por mi tañer con Orfeo. Verán que no sólo tienen el primero de los césares en mí, sino que tienen también el primero de los poetas y el primero de los músicos. Y así dominaré á Roma, hecho el mundo un gran escenario, la humanidad un gran público, el trono un tablado, el césar un actor, la vida común y vulgar una epopeya. Tigelino, habrán de aplaudirme, á más de obedecerme.

– Hágase – díjole Tigelino – tu omnímoda voluntad.

CAPITULO XVII

EL ARTISTA EN EJERCICIO

Nerón puso por obra todo cuanto meditara desde la muerte de Agripina y todo cuanto dijera en sus habituales conversaciones y diálogos: completar la paz del mundo con la religión del arte; y como censor, pontífice, cónsul, tribuno supremo, aparecer ante los ojos del mundo supremo artista. No había ningún magistrado sobre sus magistraturas; imposible hubiese ningún poeta sobre su poesía. Nadie estaba como él de autorizado ante los altares de los dioses, por sumo sacerdote del culto pagano, y nadie tampoco debía estarlo ante los altares de las musas. Llevaba en sus manos sin fatigarse cosa tan pesada como un cetro; bien podía llevar cosa tan ligera como una cítara. La corona de laurel cuadraba mejor á sus sienes que la corona de oro. Un teatro le honraba y enaltecía más que un trono. Así figurábase la vida como una tragedia, el mundo como un escenario, su corte como una compañía de cómicos, su mayor título al imperio el carácter de actor primero y músico y poeta y épico y cochero y farsante. Así, descuidando por completo la gobernación del mundo, que á su antojo y capricho marchaba, consumió el tiempo de su vida en continuados ensayos de obras, la mayor parte por él improvisadas y otras por sus cofrades y compañeros cedidas. Como esto á muchas gentes sorprendiera y escandalizara, Nerón comenzó la carrera que se proponía emprender, en recatadísimas pruebas, las cuales ensayaba dentro de

corto espacio ante un público privilegiado y en la colina vaticana, algo lejos del Palatino y del Foro, donde se concentraban los representantes mayores y primeros de la ciudad y del imperio. Pero la curiosidad pública por un lado, que deseaba ver á su césar en el teatro como lo veía en el Trono, junta con los anhelos y ansias de Nerón por presentarse á los aplausos del pueblo, impelíanle cada vez más á una pública representación de sus virtudes artísticas y de sus experiencias teatrales, como inspirado por las musas y experto á causa de los continuos ejercicios. Los menosprecios sentidos hacia todos los opresos por todos los opresores, diéronle una idea tal de sí mismo, que no se creía emperador cuando imperaba, sino trágico representando papel de monarca en un tablado; ni amante cuando enamoraba, sino galán joven diciendo ternezas á su dama. Y no le bastaba con esta representación vulgar continua y constante; había menester el público de veras, el teatro de veras, la escena de veras, la expectación de veras, el aplauso de veras. Así, decretóse á sí mismo el cargo de primer actor en la tierra. Mas como un actor primero supone segundos actores, designó para las segundas partes á los patricios cuyos nombres le fueron en mientes. Y teniendo actores de su rango y á su nivel, necesitó coros que les acompañaran, é inscribió en la orden de coristas á casi toda la orden de caballeros. Matronas y patricios pasaron de las listas donde constaban sus servicios antiguos y sus combates históricos á las listas donde constaban los nombres ilustres que debían mentar en escena y las hazañas embusteras que habían de representar con la debida naturalidad, sonrientes, conformes, ufanos, como si no sintieran la degradación en que caían. Mas no bastaba con esto; una compañía de cómicos necesita otra compañía de alabarderos. Un comediante de oficio debe ir seguido de un aplaudidor de oficio. Creó así un ejército destinado á dar la señal de los aplausos; y distribuyó tal ejército en categorías de grupos, dotadas con sus correspondientes capitanes, pagados del tesoro imperial, como si fueran los únicos pretorianos indispensables en aquella disolución que abajo trajera la tiranía de arriba. Los que llevaban las consignas del sugerido entusiasmo; los que debían dar las señales del aplauso fragoroso; los que imponían silencio; los que colocaban cada grupo en el sitio y lugar convenientes, según el juicio de Ne-

rón, ejercían unas dignidades tan altas y desempeñaban unos cargos tan útiles y necesarios á todo el mundo romano, que precisaba guardarles consideraciones múltiples y pagarlos con crecidas y cuantiosas sumas. Y discurrido todo esto, al par que practicado, cuando no acababa casi de discurrirlo, introdujo en los espectáculos una innovación, la cual aún dura, y que á nadie antes de Nerón se le había ocurrido: el espectáculo de noche. Teatro griego, juegos olímpicos, carreras de caballos, actitudes y luchas de atletas, competencias del circo, matanzas del anfiteatro, combates navales en las naumaquias, todo espectáculo conocido se había celebrado hasta entonces de día y en plena luz. Inventó Nerón el espectáculo de noche, comprendiendo en sus intuiciones artísticas cómo el silencio y el misterio nocturnos, al par que la luz artificial, aumentan los encantos y los prestigios del arte, así como dan al artista un vago tinte de poesía no asequible á la plena luz diurna, enemiga de la simulación y del embuste. Así fué introduciendo poco á poco algunas otras novedades, como absorto y sumido en la obra y empeño de convertir el mundo romano en un gran público y la Ciudad Eterna en un gran escenario. Mas entre tantas novedades, la que más embargó los ánimos y subvirtió la opinión, moviendo prosélitos innumerables en contra suya, fué la célebre de llamar á la escena los patricios y los caballeros, convirtiendo aquellas familias de tradicionales héroes, fundadas para defender y salvar á Roma, en familias de histriones, convertidas á divertirla con gracias y payasadas y títeres. Los que habían sido héroes de verdad, trocados en héroes de mentirijillas; los que se asentaban en las sedes curules del Senado, reunidos sobre los tablones del escenario; los que llevaran bajo las aras amarrados pueblos á sus espaldas, llevando ahora cómicos, bufones, juglares, enanos y siervos. ¡Qué vergüenza! ¡Qué horrible vergüenza! Así no es mucho que departieran varios nobles en los términos siguientes:

—¡Cómo!—decía uno de los Fabios.—Yo, descendiente del hombre que resucitó el culto á los auspicios, y restauró la vieja religión romana y el viejo heroísmo, hasta contrastar con su prudencia y reflexión las cóleras africanas de Aníbal, ¿voy á manchar tanta gloria tapando mi cara con mascarones, mi cuerpo con disfraces, mis timbres con vilezas? No, no, no: antes me suicido.

– Yo soy un Camilo – decía otro. – En la ciudad misma, donde mi abuelo entró vencedor sobre carro de cuadriga, no puedo estar yo dando saltos y haciendo muecas como un mono. Los Fulvios alzaríanse airados de sus mausoleos en las vías romanas á maldecirme y condenarme. Bajo tal afrenta caería yo allende los lugares ocupados por los míseros gladiadores que ceden á la fuerza y al cabo expiran combatiendo. Un descendiente del vencedor de Breno jamás se convertirá en cómico del farsante Nerón. Después de haber exterminado á los galos en las batallas, no es cosa de divertir á los galos en las pantomimas.

– Yo soy de los Catones, y tengo la espada que mi progenitor se clavó en el vientre, con la resolución de clavármela en el corazón antes de sonrojar sus manes en el mundo mejor donde habrá recibido la recompensa de sus honrosos servicios y la compensación de su personal holocausto, cuando pasó de la vida después de haber leído los diálogos platónicos sobre nuestro espíritu y su inmortalidad.

– Donde ahora quieren hacernos representar farsas – decía otro, – el héroe cuyo nombre inmortal llevo y de cuya sangre vivo, Paulo Emilio, trajo tras su carro de triunfo al rey de Macedonia, Perseo, después de haber incorporado el territorio donde Alejandro naciera á la Ciudad Eterna. Los macedonios, vencidos hace doscientos años por el Paulo Emilio de aquella suprema hora, pueden venir, si les place, y tomando asiento en las gradas del teatro silbar al Paulo Emilio de hoy.

– Roma está compuesta de pueblos y más pueblos extraños – decían otros, – que vienen á recoger el jugo de nuestra campiña en sus venas y los átomos de nuestro Foro en sus huesos. ¿Cómo reirán los cartagineses que un Escipión, lejos de castigarlos por su odio á la ciudad, los recree y los divierta? Al conquistador del Epiro podrán los epirotas darle con un troncho en la cara y los asiáticos burlarse de un Lucio que les arrancó la tierra bajo los pies. No puede ser esto. Cuando nos reunamos en el teatro, saquemos las espadas deshonrosas que llevaremos allí al cinto, y hundámoslas en el corazón de quien así nos envilece. Más vale que nos mate.

No hubo remedio. El patriciado debía llegar á esa indignidad

por no haber sabido conservar sus tradicionales derechos. Desde senadores tenían que caer en payasos, pues consintieron se hiciera del Senado un escenario. La cohorte de jóvenes destinados al aplauso llegó á organizarse con una disciplina que no habían tenido nunca los ejércitos. Hasta los estoicos llegaron á histriones. El nombre sagrado de Augusto sirvió á honrar esta cohorte de jóvenes estipendiados para el aplauso: llamáronse augustales. Ya no hubo más que cómicos en la juventud romana. Una parte representaba en los tablados y otra aparte aplaudía en los asientos. Las fiestas juvenales ideadas para celebrar las barbas de Nerón y divertir á la juventud extendiéronse y duraron por meses de meses. Iluminaronse los bosques de César con tal profusión, que parecían sus ramajes cargados con una lluvia de luminosas estrellas; la naumaquia de Augusto renovó sus aguas varias veces y soportó naves y más naves, así áureas como argénteas, que llevaban festines y orquestas flotantes; danzaron innumerables grupos de bailarines; corrieron desnudos helénicos atletas; recitáronse versos hasta la saciedad y hasta el cansancio tragedias. Entonces por vez primera se vió lo que nunca se viera ni aun se soñara en los tiempos antiguos: un emperador que tañía la cítara, que cantaba composiciones músicas, que decía monólogos trágicos, cual esclavo recién venido de Atenas para divertir los ocios del pueblo rey. Todos los signos de la soberanía ostentados antes en las basílicas para juzgar, en el Palatino para dirigir á los pueblos y gobernarles, en la curia para coasociarse á los senadores y con ellos escribir las leyes, en el campo y en el campamento para pelear y vencer, aparecieron ahora en las tablas ajustados á ellos por un emperador empeñadísimo en que las cohortes del Pretorio debían llegar á ignominiosos alabarderos de teatro, el patriciado á compañía de cómicos, los ministros á directores de escena, los políticos á tramoyistas, los jóvenes á bailarines, las damas y matronas á verdaderas actrices, el imperio á una farsa continua y la humanidad á una gran farsante. Séneca tenía que dar la señal de los aplausos agitando su toga; Lucano que convertirse por necesidad en apuntador de versos no hechos por él; este magistrado que recitar cualquier monólogo ridículo después de haber leído una sentencia desde su sede; el patricio más ilustre que llevar en sus brazos el mono favorito de

Nerón; la matrona más augusta que permitir le clavasen un puñal de palo en el pecho por hacer de Clitemnestra sobre las tablas; tal general que montarse caballero en un elefante adiestrado á bailar sobre una cuerda floja: no han visto ni volverán á ver los nacidos mayor degradación. Como se necesitaba extender máculas sobre todos y sobre todo, celebró Nerón una feria, distribuyendo entre las aristocracias los papeles de mercaderes ó feriantes, y dió dinero al pueblo para que chalanease con ellos: cosas ante las cuales el antiguo patriciado se tapaba su rostro y se ponía fuera de sí, preguntando á los cielos para qué ocasión guardaban sus cóleras y sus rayos. Mas Nerón se disculpaba observando cómo no regía en su tiempo el despotismo imperante bajo Tiberio y Calígula y Augusto mismo, celosos de su autoridad y en la conservación del poder imperiosísimos, amenazando y aun persiguiendo á cuantos decían una gracia contra ellos en periódicos y libelos, mientras él permitía que le ridiculizaran en público y aun en privado, que le rompiesen una costilla por las noches cuando se disfrazaba en compañía de sus cortesanos y de sus libertos para correrla por calles y plazas, no quedándole más medio de corregir los desórdenes consiguientes á la libertad por él concedida como un viejo tributo y rayana con la violencia, que divertir al pueblo en espectáculos; pues tres millones de hombres libres no se refrenaban de ningún modo con diez mil hombres de ejército, y debía tenerlos sometidos por los sobrenaturales milagros y la mágica fuerza del arte.

Veamos al actor Nerón en el momento de su plenísimo desarrollo. La cabeza gorda, el testuz fuerte, la piel diáfana, los ojos azules, el cuello gordo, la vista corta, el vientre grande, los labios como un hocico, los dientes como de roedor, las extremidades finas; por el estudio y el afeite alcanza cuerpo y temperamento de artista, los cuales dan á sus demencias aparato de inspiración y á sus actitudes apariencia de simulacro antiguo y estatua perfecta. Tenía la piel un poco maculada por razón de los muchos botones rosáceos que le habían salido, por lo cual creyéronle los antiguos incapacitado de prevalecer en magia, prohibida por los dioses á quienes ofrecen tal clase y manera de cutis. Pocos hombres han cambiado de la suerte que cambiara Nerón, pues el transcurso de los tiempos y el desarrollo de la vida parecían cambiarle de alma

y cuerpo según las circunstancias le determinaban á estas ó las otras acciones y el medio ambiente influía sobre su voluntad y su inteligencia con poderoso influjo. Desde un candor infantil y de idilio en los primeros años, pasó al aspecto de nefasto esbirro y de implacable verdugo que mostró en los postreros. Aunque de voz ronca y de poco dúctil garganta, con cuidarse tanto llegó á sacar sonidos dulces y melodiosos á su pecho, fácil á uno de los mayores y más eficaces resortes artísticos, la emoción, muy sentida y duradera. Lo mismo le sucedía cuando declamaba. La naturaleza no se gozara en dotarlo de grandes cualidades. Cuando á un sumo esfuerzo arrestábase hasta ponerse sobre las puntas de sus pies y alargar con violencia los brazos, caía en ridículo y soltaba desafinamientos desagradables y desacordados; pero algunas veces relampagueaba una idea en su cerebro y trinaba su voz en el teatro como si estuviera en el Olimpo. No puede negarse que nunca se le pasara por la cabeza echárselas de tañedor y cómico, si en sus facultades propias no hubiese habido un fundamento sólido en que fundar estas increíbles aspiraciones íntimas. Andaba con mucha solemnidad por consejo y enseñanza de su madre Agripina; y el que llegase á revolcarse como un cerdo en las inmundicias de todos los vicios, no impedía de ningún modo presentarse como un dios en las aras; el que hiciese gestos como un bufón y diera saltos como un titiritero, no le impedía tomar en el Senado aires de patricio y en el campo majestad de general. A sus instintos de hiena sumaba utopías de humanitario, mezclando las más viles sensualidades con los más puros pensamientos, como se mezclaban en sus orgías la sangre con el vino. En su ánimo privaba sobre todo la imitación de Grecia. Y privando sobre todo tal imitación, estableció juegos quinquenales imitados de los griegos. Y eran dramáticos, artísticos, gimnásticos, donde si éstos cabalgaban desnudos sobre caballos en pelo; si otros dirigían carros con celeridad y arranque de centellas; si muchos se reunían en coros que cantaban y en orquestas que tañían melodiosamente, no pocos recitaban versos de los primeros poetas ó decían discursos inspirados en los grandes principios de la moral y de la ciencia. Era de ver un gimnasio en que los pinceles y los buriles se movían á guisa de instrumentos que componen concertadas orquestas, y

las fábulas atelanas reunían los primeros bufones de la ciudad contando chascarrillos ó diciendo gracias, y los titiriteros ponían en escena pantomimas que caricaturaban los primeros actos de la romana historia, y los poetas recitaban versos encaminados á mantener las grandezas del siglo de Augusto, y los retóricos dilucidaban temas de arengas elocuentes al modo antiguo, y los filósofos discurrían sobre la inmortalidad del alma como si estuvieran asentados al banquete de Platón, bajo los plátanos del Pireo, al borde luminoso del mar Jonio, á la espléndida vista del Hibla y del Himeto.

Además estos tiempos eran los tiempos de las grandes lecturas públicas. No sucedía en ellos lo sucedido en otras ocasiones, cuando las gentes iban á tales fiestas del espíritu con extraordinaria lentitud y se largaban muy de prisa. Los dos césares, Claudio y Nerón, las habían fomentado, y frecuentábanlas por hábito, cuando no por gusto, los romanos. Cuéntase de Claudio que, como anduviese á su sabor y á su gusto por casa muy contento del reposo y muy separado del bullicio, al comenzar un esperezo, oyó largo aplauso, y preguntado su liberto á qué y á quién se dirigía, le respondió éste que á solemne lectura de poeta, se marchó con la mayor diligencia para escuchar y saborear los versos. Tres poetas principalmente privaban entonces: Lucano, Persio y Nerón mismo. El primero cantaba la República y sus instituciones con una profundidad de pensamiento y una franqueza de palabra, cuyo imperio parecía imposible después que habían las proscripciones diezmado á los republicanos y sido la República reemplazada por los cinco emperadores consecutivos que se hubieran presentado al pueblo romano cual si fueran el número y la medida de todos, los míticos y representantes del cielo. Parece imposible que bajo la cuchilla del terror, junto á los patíbulos donde habían perecido innumerables mártires del derecho, sobre un suelo ajustado de suyo al despotismo y que despedía con desusado rigor la libertad que se recobra tarde cuando de veras se pierde, pudieran todavía oirse acentos de libertad tan robustos y expansiones tan extrañas del alma, fiel al culto y religión de la República. Oigamos para convencernos lo que leía Lucano en presencia misma de Nerón. Pues á no estar por la Historia certificado, nos parecería imposi-

ble. Pintaba el gran poeta cordobés á Bruto yendo en pos de Catón, y así decía:

– El terror no amedrentara, no, el alma de Bruto. Este ilustre republicano jamás pertenecerá de suyo á los que lloran ó callan. Entre sus virtudes no está la conformidad con los implacables decretos de un destino cruel y mucho menos la resignación al infortunio de la querida libertad. Y aunque pudiera vacilar bajo el peso de la desgracia, no podía caer teniendo cerca el apoyo de Catón. El mundo se desgarraba en sacudimientos epilépticos, pero la paz lucía en el alma de Bruto, porque cuanto mayor fuera la desgracia, más resaltaba el culto á quien, como Roma, no lo merecía. Mientras las facciones en guerra tomaban para sí los instrumentos de matanza y los esgrimían sosteniendo tan sólo su propio interés parcial, Bruto sólo ponía sus ojos en la República. La idea suya brillaba sobre las pasiones, como sobre las tempestades el cielo.

– Quieren gobernarnos – decía Persio más franco aún que Lucano, y cogiendo el toro por los cuernos, – quieren gobernarnos discípulos y sucesores de Pericles. La experiencia sin duda le ha salido antes que la barba. Pero no ha llegado á disuadirles de creer verdadero todo lo erróneo que piensan y bueno todo lo malo que hacen. Llevan en sus manos la balanza del derecho; pero la inclinan con arte adonde les pide su gusto con imperio. Créense grandes porque se lo llama una plebe aduladora, y tienen del pavo real su cola ufana con su grito estridente. Ocultan sus úlceras bajo sus brillantes, y con una venda de oro creen curar la gangrena de un verdadero cáncer. Nadie sabe descender al fondo y al secreto donde se halla la ciencia de cada hombre. Cantan ciertos genios que se creen predilectos de los dioses, y dicen inepcias con el mismo conocimiento de lo dicho que la corneja de sus voces. Yo no hincharé los carrillos para decir vulgaridades. Yo quiero ser libre, y busco mi libertad en el desprecio á todos los fútiles intereses y en el desasimiento de todas las exaltadas pasiones.

Cuando Persio acabó de verter tales ideas mortíferas, veía todo el mundo que le aleteaba la muerte sobre las sienes. Unicamente á edad tan tierna como la suya entonces, pues no había cumplido treinta años, se concibe un valor tan temerario ante la tiranía y el

tirano. Cuando la sangre juvenil hierve ardorosa en las venas vírgenes de toda mácula, el horizonte de la vida se torna inconmensurable por su extensión y se inunda con luz tan suave como la esperanza. En los ardores de una vida moza el hielo de la muerte se derretirá sin remedio. Persio se reía de Nerón porque aguardaba, como los jóvenes más exaltados de su tiempo, encontrar en la muerte una honra y una libertad que no podía ofrecerle de modo alguno la vida. Casto, la voluptuosidad no lo debilitaba, entregándole al arbitrio del opresor en su flaqueza. Bajo tales ideas, el verso que había leído lo lanzaba más con el deseo de un pronto castigo que con la esperanza de un rehusado premio. No se dió Nerón por entendido. Gustábale dejar esa libertad para decir al mundo que su imperio tenía por asiento la base misma del mundo y por solio la cabellera misma del sol, no pudiendo conmoverlo el retórico malhumor y la ridícula sátira de un poeta. Y así, cuando todos pensaban que iba con furor á descargar el rayo de su cólera sobre la frente de Persio, se arrancó por la misericordia y se puso á recitar versos, en la seguridad completa de vencer y eclipsar á sus dos competidores.

—Yo voy á cantar el Universo—dijo Neron, recitando unos versos que daba por suyos y habían parido varios poetas.—Semejante como soy á los dioses, apenas llegan hasta mí las voces de los hombres. Gustando en las inaccesibles cumbres de mi Olimpo una felicidad y una paz perpetuas, no me curo, mortales, de vuestras desgracias y de vuestras discordias. Así, exento de todos los dolores, superior á todas las competencias, fuerte con mi propia voluntad y mi propio derecho, como no tengo necesidad alguna de los hombres, ni me conmueven sus virtudes, ni me importan sus vicios. Las supersticiones engendradas por el culto á la República llegan hasta mi propio corazón y dictan palabras inflamadísimas á mis labios. ¡Es tan hermoso el culto á una institución muerta! Sugiere una serie tal de pensamientos elocuentísimos la República y su infortunio, que oradores y poetas, cual nosotros, no debemos privarnos por un poco de respeto mayor ó menor al imperio del estro que nos traen todas esas remembranzas y del rastro luminoso que dejan como estela inextinguible y sacra en el espacio. Sucede con la religión política lo mismo que sucede con el resto de las religio-

nes; lo más gustoso en ellas es lo peor que tienen: las supersticiones y las magias. Pero estas supersticiones son hermosas, deben predominar, porque sólo hay un elemento perdurable aquí en el Universo, la hermosura. Ella resplandece con vivo resplandor, así en el verso como en el astro; ella concierta las gargantas de los ruiseñores y las cítaras de los poetas; ella matiza el iris en las nubes, é irisa los matices en el cuadro; ella saca del tono grave y agudo combinados las armonías, como de las contradicciones que combaten dentro de nosotros mismos, las tragedias; ella es la divinidad inefable, de quien han sido como sacerdotes cuantos algo han amado y sentido en el mundo, cuantos han puesto alguna hoja de laurel en sus sienes, cuantos han escrito un nombre glorioso en los bronces de la inmortalidad. Cantemos la hermosura, y amémosla y abracémosla y besémosla, forma de la forma, melodía de la melodía, color de los colores, diosa de las diosas, en un deliquio sin fin, hasta consumirnos y aniquilarnos en sus ardientes senos, porque muertos á la consunción en el placer producido por su contacto, aún habremos de renacer por la vitalidad que á los cadáveres prestan su luz y su calor divinos, en los cuales eternamente se alimentará y se conservará toda la creación.

En cuanto Nerón dijo todas estas cosas, un aplauso inmenso llenó la atmósfera de todo el amplio lugar donde las decía. Tras el aplauso fragoroso y de tempestad, subsiguiente al religioso y profundo silencio con que aquellas palabras fueron oídas, resonó un coro de vítores que no parecían realmente fingidos, que parecían desahogo de un alma colectiva, presa de un entusiasmo sin límites. Todas las letanías de apellidos y apodos aplicadas por los pueblos antiguos al dios de la poesía y de la música, todas cayeron como una granizada de perlas sobre Nerón extático y arrobado en la enajenación connatural á un triunfo tan espontáneamente concedido á su genio sin segundo. Por mucha posesión de sí mismo que tuviera, cuando todos los labios le adulaban, cuando todas las espaldas le servían de puente para ir desde un lado á otro lado en la vida, cuando se levantaban templos á su divinidad y se constituían sacerdocios para prestarle culto, hallábase virtualmente contenido en la naturaleza íntima de todos los hechos y de todas las cosas, que quien topaba en el mundo con todos estos lauros y homena-

jes les creyese merecidos y los tomase como naturales tributos á un genio radiante y luminoso cual el sol mismo. Amén de todo esto, la gente les volvía las espaldas á los dos verdaderos poetas, á Persio y á Lucano, proclamando ante dos seres tan susceptibles y nerviosos que césar no podía pasar por un poeta, precisaba elevarlo á dios de la poesía.

CAPITULO XVIII

FARSAS IMPERIALES

Nerón creía que olvidaba el pueblo fácilmente la muerta libertad, si le doraban de algún modo las cadenas, y después de muy doradas éstas, si le divertían y agasajaban en públicos festejos. Y no iba descaminado. Imposible recluir los ciudadanos meridionales en sus respectivos hogares, como á los ciudadanos del Norte. Y teniendo que salir aquéllos á plazas y calles, imposible impedirles una continua comunicación al aire libre y en los habituales sitios de reunión y asamblea, sin que adquirieran fuerza y poder por su propia indeliberada é inevitable unión, mientras que los divertía el espectáculo múltiple de los anfiteatros y circos, donde fácilmente se declaraban contra su tirano, y los congregaba donde sólo tenían atención y tiempo y espacio para sus placeres, que apartaban su alma de las cosas públicas y comprometían sus corazones y los obligaban con arte al agradecimiento popular indispensable para oprimir así á los nobles como á los caballeros y para contrastar así el comicio como el Senado. Con tener los graneros llenos de pan y las jaulas de alimañas, reíase Nerón á más y mejor, así del recuerdo de la república como del severo y criticón estoicismo, en que andaban metidos los filósofos, aun los más adictos, como Séneca, para desagradarle y combatirle. Así cuando veía Nerón un bailarín, creía ver los pies de su propio imperio; cuando veía un atleta,

los brazos que sustentaban su solio; cuando un gladiador y la espada en sus manos, los instrumentos de su autoridad, superiores á las espadas de los mismos pretorianos. Dinero para los individuos necesitados, pan para los necesitadísimos, festejos para todos: he ahí á lo que redujo el dueño de Roma, y por consiguiente de la tierra, su política. ¿Qué le importaban á él murmuraciones hueras de literatos cobardes, arengas aderezadas por decadentes retóricos, libelos de nadie leídos, cuando el pueblo, que le aguardaba en las graderías de circos y teatros, le vengaba en cuanto lo veía y le aclamaba con un furor de caluroso entusiasmo verdaderamente indecible? Aquellos pañuelos agitados al aire en cuanto aparecía, y aquellas exclamaciones laudatorias con que acompañaban sus gestos y actitudes en el teatro las muchedumbres, complacíanle más é importábanle más que todos los combates sostenidos por sus legiones en las fronteras del imperio para precaverle y salvarle de los bárbaros. Las precauciones que le hiciera tomar contra la plebe Agripina, encerrándolo en un palco recatadísimo, con verjas y enrejados áureos por fuera que le ocultasen al público, temerosa de cualquier desacato, desvaneciéronse así que fué dueño Nerón de sí mismo, por la muerte de su madre, y asomándose al podio, al balcón descubierto, atrajo sobre su persona todas las miradas agradecidas, y con todas las miradas agradecidas todos los espontáneos aplausos. Débil de vista, poníase una convexa esmeralda en los ojos para que amortiguara las intensidades enormes de luz y le acercase los objetos. Muchas veces, cuando el fragor producido por los aplausos y vítores del pueblo embriagado á los vapores de la sangre, Nerón se deshacía en regocijo, declaraba las muchedumbres aquellas mucho más dignas y mucho mejores que cuando se reunían en el Circo y gozaban de los novísimos espectáculos, que cuando se reunían en el comicio y gozaban de sus antiguas libertades.

Pero no le bastaba con ver al pueblo divirtiéndose y holgándose, muy esparcido y muy entusiasta, en las fiestas públicas; poseíalo una idea fija, la idea de darse sin reserva y sin escrúpulos él mismo en espectáculo y ofrecerle públicamente su persona y su arte personal, despertando así en tal ánimo un verdadero delirio correspondiente con el arresto propio de la increíble concesión.

Había ordenado primero á los patricios que representasen para humillarlos ante la plebe, como cualquier farsante, tragedias ó comedias en el teatro, y después había creído que no guardaba en sus medios recurso de ningún género tan propio para la exaltación de esta misma plebe como presentarle su césar de atleta, juglar, arpista ó tenor, divirtiéndolo en recreo verdadero. La colina vaticana fué su primer teatro, y un escogido número de cortesanos compuso la legión de sus espectadores y de sus alabarderos oficiales. Pero no le bastaba con este restricto modo de presentarse: quería espacios mayores donde lucirse con más gente que lo escuchase y aplaudiese. Y no se arriesgó á intentar esto por primera vez en Roma. La Ciudad Eterna exhalaba unos enjambres de sacros recuerdos que podían clavarle sus aguijones, y el espacio donde se levantaban tantos sepulcros de verdaderos héroes podía estremecerse como á un terremoto, no pudiendo soportar á tal héroe de caricatura y mentirijillas. Así pensó en Nápoles. Tal ciudad había sido para los romanos siempre una casa de prostitución. El suelo volcánico, de lavas compuesto y cortado por innumerables humaredas, que parecía forja de muchos seres, y sin embargo amenazaba de continuo con la muerte, ingería una especie de indecible voluptuosidad por las venas, que incitaba de suyo al goce y al placer. Luego, tomando la bella ciudad y sus anexas, Puzzoli con Bayas, Herculano con Pompeya, tan hermosas, como parte de Grecia, iban allí los griegos, maestros en toda clase de artes; los alejandrinos, griegos africanos, peritos en toda clase de ciencias, formando el público más competente de la tierra, único acaso por quien pudiera dejarse juzgar un artista como Nerón. Así los atenienses y los alejandrinos, que andaban por allí; los habitantes de las comarcas parthenopeas, apercibidos á los ejercicios del arte por las emociones que les daba y sugería el suelo; los augustales dispuestos y organizados ya para celebrarle y aplaudirle; sus innumerables cortesanos, componían un público pronto á proclamarle dios, por poco que él hiciese para merecer este título. Había ya, cuando comenzó á dar en esta locura, organizado de un modo admirable, como ya hemos dicho, sus legiones de alabarderos, según llamamos nosotros á los que aplauden por estipendio en el teatro, á modo y manera que les llaman claquistas los franceses; y no era cosa de consentir que-

dase paralizada y baldía una máquina de tal fuerza. Mil quinientos romanos componían la legión de aduladores oficiales. En tal suma pertenecían á la plebe dos terceras partes y al patriciado una, distribuídos en cohortes. Como á los pretorianos se les industriaba en ejercicios militares, se industriaba con arte á estos cortesanos en ejercicios teatrales. Cómo debían comportarse así que apareciera el emperador; cómo escucharle mientras no hubiese levantado la fuerza de su voz y por consiguiente no tuviesen que levantar ellos el vuelo de su entusiasmo; cómo interrumpirle sin perturbarle á la hora suprema de promover el debido aplauso; cómo luego escalonar por una especie de gradaciones particulares y parcialísimas aquella manifestación de afecto hasta llegar al delirio, y en el delirio expresar con verdadera sinceridad y sin oficial consigna ninguna el debido necesario triunfo.

Cuarenta mil sestercios percibían los capitanes de aquellas compañías productoras del entusiasmo artificial. Iban vestidos como un coro teatral, con los trajes más ligeros y más vistosos, la cabellera larga y caída sobre los hombros, ornados de anillos los dedos, para que, al batir palmas, brillaran y sonaran á un tiempo mismo; y tenían por obligación que aprender, como los cómicos, el modo de presentar al público los afectos mayores y las mayores emociones sin experimentarlos ellos con verdad. Decíanles maestros de farsantes expertos en estos embustes cómo debían retozarles en el cuerpo los gozos y regocijos causados por una representación del emperador, aunque muy contrariados estuvieran; cómo debían mostrar satisfacción en la placidez del rostro, cuando con el plectro tañera la lira y le sacara sones suavísimos; cómo debían llorar á gritos si algo trágico el actor coronado recitaba ó hacía cualquier luctuosa tragedia, y qué gritos y vociferaciones emplear ó qué clase de gestos hacer ó qué manera de actitudes guardar cuando el entusiasmo llegase á los mayores paroxismos y se manifestara en verdaderos estremecimientos con aires de colectivas epilepsias. Y no creían los maestros en tales artes que bastaban manos y pies, pulmones y laringes á expresar el entusiasmo: aumentábanlo con flautillas que producían zumbidos como los de un enjambre, con hierrecillos que daban sones agudos, con crótalos que castañeteaban en las manos produciendo fragores parecidos á verda-

deros arrebatos. Así ya pudo cantar ante los espectadores que le aguardaban muy ansiosos. Habíanse dispuesto las cosas de manera que ayudase la hermosura del medio ambiente á la hermosura del arte. Cuantas flores producía aquel jardín habíanlas enlazado en guirnaldas multicolores y aromáticas; cuantos objetos vistosos era posible reunir, habíanse allí reunido para ornarlo con sus preseas todo. Bañóse primero en tina de plata, llena con leche de burras, suavizándose la piel. Untóse luego con toda clase de pomadas desde los pies á la cabeza y aromóse con cuantos aromas ofrecía el Oriente á la voluptuosidad occidental. Cuantas estatuas ofrecen actitudes teatrales de las esculpidas hasta entonces por Grecia, estudió con cuidado; y cuantos actores y recitantes alguna fama tenían, observó en reuniones privadas y secretas para industriarse primero en los misterios del arte y lucirse luego ante su público. Un vestido de gasa como los puestos á las Musas, cubríale desde los hombros hasta las plantas, y le arrastraba por el suelo en guisa de nube que va flotando bajo un dios. Preciosísimo cinturón le ceñía el traje á la cintura, dos pulseras en forma de serpiente se le ceñían al puño y dos brazaletes egipcios á lo alto del brazo. Pendíanle del cuello muchos amuletos que conjurasen todo daño. En la mano izquierda llevaba una cítara de oro y en la derecha un plectro del mismo precioso metal. Ostentaban las sienes verde corona de laurel. Numerosísimo coro le circuía como pueden circuir los sátrapas á un oriental déspota. El sitio donde se hallaba parecíase de suyo á un altar y á un ara, siendo así divinización y apoteosis de la farsa. Cuando salió, el clamor lanzado por los millares de curiosos ensordeció los aires y llegó hasta los cielos. Pero como hiciese la correspondiente señal de silencio el jefe de aquellos cortesanos, parecía que todos acababan á una de hundirse allá en los abismos y de desaparecer del espacio según la mudez que les impuso el mandato, pues parecía que no respiraban. Otra señal advirtió á los iniciados cómo se levantaba y erguía Nerón para comenzar su cántico, y un rumor sordo de admiración, comprimido por el respeto, siguió á la expansión producida por la entrada del emperador y al silencio que

Crótalos

impusieron luego los convencionales signos. Este pulsó bien su lira, porque aprendiera cuanto puede aprenderse de técnico en un arte, pero sin que nunca descendiese á su voz y á su idea la inspiración celestial con sus llamaradas divinas. La voz no le acompañaba, pues iba desde la obscuridad por bajo hasta la desafinación y los gallos por arriba. Pero no tuvieron límites las explosiones de artificial entusiasmo. Atronaron las orejas los clamores. Seis ó siete mil castañuelas, sonadas á un tiempo en los dedos de aquellas gentes, produjeron así un ruido semejante al que pudiera producir una ráfaga de viento huracanado. En algunos instantes la consigna era no tener ninguna, y permitir á cada cual que manifestase su entusiasmo como le pluguiese; y unos saltaban; decían otros palabras incoherentes; empleaban los de aquí fórmulas cortesanas que no se hubieran usado ni en Babilonia con el severo idioma de libertad; proferían los de más allá laudes ó aclamaciones dignas de locos, y parecía que una racha de esos vientos frecuentísimos en el Mediodía, los cuales trastornan el seso y vuelven la cabeza de quienes los sufren, habían pasado por aquellos espectadores furiosos, sin que uno solo cayera en lo hecho por todos, á causa de que se habían puesto sin excepción alguna en ridículo, no por entusiasmo que tuvieran, y menos por admiración que al empinado artista guardaran; por miedo al enojo del césar, quien más fácilmente hubiera conseguido ser un falso dios, callado y recóndito, de cuyos milagros cualquier cuerpo sacerdotal y embustero se hiciese cargo; que no falso artista, destinado á fracasar, en cuanto quisiese hacer alarde ostentoso de inspiración, que bajó siempre á su grado propio y voluntad por irradiaciones misteriosas del cielo, y no al grado y voluntad de los fuertes y de los poderosos y de los nobles y de los monarcas y de sus pontífices, que no pueden mandar en lo alto como aquí abajo mandan.

Pero lo cierto es que Nerón tomó estos triunfos, apercibidos desde tiempos tan luengos y organizados por manera tan fuerte, como cosa corriente, haciendo del maravilloso paisaje parthenopeo, que tenía delante, un gran escenario, y de su vida entera un gran drama. Todo lo hacía en público por tal tiempo. Si el cuitado se bañaba, convertía el baño en ejercicio de natación, semejante al usual en las naumaquias. Si comía, mandaba que le pusieran la mesa

en el proscenio, como comen fingidamente los actores cuando lo pide una escena. Dicen que, representando una vez allí mismo y por aquellos días, en el momento más solemne de un recitado á la sonora lira, sintióse un estremecimiento del suelo, frecuentísimo de tiempo inmemorial en aquellos terrenos volcánicos; y no se inmutó el césar, ni se inmutaron los espectadores tampoco; aquél por no interrumpir su obra, y éstos por temor á que una desatención, siquier fuese movida por un suceso tan extraordinario y justificada por una tan grande amenaza, les costase la vida. Otra vez, al fin de unos juegos, en los cuales había tomado como Proteo todos los aspectos y formas posibles, cantando al son de la cítara y haciendo todo género de contorsiones como un bufón y dirigiendo una cuadriga, como se desplomara y cayera la gradería, compuesta de maderas, sin daño de nadie, hizo una procesión en tributo de gracias; y recitó y cantó y oró en himnos de alabanzas interminables á sus protectores los dioses. Y así habiendo conseguido un favor tal en Nápoles comenzó á volverse hacia Grecia, pensando en que allí había de tropezar con mayores mercedes y con más ruidosos aplausos del pueblo entusiasmado por los acentos de su voz y por las inspiraciones de su poesía. Bárbaros para él todos los romanos, ¿cómo podían compararse con aquellos griegos, en quienes babían puesto las Musas todos sus dones, dotándolos con poesía, escultura, letras y artes, cual no los tuviera ningún otro pueblo? Desde Parthénope, tomada por él como una ciudad sólo propia para el ensayo, pensó en pasar á Sicilia, donde pondría cualquier obra de Teócrito al pie del Etna, y en los campos mismos donde todo lo cantado por el idílico poeta sucediera, para gozarse con ello antes de penetrar en el verdadero templo de sus triunfos, en la divina Grecia. Pero como mil conspiraciones le saltasen al paso, urdidas por los envidiosos que detestaban su persona sobrenatural, según la creía Nerón, y que se oponían á su política, por generadora de una paz inconveniente para patricios habituados á vivir del sudor y de la sangre de los pueblos, Nerón pensó en arrestarse á todo, y dar en Roma funciones, donde fuera el único protagonista. Así lo anunció públicamente. Y por este anuncio, todo el pueblo supo que después de haberse Nerón desvivido por su felicidad en el trono, se iba gustoso á desvivir ahora por su placer en el teatro.

Imposible decir la que armaron en la Ciudad Eterna con esto. El circo, donde llamaban la general atención entonces blancos y azules, como antes la llamaran en mejores empresas patricios y plebeyos; los gladiadores de las diversas regiones, que no daban treguas al ensayo continuo de actitudes artísticas en el combate y de posturas académicas en la muerte; los domesticadores de alimañas, que se hacían seguir por las serpientes fascinadas y que jugaban como sus galos con los tigres; las turbas de bufones dados á decir gracias y de titiriteros dados á hacer pruebas; los atletas parecidos á estatuas vivientes y untados con el óleo luminoso y aromático de Minerva; los mímicos, que representaban mudos innumerables pantomimas muy gustadas del pueblo; los bailarines un tiempo consagrados al culto y más tarde aplaudidos en el teatro; tanto y tanto actor se movieron y entusiasmaron de suerte con aquella resolución imperial, que no hubo en la tierra monarca ninguno tan popular como este monarca del regocijo y del jolgorio. Así en las tabernas todo el mundo á la salud bebía de aquel césar que se gastaba en divertir al pueblo romano los tesoros invenidos en las entrañas de todos los subsuelos del mundo romano, amén de los tributos sudados por la frente de los demás pueblos en el romano tesoro; así los devotos dirigían públicas oraciones á las divinidades para que prosperaran y bendijeran aquellas sienes de donde salían tantos divinos planes; los mercaderes convertían su efigie en dios Lar ó protector de sus tiendas, porque tanta festividad era como el cebo de innumerables afluencias extranjeras, y tantas afluencias donde más afluían por una ineludible ley era en sus arcas, y lo que más alimentaban era su ganancia. Pero, con eso y con todo, erigido casi en dios, aclamado cual un ídolo, puesto sobre aras y altares, costábale mucho trabajo resolverse á representar en Roma como atleta y actor y cochero, aun después de haberlo hecho en Parthénope y de haber avisado á todo el mundo su presentación en las tablas. Así en los primeros juegos que se verificaran después de los en Nápoles celebrados y que se distinguían y calificaban por el nombre mismo de Nerón, pues les decían en el habla vulgar neoronianos, sufrió un gran desengaño la multitud al ver que su césar se había ido con los espectadores y no con los artistas. Cuando le vieron llegar, aclamáronle como nunca. Saludó él con efusión y se instaló en su po-

dio con femenil coquetería. Viéndolo rehusar así lo prometido y retirarse á su preeminente sitio, rugieron como fiera que recibe un golpe de la mano que lame. Nerón dió entonces órdenes de que salieran los demás actores y cantantes; mas no quiso la muchedumbre verlos ni escucharlos. Nerón les agradecía con toda clase de besamanos efusivos el empeño, mas negábase con resolución invencible á satisfacerlo. Entonces la multitud se arrojó á sus plantas. Los que pudieron acercarse, tendiéronse á guisa de alfombra por tierra, y los que no pudieron acercarse, arrodilláronse ante su presencia. Un clamor salía de todos los pechos expresando que no podían irse de allí tantos espectadores congregados para oirle, sin llevarse los ecos de su divina voz en el oído. Nerón continuó rehusándose, pero como esas damas que se niegan á los requeridores, no por negarse al deseo, por exacerbar el apetito. Entonces ocurriósele á la multitud una muy extraña inspiración, la súbita y no premeditada de pedir demandaran los pretorianos el descenso de su general á las tablas. ¿Qué no le concederían al pueblo los pretorianos con tal que no pidiesen la libertad? ¿Y qué no le concederían á los pretorianos los césares con tal que no les pidieran la corona ó la vida? El pueblo empujó á los soldados hacia el podio donde Nerón estaba, y los soldados empujaron á Nerón hacia las tablas donde pedía el pueblo que se presentase. No deseaba otra cosa en el fondo de su espíritu; no tenía otro hipo en el movimento de su voluntad. Pero necesitaba que se asociasen á su infamia el pueblo y el ejército, aceptando la responsabilidad de su vileza, como si la historia buscara los seres anónimos para castigarlos, cuando necesita un individuo que ajusticiar con ira y nombres propios que clavar en los patíbulos de la historia. Nerón cedió al cabo. Pero no debía ser la cesión tan espontánea de suyo y tan poco meditada, cuando se preparó en el teatro todo para que Nerón se presentara con pompa y majestad como un Dios á quien sacan de su capilla y llevan en religiosa procesión.

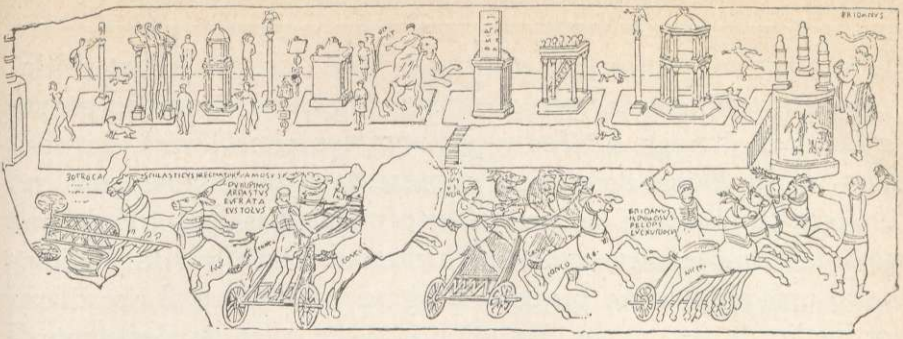
Precedíale una guardia brillante; parejas de bailarines y bailarinas, que trenzaban unos cadenciosos bailes, iban en pos de los soldados, contrastando con sus gasas ligeras las pesadas brillantísimas armaduras de los precedentes; seguía tras los bailarines una orquesta bien armonizada y bien dirigida, tocando sinfonías de ver-

dadera dulzura; tras las orquestas iban los coros concertando himnos de mucho vuelo y entonación; tras los coros iban los caballeros en grande número, y tras los caballeros los patricios, parecidos á un senado ambulante, y tras los patricios los sacerdotes con sus togas litúrgicas, y tras los sacerdotes los magistrados con sus consignas, y tras los magistrados las vestales, y tras las vestales el sacerdocio pontifical, y tras este cuerpo los cónsules, ó el cónsul honorario ó nominal, que acompañaba en la cooperación fantástica de los antiguos institutos políticos al cónsul eterno, á césar, y tras el cónsul, precedido de sus lictores y acompañado por las altas dignidades palatinas y por los primeros ministros, el emperador, que no se contentaba con prostituirse, degradarse á sí mismo en aquella increíble ignominia; prostituía y degradaba consigo toda la historia romana. Cualquiera, viéndolo pasar, creería que iba el emperador á las curias donde se había dado el sabio romano derecho al mundo todo, y á los tribunales donde se aplicaba este derecho, y al Foro en que hablaban los grandes oradores, y al comicio donde se reunía el pueblo, y al templo de los dioses y al combate contra los enemigos de Roma, pues iba con más acompañamiento que los césares; pues no, no, no; iba el cuitado á las tablas, poniéndose un disfraz de farsante, declamando como el último histrión, á divertir al pueblo, á quien debía regir ó administrar, en una derogación suicida de todo cuanto constituye aquí entre los hombres la dignidad y el honor.

Imaginaos lo que pasaría por aquel público y lo que pasaría por su ánimo cuando se presentaba un césar en el teatro de Roma. No obstante la inconsciencia propia de su locura, Nerón, á quien jamás le faltaron en su tormentosa vida ni el éter de la inteligencia, ni el calor de la sensibilidad, ni el movimiento de la emoción, debió sentir un escalofrío, no sólo porque pudiera el público romano con un arrebato de sinceridad, frecuente, y mucho, en todos los públicos, silbarle, cosa que podía equivaler en el fondo á destronarle, sino porque no podía humanamente ocultársele que injuriaba la memoria y profanaba los huesos de todos aquellos á quienes heredaba y sucedía, arrojándose de cabeza en suicidio moral inconcebible desde las tablas del trono, donde como un dios era en autoridad y poder, á las tablas del teatro, donde sólo era un mísero histrión.

Hechos así revelan todo el abismo de miseria moral en que caen los pueblos desposeídos de sus nativas libertades. Cuando uno ve que Roma entera, el pueblo romano mismo, á pesar de tener los timbres históricos que lo distinguen y las maravillosas facultades que lo enaltecen ante la historia, llegó á cambiar la majestad severísima de sus magistrados por las trampólidas de un titiritero, no puede menos de comprender por qué se disolvió el Senado, por qué se corrompieron los comicios, por qué se apagó el ideal, por qué se acabaron todas las libertades á una, por qué cayó el gobierno desde las curias en los campamentos: por la desvergüenza universal. Pero no hubo un instante siquiera de dolor en aquella muchedumbre, indicativo de que sentía su ignominia y su esclavitud. Por los mismos espacios que hollaran aquellos idos desde allí al Asia y al Africa en alas de la victoria, los héroes republicanos, seguidos de sus legiones, pasaban ahora los cortesanos imperiales, seguidos de titiriteros y farsantes, á exaltar un coronado cómico y procurarle interesados aplausos de un público servil y estipendiado. El prefecto del Pretorio, como si dijéramos el capitán general de Roma, estaba en un lado, y en otro el primer ministro Séneca. Foenio, amigo del césar, llevaba su plectro; Tigelino su arpa: Nerón se asentó en una sede ornada y altísima, cogiendo el instrumento entre sus rodillas, y pulsándolo con los dedos para que despidiese notas y arpegios de una singular melodía. Y después de tañer bien el arpa y producir así una especie de obertura, según llamamos á esto en el habla moderna, recitó versos y composiciones, unas propias suyas, otras tomadas de los grandes autores, cantando las trágicas desgracias de los personajes que pasaron desde las vidas más ó menos históricas suyas en muerte á las leyendas, y desde las leyendas al teatro, y desde el teatro á la elegía. Aquel jefe de los atridas, que diera en festín, al cual no quiso prestar el día su luz, obscureciéndose y velándose, al infeliz Thyestes la carne cocida de los propios hijos; el Hércules furioso que destroza los leones y alza las columnas donde terminaba la tierra; los lamentos sublimes del Edipo en Colonna, ciego y conducido por la incomparable Antígona, que le sirve de báculo y apoyo; el horror de Orestes, parricida, quien tras la muerte de su madre huye á los remordimientos representados por las Furias; todas estas leyendas varias, tan aná-

logas y consonantes algunas con la vida é historia del propio emperador, que los romanos allí reunidos no acertaban á saber, en su extrañeza rayana con espanto, si el actor singularísimo aquél representaba la historia de los demás ó su propia historia. Al asombro causado en algunas almas superiores por aquel acto en que una sociedad entera se degradaba por completo, bien pronto se aventajó y sobrepuso el sentimiento regocijado de una imprevisora plebe, la cual no veía en todo aquello nada más allá del placer producido por la naturaleza, por la estirpe, por la categoría, por la dignidad del actor que la recreaba en el escenario de sus teatros, y no se hacía cargo de que, aplaudiéndolo y celebrándolo, delataba sus enfermedades colectivas á todos los tiempos, deshonrándose y envileciéndose por toda una eternidad.



CAPÍTULO XIX

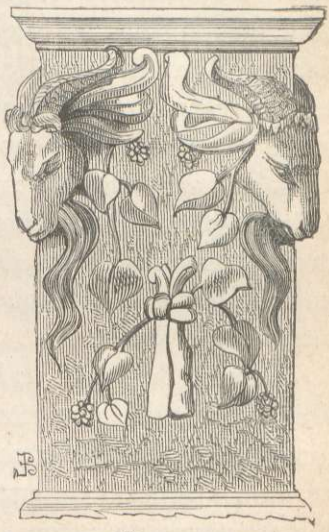
EL HOGAR DE NERÓN

Las casas de Roma tenían y guardaban sin excepción alguna sus altares consagrados al fuego doméstico. Cuando la llama no chisporroteaba con todo su estruendo y en todo su lucimiento, había bajo las cenizas los carbones más ó menos apagados del necesario rescoldo. Todo en torno del altar, donde tal elemento se guardaba, debía ofrecer pureza por signo y símbolo de la femenil castidad. Así estaba prohibido alimentarlo con materias impuras ni obscurecerlo con la perpetración en su presencia de cualquier acto indigno. Su extinción se consideraba como uno de los mayores males sobrevinientes á la casa y su reanimación pedía ritos de suma trascendencia y entidad. No podía encenderse un fuego sagrado en otro fuego sagrado; precisaba sacarlo del perpetuo de vida donde arde desde una eternidad el calor universal. Por la concentración de los rayos solares ó por la frotación de materias combustibles obtenían las necesarias reanimaciones. Así, ¡ah!, solamente así merecía el nombre de puro y aquella devoción tan intensa que se consagraba con salutaciones sin cuento. Ningún romano se partiera de casa nunca sin el correspondiente saludo al fuego sacro; ninguno empezara ni á comer ni á beber sin partir su comida con el dios y ofrecerle de grado la porción de vino á él correspondiente. La comida to-

Altar romano

maba por esta liturgia todos los caracteres sublimes de un verdadero acto religioso. El pan y el vino y la carne quedaban consagrados por divinas señales y por antiguos ritos. Así Vesta, esa diosa de la llama doméstica, representaba la familia; pero no sólo esta familia viva que se reune todos los días en torno de una mesa; la familia muerta y ausente, arrastrada por el río de los tiempos al profundo sueño y vuelta de grado al culto y al rito diario por medio de sus manes. En tal modo este culto de Vesta sobrepujaba naturalmente á todos los cultos romanos, que los matrimonios allí no se celebraban en el templo, como entre nosotros se acostumbra generalmente; celebrábanse de antiguo en el hogar, como santuario más propio de la familia y más guardador de sus particulares tradiciones. La promesa de casamiento, dada siempre al novio por el padre de la prometida, se da en presencia del sacro fuego doméstico; la renuncia formal y solemne á las hijas y á la potestad sobre todas ellas consiguientes á la realización de tal promesa, también se verifica sobre las aras del hogar y á presencia de su llama; una oliente antorcha precede á la novia, quien, vestida de blanco y coronada de flores y cubierta de velos, pasa desde la casa paterna á la casa patrimonial; y cuando ha entrado aquí sin tocar en el dintel, como los dentro nacidos, lo primero que debe hacer, para tomar sus sacros caracteres de verdadera esposa, es ir á la lumbre de su hogar nuevo y cocer una torta, que después de haber ofrecido á sus progenitores conmemorados en mil signos varios, parte con su esposo, iniciando así la consubstancial comunidad interior de sus ideas y de sus afectos. En el culto profesado á sus gentes por el romano antiguo no debe maravillarnos que Vesta levantara su cabeza sobre todas las divinidades y tuviera de suyo entre todas ellas una incontestable superioridad, idéntica en su fondo á la que tenía la familia sobre todas las viejas instituciones. El padre, la matrona, el hogar, la patria potestad, el rito familiar, los clientes, los abuelos y progenitores, los manes del ascendiente, la religión de los muertos, los nombres propios y los cognombres, ciertos privilegios políticos, ciertas dignidades religiosas, todo lo más esencial y respetable de aquella sociedad, todo iba unido indisolublemente á esta institución de la familia que generaba, no sólo el Estado, sino toda la romana sociedad.

La religión romana es una especie de ideal de la ciudad. Los factores que penetran en su política, penetraron antes en su teogonía. La fase principalmente religiosa del antiguo mundo histórico pertenece al Asia; la fase artística y científica pertenece á Grecia; la fase política y jurídica pertenece á Roma. El Oriente parece un mundo de invención; Grecia parece un mundo de transformación; Roma, por su parte, parece un mundo de aplicación. De consiguiente, su teogonía será mucho más positiva que la teogonía griega, y estará mucho más correlacionada con el Estado y con la jurisprudencia. Nada en Roma de aquellos dioses nacidos en la poesía griega que aún llevan los nombres por los griegos puestos á sus divinas individualidades en los cielos y en los campos; nada siquiera del doble poema cantado por los aedos en las islas Jonias al son de los mares ceñidos por fosforescencias deslumbradoras y perlas y corales riquísimos; nada tampoco de la epopeya solar y hierática resumida por el semidiós Orfeo, ni de la epopeya cosmogónica trazada por el casi homérico Hesiodo; labradores primitivos y austeros los habitantes del severísimo Lacio, no entenderán cosa de tales maravillosas creaciones y reduciránse á una religión de agrícolas, donde yuntas, rebaño, lobos, perros, pastores alcanzan apoteosis dignas de imaginaciones dadas á divinizar todo cuanto les circunda. ¿Qué podía llevar el pobre latino á sus olimpos prehistóricos, allende los instrumentos de su labranza y los animales varios con quienes se hallaba en comunicación ó en guerra? El etrusco, el primer pueblo de vieja cultura con quien tropieza en su camino, le llevará recuerdos y residuos de Grecia; los libros sibilinos, inspirados en las tradiciones orientales, ensancharán los horizontes de sus recuerdos; pero, en suma, lo mismo aquellos dioses brotados en las campiñas del amplio Lacio que aquellos descendidos de las montañas sabinas representan el culto sencillo á la naturaleza material. No guarda otras significaciones su de-



Altar romano

voción á las colinas, sus primitivos cantos salios tan rudos, su liturgia en la cual entra por tanto el arado, esa loba que debía lactar á los primeros reyes romanos, toda la teogonía nativa, donde penetran, como en la política romana, estos tres factores, el factor etrusco y el factor sabino junto con los dioses del viejo Lacio. Leyendo, pues, la historia de aquella religión, creéis leer la historia política de Roma. Y creyendo leer la historia política de Roma, creéis leer también su historia religiosa. Rómulo y Remo representan las divinidades mismas del viejo Lacio; Numa representa los dioses de Sabina; Tarquino, con los últimos reyes, los destronados, representa por su parte los dioses greco-asiáticos, los dioses etruscos; y cuando estas fases del espíritu antiguo se han concluído, cuando los reyes han acabado, así como hay una tremenda lucha entre los ciudadanos patricios y plebeyos, hay otra lucha no menos tremenda entre los sendos dioses de ambas gentes. La religión sigue, pues, las mismas fases que aquella eterna ciudad y pasa por los mismos capitales períodos.

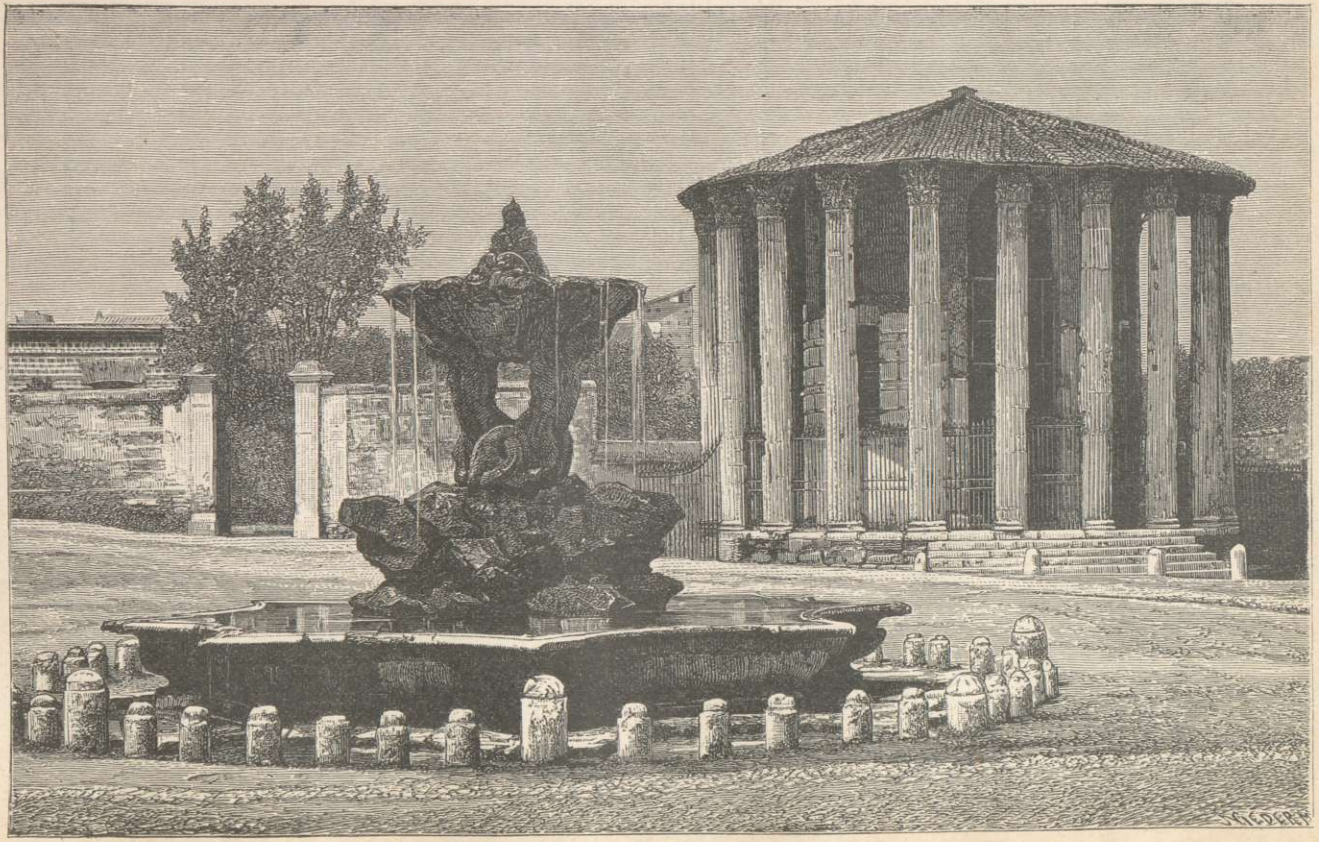
El culto de Vesta se halla fundado en Roma, cuando aparece á las puertas del misterioso Lacio un peregrino y un navegante tal como Eneas. Celebrábase la fiesta de Fauno, en la cual inmolaban los latinos cabezas de lustrosas pieles, cuyos trozos repartían, asados en ramas de sauce y bendecidos por cantatas litúrgicas, en frugales comidas. Mientras esto sucedía, Marte mismo en persona llegaba sudoroso de Grecia y requería de amores á una vestal, consagrada por votos de castidad tales que su quebrantamiento y olvido les trae una triste muerte como enterradas vivas. Pero Marte no supo, en sus violencias, pararse ante aquellas consideraciones religiosas, y arrancó á la vestal por fuerza una correspondencia súbita con su amor, de la que provinieron Rómulo y Remo. Indispensable fué ocultarlos para precaverlos á los males que podría traerles tal generación sacrílega; y una higuera, la higuera ruminal, crecida en las pendientes del Palatino, guareció á los gemelos y los lactó una loba. Vesta, pues, y las vestales presiden, á virtud y por obra de tamaña tradición, el mundo romano. No es mucho, pues, que Roma les consagrara toda suerte de respetos y las creyera guardadoras fieles del fuego de su vida y del blasón de su honor. Las altas curias, las patricias familias proveen el templo sa-

cratísimo de estas vírgenes, destinadas á guardar el hogar común de todos los ciudadanos y á interceder con la primera y más antigua divinidad nativa de la vieja Roma. Los plebeyos que, andando en los caminos de sus conquistas civiles, llegaron á igualarse con los patricios, y hasta en tiempos de las dictaduras cesaristas á someterlos y humillarlos, no proveyeron jamás de hijas suyas al viejo noble rito. Como los jóvenes plebeyos se hallaban destinados al servicio del ejército, las jóvenes patricias se hallaban adscritas al servicio de Vesta; y un sorteo, presidido por el pontífice máximo, en el cual entraban las más tiernas niñas, solía servir para designar estas tristes monjas paganas, desceñidas de la patria potestad en el acto mismo de su designación, y también imposibilitadas para el amor y el matrimonio durante la primera y más hermosa mitad de su vida. Mandábalo así el viejo derecho quiritario y no había medio ninguno en la ritual y tradicionalista Roma de preservarse y huir á sus mandatos. Las piedras del capitolio se hubieran desprendido, como los criminales condenados á muerte, por las aristas de Tarpeya; el monte Palatino se hubiese abierto como las entrañas de un volcán agitado por erupciones tremendas; los dioses todos se hubieran huído á una de aquel sitio, cual perseguidos y acosados por un ojeo, si el fuego sacro se apaga un minuto y la eternal Vesta queda envuelta en las sombras como un cadáver en el sudario. Así consultaban los augures más altos á los augurios más recónditos; iban los pontífices máximos á las ceremonias más solemnes; y tras la palabra de los unos y en la presencia de los otros desceñían á la novicia de todos los lazos familiares, y cortándole con tijeras litúrgicas el espeso y largo cabello, consagrábanla por espacio de cuarenta y más años á la severa divinidad, privándola en su infancia del cuidado de su padre y en su pubertad del amor de su marido. Desde seis á diez años dura la consagración; desde diez á quince años el noviciado; desde quince á treinta la profesión, que concluye á esta edad, cuando la juventud comien-

Vesta

za por completo á declinar y á perderse las nobles y naturales aspiraciones de una mujer á la familia. No es mucho, pues, que temieran la triste suerte de vestales las mujeres romanas y que procuraran por todos los medios imaginables huir á tan penosos deberes. . . . . .

Toda vestal debía tener padre y madre nobles; abuelos y ascendientes que jamás hubieran caído en esclavitud ni profesado ningún oficio vil; lengua expedita, pues no estaban permitidas en tal comunidad las tartamudas, y oído agudo, pues no estaban permitidas en tal comunidad las sordas. Exentaba del servicio también el tener una hermana ya vestal, el haberse comprometido en casamiento con los pontífices, el contar padres flamines ó augures. Libraba del servicio á su hija todo ciudadano que tuviese, además de ella, tres hijos con vida. Tantas y tantas precauciones pedía la conservación del fuego sacro, á cuyas vivaces llamas libraba Roma su propio ser y vida. Numa organizó todas estas viejas religiones del pueblo romano, fundando el colegio de sacerdotisas y erigiendo el templo circular en que, guardado por hojas y ramas de laureles, ardía y centelleaba el sacro fuego, tan esencial de suyo al ser antiguo romano como al sol su lumbre. Dos mujeres solamente había con tal oficio en la Roma de los tiempos primitivos. Pero luego eleváronse á seis. Así como alrededor de la iglesia conventual se alza el convento donde habitan las monjas, alrededor del templo de Vesta se alza el atrio regio donde las vestales habitan, quienes de allí no pueden salir sino en caso de enfermedad y bajo la vigilancia de los pontífices. Dado el interés que tenían los ciudadanos de Roma por la conservación de aquel fuego vital, á cuya virtud libraban la conservación de su pueblo, podrá comprenderse ya todos los rigores del derecho penal ideado para el esplendor y conservación de aquella romana liturgia. Dos tristes casos prevenía la legislación tradicional: el caso de una extinción por descuido del fuego sagrado y el caso de un quebrantamiento del voto de castidad. Pureza en la sacerdotisa tan clara como la pureza en la llama exigía el rito tradicional. Toda vestal, pues, que dejase apagar el fuego sacro, veíase condenada por el derecho histórico á los azotes en púbico; y toda vestal que olvidase aquel voto de castidad, prestado en su profesión, precisamente virginal, debía ser enterrada



Templo de Vesta en Roma

viva. Esta llama pura tenía una especie de trilogia, como los viejos dioses vedas, en su seno: tenía la llama del cielo que anima toda la naturaleza, la llama del templo que anima toda la ciudad, la llama del hogar que anima toda la familia.

El derecho romano debía ocurrir con ventajas tangibles á dulcificar las duras condiciones impuestas á sus sacerdotisas. Así una vestal parece un ciudadano. La patria potestad, tan dura en aquel tiempo y en aquel pueblo, no ejercerá sobre las sacras vírgenes su autoridad. Señora y soberana de sí misma, pues ha sacudido el régimen familiar y doméstico, alcanzará, como cualquier ciudadano libre, no solamente los privilegios de legataria, sino también la disposición entera de sus bienes. El Estado provee á su manutención. La personalidad suya resplandece tan sacra y venerable como la personalidad misma de un dios. No podrán sus plantas hollar el suelo; una litera ó un carro curul deberá conducirlas á todas partes. Quien las desacate, las insulte, ó siquiera las detenga, reo será de muerte. Aquella virtud tradicional de gracia y de perdón residente por los siglos medios en los santuarios nuestros, gozábala de suyo la vestal, no sólo en lo que podríamos llamar su monasterio, en la calle misma, cuando por casualidad tropezaba con cualquier condenado á muerte. Un lictor iba delante de sus personas, como delante de los reyes en las monarquías y delante de los cónsules en las repúblicas. Los juegos oficiales, el teatro, el circo, la naumaquia, el estadio, les reservaban plazas preferentes y les concedían extraños privilegios. Ningún poder ni autoridad oficial se les designaba ó reconocía en las leyes; pero lo alto de su institución, lo venerando y sacro de sus ministerios, los recuerdos religiosos que circuían de litúrgicas aureolas sus benditas sienes, la confianza de todos sugerida por sus virtudes y el respeto á sus penosos deberes, los cuidados que se tomaban en la conservación de aquella Roma patricia indispensable al mundo entero, dábanles un poder moral é intelectual tan enorme, que los romanos, tan solícitos por la observancia de su voluntad última, confiaban los testamentos á manos de las vestales en fianza y seguridad completa de que los verían así observados y cumplidos hasta en sus tildes menores. Y no solamente gozaban de tamaño influjo moral, adquirían también con la profesión de su elevado ministerio derechos á

honores que sólo se concedían á excepcionales personas. Una ley las exentaba del juramento en los juicios, y otra ley disponía que los magistrados bajaran las haces de sus guardas ante sacerdotisas destinadas á conservar la Ciudad Eterna. Una especie de priora, llamada vestal máxima, existía en esta orden, y esta priora gozaba múltiples y varios derechos, como el de presidir las fiestas consagradas al ídolo Fascino é interpretar los misterios de la buena diosa. Como se observa en todas estas disposiciones, prescritas unas por las leyes é impuestas otras por las costumbres, tal templo y culto, éstos no significan otra cosa, en suma, que mayor amplitud del suelo patrio y amor en grande á la familia propia, esas dos piedras inconmovibles del antiguo Estado.

Así, pues, no hay que maravillarse al rigor de las penas promulgadas contra cualquier abandono de la llama vívida ó de la castidad conventual. Varias veces el fuego sacro llegó á extinguirse, como podemos ver en Tito Livio. Corría el pontificado de Licinio. La vestal, que cuidaba de la lumbre, dejóla morir. Imaginaos que vinieran á despertarnos en callada noche diciéndonos cómo se había extinguido el sol. Pues igual sacudimiento que sentiríais creyéndoos privados del calor, á quien debemos la universal animación, sintió en el corazón Vesta viéndose privada de aquella sacra luz, cuya eternidad importaba tanto como la existencia del pueblo mismo. La diosa debió agraviarse, porque, inmortal de naturaleza, no podía consentir en cosas suyas nada que oliese á la muerte; y para conjurar el agravio, pedía el ritual hierático una pena irremisible á la culpada de indiferencia y desatención. Viniera de un fenómeno corriente y natural aquella extinción, y el monasterio no tratara de investigar su origen, resignado y conforme con disposiciones celestiales contra las que no puede haber apelación alguna ni recurso. Pero un descuido de las vestales mismas, dotadas con tantos privilegios en el ministerio de su culto y en el ejercicio y cumplimiento de sus deberes, no merecía perdón. El único medio de calmar á la divinidad irritadísima y ocurrir á contingencias futuras era el implacable rigor. Lo tuvieron. La juventud, la hermosura, la delicadeza del reo no desarmaron á la fría razón que regulaba los negocios religiosos y políticos en la Roma patricia. El derecho escrito y el derecho consuetudinario se juntaban para infligirle bien

crueles penas, y había que cumplir como pudiera cumplirse cualquier ley mecánica en el universo. Desnudaron, pues, á la vestal, é hiciéronla descender á un sitio húmedo, frío y obscuro, que sólo con triste sepultura podía compararse. Allí el pontífice azotó sus carnes hasta que la sangre culpada salpicó su frente, y ¡cuánto no sufriría una muchacha de complexión delicadísima, de piel sedosa, toda nervios, al sentir un duro azote sobre sus carnes, acostumbradas á todos los adobos y perfumes romanos! Bárbara desproporción entre la pena y el castigo mirados al centelleo de nuestras ideas; pero si consideramos toda la importancia reconocida por el mundo antiguo á estas instituciones, sobre las cuales el poder se fundamentaba y de las cuales fluía la vida, no deben maravillarnos estos rigores congruentes con todo lo esencial que allá en sus adentros pensaban y sentían. Tras esta pena sobrevino una purificación del templo, necesaria en las tradiciones de aquellas liturgias. Hallábase confiado éste á la vestal Emilia, quien, por descuido é indolencia, lo confió á joven inexperta novicia. Durmióse, poco penetrada de su responsabilidad, la guardadora, y el fuego se apagó. Terrible sacudimiento recorrió los nervios de las gentes romanas, como si un rayo enorme hubiera caído sobre todas ellas. A este sacudimiento siguió una inmensa perturbación. Clamores de angustia llenaban los aires, cual en las calamidades mayores de peste ó terremoto. Cada ciudadano preguntaba por su diosa, cual puede preguntar un huérfano perdido y errante por su hogar y por su madre. Aquella religión era doméstica y nacional á un mismo tiempo.

Así, no obstante lo positivo del genio romano, circundaba la diosa y su culto de litúrgicas leyendas. Emilia, la infiel guardadora del fuego sagrado, temió la imputación del descuido á faltas suyas, á la más punible de todas, á falta de castidad, y conjuró á la diosa, rogándole, por medio de vivas instancias, que la socorriera en aquel contratiempo y patentizara toda su pureza. Mirábanla con ojos atónitos los circunstantes, pero sin atreverse, á pesar de la modestia que se descubría en su actitud y de la ingenuidad que revelaban sus palabras, á oirla y juzgarla según sus manifestaciones y protestas. Pero ella, segura por su fe antigua en la diosa de que no podía por medio alguno abandonarla y consentir suplicio tan

terrible como el entierro en vida, se abrazó á su ara y le pidió un milagro. Apenas lo había pedido, penetró en su corazón el sentimiento profundísimo de haberlo por gracia la diosa otorgado, y se levantó radiante, transfigurada, regocijadísima, despidiendo de su mirar efluvios, á cuya irradiación caían sobre todos á una dulces y consoladoras esperanzas. La virgen cogió su estola de mangas perdidas, de amplia rozaga, y arrancando un trozo del transparente lino, lo arrojó á las frías cenizas, cierta de que llevaban dentro de sí una centella vivificadora y capaz de reanimar el fuego sacro y poner en toda su verdad la inocencia de quien fiaba con todo empeño á este aguardado milagro la demostración de su virtud. En efecto, las llamas ardían de nuevo, y la inocencia quedó patentizada entre los loores de los asistentes, quienes aclamaban y decían á Vesta protectora llena de misericordia. Valerio Máximo en sus historias, Propercio en sus cánticos, Plinio en sus cartas, refieren otro milagro parecido y hecho por la diosa en pro de la sacerdotisa Tuzia, demostrando que no había manchado su lecho virginal ni desobedecido á las leyes canónicas de su religión y de su culto, para lo cual sugirióla el subir en cribas agua del Tíber y llevarla, sin que se derramase por los agujeros, hasta el ara de la diosa. Tales tradiciones, más ó menos litúrgicas, copiosa invención de aquel antiguo genio romano, muestran la verdad evidentísima de que á las virtudes vestales y á la conservación del fuego sacro fiaban los dueños del mundo antiguo joya tan preciada como la salud y la buenaventura de su Roma. Así no es mucho que vieran con horror cualquier tropiezo de las sacerdotisas, generador de cualquiera perturbación en el culto y en su liturgia. Por eso hay que leer á todos los escritores antiguos, desde los más veraces hasta los más fantaseadores y poetas, para estimar el precio dado en aquellos tiempos á la castidad y pureza de tan sacras vírgenes. En Roma corría con más ó menos crédito, pero muy vulgarizada, la especie de cuán imposible, ó por lo menos cuán difícil era que faltase una vestal y no se conociese por todos su falta. Así las jóvenes huían á dignidad tan gravosa y presentaban toda clase de ofrendas y exvotos á sus genios tutelares en demanda y súplica de que las eximiesen ó exentasen de tan terrible suerte. Pero los nombres de todas las doncellas patricias, desde que cumplían los

seis años, estaban en el saco fatal, y como sorteadas á cada vacante que hacían la muerte ó los años en aquel colegio sacratísimo, no tenían otro remedio sino conformarse con los caprichos del sorteo. Los romanos por tal modo eran crueles con estas víctimas, que las hundían en lo más profundo para que nadie las oyese, y luego allanaban el suelo de suerte que no pudiera buscarse la víctima ni saberse dónde yacía para siempre. Pero ella, destinada por el cielo á todas las delicadezas y á todas las ternuras de un sexo que ha nacido para vivir en sociedad y amar eternamente, sentiría dolores centuplicados por su propia condición femenil, dolores que no pueden comprender las naturalezas varoniles, forjadas para la guerra y expuestas de continuo al esfuerzo, al combate, al sacrificio, á la muerte. Todas estas resignaciones y conformidades con el destino de la mujer nacida para martirios y no para combates acrecientan mucho la índole y naturaleza de sus dolores. Cualquier contrariedad muerde más en su corazón tierno y delicado que no en el corazón de los hombres, rudo y fuerte. Por consecuencia, cuando nos asomamos al sepulcro de la vestal, oímos tales ayes y lamentos, vémosla en su hambre morder sus propias carnes, vémosla en su sed chupar su propia sangre, que se nos figura en el acto asistir á la extinción y desvarío de su inteligencia y al conflicto entre un cuerpo deseoso de vivir en su robustez juvenil y un alma que sube á las alturas como vívida llama y que lleva la herida del mismo cuerpo á quien deja. Pero así lo quiere el secreto y el misterio que debe presidir á las viejas instituciones y á su tradicional y religiosa liturgia.

Con estos antecedentes, imaginaos qué suerte y especie de calaverada sería en el mundo romano cualquier intento de profanar aquel templo, donde se guardaba el sacro fuego vital romano, y atentar á la castidad intangible de una sacerdotisa que debía tener la misma nitidez y pureza de la llama que aquellos espacios esclarecía y calentaba, espacios comparables á los ventrículos del corazón latente dentro del pecho de la Ciudad Eterna. Se necesita para comprender el atentado trasladarse al tiempo aquel, vivir de aquella vida, respirar de aquel aire vital, en aquellas creencias empaparse, y sentir aquellos terrores consiguientes á un desacato de la propia fe y á un olvido de los dogmas que fueran como leva-

dura de la conciencia y del espíritu de la Ciudad Eterna. Es tan cierto cuanto digo, que no habían menester guardia tales templos; los guardada el respeto sugerido á todos los ciudadanos por su sombra. Un profanador de tales ritos, por poco creyente que fuera, por muy apartado que se imaginara de las antiguas creencias, por mucha filosofía moderna que hubiera entrado en el cacumen y mucho hábito que perdiera de asistir al culto litúrgico y á sus piadosísimas ceremonias, estaba en el caso de imaginar que le faltaba el suelo bajo los pies y que sobre la cabeza se le venía el cielo, no solamente á la comisión de un desacato, á la idea más fugaz y al propósito más liviano de idearlo allá en su mente ó de fingirlo en su imaginación.

Nos hemos detenido á considerar la importancia del templo de Vesta y la influencia del cuerpo de vestales, para que pueda medir con toda exactitud quien leyere los horrores del nuevo crimen cometido por Nerón y la trascendencia que podía tener este crimen á la perturbada sociedad aquella y al malherido Estado. Con sus monstruosidades, con sus desacatos al honor, con sus vulneraciones de la moral, con sus vicios agravados todos ellos por el panerotismo en que Nerón juntaba, no solamente los contactos repugnantes entre todos los sexos, hasta los contactos brutales entre todas las alimañas; á pesar de haber llegado hasta la pederastía y la bestialidad y el incesto, no contaba todavía un sacrilegio, ó mejor dicho, un amor sacrílego. Necesitaba para recorrer toda la línea de imaginables emociones y para tener ayuntamiento con toda clase de seres, macular un templo, un ara, una divinidad. En su corrompido sentir, la religión añadía voluptuosidades incalculables á la voluptuosidad congénita con el amor sensual. Así en los arrebatos á que le arrastraba el desorden de sus nervios, agravado por lo exhausto de su sangre, soñaba el cuitado con poseer á una diosa cual pudieran Júpiter ó Marte; y no pudiendo poseer una diosa, inaccesible á sus brazos, contentábase con poseer una sacerdotisa, sobre todo si esta sacerdotisa era vestal, y violaba con esta nueva brutalidad las leyes religiosas, como en tantas otras, no menos terribles, había violado las leyes naturales. Nada le detuvo desde la hora en que ideara tal atentado para ponerlo por obra. Tras una de las terribles noches consagradas á saciar todos sus apetitos, en-

caminóse Nerón al templo de Vesta, dejando sus comitivas á la puerta, pues nadie podía penetrar en aquel recinto, y entrando él solo, merced á su calidad altísima de máximo pontífice. Penetró, pues, dentro de lo más recóndito del santuario, y se detuvo allí donde ardía sobre un ara ungida con el recuerdo de las romanas edades y tradiciones el fuego sacro. Como las vestales no podían pasar de los seis lustros, pues al entrar en el año trigésimo de su vida salían todas del convento, eran por necesidad jóvenes, y como pertenecían á familias nobles, las cuales traían como vinculada una belleza hereditaria y atávica, también eran hermosas. Su castidad llegaba en el antiguo seguro, donde las había encerrado su religión, hasta venerar al asno, poniendo de remate su cabeza en las lámparas, porque tan paciente animal despertó á Vesta dormida sobre un césped y bajo un árbol durante calurosísimo sesteo, en que Sileno intentó darle un beso, aquel dios campestre, voluptuoso y atrevido. Así vestían de blanco, y un velo muy largo y un manto muy espeso las envolvía, indicativos de que no podían llegar á su cuerpo las indiscretas miradas de los hombres. Solamente los pontífices penetraban en su santuario, como puestos en el ministerio destinado á devolver con ofrendas y holocaustos á las divinidades antiguas el amparo y protección por ellas al imperio dispensados. Como pontífice máximo entró Nerón. Imposible que ni los más pervertidos de sus camaradas adivinasen cómo aquella visita se divertía del natural objeto suyo y velaba so las apariencias del ejercicio sacerdotal todo el horror de los más carnales apetitos. Nerón se dirigió al ara de Vesta seguido por las seis vestales. Todas las insignias de aquella su dignidad y todos los ritos de aquella su religión lo acompañaban. Tenía en su mano derecha el vaso con que debía ofrecer las libaciones después del sacrificio. Mostraba pendiente del costado la cuchilla de sacrificador. Un hisopo, con que rociaba de agua sacra á los fieles, pendía del cinturón, también colgado de una cadenilla, lo bastante larga para su natural utilización cuando lo demandase la liturgia. Un gorro frigio rematado por una lámina de oro, que recordaba el fuego divino, le cubría la cabeza. Iba el cuitado á ejercer un ministerio redivivo en los emperadores porque habíanle desempeñado en tiempos inmemoriales los reyes. Padre de todos, lo era muy especialmente de los sacerdotes flamines, sus hijos; de

las jóvenes vestales, sus hijas. Y penetró hasta el fondo de lo que llamaban Regia, depósito de las reliquias romanas. Y saludó los penates de Vesta sobre cuyas espaldas pusieron los romanos su Roma. Intérprete del derecho, representante de la divinidad; autorizado para presidir desde los colegios sacerdotales hasta los colegios astronómicos; de poder eficaz, así para ir con sus interpretaciones rectificando el derecho, como para ir bajo sus órdenes rectificando el calendario; presidente de los sacrificios todos, mucho debía mirarse, no digo antes de cometer un desacato, un crimen, antes de cometer una negligencia. En siete siglos que llevaba entonces de vida el colegio de las vestales no llegaron á una docena las que faltaron á su voto de castidad, y todas fueron horriblemente castigadas enterrándolas vivas, como fueron azotados hasta darles muerte de látigo todos los que osaron atraverse á un tan horrible desacato. Pues Nerón violó aquella noche á la vestal Rufina en el santuario de Vesta. Y así como tras el parricidio, en que inmoló á su madre, viera las Furias yendo á clavarle sus uñas en el cuerpo, tras este sacrilegio creyó que le faltaba del pecho aire y el suelo de las plantas.

Pero ¿cuál caso haría de los hogares ajenos quien corrompía y degradaba el propio? Así como todos sus afectos de amistad se habían en Tigelino concentrado, huyendo adrede y con empeño de Séneca y de Propercio y de los demás compañeros del buen tiempo, se habían sus amores concentrado en Popea. Aunque Octavia hiciera por atraerlo todo lo posible, no pudo conseguirlo. Repugnábale su físico modesto, á él, enamorado perdidamente de ostentosas hermosuras, y más todavía le repugnaba su moral sencilla y tierna. La madre, Agripina, le procuró tal boda por auparle hasta el trono; y nunca se lo perdonó, sintiendo poco la espléndida corona ceñida por sus sienes junto á la pesada coyunda puesta sobre su cerviz. En mil ocasiones había intentado un divorcio escandaloso, pidiéndole para validarlo legalmente una retórica oración á Séneca; y en mil veces rehusó á tal complacencia su dócil y sumiso maestro. La palabra dicha siempre á este respecto por su madre se la sugirió á ésta su maestro, Séneca. Si Nerón quiere devolver su mujer, que devuelva con la mujer también la dote, ó sea el imperio. Pero la voz del filósofo se perdía en las repugnancias invencibles sentidas por Nerón y en el influjo sobre Nerón ejercido por un priva-

do como Tigelino y por una querida como Popea. Ésta urdió cuantos embustes criminales pudo sugerirle su doble impaciencia por el tálamo de Nerón y por el trono de Roma. Pero todas las celadas que tendía con arte pérfido á la casta esposa, frustrábanse á una en la virtud manifiesta de Octavia; y los asaltos á su dignidad, en el favor siempre concedido por el pueblo á la esposa legítima de su emperador y á la verdadera emperatriz de su imperio. Mas como la seducción y el halago tienen tantos medios, y resistencias tan débiles el vicio, predominante de suyo en los palacios, encontró Popea con grande facilidad un servil instrumento de sus planes. Faltándole todos los otros esparcimientos, refugiábase Octavia en la música. No hay arte sujetivo como ella, pues la tomamos por voz de nuestro interior y por eco sobre todos de nuestras melancolías, si padecemos, ó bien de amores contrariados, ó bien de amores mal correspondidos. Lo que llamamos hoy música de cámara en el contemporáneo lenguaje, usábase allá en la corte de aquella emperatriz abandonada de su esposo y malherida en sus afectos. Había en la corporación de tales músicos un africano de Alejandría con mucha prestancia en su figura y mucha robustez en sus fuerzas, flautista consumado y maestro muy querido entre los muchos componentes de lo que podíamos llamar sin gran esfuerzo la capilla de Octavia. Era éste conocido con el nombre de Eucero, y dotado, amén del estro y destreza músicos, de una gran distinción en sus maneras y de sumo agrado en la comunicación y comercio con las gentes, sugirió á Popea y Tigelino la especie de que se hallaba ligado en ilícitas relaciones con la emperatriz Octavia. Necesitábase para validar tal calumnia de testimonio y de testigos. Difícil encontrarles en una casa y familia donde despertaba Octavia la compasión que despierta de suyo el infortunio inmerecido hasta en las gentes de más duro corazón. Pero aquello no alcanzado ni por dádivas, ni por ruegos, ni por mandatos, ni por imposiciones, alcanzábase por amenazas horribles y por descoyuntadores tormentos. Las damas de Octavia fueron arrastradas al potro. Azotaron sus desnudas carnes con látigos hasta el extremo de hacer saltar en ellas la sangre, amoratándolas con heridas semejantes á picaduras de víboras. Rompieron sus huesos en anillos estrechados por terribles tuercas é insufribles para naturalezas delicadísimas. Cayeron

muchas en la calumnia, huyendo del dolor; pero una escupió el calificativo de malvado al espíritu y las hieles de su hígado al rostro de Tigelino. Octavia fué repudiada, y á la semana siguiente del repudio entró Popea en el tálamo y subió al trono de Nerón. Mujer de tres maridos esta última, la versatilidad se premiaba en ella como si fuera constancia y la constancia en Octavia como si fuera versatilidad. Roma no podía confundir el vicio con la virtud. Aquella triste ambición de Popea satisfecha y aquella humildad de Octavia castigada sublevaron todos los ánimos. Popea soberbia, y modestísima Octavia; Popea lujosa, y sobria Octavia; Popea cometiendo toda suerte de crímenes en su escalo del trono y Octavia en el trono conservando la virtud ofrecían tal contraste, que Roma lo vió con sus propios ojos y se indignó en sus entrañas del triste lauro ceñido al crimen y de la pena infligida con tal descaro á la virtud.

Mientras estuviera en la Ciudad Eterna, magüer que la relegaron á un barrio apartadísimo y á un palacio murado, prohibiéndole salir, todo el mundo sabía que allí estaba presa la mujer virtuosa, cuando en el Palatino tronaba, como Juno junto á Júpiter, la criminal y viciosísima, cual si todas las leyes morales se hubieran derogado de un golpe y tornádose del revés la humana conciencia. Hubo que arrojarla del recinto romano, donde la opinión y el sentimiento popular estallaban á la vista de tamaña injusticia. En callada noche redujéronla con sigilo á la estrechez de una litera y trasladáronla muy circuida de pretorianos en armas al destierro de Campania. Tales rigores arriba no hicieron más que aumentar el furor abajo. Acostumbrado el pueblo-rey á contar los césares entre sus dioses lares y las princesas y mujeres cesáreas entre las diosas, rompió las compuertas que lo contenían en el respeto y vertió sobre el palacio y sobre el Palatino sus encrespadísimas y alborotadas cóleras. Así habíanse dado esta cita los malcontentos, que eran casi todos, para pedir y reclamar la vuelta de Octavia en cuanto Nerón apareciera en el circo y en el anfiteatro con Popea. Ésta, sitiada por la cólera popular, no podía salir de su palacio; y así no podía ostentar su fortuna, su poder, su corona en público, humillando á sus rivales y pavoneándose con su inmerecidísima grandeza. La fuerza bruta del mal tuvo que ceder á la fuerza divina del bien. Octavia tuvo que volver á Roma para que pudiese sa-

lir por las calles de Roma. No era muy amado Séneca, pero al fin, enfrente de Tigelino tenía su ciencia y su oratoria; tampoco Agripina, pero frente á Popea, tan viciosa como ella y no de tan alta extracción, presentaba el título de su origen divino y el recuerdo de un hombre como Germánico, al cual idolatraban los romanos. Así cada vez iba Nerón quedándose más aislado y solitario allá en la cima de una grande arbitrariedad completamente destituída de circunspección. Y conociendo esta soledad tuvo que revocar, como hemos dicho ya, el destierro de Octavia. En cuanto supo esto la gente popular, estalló en Roma un alarido de gozo tan temible como los estallidos de cólera. Los dioses fueron públicamente aclamados y las estatuas de Octavia sacadas en procesión y en triunfo. Como si fuese la misma Vesta, protectora de aquella ciudad, colócanla en el Foro, á la vista de los Rostros, entre los intercolumnios de las embajadas, sobre montañas de flores, cuyos aromas se mezclaban á los vítores. Y mientras esto se hacía con los simulacros y efigies de la repudiada, los simulacros y efigies de la manceba caían derribados en el suelo. Hasta los muchachuelos tendieron sogas al cuello de las Popeas en mármol y las arrastraron por el arroyo con ruidosas carcajadas y alegres saltos, en la seguridad completa de que obtenía indemnidad absoluta un desacato como aquel, de suyo popularísimo. Después de esto ya no hubo diques al entusiasmo, y su marea montante llegó hasta el Palatino y la Casa imperial. Desparramóse la multitud por aquellos espacios, por los jardines y por los pórticos y por los patios, con clamores de loco regocijo que sonaron en las orejas del emperador y de Popea como sonidos preñados del odio popular á los dos; testimoniándoles cuán peligrosa Octavia era, con su popularidad increíble, á la fortuna y al poder de ambos. Si la orden sólo de regreso había producido tal movimiento, ¿qué no haría el regreso mismo? Popea se arrojó á los pies de Nerón en lo más apartado de palacio, desolada, y le dijo cómo habían armado una conspiración enorme contra ella los cortesanos, los familiares, los siervos de Octavia, y cómo no quedaba otro medio sino despreciar aquella gente ó caer del trono y morir por ende. Persuadióle de tal suerte con sus ruegos, que Nerón expidió los pretorianos con látigos hacia los mismos que le aclamaban con entusiasmo, y á latigazos los arrojó de sus jardines.

En aquellos momentos de la crisis, Popea se sintió madre y le anunció á Nerón que podía prometerse de su embarazo un heredero legítimo. Requeridor de continuas emociones, imposible dársele nueva más grata que la seguridad infalible de ser padre. Dilatábasele á tal esperanza el corazón, y para que no pudiese haber ni siquier competencia entre su engendro de amor y el que pudieran dar por cualquier motivo más ó menos posible ó por cualquier evento las entrañas de Octavia con títulos y aspiraciones al trono, decidió á la postre matarla. Había para esto necesidad nueva de otro escandalosísimo proceso y de otros falsos testimonios. Aquel Aniceto, que se prestó al asesinato de Agripina, se prestó al deshonor de Octavia, como un verdugo del emperador y del imperio, destinado á servil instrumento de imperiales venganzas. Aniceto declaró que Octavia se había enamorado de su persona y obligádole á yacer con ella. Para más cohonestar su acusación y quitarle todos los aires de mentira, se resignó á que le declararan reo de lesa majestad y que le condenasen á muerte; pena después conmutada con destierro á la isla de Cerdeña, donde vivió todavía muchos años. En cuanto á Octavia, escogieron para inmolarla un sitio como la isla Pandataria, especie de patíbulo alzado en los rientes mares parthenopeos, donde no había ni agua ni vegetación y sólo se generaban y se producían venenosas serpientes. Guardada por los sicarios neronianos á vista, bajo el destierro, bajo la persecución, bajo la calumnia, bajo la pena y el duelo, aún quería la infeliz vivir: como que sólo contaba veinte años, y no se habían desvanecido ni las ilusiones ni las esperanzas en el cielo de su fantasía, ni el afán de durar hasta en mundo tan enemigo como aquel mundo romano á las entrañas de su corazón. Así, cuando se le acercaron los centuriones para decirle que tenían orden de matarla, se arrojó á sus plantas, lloró y sollozó á gritos, se mesó los cabellos, se tiró por el suelo, como una pobre niña que amenazaran con azotes y no con la majestad propia del alto cargo que tenía y de la clase de acusación que lanzaba la muerte suya sobre sus horribles tiranos. Pero nada conmovió aquellos corazones de hierro, que daban muerte á los demás, porque la muerte á ellos les pisaba los talones. En vano recordaba Octavia cómo descendía de César, cómo era una última representante de Augusto, cómo no habiendo

el derecho de repudiarla Nerón, debía llamarse aún la emperatriz de Roma y ejercer sobre los pretorianos el poder antiguo que había ejercido su gloriosísima dinastía. Los pretorianos le ciñeron el cuerpo con ligaduras, y luego le soltaron las venas abriéndolas por varios lados de su cuerpo; y como no corriese la sangre con toda la celeridad que quisieran ellos, no pudieran sufrir los gritos que daba en su terror y las súplicas que les dirigía, echáronla de golpe dentro de un baño lleno con agua hirviendo, y la asfixiaron. Su cabeza fué á Popea remitida, que la guardó como un trofeo de su victoria: ¿para qué? Para que Nerón matase á Popea de un puntapié rápido en el vientre, y luego la mandara colocar entre los dioses. ¡Cuál hogar el hogar de Nerón!

CAPÍTULO XX

EL INCENDIO DE ROMA

No había más remedio que pedir al placer un olvido indispensable del crimen. Parece imposible, pero está por la historia testificado: el emperador, que á todo se atrevía en sus criminales delirios, tras cualquier atentado, caía sin poderlo remediar en acerbísimos remordimientos. Se le aparecían á cada paso las sombras de sus capitales víctimas é imaginaba que le dirigían sus vengativos ojos amenazándole y persiguiéndole. Tras la muerte de Agripina huía del propio ser á los accesos del remordimiento acosador. Enamoróse primero perdidamente de Acté, llevado por la repugnancia invencible á Octavia; y enamoróse luego de Popea, como antes de Acté, cuando, muerta Octavia, necesitaba el infeliz anegarse de suyo en inspiraciones del amor para olvidarse de crímenes sugeridos por el amor también. A veces cometía las mayores maldades poseído de triste borrachera. Borracho estaba cuando mató á Popea. Volvía, muy entrada la noche, de una carrera de carros y se detuvo en las cuadras. Allí trincó de lo lindo durante la noche toda con atletas y titiriteros y caballistas y chalanes, sin acordarse, no ya de ir á la cámara nupcial, de noticiar dónde se hallaba. Popea, muy celosa del amor y muy recelosa del poder de su marido, pasó la noche aquella de abandono en lamentos, y cuando le vió entrar de regreso, tras desesperaciones sin medida ni número, dióle con su dejadez y con su desidia y con sus distracciones en rostro. Nerón se propuso no hacerle caso; Popea, creyéndose menospreciada por él, amén de mal querida, le soltó un dardo que debió llegarle hasta

lo más hondo y recóndito del corazón; díjole que nunca Othón la trató en su vida matrimonial como la trataba él. Dióle, según hemos dicho, un fuerte puntapié, y la mató. Cuando la vió muerta parecía su cuerpo más cadáver que el cadáver mismo de Popea, por lo rígido, lo inerte, lo helado que se hallaba. Y en cuanto, á una de las reacciones frecuentísimas en los nerviosos, recobró el movimiento de sus músculos y la conciencia de su espíritu, cayó en un dolor tan intenso y lloró con llanto tan copioso, que apareció el crimen obra, antes que de su perversión, de su demencia. No pudiendo hacer por Popea ya cosa ninguna, magüer los recursos y las riquezas que le daba su cargo, luego de la cremación romana que disolvía los cuerpos, la embalsamó al modo egipcio, conservándola, siquiera fuera en forma de momia, junto á sí, y pronunció en elogio suyo cuantas arengas le sugiriera su abundantísima fantasía, y le quemó ante los restos más esencias, aromas, perfumes que podía prestar el suelo de Arabia, pareciendo la Ciudad Eterna como un pebetero inmenso que á muy largas distancias olía maravillosamente. No tuvo, pues, Nerón la conciencia tan encallecida como indicaban las perpetraciones frecuentes de crímenes innumerables. Pero lo que creía con toda firmeza, lo que anunciaba con toda exactitud, lo que puede asegurarse formaba la esencialísima base de su vida era el empeño de ahogar los remordimientos, una mitad en los espectáculos que presenciaba ó que daba y otra mitad en las orgías y en los placeres, tras los cuales el hartazgo y la embriaguez y el hastío mismo le convidaban á una con algún reposo, ya en el olvido, ya en el sueño. Cuanto mayor número de muertes ordenaba y cumplía, mayor número de reconvenciones le soltaba su conciencia; y cuanto mayor número de reconvenciones le soltaba su conciencia, más corría en busca del placer para desoirlas en el embotamiento de sus sentidos y despreciarlas en el embotamiento de su conciencia. Así, cuando más desesperado parecía el cuitado á tantas adversidades como le asaltaban y á tantas víctimas como le circuían, mayor era su afán por las fiestas ruidosas, por los placeres orgiásticos, por los desenfrenos colectivos, por todo aquello que no solamente significa su perversión propia y personal, sino la perversión colectiva de unas muchedumbres incapacitadas de subir á las cumbres del derecho y de respirar

el oxígeno de la libertad en tanto que durmieran y roncaran en la pocilga de sus borracheras y de sus hartazgos.

Así ningún espectáculo tan repugnante como la orgía que celebrara en el estanque Agripa, buscando y requiriendo una diversión á sus pensamientos y un recreo á su ánimo embargado por tristísimos recuerdos, por sombríos presagios, por acerbidades y dolores intensos. Veamos tal orgía. Este amplio estanque tomaba el aire y el aspecto y las proporciones y la forma de un verdadero lago. Entre los espacios en que ahora se levanta el Panteón y las ruinas del teatro de Pompeyo, bordeando el Campo de Marte, extendíase la inmensa laguna de Agripa que alimentaban acueductos venidos de los montes Sabinos, los cuales aportaban á su lecho ríos verdaderos y caudalosos. Aquel teatro no era en realidad otra cosa que un escenario abierto á la ostentación de todos los placeres y al alardeo de todos los vicios. Cuantos cubículos allí se habían levantado, otros tantos indicaban las varias maneras de rendir culto á Venus hasta en monstruosidades apenas comprensibles y que parecían como soñadas entre alucinaciones eróticas. Cuanto las tierras más apartadas producen de carnes y frutas, cuanto los mares menos conocidos guardan de peces y sus especies varias, cuantos aromas exhalan las concentradas savias de corolas y árboles, otro tanto se veía en aquel inmenso festín dado á la multitud por quien creía imposible gobernarla como no le tuviera sumida en el sueño de todas las corrupciones juntas y en el lodazal de todos los vicios imaginables. Nadie diría que las gentes aquellas pertenecían á la familia romana, inscrita de antiguo al combate y cambiando de continuo el arado por la espada, ó la espada por el arado; en las perlas y en las pomadas que se veían por sus cabellos; en las túnicas de gasa que ceñidas con purpúreos cinturones se pegaban al cuerpo; en los collares que se ajustaban á sus cuellos y los brazaletes que á sus puños y antebrazos se enroscaban; en los mullidos cojines sobre que se tendían y en los pebeteros que aromaban los aires, tomaríanseles por sátrapas ó por cortesanos de Asia. El emperador no se había contentado con que los patricios expusieran sus personas en el teatro á la vista del pueblo; quería que las patricias enseñaran lo más recatado y oculto de su cuerpo, como viles prostitutas, al pueblo. No le satisfacía el

haber arrastrado á los hombres por los escenarios y por los circos y por los anfiteatros; quería exponer á las mujeres en públicas mancebías. Durante toda la tarde fué aquello una inmensa feria. Pero en cuanto se avecinó la noche, fué un inmenso escándalo. Para que vencieran hasta el pudor nativo y no callaran el vicio entre las sombras, iluminaron la orgía con guirnaldas de luminarias que desafiaban la luz diurna. Para que sobrexcitasen los sentidos, una música voluptuosa sonaba en todas direcciones, como enardeciendo la sangre y como irritando las carnes. Los bailes y pantomimas indecentes sucedían á las canciones voluptuosas. Como se juntaban allí todos los productos, se juntaban todos los vicios. Las bestias tienen más recato en sus ajuntamientos que los infames y serviles romanos del imperio. Nerón quiso que aquéllas fuesen las saturnales del amor carnal, juntándose las esclavas con los patricios é identificándose todas las clases y todas las jerarquías y todas las estirpes y todas las dignidades en aquella prostitución universal. Nerón fué marido de cuantas mujeres le consintieron sus fuerzas y llegó en abominaciones adonde jamás podrá llegar ni la imaginación más pervertida. Roma fué, pues, una inmensa mancebía.

Exhausto Nerón y maltrecho encaminóse á célebre lugar, Anzio, con objeto de reposar un poco en recatado retiro. Allí respiraba puros aires y curtía su desmayado y maltrecho animal organismo. No pensaba en volver, cuando le sorprendió una de las mayores catástrofes inscritas en los anales de la humanidad, el incendio de Roma. Era el trece de julio, año sesenta y cuatro del siglo primero en la historia moderna. Recordaban los fastos latinos en tal día el asalto de los galos á la Ciudad Eterna, la entrada en su recinto violentísima y el incendio á toda ella pegado con secular horror; cuatro siglos y medio se cumplían en aquellas terribles horas de tan espantable catástrofe. Según lo primero que ardió en Roma, diríase prendido el incendio por un rayo de la cólera divina. El Circo Máximo, el terrible lugar de las mayores abominaciones, se consumió como yesca. El cielo que sobre sus gradas se extendía coloróse como de roja púrpura y osciló el terreno aquel como al sacudimiento de un terremoto. No parecía un incendio artificial y de ocasión, semejaba á las erupciones y á los estallidos de un terreno volcánico en tormentosa combustión. Como alrededor de cada

centro, cual el circo, se situaban tabernas y tenduchos, por viejas tablas compuestos y llenos de muchos combustibles, el fuego tuvo en aquellos ingredientes y muebles un alimento tal que corrían por las calles ríos encendidos y tronaban por los aires verdaderas nubes de humo relampagueante. El viento soplaba de tal suerte que parecían haberlo soltado para dar intensidad mayor á las llamas infernales. Desde los materiales acumulados para las representaciones ó los juegos, hasta las tabernas henchidas con vino para el pueblo, se quemaron, en términos de parecerse á un mar incandescente todo el valle denominado Murtia, de una inmensa extensión. Las colinas más habitadas parecíanse á colosales brasas. Pasaban por los aires tales siniestras ráfagas que las creerían trombas de aerolitos, fraguas del fuego central como las horrorosas del Etna, ejércitos de cometas en batalla que se dirigían de un lado á otro y chocaban chisporroteando en todas direcciones. Como una marea de lavas recién expelidas montaban en oleajes sin fin aquellas combustiones sin término, de una intensidad tan grande que calcinaban el granito y derretían el suelo como un crisol gigantesco donde los átomos de polvo tenían el color ardiente del rojo cereza. Por el Foro diríase que pasaba un huracán, según los pedazos y fragmentos dispersos de sus columnas tronchadas y de sus mármoles enrojecidos como el hierro candente bajo los martillos y sobre los yunques. Viendo la furia con que atacaba los arcos triunfales, caídos á sus asaltos como las copas de los árboles tronchados por el ciclón, diríase que, dotado de alma y de sentimiento, destruía la vieja Roma histórica. En el más populoso de los barrios, en la vieja Suburra, murieron las gentes quemadas de tal suerte que hasta los esqueletos desaparecieron en aquella vorágine y se disiparon las cenizas en el aire. Siete días con siete noches Roma estuvo en aquella hoguera inacabable, sin que persona ninguna se atreviese á llevarle socorro, atajando una calamidad que parecía caída del cielo sobre la tierra como una lluvia de brasas despedidas desde las alturas y como una erupción de lavas en torbellinos que vomitaran los abismos. A pesar de los muchos jardines que había en el centro de los barrios más populosos y que se hubiera creído detendrían y aislarían el fuego, los árboles más verdes se consumían como leña viejísima y las praderas más floridas quedaban desoladas bajo el rescoldo

y semejantes á piedras de encendidos hornos. Los dispersos se refugiaban en los templos, asiéndose á las imágenes y efigies, como los náufragos á las tablas de sus naves rotas contra los escollos, azotados por la tormenta. ¡Cómo lloraban los pobres niños que veían llegar hasta sus carnecitas sonrosadas y frescas las furiosas llamas, amenazándolas en guisa de serpientes! ¡Cómo, desde los techos altísimos, gritaban las pobres mujeres, que se habían subido allí en busca de aire y de luz, cuando todo bamboleaba en trepidaciones que hacían estremecer con el aire y con el suelo sus propios corazones y entrañas! Aquí se asfixiaban unos cayendo al suelo como al latigazo de un rayo. Allí otros se retorcían en convulsiones tremendas. Más lejos corrían muchos en pos de la salvación, y todos quedaban muertos después de agonías en que pasaban por sufrimientos superiores á toda ponderación; agonías infernales, de tal modo extraordinarias que parecieran inverosímiles é imposibles si no se experimentaran y sufrieran en aquel terrible pavoroso momento. A tal horror se había perdido todo freno; y las gentes perversas, que pululan en todas las grandes poblaciones, dádose al saco y al homicidio, como si no hubiese bastantes muertes entre aquellos montones de cadáveres que aparecían borrosos en los espacios de la Ciudad Eterna. El ladrón de naturaleza y de costumbre saqueaba los hogares, y el asesino de profesión inmolaba los habitantes. Esgrimían el puñal en las entrañas de sus amos los siervos maltratados. Y no había piedad en nadie, porque los indiferentes procuraban su propia salvación y salud tan sólo, mientras los malvados hundían en aquellos abismos de fuego á los más, por odio á la humanidad ó por el placer de la venganza. No parecía, no, aquello la destrucción de una ciudad; parecía la destrucción de un mundo. Diríase que se había desprendido el sol de su esfera; que se había trocado el agua en plomo derretido; que todo el aire y todo el ambiente se disipaba como una espesísima humareda; que los cuerpos se deshacían en pedazos de aerolitos; que la tierra toda se había convertido en ígnea y se abismaba como una pavesa gigante allá en el abismo de lo infinito y de lo eterno.

Los más bellos edificios desaparecieron. Aquellos pórticos de Octavia, bajo cuya sombra se refugiaba el pueblo, huyendo al calor diurno y buscando la frescura indispensable á las zonas meridio-

nales; aquel teatro de Pompeyo en que habían representado actores idos de Grecia las mejores obras antiguas; aquellos templos de Juno y Júpiter fabricados en mármol blanco y con sus columnas de granito rosa veteadas por verdes líneas; los hemiciclos amplios en que campeaban los trofeos ganados por el pueblo-rey en batallas tan formidables y en victorias tan gloriosas; el ara vieja é histórica donde Rómulo consagrara las primeras ofrendas al Júpiter Stator que presentaba su rayo en el puño; la casa de Vesta, sita entre el monte Palatino y el Capitolio, rodeada de árboles en cuyas ramas pendían las cabelleras de sus vírgenes y con su archivo y con su santuario en los cuales se guardaban los timbres y los títulos de la vieja majestad romana, se desplomaron llevándose consigo las estatuas más bellas, los cuadros más deslumbradores, los simulacros más respetables, los restos más históricos, las reliquias más religiosas y más consagradas del viejo mundo romano, que había dominado la tierra y sido como el cerebro de la Humanidad. Y lo peor del caso era que, al revés de todos los incendios conocidos, en lugar de volar á extinguirlo gentes de socorro y auxilio, salían á exacerbarlo, viéndoselos alucinados y ennegrecidos, con un puñal en el cinto y con su tea en la mano, cual monstruos que hubieran abortado de las profundidades más hondas del Averno, soplando sobre las llamas y avivándolas más y más con sus soplos. Así, quienes veían á aquellas turbas en tropel, maullando como tigres y rugiendo como leones, medio abrasadas por el fuego y muy ennegrecidas por el humo, en vertiginosas carreras y con estruendo semejante al resuello de las fraguas y al hervor del incendio, todos decían que únicamente había podido el mal en persona, el mal que lo vicia todo, el mal que todo lo afea, el mal que gangrena la creación y envía sus vapores, así al cielo como al espíritu, soltar aquellas gentes exterminadoras, añadiendo los horrores del crimen á los horrores del incendio. Así no se paraban delante de ningún escrúpulo para imputar á Nerón aquel incendio, movido, según las malas lenguas, por dos resortes de su voluntad: por el resorte de su perversidad natural y por el resorte de su temperamento estético. Incendiaba, según las supersticiones allí más esparcidas, Nerón por incendiar; y después de incendiar, gozábase con el espectáculo trágico presentado por las llamas, subiendo á las alturas y por las

moles desplomándose en lo profundo, que le hacían recordar la Troya cantada por Homero y por Virgilio. Pero si tan artista era, ¿cómo explicar que dejara perecer los cuadros más bellos y las estatuas más armoniosas del antiguo mundo heleno? ¿Cómo comprender el menosprecio á despojos maravillosísimos de todo el viejo continente congregados en la Roma imperial? Roma, ciudad esencialmente sintética, se aparecía, no tan sólo por sus leyes y por sus instituciones, como un resumen del viejo mundo, por las copiosas riquezas artísticas allí aglomeradas. Como había caído en su poder Jerusalén, cabeza de la semítica raza; como la destronada Tiro, aunque mal repuesta de sus desgracias, le había entregado la vieja Fenicia; como se llamaban tributarias suyas las islas en que naciera la escultura europea; como Atenas había pasado á la sombra de su solio, y con ella el talismán de todas las inspiraciones; cual desde las estatuas de Tebas á los esfinges de Babilonia y á las ruinas de Cartago, todo se había reunido allí en tal manera que Roma compendiaba en su Pomerium y recinto los hombres todos, cual en su Panteón los dioses; perecían bajo la pesadumbre de aquella catástrofe verdaderamente apocalíptica las más bellas obras de la humana imaginación que podían adornar con más espléndidos ornatos el planeta nuestro y recrear á un artista, enamorado sensualmente de la hermosura, pero enamorado hasta la exaltación de una demencia. Lo que había era una preocupación general respecto de la terminación del mundo, que temían muchas personas en aquel angustioso estado de la humanidad; pues mientras los estoicos adoraban la imagen de Catón en Utica por símbolo de un suicidio consolador; y los judíos aguardaban el héroe que debía vengarles con sus combates mesiánicos de Roma, abrasándola en una especie de cósmico incendio; y los cristianos escribían un Apocalipsis dentro de sus Catacumbas, en el cual habían de apagarse los rayos de las estrellas y encogerse como un pergamino puesto al fuego el cielo, ardía Roma bajo el más malvado césar que habían visto las edades, confirmando lo enorme de la catástrofe aquel siniestro y luctuoso concierto de fúnebres y apocalípticas profecías.

Así no debe maravillarnos que haya la posteridad unánimemente atribuído á Nerón el incendio de Roma, cuya primer noticia recibida en el retiro de Anzio, le sobrecogió con verdadero espanto, y

cuya vista y presencia le llevó á los delirios artísticos de antiguo connaturales con su índole y su complexión conocidas. Lo que pasó en esta ocasión, cual en tantas otras de su vida, provino de la consabida manía, por cuya virtud y obra imaginaba escenas dramáticas las escenas reales de su vida é historia. Cuando vió el espectáculo, tan terrible por lo devastador y tan bello á la vista, lejos de levantarse la conciencia moral en él, buscando la responsabilidad efectiva de aquellos que hubieran podido promoverlo por maldad nativa propia ó por odio reconcentrado á Roma, se despertó el sentimiento estético tan sólo, no viendo sino el aspecto hermoso y externo en el lado trágico, lo puramente aparatoso y teatral. Con la cabeza henchida de fábulas, con el corazón aspirando á lo imposible, con la fantasía sobrexcitada por un amor desordenado á la gloria personal en artes y letras, con los nervios descompuestos por no regirlos derechamente un cerebro trastornado de nacimiento con el vértigo de las alturas y el requerimiento continuo de las emociones, cuya índole poco le importaba, con tal que le sacudieran haciéndolo estremecer y soñar; el cuitadísimo vió en aquella desgracia reproducido el último instante de Troya, y no pensó en otro ningún resultado de cuanto veía sino en los aspectos trágico-épicos del suceso, viendo salir en sus alucinaciones de allí, junto con el coro de artistas y poetas que fijaran en las tablas con sus pinceles y en los mármoles con sus buriles y en las letras con sus estilos aquel horror, las sombras que luego llenaron de lamentos el espacio y vivieron, por sus dolores inmortales que recogieran los trágicos, siglos y siglos en el corazón y en el cerebro de nuestra humanidad. El suelo estremecido, las piedras calcinadas, lleno de nubes y de humaredas el aire, revoloteando por las alturas en trombas y espirales el fuego que ardía cada vez más y relampagueaba y tronaba como una tormenta de veras, desatados arroyos y ríos de lavas como en las erupciones del Etna, cuando todo aquello se reflejaba en la retina de Nerón y trascendía luego al cerebro, evocaba cuantas obras literarias á ese respecto vivían en el mundo y cuantos mitos y genios inventara la fértil imaginación helena, tan ducha en personificar y poner de relieve todos los grandes fenómenos, así de la sociedad como de la naturaleza, de todo el universo. Los gigantes desmedidos, que tocan en las nubes con sus

frentes; los cíclopes, armados de sus martillos, que machacan el hierro en sus yunques; los titanes amontonando montañas sobre montañas, las cuales ascienden por las alturas como fuertes sobrepuestos y escalan el cielo mismo; esos encélados del Etna, sobre cuyas espaldas gravitan los mundos; esos monstruosos polifemos cargados con sus férreas mazas; los mil abortos del abismo que pululan en todas direcciones por las llamaradas de los volcanes hoy mismo centelleantes en las orillas del Mediterráneo, aparecieron entre los rojos celajes de aquel colosal incendio, cuyos hervores y llamaradas parecían un gigantesco volcán destruyendo y abrasando la Ciudad Eterna. No mucho, pues, no mucho, si la tradición presenta en sus continuas transmisiones orales ó escritas al emperador vestido con el traje rozagante de Apolo Musejetas, al hombro la clámide, á los pies las sandalias de perlas, en la frente su verde laurel, en las manos su áurea cítara, los ojos errantes por el cielo y la voz despedida con brío de la vibrante laringe, cantando el incendio de Troya, como en el teatro, por aquellos espectáculos en que le acompañaban sus patricios y le aplaudían sus augustales, sin acordarse para nada de que perecían los mejores legados artísticos de lo antiguo y los mejores súbditos y conciudadanos mejores en aquel incendio de Roma. Podrá ser mentira ó podrá ser verdad este arrebato: á creerlo todo de Nerón autorizan sus demencias; pero es lo cierto que ha pasado así á las edades y que todos lo vemos todavía mientras Roma perece, y los romanos se queman como en un horno, y se tornan cenizas los simulacros y las reliquias que ornaban aquellos fastos eternales, quien á título de dueño todo lo poseía y dominaba, convirtiendo tal calamidad inmensa en un inmenso teatro, y tocando la cítara, que seguía y acompañaba con sus cadenciosos arpegios la épica y voluptuosa canción.

En vano corrió Nerón á Roma desde su retiro; en vano juntó los auxilios y los auxiliares que pudo para contra la calamidad arremeter; en vano abrió las puertas de sus jardines al pueblo sobreviviente y necesitadísimo; en vano extrajo de las poblaciones circunvecinas cuantos víveres pudiesen alimentar á los hambrientos y vestir á los desnudos: la conciencia pública y la historia eterna jamás lo perdonaron, y creyéndolo capaz de perpetrar tal crimen, diéronlo por consumado y le imputaron á una su espantosa ejecu-

ción. Se había quemado el palacio de pasaje que daba desde su Palatino al ninfeo de Claudio; pues lo había quemado él, según la pública opinión, recién construído, para darse la satisfacción del renuevo de su reconstrucción y restablecimiento. En su delirio por los confidentes y los aduladores, había nombrado prefecto del Pretorio á su adorado Tigelino; y como, entre los muchos edificios que ardieran, desapareció todo el barrio Emiliano, que servía de habitación á su favorito, hallaron en esto motivo nuevo para imputarle horror tan extraordinario, y creyeron que había pegado fuego á toda la ciudad sin más objeto que aquistarse los solares de unos embarazosos almacenes donde se acumulaban las provisiones pretorianas. Lo cierto es que todos juran haber visto sicarios ambulantes con antorcha en mano prendiendo fuego á los más venerables edificios y echando mechas á sus tejados para que ardiesen á una con mayor facilidad y estruendo. Es lo cierto que Nerón anduvo entre las víctimas, entre los escombros, entre las llamas, solo y sin guardias, corriendo por todas partes y en todas direcciones cual un verdadero loco. Y no dicen las historias que nadie le hubiera dirigido el menor insulto ni asestado el menor golpe. Y cuenta que hubo quien se dementó al grande horror; quien mató á sus deudos por piedad antes de que los matara el fuego con sus voracidades; quien se arrojó á las llamas de pena y demencia para no ver cómo desaparecía la Ciudad Eterna con todas sus grandezas y todas sus reliquias: cosa tan triste como si desapareciera la tierra misma bajo nuestros pies y se apagara el sol en lo infinito. Pero si todo esto resulta de los comprobantes guardados en las historias, no puede, no, desconocerse que, á medida que iban pasando los tiempos y reconstruyendo Nerón á su guisa Roma, iba creciendo la idea de que su genio artístico, así como su afán por las emociones intensas y hondas, habíanle arrastrado á incendiar la Ciudad Eterna, tan sólo por el placer de renovarla y de rehacerla. Por esta causa no debe maravillarnos que le haya dicho un gran historiador cómo había levantado sus palacios babilónicos sobre las ruinas de su ciudad. Y nadie le salva de tal imputación, que ha pasado á los siglos, quienes han castigado en el césar, no tanto aquel horroroso hecho, como la capacidad personal, primero de idearlo y luego de cometerlo. Invocó á Proserpina para que saliese del infierno á dar testimonio de su inocen-

cia; adoró á Ceres que ha representado siempre con su corona de áureas espigas la germinación universal y por ende la inmortalidad; hizo lo posible para el aplacamiento de Vulcano, á cuyas iras y venganzas se atribuyeron aquellas plagas y desastres; mandó las matronas en procesión litúrgica desde los templos romanos á las riberas marinas, y no pudo borrar de su frente maldita la terrible inculpación de haber incendiado á Roma. Veinte siglos van corridos desde tal catástrofe; y á pesar de haberse tantas exculpaciones publicado y aun apologías de Nerón, á ninguna le cupo la suerte de redimirle del tal horrible crimen; como incendiario de Roma pasó á la posteridad, para eterno castigo é infamia también eterna.

Para quitarse tal mancha creyó el emperador que debía perseguir y castigar á los culpados, con lo cual imaginábase que desaparecería cualquier sombra de recelo y sospecha. No pudo dar tras los republicanos, que componían aún en Roma formidable partido; no pudo dar tras los estoicos, que se parapetaban en el poder todavía subsistente de Séneca; no pudo dar tras los patricios y los plebeyos, pues hubiese aumentado al horror de sus males el horror de sus castigos. La soga se rompió por lo más delgado. Nerón encontró los incendiarios de Roma en los discípulos de Cristo. Por esos presentimientos innatos al genio, ningún romano de alta inteligencia y grande corazón podía desconocer que los cristianos eran los apercibidos en el plan providencial de los acontecimientos humanos á transmutar la sociedad antigua en moderna, y por lo mismo á perder esta última en todo cuanto para ella tenía de santo y perdurable. Así acusaron á una al pueblo cristiano de incendiario. Nerón los oyó. Y para demostrar que no había cometido el crimen de incendiar á Roma, ideó y perpetró un crimen mayor. Convidó en la colina vaticana, donde se dilataban sus más hermosos jardines, á una fiesta nocturna, en la cual servirían de antorchas al festín y á la orgía los cuerpos de aquellos cristianos tan aborrecidos, todos cubiertos de pez y quemados con estas horribles vestiduras parecidas á togas de fuego ardiendo. Imaginaos el dolor material de aquellos infelices abrasados dentro de resinas muy combustibles y muy vivaces para divertir al tirano del oprimido pueblo que á sí mismo se llamaba el pueblo-rey. Mientras aquellos mártires, culpados de querer purificar una sociedad perversa y deca-

dente, se retorcían de dolor y se agitaban en terribles convulsiones, dando siniestros alaridos, á los cuales subseguía el estertor de sus espantosas agonías y el estridente grito de la suprema exhalación del postrimer suspiro, iluminando con las llamas alimentadas por el jugo de sus cuerpos las hermosas estatuas clásicas y las grutas por pintadas flores, que debían aparecer como si las tiñesen reflejos rojos de sangre abrasada é hirviente, Nerón iba precedido de una procesión religiosa, por aquellas hileras de patíbulos y braseros, entre las cadencias de sinfonías acompañando á exaltados himnos, con las gitanas egipcias y las bailarinas andaluzas castañeteando sus crótalos y urdiendo sus danzas, subseguido por magos sirios que hacían sortilegios y por bacantes ebrias que celebraban el amor sensual, medio desnudo, sobre carro de marfil, del cual tiraban hermosas jóvenes disfrazadas de marinas sirenas y en torno del cual quemaban otras jóvenes hermosas, disfrazadas de náyades campestres, tal cantidad de incienso en cazoletas áureas que formaban espesa nube litúrgica en torno de Nerón y le prestaban aspectos y formas de un verdadero dios. Pero, ¡ah!, no: el Dios era, no un déspota, sino un esclavo; no un vivo, sino un muerto; no un omnipotente, sino un mártir; no quien sabía matar, sino quien sabía morir; y lejos de predicar el crimen y la venganza, levantando los ojos al cielo desde la cruz el patíbulo de los esclavos, á la hora de su mejor afrenta y amargura, intercedía con su Eterno Padre por los que mataban, dejando ese modelo de perfección absoluta vivo en el mundo para que se realizasen todos los ideales de justicia y se formara la nueva humanidad en el crisol de un amor tan enajenado é intenso por los demás, aun á riesgo de uno mismo y holacausto y sacrificio, que debería llamarse caridad, en la cual se consumían todas las escorias y de la cual se levantaba un espíritu tal que había de obrar un milagro tan grande como el que aquellos mismos hombres, devorados en el horrible tormento neroniano que ideara la omnipotencia cesarista, se habían de sobreponer á todo, y subiendo en alas de sus oraciones al mismo Capitolio donde los atormentaban, habían de dar á Roma la eternidad que no pudieron recabarle antes ni sus tribunos y césares, cuya omnipotencia material tuvo que ceder á la omnipotencia de una idea.

CAPITULO XXI

MÁS EXCESOS Y MÁS DELIRIOS

Las construcciones colosales, que subsiguieron al incendio de Roma, confirmaron el público rumor y la pública sospecha de que Nerón había quemado la capital con ánimo únicamente de restablecerla y restaurarla. El áureo palacio, levantado sobre las ruinas aún calientes, como llamaron á su hogar, aurea casa ¡oh!, argüía una demencia de verdadero déspota, como la célebre de aquellos del Oriente á quienes flagelaran el teatro griego y la Biblia hebrea. No eran los jardines adscritos al santuario del tirano aquel jardines, eran verdaderos campos, capaces de sustentar una población entera, pues no cuentan en sus espacios con términos tan dilatados de cultivo y menos de recreo las mayores ciudades. Praderas con grande horizonte, sensible, por interminables, junto á selvas incultas y espesísimas; bosques muy apañados al modo griego junto á cañaverales, donde las enredaderas y lianas parecían crecer á su grado; pajareras en que discurrían pintadas, canoras, inocentes aves, al lado de jaulas, que hacían estremecer los zarpazos y los rugidos de brutos carniceros; estanques de aguas marinas, por las cuales varios monstruos oceánicos saltaban en todas direcciones, no lejos de canales, por cuyas dulces argénteas corrientes gallar-

deaban á una con los cisnes de flexible cuello las latinas velas y los pintados gallardetes; grutas de flores que sombreaban estatuas de mármol y palacetes destinados á tal mono de Africa y á tal elefante de India y á tal tigre de Caldea; los contrastes más de bulto y relieve que pueden imaginarse, desde las umbrías llenas con los melodiosos acentos de flautas y caramillos á lo dios Pan, hasta las praderas á lo Semíramis, en que se cultivaban las plantas más exóticas, al de obeliscos y pirámides, cuyas bases ahondaban en el suelo, y cuyas cúspides, verdaderos observatorios astronómicos, con el cielo tocaban como si estuviesen apercibidos y aparejados á contar las estrellas; así eran los jardines de Nerón, que parecían, según lo rápidamente hechos y adornados, una evocación de la teurgia y de la magia, más que una obra concertada y matemática de competentes jardineros y ornamentadores y arquitectos, pues todo allí era como un verdadero milagro. Y no hablemos del palacio. Las historias cuentan y no acaban. En el área precedente á tal encantadísimo lugar se levantaba el coloso, la estatua de Nerón, gigantesca y titánica, con unas proporciones cual sólo habían tenido el coloso de Rodas y algunas por el estilo. Hacíanse lenguas los naturalistas de los metales que la componían y formaban. Su bronce, originario de Campania, mezclado con materias preciosas, parecía, resaltando ante los intercolumnios multicolores del Pentélico y bajo los cielos azules de Roma, una estatua de oro. Allí se había hecho antes una en bronce, con simulacro y efigie de Ceres, ofrecida por cierto Cassio, á quien mató su padre, receloso de que tales obras significasen una incontrastable aspiración á sublevar el pueblo y el ejército contra la República, coronándose monarca él. Merecían estatuas en la Ciudad Eterna los que habían reportado un triunfo, conseguido un premio en los juegos olímpicos, puesto en fuga tres veces á los enemigos de la patria, muerto en el campo de los combates ó en las embajadas que expedía el pueblo-rey á los pueblos enemigos. El heleno gustaba de las estatuas muy sencillas; los romanos solían ponerles corazas y petos y cascos, el traje militar. Tres mil estatuas contaron cada una cuatro ciudades como Atenas, Delfos, Corinto y Olimpias. Ienodoro, muy famoso entonces, erigió el coloso, la estatua gigantesca de Nerón. Más de cien pies tenía de altura. El modelo, que hizo en barro su autor,

ostentaba una semejanza tan grande con la cara de Nerón, que le reconocían á la simple vista y lo llamaban por su nombre los niños con sólo descubrir una estatuilla copiada del modelo. Cinco millones de reales, en el valor de nuestra moneda, costó entonces, pues tal cantidad sumaban los talentos que diera el emperador, por

Mosaico de Pompeya

traza, modelado, fundición y demás componentes del desmesuradísimo coloso, cuya corona de rayos áureos competía en riqueza y en esplendor con la corona del sol. Tras esta enormidad, vestíbulos é intercolumnos sin término, cortados por coros de estatuas sin fin, resaltando ante paredes, pintadas con frescos, representativos de varias escenas del culto y del teatro; palacios aglomerados, imitando á los conocidos en todas las regiones romanas y agotando cuanto podían ofrecer de ostentoso y llamativo las arquitecturas, así del Oriente como del Occidente; por el suelo mosaicos de tal

brillo y de tales colores que hubieran envidiado las más ricas y más varias tapicerías persas; á los costados de estos pavimentos, macetas en largas líneas, de cuyos senos se levantaban arbustos de varias formas cargados de flores; en los sitios más preciosos y destinados á mayor solemnidad, capillas de ágatas conteniendo efigies policromas, á cuyos pies lucían aras de ámbar y ante cuyos erguidos cuerpos columnas de serpentina y de granito rosa con basamentos y chapiteles de bronce dorado; en los gabinetes, incrustaciones de marfiles festonados por aristas de oro puro y embutidos de piedras preciosas, colocadas con arreglo á las supersticiones litúrgicas reinantes que daban valor mágico á cada piedra, para el verbo á los jaspes, y para el reposo y sobriedad á las amatistas, y contra las mordeduras de víboras y los maleficios el topacio; coronando tantas maravillas, amén del ópalo de Anstoma, por cuya obtención había proscrito á un senador, la sardónica de Samos, arrebatada del templo de la Concordia, y el joyero de Antridates, consagrado por Pompeyo al Capitolio, y la esmeralda que usaba para lente valiendo un imperio y la piedra única que hizo la fortuna del gran Alejandro: á todo sumábase una estancia cuya bóveda de lapislázuli figuraba la bóveda celeste, tachonada por astros de oro y brillantes que reproducían el cielo meridional y concertaban músicas de las esferas, como aquellas de los ensueños pitagóricos, en unas combinaciones demostrativas de que tal hombre quería que su hogar fuese como el resumen y compendio de la universalidad de los seres, ya que él mismo era como un compendio abreviado de todos los déspotas temidos y de todos los dioses idolatrados en este nuestro mundo. Tal aparece la nueva casa de Nerón en los libros y en los recuerdos romanos.

Allí, entre todas aquellas maravillas y todos aquellos milagros, dábase á soñar con lo imposible. Viendo el cielo girar sobre su corona y la tierra extenderse á sus plantas y los dioses vivir en su compañía, ¿qué cosa podría parecerle imposible? Lo que soñaba por la noche, en obra ponialo á la mañana siguiente. Decíanle que Dido dejara en el espacio, un día ocupado por su ciudad fenicia, tesoros y más tesoros, los cuales podían enriquecerlo á él y enriquecer á la Ciudad Eterna; pues no se paraba delante de ningún obstáculo, ni material ni moral: apercibía una escuadra y encarga-

ba de la busca é investigación del soñado tesoro á los tripulantes reunidos por la fecunda labia de cualquier embaucador encontrado por casualidad en el camino de la vida. Como todos los neuróticos y dementes, daba relieve y bulto á lo soñado, cual si lo viese con sus ojos ó lo tocase con sus manos, y libraba cuanto le pedía el gusto sobre tan imaginario tesoro, arruinándose y arruinando consigo á la ciudad y al imperio. Luego reconveníale al proyectista por la frustración de su proyecto. Y el farsante, que se le había presentado cual una cierta esperanza, visto el desengaño, tenía que apelar al desesperado suicidio, huyendo del odio de Nerón. Después pensó en buscar las fuentes del Nilo. Este río, de orígenes misteriosísimos, de curso tortuoso; con su corona de palmas que tanto lo embellecían y con los teberintos de sus orillas bajo cuyas copas tantas divinidades pasaran; enaltecido por la sombra voluptuosa de Cleopatra y santificado por los conjuros de sacerdocios prehistóricos, en cuyas aguas se retrataban las estrellas recogidas por los Ptolomeos y enumeradas dentro de su palacio para transmitirlas luego á los pueblos; ilustrado por las narraciones del gran Herodoto y por los coros de esfinges que llevaban en sus labios de granito secretos de la eternidad y de la historia; deslizándose así como el tiempo, fluyente de un abismo desconocido y desembocando en otro abismo donde se pierde y se disipa también, entre monolitos y pirámides y momias que llevan sobre sí entallados jeroglíficos, guardadores de tantas revelaciones, era propio para tentar á Nerón, curioso é inquieto por saber si estaba su manantial primero en la tierra, ó como aseguraba la tradición, provenía del monte central de la luna y desde allí se precipitaba sobre los desiertos para que todo en él fuese divino y sobrenatural. En estas imaginaciones consumía la vida y disipaba los años, eternamente soñando con locos fantaseos y con embusteras esperanzas, como en demostración de que la mente humana está en el trabajo de crear á la continua empeñada y de que los deseos y las ambiciones del hombre no se llenan jamás, ni se satisfacen, aunque abisméis en ellos lo infinito.

Mas lo que principalmente le absorbía no era su gloria científica, era su gloria literaria. Cuando tras mucho desvivirse por tocar el ideal de sus ambiciones, con puerilidades semejantes á las del niño que quiere tocar la luna, se desencantaba de un esfuerzo y de

un trabajo, volvía con empeño al circo y al teatro en pos de una corona de laurel, más apreciable á sus ojos que las coronas del imperio. Así abrió un certamen donde se proponía probar que nadie le aventajaba, ni en música, ni en poesía, tomando por juez al pueblo romano, en sitio donde cabían cien mil ciudadanos, la parte más conspicua y madura y hábil de aquella enorme aglomeración humana. Las gentes políticas de seso estaban inquietas con profunda inquietud al contemplar cuánto arriesgaba Nerón en aquellas calaveradas literarias. Siendo el primero en la tierra por su augusto poder, no estaba en el caso de bajar un escalón y presentarse como segundo é inferior en cosa ninguna. Por ganar su corona de laurel, corría riesgo tan grande como que se le cayese su áurea imperial corona de la frente. Así, dirigiéronse tales clases alarmadas al Senado y le rogaron que decretase cuantas coronas quisiese el emperador, con tal que no se presentara éste al certamen público. Accedió el Senado á ello y decretóle por solemne rescripto el premio de la poesía y de la elocuencia y de la música y de cuantas artes y letras pudiese haber en la tierra ó soñar el más exaltado magín. Pero el emperador no hacía caso de tales oficiales lauros. ¡Valiente cuidado á él daba una cámara servil que le declaraba dios, lo cual podía ser por fuera cuando miraba las cervices tendidas bajo sus pies, pero que no podía serlo cuando á sí mismo se miraba y se veía por dentro! Nerón despreciaba premios apercibidos por el Senado y los quería dictados por el pueblo. La palma que le concedía el Senado era de puro favor; necesitábala él de justicia estricta. Así hubo en el estadio donde le debían decretar el premio, como he dicho, espacio para cien mil hombres. Escríbense con suma facilidad estas cifras; pero no pueden reunirse dentro de la viva realidad sin mucho estruendo y escándalo y peligro y daño. Diríase que aquello era una inundación, según las gentes que discurrían y pululaban por todas partes. Cuando moles humanas de tal importancia y enormidad se reunen, adquieren algo de la fuerza mecánica y ciega que tienen las moles naturales. Y aplastan todo aquello que tienen delante y lo arrollan y lo destruyen desconsideradas é indiferentes. Por los callejones y por los pasadizos de la ciudad murieron muchos espectadores asfixiados. A otros los reventaron sin piedad contra las paredes y les pasaron por

encima, destrozándoles vivos, como suelen los buitres destrozar los cadáveres abandonados. Las legiones augustales de alabarderos ó claquistas, estipendiados, se diseminaron por grupos á fin de imponer las loas y los aplausos por fuerza. De los espectadores encerrados allí, no podía salir uno hasta que no se acababa toda la función. Muchos se pusieron malos. Algunas mujeres encintas malparieron, y otras, al revés, parieron robustas criaturas con felicidad. Hubo quien como muerto, á causa de un síncope semejante á una catalepsia, entró en el Espoliario. Imaginaos si aquella multitud, cansada, fatigadísima, que tantos golpes sufriera y que tantas angustias pasara, le hubiese dado por tornarse contra el emperador: lo deshacen, como un muchacho pudiera deshacer un muñeco. El célebre Vespasiano, porque se durmió y roncó, estuvo á punto de perder la vida, costando mucho trabajo hurtar su cuerpo á la ira del emperador. Danzó éste primero como una bailarina gaditana; disertó luego sobre magia y teurgia como un mago, acompañando su discurso una suave música; hizo tras esto pruebas como un prestidigitador con grande movimiento y castañeteo en los dedos; auguró presagios más ó menos ciertos en formas sibilinas llevadas de oído en oído por los heraldos colocados y distribuídos á ciertas distancias; corrió en carro de marfil y oro, tirado por una cuadriga de brutos africanos que bebían el viento; recitó versos de todos los trágicos griegos y latinos más célebres, representando los respectivos papeles con tal propiedad, que, habiendo hecho de Hércules encadenado, descendieron los mílites á la plaza para romperle las cadenas; saltó como un atleta é hizo pantomimas como el último de los bufones. Pero el pueblo, tan prostituído como su amo y que concluía por mancharse con su contacto, pues no hubiera podido hacerse aquello sin su consentimiento, reía si reía el emperador, lloraba si el emperador hacía papeles trágicos, saltaba de gozo cuando el emperador de gusto, y al fin y á la postre aparecía como el mejor y más desvergonzado de todos los farsantes. Así no había gusto extraño que dejara de apurar, ni hábito vicioso que dejara de contraer este criminal, azuzado por los públicos aplausos. Cuentan que había encargado al interior del Africa y puesto luego dentro de una jaula, en guisa de fiera, un antropófago, á quien él mismo le daba carne humana fresca en sus

desvaríos á comer y á beber sangre caliente, y que luego se vestía con las pieles de todas las alimañas más feroces, ejercitando como ellas su ferocidad, hasta trucidar personas vivas y echárselas de hiena, de tigre, de león, como si fuera un honor grandísimo esta imitación de lo más cruel que hay en la naturaleza, de los instintos carniceros.

Un espectáculo y nada más que un espectáculo dado al universo fué la entrada de Tiridates, rey armenio en Roma, presentado por Nerón al pueblo como pudiera presentar un actor. El padre de tan poderoso bárbaro asiático había unas veces asustado al mundo romano con sus amenazadoras guerras y sus conatos de conquista en batallas inenarrables por la importancia y la grandeza. Ver á su hijo en Roma prestando vasallaje coronado al emperador y al imperio, era más que un vencimiento del padre temido; era un deshonor patentísimo. Así castigábalo la Ciudad Eterna después de muerto en su posteridad y en su historia. Sus huesos en el sepulcro se hubieran removido y saltado si llegaran á penetrarse de lo que allí sucedía. Mas el desvencijado Nerón se guardaba mucho de buscar al acto este lado político; presentábalo tan sólo bajo su aspecto artístico. Comprendiéndolo Tiridates, hacía que las entradas en las poblaciones fueran como una procesión gigantesca y les costaran enormes cantidades que les traían aparejada irreparable ruina. Toda la caminata fué por tierra. Entre las supersticiones mágicas resaltaba una singular, un culto al mar que no les permitía ni hollarlo con la quilla de sus naves, ni echar en él materia de ningún género á sus aguas extraña. Tuvo que atravesar el Helesponto, y lo hizo por lo más angosto y considerándolo antes como un río que como parte del mar. Era de ver Tiridates precedido por la caballería romana; de jinetes partos acompañado, que hacían evoluciones militares verdaderamente cabalísticas, con todos los príncipes de su familia en derredor suyo, vestidos cual viejos sátrapas orientales; la reina junto á él con casco de oro, cuya visera le ocultaba y escondía el rostro; incensado como un ídolo, pasando del Éufrates al Tíber en una serie de ceremonias y espectáculos que daban á la sumisión suya el aire de una grande apoteosis religiosa con verdadero carácter litúrgico y de una sacra importancia. Cerca de un año duró el viaje; cien mil francos de

nuestra moneda costó cada día sólo al Imperio, sin añadir á esta suma las incalculables é inverosímiles gastadas por los pueblos en sus obsequios y en sus cultos. No le consideró el emperador con títulos á entrar en Roma seguidamente. Quiso hacerle aguardar en lo que podríamos llamar las antesalas de Nápoles, en Parthénope, especie de teatro, de circo, de mancebía, cuyos encantadores senos marinos mancharan los vicios de Tiberio, las demencias de Calígula, los crímenes de Nerón. Allí, á la vista del Vesubio extinto y del mar celeste celebraron los dos monarcas el primer encuentro. Tiridates hizo, al ver á Nerón, los mismos extremos que si hubiese visto á un dios. Precipitóse como los parias orientales en el polvo. Cuando Nerón le ordenó levantarse, no se irguió por completo, hincó en tierra la rodilla. Por fin, el emperador le puso á su lado y le permitió llevar signo tan manifiesto de soberanía é imperio como su espada. Un liberto de Nerón pudo mostrarle que los esclavos manumitidos por el romano césar eran más y valían más que un rey asiático, malgastando en una fiesta de gladiadores el importe de un reino. Se necesitaba que divirtiese al pueblo un monarca, y cuando pataleaban los moribundos en montón del cual salían ríos compuestos por caliente sangre, Tiridates, á guisa de Nerón, se hacía también actor, y pidiendo un arco disparaba su flecha de parto á un toro bravío, que bramaba de rabia y escarbaba el polvo en la candente arena, pasándole de parte á parte y tendiéndolo en el suelo como herido á un fulminante rayo. Terminadas las fiestas parthenopeas comenzaron las fiestas romanas. El pueblo-rey recibió al huésped coronado que ingresaba en su foro, cual hubiera podido recibir á un dios nuevo que ingresara en su panteón. Los ciudadanos revistieron todos túnica blanca, pues aquellos que no la tuvieron de su peculio privado, la tuvieron del público erario. En tanto número había guirnaldas de flores, que semejaba un templo aquel espacio. Las cazoletas litúrgicas en tanto número ardieron y tal incienso exhalaron, que llegaron á formarse nubes en los aires con las humaredas del incienso. Tales dorados se sobrepusieron á las aristas en todos los edificios, que se llamó al día del recibimiento día de oro. Purpúreos los velámenes en el teatro de Pompeyo, de oro las estatuas, de seda y perlas los trajes, de piedras preciosas los vasos en que los refrescos eran servidos á la

corte, de preciosos embutidos las armaduras, aquel espectáculo sobrepujó á cuantos diera en su larga vida de cómico y farsante Nerón. Por un capricho de su imperial arbitrariedad, dió después de la representación matinal en el teatro un almuerzo babilónico al aire libre, y después del almuerzo babilónico una carrera de carros, en la cual ostentaba el gorro y el uniforme verde. Después concedió públicamente autorización para restablecer y reedificar la ciudad de Artajarta, que uno de sus generales había destruído, como Alejandro destruyera la capital de los fenicios y Escipión la ciudad de los cartagineses. El rey de Armenia se mostró agradecido, y cuando volvió á su Estado, publicó un decreto disponiendo que la capital de su reino se llamara desde aquel entonces Neronia.

Las grandes inclinaciones del emperador á las artes plásticas le desacreditaban mucho entre los romanos, los cuales decían vulgarmente que Roma idolatraba los ídolos, pero no sentía estimación alguna por aquellos que los tallaban y los componían. La retórica, la filosofía, las letras aparecían muy dignas de respeto en su estima; pero no la escultura, no la gimnasia, no la música. Arte de gréculos, como si dijéramos de siervos, no podía placerles, y si les placía, de ninguna manera honrarles. Cuando se vieron á una convertidos en comparsas de Nerón, se capuzaron todos en las conjuraciones más tremendas para hurtar el cuerpo y no contribuir á un ejercicio que los manchaba y los envilecía. Sin embargo, la música, por quien el emperador Nerón se perdía, gozaba más favor como hermanada con la poesía. En el sentir antiguo, versos y cuerdas formaban como un enlace de armonía estrechísimo. Los idilios iban acompañados de música muy suave, y Nerón solía, no sólo decirlos, cantarlos y aun buscarlos en sus esparcimientos artísticos. Unas veces se disfrazaba de dios Pan soplando en el caramillo, y otras veces de Safo tañendo la cítara que consonaba con sus sáficos en artificioso salto de Leucades. Hasta hubo vez que se vistió de sacerdote asirio para tocar la gaita caldea. También le placía mucho el arpa y especialmente los coros. Decía Séneca en su lenguaje de antífrasis que había en los espectáculos neronianos número de cantantes superior al número de oyentes. Y para lo que más empleaba la música también el emperador era para las pantomimas, en cuyos gestos lascivos buscaba un alimento á su lujuria. La obs-

cenidad se mezclaba en tales términos á la vida de Nerón, que no quería él artes soberanas y señoras, las quería completamente rebajadas y prostituídas. No eran sus reinas, eran sus barraganas. Sin embargo, tan iluso aparecía y tales engaños respecto de sí mismo experimentaba, que se creía capaz de ganarse la vida con su voz, y consideraba que lo meritorio en él no era una corona debida en último resultado á la casualidad de haber nacido dentro de la familia imperial; era su arte, que había recibido íntegro y esplendoroso del cielo. ¡Pero si Nerón sólo hubiese cantado! Al pueblo le gustaban más otros esparcimientos y recreos. En los espectáculos de cántico y de recitado tenía que callar el pueblo; en los espectáculos del circo y del anfiteatro despedía su voz y formaba parte integérrima de la fiesta. Por eso añadió á los conciertos músicos y á las recitaciones dramáticas los demás juegos que gustaban al pueblo-rey, los cuales se prolongaban más allá del día y formaban por su frecuencia una parte casi de la vida vulgar y ordinaria. Así el espectáculo se ligaba con la política y se volvía una verdadera cuestión de Estado. El pueblo lo tomaba por un comicio donde intervenía en las cosas políticas, y el imperio lo tomaba por un medio de someter y degradar al pueblo, sabiendo cómo la degradación apareja de suyo el envilecimiento y cómo el envilecimiento siempre guarda cebos á la tiranía y alimenta el despotismo. ¡Terrible caso en verdad el ponzoñoso jugo diluído por las venas del pueblo para corromperlo, en la seguridad evidente de que se correspondían corrupcción y servidumbre!

En el valle formado por el espacio sito entre la montaña palatina y la montaña aventina extendíanse los estadios de las fiestas imperiales dadas por Nerón á su pueblo. Allí donde habían jugado en varoniles recreos sobre la espontánea hierba, tirando á la barra y á la pelota, en ejercicios higiénicos, buenos para la salud y propios para mantener la pureza de costumbres con la elevación de ideas los antiguos romanos, maullaban los tigres y panteras en tiempo de Nerón; corría la sangre humana; peleaban por el vil oro los que antes pelearan por la eterna ciudad, y se veían las estatuas, no de aquellos que habían vencido en cien combates, así á los númidas como á los cimbrios, de quienes habían llegado antes á la meta en férvida carroza ó conseguido el premio de ignominiosas competen-

cias. Los rojos y los verdes, los blancos y los azules habían sustituído á los Marios y á los Gracos. Nerón llevaba tan lejos el hábito de frecuentar los hipódromos y el gusto de adiestrar los caballos, que él, tan duro y sanguinario, guardaba las viejas cabalgaduras como si fueran viejos ascendientes, y tenía una corte completa de jinetes y de caballistas. Colocadas las cuadras imperiales al pie del Capitolio, no lejos de la Tarpeya, en sitio próximo al arco flaminio, el emperador se gozaba erigiendo simulacros en mármoles y bronces á los perros más husmeadores, á los caballos más alígeros, á los atletas más forzudos, á los jinetes victoriosos. ¿Cómo no descendían en presencia de tal profanación desde sus pedestales al suelo aquellos simulacros y estatuas de quienes consumieran sus vidas peleando por la libertad y por la patria? Uno de los asuntos poéticos á que Nerón dedicaba predilecciones, era el horrible arrastre del cadáver de Héctor, atado á dos caballos, en torno de las murallas de Troya, por su correlación estrecha con las carreras y con los circos ecuestres. Desde su niñez el emperador se inscribió entre los verdes, y desde la niñez le interesaron más las luchas de este su partido en el anfiteatro con los rojos, que las luchas de sus generales en la frontera con los bárbaros. A veces hacía que todo fuera en los combates aquellos de verde color, desde los trajes del público hasta el color de las arenas sembradas en el circo, á las cuales mezclaba partículas de oro puro y pajillas de transparente cristal. Y pasaba el día entero en estas distracciones hasta disponer que hubiese veinticuatro carreras por día en muchas ocasiones y que tomaran partido por uno de los bandos y su respectivo color las personas más autorizadas y más conspicuas. Los senadores, imposibilitados de tratar las materias legislativas, trataban las materias ecuestres; los ciudadanos, despedidos del comicio, se agrupaban en el anfiteatro según sus respectivas preferencias; y bien puede asegurarse superaban en importancia y en influjo á los Escipiones y á los Camilos y á los Cocles, representados en el mobiliario y en el Senado patrios, un flautista, un cochero, un atleta, un gladiador. Sabido esto, no parecerá exageración de poeta el indignado dicho de Juvenal asegurando que Roma se conmoviera más de haberle comunicado una derrota de los verdes en el circo que si le hubieran dicho se había perdido nuevamente la batalla de Cannas

y rugía sediento de venganza el africano Aníbal á las puertas del Capitolio.

¿Y los gladiadores? Importación etrusca, lígase con los reyes este bárbaro espectáculo. Nunca lo conoció la República en los buenos tiempos. Si había hombres inmolados en los funerales, era como un resto de los antiguos sacrificios humanos litúrgicos que sobrevivieron á la mayor extensión de cultura y sobrenadaron en la corriente y curso de los tiempos. La fiesta de gladiadores, la sangre tomada como un aroma, el combate como un drama, la muerte como un recreo, no aparecen hasta después que ha tocado Roma la última decadencia. Bajo tal estado terrible, no solamente daban estas carnicerías en festejos los jefes del imperio y los altos magnates del patriciado; dábanlas simples particulares cuando eran verdaderamente ricos. Nerón, aunque no tan aficionado á estas como á otras clases de espectáculo, llegó en sus exageraciones y demencias al punto de construir en ámbar todos los enseres necesarios para las fiestas de gladiadores. Además difería mucho de los antecesores en la calidad y número de combatientes, pues unas veces arrojaba sobre las arenas esclavos nubios de uno y otro sexo, mujeres solas que luchaban entre sí con tanto furor como los hombres, y hasta niños. Las escuelas de gladiadores veíanse llenas de gentes poderosas y nobles, que presenciaban el ensayo de los ejercicios, no faltando damas capaces de yacer con los más hermosos, y citarlos á gabinetes apercibidos y dispuestos para esta clase de goces en la escuela misma; las efigies suyas resaltaban en los jarros y en los relieves y en las piedras duras, componentes de anillos y collares, así como en los mosaicos de las salas y estrados más prominentes, que presentaban sus figuras y sus nombres cual un ornato verdadero; el ojeo para cazarlos y el mercado para venderlos aparecían permanentes, formando los ojeadores un ejército de caza y los ojeados y asidos otro de siervos, pues Augusto, entre los césares uno de los más sabios ó severos, había inmolado diez mil en sus festejos; las preseas y los arreos, que tanto encantaban los ojos, lucían en almacenes cercanos á las áreas y gustaban mucho por ser cadenas doradas unas veces, hierrecillos preciosos rematados con botones que al fuego se calentaban y enrojecían, cascos concluídos por plumajes de muchos colores que ondeaban al aire como

alas de pintadísimas aves; la disciplina en que vivían se asemejaba de suyo al cuartelamiento y á la claustración, como las materias de que se nutrían hallábanse dispuestas para prestar á los cuerpos sangre, mucha sangre que derramar sobre los pavimentos; poseíales una gran tristeza, pues hermanándose con sus compañeros hasta la identificación, veíanse luego forzados y constreñidos á herirlos é inmolarlos sin piedad alguna; grandes anuncios señalaban el día de la fiesta, y banquetes que podríamos llamar fúnebres se daban la víspera, en que acostumbraban los infelices á recitar una especie de oral testamento, y pedir con lágrimas y sollozos protección y amistad para los deudos y para los amigos que debían dejar sin recursos y sin amparo en esta vida; nubes de merodeadores y chalanes los circuían, tentándolos para cerciorarse de su robustez, midiéndolos para saber su estatura, clasificándolos para describirlos en pregones y subastas, porque la generalidad de los luchadores hallábanse á la continua en venta; maestros de sabia esgrima destinados á dirigir sus ejercicios y médicos destinados á sostener sus fuerzas los instruían en gimnasia y les ordenaban una especie de higiene instintiva, engordándolos para la muerte, cual nosotros engordamos los cerdos; las armerías para los instrumentos de su combate y las fraguas para forjar sus hierros y los grandes hospitales para recogerlos, si las heridas permitían cura, y los pudrideros para enterrarlos eran enormes y formaban como una cintura de grandes edificios alrededor de los circos; las paredes exteriores del edificio relucían bañadas con betunes multicolores, en los cuales resaltaban, al fresco pintados, juegos diversos, donde no se velaba con diminución de ningún género el horror de aquellas carnicerías y matanzas; de trecho en trecho extendíanse unas capillas dispuestas en cordón, á cada uno de cuyos ingresos había dos columnas muy gallardas, coronadas en su techumbre con trofeos guerreros; por todas partes veíanse novicios en el arte, discípulos de los veteranos, aprendices del oficio, ensayándose á matar unos en otros, ó bien metiendo sus espadas y puñales en el vientre de maniquíes y peleles; la escuela y la instrucción y la costumbre y la enseñanza y aquellas disposiciones varias que curaban desde la instrucción hasta la limpieza y el aseo, adiestrábalos al oficio, como se adiestran los halcones á la caza y los toros á la lidia, en términos de pedir el

hedor de la carne muerta como necesidad de su vida cuando tardaban mucho en expedirlos al combate y al asesinato; nerviosos unos y sanguíneos otros; valerosísimos de temperamento y robustos de complexión todos, ni las heridas les dolían, ni la muerte les amedrentaba, atisbando con ojos avizores, acometiendo con rabioso furor, matando con crueldad hasta cebarse con ensañamiento en su víctima sin haberla odiado nunca; la fiesta comenzaba por un desfile magno, en que los combatientes blandían sus espadas, cuyos filos lanzaban como centellas y chispas, saludando primero al césar, luego al sacerdocio, después al Senado, por último al pueblo que pagaba los saludos con aclamaciones delirantes, cuyo fragor apagaba los sones de las músicas; los vestiarios, casi desnudos, especie de animadas estatuas, iban á la cabeza, de sus tridentes armados, con los cuales jugaban, poniéndose á una en actitudes escultóricas; tras ellos los secutores, sus contrarios forzosos, cargados con todos los utensilios indispensables á la caza de hombres, desde los lazos en que caen los brutos hasta puñales que se clavan en el corazón de los hombres; tras los secutores, el grupo de los samnitas, cubiertos de pies á cabeza por sus escudos como las tortugas por sus caparazones y enmascarados por sus viseras, extrayendo las armas cual extraen sus áspides las víboras; tras los samnitas, los tracios, formidables por sus espadas; tras los tracios, los hospitles, encerrados en férreos cuerpos parecidos á organismos animados y ambulantes; tras los hospitles, los jinetes, caballeros en monturas alígeras y vibrando en sus manos lanzas parecidas á fulminantes centellas; tras los hospitles, los esedarios en sus carros de guerra; todos los cuales corrían unos tras otros persiguiéndose y matándose, ya en grupos numerosos, ya en formidables encuentros, obligados á cebarse porque les aguardaban al par de las execraciones públicas, semejantes á una maldición colectiva, los botones de fuego asestados á sus carnes, impeliéndolos adelante hasta que la sangre salía por los poros á borbotones, las tripas y demás entrañas manchaban el suelo, caían unos maltrechos y malheridos, agonizaban otros con estertores dulces ó violentos, quedaban los más exánimes y circundados por siervos negros, vestidos de rojo, que ocultaban las horribles asquerosidades de la matanza con paletadas de arena y asestaban algún golpe de gracia final, hasta cierto punto

misericordioso, pues en definitiva los remataba para siempre, recogiendo sus cadáveres enterradores vestidos de Mercurio, el dios que lleva las almas á los infiernos, hasta que, después de haber el público vociferado y pateado y puesto sus cinco sentidos en aquel exterminio de vidas plenas asaltadas por muertes súbitas, íbanse todos hastiados, dejando lagos de sangre por doquier y montones de carne que debían llenar aquel suelo romano de miasmas y de maldiciones sin fin, cuyos efluvios iban sobre sociedad tan proterva condensando una espantosa catástrofe.

A estas luchas bajaron en varias ocasiones altos patricios, impelidos por terribles decretos de Nerón. Y no eran las únicas cruentas. Celebrábanse luchas de animales en que, ó bien éstos mutuamente se dentellaban y herían, ó bien se juntaban al olorcillo de la carne humana y se comían varias personas lanzadas á su voracidad en el florecimiento de su vida. Otras veces, cazadores muy diestros cazaban las fieras en presencia de Nerón. Distinguíanse los partos en tales cacerías por sus flechas, y por sus lanzas los moros. Jabalíes de Lucania, osos de los Sabinos montes, avestruces del Nilo, toros de nuestra España, elefantes de India y monos de Mauritania, hipopótamos y leones y panteras ofrecían diversos y seguros blancos á los arqueros y demás diestros matadores. Hasta nueve mil bestias quedaban tendidas en aquellos ojeos espantosos que á veces duraban semanas seguidas y aun meses. Lo cierto es que Roma despobló de sus animales el Africa de tal tiempo y entró á tala y á ojeo continuos en Asia para despojarlo de fieras que llevar á sus ensangrentados redondeles. Muchos despojos de tales cazas pertenecieron á particulares; mas los leones y los elefantes, á emperadores tan sólo. No faltó entre éstos quien echara vivos en tiempo de hambre sus esclavos á sus panteras. Las jaulas se levantaban sobre pilotes en tanto número que parecían componer ciudades con calles y plazas y todo. Alguna vez llevaron los césares sus regocijados caprichos al extremo de vestir á las damas de ninfas que circuían con sus arcos á Diana y cazaban como en las edades mitológicas. Lo que más gustó á Nerón fué un tinte general de diversos colores dado á las especies que á su fiesta destinaba. Viéronse bueyes pintados de cal blanca, borregos teñidos de color púrpura, leones de doradas guedejas, avestruces

parecidos á grandes monstruos metálicos á causa del cinabrio con que cubrieran sus plumas. La doma de animales carniceros y la domesticación de animales bravos eleváronse á la categoría de verdaderas artes. Veíanse muchachos jugando sobre las espaldas de toros bravos que corrían veloces y saltaban alegres sin derribarlos nunca; ciervos ensillados y enfrenados á guisa de caballerías y soportando jinetes á pesar de su inquietud; panteras al yugo sumisas como bueyes, y antílopes enrabiados como tigres; grullas combatiendo cual si fuesen fieras, y leones amansados cual si fuesen perrillos de faldas; monos que danzaban al compás como los bailarines litúrgicos, y elefantes que solían escribir latín. Llegando la insania de aquel tiempo á holgarse con toda suerte de crueldades, solíanse presentar al diente de las fieras personas desnudas para que las devorasen, y representar con tal verdad la tragedia, que ardía el techo y perecían carbonizados los actores cuando abrasaba Medea el palacio de su rival. Bajo el suelo había tantas máquinas y artificio, que surgió en una ocasion grande navío con jardines en los cuales revoloteaban encadenadas aves del trópico y palmerales bajo cuyas palmas rugían fieras del desierto. Nada tan divertido como ver á las panteras merendándose con apetito en el anochecer varios vivos y palpitantes cristianos. Y cuando se cansaba de los espectáculos terrestres Nerón, surgían espectáculos marinos muy variados, en que los monstruos oceánicos jugaban y en que reían los romanos amigos de presenciar la muerte, agonías y ahogos y asfixias donde hallaban las emociones terribles requeridas por ellos de tales fiestas. Y en ellas, heridos unas veces, puestos otras sobre ardientes braseros, machacados bajo moles pesadísimas, enterrados vivos, cubiertos de pez, como los cristianos, y ardiendo, por los dientes y por las uñas de feroces alimañas desgarrados, morían los patricios faltos del valor necesario para desarraigar de la tierra el maldito cesarismo que así los destruía y con tal infamia los entregaba deshonrados á la posteridad.

CAPITULO XXII

CONJURACIONES Y VENGANZAS

En un subterráneo, muy poco semejante á las Catacumbas, especie de colombario hundido en lo profundo, habíanse congregado al resplandor de siniestras antorchas, cuya luz humosa no podía sino difícilmente ahuyentar la caliginosísima noche que allí reinaba, muchos romanos del origen más alto y de la más conspicua posición. Presidíales una hermosa mujer, Epicaris, cortesana muy parecida por su gracia y por su entendimiento á las célebres griegas, que tanto influyeron sobre la cultura helena y parte tan principal tomaron en el cultivo de aquellas preciosas artes. Por lo recatadísimo y aun oculto de tal sitio, por lo receloso de las gentes allí reunidas, por las miradas que se cruzaban relampagueantes, por los hondos suspiros exhalados de sus pechos, por las actitudes recelosas que tomaban sus figuras parecidas á sombras, adiviná-banse los objetos que allí los atraían, aun antes de proferir una sola palabra, pues únicamente sectas religiosas ó políticas de grandísima importancia, empeñadas en un apostolado condenable ó en una conjuración temeraria, se precaven de posibles daños con las precauciones allí vistas, bajando al seno de la noche perdurable y de los sepulcros vacíos para huir á la persecución y á los suplicios.

So la presidencia de musa como la que arriba hemos mencionado, celebraba una grande asociación de republicanos y estoicos misteriosas sesiones, preparatorias de un golpe revolucionario apercibido de antiguo contra la cabeza de Nerón, para que Roma pudiera ya redimirse, así de la dominación material del despotismo, como de la dominación moral del vicio y del placer. Contábanse allí filósofos, poetas, patricios, senadores, generales, hasta republicanos que pretendían renovar el mundo y hacer de Roma una ciudad capaz del gobierno de sí misma y dispuesta de suyo á prestar culto religioso al derecho y la libertad. Enumerando las calidades y profesiones de los allí reunidos, hemos casi enumerado las personas históricas componentes de tal asamblea: el estoico Séneca, el épico Lucano, el satírico Petronio, el patricio Pisón; Fenio, prefecto del Pretorio; Senecio y Natalio, del Pretorio también; un cónsul como Laterano, muchos otros pertenecientes á las más ricas y más poderosas clases de aquella deshonrada Roma. Desde luego había en los pocos allí congregados por desgracia dos partidos, los cuales con suma dificultad podían entenderse. El un partido aspiraba con empeño á mejorar el imperio, dándole por cabeza Pisón, de las más altas familias; el otro partido aspiraba con empeño también á destruir el imperio, reemplazándole con la república, institución destinada en su concepto á restaurar las viejas libertades históricas y devolver á cada ciudadano el honor con la libertad. A la cabeza de los que sólo querían mejorar el imperio, infundiéndole sangre novísima, se hallaba Séneca; y por lo contrario, Lucano, el cantor de la libertad, hallábase á la cabeza de los que pretendían estatuir una república en todas las viejas tradiciones, fundada y dirigida por el patriciado. Imposible, aunque Nerón diera suelta con liberalidad á todos los escritores y se conformara sin escrúpulo con las alusiones más sangrientas y con los libelos más escandalosos, imposible intentar nada en público para mejora de las instituciones: allí no había ley realmente ninguna, sino la voluntad omnímoda y completa del soberano, quien lo consentía todo y todo lo toleraba, menos un atentado á la integridad completa del poder suyo y á su libre desembarazado ejercicio. Así tenían que preservarse los conjurados á todo contacto con el externo aire y con la luz diurna, encerrándose dentro de sepulcros abandonados, muy numerosos bajo el

suelo de Roma, y desconocidos por olvidados, como únicamente accesibles á las salvajes é indómitas alimañas del campo. Así parecía que los conjurados iban allí á enterrarse para salir como redivivos al combate y ganar algo superior á la vida y mucho más valioso que la vida, su amada libertad. Por tanto, después de haber ido cada cual de un lado, siguiendo vías misteriosas, y cerciorádose todos de que nadie los seguía, comenzaron á darse cuenta de los móviles que les habían impulsado á resoluciones tan supremas y á temeridades tan extraordinarias como las que acometían en aquel momento, concentrando sus cóleras entre el abismo callado y tenebroso para estallar bajo el trono de Nerón y hacerlo saltar en pedazos. Epicaris, que presidía, fué pidiendo á cada cual sus motivos de quejas con el tirano y sus proyectos contra éste, para más comprometerlos á todos en su contra y mayor aliento prestar á las pasiones de odio que allí se condensaban, próximas á un estallido que recordaba las erupciones del Etna.

– Yo había soñado – dijo – con una Roma que resucitase los tiempos de Pericles y en la cual pudiéramos pensar y hablar como hablaba y como pensaba Platón, y me hallo con una Roma presidida por feroz tigre, únicamente ocupado en devorar las carnes y en beberse la sangre de los misérrimos romanos. En vez de aquellas academias presididas por el artista con corona que intentaba resucitar los antiguos tiempos helénicos, nos hemos encontrado con un antropófago que nos oprime y nos deshonra. Yo creo no estar reñido el temperamento de Bruto con mi débil sexo. Yo, si no hay quien remate al tirano, juro ahora mismo tomar el puñal de Harmodio y clavárselo en las entrañas. Creed en mi decisión y en mi fortaleza.

– Nadie tan extraño – dijo Séneca – cual yo, en este sitio, ni tan extrañado ciertamente de haber en él caído. Básteos saber que no recurro á tal extremidad sino después de haber sentido una desesperación sin límites y pagádole á Nerón todas cuantas deudas con él tenía contraídas. Ministro suyo tres consecutivos lustros, no podía separarme de su persona sino separándome hasta cierto punto de mí propio. Heme separado con dolor sumo, es verdad, pero con resolución irrevocable de no readherirme ni á su causa, ni menos á su persona. Por esta razón he ido ayer á verle tras un largo aparta-

miento del palacio, y díchole como no podía en adelante contar para cosa ninguna con su viejo preceptor y ministro. A los beneficios suyos el agradecimiento mío no tiene límites. Pero mi obligación para con él estaba en potencia de crecer, si podía permitirme lo que su abuelo Augusto permitió á Mecenas y Agripa, un modesto retiro. Tus dones – le añadí – exceden mucho á mis méritos, y tu favor, como el cielo, no tiene una extensión y una profundidad conocidas. Pero hay favores que pueden ser devueltos y favores que no pueden ser devueltos jamás. ¿Cómo te devolvería yo la gracia con que mantuviste mi vida y la misericordia con que levantaste mis destierros? Amén de todo esto, ¿cómo pagarte que hayas hecho de un extranjero proveniente del ocaso, un ministro á quien has puesto sobre las gradas de tu trono y en el cenit de tu gloria? Un príncipe no puede hacer más por sus súbditos, ni un súbdito más aceptar de su príncipe. Pero, entre lo aceptado, algo hay que puede con facilidad y diligencia devolverse, los dones tangibles con que has enriquecido mi hogar y aumentado mi fortuna. Como pudiste dármelos, pudiste quitármelos. Tú quieres que yo los guarde y tú debes desear en ellos reintegrarte. Quítame tal peso de los hombros. Declárate de nuevo su propietario y déjame tan sólo aquella cantidad que represente como el pan diario mío y que sea para la conservación de mi vida como el aire por mí respirable. Cuantos cuidados presto á mi fortuna, los prestaré, así que te incautes tú de ella, los prestaré por completo á mi alma. No saldré sino desnudo del palacio.

– ¿Y qué respondió Nerón á tus palabras? – preguntó Epicaris.

– Contestó – dijo Séneca – rehusando la devolución. Cerró los oídos á los encarecimientos de sus dones y de mi fortuna. Díjome que cualquier liberto me sobrepujaba en bienes, y dolióse de que siendo yo el primero en su favor, no lo fuera en sus dones también. Y coronó todas estas graciosidades rogándome no le abandonara, pues yo tengo edad aún de servirle y no tiene á su vez él edad de quedarse completamente abandonado y solo. Dicho esto, no se contentó el cuitadísimo con las palabras, apeló á los actos, abrazándome y besándome con la efusión y alegría con que un hijo pudiese abrazar y besar á su padre. Pero hacía mucho tiempo que á su pa-

lacio no iba yo, y por este respecto de mi ausencia no me dijo una sola palabra, cual si apenas lo hubiese notado: triste omisión reveladora del odio en sus entrañas latente y mal simulado por sus gestos y por sus frases. Yo me creí, desde aquel punto, desligado de su persona y ligado con las vuestras. No puedo rescatarme ante la conciencia y ante la historia del monstruo dado á Roma en mi vida, sino haciendo lo posible para encontrar en el exterminio de tal monstruo la muerte. ¡Morir! Último acto de la vida y el mayor y el más solemne y el más vital. Nuestro mundo no valdría la pena de habitado, si bajo él no se dilatara la muerte; y esta vida nuestra no valdría la pena de vivirse, si no desembocara en la eternidad. Nada se renovaría en el suelo, si la renovación universal no estuviese fiada por completo al paso desde nuestro mundo á otro mundo mejor y si el organismo nuestro no hubiese de atravesar por aquellas transformaciones que forman como una escala suspensa entre dos abismos y conducente desde lo más hondo y lo más bajo á las alturas y cumbres de lo infinito. Yo no vengo á matar, vengo á morir. Yo no busco en vuestro seno una victoria inútil, busco una muerte honrosa. No ignoro cuántas responsabilidades me pedirá la historia; no aspiro á redimirme, aspiro á excusarme. Aunque coadyuve con todas mis fuerzas al debido logro de lo que deseáis, mi triunfo está en vuestro voto. Yo no hallo á mis remordimientos ningún otro bálsamo que un perdurable sueño, en el cual no se reparen mis fuerzas, pero se repare mi memoria. Mi puesto está en el sepulcro. Lo que quiero es requerirlo con justificación y hallarlo con gloria. Podéis ó no nacer, pero hay necesidad imprescindible de morir. Pues muramos en la razón y en la justicia, muramos en Dios. Este cuerpo que veis, sólo es una imagen, y así le tengo en menos estima que la estatua esculpida por un artista en mi honra. Sus carnes no hacen otra cosa en suma que obscurecer mi alma. Sus huesos me parecen como una cadena que se ha metido en sus senos. Ya pueden quemar la carne, de sus carbones levantaráse como un aroma el alma; ya pueden romper los huesos, de sus fragmentos saldrá mi libertad. Yo quiero sacudirme la ceniza de que mi cuerpo se formara, el polvo de los caminos que dan en la inmortalidad. Ansioso de saber, he leído cuantos libros á mano encontrara, é interrogado á cuantos maestros poseen la clave del

misterio aquí en la tierra; pero hay una ciencia, de cuyos principios no puede uno informarse con certitud hasta que ha para siempre soltado su cuerpo en el campo de batalla y subido en alas de las ideas como un puro espíritu á la eternidad celeste, desde cuyas cumbres todo se descubre y todo se abraza; la ciencia del Universo, naturalmente obligado á no tener nada oculto para los espíritus bienaventurados, si han ido á su seno con las señales de redención que consigo traen una muerte de mártir, aquistada por un esfuerzo heroico en favor de la justicia.

– Tus palabras, ¡oh Séneca!, trascienden – dijo Epicaris – á fortaleza estoica, pero también á desesperación irremediable. No se trata de morir; se trata de vencer. Si por anteposición admitimos la derrota, no hay que aguardar esfuerzo alguno de nadie á favor de la victoria. Yo me las prometo muy felices. Puedo echarle á Nerón encima la flota del Miseno que ha constituído hace tiempo la deshonrosa y deshonrada guardia de sus crímenes. Hoy mismo yo sola me partiré á Bayas, donde hay materia dispuesta de suyo á la rebelión y al combate. Entregada yo desde hace tiempo al culto de la libertad, no siento en mis carnes aguijón alguno que al placer me impulse, mientras siento muchos que me impulsan al combate. Comenzaré por hablar á los jefes aquellos del deber con la ciudad á que todos estamos obligados; pero si desoyesen mi voz, oirían mis halagos, pues á todo estoy resuelta. Gobierna la escuadra hoy Próculo, y no podrá faltarme. Herido por las ingratitudes neronianas, acaricia el desquite y pretendo tomárselo enterísimo y ruidoso. Después de haber contribuído en parte principal y término primero á cosa tan difícil como el rescate de las manos de Agripina, que sin él nunca obtuviera Nerón, lo condena tristemente á un olvido ingrato. Pues ya se acordará el emperador de quién sea Próculo y ya llorará con lágrimas de sangre lo desmemoriado é ingratísimo que tiene su perverso corazón. Dejad á mi cuidado la escuadra y estad ciertos de que ni un día permanece Nerón en el trono cuando sepa que Próculo se ha levantado contra su poder en el Miseno. Doy por testigo al tiempo. Fiaos por completo de mi audacia, que no excluye la prudencia.

– Acuérdate – dijo Lucano – de cómo murieron el mártir Marco Bruto y la no menos mártir Porcia, su esposa fidelísima. Bajo

unos árboles muy verdes, junto á un arroyo muy claro, al pie de una colina muy hermosa, el representante de la República miró frente á frente su mortal agonía y su próximo traspaso del mundo este á otro mundo mejor. Tendióse por tierra y comenzó á dar alaridos en justo duelo por sus compañeros mártires. A fuer de valeroso aquel hombre no se contentó con llorar á los suyos, maldijo á los contrarios, llamando sobre sus cabezas la pena del talión. Hecho esto, dirigióse á los capitanes sobrevivientes en súplica de que le clavasen sus puñales y lo remataran allí con la mayor prontitud. Todos rehusaron. La noche venía, noche tranquila del Oriente, y se acercaban los enemigos con ella, muy anhelosos por coger la mejor de sus presas, el representante último de la libertad y de la república. Como se oyera la palabra huyamos, frecuentísima en todos los pánicos, Bruto aseguró que pensaba huir, sí, mas no por medio de los pies, por medio de las manos. Entonces ya la noche había venido sobre todos. Susurraba el arroyo, despedían aromas las plantas, zumbaban los insectos del crepúsculo, las aguas corrientes se plateaban en la incierta luz, por los cielos azules resplandecían astros innumerables y quizás innumerables aerolitos. La indiferencia del universo acabó por sublevar á Bruto mucho más que la indiferencia del pueblo. La república se acababa, y lucían los astros con claridad nueva, y se transparentaba el cielo en su divina serenidad, y las flores abrían sus corolas como para una fiesta, y entonaba el arroyo su idilio melodiosísimo, y sacudían los árboles su polen de vida y de amor. Viéndolo todo sonriente y armonioso en torno de su dolor, lanzó una terrible y desesperada negación á la virtud, y se arrojó sobre su espada, puesta en el suelo de punta, la cual, más compasiva que los hombres y los elementos, lo mató en aquel supremo y fatídico minuto. Antonio mandó el cuerpo á su madre Servilia, ceñido en sudario de púrpura y rogándole que le diese digna sepultura. Servilia lo enterró con arreglo á todos los ritos romanos. Mientras duraron estos ritos, Porcia cumplió con fidelidad sus deberes litúrgicos de viuda. Tuvo el muerto las lágrimas y las oraciones que deben acompañar á los cadáveres y que deben servir á los manes. Pero la violencia caracterizó aquella complexión de mujer. Por consiguiente, no creyó cumplidos todos sus deberes con regar de lágrimas y envolver en ora-

ciones los restos de su esposo. A la hija de Catón, á la mujer de Bruto, le atañían otras obligaciones. No se juzgaba digna de haber vivido con ellos si no acababa como ellos. Si á lo menos la muerte de ambos resultara próvida y fecunda; si con su inmolación cruenta consiguieran salvar libertad y república, todavía le tocaba vivir para verlos idolatrados por su pueblo y circuidos en justicia de la universal admiración. Pero las nuevas leyes los declaraban reos, y el pueblo no volvía por su virtud, ni siquiera tras haber visto que por el pueblo y para el pueblo habían los dos inmolado voluntariamente su vida. El afecto á todas estas reflexiones profundas consiguiente, debía ser un afecto de odio invencible hacia un mundo caído en tales injusticias. El propósito de un suicidio como el suicidio de Catón, como el suicidio de Bruto, se apoderó de aquella mujer, quien sólo muriendo se creía digna de llamarse hija del uno, esposa del otro. Pero Servilia, en cuyo espíritu el epicureismo casi nativo y el apego á las ideas cesaristas engendraran un deseo de vivir, que ciertamente la llevó hasta los cien años, no quería este duelo más en su vida y este remordimiento más en su conciencia. Púsole á su nuera una legión de atentas esclavas, á quienes encargó seguirla y vigilarla noche y día con el fin de impedir aquel innecesario suicidio. Mas Porcia heredó, entre las cualidades catonianas suyas, no solamente la resolución firmísima, la tenacidad en sus resoluciones. A mayor abundamiento, el más joven y último de sus hermanos acababa de morir en Filippos defendiendo la causa de su pueblo y de su padre. Cuando entre los cadáveres que rodearon á Bruto en la hora última se hallaba un Catón, Porcia se creía obligada por todos los afectos humanos á seguir el ejemplo de los suyos, como esposa, hermana é hija. La República no cuenta entre sus innumerables mártires ninguno de la pureza que brilla en Porcia. Los repúblicos morían todos en el mundo antiguo así que moría su causa. Ella, rica, patricia, hermosa, joven, podía prometerse aún la consideración del mundo y los amores de otro esposo. Más fuerte que todos los varones á quienes imitaba, las precauciones seguidas para evitar el suicidio agravaron la pena de su agonía y el horror de su muerte. Porcia se mató sin piedad, tragándose unas brasas. Su alma es la nube más encendida y más bella que resplandece sobre los ocasos de la libertad y de la repú-

blica. Ruégote, pues, Epicaris que, dada tu resolución de ayudarnos, tomes ejemplo de tan varonil mujer; y si has de morir, pues todo lo arriesgas en este momento y en este plan, mueras como ella.

—¿Por qué presentáis tan sólo ejemplos de muertes y no ejemplos de victorias? – preguntó Epicaris. – Cualquiera diría, no que vais al combate como los héroes, que vais al sacrificio como las víctimas. No penséis, repito, en morir; pensad en triunfar. Nos auxilia para esto el propio coraje de nuestras virtudes y el ejemplo de los crímenes perpetrados por Nerón. Unos y otros deben ser como los principales motores de nuestras esperanzas y como las bases de nuestros deseos. La fe viva en el bien que apercibimos y preparamos, debe alimentar una ciega confianza en el resultado próximo y supremo. Contemos así con que tal resultado ha de coronar nuestros esfuerzos y destruir el monstruo maculador de nuestro imperio. La virtud tiene por sí mucha fuerza, y la libertad por sí mucha virtud. El mundo no puede ya tolerar por más tiempo á Nerón. Ayudémonos del auxilio que nos presta la virtud de nuestro esfuerzo y la maldad de nuestro tirano. Si nos damos ya por vencidos, ¿qué confianza podremos inspirar á los demás, cuando no la sentimos en nosotros? Empecemos por aclamar nuestra causa y concluyamos por saber que la justicia tarde ó temprano triunfa siempre. Yo creo en los sueños, y así como Augusto soñó con la derrota de los republicanos, yo he soñado con su victoria. Séneca, ya que no pudiste con tu palabra refrenar á Nerón para que diese de mano á sus crímenes, suelta con tu palabra los que deben esos crímenes castigar, para que la providencia de los dioses resulte patente á la vista de todos y el castigo sea en proporción debida con la culpa.

— Epicaris, de todo extremo se origina un vicio. Con la excesiva confianza puedes perderte cual te pierdes con la desesperación. Todas las cosas caducan. En lo exterior diversas por su brillo, son en lo interior idénticas por su futileza. Las alturas tienen más despeñaderos que las planicies. ¡Cuán fácil, al bajar, caer! No creamos que tenemos por esposa la fortuna, sino por manceba, cambiante y voluntariosísima, capaz de vender y entregar sus favores á quien menos los merezca. Todo cuanto tenemos, diósenos de prestado. Hay, pues, que devolverlo, y lo más de préstamo la vida. Quien

olvide que debe morir, mal vivirá. No hagamos cuanto tenemos que hacer por el móvil de la vanagloria ó del innecesario lucro, hagámoslo en cumplimiento de nuestro deber. Vejamos á los gladiadores que aman la vida y aplaudimos á los gladiadores que la desprecian. Si pensamos primero en el sacrificio de nuestro ser, ningún otro nos parecerá difícil después. Vayamos al cumplimiento del deber, y no le regateemos ni una hora de vida; pues entre cualquier minuto de los tiempos y el sagrado de las tumbas, se dilata siempre corto espacio.

– Todo eso está muy bien – dijo Epicaris, que había tomado resueltamente la jefatura de aquella conspiración, – todo muy bien; pero, si hemos de morir, muramos matando, y apercibámonos á saber los instrumentos que vamos á esgrimir y los recursos que vamos a emplear en la empresa donde nos hallamos hoy metidos. Yo creo que la manera más breve de matar y más segura es la manera de Harmodio y de Bruto. A Nerón debe asaltársele, más que en el ejercicio de su poder, en la molicie de sus placeres. Y su casa de placer es Parthénope, y bajo este placer ofrece menos resistencia su voluntad y más inercia su entendimiento. Puesto que va césar con frecuencia en Bayas á la quinta de Pisón, tratándole como un príncipe, su igual, muy bien habrá de parecerme que aprovechemos tal coyuntura, matando al tirano y con él también la tiranía. No de otra suerte murió en aquel mismo sitio Agripina, sacrificada por Nerón, y no de otra suerte murió en aquel mismo sitio, predestinado para tales eventos, el siniestro Tiberio por manos del audaz mílite que sublimó á Calígula.

– ¡Ah! – dijo Pisón. – En tal proyecto no debéis contar conmigo de modo alguno. El emperador escoge mi hogar de Bayas en sus esparcimientos, confiándose á mi lealtad, y no puedo yo, traicionándolo, traicionarme, traicionar los manes de mis deudos, que se levantarían airados contra mi acción, tachándola de indigna del nombre y sangre que ostento. Matarle á un aire y á una luz que no sean el aire y la luz de mi casa, vaya en gracia; hecho será de ciudadanos sin otro recurso para reivindicar la libertad que el crimen; pero matarle sobre seguro, por la espalda, en mi mesa, devolviéndole su confianza en traiciones, no lo esperéis de quien, prestándose á tal cosa, desmerecería de vuestro aprecio y perdería to-

do derecho á la sucesión del inmolado y al aprovechamiento del triunfo. No seré yo quien degenere de sus padres, á quienes habéis reconocido el derecho de sustituir la familia de los césares en el trono de Roma. No seré yo como aquel hijo de Escipión que vió arrancado á su dedo el anillo donde grababan el nombre y busto de su padre glorioso el africano, y no seré como aquel Hortensio que dió á la prostitución su lengua, dada por su hermano á la elocuencia.

– Soy del sentir de Pisón – dijo Fenio; – debemos asignar ocasiones más propicias y sitio más apropiado á nuestros planes y propósitos. Preferible sacrificar á Nerón en la próxima fiesta de Ceres, como Bruto sacrificó á César en el Senado, que no á la manera oriental sobre un lecho y mesa de festín. Cuando las matronas salgan coronadas de rubias espigas por las calles y elevando al lucero, de donde todo surge, sus plegarias, en aquel gran homenaje á la vida, hora será de dar al cuitado la muerte y unir con la conmemoración de los bienes procurados por la siega el renacimiento de la libertad.

– Sí – dijo Montano el conspirador, á quien su atrevimiento y coraje valieran el privilegio de arremeter con el emperador é inmolarlo. – Varias fiestas hay en tal día propicias á nuestro intento. En la caza de zorros lanzados por parejas y con candelas prendidas al rabo, donde Nerón se pone fuera de sí, mirando cómo los persiguen y los destrozan los perros, ofreceráse á mi resolución temeraria coyuntura plausible y pronta.

– Perdona, Montano, perdona – dijo Escevino, dirigiéndose al conjurado que acababa de hacer aquellas proposiciones. – La mano destinada por los dioses á este sacrificio é inmolación es mi mano, para ello apercibida y dispuesta de antiguo. Yo suspendo hace tiempo á mi cinto un puñal forjado para esta suprema heroicidad, que meditamos en pro y en honor de nuestra patria. Te reconozco valor y osadía temerarios, Montano, mas no te reconozco fuerzas. Donde Cocles sostuvo la batalla del puente, y Marcelo degolló con un puñado de camaradas al rey de las Galias que tenía un ejército á su lado, y Emiliano salía el primero y solo á los asaltos en las ciudades más fortificadas, no puede haber cobardes. Tú eres, Montano, más valiente que yo; soy más fuerte yo que tú. El puñal que

llevas, no está por ningún arte mágico aumentado; el mío llegará con mayor prontitud y facilidad al corazón del tirano, impelido por fuerzas y virtudes sortilégicas. No hay, pues, que vacilar un momento: designadme á mí para sacrificador y designad mi puñal para instrumento del sacrificio.

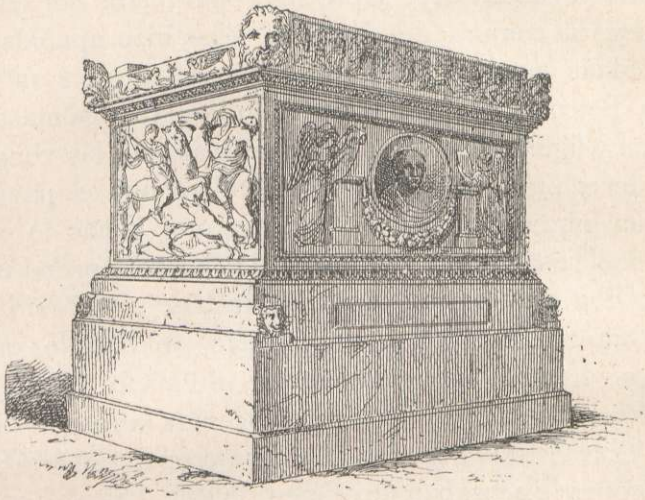
– Es necesario – dijo Fenio – apresurarnos. Doce meses han corrido desde que tuvimos nuestra primer entrevista y nada hemos hecho. Rodeados de infames delatores y esbirros, con la espada de los pretorianos sobre nuestras frentes y el veneno de Locusta bajo nuestras mesas, deberíamos apresurarnos con prisa y decidirnos con empeño al acto. Así, Pisón, en esta semana son las fiestas, y el primer día te recluirás, á la hora en que sale la procesión de Ceres, dentro del templo de ésta, y aguardarás que demos el golpe á fin de representar la libertad rediviva.

Con efecto, Epicaris se partió á Bayas desde aquella sesión del cuerpo de conjurados, y en Bayas se avistó con el desalmado Próculo. Oyó cuanto le dijeron éste, y hallóse mucho tiempo suspenso, y pesando en su interior dónde toparía con su mayor conveniencia, si en la conjura ó si en la delación, incierto, no entre la virtud y el vicio, entre dos crímenes, como correspondía con su maldita naturaleza. Por fortuna, Epicaris, muy gárrula en el relato de los hechos, callóse como una muerta en lo referente á las personas. Ni un solo nombre salió de su boca, cerrada por completo á toda debilidad. Pero el asesino, cómplice del parricidio en la tragedia de Agripina, creyendo más cierta y segura la victoria del césar que la victoria de Epicaris, delatóla seguidamente á Nerón, quien la hizo prender y llevarla con hierros á su presencia, careándola con su terrible acusador. El dominio de la cortesana sobre sí misma y el cuidado puesto por ella en evitar cualquier indiscreción salvaron á los conjurados, aunque perdieron á la infeliz que había sido hasta entonces como su cabeza. Viendo los más heroicos entre aquellos conchavados conspiradores la fortaleza del ánimo y los esfuerzos de la voluntad en una débil mujer, decidieron arriesgarse á todo un arresto y dar el premeditado y apercibido golpe sin tardanza. Pero Tigelino, el perverso ministro del césar, había metido ya su mano en la conjura y ganádose á su causa el traidor Natalio. Conferenció con éste á solas el conspirador, en quien renacieron

Harmodio y Bruto, enamorado de la libertad hasta parecerle cosa baladí un sacrificio en sus aras, y le dijo cómo se lanzaba de cabeza y á ciegas en el regicidio, sucediera lo que sucediera y pasara lo que pasara. Tal era Escevino. Así recluyóse primero en su cuarto, y dentro ya de su cuarto, en su conciencia, examinando en aquella soledad el medio de inmolar al tirano de Roma y servir su propia conciencia. No obstante hallarse de antiguo entre los que criticaban á quienes, al entrar en una conspiración, sólo hablaban de la muerte, hizo testamento. Cumplido esto, probó su puñal, encontrando la punta no tan afilada como él hubiera querido. Confiado en el brazo propio y recelando del instrumento empleado, llamó al siervo Milco para encargarle que lo aguzase. Cumplió el siervo lo mandado; pero notando las operaciones preliminares de un combate, como el apercibimiento y preparación de hilas y vendas; el hecho de haber escrito su amo los dictados que formulaban su voluntad última; los banquetes fúnebres dados á los demás domésticos y siervos en que repartiera dones parecidos á legados; las palabras incoherentes reveladoras de un plan político, el cual no podía ser sino la muerte de Nerón, desde luengos tiempos difundida por unos y aguardada por otros, fuese, movido por su mujer deseosa de lucro, al palacio de Nerón; y como no le quisiesen recibir, dió tales gritos, que conmoviendo al secretario del césar, le forzaron á recibirle y aun á llevarle ante su amo, informado así, no solamente del atentado dispuesto, de aquellos que lo disponían y preparaban. Ya no había lugar á duda: Milco delató á Escevino; Escevino, delatado, llevó junto á sí al traidor Natalio, y Natalio delató al cónsul Laterano, al futuro emperador Pisón, al maestro Séneca, que tales juramentos prestara de fidelidad, y por último al poeta Lucano, tan aborrecido por Nerón á causa de no haber podido llegar éste á la maestría é inspiración de aquél en materias poéticas. Muchas víctimas se ofrecían á la crueldad del césar, pero no bastaban al coronado antropófago: quería él río de sangre humana, quería más. Así atormentaba y sacudía sus prisioneros para que soltasen más nombres. Y como no los soltaran, acudió á Epicaris. Púsola en un potro, y le rasgó la carne, y le magulló los huesos, y le sacó de las venas sangre, para que acusase. Mas ella, recordando la imagen puesta por Lucano ante sus ojos, la imagen de Porcia,

muerta por la libertad, cogió un pañuelo, y formando con él una especie de pelota, se lo hundió en la garganta con empeño hasta el terrible ahogo, en una serenidad de ánimo, un resplandor de conciencia, una fuerza de voluntad, una resolución de intentos, una tenacidad de propósitos que hubieran envidiado muchos hombres.

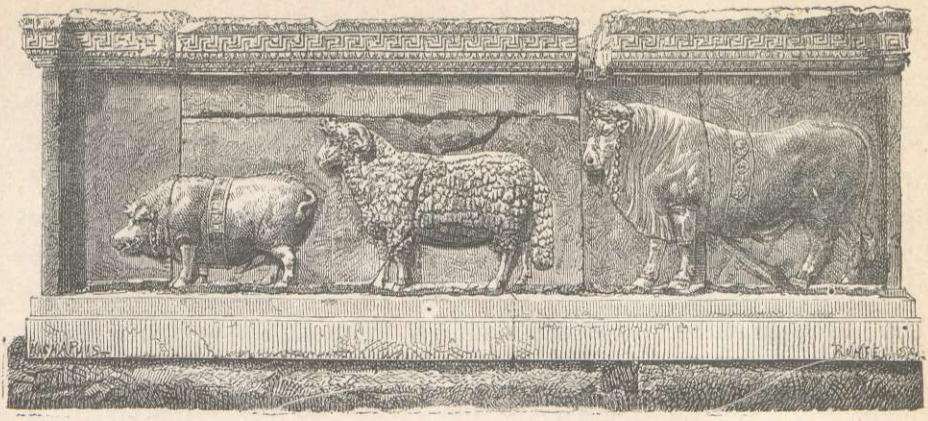
Desde tal momento la vida de Nerón se reduce á una perdurable matanza y el imperio á una inmensa carnicería. En su insania prescindía del verdugo, mandando que lo fueran de sí mismos sus víctimas. El primero designado á morir fué su pretendido heredero y sucesor Pisón. Se abrió éste las venas con dolor y se le fué la vida con celeridad. Laterano siguió á Pisón. El césar no quiso que



Sepulcro de Séneca, en la vía Apia

se despidiese de su familia é hijos; desde su sede le condujeron á la genmonia donde se decapitaba á los esclavos, uniendo á la muerte la ignominia. Séneca imitó el sublime tránsito de Catón, derramando su sangre con estoica indiferencia en un baño de agua caliente y disertando sobre la inmortalidad en el divino lenguaje de Platón. El prefecto de los pretorianos, Fenio, tuvo miedo y se acogió á Nerón; junto á éste le asieron y le degollaron cual un toro esbirros hercúleos. El tribuno Fulvio insultó á Nerón al irse hacia el suplicio, no logrando arrancar de él otra cosa que una sonrisa de menosprecio por la injuria y de gozo por la muerte, bien heroica por cierto, pues tuvo ánimo el condenado de criticar la fosa excavada para recibir

su cuerpo extinto y la escasa destreza del esbirro que le hirió. Lucano recitó los versos últimos del canto tercero de su *Farsalia*, en que pinta un soldado á quien se le huye la vida por amplias vías, inerte ya la parte inferior de su tronco, cuando aún la vida circula y palpita por su cabeza, la cual vida, muy poderosa é intensa, resiste, sosteniendo un combate la mitad del cuerpo con la otra mitad, de la cual á duras penas triunfa la muerte. Y con la última sílaba lanza también el último suspiro sin renegar un minuto del arte que le costaba la vida. Vestino daba un festín en su casa, cuando ve aparecer los sicarios, y sin pronunciar una palabra, ni proferir una queja, tiende á la espada el cuello para que lo descabecen. Con efecto, la cabeza cayó sobre su propio plato. Por temor á que reprodujera la conjura de Pisón, el césar hizo apuñalar al joven patricio Silano cuando se disponía y aparejaba éste á un voluntario destierro. Petronio, el satírico, murió en la mayor calma, disertando con gracia y ligereza después de haberse abierto las venas al mandato de un esbirro imperial, y rompiendo contra el pavimento de mármol un hermoso vaso murrino para que jamás lo poseyera y usara el codicioso Nerón. La muerte de Traseas coronó todos estos horrores. Era este un ciudadano sin tachas, un filósofo sin sofismas, un orador sin retórica, un patricio sin orgullo, un hombre honrado y virtuoso sin ostentaciones ni énfasis. Nerón, ¡ah!, no podía sufrir su virtud, pero tampoco aceptar la responsabilidad de infligir á esta virtud el castigo que á un crimen. Defirió al Senado su causa, pues le acusaban de crimen de lesa majestad y de crimen de magia negra. Mientras el Senado deliberaba sobre su destino, Traseas departía y disertaba sobre la metafísica helena con el filósofo Demetrio. En el pórtico de su casa discurrían cuando le llegó la noticia de que le habían condenado los senadores, sus compañeros, á muerte. Sin abrir el senadoconsulto que decretaba su cruel suplicio, continuó disertando sobre la naturaleza del alma y las perspectivas que se le abren hacia la inmortalidad. Y concluído esto, se dió la muerte. Nunca las crueldades de Nerón habían llegado á tal extremo. Las islas se poblaron de proscritos, y muchos ciudadanos, por no vivir en aquel tiempo de horror, se quitaron voluntariamente la vida. Sólo el suicidio quedaba de refugio contra la tiranía.



CAPITULO XXIII

EN GRECIA

El daño de Nerón, patente desde los primeros hasta los últimos minutos de su vida, consistió en las desmesuradas desproporciones entre su aspiración á la gloria inmortal del artista y los medios de lograrla debidamente. Lo medido de sus fuerzas y lo desmesurado de sus ambiciones explican la crueldad proveniente del desequilibrio entre su deseo y la satisfacción, desequilibrio generador de una rabia, la cual hacía que se revolviera contra los demás en lugar de revolverse contra sí mismo. Si naciera pobre, lograra en sucesivas experiencias convencerse del radio de sus facultades y del restricto límite hasta donde podía extenderlo. Pero, en la cumbre del mundo, rodeado por aduladores empeñados en cerrarle acerca de su mérito propio los ojos, llegó á estimarse un dios del arte, creyendo injusticia y malquerencia el inconsciente juicio de colectividades, incapacitadas del engaño individual, y sincerísimas en las tibias manifestaciones consiguientes al deseo de gloria manifestado por Nerón: que si los individuos fingen el amor siempre con dificultad, las colectividades

Aureus de Nerón

fingen siempre con mayor dificultad todavía el entusiasmo. Pudo una educación esmerada corregir la naturaleza rebelde. Mas en esto fué desgraciadísimo Nerón. Proscrito de la corte largo tiempo á causa de irremediables competencias dinásticas durante todo el reinado de Calígula; y puesto, por destierro de Agripina, su madre, á disposición de una tía, la cual poco se curaba de su pupilo, tuvo por institutores en la infancia un bailarín y un barbero. Reentrado tras la muerte del emperador enemigo bajo el gobierno y dirección de la mujer ambiciosa é implacable á quien había de deber el trono, recibió estímulos de ella para las artes con el anticipado y constante objeto de que yendo tras una corona de laurel á la continua, dejara en manos de quien le diera la vida y el imperio su corona de oro. Así nunca recibió educación de césar, sino educación de músico, de danzante, de cochero, de jugador, de caballista, de retórico, de poeta, de todo aquello que procura gloria y renombre, pero no poder y fuerza. Cuanto fué la educación primera de floja, fué la segunda de cuidada. Su madre le puso al lado, como maestro de sabia elocuencia, filósofo tan elocuente cual Séneca, y como competidor ó émulo en poesía, que aguijonease sus instintos, poeta de suyo tan afluente como Lucano. A éstos uniéronse los primeros flautistas, bailarines, pintores, atletas, retóricos, jinetes del mundo romano. Pero todos ellos exacerbaron la sed hidrópica de gloria y no le dieron satisfacción alguna. Su defensa de Troya no fué allende un débil ejercicio retórico, bien compuesto por un maestro de sabia experiencia y bien recitado por un discípulo de memoria feliz. Alegatos de vocero incipiente fueron las defensas de Bolonia en la tribuna y los discursos por la devolución de su libertad á Rodas. En cuanto á las arengas políticas, impuestas por su cargo y por los tenacísimos esfuerzos para lograrlo, todas nacieron del magín de Séneca. Las frases dirigidas en el instante de morir Claudio á los pretorianos; la oración fúnebre apologética del infeliz predecesor muerto á veneno; los programas casi republicanos dichos ante los senadores el día de su exaltación al trono por los soldados; las mil arengas en que defendía su gestión imperial ó celebraba sus personales virtudes; la notificación al Senado de su horrible parricidio, así como las justificaciones sofísticas de tan enorme crimen; los mismos elogios de Popea y de su hija, transformadas en diosas,

debiéronse á manos ajenas en su mayor parte, á manos tan hábiles en la composición y embutido de frases como las manos de Séneca. Cuando éste no le ayudaba, retenido por algún escrúpulo, conocíase lo burdo de la urdimbre seguidamente, como se conoció en la notificación al Senado del envenenamiento de Británico y las explicaciones por la prisa en su entierro y públicos funerales. Así, en cuanto Nerón leía ó recitaba cualquier arenga, decíanse calladamente al oído los senadores unos á otros: es el bueno de Séneca quien habla, luciendo sus talentos y ostentando sus virtudes. Tal vez esta intervención activa y constante del filósofo en las arengas neronianas explica por qué no aspiró Nerón á orador con el mismo entusiasmo y perseverancia que á otros tantos oficios aspirara. Y realmente parece muy averiguado que aquí la realidad se impuso á la fantasía; y no sintiéndose dentro de sí el césar con las facultades necesarias al arte oratorio, dejó tal pretensión en la penumbra de un segundo recatado término, mientras pedía con verdadera insistencia el apetecido lauro de músico, de cantante, de jinete, de actor, de poeta. Feliz arte la elocuencia, donde no caben ficciones, pues necesita ejercitarlo cada cual por sí mismo y empleando todas las facultades varias de su alma con todas las fuerzas de su voz, de su garganta, de sus nervios y sus músculos, irreemplazables é insustituíbles. Así, no cabiendo en las demás artes humanas la imponente realidad que impera en el arte oratorio, Nerón asaltó las otras, imaginando el cuitado que se rendiría el espíritu á su dominio é imperio como se había rendido mudamente la tierra.

No le pasó lo mismo en poesía. Sentíase con un poco de lumbre poética en su mollera y la tomó por todo un sol esplendente. Componía con facilidad, y con mayor facilidad aún alcanzaba el asentimiento de un auditorio compuesto por los pocos maestros que hay en todas las artes y por los muchos aficionados. Mas con sólo pararse un poco á meditar sobre los escasos fragmentos de poesía neroniana guardados en la memoria pública y sobre las noticias relativas al ejercicio de tal arte por Nerón, descúbrense las cooperaciones y auxilios prestados á quien de modo ninguno podía crecer en la soledad, que tanto ayuda de suyo al genio verdadero. Muchos de los antiguos cronistas declaran haber tenido en sus

manos las tablillas de cera donde Nerón depositaba sus inspiraciones, como depositan sus mieles regaladas en el panal transparente las laboriosas abejas. De tales observaciones transmitidas por la historia imperial, se deduce que Nerón por su propia mano trazaba las composiciones poéticas, trazándolas con esfuerzo y corrigiéndolas con rectificaciones múltiples, no sin que alguna mano hábil, pero extraña, introdujese allí su estilo, completando lo incompleto y escribiendo lo necesario. Las dos tradiciones trágicas en que puso sus cinco sentidos toda la vida, fueron *Orestes* y *Antígona*. Tal devoción les tuvo, que compuso con empeño sobre ambos dos tragedias, á pesar de haberlas trazado antes dos genios, como Esquilo y Sófocles. Se necesitaba ser loco de remate, como lo era Nerón, para pasarse la vida contemplando al parricida Orestes, quien había como él matado á su madre, aunque por amor al padre y no al imperio, circunstancia esta última en la cual mucho le aventajaba y le vencía el modelo, reo de un crimen idéntico á su crimen. El teatro antiguo tenía mucho de litúrgico, y como tenía mucho de litúrgico el teatro antiguo, nada tan propio como que Nemesis, la Justicia, fuera en sus escenas como la protagonista, infligiendo castigos y recompensando méritos, según las obras y las acciones de cada cual en el mundo. Así nada tan incomprensible como que prefiriese argumentos animados por la expiación, cuando tenía él tantos crímenes que pagar, predilección sólo explicable, ó por la presencia continua, ó por la ausencia completa en él de los remordimientos. Electra plañe la muerte de Agamenón, su padre, como el ruiseñor despojado por aleve capricho del nido en que pían sus hijuelos. Y mientras ella, la infeliz, alimentada como una perra, puesta como un andrajo en el vestíbulo de su palacio de Micenas al aire, vestida como una esclava de burdo sayal, va plañéndose, yace la madre con el asesino de su padre, traidoramente inmolado éste, y roto como un roble partido por el hacha en dos, sobre la cama nupcial de Agamenón. Virgen Electra, se subleva contra el adulterio de su madre; hija Electra, contra el asesinato de su padre. La criminal viuda de Agamenón se llama Clitemnestra. Su hija, siempre que la ve ante sus ojos, despide gritos de águila que atisba su presa, y le dice cómo aguarda venga el hijo mayor de la parricida, el esperado fuerte Orestes, en un relámpago celestial, á la ven-

ganza del padre, que no yacería invengado si ella fuese varón y tuviera fuerza para dar el golpe decretado por la justicia, es decir, por la eterna Nemesis. Al fin el aguardado en los relámpagos cae sobre la escena como un rayo y mata seguidamente á su madre, con la fría indiferencia que un sacrificador la víctima presentada en el ara de los dioses. ¿Cómo Nerón ha podido gozarse resucitando un crimen mucho menor que sus crímenes si tuviera conciencia? ¿Y qué diremos de Antígona, el modelo de madres y hermanas y novias, conduciendo á su padre ciego Edipo resignada y sacrificándose por sus hermanos Eteocles y Polinice? ¡Miradla! Bien puede un viejo palacio de monarcas ofrecerle vivienda, una corte fastuosa ostentación y lujo, los hermanos queridos parte de la corona heredada, un héroe de regia sangre su corazón y su nombre. Antígona compendia en sí todas las virtudes propias del sexo á que pertenece; y sólo ve á su padre infeliz en el mundo, porque sólo su padre necesita los afectos más vivos y los calores más ardientes de su alma, la compasión y el consuelo. Miradla joven, bella, pura, en la primavera de sus años, con el esplendor de su raza y con los timbres de su familia; miradla triste, pobre, descalza, el cabello tendido sobre sus hombros, las pupilas vueltas hacia los huecos ojos de su padre, mendigando el mendrugo diario á la limosna del viandante, y recorriendo la tierra en busca del último asilo guardado á la desesperación, en busca de la muerte. Ningún pintor cristiano ha sabido trazar una imagen de la piedad semejante á la figura de Antígona, convertida en báculo yerto y pasivo bajo la trémula mano de aquella sombra inocente y maldita que se llama Edipo. Delante del grupo formado por hija y padre va la fama gritando: «¡Parricidio! ¡Incesto!» Y en torno suyo se dilata el desierto; pues, al descubrirlos, húyelos en desatada carrera la gente, por no contaminarse con su desgracia y por no participar de sus maldiciones. El perro hidrófobo, apaleado por todo el mundo, sufrirá cuantos dolores materiales se quiera, mas no este horrible dolor moral de las afrentas, privativo del género humano, por causa de su conciencia y de su alma. He aquí por qué nos conmueve tanto la sublime figura de Antígona, porque personifica las esenciales virtudes propias de su sexo, y porque muestra cómo permanece la naturaleza femenina perpetuamente bajo la sobreposición de ins-

tituciones varias y de diversos estados sociales, idéntica por completo á sí propia, y mucho más idónea que la naturaleza varonil ó masculina para la compasión, para la caridad, para las grandiosas expansiones del alma, para el sentimiento, verdadero calor de la vida y agente cuasi divino de todos los sacrificios y de todos los heroísmos, que no se disminuyen y endulzan entre las violencias, las cegueras y los estremecimientos del combate, sino que apelan á la resignación y se conforman con dolores apenas soportables por delicadas y débiles naturalezas. Sófocles ha engrandecido y hermoseado todas estas virtudes, tiñéndolas de los esmaltes del genio y abrillantándolas en el engarce de sus inmortales tragedias. Al poco tiempo de aquel holocausto piadosísimo, la misma inflexible fuerza del destino antiguo se resiente y cede á la misericordia. Lo verdaderamente trágico en este grupo sublime de hija y padre, por todas las afrentas heridos y por todas las inclemencias del cielo probados, es la estrella esplendente y espiritual puesta sobre sus sienes y compañera de su peregrinación, la estrella de su inocencia. Y así, una voz compasiva les dice que después de haber errado tanto tiempo, clavándose todas las espinas de aquel su camino sembrado por zarzas y abrojos, obtendrá, como único ya posible consuelo, aquel infeliz maldecido por los hados, muerte y sepultura. Mas para esto se necesita que lleguen al sitio donde residen las Euménides. Hijas predilectas de la naturaleza y habitadoras de los bosques, traen á los desgraciados el consolador lenitivo de un sueño perpetuo dentro del sepulcro. Cerca ya del sitio compasivo y hospitalario que habrá de matar al triste, levántase airadísimo el viejo rey de Tebas, y dice que sus crímenes terribles no se deben á la voluntad y á la conciencia íntimas suyas, sino al hado, que se los ha impuesto con fuerza, y que, al imponérselos forzosa y violentamente, le ha, por su desgracia, hecho criminal é inocente á un tiempo. El humano albedrío se levanta en la persona del viejo Edipo, y protesta contra todos los empeños y todos los empeñados en imputarle la responsabilidad inaceptable de las fatalidades que bajan del universo entero sobre la misérrima y débil criatura. Nada tan bello como el arribo de Antígona y Edipo al valle de Colonna. Los más hermosos caballos del Atica van por allí errantes sin freno ni montura; los ruiseñores gorjean bajo la obscura

hiedra entrelazada con guirnaldas y pámpanos, con flores y frutas; por el suelo, cargado de rocío celeste, se juntan los narcisos que coronaran á los antiguos dioses con los pistilos del azafrán rojo y dorado; el olivo de glaucas hojas se mezcla con las adelfas inmortales; y mientras Baco ríe seguido por sus ninfas exprimiendo el racimo en la cuba y cantando las embriagueces de la vida, bajo las azules ondas cercanas que besan las arenas áureas, laten las Nereidas sacando sus frentes ornadas por algas, corales y perlas, entre las ondas abrillantadísimas por el resplandor de un cielo siempre luminoso y siempre sonriente, como reflejo de las hermosuras contenidas en este singular valle de Colonna, henchido y rebosante de alegría. Y al llegar allí, la plegaria de Antígona se ha oído ya en el cielo, y sus lágrimas de tal suerte se han condensado sobre la fatalidad, que han podido vencerla y redimir al ciego irredimible. Sí; una vez llegado al bosque de las piadosas Euménides, los oráculos, implacables enemigos del viejo Edipo, le dicen que su muerte será una felicidad para la tierra donde suceda, y que sus despojos llevarán á los campos que acierten á contenerlos y á las ciudades que se les avecinen próspera y benéfica suerte. Al saber esto, al saber cómo aquel hombre perseguido por los hados va pronto á convertirse de suyo en redentor, los pueblos, que lo maldecían y lo rechazaban, se disputan todos con la posesión de sus restos la gloria de su apoteosis.

¿Sería posible que Nerón arremetiese con tal hermosa leyenda, si no estuviese, repito, rematadamente loco? Recordar las desgracias de Orestes, cuyo nombre mil veces le habían sus enemigos lanzado al rostro únicamente para herirlo de muerte, traer á la escena el tipo celestial de Antígona, cuando, como entenado, consintió en la muerte del padre Claudio, donador de su corona; como hermano, envenenó á Británico, no satisfecho con haberle desposeído del poder y del derecho á la sucesión en el imperio; como marido, mató con la espada del verdugo á su primer mujer, Octavia, y de un puntapié en el vientre á su segunda mujer, Popea; como hijo asesinó á su madre. ¡Oh! Demostraba su demencia. Pero se había empeñado en alcanzar el nombre de poeta, y le sonaban sonoros á su oído preparado por el amor propio versos que á la generalidad le parecían gárrulos é incoloros, imágenes tan vulgares como la que sigue: «A cada

Granada

movimiento del ave á Cyteres consagrada, arrebolábanse las plumas de su cuello.» Nerón se sumergía en una especie de contemplación estética, y se declaraba en dementes arrebatos el primero de los poetas á sí mismo. Pero no participaban de su opinión las gentes, y como al oirlo muchas veces se sonrieran y burlaran, decretaba en sus desquites muerte irremediable á quienes le maltraían y emponzoñaban la vida. No podía en su presencia y en sus conversaciones con él mentarse á ninguno de los animales conocidos por poco inteligentes sin que se ofendiera y se alzaprimara. Quiso matar á Persio por haber mencionado en sus versos las orejas del rey Midas. Y él, en cambio, las echaba de satírico. Y en sus sátiras aparecía muy acerbo. Sucedíale naturalmente lo que sucede á todos los malvados: como conocen el crimen cual nadie lo ha conocido, pintan el crimen cual nadie lo ha pintado. En su inconsciencia de loco vejaba el cuitado al pobre Afranio por viciosísimo. La muerte de Lucano se decidió en los consejos de su conciencia el día horroroso en que Lucano escribiera con su *Orfeo* un poema superior á cuantos escribiera Nerón y se penetrara éste de la incontestable superioridad. Así trazaba versos y más versos á roso y belloso. Lo mismo cantaba el camino de Anfitrites en retorno al claro palacio de su divino esposo Neptuno, bajo las aguas rodeado de lustrosos y saltadores delfines, que la carreta donde Leucotea ponía los lienzos lavados por ella en los clarísimos arroyos de su isla. Para que nada faltase á sus atrevimientos, pasósele por las mientes una idea muy rara: poner en verso toda la historia de Roma. Cuando sobre tal argumento se habían calcado poemas tan leídos como la *Eneida* de Virgilio y los *Fastos* de Ovidio; cuando contaban los romanos en este género una obra como la del inmortal Paduano, historia semejante de suyo á un poema, Nerón quería extender el imperio de su genio hasta sobre las generaciones muertas y evocar al conjuro de su inspiración todos los inmortales héroes de su patria. Aquí encaja como anillo en dedo un recuerdo que pinta dónde ponía Nerón sus ambiciones poéticas. A todo el mundo dirigía preguntas acerca de la extensión y naturaleza del ideado libro. Entre los escritores más competentes de aquel tiempo contábase uno conocido con el nombre de Cornuto. Y como le preguntase un día el emperador acerca del tiempo que necesitaba para

componer tan magna obra y del número de libros que debían componerla, exclamó: «Has menester más tiempo que toda la duración de tu vida; y si quieres tratar con la extensión debida tamaña materia, unos cuatrocientos libros.» Nerón mandó matar al irrespetuoso, y por un rasgo de piedad, conmutó la última pena en destierro perpetuo. Como cantante, la voz correspondía con su inspiración como poeta, débiles ambas. Sus enemigos dicen que hacía llorar cuando tiraba con empeño á hacer reir y que hacía reir cuando tiraba con empeño á hacer llorar. Sus amigos dicen que al mismo tiempo soplaba y sorbía; pegaba risa y llanto á su auditorio, bien ó mal de su voluntad. Pero con esto y con todo, importunaba el cuitado al público á la continua y recogía coronas á granel. Mas no le bastaba esta cosecha en Roma; para él estaba en Grecia el campo de la gloria inmortal. Allí el templo de Apolo en Delfos, el fuego sacro en Olimpias, las nueve musas en el Pindo, las carreras de caballos esculpidas por Fidias, los premios cantados por las odas pindáricas en las carreras de carros, el apetecido laurel de Dafne por los arroyos y las claras aguas del Céfiso de que deseaba llenar su vaso murrino para convertirse de veras en una divinidad.

Los romanos sometieron á los griegos por la fuerza de sus armas y los griegos á los romanos por la fuerza de sus ideas. La captada Grecia captó á sus captadores. Así ninguna provincia les importaba como estas helénicas. Las gobernó el Senado en la república, y en el imperio los césares despojaron de tan glorioso gobierno á los senadores. Comenzó tal obra el astuto césar Octavio y la completó el astutísimo césar Tiberio. En su sabia política removió este último poco los gobernadores nombrados por el antecesor. Esta inmovilidad en él contrastaba con la movilidad senatorial y le atraía partidarios. La nobleza, incapacitada de comprender esta política, la tachaba de muy envidiosa, creyéndola en su odio al género humano resuelta por no aumentar los dichosos, ó de muy perezosa por no hacer en su indolencia nuevos nombramientos. Recelaba Tiberio de los buenos por amor á su seguridad y de los malos por amor á la seguridad del Estado. Investía un patricio célebre con estos gobiernos, y si le daba la tentación de servirlos, retenialos en Roma, demostrándoles cómo les había dado un honor y no un cargo. Prefería los enriquecidos á los necesitados, y á los

hambrientos voraces los ahitos satisfechos. Claudio devolvió al Senado la infeliz Acaya, mas recomendándole justicia por amor á la ciencia. No obstante haberse decidido los destinos del imperio en Grecia, ningún emperador la visitó adrede y por honrarla. Unicamente un príncipe de la sangre cesárea, Germánico, abuelo materno de Nerón, pasó allí algún tiempo de camino á Oriente. Lo que más fijó su atención, cual á un soldado cumpliera, fué aquel célebre golfo de Accio, donde venció al brutal Antonio el fino Augusto, cuyos trofeos de triunfo aún resplandecían en las playas. Mas no quiso irse de ningún modo al Asia sin visitar Atenas, en cuyo seno entrara, por culto á ciudad tan divina, precedido de un lictor tan sólo, cual si prefiriera el título de ciudadano en un pueblo libre al título de príncipe y general en un imperio esclavo. Pero no entró con buen pie Germánico en Atenas. El receloso Tiberio aprovechó aquella coyuntura para perseguirlo y aquella ocasión para envenenarlo. Díjole cómo Atenas entonces no estaba compuesta de atenienses legítimos, sino del rebujo de la humanidad, nunca bien legitimado, y recordándole cómo se alió este rebujo con Mitrídates contra Syla y con Antonio contra Augusto, hizo de sus homenajes á tal pueblo un delito de lesa majestad. Germánico amó á la dulce Atenas por culto á la república, y este culto merecía en concepto de Tiberio la muerte. Un año después de su visita murió el padre de Agripina, envenenado por un esbirro de Tiberio. Calígula no pudo ir á Grecia en persona, pero sí llevarse de Grecia los mejores simulacros y estatuas. El Júpiter Olímpico se quedó en el sitio donde lo colocara Fidias por no haber encontrado arquitecto que lo removiera de aquel ara, ni jornalero que ayudase á la remoción. Aunque Nerón concluyera el despojo de obras artísticas para ornamento de su áurea casa en Roma, como á cada instante llamara conocedores únicos á los griegos en música, correspondíanle á una éstos, diputándole comisionados que le ofrecían el premio de los certámenes y cuanto laurel pudiera crecer en aquel suelo y cuantas coronas tejerse por aquellos dedos que habían convertido los mármoles en dioses. No se lo dejó decir muchas veces, y tras tantos y tantos infortunios como lo habían probado y malherido; tras el incendio de Roma, en que apareció como un exterminador; tras la muerte de Agripina, en que apareció como

un Orestes; tras la inmolación voluntaria de Octavia y la involuntaria de Popea; tras aquellas conjuraciones, en cuyos incidentes no le quedó más refugio que un encierro y reclusión dentro de sí mismo, puesto que todo cuanto en Roma lo circuía le hostilizaba, corrió á Grecia, como un artista en vacación, requiriendo de su hermosura emociones nuevas que agitaran su pecho y encendieran su entusiasmo, juntamente con un teatro apropiado á sus ejercicios como atleta, y á sus porfías como cabalgador, y á sus obras como trágico, y á sus arengas como retórico, y á su voz como cantante, y á sus relieves como artista plástico, y á sus inspiraciones como poeta.

A fines del año sesenta y seis partíase de la ciudad el emperador, no en servicio y gloria de su corona, en servicio y gloria de su vanidad; no en afirmamiento de su poder político, en afirmamiento de su renombre literario; no para domar los pueblos bárbaros como un gran general, para disputar los premios artísticos como un histrión, precedido por los cinco mil augustales organizados para exaltarle y aplaudirle; rodeado de una corte compuesta por cómicos y bailarinas y atletas y músicos y maestros de gladiadores; asistido de un ejército á la verdad tan fuerte y numeroso que hubiera podido conquistar las Indias, como el ejército de Alejandro, si llevase catapultas, picas, puñales y espadas, en vez de llevar cítaras que adormecen, disfraces que humillan, flautas que recrean, arpas que encantan, caramillos que afeminan, bufones que encanallan, máscaras para ocultar el rostro, los instrumentos artísticos, buenos cuando expresan el ideal, pero pésimos cuando se juntan para servir los embustes y farsas de un criminal tirano. Grecia suspendió todos los juegos usuales en su religión y en su Estado decretándolos para el año de su arribo, aun los centenarios, con el resuelto propósito de facilitar la presencia del emperador en todos ellos y las opciones al premio con detrimento del antiguo derecho religioso y de las viejas históricas liturgias. Nerón, sin embargo, decidió descartar dos ó tres sitios de Grecia por motivos de alguna congruencia con su historia y reveladores del grande número de remordimientos que se le metían en el corazón y le adoloraban el ánimo. Borró Esparta del itinerario por creer aquellas santas leyes, que realzó el sacrificio de Leónidas, desacatadas por su pre-

sencia; borró Atenas por hallarse próxima del bosque de las furias, que asaltaron á Orestes tras la terrible inmolación de su madre; borró Eleusis por no escuchar al ingreso en sus misterios el grito terrible «¡fuera de aquí los impíos!,» resonando como un mandato de severa expulsión en su conciencia. Y entretanto, el pueblo y el Senado de Roma ofrecían todo género de votos al cielo para el debido logro de los deseos y aspiraciones del césar. Hacíanse rogativas populares por calles y plazas en ruego á los dioses de sus premios; votaban los patricios áurea estatua con peso de mil doscientas libras, que pudiera emular las estatuas más ricas y colosales de Apolo; morían á manos del verdugo unos patricios, hijo y padre, porque ostentaban el nombre de Píticos, heredado de sus abuelos, y precisaba que tal nombre únicamente lo pudiese llevar Nerón. Por su parte daba el emperador á la correría los aspectos varios, ora de una procesión gigantesca, en que desfilaba un ejército de sacerdotes; ora de una función dramática, en que los actores eran pueblos y el escenario una región entera y el asunto un poema; ora de una farsa continua, en que los dicharachos y los títeres y los juegos de manos y los escamoteos se juntaban á entremeses burlescos y farsas ridículas; ora de una carrera hípica, donde competían jinetes y carros; ora de un baile inmenso como los litúrgicos usuales en las antiguas religiones; ora de una bacanal en que ardían las antorchas sacras y sonaban los evohés provocativos y rebosaban las copas llenas de mosto y los bacantes de uno y otro sexo bailaban en un regocijo rayano con la demencia, presa todos de un delirio cuyos efluvios parecían pegarse á las cosas inanimadas, las cuales todas se estremecían á los ecos de las canciones y á los saltos del baile. Dondequiera que había una particularidad, señalábala él con una extravagancia. Como le dijeran que no se había encontrado fondo en la misteriosa laguna de Alción, echóle una cuerda larga de un estadio con plomo al cabo, la cual confirmó lo dicho, y una vez de ello cerciorado, mandó la celebración de una espantosa orgía en honor de Baco. A los tespios, que poseían una estatua del mérito por todos reconocido en el Amor de Praxiteles, robóles tan bello simulacro, dando en cambio á la Juno de Micenas una diadema de oro y un traje de púrpura. Pero en cosa ninguna se conocen los desvaríos del cuitado como en sus procederes con el

maestro de baile Paros. Túvole á su lado toda la vida. En sus lecciones aprendió cuanto en materia de danzar él sabía. Enseñóle á moverse al compás de la música y de sus instrumentos, á mover cabeza y brazos y pies con regularidad verdadera y en acompasadas cadencias, á saltar en la bacanal como un sátiro y á marchar con todas las solemnidades y todos los respetos de un sacerdote penetrando en los viejos templos; enseñóle, digámoslo de una vez, á bailar toda suerte de bailes, desde los militares hasta los religiosos. Nerón estaba contentísimo de su arte propio en Roma é iba en todos los espectáculos de tal arte siempre acompañado por su maestro favorito, creyéndose un maestro él mismo. Pero cuando fué á Grecia y pudo cerciorarse de que había secretos en la danza no revelados á su persona, gestos y actitudes por él desconocidos, figuras nunca vistas en su enseñanza, llamó á Paros, le riñó con terribles insultos, dándole con su malicia en rostro, y lo mandó desollar como reo de lesa majestad.

El sitio que naturalmente llamaba sobre todos los sitios aquellos la móvil atención del emperador era el designado por la nacional religión para templo de Júpiter Olímpico en la deliciosa región del Alfeyos. A Olimpiadas reducían los griegos sus anales históricos, y al amor de aquel templo celebraban las juntas que sabían extraer el universal espíritu helénico de todos aquellos pueblos varios y desligadas ciudades. Ningún edificio podía competir con el Partenón del Atica como éste del Alfeyos. Dórica su arquitectura y por ende severa; de mármol negro su pavimento, festonado por listas blancas, brillante como greca de clarísimo vidrio y entreverado de mosaicos, cuyas piedras se combinaban para componer con los naturales colores suyos los genios del agua y del aire y del fuego, de todos los elementos; con un hermoso triángulo por frontón, entre las líneas del cual se contenían florones dorados y trípodes airosas y la victoria con alas; de un peristilo preciosísimo, que componía mágico intercolumnio con aquellas fustes erguidas como troncos de cedros seculares; con un vestíbulo cubierto de alabastro resplandeciendo como nácares y madreperlas; contenía el tal templo al Júpiter modelado por Fidias en emulación y competencia consigo, pues sólo sus obras podían ser de sus obras rivales; Júpiter, asentado sobre un trono de negro ébano con multicolores pe-

drerías en él embutidas, el pecho y los brazos de marfil, las negras pupilas de zafiro, encerradas en ojos de brillantes, áureos los rizos del cabello y barba, en la derecha mano una estatuilla hermosa y en la izquierda un cetro de metales valiosos, parecido á un rayo fulminante; la túnica también áurea con esmaltes de flores naturales tan bien imitadas que parecía percibirse la campestre fragancia, y en las líneas del rostro una sublimidad tan alta, reunida con una gracia tan armoniosa, que lo tomaríais por la esencia divina revelada y visible, irradiando con la bondad y el amor de toda su figura los resplandores de la más entera y más estricta justicia. Delante de tal simulacro extraordinario tenía Nerón que intentar cosas extraordinarias también. De allí necesitaba extraer un premio y un lauro que lo pusiesen al nivel de Júpiter mismo en el concepto de los hombres y de los dioses. Tenía, pues, que ponerse á tan grande altura que reviviera Píndaro á cantarle sus glorias y Horacio á traducir en clásico latín los loores de Píndaro. Las férvidas arenas del olímpico estadio relumbraron cual en cielo clarísimo de una estival noche las brillantes vías lácteas. Los bosques de olivos, entrecortados por columnas de mármol pentélico, se perdían á la vista y rebasaban los límites del horizonte sensible. Nunca en su vestíbulo se aglomerara tanta gente, ni en las vecinas dependencias tantos cocheros y carros. Los griegos creían que deseaba el emperador contender de veras é iban solícitos á disputarle sus palmas. El pórtico, precedente al estadio, tenía forma de nave y entraba en el circo cual una proa en el agua. En esta proa brillaba un delfín de bronce dorado; delante del áureo delfín un águila con las alas abiertas. Por medio de un resorte subía el águila en raudo vuelo á lo alto y bajaba en pesado descenso el delfín á las aguas. Tal subida y tal bajada servían á designar el comienzo de aquella grande competencia y la entrada en liza. Los diversos estadios de aquel hermoso hipódromo estaban sembrados de obstáculos que detenían á los tímidos y espoleaban á los valerosos. Aparecía primero el temido altar de Taraxippo, que sembraba un pánico terror misterioso en los competidores y concurrentes; luego seguía la tumba del pastor Endimión, á quien Diana diera, cierta encantadora noche, hallándolo dormido en el bosque, con sus rayos argénteos, un casto beso; acabábalos una colina como de coral, por lo rosácea, que

también enardecía ó espantaba los caballos y los jinetes comprometidos en la famosa competencia. Nerón montaba un carro, del cual iban tirando diez caballos. Azotólos con suma gracia y corrieron al azote con suma celeridad, semejando por el brillo etéreo de la carroza un dios envuelto en un relámpago. Todo parecía someterse á su voluntad, cuando, llegados al primer obstáculo sus caballos, se asustaron y encabritaron y desbocaron, despidiéndole como una flecha y arrojándolo sobre las férvidas arenas. Volvió á subir, en su deseo de acabar la carrera; mas las sacudidas fueron tan violentas y tan indómitos los brutos, que lo arrojaron de nuevo por tierra. Tuvo que declararse vencido; y sin embargo, sus aduladores le concedieron el premio, más espantados que los caballos mismos en su desboque, al considerar cuán insuperable obstáculo para ellos hubiera sido el enojo é ira de Nerón.

No podía éste dejar de asistir á Delfos. El dios á quien más él se asemejaba era el dios Apolo, cuyo manto se había puesto sobre los hombros á la continua y cuya lira llevaba en las manos y cuyos rayos en las sienes como esplendente aureola. El sol, representado por divinidad tan hermosa; las cuerdas sonoras de su áurea lira; el manto parecido á los arreboles del ocaso y la túnica también análoga con los argenteos del alba; las palomas, por Júpiter expedidas á señalar el centro de la tierra, que se posaron en la solfatara de donde surgieron aquellos azufrados vapores que sugerían una inspiración desordenadísima, en la cual iban encerrados anuncios y presagios de lo porvenir; la trípode, por Hércules disputada, sobre la cual se ponía la Pitonisa para decir sus oráculos; las ideas invisibles, por aquellos aires diluídas, y el coro de bellas estatuas, alzado en su campiña, gozaban de tantos privilegios y trascendían á tal prestigio, que no pudo excusarse Nerón de visitarlos y dejar en ellos su indeleble huella.

Pero tuvo acogida bien contradictoria que le movió á bien opuestas resoluciones. En los primeros días de su estancia el oráculo se mostró muy propicio con el emperador y éste muy manirroto con el oráculo; mas como cambiase al poco tiempo y le llamara Orestes, nombre perseguidor de su conciencia y de su vida, enfurióse Nerón hasta perder la cabeza, y para vengarse compró el campo círrico, tierra sacra dependiente del templo, y arrojó á la sima de

donde partían las respuestas oraculares varios condenados á muerte, para que sus podridas carnes y su sangre venenosa extinguiesen la virtud sublime de aquellas exhalaciones litúrgicas. En Corcira, isla del mar Jonio, llegóse á Casiope, donde vestido con traje teatral, acompañándose con la cítara, cantó lo que llamaríamos hoy un aria entre forzados vítores y aplausos. Mas el principal hecho político de su viaje á Grecia fué una declaración solemne de libertad completa dada por sus heraldos en voz alta y dicha en aquellos juegos ístmicos, á los cuales iba reunido el recuerdo de los anfictionados inmortales. Y si este fuera el primer hecho político, el primero en otro género de ideas fué aquel rompimiento y apertura de la lengua ístmica en Corinto, que no ha olvidado la historia. Píndaro le llamaba en sus *Istmicas* un puente sobre los mares echado por los dioses. Tal estrechísima lengua de tierra embarazaba mucho la navegación en aquellas costas, separando las bahías de Corinto y Atenas. Mientras los navíos fueron pequeños, trasladábanlos del uno al otro mar valiéndose de una vía mecánica, la cual se llamó Delios; pero así que crecieron los navíos, tan fácil y sencillo medio se inutilizó completamente. Dos veces quisieron abrirlo en tiempos anteriores gentes poderosas, y dos veces marraran sus cálculos al temor de una inundación que sumergiese la hermosa Egina y de supersticiones las cuales anunciaban desgracias sin cuento á quien pusiera mano en tan temerario empeño. Así que Nerón vió aquellos sitios consagrados por cien sacratísimos recuerdos, empezó la obra, designando el día de la inauguración solemnemente y por sabio rescripto. La noche anterior á tal fiesta durmió en una tienda, cuya magnificencia recordaba el oriental esplendor y lujo de los persas en las orillas del Granico. Salió de la tienda vestido en traje sacerdotal y saludando en cánticos acompañados con el arpa á los dioses marinos protectores de aquellos lugares. El gobernador aqueo le presentó una paleta de oro, y con ella echó tres paletadas de cal en un hoyo y luego tres capacillos de arena llevados sobre sus augustas espaldas. Luego dirigió un discurso á los jornaleros, persuadiéndolos á trabajar con ahinco. Los condenados á muerte por todos los tribunales del imperio, los judíos que había expedido Vespasiano en número de diez mil desde Jerusalén, una porción de desterrados políticos trabajaban allí. El filósofo

Demetrio, compañero de Nerón, refiere que halló á su colega en profesión Muzonio trabajando, y como se doliera de su miseria y de su faena, díjole con humildísimo acento el desgraciado: «Prefiero cavar la tierra en el istmo como un esclavo, á tocar la flauta en el teatro como un Nerón.» Los presagios de que todo golpe asestado al istmo traía consigo un infortunio aparejado se cumplieron; y cuando acababa Nerón de inaugurar los trabajos, llególe un emisario de Roma notificándole cómo se veían relampagueos siniestros de conjura en el horizonte y á lo lejos sonaba el trueno augurando la guerra civil. Nerón mandó inmediatamente suspender los trabajos y se puso en cobro para destruir y conjurar aquellas amenazas. Sirvióle de pretexto á tan súbita resolución el temor, no tomado por él en cuenta cuando comenzara la obra, de que podría caer el mar Jonio sobre el mar Egeo, entrando con tal violencia en el golfo de Salamina que destruyera los islotes por allí diseminados en tan hermoso archipiélago. El retorno á Roma fué solemnemente anunciado. Los enemigos romanos de Nerón se conmovieron, temblando por sus vidas, al verlo venir malherido por la interrupción del viaje, amargado por las conjuras; y llenaron el aire de regocijados gritos y jubilosos vítores, llegando á decretar los senadores más hostiles al césar tal número de fiestas en acciones de gracias á los dioses por el regreso, que no hubieran podido celebrarse ni en todo un siglo.

CAPÍTULO XXIV

LOS ÚLTIMOS TRIUNFOS Y LAS ÚLTIMAS DERROTAS DE NERÓN

Entre tantas emociones de contradictorios caracteres como había pedido al arte y al vino, á lo más alto y á lo más abyecto de la vida, faltábale una: la emoción de vencedor. Había muchas veces leído en historias y epopeyas, así como contemplado en frescos y relieves, los triunfales paseos de cuantos volvían de sus campañas bajo los arcos del triunfo decretado por un gran servicio á Roma y sobre los carros del combate que hundieran las ruedas en los cadáveres de tantos enemigos muertos, como al tornar Mauricio de Grecia captada por su heroísmo y Escipión de África rendida por su constancia: necesitaba, pues, un espectáculo así, el himno de los coros, el concierto de las trompetas, el aplauso de las muchedumbres, el vítor de los soldados, el paso litúrgico so los toldos purpúreos y sobre las flores deshojadas, el humo de las áureas cazoletas donde se quemaban en carbones encendidos las olientes ramas de Arabia, el culto prestado al vencedor, como á un dios, por el reconocimiento y el entusiasmo de la patria. Cayeron á una señal de sus manos las murallas para ensanchar el recinto destinado á presenciar la victoria suya en proporciones iguales al ensanche y engrandecimiento, así de su poder como de su renombre;

salieron los pueblos, aguijoneados por la curiosidad natural de ver cómo se tributaban á un histrión honores, en otro mejor tiempo á un general victorioso únicamente atribuídos; el carro en que Augusto volviera vencedor del Oriente y del Egipto, por seis caballos de nívea blancura tirado, lo recogió y lo arrastró cual andas móviles del incensadísimo ídolo; una túnica de púrpura y oro lo vestía, una clámide celeste sembrada de áureas constelaciones y signos astronómicos iba flotando sobre sus hombros, la guirnalda del olivo de Delfos ceñía sus sienes y el premio de los juegos píticos ocupaba su diestra; dos mil heraldos le precedían armados de ornamentos diversos, á cual más encendido y multicolor, llevando en sus puños las coronas de premio sobre las cuales brillaban el nombre y carácter y origen de cada una con la fecha y lugar del concurso y competencia donde la obtuviera; el músico Dorifero, vestido de actor y con los timbres de su oficio, compartía el triunfo, yendo sobre su propio carro, cual acostumbraba el segundo general vencedor ir junto al general en jefe y primero; detrás de aquel grupo, en actitudes teatrales, apercibido y aparejado como para la escena, corrían los cinco mil augustales con las manos hinchadas de aplaudir sin tasa y las gargantas perdidas de aclamar sin descanso, gozándose con participar de sus fatigas y de sus triunfos; el suelo por donde la procesión discurría, estaba cubierto de azafrán, el horizonte velado por toldos transparentes, henchido el aire con humaredas de incienso exhaladas por pebeteros puestos sobre trípodes áureas, las casas ceñidas con floridos ramajes, las esquinas realzadas por altares ante cuyas aras inmolaban víctimas coronadas y se ofrecían sacrificios acompañados por melodiosas orquestas; mientras el pueblo, fuera de sí, contemplando, no actores, comparsas; no trofeos, instrumentos; no soldados rotos en cien combates, histriones resignados á que Nerón los venciera en el proscenio, abrazados con efusión por los descendientes de aquellos senadores que recibieran á Mario en su reingreso de vencer á los teutones y á los cimbrios, así como bendecidos con adjetivaciones de augustos, apolinos, délficos, artistas sobrehumanos, porque habían servido de compañía cómica en sus farsas innobles á un actor, desmadejado y torpe, á quien el trono sugiriera un delirio tan insano como la creencia de que por su fuerza era el cuitado un Hércules, por su

autoridad un Júpiter, por su poesía un Orfeo, por sus orgías un Baco, por su música y por su inspiración un Apolo, por el conjunto y suma de todas sus facultades intuitivas, reveladoras, sobrenaturales, etéreas, un gigante, un titán, á cuyo cuerpo se mezclaban las fibras de todas las razas, y en cuyo espíritu entraban como afluentes misteriosos el ser y la vida de todos los dioses.

Parecióle camino muy trillado á Nerón el camino de los antiguos vencedores romanos, recorrido en triunfo por haber derramado torrentes de sangre, cuando él derramaba torrentes de armonía, y lo cambió y lo rectificó para que resultase digno de victoria como la suya, sin igual en los romanos anales. Los muros al gran circo cercanos cayeron bajo la piqueta destrozados. La Vía Sacra fué desdeñada como ungida por espectáculos y recuerdos muy por bajo de los revestidos y simbolizados por la persona divina del sublimado césar. Varios arcos del Círculo Máximo fueron también arrancados al suelo para que pudiese de frente penetrar allí en línea la numerosa comitiva, un ejército de farsantes. Del circo pasó al Foro, atravesado en toda su extensión, hasta llegar á la Vía Sacra, ante la cual se detuvo, tornando con brusquedad hacia el Palatino, donde no hizo caso de Marte, poco propicio á sus devociones, entrando en el templo de los templos, en el templo de Apolo. Ancho patio de mármol blanco, rodeado por un peristilo, compuesto con gallardas columnas de mármol amarillo, precedía en guisa de atrio; cincuenta estatuas de bronce, todas ellas ecuestres, resaltaban en este atrio, puestas cada cual al lado de su respectiva columna; en contraste con estos simulacros varoniles, muy hercúleos, la hermosura femenil, representada por cincuenta estatuas de ninfas armoniosas y bellas, las vírgenes de Dánae; once gradas de jaspe abrían paso al templo, sobre cuyo frontón triangular, descansando en seis pilares acanalados, tan brillantes como si fueran de ágatas ó mármoles, lanzábase á lo infinito en áurea cuadriga el dios de la luz, como si allá en lo alto volara y se cerniera, protegiendo á la Ciudad Eterna y recordándole como un astro no apagado en los etéreos resplandores del día las bellezas y los esplendores del cielo. Entró Nerón en aquel maravilloso edificio, á cuyo alrededor acampó como un pueblo inmenso la comitiva; pero no le dejó, ni le ofreció siquiera una corona, dejándolas todas para el pueblo romano

y para sí, por lo cual puso una parte de ellas en su áureo palacio, en el circo de los juegos otra, y la mayor en el obelisco egipcio de Cleopatra, como cediéndolas al pueblo monarca y á la Ciudad Eterna. Dos mil coronas había traído. ¡Y cuántas humillaciones le costaron! En parte alguna los alabarderos habían como allí ensayado sus aplausos y loas: así resultaban de conformes y artificiales. Diríase que no era un público donde reina siempre la espontaneidad colectiva, sino un ejército disciplinado, una materia obediente. Pero, á lo mejor, ya por falta del debido ensayo y ejercicio, ya por una posibilidad absoluta de que todos obedeciesen á una consigna, sobrevenía cualquier inoportuna disonancia y se la castigaba como castiga el domador cualquier inclinación á indómita de una fiera domada. Varios griegos creían cumplir con el emperador obedeciéndole, y no se consideraban por lo mismo de ninguna manera estar obligados á que les gustara en Nerón el músico y el danzante. Así aparecían del todo contrarios á las pretensiones del césar, á quien le importaba poco que no le obedeciesen con tal que lo aplaudieran. Y caso rarísimo: por su parte había émulos y competidores oficiales del emperador, á quienes les importaba poco que les matasen bárbaramente con tal de vencerlo en público certamen. Dión Casio nos refiere á este respecto cosas curiosísimas. En los juegos ístmicos no se permitían tragedias; pues Nerón las representó. Había en estos juegos un epirota, el cual sobrepujaba mucho por su voz y su cántico á Nerón, y pedía la correlativa recompensa, el codiciado premio. Nerón le mandó á decir que callara; y en caso de cantar, le reconociera la incontestable superioridad y le decretara el superior derecho suyo al premio prevenido. Pidió diez talentos por complacerle y se negó el emperador á pagárselos. Entonces, con la suficiencia propia de quien se reconoce á sí mismo un gran mérito y sabe que traerá éste aparejado un premio, se lanzó con resolución al escenario el epirota y cantó; audacia bien pronto castigada, pues le cogen los augustales, y empujándolo hacia un pilar cercano le clavaron sus puñales en la sonora garganta. Así hacía Nerón que, no un vil heraldo, un caballero consular en persona pregonase los triunfos de su emperador y los ofreciese al género humano en su nombre. ¿Qué habían de hacer las gentes? Pues darle cuantas coronas pidiese. Reunió por tal sistema dos mil,

poco más ó menos. Había Nerón representado Edipo, Antígona, Orestes, Hércules desnudo y encadenado con cadenas de oro, hasta una mujer que va de parto, pariendo en la escena. Muy natural, por ende, lo que refieren sus historiadores. Lidio, ricacho griego, le propuso una contrata, y le dijo que si contraía el compromiso en pacto solemne de representar y tañer y bailar y cantar donde dijera su contratista, le daba en un año todas las rentas que le rendía el imperio. Nerón lo pensó unos días y luego rehusó. Pero tenía en tanto su voz, que la regateaba muchísimo, y preparándose á nuevos triunfos, con cuya gloria soñaba, fuése á Nápoles para descansar del viaje triunfal por Grecia y urdir en planes para lo futuro coronas que juntar á tantas como había recibido en homenaje á su genio.

—¿Qué día es hoy?—preguntaba Nerón al momento de encontrar en la bella Nápoles á sus dos compañeros principales de recreo, su célebre liberto Helio, á quien diera el gobierno de Roma durante su paseo por Grecia, y el músico Dorifero, á quien diera participación en su triunfo durante toda la procesión litúrgica por los principales sitios de la espantada Roma.

—Es el 19 de marzo—dijeron contando por idus, como contaban los romanos, ambos confidentes.

—¡Qué día!—exclamó Nerón,—¡qué día!

Y como si huyera de un espectro, se salió de la estancia, donde con los dos amigos departía, y se fué al jardín, corriendo en él desde un lado á otro, cual si fuera presa el cuerpo suyo de una epilepsia y el alma de una demencia.

—¿Por qué ha corrido así?—le preguntó el buen Dorifero á Helio, viendo los estremecimientos que sacudían al desgraciado emperador.

—Pues hoy es el día—dijo Helio con timidez—en que murió Agripina.

—¡Ah! ¿En que murió? Bien..... Está bien..... ¡Cómo lo siente! ¡Qué buen hijo!

Y los dos se miraron á esta reflexión de uno y se sonrieron por instinto.

—Traedme la pelota—dijo Nerón huyendo del jardín y reentrando en la estancia.

– Que vengan los jugadores de pelota – mandó Helio inmediatamente.

– Una observación, césar, una observación – díjole Dorifero: – vas á sudar, y si sudas, con este tiempo vario de marzo vas á constiparte y enronquecerte.

– Cierto, cierto.

– Juguemos á los dados.

– Perfectamente.

– La pelota en verdad pide mucha violencia, y la violencia pudiera traerme mucho daño. Cada vez me hallo más convencido de que nadie nació en el mundo con una voz como la mía. Pero, de tanto usarla en Grecia, siéntola un poco resentida. Por eso no he querido hablar en el Senado y con el Senado me carteo. Por eso heme puesto unos pañuelos en torno de la garganta, impenetrables al externo aire. Por eso he venido al dulce clima de Nápoles buscando la paz del alma y el reposo necesario tras tantos esfuerzos por los laureles recogidos en Grecia. Juguemos á los dados. Quiero en este día distraerme. No quiero pensar en nada, no quiero recordar cosa ninguna, no quiero acordarme de nadie.

– Bien hecho – dijo el liberto.

– Bien dicho – añadió el músico.

Y se dieron al juego de los dados con ardor.

– Ganaste la partida – exclamaron tras un largo rato de silencio los dos jugadores dirigiéndose al emperador.

– Pues no me parece tan mal día éste como yo presagiaba – decía para sí Nerón, cual si estuviera solo y hablara solamente consigo. – ¡Los augures! No pude hacer sino lo que hice. Yo no soy culpado. Tú me habías instruído en los secretos del Estado. Tú me habías dicho que si Júpiter se opusiese á la omnipotencia del césar, habría que concluir con Júpiter, por el puñal, por el veneno, por cualquier medio. Yo soy esclavo del destino, al ser dueño del mundo. ¿Cuántas horas van pasadas del día?

– Juguemos otra partida á los dados – dijéronle sus dos compañeros para distraerle y divertirle.

– Juguemos – dijo Nerón maquinalmente.

Y jugaron, y nuevamente ganó el emperador.

– No es tan mal día, puesto que siempre gano.

– Los dioses sean loados – dijo el liberto.

– Ganas por la inteligencia – el músico añadió.

En esto entraron una porción de domésticos y dijeron que acababa de llegar del Palatino un correo, echando lumbres, pues traía muchas y muy graves noticias, cuyo conocimiento era indispensable al emperador.

– ¡Noticias! Me persiguen por todas partes las noticias. Más quiero habérmelas con una nube de dardos que con una nube de nuevas. Lo primero que hice al salir fué con suma oportunidad encargar á la secretaría que no me hablasen de cosa ninguna y no me dijesen nada en absoluto de cuanto sucediera, haciendo los secretarios su voluntad por completo.

– Grave será la cosa que traen, cuando turban el reposo que necesitas – dijo á Nerón Helio.

– Veamos.

Y el enviado entró, abriendo Nerón las tablillas que traía con grande apresuramiento.

– ¿Qué hay? – le preguntó Helio al ver que palidecía.

– Nada – dijo Nerón, reponiéndose del primer desagrado y lanzando una larguísima carcajada. – ¿Pues no se ha sublevado contra mí Vindex, el gobernador de las Galias? ¡Fatuo! ¡Si creerá que por descender de régulos allá en Aquitania puede su barbarie alzarse con el imperio romano! Me alegro mucho de que tal haya hecho. Un poco desdinerado por mi viaje á Grecia, que me sale á la cara con atrasos y apuros ahora, veréis cuánto tardo en penetrar á saco por aquellas ricas provincias y traerme un botín entre las uñas de mis rapaces águilas. Que ya proveeré, contéstales, Helio, á las gentes de Roma.

– Cumpliré las órdenes.

– Acompáñame, Dorifero, al circo. Veremos los ejercicios atléticos y nos distraeremos un poco. Ya me dijeron astrólogos ignaros que sería destronado, y les dije cuán poco me importaba, pues un artista como yo tiene un trono de gloria y un pedazo de poder en todas partes. Yo puedo contratarme cuando quiera. El potentado Lidio me propuso un día contrata por la cual yo tenía más lucro y provecho que siendo emperador de Roma. Jamás he creído perder nada, ni desconfiado de recuperar un objeto cualquiera que

se perdiese. Ya dije cierta vez en un naufragio, viendo cómo los peces devoraban objetos preciosos en las aguas sumergidos, que los mismos peces habrían de devolvérmelos.

Y con efecto, se fueron como buenos camaradas al circo, donde los aclamaron en vociferaciones ardorosas, y estuvieron observando cuanto sucedía sin muestra de ningún embargo del sentido, y como si todo cuanto en torno suyo pasaba fuese lo más natural y simple y lógico del mundo. Una ligera perturbación de las que acompañan á todos los imperios, como acompañan los terremotos y demás estremecimientos terrestres á las grandes alturas volcánicas. Después del juego de dados los juegos de atletas, después del circo de atletas la cena orgiástica del palacio, después de la cena orgiástica del palacio los placeres del lecho, después de los placeres del lecho un sueño á pierna suelta sin ensueños: diríase que nada pasó en el mundo.

Los móviles aguijoneadores del acto de Vindex no eran de carácter universal, eran de carácter particular y privado. Nerón, mal administrador, en sus gastos larguísimo, incapaz de ninguna economía, derrochaba todo el oro invenido en las rentas del imperio, y así husmeaba y atisbaba donde un rico existía para desbalijarlo como un salteador, y secuestrándolo, quedarse con su persona y con su hacienda. Vindex era de abolengo noble y rico en aquellas regiones aquitanas tan feraces y que producían cosechas tan cuantiosas. Nerón deseaba heredarle. Y cuando Nerón deseaba heredar á cualquiera, bien podía el requerido y sitiado por su deseo imperial creerse muerto. Para burlarlo, apeló el galo á un expediente contado por el naturalista Plinio. Las cocciones de comino tomadas en ayunas prestan al rostro una palidez mortal. Y esta palidez mortal convenía mucho al patricio aquitano, porque le hacía pasar por moribundo, con lo cual de Nerón lograba una espera que no hubiera nunca tenido éste de hallarse con una persona robusta dotada de fuerte salud y vida larga. Cuando le veía con amarillez de cadáver fiaba el emperador á las paciencias del tiempo aquello que le hubieran dado súbitamente los reprobables medios del crimen. Así, con esta treta de la víctima, el sacrificador aguardaba, y el amenazado vivía. Pero no le pasaba lo mismo á su región. Opresa por la tiranía neroniana y exhausta por las terribles exacciones

consuetudinarias del tiempo, deseaba sacudir el yugo alzándose con resolución y denuedo en armas por la libertad. El aquitano escuchó los clamores de la patria y urdió los hilos de la conspiración. Muy astuto y experto, reconoció los límites hasta donde podía su ambición extenderse, y no los traspasó en proyecto y plan alguno de los por él traídos entre manos contra Nerón. Separó con una profunda separación el emperador de su imperio. Y maniobró contra el uno en defensa del otro. Su estirpe gala y su condición extranjera le dañaban: buscó para sustituir á Nerón un pretendiente que fuese romano, y encontró á Galba, quien, regalón y anciano y poderoso, de todo empeño político se abstraía en abstracción egoísta. Pero fingía ideas y costumbres republicanas. Cuando Calígula murió, le ofrecieron las legiones el imperio y lo rehusó, respondiendo que á quien debían cedérselo en verdad era sin reservas á la Ciudad Eterna. Todo césar sospechaba más del pretendiente capaz de sustituirlo que no del republicano capaz tan sólo de dirigir á los dioses platónicos votos por la república romana. Galba, gobernador de la España tarraconense, hallábase como en una proscripción en su gobierno. Pero quien le siguiera los pasos y le observara con cuidado, enterárase de cómo en los últimos tiempos de Nerón soñaba en sus adentros con el imperio, pues permitía libertades á la palabra no consentidas antes, y adrede administraba mal con el propósito y fin consiguientes de añadir justificación verdadera con las quejas á los premeditadísimos actos. Hallábase Galba en la presidencia de una grande asamblea por aquí, por Cartagena, cuando Vindex lo instó á dar su nombre al movimiento, que aceptó sin vacilaciones y reservas, exponiendo todos los crímenes perpetrados por el emperador y diciendo cómo la justicia requería que trajesen aparejado un castigo del cual hacía su nombre y su persona instrumento. Entre los romanos gozaban de mucho crédito los presagios. No sabían ellos la implacable regularidad en los conciertos de la Naturaleza existente y la fatalidad con que sus leyes se cumplen, del todo ineluctables, y nada cuidadosas ni de nuestros intereses ni de nuestros destinos. Pero, creyendo á la Naturaleza con entrañas, madre cariñosa y tierna, concentrada toda ella en el cuidado de las criaturas, ó entre las criaturas, del hombre, su hechura predilecta, imaginaban una correlación entre

los astros lejanos y nuestra suerte propia, como entre los hechos naturales y los hechos humanos que producían quiromancias, astrologías, oráculos, presagios, augurios, agorerías, auspicios, una correlación entre lo animado y lo inanimado, rota por la ciencia en sus revelaciones acerca de la máquina del Universo, que cum-

Galba, sucesor de Nerón (busto del museo de Nápoles)

ple sus leyes y mueve sus resortes sin acordarse para nada de nosotros, sujetos á su mecánica y á su fuerza. Pero como creían las antiguas gentes lo contrario, así que les pasaba cualquier cosa, referíanla sin vacilar á hechos anteriores, tomándolos por nuncios de lo sucedido, y generaban por este sencillo método augurios y presagios. El grito de un humilde centurión, plantando la bandera de su cohorte propia en la plaza de los comicios, impidió el traslado á Veyas de Roma tras el incendio pegado á la ciudad por las

irrupciones galas; el tropezón y caída de Camilo tras los ruegos á Júpiter pidiéndole cayeran sobre sus hombros las desgracias prevenidas y aparejadas contra Roma por su providencia, precedieron á la condenación del gran patricio; Paulo Emilio extrajo de un hecho tan baladí como la muerte de su perrita persa el horóscopo de un presentimiento tan grande como el que le anunció su victoria sobre Perseo; Mario huyó á la cólera de Syla, observando en su refugio de Minturo cómo un asno despreciaba la pradera del pasto y corría en busca del pilón de la fuente, á lo cual abandonó el campo y se fué al mar, salvando así la vida; Bruto conoció su derrota en Filippos de un modo muy particular, queriendo recordar la *Ilíada*, sólo apareció esta frase á su memoria: «La suerte y Febo han resuelto mi perdición,» como que dieron por consigna el nombre de Apolo á sus legiones Augusto y Antonio el día que lo derrotaron y lo perdieron. Imposible no le sucediese algo parecido á un cuitado tan infeliz como Nerón, imposible. Así los oráculos á una le dijeron que desconfiase del año setenta y tres. Este número de años tenía Galba y él no se acordaba, por lo cual tradujo la recomendación del oráculo á los treinta y un años no cumplidos, porque viviría hasta los setenta y tres con felicidad, y solamente de tal año tenía que ocuparse y contra tal año que apercibirse y disponerse; á lo cual debió ocurrírsele algo parecido á lo nuestro de «si tan largo me lo fiáis, puedo echarme á dormir.» Pero el número setenta y tres se refería de suyo al número de años que contaba quien había de suceder á Nerón en el imperio. Y no le cabía ni por pienso tal cosa en las mientes á Nerón. Pasó más de una semana tras la infaustísima nueva, y no dijo nada, cual si no sucediera nada en su imperio. Solamente cuando los correos le llevaron carteles y programas del insurrecto, en que le llamaban mal músico, se conmovió, y tomando su estilo trazó una carta, en la cual decía con mucha retórica y mucho palabreo al Senado que un irreverente y embustero se había levantado en armas contra él y díchole mal cantante, cuando el Universo entero, según se había visto en su viaje á Grecia, estaba hechizadísimo de su voz y transportado á las melodías despedidas por los arrullos de su áurea cítara. Y para desautorizar la rebelión y desmentir las acusaciones consiguientes á tal crimen, había mucho y sobrado con

que se fijasen los padres conscritos de cuántas injusticias era capaz quien se atrevía, entre los transportes del mundo y los tributos de una honda y universal admiración, á negarle corona tan visible y reluciente como su corona de artista. Tras todo esto pide venganza y se excusa de no haberse presentado á Roma, y al Senado en Roma, y en el Senado á la deliberación sobre los castigos infligibles á Vindex y porque le había encima caído un constipado y necesitaba cuidarse de su flexible y sonora garganta. Los senadores oyeron las cartas del emperador como si oyeran llover, y se prepararon á cambiar de dueño mañana si al dueño de hoy le faltaba la fortuna. Y parecía faltarle, porque á diario empeoraban las noticias de Aquitania. Así tuvo que partirse desde Nápoles á Roma y que acogerse á la sombra del cuartel donde residían los pretorianos y del templo donde se juntaban los senadores. En el camino aquel nada le decía, nada, como era su viaje último. Iba descuidado y alegre cual si nadie le pidiera cuentas de su gestión y nadie atentase á su imperio. Si alguna perplejidad sintió y recelo tuvo, desvaneciéronse al ver un bajo relieve, clavado en ostentosa tumba puesta en la vera del camino, representando un mílite galo vencido por un caballero de Roma, presagio bienhadado que le anunciaba completa felicidad. Llegó á Roma y no se presentó al Senado. Convocó varios patricios, y en vez de consultarles acerca de las dificultades que le circuían y de los peligros que le amenazaban, consultóles sobre un órgano hidráulico, tocándolo con sus propias manos, y exponiendo al par que lo tocaba las perfecciones introducidas en su mecanismo y los recreos procurados por tan delicioso instrumento. Oigamos á Nerón en sus intimidades.

– Bebamos y comamos – decía el emperador, tendido sobre su lecho cercano á la mesa imperial, en un festín orgiástico, cual si las ganas se le hubiesen redoblado en las desgracias, ó por lo menos, en copas y platos se le apagasen los remordimientos.

– No me opongo á que comamos y bebamos – decíale con razón Helio, – pero me atrevo á rogarte medites acerca de los pronósticos observados en varios puntos, como haberse abierto por sí mismas las puertas del mausoleo de Augusto, teñídose de sangre los torrentes de Alba, retirádose del Egipto la mar, invadiendo una gran parte de Licia.

– No curéis de tales cosas – dijo el emperador, – todas son folías. Los dioses, que me han protegido hasta hacer hablar á los órganos hidráulicos en mi reinado, seguirán protegiéndome hasta desvanecer una conspiración bárbara, en la cual no columbro viso alguno de victoria. Es una calaverada.

– Pero calaverada que va tomando muchas proporciones.

– Ya he tomado por mí otra medida contra mis enemigos: la consagración del templo erigido á Popea, mi esposa idolatrada muerta, quien desde los Campos Elíseos me mandará un aliento de sus labios para impulsarme á la fortuna y un rayo de su estrella para esclarecer y prosperar la mía.

– No basta con los votos y las plegarias; necesítase más en estas cosas: necesítase tomar medidas prontas y eficaces que te aseguren el imperio y hagan saber á tus enemigos como eres aún el emperador. Con plegarias, exvotos, consagraciones, cree, Nerón, que nada se consigue.

– No comprendo, Helio, cómo te apuras así. Yo soy el primer amenazado, y mírame tranquilo, cual si nada pasase en mi alrededor. Una insurrección de galos jamás prevalecerá en esta Roma de patricios. El sentimiento de la supremacía del romano sobre los demás pueblos en tal modo se halla unido aquí á la ciudadanía, que morirán todos los pobladores de Roma con todos los dioses, oponiéndose á la menor ventaja de Vindex, aunque diga ese bellaco dirigirse contra la persona del emperador y no contra la existencia del imperio. Jamás volverán los galos á quemar nuestra Roma; quemarán á lo sumo nuestra sangre.

– No quisiera decirte lo que pasa, no quisiera, y menos en este momento, cuando te muestras confiado en tu estrella y te das á fortalecer con el próvido alimento las fuerzas necesarias para tu sustento, también sustento de Roma y del imperio.

– Habla, Helio, habla. ¿Qué sucede? – preguntó Nerón alarmado.

– No quieras ahora saberlo – díjole Dorifero, – no quieras ahora saberlo. Espera con indiferencia digna de un dios á tres horas después del copioso almuerzo, y hecha la digestión no correrías peligro alguno por las emociones que despertara en tu ánimo cualquier noticia de nuevo cuño, que así puede ser verdad como mentira.

– Si Helio nada me hubiese dicho, yo, por mi parte, nada quiero saber. Mas desde la hora y punto que algo me anuncia, la inquietud natural de mi curiosidad no permite aguardar con calma lo que necesito con prontitud conocer.

– Pues bien: Vindex no está solo; Vindex ofrece candidato, con aceptación previa hoy al imperio.

– ¿Quién? ¿Quién? ¿Quién? No me mates. Acaba pronto.

– Galba.

– ¿Qué dices? – preguntó Nerón aterrado, temblando desde los pies á la cabeza, estremecido como á un ataque de súbita epilepsia, con los labios llenos de amarillos espumarajos, las manos crispadas, el cuello rígido, el aliento entrecortado, los músculos tiesos, el rostro contrahecho, la figura toda desfigurada en términos de parecer que le faltaba respiración y vida, como esos infelices á quienes mata y carboniza una centella fulminada de lo alto y que abrasa en un momento sus fibras, reduciéndolas á forma y á materia de momia.

– No te inmutes así – dijéronle á una Dorifero y Helio.

– ¿Que no me inmute decís? El mundo se ha concluído para Nerón.

Y dando un puntapié derribó por el suelo la mesa con todos cuantos objetos había en ella.

– Contente, Nerón – dijo el músico.

– Domínate, para dominar la tierra – dijo el liberto.

– La tierra, el dominio, la potestad; no me habléis de esas cosas.

– Pues nada de todo eso está perdido ahora, y todo puedes recobrarlo con tal que tengas calma.

– ¡Calma, y voy á perder el imperio! Habéis visto la indiferencia con que recibí el aviso de que debía prevenirme al castigo de Vindex; alcé los hombros y continué todos los hábitos con todas las tradiciones de mi vida. Mas ahora nos encontramos con que Galba se ofrece al bárbaro, al descendiente de aquellos que incendiaron el Capitolio, y presta su nombre romano para enseña de un crimen dirigido contra Roma. No hay esperanza.

– Considera, Nerón, cuánto arriesgas con cualquier precipitación que pudiera conducirte á una desdicha, la cual no sería desdi-

cha tuya, sería de todos nosotros, y no solamente de todos nosotros, de todo el romano imperio, y no solamente de todo el romano imperio, de todo el universo mundo.

—Yo voy á destrozar el mundo, como estos vasos murrinos. Miradlos; están compuestos del cristal de roca más transparente y más hermoso que se haya encontrado jamás en el mundo. La mole de este mineral ofrecido por Livia, mi bisabuela, en el Capitolio, tiene mayor volumen y no mayor claridad. Ningún diamante comparable á estos vasos en el mundo, que brillan irisados por todos los colores y ostentan hermosas cinceladuras debidas á finos buriles helenos. Ni los altos Alpes en sus hielos eternos y relucientes; ni las Indias en sus profundos ríos llenos de tesoros; ni la célebre Chipre, cuyas costas ofrecieron siempre riquezas tan copiosas y sólidas; ni aquella Necros en el rojo mar situada y revestida por tantas preciosidades naturales; ni los pozos abiertos en las lusitanas colinas, han dado nunca pedazos de cristal comparables á estos dos de claridad nativa, sobre la cual resaltan cuadros ricamente cincelados como las piedras de nuestras tumbagas y sacados á los poemas homéricos tan fecundos en pasajes artísticos. Pues bien: para mostraros mi duelo por cuanto pasa y la desesperación exaltada que me acongoja hoy, estrello contra el pavimento estos vasos; y al estrellarlos, digo que de igual manera estrellaría yo, si preciso fuera, toda la tierra.

Y con efecto, estrelló Nerón los vasos. Mas después de haberlos estrellado, entre la pena y dolor de los circunstantes, incapacitados de comprender, por no estar informados como él, á qué tal demencia conducía y qué resultado esperaba de tal barbaridad, comenzó á rasgarse las vestiduras. Y después de rasgarse las vestiduras, golpeóse cuerpo y cabeza y frente contra las pilastras de pórfido, cual si hubiera querido romperlas al modo y manera que rompió las copas murrinas. Y después de haberse roto las vestiduras y malherido la cabeza, echóse á llorar con sollozos propios de los niños, entrecortados por hipos únicamente connaturales á la infancia, y á la primera, cuando el gesto y el llanto suplen á la palabra, que no aparece todavía en los labios. Después anduvo cual un demente por todo el hogar aquel, parándose, ya en los trofeos que se le caían sobre la cabeza, ya en los frescos, cual si las figuras

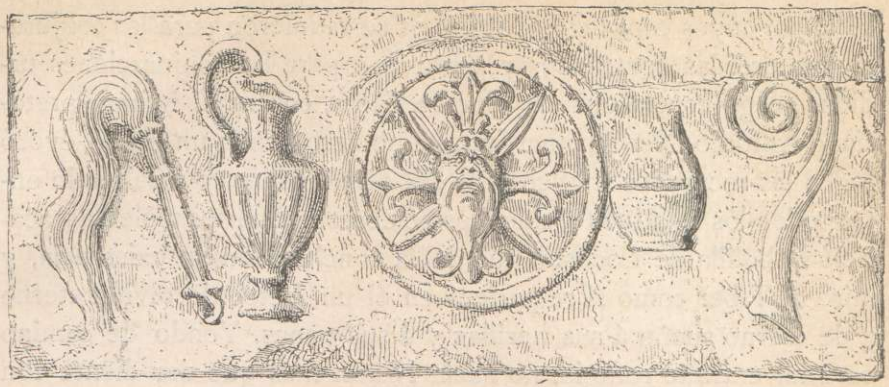
fuesen á seguirlo como un volador sonoro enjambre, ya en las estatuas que parecían á compás andar, ya en los instrumentos de música tañidos por él en sus ejercicios artísticos y en los versos por él compuestos cuando le dominaba la Musa poética y le sobrecogía el genio de la inspiración. A lo mejor se paraba, por no poder más con su aliento, que despedía en ahogos terribles, ó se precipitaba sobre las fuertes losas, produciendo con el choque de sus huesos fragor tan extraño como un esqueleto, largo tiempo de sus carnes desvestido y separado. Después se levanta y corre desalado á las habitaciones de Locusta, el verdugo femenino allí guardado por él para poder matar por medios invisibles é inapreciables, como suele matar la misma Naturaleza. Ya le ha en la retina su terror dibujado el esbozo de un suicidio inmediato, y pedídole un veneno rápido, que lo mate sin dolor con la celeridad que mata el rayo, y pueda llevarlo dentro de áurea bola entre los pliegues de la túnica. Después de haber tal presente recibido, que ofreciera en sus desvaríos á tantas personas, volvióse hacia su alcoba; y al entrar en ella, no pudo menos de pararse ante la célebre amazona helénica, de figura tan casta y expresión tan ingenua, la cual así como velaba el sueño suyo, también solía consolarlo en sus mayores pesares. Mas el frío de la triste áurea bola donde llevaba el veneno le hizo en aquel instante un efecto tal como si tocase el áspid terrible de una víbora, y retrocedió lanzándose desolado sobre la cama, como puede lanzarse un pobre náufrago sobre un madero flotante al lado suyo y que le ofrece algún asidero donde agarrarse y aguardar la necesaria salvación. Ya en la cama, se le fué á los ojos y á las mientes el recuerdo de su vida pasada y soñó con tornarse á la niñez y borrar en otra existencia nueva y mejor los horrores y los vicios, volviendo á llorar como un chiquillo que pide la teta, cual si creyera, en su demencia, rejuvenecerse y rehabilitarse con aquellas lágrimas. Y no sabiendo á qué numen propicio podía encomendarse, ni á qué medio recurrir, ni qué partido tomar, llamó á su nodriza, la cual vivía en palacio aún, cerca de su cuarto, y le tendió las manos, y le asió las mejillas, como de niño, y le cubrió el rostro de lágrimas y besos, como cuando mamaba.

–¿Por qué – le dijo – no volver á la niñez? ¿Por qué no acariciar las mismas ilusiones que rozaban mi frente con sus alas y que

discurrían aleteando ante mí cual una bandada de mariposas teñidas con el polen multicolor de todas las esperanzas? Me dicen todopoderoso: helo sido bajo un solio, á cuya sombra el menor capricho mío se tornaba en mandato imperioso á los demás, ¿y no me será dado aniquilar mi obra, mi recuerdo, los minutos del tiempo y los puntillos del espacio, por los cuales ha pasado en vertiginosa carrera mi persona con la memoria restante de mí mismo, todos los días extendidos desde la hora fatal de mi nacimiento hasta la suprema hora de mi muerte? ¿Por qué me diste de mamar, oh nodriza mía? ¡Cuánto más hubiese aprovechado á tu mamoncillo el veneno de Locusta ó de víbora, que tu nutritivo pezón y tu dulcísima leche! ¡Si pudiese reducirme á tu regazo, y suspenderme á tu pecho, y en tus brazos abrigarme, y dormir aquel sueño de la infancia tan jubiloso, escuchando tus canciones y viendo sonreir á un tiempo tus labios y tus ojos!.... Pero no; el destino quiere probarme con toda suerte de males é infligirme toda suerte de castigos. Tendrá que ver en el puesto mío, allí donde yo he relumbrado como un sol, ese panzudo de Galba, parecido al asno de un sileno, con un gallo sobre su lomo cual Vindex que no le dejará dormir á su quiquiriquí estridente y le clavará en las mataduras los cortantes y agudos espolones. He de matarlos á sátiras. He de ponerlos en caricaturas grotescas y he de malherirlos con saetas agudas para que no sólo caigan en el suplicio preparado para retorcerlos y atormentarlos, en otro suplicio más deshonroso, en el ridículo. ¡Traidores, traidores, traidores! He de mandar, no verdugos, carniceros, á que destrocen todos los gobernadores de provincia, tan malos por su naturaleza como Vindex, y luego vendan sus carnes al peso en carnicerías públicas, donde irán á comprarla y á comérsela sus gobernados: he de dar un banquete monstruo al Senado, reuniendo en él todos los senadores sin excepción, tan perversos como Galba, y he de poner tras ellos á Locusta para que salgan hinchadísimos como ratoncillos envenenados y mueran ahí por los rincones, danzándoles yo sobre su barriga con mis pies hasta que la sangre y la porquería de sus intestinos me manchen la cabeza; he de reunir en el Foro toda la población romana, y luego he de quemar toda la ciudad por los cuatro frentes de aquel espacio hasta que se vayan arremolinando como una

pelota, y arremolinados ya, he de soltarles las fieras del circo en tropel á que les asalten y devoren, destruyendo con sus garras y machacando entre sus dientes al pueblo rey de la tierra. Antes, nodriza, corría yo á tu seno para que me adormecieses, meciéndome; ahora me siento á tu lado para que si me duermo, ¡ah! me sacudas con violencia y me despiertes. No puedo, no, dormir. En cuanto me duermo veo á Claudio cuando lo transportaban entre cuatro, como un buey degollado, desde un punto á otro del palacio, lanzando los últimos estertores y tendiendo á un lado y otro sus piernas y sus brazos inertes; veo á mi madre mostrando el vientre al centurión para que le hundiese la fría hoja de acero en las entrañas donde me generó; veo á Británico desplomado so la mesa donde fingía el papel de monarca, representando las Saturnales; veo á Popea herida por un puntapié mío, rodando por el suelo; veo á Octavia que huye á sus esbirros y que pide la vida llorando y pataleando como si pidiera un dulce; veo los cristianos retorciéndose bajo sus capas de resinas ardiendo, y los gladiadores echados á las fieras, y los hermanos matándose unos á otros para divertirme con sus agonías en el circo: hilera de patíbulos, en los cuales todos me atormentan á mí con tormentos para los que hay un remedio tan sólo: el olvido y el silencio de la muerte. Del fondo de todos los sepulcros, del seno de todas las concavidades, del hueco de todos los panteones exhálase una voz que me llama, voz del abismo, tan espantosa como los rugidos de la tormenta en el Océano, y que parece un llamamiento de la eternidad á juicio. Tengo frío, tengo miedo, tiemblo como nunca he temblado, me sacudo en estremecimientos epilépticos, me muero ¡ay! me muero, y me asusta mucho la muerte. ¿Por qué no me dejaron ir á Rodas, cuando en los primeros días del imperio quise yo abdicar y refugiarme con los míos en tal isla? ¿Por qué no se acuerdan de aquellos días en los cuales no firmaba yo una sentencia de muerte? Y ahora se ríen de mí. Habrán de llorarme. Sé que han puesto sobre las cabezas de mis estatuas pelucas de mujer. Sé que han metido una efigie mía dentro de una talega, como el cuerpo de los parricidas, poniendo encima un rótulo diciendo: «Al Tíber.» Sé que aguardo escuadras de Alejandría cargadas con trigo para las trojes del pueblo, y como llegase una sola nave cargada de minio para los juegos del circo,

me han imputado que hacía morir de hambre al pueblo: todo lo sé. De tales ingratos ¡ay! nada me maravilla, pues han olvidado todos mis beneficios hacia ellos. Así por doquier me cercan y me conminan terribles amenazas. He querido ir al teatro de Pompeyo, y los simulacros que representan las naciones han venido hacia mí como piedras móviles y me han impedido el paso, encerrándome como dentro de una fortaleza, muy semejante á prisión profunda sin luz y sin aire. Todos me abandonan. He querido reclutar ciudadanos y ninguno se presenta. He pedido esclavos, y los patricios deben sepultarlos vivos, pues no parece ninguno. No voy á tener otro remedio sino constituir un ejército de amazonas, como las que asustaron al colérico Aquiles, dándoles liras en vez de armas, para que destrocen los campamentos enemigos y ahuyenten los soldados, al revés de Orfeo que congregaba los pueblos y de Anfión que construía las ciudades con sus liras. Pueda ser que, presentándome yo solo en duelo y en lágrimas, vestido de luto y sin armas ante mi ejército, me captase su corazón y consiguiese su obediencia inmediata. Y si les llevo un himno compuesto por mí para que lo canten, ¡ah, no me cabe duda!, lo aprenden, lo ensayan, lo entonan, y luego se dirigen de Aquitania en marchas dobles al Capitolio, aclamándome su emperador y su dios. Pero ¡ah dioses!, no me siento yo en mí, la corona se me cae de las sienes, el manto imperial se abraza y enrosca en mi cuerpo como los anillos de una culebra; paréceme la bóveda de un panteón aquel solio que antes aparecía como la bóveda celeste á mis ojos extáticos; las bases del trono bambolean, y este mismo se ha tornado en un Etna dentro del cual me abraso y carbonizo: hasta los dioses, tan propicios antes á mis invocaciones y á mis ruegos, me miran ahora con malos ojos, con ojos de lechuza, y por no ver sus miradas, llamaría con golpes redoblados á la tierra para que dentro de sus entrañas me acogiese y me arrancase el ser sumiéndome allá en los abismos de la nada.



CAPITULO XXV

FINIS

Tras tantos desvaríos, viendo la nodriza que no había medio de consolar á Nerón, llevóle á la cama como á un mísero niño, y lo acostó, dándole dulce poción que le conciliara el sueño. Pero fué de dura escasa éste. Los fantasmas en su mente surgidos al golpe de la desgracia crecían en cuanto cerraba los ojos; y no había sueño tranquilo, por ocupado todo él de intranquilos ensueños. Así el descanso aumentaba su natural cansancio. Tras una hora de sueño fatigoso, despertó con visiones de alucinado, aumentadas por el carácter fantástico, que prestaba su horror á cuantos objetos le circuían, y no pudiendo sufrir más aquellos sueños, turbados por los ensueños é interrumpidos por los insomnios como aquellos in somnios llenos de cuidados terribles, pidió la ropa, y vistiéndose con los estremecimientos de un verdadero náufrago, partióse á los jardines de Servilio, do únicamente se llevó la bola de oro que contenía el veneno de Locusta, seguido por los servidores, precipitadamente reunidos, Helio, Dorifero, Espiro, Faón y la nodriza. Eran tales jardines, propiedad bajo Nerón del imperio, aquellos que á la madre de Bruto regalara su marido para esparcimiento y recreo, llenos con árboles de todas clases y con estatuas de todos tiempos, dotados con un palacín precioso y una considerable biblio-

teca, por cuyos espacios los tribunos se reunieron para las conjuraciones urdidas contra César primero, y para las conjuraciones urdidas luego contra el vengador de César, contra el infame pretoriano Antonio. Nerón, cuya fantasía no descansaba un punto, evocó todos los recuerdos trágicos por allí diseminados, y resaltando entre todos los relativos á suicidios célebres y muertes violentas, acarició la bolilla de Locusta, que debía concluir con su existencia, y miró al Tíber como si requiriera en él un Leteo de olvido eterno y de eterno sueño á sus heridas y á sus penas. Yendo de camino para tal extraño refugio, no hacía Nerón más que dar diente con diente, á pesar del calor estival, tan intenso hasta por las noches en Roma, y quejarse con lamentos nacidos de un verdadero dolor y parecidos á los lanzados cuando hacía en el teatro de preñada matrona en las horas del doloroso alumbramiento.

– Lo que pasa por mí, no ha pasado por nadie, ama de mi corazón – decíale á su nodriza.

– ¡Pues no ha de pasar! – díjole con cariño ésta. – Desde que te amamantaba, presentía yo las grandezas que te traía tu nacimiento aparejadas y también las desgracias. No conozco ningún poderoso del mundo á quien la fortuna en sus rigores no haya tratado lo mismo que á ti.

– ¡Animo – añadía Helio, – ánimo! No desesperar nunca de ella, es una mitad casi de la victoria. Considera los medios que aún te quedan, la fuerza del imperio, los eficaces prestigios de tu familia, la debilidad que su propia obra suele pegar á los rebeldes, como á los criminales el crimen; las muchas armas de que aún dispones; las muchas gentes que te siguen aún; recuenta con exactitud todo eso, pésalo y mídelo con calma y paz, aprovéchalo con oportunidad y ríete de adversarios, los cuales no llevan el talismán de tu nombre, ni tienen á mano los recursos de tu poder y de tu grandeza.

– ¡Cuántas óptimas ilusiones, Helio, á quien únicamente le queda un supremo recurso!

– ¿Cuál?

– Abdicar.

– No pienses en eso; antes morir.

– Si abdico, me perdonarán por haberles el imperio cedido á

tiempo y de grado; si no, me quitarán la piel para llevarse con ella la púrpura.

– No digas tal – repúsole con razón Helio. – Tú no puedes, no, estar sino en el imperio de Roma ó en el sepulcro de tus mayores. Pensar que tus enemigos victoriosos habían de consentir ningún rival como tú y ninguna rivalidad como la que podías oponerles contra tu propia voluntad, es pensar lo excusado. ¡Lucha y vence, ó lucha y muere; pero lucha!

– Aún me queda otro recurso.

– ¿Cuál?

– Huirme y refugiarme allá entre los partos. Heles colmado de bienes y en tales términos distribuído sus fuerzas y arreglado sus asuntos, que me pondrán á su cabeza, obteniendo así corona imperial, no tan grande como la del romano imperio, pero más fuerte y sobre todo más segura que nuestro frágil ornamento, parecido al vidrio y amenazado de romperse á la continua entre un ejército indócil y un pueblo ingrato.

– No desvaríes. Lo que tú crees beneficio hecho á los partos, créenlo éstos humillación inferida por el poder hoy, ó á sus derrotas, ó á su servidumbre. Te recibirían como un enemigo, entregándote al primer general romano que requiriera tu persona, si no te mataban ellos mismos sin necesidad alguna de requerimiento.

– ¿Por qué no me habían de dar, á cambio del trono que ahora mismo les deferiría de grado, la prefectura del Egipto? Allí caen los secretos seculares de los obeliscos eternos; allí en las nieblas del Nilo se levantan entre juncales y palmas nuevos dioses portadores de nuevas religiones; allí no asusta la muerte, porque hasta las últimas piedras del suelo llevan como con una marca el sello indeleble de la eternidad; allí la vida se aumenta con los bebedizos que procuran los zumos destilados de las plantas litúrgicas, y se aumenta con la virtud sobrenatural de magias y sortilegios el ánimo y el alma.

– Yerras, Nerón, al creer todo eso – díjole con razón Helio. – Los dioses antiguos han abandonado el Egipto; y sus almas, tan mudas como yertas, parecen otoñales hojas arrastradas por los vientos del desierto.

– Pero Alejandría vive aún, y Alejandría es la cristalización del

pensamiento de Alejandro. Y el pensamiento de Alejandro vino, al concluir el ciclo metafísico de Grecia y Atenas, á encerrar las ideas de ambas musas en cánones sintéticos y en hechos prácticos. Por eso el nombre de Alejandro quiere decir conquista de la tierra para una idea y por una idea. Su espada de combate parece un rayo de luz; la correría militar por Asia, una procesión hierática; sus conquistas, una iniciación, y los hechos todos de tan grande hombre, una lluvia de ideas. No se diría que lleva el odio al combate, se diría que lleva el amor pidiendo á la victoria un alma nueva para la humanidad. Allí, en Alejandría, quiero yo vivir y morir.

– Te has olvidado, Nerón, de lo allí sucedido á la muerte de persona cuyo nombre importa en tu genealogía tanto, á la muerte de Antonio. Era el comedio de la noche infausta en que murió tal caudillo. Bajo el silencio, sólo interrumpido por algún sollozo de la consternación universal, oyéronse de súbito acordados ecos de músicos instrumentos y gritería de anacreónticos cantares y balanceos de báquicas danzas, como saliendo en precipitada fuga de la hierática ciudad. No se veía nada ni á nadie. Despedían la música los aires vibrando por sí mismos. Y era que un enjambre de bacantes invisibles corrían sin forma, sin color y sin figura por los espacios. «¡Evohé!» gritaban, ¡Evohé! sí, ¡Evohé!; y corrían desnudas como la inocencia, ciegas como el amor, olientes como el mosto, ceñidas de verdes pámpanos, armadas de áureos lirios; los rosados labios pidiendo besos ardentísimos, los negros ojos irradiando lumbre creadora, las cabelleras al viento, acompañadas de muchachuelos pastoriles que tañían caramillos y repiqueteaban castañuelas, tras el divino joven, tras Baco, aquel cuya infancia corrió en los bosques de la India, y cuyo cuerpo tendido en una carreta llena de follaje se aromaba en esencias embriagadoras y absorbía la vida entera desde los efluvios del éter hasta los vapores del mar, personificando en sí toda la naturaleza. Y ese dios ¡ah! se fué, llevándose consigo todos los demás dioses, que sólo existen allí donde los pone y los mantiene la universal creencia. Desde tal momento, Alejandría, la discípula de Grecia, se convirtió en asiático imperio, á cuyos pies roncan pueblos esclavos y en cuya cabeza dominan césares bestias. Si hubiera podido despertarse por entonces la sacra Grecia con sus bellas ciudades, sus coros de poetas, sus escuelas

de filósofos, sus vírgenes coronadas de mirto, sus héroes que iban al combate como á una fiesta, sus dioses vívidos y sus pueblos rientes, acaso hubiera podido salvarse la tierra. Pero la idea griega quedó, como Ifigenia, inmolada en la oriental Alejandría, muriendo con ella todo cuanto ha esclarecido á la humanidad y ha honrado la historia. Alejandría no es Alejandría, ¡oh Nerón!

– Allí, sin embargo, en ella me refugiaré. No queda otro resto de Grecia. El Peloponeso de ahora es como una colmena de donde se han ido las abejas ó como un panal de donde se ha ido la miel. Alejandría me ha distinguido y celebrado entre todos los cantores del mundo y sobre todos me ha puesto. Así he mandado aparejar una escuadra en Ostia para que á las orillas del Nilo me lleve. Penetraré dentro de la ciudad sin más cetro que mi lira de oro y sin más corona que mi guirnalda de laurel. Y al oir sonar las cuerdas con dedos como los míos y salir de mi garganta melodías sin fin, ¡ah!, no bajaré de césar, como quieren Galba y Vindex, ascenderé á dios.

– Triste sería en mí el molestarte ahora, ¡oh Nerón!; mas cree un leal consejo: si puedes irte á la ciudad de Alejandría como césar, vete ya en buen hora; mas si no vas como césar, ahuyéntate de allí y deja de pensar en ella.

– Pues Lidio quiso contratarme, ofreciéndome las rentas que me da el imperio en un año, si cantaba en Alejandría un mes.

– Cree que la proposición fué dirigida con seguridad al emperador, no al cantante.

– Mira, Helio: por todo paso, menos por injurias á mi voz y á mi canto; aún puedo infligirte un castigo y vengarme.

– Perdona, césar, perdona. Mis palabras quieren todas ellas convencerte de como, perdiendo el imperio, lo pierdes todo, y persuadirte á que reunas los pretorianos y te arrestes á la defensa.

– Los he llamado, he llamado á algunos oficiales á fin de que me acompañen hasta Egipto. ¿No es verdad? – preguntó Nerón á uno de éstos, que acababa de llegar.

– Verdad. Pero nosotros, que te podemos seguir, después de haber combatido, á una derrota, no te podemos, no, seguir, inermes y pacíficos, á una huída.

– Pues qué, ¿tan gran desgracia es morir?

– ¡Ah! – dijo el césar. – Comprendo cuánto va encerrado en esa interrogación. Ella reproduce un verso de la *Eneida*, puesto por Virgilio en la boca de Turno cuando el héroe se resuelve á pelear, mientras yo únicamente valgo para representar con declamaciones sonoras el papel de Turno en la escena. Todos me acusan y todos me reconvienen.

– Te acusan y te reconvienen – dijo Helio – porque ven como no piensas en Occidente, donde se halla el daño de tu imperio, y sueñas con Oriente, donde aguardas un aplauso para tu voz. Las legiones te hubieran ya seguido al campo y apresado los rebeldes si las trataras como compañías de soldados y no como compañías de comediantes.

– Y no puedo negarte la verdad, Nerón, de lo que pasa: el ejército hubiera seguido á un general, no acompañado á un prófugo – díjole con arrogancia el oficial que le había recordado la muerte con oportunidad. – Los juramentos prestados por él á ti, como los beneficios hechos por ti á él, te aseguraban su obediencia. Pero como los confiaste á Ninfidio, quien comparte con Tigelino la prefectura del Pretorio.....

– ¡Tigelino! ¡Tigelino! ¿Dónde se halla? No lo he visto en la semana corriente. No ha pasado ni un día de toda ella por casa, cuando antes nunca lo veía lejos de mi persona y de mi vivienda ni un minuto. ¿Dónde se halla Tigelino?

– Estará – dijo el oficial al emperador – en compañía de Ninfidio; puesto que los nombraste prefectos del Pretorio á uno y otro, estarán ahora con los pretorianos.

– ¡Cuán amargo acento y cuán tristes reconvenciones prestas á tus palabras! Yo nombré á Ninfidio por hijo de Calígula y por deudo en tal concepto de mi persona.

– Pues tiene—dijo el oficial – tanto que ver su sangre con la sangre de los césares como la mía. A Ninfidio lo tuvo un gladiador muy hombre y muy forzudo en la matrona Ninfidia, que lo persiguió á todas partes sin soltarlo hasta mucho después de haber arrancado á su amor tal hijo.

– ¿Y qué quiere? – preguntó Nerón.

– Pasar por hijo de Calígula, con el fin de suplantar al pretendiente de ahora, el viejo Galba, sin una gota de sangre cesárea en las venas, y alzarse con el imperio.

– No puedo creerlo.

– Permite – dijo Helio en este momento – á un liberto como yo, que á tu lado morirá, decirte la verdad toda. Como hace días no te presentas al pueblo, encerrado cual estás en tu áurea casa, ó en estos jardines, el ambicioso ha divulgado la especie de tu fuga, y así el soldado no siente hoy el abandono en que lo dejas con tu supuesta huída, tanto como la injuria que le infieres suponiéndole capaz de faltar á su juramento y herir traidoramente al césar. Creyéndose abandonados, se han reunido para defenderse y salvarse. Aún es hora de ponerte á su frente.

– ¡Oh! Me hallo fatigadísimo. Dejadme recluir dentro de mis habitaciones y entregarme un poco al sueño, que repara las fuerzas, y al pensar, que ilumina la conciencia.

Era la noche del año sesenta y ocho en la primer centuria ó siglo de nuestra moderna edad. En vano se tendió Nerón en su lecho y procuró dormir. El estado crepuscular y magnético y nervioso que ahora conocemos con el nombre de hipnosis, lo tuvo como dormido mientras velaba y como vigilante mientras dormía. La verdad y la mentira, la noche y el día, los sueños y los ensueños, el insomnio y el pensamiento se mezclaban de tal modo en su persona, que parecía un fantasma, hijo de la magia y del sortilegio, ante todos, y ante sí mismo una sombra de su sombra. Apenas había conciliado el sueño, cuando se despertaba; y apenas se despertaba, cuando volvía de nuevo á dormirse. Mas, así como la presión atmosférica y el estado eléctrico del aire á todos nos abruma, también le abrumaba con inmensa pesadumbre á él, cual á todos, aquel estado moral de Roma, no dominado por las sombras de una noche obscura ni por las treguas de un sueño callado. La sugestión revolucionaria en el espíritu de la ciudad tenía tal importancia y fuerza como una tormenta de su atmósfera. Así como se respira mal en un bochorno tormentoso, también se respira mal en una grande angustia revolucionaria. Nerón abandonó su alcoba minutos después de haberse acostado. La mayor parte de sus criados habíanse ya partido de allí, oliendo la quema. Ni cortesanos que lo adularan é incensaran á una con exceso, ni esbirros que velasen el sueño imperial ó delatores que le trajesen acusaciones de fuera, ni ministros recibiendo las órdenes ó senadores recibien-

do las leyes de sus manos, ni poetas con versos laudatorios, ni músicos y cantantes con odas é himnos; algunos esclavos fieles, guardando la religión del deber en los abismos de la servidumbre y de la infamia. Cuando Nerón viera esto, acabó de comprender que lo había perdido todo, y empezó á llamar con voces descompuestas á sus confidentes y amigos, no alcanzando respuesta de ningún género, como si hablase dentro de las tumbas con los muertos. Vista la horrible soledad, expidió mensajeros con recados verbales y cartas con precipitación escritas en todas direcciones, sin que una puerta se abriese al llamamiento, ni un amigo acudiera en su auxilio, cuando el cielo se le desplomaba encima y le subía la inundación revolucionaria en marea creciente hasta los labios. Extrañóse mucho del silencio y ausencia de Tigelino, en quien ponía toda su confianza, para el trabajo de contradecir á Ninfidio en la seducción de su guardia pretoriana. De éste, su cómplice, decía que era imposible á Tigelino vivir lejos de Nerón y á Nerón vivir lejos de Tigelino. Pero, solícito en los festines, huía de las angustias. Fuése á buscarlo, no dando crédito á sus ojos y no pudiendo aguardar noticias suyas en lo febril de su impaciencia. No obstante lo tranquilo de la noche, aumentábanse los horrores de sus presentimientos bajo el sudario de las sombras. Así, asustábase de sus propios pasos, retrocedía por ligeras fosforescencias aterrado, veía en los ojos del buho que pasaba una estrella enemiga, y las ramas de los árboles bajo que iba deslizándose le parecían palos amenazadores sobre su cabeza y lanzas dirigidas contra su pecho. Estaba en el caso de atravesar la ciudad entera, si había de ir desde los jardines Servilios al barrio Emiliano y al campamento de Agripa, donde Tigelino pernoctaba. En el terror connaturalísimo al estado de guerra, parecía la noche más obscura que de ordinario, más profundo el sueño de la ciudad, más espeso el sudario de las sombras, más siniestro cualquier estruendo, la compasión y la misericordia dormidas también, despierta y vigilante la venganza. Nerón llamó á cien casas en busca de cien amigos. Todas parecieron á sus llamamientos sordas, todas mudas para corresponder á sus gritos, como si estuvieran vacías. Él hablaba demandando socorro: únicamente le oían los buhos, que lanzaban gritos estridentes, y los perros, que ladraban á su vez con largos ladridos:

la Naturaleza estaba tan muda como la ciudad. Aquel hombre, dueño de tierra é ignorante del sitio donde concluían sus dominios, después de haber contado con ejércitos para heraldos y con pueblos para comitiva, iba como un mísero zorro y como un conejo asustado, por calles desiertas, en busca de una madriguera y no la encontraba. ¡Cuán terribles le debían parecer los monumentos, á cuya vera iba pasando en la desatentada huída! Creería que se le iban sobre la cabeza, y despierto, veíalos precipitarse á una sobre su cuerpo como aquellas estatuas del teatro de Pompeyo, que vió en sueños cerrarle como un ambulante muro el paso á la ciudad. ¡Cuánta desproporción entre su estatura menguando hasta pedirle abrigo, á guisa de pobre muchachuelo, á los brazos de su nodriza, y la estatua del coloso erigida por él en la ciudad, gigante como aquellas de Ciro y de Nemrod, conquistadores de pueblos y padres de dioses! La Vía Apia, con sus tumbas; el sacro suelo, por donde los triunfadores discurrían, tapizado de huesos que blanqueaban por modo siniestro en las sombras; el Campo de Marte, por cuyos espacios vería humear las piras donde se quemaran los despojos de sus tristes víctimas; el templo de Vesta, en cuyo santuario ardía la llama sacratísima, guardadora de la vida romana y de la lumbre del hogar y de la castidad intangible del sexo que asegura la legitimidad en los testamentos y herencias; aquel Júpiter Capitolino, con cuya frente frisaba su frente y con cuyo solio competía el solio de los emperadores, ahora desgarrado como triste vela náufraga por un huracán espantoso; el Apolo á quien ofendiera queriendo acallar su cítara y competir con su canto y robarle sus musas, como había violado en arrebatos de lujuria y demencia su virginidad á las vestales, debieron armar una danza en torno suyo tan terrible ó dirigirle unas reconvenciones tan espantosas, que le dolerían como si fueran chispazos de rayos entrando por sus fibras y conmoviéndolo y trastornándolo en la contemplación y paralelo entre su antigua miseria y su presente impotencia, que lo constriñeron á encerrarse de nuevo en los jardines Servilios y tenderse rígido en su lecho como un muerto.

—¡Ah! No puedo conciliar el sueño—dijo á los pocos minutos de tendido allí, levantándose nuevamente.—¡Ah de mi nodriza!

—¿Qué mandas?—le dijo la pobre mujer, quien no se había re-

tirado á su alcoba, inquieta por la correría de Nerón entre sombras.

—Quiero la bola de oro, en cuya esfera contenía el veneno preparado por Locusta para infligirme la muerte con celeridad y dulzura.

—No la he visto por ninguna parte. Deben habértela sustraído para preservar á la muerte tu persona.

—Quiero el brazalete de mi madre, talismán donde se guardaba mi buena ventura, y que Agripina me ceñía en el brazo para preservarme de todo mal. ¡Ojalá nunca lo hubiera desceñido, nunca, de mí!

—Tampoco parece.

—¡Dioses, ni tengo el cable que á la tierra me ceñía, ni tengo el tósigo que al infierno me mandaba! No me quieren á mí, no, ahora, ni el aire, ni el abismo. Dile á Espicolo que venga, y vete tú.

—Mira—dijo Nerón al esclavo que acababa de penetrar en su estancia, después de haberse ido la nodriza:—te llamo para morir como Graco y como Bruto y como Catón, borrando todo lo malo de mi vida con una buena muerte: mátame de un golpe. Lo agudo de tu puñal y lo fuerte de tu brazo me ahorrarán muchas angustias.

—Yo no puedo cometer un asesinato. Matando á quien es mi amo, cometería un parricidio. No quiero aparecer parricida, no, ante los hombres, ni ante los dioses. Quieres morir, mátate, Nerón, tú mismo.

—¡Cuán cruel eres conmigo! César divino, me arrastro á los pies de un siervo abyecto, pidiéndole piedad, y no se apiada el cuitado ahora de mí. Y al rehusarme su puñal de acero, me clava el más agudo todavía de su juicio, diciendo que no quiere ser, como yo, parricida. ¡Oh, Agripina!, ¡oh, madre! Vindex y Galba te vengan, y también mis remordimientos. Vamos, te pido, esclavo, por última vez, te pido que me mates.

—No lo esperes de mí; siendo tu amigo de veras, como te muestra el hallarme aquí á la hora suprema de tantas interesadas huídas, no quiero pasar por tu enemigo.

—Yo no tengo en el mundo ni amigos ni enemigos.

—Déjame, Nerón, retirarme á las cercanas estancias, allí que-

dar, no para matarte, como tú pides, para en todo cuanto pueda y con todas mis fuerzas y con todos mis recursos, en cumplimiento del deber, ¡ah!, servirte.

Y se fué.

– No me compadecen los hombres, pues me compadecerán los elementos. El Tíber me recibirá en sus aguas, y una muerte así exaltaráme á mis propios ojos y me colocará entre los dioses.

Lanzóse al río, que pasaba cerca del jardín Servilio, pero sus domésticos le impidieron tal muerte.

– Mas Helio, Dorifero, Espiro, mis últimos amigos, ocultadme pronto, ya que os oponéis á mi muerte, ya necesaria; ocultadme allí donde pueda esperar el desenlace de tal tragedia y ver los últimos ensañamientos del destino con su víctima.

– En la cuenca del Arno, afluente del Tíber – díjole Faón, – tengo yo una quinta, césar, que debo á tu munificencia, como liberto tuyo debo á tus decretos la libertad. Podrás ser tú para los demás un tirano, digno de condenación eterna; para mí eres un dios, digno de idolatría.

– Vamos á tu quinta. ¡Muros de la Ciudad Eterna, para siempre adiós! Al separarme de ti, ¡oh Roma!, diría que me separo de mi corazón: tal dolor siento en mi pecho. Vamos donde quiera el destino: quizás encuentre Roma otro dueño que la rija mejor, no encontrará ninguno que la quiera tanto.

– Vamos – dijo Faón – á mi quinta.

– Mira cómo voy: heme vestido de mendigo para que nadie conozca en mí al emperador. La huída ingrata de los míos ahora me favorece. Quien tuviera por séquito la humanidad, por peana la tierra, por solio el cielo, por corona el sol, ahora tiene que tender la mano al viandante y pedirle una limosna. Recuerdo que salí por última vez al teatro en el papel de Edipo, bajo la luz misma del cielo que calentaba los párpados del parricida, bajo la luz de Grecia. Y el verso último que dijera, fué: «Padre, pueblo, naturaleza, patria, quieren que yo muera.» ¿Por qué volví de Grecia? ¿Por qué no continué representando? ¿Por qué no admití la contrata de Lidio para tocar en Alejandria? ¡Cuán errado anduve y cuán cuitado fuí! Vamos donde queráis, vamos á tu quinta, Faón, vamos.

– Mira, Nerón, ahí están los alojamientos militares – le dijo Helio.

– Me detengo instintivamente – le repuso Nerón, refrenando un poco su caballo.

– ¡Galba! ¡Vindex! – gritaban los pretorianos.

– Huyamos, pues huyó la esperanza – gritó el emperador.

– ¿Vais en busca de Nerón? – preguntó un viandante.

– No, huímos de Nerón – dijo el emperador en persona.

– ¿Qué hay de nuevo en Roma? – preguntó al grupo fugitivo, deteniéndolos otro caminante.

– El destronamiento de Nerón – dijo el emperador.

– Lo merecía – exclamó el viajero.

– Si no fuera tan de prisa – exclamó el emperador, – lo haría matar.

– Nos van á conocer – exclamó Faón, después de haberse alejado de tal interlocutor. – Tomemos por el atajo.

– ¡Cuánto abrojo! – exclamaron los acompañantes, á quienes los zarzales y espinos les arrancaban abundante sangre de los pies.

– Yo he apelado á una industria: voy sobre mi capa, porque me han herido las espinas en términos de no poder andar.

– Vamos á perderlo todo, Nerón, porque rayan los primeros albores del día.

– Los últimos para mí – exclamó Nerón.

– Te reconocerán.

– Y ya ¿qué?

– Te matarán.

– Lo sentiré ya por vosotros, á quien afligiré; por mí, no, pues dejaré de padecer.

– Allí hay una cantera, y en ella puedes encerrarte – le dijo Faón.

– No haré tal – replicó Nerón. – Entiérrenme muerto, no vivo.

– Pues el camino imperial está demasiado concurrido para que podamos recorrerlo, y demasiado cubierto de agudas erizadas espinas este campo para que podamos nuevamente hollarlo. Tendremos que abrir un agujero en la tapia de nuestra quinta y por él penetrar.

– Penetraremos por donde quieras – dijo el emperador, y aguardó paciente á que perforaran y abrieran la pared.

– Daos prisa – mandaba Faón á sus compañeros.

– Tengo sed – exclamó Nerón.

– Aguarda, que tendrás en casa un agua del cielo clara en cisterna recogida.

– No. Beberé del charco este.

Y tomó unos sorbos de agua tan infecta.

– ¡Mala! – dijo Faón.

– He ahí el refresco de un emperador – dijo Nerón, poniendo el pensamiento en los vasos murrinos y en los regalados refrescos de su juventud.

– Entra – le dijo Faón al emperador, mostrándole el agujero de la tapia.

– Entro con las manos como un titiritero por esta boca, y no con los pies como entrara en mi triunfo último.

– Ya estamos en casa. ¿Qué aposento prefieres?

– La ergástula.

– ¿Será por más escondida y por más recatada?

– Quiero morir en el cuarto de los esclavos y sobre un misérrimo jergón.

– ¿Necesitas algo? – díjole Faón.

– Tengo hambre y sed.

– Agua puedo darte; alimentos, no; pues, como no pensaba en mucho tiempo venir, carezco de provisiones aquí.

– Dame un mendrugo.

– Toma los últimos que para el perro quedaban.

– El agua la quiero tibia, pues hasta á la hora de morir cuido la garganta.

– Como gustes.

Y le dió á beber en barro el agua caliente.

– ¡Qué voz la mía! ¡Cuán grande artista pierde, al perderme, la tierra! ¿Cómo se atreverá la muerte del infierno á la inmortalidad del músico?

– Cálmate, Nerón – le dijo Helio al ver que nuevamente se conmovía y exaltaba.

– Abridme un sepulcro que tenga la misma extensión de mi cuerpo. Revestidlo con la provisión de mármoles en toda quinta romana siempre acopiados. Que vea yo la cama donde por toda

una eternidad habrá de reposar mi cuerpo. Allegad el agua lustral con que rociaréis mis huesos y el ramaje con que habéis de constituir la pira.

—¡Un correo, un correo, un correo! — dijo Faón.

— Veamos las noticias que trae. No me ocultes ninguna. Heme tragado ya todo cuanto habrá de suceder. Unicamente me sobrecogería de sorpresa cualquier favorable noticia.

— El campo pretoriano se ha decidido por la rebeldía franca, proclamando á Galba; el pueblo ha seguido al pretorio, ciñéndose los gorros frigios de la libertad; el Senado ha seguido después con su sanción soberana y su voto unánime al pueblo y al ejército. Nerón queda declarado traidor á la patria. Las antiguas leyes le serán aplicadas.

— Y ¿qué disponen esas leyes, Helio? Tú, gran jurisconsulto como mi padre adoptivo Claudio; tú, gran administrador en ausencias y enfermedades de Nerón, habla pronto y bien.

— Pues disponen que sea el condenado desvestido de todos sus trajes, colocado en desnudez completa so el yugo de una horca, expuesto á la vergüenza pública largas horas, y luego azotado en una inacabable procesión hasta que lance su postrer aliento y muera.

— No se verán en tal recreo ellos, ni me veré yo en tal suplicio. Tengo aquí dos puñales: probaré sus puntas en mi nuez.

— ¡Nerón, Nerón, Nerón! — empezaron á gritar los concurrentes con gestos de verdadera desesperación y sollozos de verdadero dolor.

— ¡Cuál garganta! — dijo retirando de ella el arma. — ¿Cómo voy á partirla yo mismo, sin que allá en el otro mundo me reciban de mal talante mis progenitores heroicos, que aumentaran su gloria con ella, y los dioses propicios, que me la donaron? ¡Vaya con el Senado! ¡Cómo se revotara si hubiera podido yo penetrar por allí! ¡Cuántos votos les he concedido contra mí por no haberlos degollado á todos! Vamos, no hay otro remedio que el suicidio. Hacedme oir el plañido de vuestras lamentaciones. Que vea yo mi propio funeral y duelo. Mataos alguno, procurándome así una enseñanza buena é impeliéndome al deber con un gran ejemplo.

— No hay tiempo para cosa ninguna — dice Faón: — llegan en

este instante los jinetes que han de apresarte y conducirte á Roma preso.

—¡Adiós el poder, adiós el arte, adiós el culto á la hermosura! Pierden los pueblos un artista que nunca merecieron. Cuanto hice hasta el minuto que corre paréceme indigno de un césar. Acepto la muerte con valor y me preparo al juicio de la historia con resolución

—¡Vienen, vienen!

—Ya oigo con Homero la carrera tonante de los caballos alígeros.

—¡Entran, entran! – exclamaron todos.

—¡Ah! – dijo Nerón, y se clavó en la garganta un puñal, muriendo á esta fuerte puñalada en tristísima ergástula sobre los jergones de un esclavo.

FIN DEL TOMO TERCERO Y ULTIMO

ÍNDICE DEL TOMO TERCERO

		PÁGINAS
CAPITULO PRIMERO.	– La proclamación..	5
– II.	– Los funerales de Claudio.	37
– III.	– ¿Quién gobierna?..	53
– IV.	– Una predecesora de Agripina.	76
– V.	– Declaración de guerra.	102
– VI.	– Cenas neronianas..	127
– VII.	– Proyectos de bodas.	147
– VIII.	– Cenas opuestas á las de Trimalción.	166
– IX.	– Los apocalipsis y las saturnales.	181
– X.	– Implacables venganzas.	197
– XI.	– El viborezno.	211
– XII.	– La picadura del viborezno.	228
– XIII.	– En Bayas..	245
– XIV.	- Muerte de la madre de Nerón.	262
– XV.	– Remordimientos..	281
– XVI.	– El artista.	297
– XVII.	– El artista en ejercicio.	313
– XVIII.	– Farsas imperiales.	325
– XIX.	– El hogar de Nerón.	337
– XX.	– El incendio de Roma..	358
– XXI.	– Más excesos y más delirios.	371
– XXII.	- Conjuraciones y venganzas.	388
– XXIII.	- En Grecia.	403
– XXIV.	– Los últimos triunfos y las últimas derrotas de Nerón.	420
– XXV.	– Finis.	439

ADVERTENCIA. – El cromo que representa EL TEMPLO DE CORA (restauración de Labrouste) debe colocarse enfrente de la portada.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL
BARCELONA